Y en el medio, Tú

Cristina Villegas



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Cristina Villegas

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación Epub: Nicolás Gómez
Diseño de cubierta: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7054-409-6

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

PRÓLOGO

No todas las historias que nos marcan lo hacen porque ocurra algo extraordinario. Algunas lo hacen precisamente porque todo sucede en voz baja, porque nadie levanta la mano, nadie cruza del todo la línea, y aun así nada vuelve a ser igual.

Y en el medio tú nos habla de procesos internos, de vínculos que se forman mientras los personajes intentan sostener una vida que ya estaba construida antes de que todo empezara a moverse. La historia avanza desde ese lugar incómodo en el que el deseo no se impone, pero tampoco desaparece; donde el afecto se vuelve refugio y, al mismo tiempo, amenaza.

La trama se articula alrededor de una relación que crece en los márgenes, sin grandes declaraciones ni gestos espectaculares. Lo que se narra aquí es el cómo: cómo se acompaña a alguien sin saber hasta dónde es legítimo hacerlo, cómo se cuida sin poseer, cómo se permanece cuando marcharse sería más sencillo. Cristina Villegas elige contar esta historia desde la contención, confiando en los silencios, en las conversaciones aparentemente pequeñas y en los momentos compartidos que van acumulando significado.

Uno de los grandes aciertos de la novela es su forma de mirar a los personajes. No hay juicios ni posiciones morales cerradas. Cada decisión, cada duda y cada contradicción aparecen expuestas con una honestidad que nos invita a observar sin condenar. Aquí no se trata de quién hace lo correcto, sino de cómo se vive cuando cualquier opción implica una pérdida.

La escritura es clara, cercana, muy apoyada en lo sensorial y en el pensamiento íntimo. No busca deslumbrar con artificios, sino generar una conexión constante con quien lee. El ritmo se sostiene en la espera, en el tiempo compartido, en la tensión de lo que no termina de decirse… Es una prosa que acompaña, que no empuja, y que permite que la historia respire.

En el fondo, *Y en el medio tú* reflexiona sobre los límites, los que se imponen, los que se respetan y los que se cruzan sin darse cuenta. Habla de

la lealtad, de la culpa, del amor entendido no como promesa, sino como presencia. También del precio que se paga por sostener lo que no tiene un lugar claro, y de cómo algunas personas llegan a nuestra vida para quedarse en un espacio intermedio del que ya no sabemos salir del todo.

Villegas nos plantea preguntas incómodas y deja que convivamos con ellas. Una historia que se lee desde la cercanía y que permanece después, no por lo que cuenta, sino por lo que deja resonando.

Capítulo 1

Todo comenzó trece años antes, allá por el 2010.

Recuerdo llegar a aquella enorme mansión de arquitectura moderna, con muros de piedra delimitando de una forma sutil dónde finalizaba aquella enorme propiedad. Tanto Adriana, que en ese entonces era mi mujer, como yo, no sabíamos dónde mirar. Y las comparaciones con nuestro humilde piso en el centro, por supuesto eran más que odiosas. Recuerdo incluso bromear con Adriana, preguntándonos cuántas vidas necesitaríamos para adquirir algo así. Seguimos caminando por aquel camino de piedras, que se abría paso entre metros y metros de césped. El sol estaba cayendo, justo detrás de aquella enorme casa, dándole un leve toque anaranjado a la fachada. Adriana apretaba mi mano con fuerza al acercarnos a la puerta. Al abrirse la puerta se empezó a escuchar la música del interior. Una mujer con unas facciones muy agradables nos pidió que pasáramos, sonriéndonos todo el rato. Pasamos por aquella enorme entrada, llena de gente a la que no había visto en mi vida.

—¿Conoces a alguien?

Adriana busco mis ojos después de analizar a todas las personas con las que nos íbamos cruzando mientras seguíamos avanzando en busca del anfitrión de la casa. Negué buscando entre la multitud

—A nadie… ¿Ves a tu amigo Marc? —Giré la cabeza para verla estirar su cabeza buscando una cara conocida.

—¡Mi cubano preferido!

Aquella voz. Llevaba años sin escucharla. Busqué con la mirada de dónde provenía. Adriana tiró de mi brazo, señalando hacia uno de los ventanales que daban a un enorme jardín con una impresionante piscina al fondo. Saltamos a toda aquella gente para poder encontrarme con aquel pedazo de cabrón que me había regalado los años más felices de mi vida cuando ambos coincidimos en Barcelona. Solté la mano de Adriana, para

fundirme en un abrazo con él. Sus manos golpearon mi espalda con cariño. Los dos nos miramos incrédulos de encontrarnos en aquel lugar.

—¿Qué putas haces tú aquí? —exclamó con su característico acento colombiano apretando mis brazos con alegría. Me miró de arriba abajo sin todavía poder creerlo—. Estás igual, quizás algo más feo… —dijo riéndose, volviendo a darme un fuerte abrazo—. No sabes la alegría que me da verte… ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Demasiado tiempo…

Desvió la mirada hacia Adriana, que nos esperaba en un segundo plano, con las manos cruzadas hacia adelante.

—Ah sí… —Coloqué la mano sobre el hombro de Adriana, atrayéndola hacia nosotros—. Adriana, él es Agustín. —Ambos estiraron el brazo para agarrar sus manos—. Agustín, ella es Adriana, mi mujer…

Agustín se quedó sorprendido ante aquella noticia. Cuando ambos nos conocimos, apenas estaba tonteando con Adriana, por eso es por lo que tuve que casarme. Los dos habíamos sido amigos durante mucho tiempo. El destino o la irresponsabilidad de andar de fiesta en fiesta hizo que aquella noche viera cómo su coche volcaba tras un volantazo. Desde que lo acompañé tras socorrerlo, nuestros caminos se juntaron. Agustín era como un hermano para mí, de esas amistades que te marcan. Pero la vida separó nuestros caminos cuándo él se encargó de la carrera de su hermana y yo me tuve que casar. Los dos se estrecharon la mano, dedicándose una leve sonrisa mutuamente.

—Mi más sincera enhorabuena —concluyó soltando la mano de Adriana —. Y bien, decidme… ¿Qué hacéis por aquí?

—Marcos es amigo de mi mujer… ¿Y tú?

—¡Ey! ¡Aquí estáis! —La voz de Marcos nos interrumpió, apareciendo detrás de nosotros—. Casi no lo reconocía con aquel rostro al descubierto sin su característica barba. Marcos abrazó a Adriana con mucha confianza antes de estrechar mi mano con efusividad.

—¡Cariño! —volvió a gritar dirigiendo su mirada hacia el jardín,

mientras extendía el brazo esperando a su acompañante—. Os quiero presentar al motivo de esta reunión, aunque no necesita presentación, ¿verdad, cuñado?

Agarró el brazo de Agustín de broma sin parar de sonreír de forma socarrona. Sonreí discretamente al ver la cara de desagrado de Gus, fingiendo que le agradaba su presencia.

¿Había dicho cuñado? Mire rápidamente a Agustín buscando una respuesta. Sus cejas se alzaron dejando rodar sus ojos cuando su hermana apareció por aquella puerta agarrando la mano que Marc tenía extendida tras llamarla. Automáticamente noté la mano de Adriana aferrándose a mi mano con fuerza marcando territorio mientras mis ojos contemplaban embelesados su pelo rizado, su cazadora de cuero negro y sus enormes tacones. Isabella apareció eclipsando a cualquier mujer que se encontrara allí. Incluyendo a mi mujer. Isabella apareció con su deslumbrante sonrisa y su pelo rubio rizado, salvaje, y unos hermosos ojos color café que te cortaban la respiración al mirarte. Todo lo que podía escuchar era ruido de fondo, acompañando los lentos latidos martilleando mi cabeza. Había fantaseado mil veces con la idea de conocerla algún día en persona. Alguna que otra vez pensé que quizás sería de manos de su hermano, pero jamás creí que fuera a conocerla como la novia de uno de los mejores amigos de mi mujer. Tragué saliva para poder pronunciar siquiera alguna palabra cuando Marc decidiera dejar de hacer bromas y presentarnos al que sería su nuevo juguete, con el que se divertiría. Cuando pude reaccionar, miré a Agustín en busca de su mirada para buscar una explicación.

—¿Guapa, verdad? —Colocó su mano sobre la cintura de ella marcando territorio—. Isa, cariño, ellos son, Adriana mi amiga y…

—Rubén, ¿cierto? —Sus ojos me miraron dedicándome una sonrisa.

Dios, qué bonito sonaba mi nombre en sus labios con aquella dulce voz. Mis cejas se alzaron involuntariamente al tratar de asimilar que mi eterna *crush* me conocía. La cara de Marc en cambio se transformó al ver que me conocía.

—Ya tenía ganas de conocerte, mi hermano me ha hablado mucho de ti.

—Dirigió rápidamente la mirada a su hermano antes de mirarnos de nuevo.

—Espero que bien —respondí incómodo al sentir la mano de Adriana apretando mis dedos.

—Sabes que las cosas malas me las guardo para nosotros —Agustín añadió burlándose, apretando mi hombro con cariño.

—Solo me ha contado cosas buenas, lo prometo —respondió con su voz meliflua mirándonos a ambos sin borrar la sonrisa.

Ella dirigió aquellos enormes ojos color café hacia mí, sintiendo por un segundo como si el corazón se hubiera detenido. Tenía los ojos más bonitos que había visto en mi vida. A pesar de haberla visto mil veces en fotos, estas no le hacían justicia. Su belleza era hipnotizante. Traté de soltar la mano de Adriana, que seguía aferrada a mis dedos con fuerza para poder ofrecerle la mano. Su cuerpo se acercó hacia mi tatuando aquel momento en mi memoria. El olor de su perfume con toques de vainilla se caló en mi cuerpo. Ambos nos saludamos con un beso dedicándonos una breve mirada. Para ser sincero conmigo mismo, mi cabeza no podía dejar de reproducir en bucle el instante de su mano sobre mi hombro mientras posaba sus cálidos labios sobre mi mejilla salpicada de una barba de varios días. De haber sabido aquello, me habría afeitado. Siguió saludando a Adriana, quien la recibió con mucho menos interés que yo antes de volver al lado de Marc y Agustín. Isabella dejó caer su brazo derecho sobre el hombro de su hermano, dedicándole una leve sonrisa antes de pegar su frente con la de él.

—¿Te ha contado alguna vez tu hermano, que Rubén tenía un poster tuyo en su cuarto? —Marc dijo de forma burlona, mirándola antes de enterrar su cara en su cuello—. Eras superfan, ¿verdad? —Suspiré disimuladamente fingiendo una breve sonrisa tratando de que no se dieran cuenta de mi incomodidad por aquel comentario frente a Adriana e Isabella.

—¿Eras? —Isabella preguntó con una hermosa sonrisa mirándome de nuevo.

—La época de los posters quedó atrás hace tiempo… —respondí tratando de salir de aquella situación.

—Por ser amigo de mi hermano te los habría firmado —respondió de forma divertida.

Agustín notó mi incomodidad mientras escuchaba a su hermana responderme con cariño. Me agarró por los hombros con sus manos, dedicándome una leve sonrisa colocándose entre ambos. Miré de reojo a Adriana al agachar levemente la cabeza dándome cuenta de que su expresión volvía a denotar malestar.

—Bueno, si nos disculpáis, hace mucho tiempo que no nos veíamos así que voy a invitarlo a una copa para ponernos al día.

—Claro —Isabella dijo mirándonos antes de que Marc volviera a ponerse pegajoso con ella—. Ha sido un gusto —añadió dedicándonos una cálida sonrisa mientras sacudía levemente su cabeza para acomodar su cabello. Toda ella era hipnótica.

—Igual… Y bienvenida a Madrid —dije con una rápida sonrisa.

—Yo te la cuido, cuñado —Marc respondió mientras la abrazaba por atrás dejando su cabeza caer sobre los hombros de Isabella.

Se la notaba incómoda, no porque no le gustara, sino por otra vez la falta de tacto de Marc, que no tenía reparo en comportarse como un tocón frente a su cuñado. Aún podía oler aquel perfume como si se hubiera adherido a mi ropa.

La irritación de Adriana era notable. Se pasó todo el rato de morros poniendo mala cara a cada cosa que le decía. Mi comportamiento también se lo puso fácil, ya que cada vez que Isabella aparecía, mis ojos solo podían observarla hasta verla desaparecer. Por eso mismo tras varias discusiones ella decidió irse de la fiesta, dejándome solo en la puerta de aquella casa tras haberle suplicado varias veces que me dejara acompañarla. Después de que se marchara preferí pasar a ser perfil bajo, andando por aquel enorme jardín entre la gente, buscando una zona donde sentarme tranquilo. Mis labios soltaron un leve suspiro mientras tomaba asiento en un pequeño bordillo que daba a las mejores vistas de aquella casa. Estaba empezando a caer el sol dejando ver sus últimos rayos. Mis dedos pellizcaron las yemas de mi mano derecha mientras mi cabeza seguía cavilando. Me incliné un

poco hacia atrás para poder sacar un cigarrillo del bolsillo delantero del pantalón. Coloqué aquel cigarrillo sobre mis labios mientras buscaba el mechero entre mis bolsillos. Mis ojos rodaron al acordarme de lo bien que me vendría ahora el mechero que Adriana siempre llevaba en su bolso.

—Mierda…

Maldije entre dientes mientras frotaba mi cara con frustración alejando aquel cigarrillo de mis labios. Me encontraba tan metido en regodearme de mi mala suerte, que no había prestado atención a los pasos que se acercaban tras de mí.

—Discúlpame…

Giré la cabeza rápidamente hacia atrás, topándome de nuevo con aquellos hermosos ojos café y su hipnótica sonrisa.

—No por favor —respondí levantándome de allí—. Estás en tu casa…

—Gracias. —Sonrió mirando a nuestro alrededor.

Di unos leves toques sobre el bordillo mientras me sentaba de nuevo para que me acompañara. Isabella se sentó a mi lado, a una distancia prudencial pero lo suficientemente cerca para volver a disfrutar del olor de su perfume.

—Deberías dejarlo…

—¿El qué?

Señaló el cigarro que aún sostenía entre mis manos. Sonreí mirándola de reojo mientras guardaba aquel cigarrillo de nuevo en el bolsillo.

—Es que voy por partes… He dejado el mechero… Lo próximo será el tabaco…

Isabella pilló la broma y me regaló lo mejor que había escuchado aquella noche; el sonido de su risa.

—Es un buen comienzo.

Por un momento su sonrisa se volvió algo triste. Sus ojos miraban al frente mientras su mano derecha pellizcaba delicadamente la palma de su mano izquierda. Era tan hermosa. La forma en la que caía su pelo sobre sus

hombros, su perfil. No podía creer que estuviera viéndola a tan pocos centímetros de distancia.

—¿Todo bien? —pregunté viendo cómo sus ojos se agachaban contemplando sus manos. Su cabeza se movió asintiendo con una leve sonrisa en sus labios.

—Sí, es solo que estoy algo cansada…

—Mucha gente, ¿no? —pregunté viendo cómo giraba su cabeza sonriente al descubrirla—. Marc todo lo que hace es así… a lo grande.

—¿Os conocéis de hace mucho? —Sus ojos se clavaron en mí—. Marc y tú, me refiero…

—Es más amigo de mi mujer, pero… Sí, hace algún tiempo.

—¿Y cómo es? Es decir… —Se acomodó sobre el bordillo—. Sé que los hombres cuando estáis juntos sois de diferente forma a cuando estáis en pareja.

Agaché la cabeza tratando de buscar una definición más «políticamente» correcta de la que tenía en mente.

—Me temo que no puedo ayudarte mucho con eso… no es que hayamos coincidido demasiado… —Me hubiera encantado decirle la verdad de cómo era por lo muchísimo que quería a su hermano y porque ella no se merecía que le hicieran daño—. Tiene un sentido del humor que no consigo pillar, pero… me pasa igual con mi mujer. —Vi cómo sonreía—. Supongo que así es el sentido del humor de los españoles, sarcástico e irónico…

—Supe que no eras de aquí en cuanto escuché tu acento —dijo divertida.

—¿Tanto se me nota? —pregunté con una sonrisa.

—Lo tienes bastante neutralizado, pero…

Se quedó mirándome con una sonrisa tratando de adivinar de dónde podía ser. Sonreí devolviéndole la mirada con curiosidad por si lo adivinaba.

—¿Cuba? —preguntó entrecerrando sus ojos.

Asentí humedeciendo mis labios viendo cómo su rostro cambiaba a una

enorme sonrisa de satisfacción. Ave maría, qué hermosa era.

—De la Habana —añadí.

—¿Hace mucho que estás aquí? En España me refiero…

—Hará… algo más de nueve años. —Abrió sus ojos asombrada.

—Es mucho tiempo lejos de casa…

—Demasiado, pero he estado entretenido… ¿Has ido a Cuba alguna vez?

Negó inmediatamente arrugando levemente sus labios. Sus dedos acariciaron suavemente su cuello haciendo que mis ojos se distrajeran unos segundos con aquel gesto.

—Ir sería como decir abiertamente que estoy a favor del régimen y de lo que están haciendo allí… Y bastantes cosas inventan ya sobre mí como para darles material de más….

Ambos nos miramos fugazmente dedicándonos una leve sonrisa. La sentí suspirar de nuevo. La miré disimuladamente, queriendo asegurarme de que de verdad estuviera sentado a su lado, hablando con ella.

—Creerás que es una crisis de estas que tenemos los famosos por no aceptar que vamos cumpliendo años. —Su voz sonaba avergonzada, como justificándose—.

—¿Qué cosa?

—Eso de salir con alguien diez años más joven…

—No soy nadie para juzgarte —respondí mirándola—. Además… Cada uno gestiona sus crisis como quiere —respondí en tono de broma tratando de quitarle importancia al asunto viendo su tierna sonrisa—. A mí me encantaría tener un barco cuando me llegue la crisis de los treinta y navegar a lo náufrago… Pero sin Wilson.

—¿Un barco? —repitió sonriendo—. Fíjate, no había pensado en eso.

—No me robes la idea, ¿eh?

Volvió a mirarme riéndose antes de agachar nuevamente la mirada hacia aquellos zapatos con aquel enorme tacón.

—A ti parece que no te ha ido mal, ¿no? —Señaló con sus ojos mi

alianza—. Digo… Cuántos años tienes ¿veinticinco…? Y mírate, casado y todo.

—Veintiocho… —respondí girando aquel anillo sobre mi dedo.

—¿Dónde está, por cierto? —Giró la cabeza hacia los lados buscando a Adriana.

—Estaba cansada…

—Por cómo miras ese anillo mientras lo giras, imagino que no solo estaba cansada…

—Che… —respondí con una breve sonrisa antes de observar cómo aquel pelo rizado adornaba sus hombros—. Eres buena, ¿eh?

—Se me da bien observar, lo sabrías si hubieras seguido siendo mi fan. —Sonrió antes de apretar sus labios tras aquella pulla.

—Sigo siéndolo —aclaré—. Pero Adriana no me deja tener posters tuyos en el dormitorio…

—Sería raro… —Ambos nos reímos desviando nuestras miradas.

Mis ojos miraron hipnotizados cómo su boca mojaba sus labios antes de volver a mirarme distraída, obligándome a disimular.

—Así que… ¿veintiocho?

—Es por la barba que me hace más viejo. —Aquellas palabras provocaron una breve sonrisa en su rostro.

—Te queda bien, te da un toque… Misterioso e interesante.

Ambos nos quedamos varios segundos mirándonos en silencio aún con la sonrisa en los labios. Isabella Chadid estaba piropeando mi barba. Irreal incluso para cualquier sueño.

—Me la dejaré entonces…

Agaché la mirada concentrándome en controlar la sonrisa nerviosa que me provocaba estar a su lado viendo de reojo cómo su cabeza se agachaba para centrarse en sus manos que se pellizcaban levemente.

—Y… ¿a qué te dedicabas? Mi hermano me comentó una vez que estudiabas medicina…

—Traumatología… —respondí mirándola de nuevo—. ¿Y tú? Por ahí se comenta que eras cantante o algo así… —bromeé escuchando de nuevo el sonido de su sonrisa.

—Algo así, sí… —Sonrió antes de mirar al frente. Sonreí asintiendo, mirándola de reojo.

—Escucha, nunca se me ha dado bien eso de dar consejos, pero… —dije colocándome de lado para poder verla de frente—. Eres un icono, una leyenda de la música… —Sus ojos volvieron a dirigirse hacia mí—. Si alguien tiene derecho a enamorarse o a tener una crisis existencial por más loca que sea, esa eres tú. Te lo has ganado. —Ambos sonreímos al coincidir nuestras miradas—. Y si te sirve de consuelo… Tú aparentas más los veintitrés que Marcos.

Sus ojos me miraron sonrientes acompañando la sonrisa de sus labios mientras me daba un leve golpe en el brazo en forma de gratitud.

—Con lo amigo que eres de mi hermano y con todo lo que siempre me ha hablado de ti… ¿Cómo es que nunca nos presentaron?

Suspiré alzando los hombros.

—Tu hermano es el tío más espectacular que he conocido jamás —dije mirándola nuevamente.

Sus ojos miraban fijamente hacia al frente, sonriendo orgullosa por mis palabras hacia su hermano.

—Pero… también es el tío más hiperprotector que he visto con todo lo que tiene que ver contigo, así que quizás solo te protegía…

—¿De ti?

Nuestras miradas coincidieron nuevamente tras aquella pregunta, mirándonos fijamente. No sabía qué responder a aquella pregunta. No quería hacerla sentir incómoda, ni que pensara que era un fanático loco obsesionado con ella. Aún trataba de buscar la manera de que olvidara el detalle del poster suyo en mi habitación. Por eso no podía decirle que su hermano alguna vez me amenazó para no hacerle a ella lo que les había hecho a otras muchas mujeres.

—¡Isa! —Sus ojos bajaron lentamente después de regalarme una leve sonrisa al escuchar la voz de Marc llamándola enfadado.

Era la primera vez que me había alegrado de escucharlo. Isabella se bajó de aquel bordillo soltando un breve suspiro casi en susurro al sentir su voz llamándola.

—Gracias por la charla.

—Cuando quieras —respondí desviando la mirada antes de volver a mirarla.

—Puede que algún día te tome la palabra…

—Tu hermano sabe dónde encontrarme, por si alguna vez necesitas un amigo.

Ambos nos dedicamos una breve sonrisa antes de ver cómo sus ojos volvían a mirar hacia dónde se encontraba Marc saliendo de su boca un breve suspiro.

—Ojalá nos hubieran presentado antes. —Sonrió regalándome una breve caricia en el brazo, antes de dejar junto a mi mano un mechero verde.

Me guiñó un ojo, regalándome una sonrisa antes de volver sus pasos hacia donde venia la voz de Marc. Tras procesar aquel gesto, me giré para observar cómo se alejaba, encontrándose por el camino con su hermano que también la andaba buscando. Ella le dijo algo en el oído mientras ambos miraban hacia mí antes de alejarse entre la multitud. Esa noche, sin saberlo, cambiaría la vida de ambos.

La relación de Isabella y Marcos, o Marc, cómo le gustaba que le llamaran, estaba en todas las portadas. Eran la pareja del momento. Ya no solo porque le sacaba casi treinta centímetros, sino por los diez años que se llevaban de diferencia de edad. Cuando Marc conoció a Isabella, él tenía veintitrés años y ella treinta y tres. Marcos era un niño rico al que le había ido bastante bien en los negocios gracias al dinero y la posición de su familia. El apellido Roig era bastante conocido en el alto standing de Madrid. Su padre le había abierto todas las puertas posibles al ponerle a cargo de una de sus empresas, pero seguía siendo un niño con dinero

infinito para gastar y acostumbrado a ganar siempre. Y ella, bueno, no podía evitar sonreír cada vez que hablaba de ella. Isabella aparte de ser una mujer hermosa, era una mujer con un talento inigualable y un alma preciosa. Se había abierto camino en una industria donde las mujeres valían si enseñaban y ella había derribado aquellos muros con su talento como compositora, productora, bailarina y cantante.

Los meses fueron pasando entre el trabajo en el hospital, la casa que Isabella le había regalado a Agustín para que se asentara en Madrid con su familia, mi piso y vuelta al hospital. Cada vez era más común encontrarme con Isabella en casa de su hermano, sobre todo cuando Marc la dejaba sola. Solo en esa ocasión es cuando podía disfrutar de su compañía. Quizás por eso iba tanto en busca de mi amigo, para poder verla. Habíamos conectado desde primera hora de una manera especial, algo impensable si me lo hubieran dicho hace años cuando la vi cantar por primera vez en directo justo en aquella ciudad. La vida me había regalado la oportunidad de conocerla, sabiendo solo con mirarla cuando algo le incomodaba o cuando disfrutaba en silencio de las interminables anécdotas de su hermano cualquier noche de verano sentados sobre el porche de su jardín. Isa había depositado su confianza en mí, sincerándose conmigo como si nos conociéramos de toda la vida, algo que me obligaba a luchar día a día con los sentimientos que provocaba en mí el solo mirarla. Y es que verla hacer algo tan sencillo y mundano como parpadear o sonreír, a mí me parecía extraordinario de su parte. Verla trabajar era irreal. Era como admirar a Miguel Ángel Buonarroti tallar la escultura del David. Si antes la admiraba como artista, ahora lo hacía también como persona al ver su constancia, su sacrificio, su disciplina y su entrega a la gente que los rodeaba. Tenía un alma y un corazón puros. Por culpa de todo lo que ella provocaba en mí, había veces que no podía ser imparcial cuando se desahogaba conmigo sobre alguna diferencia entre ella y Marc. Diferencias que eran más comunes de lo que se comentaba en los medios. Marc era celoso, territorial, racista, narcisista y posesivo. Isabella no se daba cuenta, pero la estaba cambiando, moldeando a su antojo y manipulando. No soportaba ser

eclipsado por ella cada vez que aparecían juntos frente a las cámaras. Le molestaba verla brillar, por eso iba apagándola poco a poco. Por culpa de sus celos había dejado de lado su trabajo, renunciando a colaboraciones con artistas únicamente porque eran hombres. Evidentemente también le causó problemas el saber que coincidía conmigo cada vez que iba a casa de su hermano. Por eso, tras una enorme bronca con Marc una noche después de recogerla de casa de su hermano, Isabella empezó a poner excusas cada vez que Agustín la avisaba, así que decidí ser yo quien debía distanciarse para que ella pudiera juntarse con la única familia que tenía aquí.

Su secreta boda en una isla y el embarazo de Isabella fue algo que me cayó como un jarro de agua fría. Se ve que en seis años habían superado las miles de crisis y el miedo que sentía las veces que había hablado conmigo, o al menos lo disimulaba bastante bien.

Recuerdo aquella llamada a mediados de 2017. Después del embarazo de Isabella, había decidido distanciarme. Tanto por mi bien como por el de mi matrimonio. A pesar de querer soltarla, siempre terminábamos intercambiando algún mensaje. No era capaz de soltarla del todo. Era ver su nombre en mi teléfono e inmediatamente todo pasaba a un segundo plano. Pero nuestra relación se enfrió un poco al volcarnos cada uno en nuestros trabajos. Yo en el hospital para dejar aquella dependencia de ella e Isabella en la grabación de su disco.

No recuerdo el mes exacto, solo sé que el frío seguía calándome los huesos. Los árboles empezaban a dejar caer sus hojas secas, pintando el Retiro con un manto amarillo sobre sus pies. Acababan de darme luz verde en el hospital para poder ausentarme un par de meses tras comunicarles que mi madre había empeorado de su cáncer y necesitaba viajar cuanto antes a Miami a cuidarla. Miré aquellas maletas aún sin terminar, reflejándome en todo aquel montón de ropa agolpado tal como estaba mi vida, patas arriba. El sonido de mi teléfono me hizo mirar encima de toda aquella ropa tratando de recordar dónde lo dejé después de hablar con Susana, la jefa de personal y mi amiga desde que entré a trabajar en aquel hospital. Suspiré al encontrar aquel escandaloso teléfono bajo la cama. Sentí cómo se iba el color de mis mejillas al ver dos llamadas perdidas de Agustín. Le di a

responder llamada mientras hacía hueco en la cama para poder sentarme. Descolgó al segundo toque sin darme tiempo para nada. Directamente habló en tono preocupado.

—Rubén, perdona la insistencia, no sabía a quién más recurrir.

Llevaba días viendo su nombre en mi teléfono, pero por falta de tiempo y una pizca de falta de interés no había podido responder.

—No molestas, no te preocupes… ¿Va todo bien?

Sentí cómo resoplaba al otro lado del teléfono.

—Isa tuvo hace unos días una hemorragia en las cuerdas vocales; lleva dos días que no ha podido articular palabra

Podía notar su angustia en la voz. Mi rostro se palideció por completo al escuchar sus palabras.

—¿Dónde estás?

—En casa de Isa… Marc no está —me avisó de que ese problema ahora no estaba.

—Salgo ahora mismo para allá.

Después de colgar llamé a Susana para que buscara al mejor especialista. La culpa me recorría al recordar las llamadas perdidas de Agustín esos días de atrás, por eso estaba dispuesto a mover cielo y tierra para ayudarla. Aparqué mi Mercedes GLA gris oscuro en la parte de atrás como tantas veces había hecho. Al bajar, vi el derrape de mis ruedas en aquellos chinos que adornaban el suelo mientras cerraba la puerta. Llamé al timbre colocando mis manos dentro de los bolsillos de mi vaquero, impaciente. Agustín apareció tras aquella puerta dándome un fuerte abrazo.

—Gracias por venir.

—No se merece… —Me dio un leve golpe en la espalda en agradecimiento a la vez que avanzábamos por aquella enorme casa—. ¿Cómo está?

—Fatal… —respondió casi susurrando, se le notaba que no había dormido en mucho tiempo.

—¿Y Marc? —Los ojos de Agustín se enfurecieron mirándome. Negó con la cabeza mientras se colocaba frente a una puerta.

—Se fue de viaje de «negocios» hace más de una semana. He intentado comunicarme con él, pero su secretaria o quien sea que es esa chica, no hace nada más que decirme que esta reunido. —Su voz era irónica. Pasó su mano sobre aquel pelo lleno de canas antes de señalar a la puerta que se encontraba tras él—. Solo una cosa, cuando la veas… no te asustes, ¿vale? —Pudo ver mi cara contrariada al escucharlo—. Es decir… Lleva días que no hace nada más que llorar, está agobiada por la pequeña, por no poder hablar, la gira…

—¿Gira? —le interrumpí asombrado. El asintió mirándome sin entender mi sorpresa.

—Sí, la de su último disco, ¿no ves la televisión?

—Trabajo —respondí arrugando los labios viendo cómo fruncia el ceño.

Agustín dio varios golpes con sus nudillos en la puerta antes de abrirla. Pase tras él observando aquella enorme habitación manteniendo las distancias. Era la primera vez que entraba a la habitación de Isabella y me sentía como Robin en la Batcueva. Al parecer todo en esa casa era a lo grande. Agustín se acercó a Isabella, que se encontraba sentada en el borde de su cama, aún deshecha. Quizás estuviera tumbada antes de llegar nosotros. La saludó con un beso en la frente. Al retirarse, ella clavó sus ojos sobre mí. Los recordaba más grandes y con más brillo. Esta vez sus ojos estaban enrojecidos e hinchados de llorar, su pelo rizado rubio y despeinado adornaba sus hombros. Se la veía demacrada y mucho más delgada, pero seguía siendo la mujer más hermosa del planeta. Me dedicó una leve y tímida sonrisa en forma de saludo al verme. Su garganta lucía una pañoleta rosa. Giró su cabeza buscando a su hermano de nuevo tratando de decirle algo.

—No hables… —Agustín se sentó junto a ella en la cama. Isabella se inclinó sobre el oído de su hermano—. Aún no ha llamado…

Ella asintió agarrando la mano de su hermano con cariño. Él me miró para que me acercara mientras Isabella se giraba nuevamente hacia mí e

intentó ponerse de pie.

—No, no te levantes, por favor… —respondí acercándome rápidamente hacia donde ella se encontraba, poniéndome de cuclillas para evitar que se levantara.

Le dediqué una leve sonrisa cuando volvió a mirarme. Isabella extendió sus brazos para que la abrazara, desarmándome al volver a sentirla tan cerca. Sus labios me susurraron lo mucho que se alegraba de verme en el oído, mientras acariciaba mi espalda aún abrazada a mí. Sonreí, hundiendo levemente la nariz sobre su pelo. Fue una milésima de segundo, pero necesitaba volver a emborrachar mis sentidos.

Respirarla de nuevo fue lo mejor que me había pasado estos días.

—Yo también me alegro de verte —respondí separándonos ambos de aquel abrazo.

Ella agarró una de mis manos con el mismo cariño que había agarrado la de su hermano minutos antes, reteniéndome aún a su lado.

—No puedo dejarte sola… Estás hecha un desastre… —bromeé viendo cómo sus labios sonreían a la vez que tiraba de mi mano por mis palabras. Apreté su mano con cariño, besando involuntariamente su cabeza.

—Gracias por venir… —Un leve hilo de voz susurrante salió de sus labios.

—No se merecen —respondí soltando sutilmente su mano mientras me levantaba—. He estado hablando con una amiga del hospital para que busque al mejor especialista. —Agustín agradeció golpeando brevemente mi brazo—. Aun así… ¿te importa si… te reviso?

Isabella negó mientras sus manos se deshacían con cuidado del pañuelo que adornaba su garganta.

—Nosotros… —Isabella trato nuevamente de tratar de hablar.

Agustín agarró su mano para que no dijera nada, ayudándola a quitarse el pañuelo. Podía ver cómo sus ojos se iban aguando de frustración. Trató de esconder aquellas ganas de llorar frotando su cara entre sus manos.

—Llamamos al médico de la familia de Marc nada más ocurrir —

Agustín terminó la frase por ella—. Nos dijo que ese tipo de lesión es muy común en personas con la misma profesión que ella… Nos ha dicho que seguramente tenga que operarse… Empezamos la gira el año que entra, así que te imaginarás la presión…

—Buscaremos agotar todas las opciones posibles antes de que tengas que meterte en un quirófano… —dije mirando sus ojos tristes.

Volví a acomodarme de cuclillas frente a Isabella dedicándole una leve sonrisa para tranquilizarla.

—Ahora necesito que pongas la cabeza recta y mires hacia mí, ¿vale? Deja el cuello relajado… —dije viendo cómo obedecía de inmediatamente al salir las palabras de mis labios.

El olor de su perfume volvió a invadir mis sentidos mientras observaba cómo su garganta se movía al tratar de tragar saliva. Respiré hondo tratando de tranquilizar los latidos desbocados dentro de mi pecho. Me acerqué todo lo que pude a la cama para poder palpar mejor, colocando lentamente mis dedos sobre su cálida piel, rozando su garganta para tratar de sentir algo que me dijera más de lo que me habían contado. Sentí las pulsaciones de Isabella acelerarse al notar mis dedos sobre su piel, sincronizándose con las mías, observando cómo su pecho respiraba acelerado. Era la primera vez que la contemplaba así de cerca. Podía admirar las sutiles pecas que salpicaban su mejilla. La longitud de sus pestañas. La perfecta textura de su piel que parecía de porcelana. Por suerte nadie en esa habitación podía escuchar la sinfonía taquicárdica que tenía mi corazón al tenerla a excesos centímetros de mí. Alcé los ojos encontrándome con su mirada fija sobre mí, mirándonos fijamente durante varios segundos. Tras mostrarle una breve sonrisa retiré mis dedos de su piel, aclarando mi garganta nervioso.

—Podría recetarte corticoides para empezar a bajar la inflamación —dije incorporándome rápidamente sintiendo aún su mirada fija sobre mí.

—¿Tiene mala pinta? —Agustín preguntó mirándome con preocupación.

—No sabría decirte, pero… —Froté mis manos nervioso—. Lo que sí podríamos es evitar más daños tomando agua a temperatura ambiente; beber infusiones de miel, jengibre… Evitar hablar lo máximo posible, hacer

gárgaras con agua con sal…

—Espera que lo apunte —Agustín dijo mientras sacaba su teléfono para anotarlo todo.

Isabella volvió a colocar su pañuelo alrededor de su garganta con la mirada perdida. Coloqué una de mis manos cerca de su cabello para ayudarla a sacarlo de debajo de aquella pañoleta. Al rozar una de sus manos con la mía, sus ojos me miraron rápidamente volviendo a mirarnos fijamente. Cada vez me costaba más disimular el castigo que era tenerla así de cerca. La presión se me subía al imaginar cómo sería un beso de esos labios que ella humedecía. Era una tortura no saber a qué sabía su piel, su boca. Me desesperaba esa sensación.

—Es Marc… —Agustín dijo al recibir un mensaje en su teléfono obligándonos a apartar la mirada el uno del otro—. Dice que su avión aterrizara esta noche…

A diferencia de Isabella, que había recuperado el brillo en sus ojos al escuchar a su hermano, Agustín y yo sabíamos que no iba a aparecer esta noche, como mucho mañana a mediodía de lo más arrepentido por no poder estar antes. Sentí mi teléfono vibrar dentro del bolsillo, disculpándome antes de sacarlo para responder. Para mi desgracia no era Susana, sino Adriana. Volví a disculparme para alejarme un poco antes de responder. Aquella habitación era tan grande que podías tener intimidad alejándote un par de pasos.

—Hola, guapa.

—¿Dónde estás? —Su voz sonaba molesta.

—Eh… —Mojé mis labios antes de cubrirlos tratando de pensar que decirle— Tuve que salir para averiguar unas cosas, ¿necesitas algo?

—Deberías estar aquí, arreglando tu ropa para tu viaje…

—En un rato estaré allí.

—Por supuesto.

—Te lo prometo.

—Como siempre, prometiendo cosas que luego no eres capaz de

cumplir…

Colgó la llamada dejándome con la palabra en la boca. Apreté los dientes mirando aquel inmenso jardín que se apreciaba desde la ventana del dormitorio. Si le hubiera dicho que estaba con Agustín e Isabella, sus celos la hubieran hecho reaccionar peor. Cuando me giré para acercarme de nuevo hacia ellos, Isabella me miró con preocupación como si hubiera adivinado la conversación. Le hice una mueca con la cabeza, negado rápidamente para que no se preocupara.

—¿Todo bien? —Agustín preguntó por ella.

Ambos me conocían, sabían cuando algo no iba bien. Asentí rápidamente guardando el teléfono de nuevo.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí. —Cogí aire cruzando nuevamente los brazos sobre mi pecho.

Solté todo aquel aire desinflando de nuevo mis pulmones. Isabella dio unos leves golpes sobre el colchón de su cama para que tomara asiento a su lado. Me dejé caer suavemente, colocando mis manos sobre mis rodillas, mordiendo mi labio inferior con ansiedad.

—Espero no haberte metido en problemas… —Agustín dijo colocando sus manos sobre su cintura sabiendo de quién se trataba.

—Los problemas ya existían de antes… No te preocupes.

Isabella colocó una de sus manos sobre la mía. Me quedé durante varios segundos observando su cálida mano acariciando la mía, consolándome. Cada vez que sentía su piel, algo se descontrolaba dentro de mí, dándole esperanzas a sentimientos que no podían ni debían existir. Retiré la mano lo más sutil que podía para entrelazarlas entre sí.

—En fin, vamos a empezar solucionando cosas que sí tienen solución —respondí mirando a ambos rápidamente de nuevo—. ¿Has apuntado las recomendaciones que te he dicho?

Coloqué las manos a ambos lados de mi cadera, notando la firmeza de aquel colchón. Varios pensamientos intrusivos empezaron a rondarme la cabeza. No podía dejar de imaginar a Isabella y a Marc en esa cama juntos

mientras la voz de Agustín se sentía de fondo hablando. No era capaz de dejar de imaginarlos haciendo el amor y lo peor de todo es que me enfurecía como si ella fuera algo mío. Gracias a dios el sonido de teléfono me sacó de aquellos pensamientos. Al sacar el teléfono del bolsillo, los tres contuvimos la respiración al ver el nombre de Susana llamándome. Puse el teléfono en altavoz y tal como imaginaba, nos facilitó el número de la mejor médico en ese campo. Había concertado una cita para mañana por la mañana, ya que era casi imposible que tuviera hueco sin un poco de enchufe. Después de agradecerle mil veces el favor, Isabella se fundió en un abrazo con su hermano. Al colgar la llamada, Isabella me abrazó con fuerza besando mi mejilla al separarse. Casi no tuve tiempo de procesar aquel beso cuando la mano de Gus golpeó mi espalda con cariño en forma de agradecimiento. Isabella sonrió de oreja a oreja por primera vez desde que aparecí en esa habitación. Su sonrisa hizo que se le arrugara la nariz y sus ojos volvían a recuperar algo de brillo pensando en la esperanza de poder volver a recuperar lo más preciado que tiene un ser humano; su voz y su identidad.

—Ojalá mañana nos den buenas noticias. —Agustín nos miró a los dos colocándonos a ambos entre sus brazos.

—Espero que sí —respondí aun atrapado en los brazos de Agustín.

—¿Vendrás mañana con nosotros? —Agustín preguntó colocándose junto a Isabella.

—Pues… —Pasé mis dedos sobre la barba pensando los pros y los contras de aquello—. Estaremos más cómodos con alguien que nos traduzca las cosas cuando hablen con esos tecnicismos médicos que usáis —Agustín recalcó bajo la atenta mirada de Isabella.

—Sí, claro… os acompañaré mañana.

—Gracias —Agustín me agradeció con una amplia sonrisa.

El rostro de Isabella parecía relajado después de confirmar que estaría mañana junto a ellos. Extendió su mano hacia mí como señal de agradecimiento. Cogí todo el aire que mi diafragma era capaz de acumular mientras apretaba su mano con cariño.

—Bueno, ahora sí debería irme… Dejé toda la casa hecha un desastre… Y necesito organizar unas cosas.

—¿Por eso te ha llamado la parienta? —Agustín preguntó divertido. Asentí alzando las cejas—. Está bien, no te entretenemos más que no queremos causar más problemas —dijo acariciando la espalda de su hermana para despedirse—. Te acompaño a la puerta. —Agustín besó la frente de su hermana tras decirle esta algo al oído—. Está bien… —respondió viendo cómo asentía mientras me miraba—. Te espero afuera, que no hable —nos señaló antes de cruzar la puerta del dormitorio de su hermana. Isabella se acercó hacia mí con sus dedos enredados en su cabello dorado y rizado. Sus dedos se detuvieron sobre el pañuelo que envolvía su cuello cuando se paró frente a mí.

—Rub… —Aquel fino hilo de voz tras un breve carraspeo le provocó algo de dolor.

—Shh… —Coloqué ambas manos sobre sus hombros dedicándole una breve sonrisa—. Ya escuchaste a tu hermano…

Isabella asintió devolviéndome la mirada al sentir el breve apretón de mis manos sobre sus hombros.

—Te prometo que vas a recuperarte, no pienso irme a ningún lado hasta asegurarme personalmente de eso…

Sus finos brazos respondieron colocándose alrededor mi cuello. Fue un gesto espontáneo, pero fue algo que no podía reprimir más. Trataba de hacerse la fuerte. Era una de las muchas cosas maravillosas que tenía, su fortaleza. Pero se la veía derrotada por todo lo que llevaba encima. Su hermano siempre había halagado su resiliencia ante las adversidades. Y ahora que era mamá de una niña hermosa, más aún. Como dirían aquí en España, llevaba la procesión por dentro. Inconscientemente, volví a buscar el olor en su cabello rizado que brillaba como el sol. En ese momento mi cabeza me martilleaba recordándome que aquello era imposible. Ambos estábamos casados. Ella solo me veía como un amigo y lo más importante, era la hermana de mi mejor amigo. Por eso mi corazón memorizaba cada detalle de aquel eterno abrazo. Después de un buen rato abrazados, ella

soltó sus brazos de mi cuello separándonos lentamente. Al ver sus ojos me di cuenta de que aquel abrazo, no solo había sido especial para mí.

—Trata de descansar… —dije besando su frente con cariño antes de salir de allí.

Salí de aquella habitación sin siquiera esperar respuesta, escondiendo mi cabeza en mis pensamientos. Miré los discos de diamante que tenía colgados de una de las paredes, sobre una mesa blanca que contenía retratos de los tres. Marc, Isabella y la pequeña. Observé aquellas fotografías familiares más de cerca para recordarme que ella tenía una vida y yo otra, cuestionándome si realmente podía seguir siendo su amigo. Aquellas fotos retrataban a una familia envidiable. Yo mismo envidiaba la vida de Marc, al verlo con la bebé en brazos en la puerta de la que había sido la casa de Isabella en Cartagena. Al fondo, había una fotografía de Marc e Isabella en Maldivas, abrazándose mientras se besaban, vestidos de neopreno en alguna playa. Agarré una foto de Isabella recibiendo un beso de su hija en la mejilla sonriendo ampliamente.

—La familia perfecta. —Agustín apareció tras de mí, con sus manos en los bolsillos mirando aquellas fotografías.

Volví a dejar aquella foto donde estaba antes de mirarlo.

—¿Siguen teniendo problemas? —pregunté dirigiendo la mirada hacia él. Sus ojos observaron aquellas fotografías antes de devolverme la mirada.

—Sigo sin saber por qué se casó … —respondió sin apartar la mirada de las fotos. Crucé los brazos sobre mi pecho mirándolas de nuevo—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Desde cuándo tienes problemas con Adriana? —Ambos comenzamos a caminar. Mas bien el me seguía mientras yo huía al dirigirme hacia la puerta.

—¿Alguna vez hemos dejado de tenerlos?

—Es otra cosa que no entiendo, por qué te casaste tú también…

—Era lo que se debía hacer —respondí alejándome de aquel altar de fotos.

—Pudiste divorciarte cuando os enterasteis de que no había motivo para seguir. —Agustín caminaba tras de mí.

—Ya, bueno… Demasiado tarde para eso.

Al llegar al coche, ambos volvimos a abrazarnos después de acordar la hora para la cita del médico de mañana antes de irme.

Agustín siempre había sido como un hermano para mí. Recuerdo que cuando lo conocí, él quería empezar en el negocio de bienes raíces. Mis padres querían que fuese ingeniero o banquero, de hecho, elegí finanzas antes de dedicarme a la medicina. Pero ambos abandonamos todo aquello. Agustín por el talento de su media hermana: Isabella. Yo por una función de teatro de una obra de Alejando Dumas, donde vi desplomarse a una chica. Sentir cómo la vida de esa chica se apagaba frente a mí fue lo que me hizo elegir la carrera de medicina.

Al llegar a casa, como era de esperar, Adriana me esperaba con la cara larga. Últimamente parecía no poder o no querer mirarme de otra forma. Tras una larga lista de cosas a echar en cara, ella decidió irse a dormir a casa de sus padres, una noche más. Aproveché de nuevo aquella soledad para aplazar el viaje que tenía, al menos hasta poder solucionar el tema de Isabella. Sé que no me incumbía, pero no podía irme sabiendo que ella no estaba bien, se lo había prometido. Mi hermana me insistió en que era importante que estuviera cuanto antes, ya que era un asunto que no podía retrasar más. Al dejar el teléfono sobre la cama, me dejé caer en ella mientras desabrochaba los botones de mi camisa lentamente. Mi cabeza volvió involuntariamente a aquel abrazo. Cerré los ojos para pensar en su pelo, en su olor, su sonrisa. Una ducha me ayudaría a borrar tantos pensamientos absurdos y prohibidos. La culpa era de la vida que me la ponía enfrente cada vez que comenzaba a olvidarla. Ya la tenía olvidada la primera vez que la vi con su pelo negro y su guitarra a cuestas. Luego volvió a aparecer agarrada de la mano del mejor amigo de Adriana. Es como si el destino se riera de mí recordándome que solo sería un mero espectador.

El timbre del piso sonó, sacándome de aquel baño. Coloqué de nuevo la camisa sobre mis hombros, metiendo los brazos mientras avanzaba a la puerta. Tocaron nuevamente con urgencia antes de que mis manos abrieran aquella puerta. Al abrir vi aquellos enormes ojos color café mirándome de arriba abajo antes de quedarse fijos sobre los míos, mirándome profundamente. Su respiración parecía agitada, como si hubiera venido corriendo.

—Isabella, ¿qué haces aquí? —Mis manos trataron de abrochar de nuevo los botones de mi camisa.

—Necesitaba hablar contigo. —Sus labios se quedaron entreabiertos, dejando ver parte de aquella perfecta dentadura.

Se paró a escasos centímetros de mí, acariciando mis dedos con sus manos. Ambos agachamos la cabeza observando aquella leve caricia.

—Isa… —susurré tragando saliva al sentir sus dedos aún acariciando mi mano—. ¿Qué estás haciendo?

—No digas nada. —Su voz sonaba casi susurrante. Llevó una de sus manos a mis labios, acariciándolos mientras dejaba sus ojos fijos sobre los míos—. Ese abrazo que nos hemos dado antes… Dime que también lo has sentido…

Suspiré cerrando los ojos al sentir sus cálidos labios rozar los míos. Mi piel se erizó al sentir aquella fugaz caricia. Sus pies se encontraban de puntillas para poder llegar a mi boca.

—Dímelo… dime que no has sentido nada al abrazarme… y me iré.

—Esto no está bien… —Agarré su suave y perfecta cara entre mis manos acercándola aún más. Rocé su nariz contra la mía, haciéndome hueco poco a poco mientras sentía su aliento sobre mí. Las manos de ella se aferraban con la misma desesperación que las mías sobre el cuello de mi camisa aún abierta.

—Bésame…—susurró cerca de mis labios notando el cuerpo de aquellas palabras dentro de mis labios.

Nuestras miradas se quedaron fijas la una sobre la otra varios segundos

antes de besarnos. Sus labios me besaban con la misma urgencia que los míos, mientras sus manos se deshicieron de mi camisa, dejándola tirada el suelo. Sus manos acariciaban mi pecho, recorriendo mi espalda mientras nuestros labios se devoraban. Coloqué sus piernas sobre mi cintura, agarrándola con fuerza contra mí a la vez que nos dirigíamos al baño donde minutos antes iba a darme una ducha. La coloqué sobre el filo del lavabo observando cómo se deshacía de aquella sudadera que llevaba en la mañana. Su pelo rizado cayó sobre sus hombros desnudos. Mis dedos acariciaron el tirante de su sujetador bajándolo lentamente por sus brazos observando su piel bajo mis dedos. Llevé mi mano derecha sobre su mejilla para acariciarla bajo su atenta mirada. Isabella se inclinó hacia mí para volver a atrapar mis labios contra los suyos, acariciándolos antes con su lengua. El sonido de un teléfono provocó un breve gruñido en mí.

—No lo cojas… —susurró sobre mis labios.

De pronto el baño empezó a girar sobre mí con aquel sonido bombardeando mi cabeza.

Abrí los ojos de golpe, comprobando que, a mi lado, sobre la almohada, solo se encontraba el culpable de traerme de vuelta de aquel maravilloso sueño. Resoplé, dejándome caer sobre mis brazos, cubriendo mi cabeza bajo la almohada. Cuando pude volver a la normalidad, me dirigí al baño, esta vez en solitario para echarme agua bastante fría sobre la cara. Tuve que mirar varias veces la pantalla al leer el nombre de Isabella porque creía que mi mente seguía jugando conmigo.

¿Cómo van las cosas en casa?

Gracias por estar siempre y por sacarme una sonrisa en los peores momentos…

Espero verte mañana,

¡Buenas noches!

Agarré con fuerza entre mis manos aquel teléfono releyendo aquel

mensaje pensando en qué contestarle. Si le decía que Adriana se había ido o que las cosas estaban mal, se preocuparía aún más y no quería que se sintiera mal por cosas que ella no podía solucionar.

Todo bien, no te preocupes. Mañana nos vemos, trata de dormir algo.
¡Buenas noches para ti también!

Tenía que acabar con aquello pronto. Mi familia me necesitaba en Miami, no podía seguir perdiendo el tiempo. En cuanto solucionara el problema de Isabella, tenía que irme para cortar esto de raíz, ya que así no podía ser el amigo que ella necesitaba. Aquel viaje, junto con la distancia, me iba a venir bien. Volver a estar con mi madre, que era mi mejor consejera para que me ayudara con esta obsesión que estaba empezando a hacerme fantasear para torturarme ahora desde el subconsciente.

No había podido dejar de revivir aquel sueño de Isabella en mi baño. Se había sentido tan real, sus labios, su pelo. Crucé los brazos incómodo, para luego descruzarlos y esconder las manos dentro de los bolsillos de mi vaquero, me sentía raro después de haberla imaginado así. El día se había despertado aún más frío que el anterior. Podía ver el humo salir de mi boca sin necesidad de tener que fumar. Agustín me había pedido que entrara y esperara en la parte de atrás, ya que la puerta delantera siempre estaba atestada de periodistas. No sé cómo podían acostumbrarse a vivir así. Mis ojos estaban fijos en aquella puerta, no sé si deseosos de que se abriera o aterrados. No sabía cómo iba a poder mirarla después de imaginarla como hice anoche. No tuve mucho tiempo de averiguarlo. Me incorporé alejándome del capó del coche para acercarme un poco más al aparecer por aquella puerta del brazo de su hermano. Lucía aún más hermosa que ayer. Su pelo rizado ahora estaba liso. Sus ojos estaban cubiertos por unas enormes gafas de sol oscuras, al igual que su ropa y la bufanda que resguardaba su cuello. Respiré profundamente al verlos bajar los escalones que los acercaba a mí.

—Buenos días.

—Buenos días…

Saludé desviando mi mirada hacia Agustín. Él golpeó levemente mi hombro antes de pasarme la bolsa de Isabella. Ella en cambio me dedicó una leve sonrisa antes de dirigirse al coche, se la notaba nerviosa, aunque no tanto como yo, que tenía que compartir coche a solas después de casi hacerle el amor anoche.

—Gracias por venir… —murmuró escondiendo su mirada bajo esas gafas.

—Para eso estamos —respondí abriendo la puerta del copiloto para que Isabella entrara. Ella se despidió de su hermano con un fuerte abrazo antes de entrar en mi coche.

—Ehh… —Gus se giró mirándonos a los lados antes de dirigir de nuevo la vista hacia mí—. Salid tratando de no llamar demasiado la atención. Yo saldré con la furgoneta por delante para que piensen que ella está conmigo e intentare alejarlos antes de reunirme en el hospital con vosotros….

—Está bien…

—La cita la tenemos a las diez, aún nos quedan cuarenta y cinco minutos, si veis que no llego… Entra con ella, por favor. —Esto último lo dijo casi en forma de susurro como petición entre amigos. Asentí abriendo la puerta del conductor.

—No te preocupes…

—Id con cuidado.

Ambos nos miramos por última vez antes de meterme en el coche. Los ojos de Isabella miraban fijamente hacia el frente, su garganta tenía un vaivén al tratar de tragar saliva. Abroché mi cinturón antes de arrancar el motor mirándola nuevamente de reojo. Involuntariamente coloqué mi mano derecha sobre la suya dándole un leve apretón en forma de caricia, haciendo que su cabeza se girara lentamente hacia mí para observar aquella caricia.

—Verás cómo todo sale bien. —Le dediqué una leve sonrisa antes de retirar mi mano.

Ella encogió su cuerpo dejándose caer para ocultarse y que así nadie

pudiera reconocerla si veían mi coche. Lo bueno de empezar a movernos, es que la radio se encendió haciendo más ameno aquel silencio entre los dos. Al salir de la urbanización noté cómo su cuerpo se empezaba a relajar algo más. Su voz apareció en aquella emisora de radio cantando uno de sus éxitos. Sus manos apartaron aquellas enormes gafas de sol de sus ojos antes de apagar la radio. De reojo vi cómo su cabeza se agachaba aún con las gafas entre sus dedos. Las soltó para recoger su cabello con la goma que adornaba su muñeca en una coleta baja.

—No vino… —El hilo que le quedaba de voz, rompió el silencio después de varios minutos. Aproveché el semáforo que nos detenía para mirarla.

—No sé, quizás… le haya surgido algo a última hora. —Mordí mi labio inferior, desviando mi mirada hacia el volante.

Sus ojos volvieron a entornarse, tristes, antes de colocarse de nuevo aquellas enormes gafas mirando de nuevo hacia la ventana, apoyándose sobre su codo.

—Ahora mismo lo único que tienes que pensar es en recuperarte…

El claxon del coche de atrás me hizo ponerme de nuevo en marcha mientras ella observaba por el retrovisor al coche que nos había pitado.

—No sé si pueda curarme… —Aquel susurro tratando de buscar voz a pesar del dolor, me partía el alma.

—Claro que vas a curarte —respondí mirándola brevemente antes de volver a mirar a la carretera—. Piensa en tu hija… No la puedes dejar sin escuchar la voz de su madre. Ella debería de ser tu único motor para seguir… —Negué con la cabeza rápidamente antes de mirarla nuevamente de reojo—. Sé que es injusto y mucho más fácil de decir que de vivirlo, pero tienes que achuchar un poco más… —De reojo vi cómo sus labios se torcían dibujando una breve pero amplia sonrisa—. Has podido con cosas peores… ¿Acaso no vas a poder con esto?

Su mano izquierda se posó sobre mi mano derecha que descansaba en el reposabrazos. Su piel era suave y cálida, incluso en un día tan frío como el

de hoy. No pude reprimir mis ganas de estrechar su mano contra la mía. Ambos nos miramos nuevamente, dedicándole una amplia sonrisa antes de continuar mirando hacia nuestro destino que se observaba al fondo. Los siguientes minutos antes de llegar a aquella clínica, los recorrimos agarrados de la mano prolongando aquella caricia. Fue ella la que soltó mi mano para acomodarse las gafas y el pelo al llegar a aquel parking privado. Su pelo volvía a lucir suelto, adornando sus hombros. Mis ojos no podían evitar mirarla de vez en cuando, tratando de disimular haciendo como que buscaba a su hermano. Tras esperar un buen rato en el coche, Isabella revisó su teléfono, metiéndose en una conversación que tenía con Marc. Lo poco que se podía leer desde donde me encontraba, se veía que habían estado discutiendo por la forma en la que él le hablaba. Apreté los dientes cogiendo aire despacio.

—No le escribas nada más… —dije levantando la mirada hacia ella.

Sus manos salieron de esa conversación y buscaron entre sus contactos a su hermano antes de pasarme su teléfono. Al cuarto tono, Gus respondió.

—¡Ey! ¿Por dónde andas?

—¿Rubén? Este… llegando. Id entrando vosotros, puede que me queden un par de minutos.

—Está bien, ten cuidado, ¿vale? —respondí colocándome el flequillo hacia atrás. Sus ojos me miraron brevemente antes de desabrochar su cinturón—. ¿Lista? —pregunté al ver de nuevo su semblante serio.

Isabella asintió después de quedarnos viendo un rato fijamente a los ojos. No quería hacerme ilusiones. Ella se encontraba más sensible y falta de atención por sus innumerables discusiones con Marc. Solo se sentía segura a mi lado. Como si fuera un hermano más para ella. Alguien en quien confiar, y no podía romper su confianza con mis tonterías e incomodarla. Lo que sentía por ella no era recíproco y debía recordármelo diariamente. Salí de aquel coche desbordado de momentos en silencio que solo me confundían, sobre todo después del sueño de anoche. Debía mantener las distancias. Gracias a Dios Agustín apareció unos minutos más tarde, justo detrás de nosotros. Decidí ir primero hasta la puerta de acceso a la clínica,

dejándola a ella atrás agarrándose al brazo de su hermano. Cuando ambos me alcanzaron, me ofrecí a subir por las escaleras para compensar no haber pisado el gimnasio esa mañana. No necesitaba más momentos en espacios reducidos con ella. Mis manos se acariciaban entre sí recordando aún en mi piel el tacto de sus manos. Al llegar a la dichosa cuarta planta, después de más de un millar de escalones, me detuve para coger aire y acomodarme la ropa para estar decente antes de abrir la puerta que daba a las consultas. Nada más abrir, vi a lo lejos a Isabella en los brazos de Marc. Posiblemente habría aparecido de sorpresa para compensar su última discusión por mensajes. Me quedé parado aún con la mano sujetando el pomo de la puerta, con medio cuerpo fuera. Él era su lugar seguro, el que le había borrado la tristeza de hace unos minutos de sus ojos, dibujando en sus labios una amplia y hermosa sonrisa. Inhalé lentamente, observándoles reírse y besarse antes de cerrar la puerta con la intención de irme de allí, pero Agustín debió de verme observarlos antes de cerrar. Su robusta mano detuvo la puerta antes de cerrarse.

—¡Lalo! —Su voz me obligo a girarme. Acaricié la barandilla de aquellas escaleras al detenerme—. ¿Te vas?

—Sí, me han llamado del hospital… Y cuando he visto que estaba Marc —respondí señalando al frente—. Sé que se queda en buenas manos.

—Se ha presentado sin avisar… —respondió mirando rápidamente hacia atrás donde se encontraba su hermana observándonos desde la distancia.

—Mucho mejor para ella… —dije colocándome frente a él. Desde donde estaba podía verlos aun abrazados—. Tu hermana al único que necesita ahora mismo es a él… —Para mi desgracia…

Miré de nuevo viendo cómo se besaban, aún agarrados. Él debió de decir algo gracioso que provocó la sonrisa de Isabella. Desvié la mirada antes de golpear el hombro de Agustín.

—Te llamo más tarde para preguntarte qué os han dicho, ¿vale?

—Vale. Gracias otra vez.

Levanté la mano mientras seguía alejándome por aquellas escaleras.

Necesitaba irme de Madrid.

Los días antes de mi viaje pasaron en una aparente calma, por lo menos en casa. Las cosas con Adriana pareciera que estaban mucho mejor. Ambos habíamos enterrado el hacha de guerra entrando en un periodo de tregua. Por otro lado, Agustín me había transmitido el deseo tanto de su hermana como de él, de acompañarla los ratos que estuviera sola para asegurarse, sobre todo Agustín, de que hiciera sus ejercicios de rehabilitación bien. Una de las veces que fui a su casa, le llevé de regalo una pequeña pizarra, dándole la herramienta idónea para poder comunicarse sin abrir la boca. Le habían aconsejado reposo absoluto de la voz junto a rehabilitación para evitar una cirugía que la mantendría más de un año alejada de su casa, de los escenarios y de su hija. El paso del tiempo para Isabella era lento, aumentando su desesperación al no sentir mejoría. Poco a poco aquello fue haciendo mella en su matrimonio. En la última pelea que me tocó presenciar de ellos, Marc le había gritado que él no se había casado con una mujer como ella para que estuviera todo el día llorando, deprimida y en pijama. Aquello la dejó destrozada, porque fue lo último que le dijo antes de irse a un viaje de varias semanas a Qatar. Su ánimo bajó tanto que le salió un pequeño herpes en el labio, debido al estrés y a sus bajas defensas. Tras esmerarme el doble en hacerla reír, poniéndole mi horrible música en su estudio para hacer el tonto junto a Violeta, le propuse tanto a ella como a Agustín, cuando llegó a hacerme el relevo, pasar unos días fuera de Madrid. Quería que aprovechara las vacaciones de la pequeña y que Marc estaba fuera para ir a algún sitio de costa y disfrutar del sol, del buen tiempo y del mar. He de reconocer que descubrí su faceta más testaruda y cabezota tras proponérselo, al igual que sus miradas de desaprobación al conseguir sacarla de aquella casa que la asfixiaba. Pero su ánimo fue mejorando tras llamar a Gorka, un amigo de confianza, para que le enseñara tanto a ella como a la pequeña Violeta el apasionante mundo del surf, dándole a Isabella el mágico regalo de descubrir lo maravilloso que era fundirse con el mar. El surf fue para ella una vía de escape para dejar su cabeza en blanco al menos unos instantes.

Unos días antes de tener que viajar a Miami, estábamos en una hermosa

playa en Asturias, con el cielo rosado a punto de caer la tarde y con las nubes que parecía que casi tocaban aquellas montañas verdes. Me encontraba sentado en la toalla, con el neopreno abierto tras salir del agua. No podía dejar de admirar cómo se reía feliz, tras salir del agua después de haber sido revolcada por una ola. Agradecí haber aceptado acompañarlos, guardando estos momentos en mi memoria por si tardaba en regresar. Sus rizos lucían mojados y su risa se sincronizaba con la de su hija. Aquella imagen de ella riéndose dentro del agua y el brillo que sus ojos volvían a tener, era el mejor recuerdo junto con los ratos que habíamos echado los dos a solas contemplando el atardecer en la terraza de la casa que había alquilado.

Al llegar de aquellos días de ensueño, tocó la vuelta a la realidad. Agustín se encontraba en la cocina hablando por teléfono. Nada más saludarlo, me hizo una señal para que me sentara mientras terminaba de hablar. Desde donde estaba sentado, podía ver a Isabella sentada en el sofá abrazada a su hija, viendo ambas la televisión.

—Ya estoy contigo —dijo captando de nuevo mi atención—. ¿Qué haces por aquí? Te hacía durmiendo ya… —Sonrió apretando mi hombro con cariño.

—Quería despedirme… —respondí mirando de nuevo a mi amigo.

—¿Mañana es cuando te vas? —dijo colocando sus manos sobre la cara antes de volver a mirarme—. Se me ha pasado el tiempo volando… Con todo esto de Isabella, la discográfica, la gira…

—No te preocupes —respondí con una breve sonrisa.

—¿A qué hora sale el avión?

—Temprano. —Miré nuevamente hacia donde se encontraba Isabella mientras respondía.

—Vamos a echarte de menos… —Ambos nos abrazamos, dándonos leves golpes de cariño en la espalda—. Sobre todo ella… No sé qué habría sido de ella sin ti.

—Ya, bueno… —susurré en forma de respuesta—. Para eso están los amigos.

—¿Se lo has dicho? Que te vas… —Negué suavemente mientras él terminaba de preguntar. Ambos entramos al salón por aquella enorme puerta al lado del ventanal. Las dos se incorporaron al vernos aparecer. Violeta me abrazó después de que Agustín la mandara a su habitación para preparar las cosas antes de acostarse. Agustín se despidió de mí con un fuerte abrazo, volviendo a susurrarme que me cuidara y agradeciendo todo lo que había hecho por su hermana. Si supiera que cada noche mi subconsciente la buscaba para hacer lo que me moría por hacerle en la realidad.

—Buenas noches, tío Rubén. —Violeta se despidió antes de soltarme de aquel abrazo.

—Buenas noches, preciosa.

Me giré para encontrarme con los ojos de Isabella viendo a su hija desaparecer tras la puerta. Golpeó con la palma de la mano brevemente el sofá para que me sentara a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté sonriendo, acercándome lentamente hacia donde se encontraba para saludarla con un breve beso en la cabeza.

Agarró su pizarra de detrás de un de lo cojines para poder escribir.

—Mañana es cuando tenías aquel viaje, ¿no? —Asentí con una breve sonrisa. Borró aquella pantalla blanca para volver a escribir—. Te voy a echar de menos… —Dibujó una carita triste al final de aquella frase. No pude evitar reírme mientras me sentaba a su lado.

—Yo también… Lo que más voy a extrañar son tus interminables conversaciones —respondí en tono de burla provocando una sonrisa en sus labios.

Ambos suspiramos al unísono antes de mirarnos. Isabella me dio un ligero golpe antes de volver a escribir.

—¿Cuándo vuelves? —Levantó la pizarra con aquella temible pregunta —. Encogí los hombros a la vez que ella volvía a borrar para escribir.

—No lo sé…

—Espero que no te olvides de nosotras. —Su letra estaba acompañada de un muñeco triste.

—Eso jamás… Y menos de ti.

Los dos nos miramos nuevamente durante varios segundos. Ella torció sus labios en una breve sonrisa con sus manos aferradas aún a aquella pizarra.

—Yo… eh… —respondí agachando la mirada tras un breve carraspeo al ver su sonrisa—. Te he traído un regalo, bueno… es un detalle, una tontería más bien. —Los ojos de ella se iluminaron. Sonreí haciéndome el interesante—. Lo vi en mi casa y me acordé de ti. Además, en el estado tan deplorable en el que te encuentras… —Me golpeó en el brazo con la pizarra provocando la risa de los dos, ella tratando de no reírse, cubrió su boca con las manos como si pudiera escaparse—. ¿Quieres verlo?

Asintió emocionada, colocando partes de aquella hermosa melena rizada tras su oreja. Me levanté de aquel sofá dirigiéndome rápidamente hacia el maletero de mi coche para coger su regalo. Suspiré entrando de nuevo en aquella casa. Golpeé levemente la puerta de aquel salón donde ella me esperaba, asomando la cabeza antes de entrar. Al verme se levantó de aquel enorme y blanco cheslón que ocupaba todo el testero de la pared. Escondí detrás de mi espalda la cajita que traía mientras me acercaba lentamente bajo su atenta y curiosa mirada. Cuando nos quedamos uno enfrente del otro, sus ojos trataban de buscar qué era lo que traía.

—¿Lista? —pregunté viendo cómo asentía rápidamente cruzando sus manos frente a su pecho. Giré la cabeza hasta los hombros sacando de detrás de mí la caja. Isabella torció su cabeza divertida agarrándola entre sus manos, rozando mis dedos. Sus cejas se arquearon tratando de adivinar qué contenía. Le di permiso para abrirla con los ojos, quitando mis manos de la caja y contemplándola. La destapó con el mayor de los cuidados, buscando dónde dejar la tapa, ofreciendo mi mano para sujetarla. Sus ojos me miraron fijamente mientras agarraba lo que había en el interior.

—Mi madre me la dio cuando me fui de Cuba, para que me protegiera… No creo mucho en esas cosas, pero… Ahora es para ti, para que te proteja y

para que te devuelva tu voz y con ella tu identidad.

Isabella sacó entre sus dedos una botella de cristal mediana con su tapón de acero inoxidable. En las dos caras de la botella tenían la representación de la aparición de la virgen de Lourdes tallada dentro de la misma botella. Sus ojos contemplaron aquella botella detalladamente antes de dejarlos clavados sobre mí.

—Pero no te la bebas que no funciona así —bromeé viendo cómo sus labios volvían a dibujar una sonrisa mientras volvía a pegarme en el brazo con la botella.

Colocó aquella botella cerca de su pecho, abrazándola contra su pecho mientras me miraba profundamente. Como si nos hubiéramos leído la mente, sus manos soltaron la botella sobre la mesa que tenía tras ella mientras me inclinaba para dejar la caja que mi madre me regaló antes de abrazarnos. Sus brazos rodearon mi cuello con fuerza, sintiendo una de sus cálidas manos acariciando mi pelo. Yo en cambio abracé su cintura hundiendo la cara en aquel cabello rizado, apretando su diminuto cuerpo contra el mío. Los dos nos quedamos un par de minutos así. Me dolía sentir cómo mis manos acariciaban su espalda, mientras sus dedos seguían enredados en mi pelo, acariciándonos. Era como si el tiempo se hubiera parado ahí, notando su respiración cerca de mi oído, la yema de sus dedos acariciar cada rincón de mi nuca al igual que el movimiento de su pecho al coger aire sobre el mío. Era la primera vez que sentía paz al abrazarla. Sin culpa ni miedo a que se diera cuenta, quizás porque ambos sabíamos que aquello era una despedida. Un breve carraspeo nos obligó a soltarnos rápidamente. Nuestros ojos volvieron a buscarse tras separarnos mientras ella se acomodaba un mechón tras su oreja.

—Perdón. —La voz de Agustín acercándose lentamente hacia nosotros nos dio tiempo de tomar distancia entre los dos—. Marc acaba de llegar. Está arriba acostando a la pequeña. —Los ojos de Isabella miraron a su hermano buscando saber si Marc nos había visto.

—No os preocupéis… —respondí rompiendo aquel silencio—. Yo… ya me iba.

Antes de poder avanzar, la mano de Isabella agarró la mía con fuerza en forma de despedida antes de besar mi mejilla. Esta vez fue Agustín quien volvió a abrazarme mientras Isabella soltaba mi mano al ver a su hermano acercarse. Sus ojos no se despegaban de mí, como si no quisieran perderse nada antes de verme ir.

—Cuídate mucho, Lalo —susurró antes de soltarme de aquel abrazo.

—Vosotros también…

Les dediqué una breve sonrisa antes de girarme para mirarla por última vez. Solo a ella. Sus ojos, al igual que su boca, sonrieron antes de verme abandonar aquel salón. Llevaba dos semanas esperando este momento. Esperando irme para alejarme de ella y olvidarme de esta locura de cabeza que había tenido todos estos años. Mi cabeza siempre me recordaba que era imposible que ella pudiera fijarse en mí, pero estos últimos días, ella se había estado comportando como si realmente le doliera de alguna forma diferente que me fuera, como si le entristeciera no verme. Me había hecho partícipe de sus inseguridades, de sus sueños, sus miedos. Habíamos estado horas contándonos cosas que posiblemente poca gente conocía el uno del otro, ella con su pizarra y yo con ese «acento españolado» del que tanto le gustaba burlarse. Recorrí aquel enorme y amplio pasillo camino de la salida. Siempre por la puerta de atrás, siempre recorriendo las mismas fotos con la mirada antes de salir, para hacer fotografías mentales de todo para acordarme cuando necesitara saber de ella.

Al llegar al piso, Adriana me recibió con un apasionado beso. En aquel momento, tras cerrar los ojos y siendo sincero conmigo mismo, no me besaba Adriana, sino Isabella. Al igual que aquella última noche en Madrid, le había hecho el amor a mi mujer, pero imaginando a otra en su lugar. Al terminar, Adriana aún desnuda se enroscó a mi lado. La tapé con la sábana abrazándola, sintiéndome el hombre más miserable del mundo por hacernos eso. En la oscuridad de aquella habitación, se iluminó mi teléfono que seguía en el bolsillo trasero de mi vaquero, tirado en el suelo con el resto de la ropa. Esperé a que Adriana se durmiera para salir de la cama con cuidado de no despertarla, agarrando el vaquero del suelo. Salí a la terraza sintiendo

el frío aire de aquella octava planta que te calaba hasta los huesos. Me dejé caer sobre aquella barandilla al ver el nombre de Isabella en las notificaciones del teléfono. Mi cabeza no hacía nada más que preguntarse qué era lo que pretendía sacar de ahí. Tenía a mi mujer a menos de dos metros desnuda en nuestra cama mientras estaba ahí mirando el nombre de algo imposible en aquella notificación. Había cumplido como amigo acompañándola cada vez que me había necesitado, escuchándola, aconsejándola y apoyándola. Ahora tenía que aprovechar el tiempo que tuviera que estar fuera para pasar página con esto que sentía por Isabella que no iba a llevarme a ningún lado.

—Lo siento, Isabella… pero necesito soltarte… —Desbloqueé el teléfono para archivar su conversación.

A la mañana siguiente, ambos recogimos las pocas cosas que quedaban antes de salir dirección al aeropuerto. Agradecí que Adriana se quedara durmiendo en aquel taxi camino al aeropuerto, así podía quedarme en silencio observando a Madrid despertarse, despidiéndome de todo lo que me era familiar, recordando las largas charlas con Agustín, recordando mis carreras mañaneras por el Retiro, paseando con la mirada por cada calle de aquella ciudad antes de salir a la autovía. Sentía la melancolía de abandonar la ciudad que había sido mi hogar durante tantos años, con la incertidumbre de no saber cuándo podría volver a pasear por allí o volver a entrar a mi piso. Le deje las llaves a Susana para que de vez en cuando le echara un vistazo o para ver si podía alquilarlo para sacarle algo mientras estuviera fuera. Al llegar a nuestra terminal, ambos bajamos colocando nuestras gafas de sol nada más salir del taxi al encontrarnos con periodistas que pararon a Adriana para preguntarle. Su mano agarró la mía para avanzar hasta el puesto de seguridad antes cruzar a las zonas de embarque. Al deshacerme de los objetos metálicos para pasar no podía evitar mirar hacia atrás en busca de alguna aparición de última hora. Había visto en películas tantas veces escenas como esas, que al final terminas creyendo que eso pasaría en la vida real. Tras pasar el control, recogimos nuestros efectos personales

antes de dirigirnos hacia donde nos esperaba nuestro avión para irnos, guardando pensamientos y sentimientos que no me iban a hacer bien una vez que aterrizáramos en Miami. Adriana me regaló un beso en los labios antes de colocar sus auriculares sobre sus oídos. Yo en cambio me quedé en silencio observando cómo el avión comenzaba a moverse para dejar atrás a todas aquellas personas que quería a miles de kilómetros de altura.

Capítulo 2

Habían pasado cuatro años sin saber absolutamente nada de él. No sabía si se encontraba bien, si seguía en Miami o si seguía vivo siquiera. Era como si la tierra se lo hubiera tragado. Desde que se fue, no podía parar de pensar en qué estaría haciendo. Sobre todo, después del parón que el COVID nos obligó a hacer en nuestras vidas. Cada noche rezaba para que Dios lo protegiera de aquel horrible bicho que tanto daño había hecho. Quizás pareciera un poco «acosadora» pero me inquietaba no saber de él, porque Rubén siempre respondía los mensajes y desde que se fue, ni siquiera me había respondido a la foto que le mandé al cumplir cuarenta años. Y hacía meses que había entrado en los cuarenta y cuatro. Tampoco nos respondió ni a mi hermano ni a mí cuando lo felicitamos por sus cumpleaños. Era como si la tierra se lo hubiera tragado.

—¡Isa! —La voz de mi hermano gritándome me trajo de nuevo del mundo cósmico en el que me encontraba—. ¿Dónde estás?

—En el despacho.

—Llevo un rato llamándote… ¿en qué piensas? ¿En papá? —Negué pasando mis dedos por el pelo, acomodándomelo.

—No… —Encogí mis hombros mirándolo—. En nada, en realidad… ¿Cómo se ha portado mi pequeña?

—Siempre se porta bien cuando va con su tío preferido.

Se acercó demasiado rápido a mí sin darme tiempo de reaccionar para poder esconder que estaba dentro de la conversación de Rubén. Me miró de forma intrigante al verme salir corriendo de su conversación.

—¿Le has escrito? —Negué con la cabeza a la vez que bloqueaba rápidamente mi teléfono—. No me mientas.

—No tendría por qué mentirte. —Encogí de nuevo los hombros mientras jugaba dándole vueltas al teléfono—. ¿Y tú…? ¿Has hablado con él?

—Sí —respondió dejando caer su cuerpo sobre el sofá, acomodándose la

camisa al sentarse. Soltó un breve suspiro antes de empezar a explicarme—. Nos hemos estado comunicando por mensajes, pero al poco de empezar la gira, no sé si cuando estábamos en París, recibí un último mensaje avisándome de que su papá había fallecido… —Me senté junto a él al escuchar aquella horrible noticia. Cómo era posible que nadie me hubiera dicho de eso antes—. Lo del papá no se lo esperaba nadie… El motivo de su viaje era porque su mamá llevaba bastante tiempo enferma con un cáncer y estaba empeorando… —Apoyé las manos sobre mi cara, dejando caer mis codos sobre las rodillas—. Después de ese día… no hemos vuelto a hablar más… —Sacó su teléfono del bolsillo delantero del pantalón para enseñarme los mensajes. Me dio unos leves toques con el teléfono sobre mi pierna para que los mirara.

—¿Por qué no me has contado nada de esto antes? —le recriminé agarrando su teléfono.

—Hemos estado más de seis meses viajando por todo el mundo, he estado pendiente de la promoción del disco… de tus propios problemas con ese marido tan maravilloso que tienes….

—¿Y no crees que una noticia así es mucho más importante? Lo de Marc no es excusa… Rubén estuvo cuando perdí la voz… Deberías de habérmelo dicho, tú mejor que nadie sabes lo bien que se portó conmigo. —Desvié la mirada hacia el teléfono bloqueado de mi hermano, acariciando brevemente la pantalla—. ¿Cuándo fue?

—Al poco tiempo de empezar, mediados de junio a más tardar.

—Santo dios… —Suspiré dejando su teléfono antes de ponerme en pie.

—Se me pasó contarte, con todo lo que hemos tenido que batallar con prensa, productores, organizadores… Y ahora con el tema ese del viaje que quieres hacer rollo familia feliz. —Se levanto tras sus últimas palabras.

—Lo necesitamos, Gus… Necesitamos hacer algo en familia, Violeta lo necesita…

—Mi sobrina lo que necesita es a su padre —sentenció agarrando de nuevo su teléfono del sofá que estaba frente a mí.

Cogí aire a la vez que llevaba las manos hacia mi cara.

—Por favor, Gus…

En ese justo momento tocaron la puerta obligándonos a los dos a respirar profundamente. Tras respirar varias veces, contesté para que pudieran entrar. Al abrirse la puerta, apareció Marc, para el coraje de mi hermano. Agustín nada más verlo entrar, se disculpó antes de salir. Ninguno de los dos se soportaba. Y si lo hacían era lo estrictamente necesario y eso a mí me dolía, porque ambos eran importantes para mí. Marc se acercó a mi dándome un rápido beso en los labios viendo cómo la puerta se cerraba al irse Agustín.

—¿Estabais discutiendo? —preguntó dejándose caer en aquel sofá donde había estado mi hermano minutos antes, con sus ojos puestos en su móvil.

—No… Solo organizando cosas para el viaje que le prometimos a la niña.

—Ahora que sacas el tema, he estado pensando…

—Marc, no por favor… —Resoplé mientras me acercaba donde él, sentándome a su lado. Al acercarme, guardó corriendo el teléfono en su bolsillo del pantalón. Cada vez que hacía eso, mi cabeza recordaba los centenares de veces que mi nombre ha aparecido en programas de prensa rosa hablando de supuestas infidelidades por parte de Marc. Por eso, cada vez que se comportaba así, mi corazón se resquebrajaba imaginando que algo de lo que decían podía ser verdad.

—Se lo prometimos…

—¿Puedes escucharme antes de ponerte histérica? —Se sentó sobre una de sus largas piernas, colocándose frente a mí—. He estado cuadrando algunas reuniones para poder pasar algo de tiempo los dos solos antes de hacer ese viaje, ¿qué te parece?

—¿Los dos solos? ¿Y Violeta?

—Había pensado decírselo a mis padres, sabes lo mucho que disfruta en el chalé… Y así el simpático de tu hermano puede descansar también

—No le digas así —supliqué provocando una sonrisa burlona en él.

—Bueno ¿qué te parece? Es lo que querías, ¿no? Además, te va a venir bien desestresarte un poco, creo que tanto trabajo hace que estés todo el tiempo amargada y discutiendo conmigo…

—Eso… y que nunca estas en casa… —respondí en voz baja mirándolo fijamente. Sus enormes ojos azules se alzaron para poner mala cara antes de levantarse del sofá.

—¿Ves cómo contigo no se puede? Vengo hasta aquí, trabajo el doble para poder cuadrar un hueco para darte lo que siempre me estás reclamando… Y tú saltas con lo mismo de siempre…

—Lo siento… —Lo miré agobiada al ver su enfado.

—Te recuerdo que cuando estabas de gira por ahí, cantando por todo el mundo no te reproché ni una sola vez que no pasáramos tiempo juntos o que no estuvieras en casa… Es más, me quedaba cuidando de tu hija.

Se levantó furioso del sofá después de lanzarme una de sus miradas más habituales últimamente sobre mí. Sus ojos que siempre me habían transmitido la calma que daba el mar al verlos, ahora me sacudían como si estuviera navegando una noche de tormenta.

—Tienes razón, discúlpame… —Me levanté corriendo para poder alcanzar su mano, agarrándola para entrelazar sus dedos con los míos, buscando su mirada—. Lo siento, mi amor… —Besé sus labios tratando de captar su atención para que me mirara de nuevo—. Gracias por todo lo que haces por mí, de verdad me hace mucha ilusión que podamos pasar un rato a solas… Ya sabes lo mucho que me encanta pasar tiempo contigo…

Sonrió abrazándome antes de volver a besar mis labios.

No podía evitar sonreír después de cada beso suyo a pesar de llevar tiempo que sus besos no me transmitían lo mismo que antes.

—Le voy a decir a Elia que prepare las maletas.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana. —Volvió a besarme dándome una breve cachetada en el culo —. Por cierto, esta noche ceno fuera.

—¿Esta noche también?

—¿Algún problema?

Rasqué levemente mi cabeza mirándolo, tratando de disimular mi desagrado a que saliera otra noche más. Me aterraba su reacción y que cancelara el plan si le decía que sí.

—No, ninguno…

—Bien, te veo luego entonces.

—Vale, te amo. —Volvió a besarme antes de salir de mi oficina.

Es cierto que discutíamos mucho, pero también era cierto que no se lo había puesto nada fácil. Cuando perdí la voz, no podía dejar de llorar a cada rato, no quería ni que me tocara. No podía hablar, no podía explicarle cómo me sentía por más que él me pedía que lo hiciera. Y a pesar de eso, él siguió estando cuando el trabajo se lo permitía, cuidando a la niña por mí mientras me recuperaba. Al igual que se ofreció nada más empezar la gira a quedarse con ella para que pudiera trabajar como agradecimiento por haber aparcado mi carrera al casarnos y así dedicarme a nuestra pequeña. Tenía suerte de tenerlo en mi vida. Sé que existían rumores de infidelidad por su parte, pero él jamás me haría una cosa así. Marc era desagradable a veces, pero la esperanza que me dio su amor no me la dio más nadie. Por eso sé qué jamás rompería lo que habíamos construido juntos. Marc era coqueto, eso fue lo que me gustó de él cuando nos conocimos, pero de ahí a engañarme había un paso. Mira Rubén, cuando lo conocí tenía unos años más que Marc y ya estaba casado. Me senté al volver a recordar a Rubén buscando mi teléfono sobre la mesa, levantando un montón de papeles que aún tenía que firmar. Al encontrarlo, me metí directamente en su conversación.

—¿Debería llamarlo? —Acaricié mis cejas casi rascándome, tratando de saber qué era mejor—. Mejor llamarlo, venga

Volví a buscar su número entre mi agenda para pulsar su número sin pensarlo más. Los tonos se hacían eternos, mientras mi cuerpo era invadido por un nerviosismo extraño.

¿Por qué estaba tan nerviosa?

Era una simple llamada a un amigo al que extrañaba. Cogí aire para

soltarlo después al salirme el contestador, golpeando con mis dedos la mesa en modo de espera. Miré cómo los segundos iban corriendo antes de que apareciera el pitido que daba inicio al mensaje del contestador.

—Ey, hola, Rubén. Soy Isabella. Me… me he enterado de lo de tu papá. Lo siento muchísimo… de verdad… —Cogí aire lentamente antes de seguir —. Solo quiero que sepas que bueno, aquí me tienes para lo que necesites, ¿vale? Te echo muchísimo de menos… —Mis ojos se abrieron rápidamente —. Bueno, todos aquí te echamos de menos, si vieras a Violeta cómo ha crecido… Me hubiera gustado invitarte a uno de mis conciertos como agradecimiento, ya que, no sé si… hubiera podido hacerlo sin ti… Al final la botella de tu mamá parece que me protegió sin necesidad de bebérmela… —dije en forma de broma mientras frotaba mi frente con los dedos volviendo a centrarme en la conversación—. Para la próxima gira no te escapas. —Sonreí al imaginarlo riéndose, con su sonrisa de medio lado tratando de ocultar que algo le había hecho gracia—. Bueno… esperamos verte todos pronto por aquí, llámame si quieres cuando escuches el mensaje o… si te apetece hablar algún día… Cuídate mucho, besos. Chao.

Me quedé un rato mirando la pantalla aun encendida de mi teléfono tras colgar. Qué diablos me pasaba a mí con este muchacho. Me costaba admitir que me dolía que le hubiera respondido a mi hermano y en cambio mi conversación con él ni siquiera la había leído. Dejé el teléfono a un lado para buscar su nombre en el buscador. Era sana curiosidad únicamente. Al escribir su nombre, me salía en el desglose del buscador su nombre el primero. Rubén Hernández. Sus enormes ojos verdes destacaban en todas y cada una de aquellas fotografías. Casi había olvidado lo guapo que era. Su mandíbula cuadrada, bien marcada. Sus pómulos dando paso a aquellos impresionantes ojos verdes esmeralda, que hacían el contraste perfecto con su piel bronceada y su barba adornando sus mejillas. La última vez que lo vi su pelo estaba corto, casi rapado, con algo de flequillo por arriba. No podía evitar preguntarme cómo estaría ahora, si habría cambiado de look.

Coloqué mi cara sobre una de mis manos observando todas aquellas fotos, sonriendo como una tonta sin saber por qué. No se lo había contado a nadie, pero, en varias de las canciones de mi nuevo álbum, quizás estuviera pensando un poco en él cuando las escribí. Recordándolo sentado junto a mí en el estudio poniéndome aquella horrible música que a él le gustaba tanto y que ahora escuchaba cuando volvía de dejar a Violeta del colegio. Rubén siempre me hacía reír cuando más lo necesitaba. Mi dedo índice seguía girando la rueda del ratón observando cada foto nueva que aparecía de él. Sobre todo, eran fotos robadas de revistas de la mano de la que creo que era su mujer. No podía dejar de mirar, era adictivo. De pronto me detuve en una foto de Rubén abrazando a una chica un poco más bajita que él. Me incorporé de nuevo para contemplar los brazos de él que descansaban sobre los hombros de la chica que lo acompañaba, parecían estar en un aeropuerto. Por un microsegundo, mi cabeza imaginó cómo sería que Rubén me abrazara así, con aquella intimidad, obligándome a querer buscar entre los recuerdos su olor.

¿Me vería demasiado chiquita a su lado?

Al meterme en fotos similares reconocí a Adriana, la mujer de Rubén. Al parecer ella era actriz, por eso mi buscador se llenó de fotos de ella en escenas de series o sobre pasarelas. Mi dedo iba pulsando ventana tras ventana, contemplando cada foto, sobre todo donde salían ellos dos; abrazados, besándose o caminando agarrados de la mano. Cerré el buscador, molesta. No me apetecía seguir viendo más fotos de ellos dos juntos. Me molestaba no saber por qué me causaba tanto rechazo verlos.

Me quedé un rato más inmóvil frente a la pantalla del ordenador. Había estado toda la gira, en mis ratos a solas, revisando nuestra conversación, esperando verle en línea como si fuera una quinceañera olvidándome de que mi marido estaba al otro lado del océano o en las gradas esperando que saliera o que le avisara de que había llegado al hotel. Apreté mis manos entre sí al entrelazarlas, tratando de entender qué era lo que ocurría. Posiblemente fuese que extrañaba alguien con quien poder hablar sin miedo a que me juzguen. Con Rubén podía ser tal cual, sin filtros, sin máscaras ni maquillaje. Él estuvo conmigo cuando perdí la voz y la ilusión de cantar de

nuevo algún día. Era como si sintiera que le debía eso, pero también llevaba tiempo comparándolo inconscientemente con Marc y preguntándome por qué el padre de mi hija no estuvo en esos momentos cuando le correspondía estar y Rubén, que era amigo de la familia, estuvo día tras día sin dejarme sola un momento. Apoyándome, consolándome, descubriéndome millones de cosas que poder hacer para ocupar mi mente. Me sentía mal conmigo misma por no ser capaz de alejarlo de mis pensamientos. Sentía como si le estuviera siendo desleal a Marc. Suspiré alzando los ojos a la pantalla apagada pensando. Abrí de nuevo el buscador para encontrarme otra vez con sus ojos verdes al darle a restaurar páginas. Sonreí con cariño al verlo nuevamente en aquellas fotos, con su peculiar gesto de rascar su barbilla o con sus manos escondidas dentro de sus bolsillos. Saboreé mis labios al revivir aquel último abrazo. Seguramente eso era también lo que extrañaba de él. El cariño que me daba, la amabilidad de sus ojos. Marc llevaba meses sin tocarme, sin tener ningún tipo de atención hacia mí, ni consideración. Nos habíamos vuelto compañeros de piso que se besaban por rutina. Seguramente fuese eso lo que hacía que mi subconsciente reprodujera a cámara lenta la imagen de Rubén saliendo del agua abriéndose su neopreno mientras se reía. Aquella imagen de los últimos días que estuvimos juntos, junto con el último abrazo que nos dimos antes de su viaje, se repetía más de lo habitual en mi cabeza.

Al entrar la tarde, aprovechamos el sol para jugar en el jardín como cualquier familia normal. Por culpa de nuestros trabajos pocas veces coincidíamos como una familia normal. Menos mal que mi pequeña tenía la figura paterna de Agustín, cuando Marc no estaba. Añoraba verlos reírse juntos, sabía de buena mano lo mucho que mi pequeña sufría la constante ausencia de su padre. Violeta le tiró la pelota con tan mala suerte que hizo caer el teléfono al suelo. Fue mi culpa, me distraje un segundo, no estuve al pendiente de que Violeta no hiciera aquello. Aquella pelota le dio a Marc en la rodilla con tan mala suerte que este tiró sin querer su teléfono al suelo.

—¡Ey, más cuidado!

Violeta se quedó paralizada después de la voz que le dio, buscándome rápidamente con la mirada.

—¡No te das cuenta de que me lo vas a romper! ¿Por qué lo has hecho? —Recogió el teléfono del suelo enfadado.

—No se ha dado cuenta, amor —la disculpé mientras me colocaba tras de mi pequeña acariciando levemente sus brazos.

—Pues que esté más pendiente, joder.

—Marc, tiene seis años —le recordé ya que la culpa era de él por no soltar ese dichoso teléfono.

—Se acabó la puta pelota —dijo mirándonos mientras recogía la pelota para guardarla.

—¿No crees que estás exagerando un poco? —Me fui tras Marc para hablar con él.

Su reacción estaba siendo de lo más exagerada. Elia, la niñera, salió al escuchar las voces de Marc para llevarse a Violeta dentro, dándole un beso para tranquilizarla, dejándonos a Marc y a mí solos en el jardín.

—Ella solo quería que siguieras jugando, amor… por eso te ha tirado la pelota, no te pongas así…

—Por eso estamos así, Isa, porque cada cosa que hago me desautorizas. Aunque viendo lo blando que es tu padre contigo, no me extraña que seas así… —Me señaló con el teléfono—. Que sea la última vez que me contradices frente a mi hija…

—Yo no he hecho tal cosa…

—Es que para ti nunca nada es suficiente.

—Eso no es verdad, solo he dicho que…

—No hagas que me arrepienta de perder todo el fin de semana solo por estar contigo —dijo mirándome enfadado, interrumpiéndome.

—¿Disculpa? —Lo miré al escuchar cómo acababa de echarme en cara el fin de semana.

—Lo que has oído. —Sus ojos se clavaron en mí—. No pienso ser el

único que se sacrifica por esta relación. Si tú no pones de tu parte te juro que mando esto a tomar por culo, porque me tienes harto con tanto comportamiento infantil… —Mis ojos miraban cómo su mandíbula se tensaba—. Cuándo piensas madurar, ¿eh?

—Buenas noches. —La voz de mi hermano tras nosotros enfureció más a Marc.

—Espero que estés contenta, has arruinado nuestro fin de semana.

Dejo caer la pelota con fuerza contra el suelo, botando cerca de mí. Me quedé paralizada mirando aquella pelota botar a escasos centímetros de mí. Mis puños se apretaron con fuerza tratando de comprender qué habíamos hecho mal para que reaccionara así.

—¿Todo bien? —La voz de mi hermano dando su última ronda antes de irse a su casa, hizo que Marc me dedicara una última mirada antes de irse nuevamente.

—Genial, como siempre, buenas noches.

Al sentir la soledad de aquel jardín al verlo desaparecer tras mi hermano, no pude evitar romper a llorar. Los brazos de mi hermano me abrazaron antes de que pudiera darme cuenta. Me aferré con fuerza a él sin poder parar de llorar. Las protectoras manos de Agustín me consolaron acariciándome la espalda mientras me susurraba palabras de aliento.

—¿Por qué putas dejas que te trate así…? —dijo tras resoplar sin soltarme.

Respiré profundamente haciendo algo de espacio entre los dos para limpiar mis ojos. Menos mal que la gorra que llevaba puesta cubría mi cara.

—¿Y Violeta? —pregunté tratando de recomponerme.

—Con Elia, no te preocupes…

—Vale… —Suspiré tragando aún los nudos que apretaban mi garganta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada… —respondí recolocándome la gorra sobre la cabeza.

No quería darle más importancia de la que merecía aquello ni darle más

motivos a Agustín para que odiara a Marc.

—Nada no, algo ha tenido que pasar para que se pusiera hecho un energúmeno…

—No ha pasado nada, Gus… ¿Vale?

—Algún día reventarás por guardártelo todo.

—Vamos dentro, aquí fuera hace frío… —Fingí una breve sonrisa mientras lo agarraba de la cintura para volver dentro.

Cuando terminé de darle la cena a mi pequeña, me despedí de ella dándole miles de besos. Las dos nos fundimos en un abrazo antes de irse a la cama. Cada vez que la miraba me daba cuenta de que era el mejor motor de mi vida. El amor más puro que pudiera existir, me lo daba ella. Recordé las palabras de Rubén, cuando me dijo que tenía que recuperarme por ella, porque se merecía ver a su mamá feliz. Agustín abrió una botella de vino blanco ofreciéndome un vaso para sentarnos a hablar. Agarré aquella fría copa entre mis manos sonriendo mientras nos dirigíamos al jardín para sentarnos en las tumbonas frente la puerta de la cocina.

—Tu mujer me odiará por estar más aquí que con ella… —Le di un breve sorbo a aquella copa, escuchando su risa de fondo.

—María jamás podría odiarte… Además, somos lo único que tenemos aquí.

Estiré mi brazo para agarrar su mano como agradecimiento a aquellas palabras. Ambos de dedicamos un breve apretón de manos.

—¿Te ha llamado Patri? —pregunté por nuestra hermana mayor que se encontraba en Cartagena.

—La llamé en la mañana… El médico irá mañana para ver cómo va evolucionando el tratamiento. —Asentí en silencio acariciando la copa con mis dedos.

—Yo también llamé a alguien esta mañana… —dije casi en voz baja dándole otro sorbo a mi copa para evitar mirarlo.

Sin mirar podía sentir los ojos de mi hermano clavados en mí.

—¿A quién? —preguntó mirándome— ¿A Rubén?

—Sí…

—¿Has conseguido hablar con él?

Negué con la cabeza mirándolo. Mis manos se aferraron con fuerza sobre el tallo de mi copa, acariciándola levemente.

—¿Te puedo preguntar algo? —Mis ojos seguían fijos sobre aquel vino que se movía por el movimiento de mis manos.

—Claro.

—La noche que conocí a Rubén … Coincidimos en el jardín y estuvimos hablando de todo un poco…

—Ajá…

—Y… le pregunte por qué, con todo lo que me habías estado siempre hablando de él, nunca nos habías presentado.

Lo miré encogiendo brevemente mis hombros, preguntando en silencio mientras soltaba aquella copa en el suelo.

—Le dije que, si quería seguir utilizando ciertas partes de su cuerpo, tenía que mantenerse alejado de ti —respondió de forma divertida dándole un sorbo largo a su copa.

Lo miré apretando las yemas de mis dedos con mis dedos tratando de comprender.

—¿Por qué? —La pregunta salió de forma involuntaria, como un pensamiento en alto. Él simplemente encogió sus hombros.

—En ese momento, Rubén no era bueno para nadie… ni siquiera para él mismo.

—¿Por qué? —pregunté de nuevo susurrando.

—Porque estaba perdido. Estaba ganándose la vida con trabajos temporales para pagarse la carrera… Tenía no más de veintidós años, era guapete… Lo había visto salir con una mujer diferente cada noche y no quería ver cómo te hacia a ti lo que les hacía a las demás. Sobre todo, porque ese corazón roto me habría tocado arreglarlo a mí… —Asentí

ahogando mis pensamientos en aquella copa—. Además, luego apareció Adriana y… —Hizo una pausa para mirarme—. ¿Nunca te ha contado de por qué se casó con Adriana?

—No…

—La dejó embarazada.

Ambos nos miramos en silencio, tragando lentamente al escucharlo. Mis dedos se frotaban entre sí comprendiendo el porqué de muchas cosas que Rubén me había contado sobre su relación con Adriana.

—Aun así, no deberías haber decidido por mí.

—Te prometí no entrometerme cuando conociste a Marc, ¿te acuerdas? Me pediste que confiara en tu buen criterio… —Me miró de nuevo cruzando sus dedos entre sí—. Y mira todo lo que te está haciendo sufrir tu buen criterio estos casi diez años…

Agaché la mirada al recordar la discusión de hace unas horas. Sus cambios de humor me volvían loca. Un día estábamos bien y al otro atrancábamos por todo. Últimamente era más fácil mezclar agua y aceite que poder entendernos.

—A veces siento como si no lo conociera… me siento tan sola aquí… —Esas palabras se atoraron en mi pecho obligándome a tragar los nudos que empezaban a empañar de nuevo mis ojos. Resoplé mirando al cielo en busca de algún tipo de consuelo para no derrumbarme delante de mi hermano. Se sentó a mi lado frotando mi espalda con cariño en forma de apoyo y consuelo—. Lo he dejado todo por él… Mi carrera, mi casa, mis amigos, mi papá… —Mi voz cada vez se quebraba más—. Siento que casi estuve a punto de perder la voz por todo lo que estaba perdiendo para no perderlo a él…

Negué tratando de aguantar esas horribles ganas de llorar que emanaban por todo mi cuerpo, notando la mano de mi hermano acariciando mi espalda mientras me escuchaba.

—Alguien se tenía que sacrificar para que esta relación funcionara… Y siento que he sacrificado demasiado…

—¿Has hablado alguna vez de esto con él? —Lo miré arqueando mis cejas incrédula.

—¿Con Marc? —Negué rotundamente frotando mis manos entre sí—. Con el Marc que conocí cuando empezamos a salir, probablemente hubiera podido hablar de esto… pero con este… —Chasqueé la lengua—. No sé, es cómo si en algún momento me lo hubieran cambiado… No es el mismo hombre del que me enamoré… no lo reconozco.

Recordé las miles de veces que había tenido conversaciones similares con Rubén, expresándole cómo me sentía de haber abandonado toda mi vida por estar con Marc en contra de todo el mundo. A diferencia de Marc, con Rubén sí podía hablar de cualquier cosa sin sentirme juzgada.

—¿Ya no te acuerdas de la última colaboración que hice? La bronca que nos costó aquella dichosa canción… Estuvo supervisando cada secuencia, cada baile…Era peor que una mosca, todo el tiempo pegado a mí… Antes me agradaba que fuera celoso, pensaba que era porque le interesaba, pero ahora… Se ha vuelto controlador, posesivo…

—Siempre ha sido así… Lo que pasa que no querías verlo. —Saboreó el vino de su boca—. «Ay es que tiene unos ojos…Y unas piernas tan largas…». «¿Has visto qué guapo es mi novio, papá?» —dijo imitándome.

—¿Crees que me equivoqué al casarme con él?

Agustín suspiró tras llenar su pecho de aire.

—Creo que estabas muy enamorada…

La melancolía volvió a inundar mis pensamientos dejándome un enorme vacío en el interior. Agustín se levantó besando mi cabeza antes de irse. El frío empezaba a calar mis huesos. Era de las pocas cosas a las que no había terminado de acostumbrarme. Este frío que te helaba los huesos, recordar lo lejos que estaba de mi familia y lo sola que me sentía allí. Subí a la habitación de mi pequeña para darle su rutinario beso de buenas noches antes de irme a dormir. Otra noche más sola en aquella enorme y fría habitación. Me metí en el baño para darme una ducha calentita y así entrar en calor antes de meterme en la cama. Mi cabeza no paraba de dar una y

otra vez mil vueltas sobre qué era lo que estaba pasando en mi matrimonio. En qué estaba fallando para que hubiera dejado de elegirme o hacerme sentir insuficiente hace tiempo. Me metí en aquella enorme y fría cama acomodando mi pelo tras de mí, mientras dejaba caer mi cara sobre uno de los muchos cojines. Al terminar de acomodarme, miré la mesita de noche recordando que tenía ahí guardada la botella de agua bendita que me regaló Rubén la última noche que estuvo en casa. Antes de darme cuenta, empecé a sonreír mientras la acariciaba entre mis manos. Aquel último abrazo siempre me provocaba escalofríos al recordarlo. Me invadía una extraña nostalgia al revivirlo. Ojalá pudiera volver a tener la oportunidad de verlo o de abrazarlo de nuevo. Coloqué aquella botella bajo mi almohada como recuerdo de aquellas noches en las que me él me estuvo acompañando sin saberlo. Suspiré dejando que mi mente volviera a volar al otro lado del océano, buscando imaginar cómo estaría Rubén tras perder a su papá. Si todo aquello lo habría curtido quitándole aquella forma de ser de sacar siempre la mejor cara de las cosas. Si estaría solo o acompañado. El sonido de la puerta me sacó de mis pensamientos dejando ver a mi pequeña tras aquella puerta al abrirse.

—¿Quién anda por aquí? —pregunté incorporándome sobre la cama guardando la botella de nuevo dentro del cajón.

—Mami, ¿puedo dormir contigo? —Violeta me preguntó mientras me miraba con aquellos ojos azules que había heredado de su padre.

—Claro que sí, mi amor, vente —dije riéndome mientras se acomodaba a mi lado abrazándome—. Como se entere tu padre, nos regaña a las dos.

—Prometo guardar el secreto, mamá —Violeta respondió acurrucándose junto a mí.

La abracé colocándome bocarriba con mi mayor tesoro a mi lado, sintiendo aquella botella brindarme algo de consuelo al saber que estaba ahí, como si estuviera acompañándonos. Coloqué mis manos sobre la cabeza de mi pequeña acariciando su cabello rubio para que se durmiera, sintiendo una paz inmensa de compartir aquellos momentos tan maravillosos con ella.

Desperté con los primeros rayos de sol sobre la habitación. Froté mis ojos aún tratando de despertarme, estirándome mientras buscaba mi teléfono para mirar la hora. Al girar mi cuerpo, comprobé que la cama estaba vacía. Cogí aire para soltarlo lentamente a la vez que me incorporaba, acomodando mi pelo con una goma para recogérmelo. Tras ponerme las zapatillas, salí de la habitación agarrando mi bata para cubrirme, ya que seguía haciendo el mismo frío o incluso más que anoche. Al bajar las escaleras rumbo a la cocina me encontré con Yaris y Elia, la chica que se encargaba de cuidarla, preparando su mochila.

—Buenos días, señora —me saludó con una amplia sonrisa. Acaricié su espalda al pasar por su lado.

—Buenos días… Vi que el cuarto de Violeta estaba arreglado, ¿dónde se fue?

—Sí, señora, el señor Marcos vino por ella bien temprano —respondió Yaris apenada—.

—Está bien… ¿Quieres un café? —Volví a mirarla con una sonrisa para que se relajara.

—Gracias, señora… Ya desayuné. —Me dedicó una cálida sonrisa antes de seguir metiendo la ropa—. Además el señor Marcos me pidió que lo tuviera todo listo cuando volviera con la pequeña. —Miré divertida a Yaris y a Elia tras escucharlas hablarle de señor.

—¿El señor Marcos? —pregunté divertida al escucharle tal título con treinta y cuatro años recién cumplidos que tenía.

—Uy sí, señora… Él no es como usted… —Yaris respondió apenada.

—Y… ¿sabéis dónde fueron?

—A pasear el perrito de sus señores suegros…

La miré extrañada preguntándome si Marc habría dormido en casa de sus papás. Froté sus brazos con cariño antes de servirme un poco de café. Antes de poder degustar mi café, entraron con el perrito de mis suegros en brazos. Su cara se veía cansada, seguramente se habría tirado toda la noche de fiesta. Respiré hondo al verlo aparecer con la cara de trasnochado y su

semblante serio.

—¡Mami!

—¡Mi bombón! —la llamé poniéndome de cuclillas para abrazarla. Ambas nos dimos un fuerte abrazo.

—Elia, ¿está todo listo? —Marc preguntó mientras soltaba las cosas sobre la mesa de la cocina.

—Sí, señor. —Giré la cabeza para mirar a Elia, que me hizo una leve mueca. Besé la cabeza de Violeta antes de ponerme de nuevo en pie.

—Por cierto —dijo agarrando la mochila—. Te he dicho mil veces que no me gusta que la niña se acostumbre a dormir en nuestra cama —dijo mirándome con sus ojos trasnochados—. No sé cuántas veces tengo que repetir las cosas.

—No sabía que siguiera siendo nuestra cama… —respondí devolviéndole la mirada—. Como nunca duermes en ella…

Marc respiró hondo agarrando mi brazo sutilmente para acercarse a mi oído y así nadie más escucharle.

—No estoy de humor para tus gilipolleces, así que no empieces —dijo colgándose la mochila sobre el hombro antes de soltarme—. Vamos, Violeta, despídete de mamá.

—¿Adónde la llevas?

—A casa de mis padres… ¿Tú me escuchas cuando te hablo?

Ambos nos quedamos viendo en silencio con el semblante serio. Marc lamió sus labios antes de apartar la mirada. Me agaché de nuevo tras un breve suspiro para ponerme a la altura de mi pequeña.

—Pórtate bien, ¿vale? Y haz caso a los abuelos —dije dirigiéndole una amplia sonrisa tratando de que no se diera cuenta de nada antes de besar sus mejillas.

—Sí, mami, te lo prometo —me respondió enredando sus bracitos sobre mi cuello abrazándome.

—Te amo. —Besé su mejilla con cariño antes de soltarla.

—Y yo a ti. —Sonrió devolviéndome el beso antes de irse al lado de Marc.

—Cuando esté llegando te llamo para que salgas, así que date prisa… No quiero tener que esperarte como siempre. —Marc se giró brevemente para avisarme antes de irse de nuevo. La mano de Elia se enroscó en mi brazo, acariciándome.

—No le dé importancia… Sabe que el señor se pone de mal humor cuando no duerme bien —dijo antes de irse.

—¿Sabes a qué hora llegó anoche? —pregunté devolviéndole la mirada —. ¿O si llegó…?

—Llegó en la mañana, serían las seis… —Se detuvo para responderme —. Se bañó, tomó café y volvió a irse

—¿Llegó solo?

—No, señora…

Elia me miró dedicándome una breve mueca respondiéndome apenada antes de irse a disfrutar de su merecido fin de semana. Le lancé una breve sonrisa mientras me quedé ahí parada asimilando que quizás aquellos chismes podían tener razón. Una vez me quedé sola en la cocina, pulsé el botón de la televisión al pasar por debajo de ella, escuchando mi nombre en uno de los miles de programas de chismes que había. Suspiré sin hacerle demasiado caso mientras saboreaba mi café. Reconocí entre todos los que estaban ahí, a un periodista de tenerle todos los días apostado frente a mi puerta, hablando de las últimas fiestas donde se había visto a Marc, acompañado de varias mujeres. Alcé las cejas antes de centrarme nuevamente en mi café. Sabía que las imágenes eran de anoche, ya que ni siquiera había tenido la decencia de cambiarse de ropa para disimular. Era la primera vez que no podía apartar la mirada de uno de aquellos programas. Salía riéndose junto a una chica a la que podía sacarle varios años. Me dolía el corazón al ver aquellas imágenes. Verle ser con esa chica como antes solía ser conmigo. Estaba dispuesta a quitar aquel programa basura que me obligaba a recordar cuándo este matrimonio empezó a irse a pique, cuando escuché el nombre de Rubén. Sentí cómo mi pulso esta vez sí

se aceleraba mientras me acercaba a la televisión, sentándome en el banquito que había frente ella. Removiendo aquel café sin hacerle caso.

—Cómo hemos anunciado antes, tenemos una exclusiva sobre nuestra querida Adriana Sánchez, Carmen cuéntanos… —Empezaron a aparecer imágenes de Rubén mientras la televisión se dividía en dos. A la derecha aparecía la reportera sentada sobre una mesa mientras que a la izquierda pasaban imágenes de él parecidas a las que había mirado por internet el día de antes, acompañado de Adriana su mujer.

—Hemos tenido acceso al entorno más cercano de Adriana y nos han confirmado esta mañana lo que llevábamos tiempo rumoreando. Al parecer la pareja habría puesto fin a su matrimonio, tras nueve años. No hemos podido conocer los motivos por los que habrían decidido divorciarse, lo único que nos ha contado la representante de Adriana es que ha sido algo de mutuo acuerdo y que próximamente tendríamos a Adriana de regreso. No nos han podido confirmar c*ó*mo se encuentran actualmente ninguno de los dos; pero, lo que sí nos han podido contar es que desgraciadamente, ambos padres del que fue su marido, Rubén, habrían fallecido…

—¡¿Qué?! —dije casi sin voz al escuchar aquella horrible noticia tragando saliva para poder volver a acordarme de respirar.

—Todo nuestro cariño a Rubén … es una noticia lamentable. Esperamos que se encuentre bien dentro de las horribles circunstancias que tendrá que estar pasando ahora mismo…

No podía dejar de mirar atónita aquella pantalla viendo pasar sus imágenes una y otra y otra vez mientras los tertulianos seguían comentando la noticia del divorcio de Rubén y Adriana. Cómo era posible que la vida pudiera enseñarse tanto con alguien tan bueno como él. Cómo era posible que Adriana pudiera abandonarlo tras haber perdido a sus padres. Llevé una de mis manos al pecho casi empatizando con el dolor que debía de estar sintiendo Rubén ahora mismo. Perdí a mi madre al poco de cumplir ocho años. La pérdida de una figura tan importante como la de tus padres es algo

que es capaz de destrozar hasta al más fuerte y, por desgracia, tenía que enfrentarse a eso solo junto con todo lo que implica un divorcio. El sonido de mi teléfono me obligó a dejar de prestarle atención a la televisión, recordándome que Marc venía de camino. Su mensaje avisándome de que acababa de salir de casa de sus padres me hizo correr escaleras arriba para vestirme. Había perdido la noción del tiempo. Agarré de mi armario un pantalón vaquero oscuro y jersey de rayas. Una vez arreglada y perfumada, me dejé caer un momento sobre la cama para hacer una llamada.

—Hola, bombón. —Sonreí al escucharla al otro lado de la línea.

—Hola, Pau. —Me acomodé el pelo sobre mi hombro derecho mirando rápidamente a la puerta—. ¿Te puedo pedir un favor?

—Dispara.

—Necesito que presiones a quien tengas que presionar para adelantar el videoclip de *No sirve de nada* para que salga… ¿sería posible?

—¿Cuándo?

—Ya… —respondí mojando mis labios—. Diles que está cortado, editado… que *na* más tienen que publicarlo

—Déjame ver qué puedo hacer, pero… ¿por qué la prisa? Lo teníamos planificado para principios de año.

—Lo sé, pero… me gustaría adelantarlo… Es una corazonada de esas que tengo.

—Está bien… Déjame ver qué puedo hacer.

—Gracias… eres la mejor.

—Lo sé —respondió burlándose.

—Llámame cuándo sepas algo

—Por supuesto

—Gracias… un beso. —Sonreí levemente como si me estuviera viendo antes de colgar.

Coloqué un mechón rizado rebelde tras mi oreja antes de meterme nuevamente en la conversación de Rubén. Suspiré al ver que aún no había

leído ninguno de mis mensajes desde noviembre del 2017.

Releí despacio aquellas últimas palabras que le había dedicado sin respuesta. El sonido de la puerta del dormitorio abriéndose me obligó a cerrar corriendo aquella conversación. Marc apareció tras aquella puerta mirándome con una amplia sonrisa. Me invadía una sensación extraña cada vez que alguien aparecía mientras miraba algo de Rubén. Como si estuviera haciendo algo malo o me estuviera escondiendo por algo.

—¿Lista para nuestra escapada romántica? —dijo mostrando su perfecta sonrisa mientras se acercaba a mí.

Sonreí extrañada por su cambio de actitud, levantándome de aquella cama que rara vez compartíamos los dos.

—Lista —respondí colocándome frente a él acariciando el cuello de su camiseta.

—Pues vámonos.

—Aunque… —Humedecí mis labios—. También podríamos aprovechar que estamos aquí los dos solos… —Volví a mirar aquellos ojos azules con una sonrisa pícara. Marc agarro mis manos quitándolas de su cuello, molesto.

—Nos están esperando, Isa —dijo tirando de mis manos hacia la puerta.

—Pueden esperarnos unos minutitos más —insistí tirando de sus manos nuevamente hacia mí—. ¿Cuánto hace que no estamos completamente solos?

Traté de capturar sus labios sin éxito. Marc soltó mis manos suspirando mientras me dedicaba una mirada fría y seria.

—Sabes lo mucho que me molesta llegar tarde a los sitios… Por favor no vuelvas a cabrearme.

—Lo siento… —dije en voz baja avergonzada por suplicar por un poco de afecto.

—Vámonos, venga. —Me dio un rápido beso en los labios antes de coger mi mochila—. Ya habrá tiempo de eso.

—Claro…

Vivía constantemente en un *déjà vu* que parecía no llegar nunca a su final, donde sus continuos desaires abrían mis heridas para echar sal en ellas. Los dos nos metimos en el coche en silencio. Me coloqué las gafas de sol para que ningún periodista del centenar que teníamos siempre en la puerta fotografiara mi cara de mujer herida y rechazada constantemente por su marido. No necesitaba reavivar más rumores de una ruptura inminente. Salimos entre los periodistas en silencio. Marc colocó su mano sobre mi pierna, buscando quizás que fotografiaran aquel gesto para acallar los rumores que rondaban sobre infidelidades y crisis constantes. Nada más salir de todos los ojos que pudieran vernos o fotografiarnos, con la excusa de poner música, apartó su mano de mi lado para agarrar el volante. No entendía aquellos cambios ni qué pretendía sacar de todo esto. Así no es como se solucionaban las cosas, al menos no es la forma en la que a mí me educaron. De pronto mi voz apareció en la radio. Marc se removió en el asiento, no sé si porque le molestaba escucharme o simplemente empezaba a ver fantasmas donde no los había. La canción que comenzó a sonar era *No sirve de nada*, después de anunciar el lanzamiento del videoclip aquella misma tarde, demostrándome una vez más que tenía al mejor equipo del mundo. Escondí mi sonrisa mirando a través del cristal, recordando sin querer a quien no debía, pero deseando que estuviera donde estuviera, encontrara las referencias en aquel videoclip y supiera que aquí seguía acordándome de él. Miré de nuevo a Marc al cambiar la emisora para poner la música de su teléfono.

—¿Por qué la cambias?

—Pensé que odiabas escucharte.

—¿Tan cansado estas de mí que ya ni soportas escucharme?

Marc me miró rápidamente riéndose. Me quedé en silencio mirando cómo sonreía con esa chulería tan característica de él. Incliné mi cabeza mirando fugazmente hacia la ventana, tratando de contar hasta diez para no estropear lo que fuera que hubiese preparado.

—¿A qué ha venido eso? ¿Estás con la regla o qué?

Volví a mirarlo siendo aquellas palabras la gota que rebosó él vaso. Reviviendo las imágenes que había visto de él riéndose con aquella chica. Inspiré lentamente viendo cómo en su rostro se reflejaba la chulería típica de él, que tanto me gustaba antes pero que cada día me lastimaba más.

—Viene a que cuánto hace que no me haces el amor —respondí ofendida por haberme rechazado antes como muchas otras veces que había intentado acercarme a él—. Viene a que ya casi no me tocas y te pasas todas las noches fuera… —Me acomodé en el asiento para verlo mejor—. Viene a que te veo más en televisión rodeado de amiguitas que por vivir juntos…

Sus ojos se quedaron clavados en mí varios segundos con completa indiferencia antes de volver a mirar al frente.

—Joder… Si tanto te ha molestado que te quite la puta canción, ahí la tienes —replicó quitando de mala gana el cable que conectaba su teléfono para que volviera a sonar la radio.

Llevé las manos hacia mi cara con frustración al ver que no entendía o no quería entender lo que acababa de decirle. Su postura corporal era de absoluta indiferencia. Ni siquiera me miraba.

—Esto no tiene nada que ver con la maldita canción, Marc… —dije rascando una de mis cejas con frustración, cogiendo aire a la vez que lo miraba.

—¿Entonces? Desde que perdiste la dichosa voz es una discusión tras otra. Todo lo que hago o dejo de hacer te molesta. No sé cómo acertar contigo y estoy empezando a cansarme de tus caprichos de diva. —Sus ojos me miraron unos segundos, masticando las palabras—. Te prefería

cuando no hablabas… al menos no tenía que soportar tus berrinches.

Sus palabras eran dardos directos a mi corazón. Apuñalándome sin consideración.

—¿Tú te estas cansando? —repliqué sin apartar mis ojos de él apagando la radio del coche.

—Tú me tienes cansado.

—¿Crees que yo no estoy cansada? Estoy harta, Marc. Harta, de

escuchar día tras día tu nombre en televisión hablando de la vida que te estás pegando a mi costa… Estoy harta de escuchar cuchicheos cada vez que voy a algún lugar sin ti…

—¿A tu costa? Esto es alucinante… —replicó tras interrumpirme—. ¿Tú te estás escuchando?

—¿Acaso miento?

—Estás loca, estás desvariando.

—¿Disculpa? ¿Crees que soy tonta y no me doy cuenta de que sacas dinero de mis cuentas?

—Joder, Isabella…—negó apretando sus labios—. ¿Ahora también tengo la culpa de lo que la prensa inventa?

—¿Todo lo que dicen de ti es mentira? —pregunté en tono amenazante.

Marc paró el coche en seco saliéndose en el primer hueco que encontró. Tuve que colocar mis manos sobre el salpicadero para parar el movimiento brusco de mi cuerpo después de aquel frenazo. Sus ojos se clavaron en mí tras parar el motor.

—¿Qué estas insinuando?

—¿Desde cuándo te estas follando a otra? —pregunté a bocajarro para matar la incertidumbre de una vez por todas.

Me miró fijamente sin inmutarse antes de reírse. No sé si me dolía más que esa risa fuera porque todo esto le parecía gracioso o porque se estaba riendo de mí.

—¿Te estás dando cuenta de lo que me estás preguntando? —respondió con desprecio.

—No me has respondido, Marcos —insistí llamándole por su nombre completo.

—Tú de verdad crees que después de aguantarte a ti, me quedan ganas para estar con alguien más… Eres agotadora con tus aires de superioridad moral. Tenía que haber hecho caso a la gente que me decía que no cometiera la estupidez de mezclarme con alguien como tu…

—¿Alguien como yo?

Sus ojos seguían mirándome fijamente casi sin expresión, con indiferencia. Su cabeza se movió lentamente en forma de negación, mientras mi corazón se rompía en mil pedazos con sus palabras llenas de desprecio, como si fuera una cualquiera, olvidando que seguía siendo la madre de su hija. Me lanzó una última mirada antes de anunciar que se cancelaba aquel fin de semana. Apoyé mi codo sobre el borde de la ventana para dejar la mirada fija en cualquier punto para no tener que volver la vista hacia él. No quería que me viera así, rompiéndome por dentro. A través de la ventana solo podía ver cómo volvíamos a la ciudad. Recorrimos unos cuantos kilómetros más hasta llegar a la calle de atrás de la casa, donde aún no había periodistas. Al detener el coche, el silencio que se hizo en el interior fue aterrador y doloroso.

— Oye… —Sentí el clic de su cinturón de seguridad abrirse para acomodarse en el asiento. Yo en cambio prefería seguir mirando hacia ninguna parte por mi ventana. Sabía lo que iba a intentar.

Marc conocía mis debilidades mejor de lo que yo conocía las suyas y jugaba con eso a su favor.

—No me estoy acostando con nadie, ¿vale? Me duele que pienses así de mí…

Preferí seguir guardando silencio ante sus palabras que no me decían nada que no me hubiera dicho ya.

—No sé por qué cojones discutimos tanto últimamente, lo único que sé es que te quiero… Eres la mujer que he elegido para que sea la madre de mis hijos. —Tragué saliva lentamente antes de girar mi cara hacia él—. Solo tengo treinta y cuatro años, creo que también tengo derecho a divertirme un poco… pero te prometo que estaré más en casa y que te haré más caso.

¿Y ahora qué? Le seguía dando la vuelta a mi mundo para que siguiera pareciéndose a él. Suspiré mirando sus ojos azul océano tratando de ver si era sincero. Elegí creerlo, otra vez. Quizás me arrepintiera, pero necesitaba seguir buscando en él al hombre del que me enamoré, porque seguía

queriéndolo por encima de mí misma. Estaba cansada de tanta discusión. Solté un largo suspiro buscando su mano para agarrarla.

—Siento haberte gritado… —me disculpé.

Me besó para seguir envenenando mi alma con aquellos besos de agua salada, sabiendo que iba a volver a desilusionarme.

—¿Te gustaría comer conmigo? —preguntó dedicándome aquella sonrisa que sabía que era mi debilidad.

Sus ojos me miraban casi como solían hacerlo antes o eso es lo que necesitaba creer. Creer que no existiera ninguna mujer más que yo. Asentí recibiendo un leve beso de sus labios antes de volver a arrancar el coche. Esta vez el camino pintaba diferente. Marc charlaba sin parar, contándome dónde estuvo anoche y explicándome que conoció a la novia de un buen amigo suyo que trabaja en su empresa. A pesar de mirarlo casi hipnotizada, algo dentro de mí me decía que por qué ahora me daba tantos detalles, contándome hasta su ofrecimiento de contratar a aquella chica. Al llegar al restaurante favorito de Marc, este bajó del coche bajo la atenta mirada de los periodistas que nos seguían para acercarse al lado del copiloto y así abrirme la puerta y ayudarme a salir. Sonreí agarrando su mano para dirigirnos agarrados hasta aquel restaurante, escuchando los flashes de fondo y las mismas preguntas que nos repetían una y otra vez. Marc se encaró con uno de los periodistas antes de entrar, pidiéndole que nos dejaran en paz. Al entrar, la chica que estaba en la puerta inmediatamente nos reconoció. Tras hacernos varias fotos con ella, nos dirigió a la mesa que Marc había reservado. Fue la primera vez después de mucho tiempo que volvimos a tener una conversación sin gritos, pero siempre hablando de él. Una parte de mí tenía miedo de que fuera solo una maravillosa actuación para que tanto la gente de aquel restaurante como los periodistas que nos fotografiaban desde fuera nos viesen como la pareja perfecta que no hacía caso a aquellos rumores, sobre todo después de que Marc le pidiera a uno de los camareros que nos hiciera una foto juntos. Él me pidió que me sentara sobre sus piernas para capturar aquel momento regalándome un tierno beso después de comprobar cómo habíamos salido. Al terminar de

comer, agradecí a cada uno de los camareros que nos habían servido por su amabilidad antes de irnos. Los dos abandonamos aquel sitio agarrados de la mano hasta llegar de nuevo al coche, donde volvió a abrirme la puerta antes de entrar. Una vez en el coche, sus labios volvieron a regalarme un breve beso antes de ir de vuelta a casa. Ahora me sentía mal de que aquel fin de semana se hubiera cancelado por culpa de mis reproches. Sentía que me había dejado envenenar por aquellos malintencionados comentarios de gente que opinaba sin conocernos. Al llegar de nuevo a casa, ambos bajamos del coche buscándonos con la mirada. Su enorme mano se extendió llamándome para que fuera a su lado. Entrelacé mi diminuta mano en comparación con la suya, para entrar agarrados a la casa, subiendo los escalones hasta nuestra habitación riéndonos. Marc abrió la puerta pasando primero antes de que sus brazos recorrieran mi cintura, abrazándome por detrás mientras me regalaba leves besos por mi cuello. Mis labios dibujaron una enorme sonrisa al sentir sus labios besar mi piel de nuevo. Acaricie las manos de Marc que seguían entrelazadas sobre mi abdomen.

—¿Te gusta? —preguntó colocando su cabeza sobre mi hombro.

Asentí mordiendo mi labio inferior procesando aquel comportamiento.

—Me encanta —respondí girando la cabeza hacia su cara para poder verle mejor.

—Te amo…

—A ver si así se te quiten esas ideas tontas que tienes de que no te quiero

Coloqué una de mis manos sobre su mejilla barbuda para besar de nuevo sus labios. Había vuelto a dejarse barba. Recuerdo que antes siempre se afeitaba cada vez que decíamos de vernos. Esta vez fue él quien me giró aprovechando que tenía sus manos alrededor de mí para pegarme a su cuerpo. Sus labios besaban los míos con pasión, la misma pasión que sus manos demostraban al acariciar mi trasero. Ambos sonreímos entre beso y beso al tropezar con el sofá de camino a la cama. Mis manos se encargaron de deshacerse de su camiseta y de desabrochar su cinturón, mientras que sus enormes manos me dejaban caer sobre nuestra mullida cama. Era como estar encima de una nube. Marc se deshizo de mi jersey dejando mi pelo

ahora algo más oscuro y menos rizado contrastando con aquellas sábanas blancas. Clavé mis ojos sobre él, observando cómo se colocaba sobre mí después de dejar caer aquellos vaqueros sobre el suelo. Sus ojos me miraron fugazmente antes de volver a besarme. Sus labios parecían tener prisa, al igual que sus dedos al quitar la ropa interior de ambos. Coloqué mis manos sobre su pecho buscando algo de hueco para detenerlo un segundo.

—Espera, amor… —susurré separando mis labios de los suyos. Marc me miró molesto por parar en ese momento.

—¿No es esto lo que querías?

—Sí, pero… —Me acomodé debajo de él tratando de no sentirme tan incómoda bajo su peso—. Solo ve un poco más despacio, por favor… —Pude ver cómo su mandíbula se apretaba a la vez que asentía—. Quiero disfrutarte sin prisa…

Vi cómo hacia un esfuerzo para no parecer molesto antes de volver a besarme, pero esta vez molesto por mi petición. No quería que después de tanto tiempo fuera un aquí te pillo aquí te mato. Quería disfrutar este momento con mi marido ahora que estábamos solos y nadie podía interrumpirnos. Agarré su cuello entre mis manos para devolverle el beso disfrutando de aquellos labios tan redonditos que tantas veces me habían devorado. Marc colocó sus brazos a ambos lados de mi cara dejando el peso de su cuerpo sobre el mío para volver a besar mi cuello, apartando sus labios de mi boca. Tenía la horrible sensación de que evitaba a toda costa besarme. Sonreí agarrando su cabeza entre mis manos al sentir sus labios sobre mi piel. Una de sus manos bajó acariciando mis brazos y mi cintura hasta llegar a mi pierna para apretarla con sus largos dedos. Mi cintura se arqueó tras contraerse mi cuerpo al sentirlo dentro. Sentía dolor por su brusquedad, por no haber esperado el tiempo suficiente mientras su boca soltó un breve gemido. Estaba siendo brusco e impaciente. Por más que mi cuerpo se movía incómodo bajo él, parecía no darse cuenta de que me estaba haciendo daño. Sus manos buscaron las mías para agarrarlas con fuerza mientras se movía dentro de mí. Abrí los ojos tratando de buscar su mirada, pero él tenía su cabeza pegada a mi cuello. No podía dejar de

preguntarme si siempre había sido así o es que el simplemente ahora buscaba su propio placer. Cerré los ojos tratando de evadirme de aquel momento que solo me estaba lastimando más mental que físicamente. Sus manos apretaban con fuerza las mías, al igual que sus movimientos, que parecían cada vez más rápidos, buscando ansioso acabar. Su cuerpo se movía con desesperación sobre el mío. Sus jadeos no eran de placer, sino de agobio. Seguramente tampoco estaría disfrutando por mucho que siguiera entrando y saliendo de mí con tan poca consideración y empatía. Acaricié su pelo con mis dedos al sentir su cabeza sobre mi pecho tras dejar caer su cuerpo sobre mí con la respiración agitada tras resoplar. En aquel momento sentí una inmensa sensación de desconsuelo y abandono por todo mi cuerpo aún desnudo. Aquella sensación de frío aun con su cuerpo sobre mí era algo descorazonador. Tuve que tragar varias veces para controlar todas aquellas emociones que pasaban por mí para no desbordarme. Lo último que quería era que me viera llorar ahora para que se enfadara de nuevo. Marc se dejó caer junto a mí sin siquiera mirarme. Busqué el borde del nórdico para cubrir mi cuerpo. Me sentía vulnerable, casi violada. Una sensación de soledad me recorrió la piel de arriba abajo. Tenía terror de girarme hacia él. Sabía por su forma de suspirar y resoplar que se sentía frustrado. Con el orgullo de macho herido por no haber podido correrse.

—Esto es por tu culpa… —dijo frotando sus manos sobre la cara—. Siempre con tus peticiones; que si más despacio, que si de esta forma no me gusta…

—Yo no te he dicho nada esta vez… —susurré.

—¿No? —preguntó incorporándose—. ¿No me has pedido que vaya más despacio hace unos minutos?

—Te lo he pedido porque quería disfrutar de mi marido.

—Pues lo has estropeado todo. —Sus ojos me miraban furiosos—. Como siempre…

—Lo siento… —me disculpé en voz baja viendo cómo mordía sus labios molesto.

—Luego te quejas de que no te toco, pero cada vez que lo hago pones

miles de requisitos, es más difícil follar contigo que con cualquiera… Eres agotadora mentalmente…

Observe cómo se alejaba guardándome aquella última frase en mi pecho para torturarme. Me quedé debajo de aquel nórdico frío, acurrucada, deseando que la tierra me tragara. Me hice un ocho dentro de aquel edredón cubriéndome hasta la cabeza para desaparecer. A los pocos minutos de sentir el agua de la ducha correr, un teléfono empezó a sonar a lo lejos. Enredé las sábanas sobre mi cuerpo para salir de aquella cama, buscando mi teléfono entre mis cosas, sintiendo aquel timbreo cada vez más cerca. Mis mejillas comenzaron a arder al ver aquel nombre iluminado en la pantalla. Era Rubén. Siempre aparecía cuando peor me sentía. Era su don. Esbocé una enorme sonrisa buscando dónde sentarme antes de poder contestar aquella ansiada llamada, acomodando mi cabello tras mis hombros al dejarme caer en el borde la cama. Cuando quise deslizar para responder, la llamada se cortó, convirtiendo su nombre en una de las miles de notificaciones que tenía. Cerré mis ojos con fuerza soltando un profundo suspiro. Froté mi rostro desesperada, escuchando de fondo la puerta del baño volver a abrirse. Nadie era capaz de hacerse una idea de lo mucho que necesitaba a Rubén ahora mismo. Su cálida sonrisa, sus ojos tan llenos de compresión, de paciencia y consideración. Extrañaba sentirme querida, escuchada sin que me juzguen.

—¿Estás bien? —La voz de Marc tras de mí sacó de mi pecho un suspiro obligándome a asentir velozmente.

—Sí…

—¿Es por lo que ha pasado antes?

—¿Qué? —Giré rápidamente la cabeza para mirarlo—. No…

—Porque ha sido todo culpa tuya… A mi jamás me había pasado esto…

—Por supuesto.

Giré la cabeza mirándole, tratando de reconocer al hombre que tenía frente a mí. Sus ojos azules volvieron a mirar la pantalla del teléfono sin importarle siquiera que lo estuviera mirando. Era absoluta indiferencia

hacia mí. Me robaba la paz, volviendo mi vida un campo de minas.

—He estado pesando… —Dejó caer su preciado teléfono sobre la cama —. Que podrías traerte a tu padre aquí a Madrid, así estarías entretenida…

—¿Qué? —Apreté mis ojos desconcertada antes de volver a mirar hacia él. Me estaba volviendo loca con aquellos cambios de humor. A veces pensaba que ese era su propósito, hacerme sentir que estaba perdiendo el juicio para justificar lo que fuera que hacía cada vez que salía.

—¿Que por qué no lo traes a Madrid?… ¿Estás sorda? —preguntó al verme con la cabeza sobre mis manos.

—Es que no sé a qué viene eso ahora… —Dejé de hablar al mirar sus ojos iluminados de nuevo por aquel teléfono—. ¿Para qué quieres que traiga a mi papá aquí?

—No a nuestra casa, evidentemente. —Me miró alzando sus cejas—. Pero podrías comprar una casa cerca de nosotros. Tu padre es una persona mayor… Y seguramente aquí haya mejores médicos que allí en Colombia.

Arrugué la frente después de aquel comentario.

—¿No crees que en Colombia existan buenos médicos?

—No están tan bien preparados como aquí. Tenemos costumbres y culturas diferentes.

—Eso es tan… racista por tu parte —repliqué girándome sobre aquellas sábanas para verlo de frente—. ¿Quién eres?

Pregunté viendo cómo se sentaba sobre aquella cama. Por más que trataba, no podía reconocer al hombre por el que había perdido la cabeza hace años. Me dejé caer sobre aquella fría cama tratando de disimular la decepción de mi rostro.

—No es racismo, es la verdad. —Puso una de sus manos sobre el bulto de mis rodillas desnudas aún cubiertas sobre la sábana—. ¿Cuántas veces han ingresado a tu padre? Y no dan con lo que sea que le pasa…

—¿De qué hablas?

—Si no me crees, tienes el claro ejemplo de los suegros de Adriana,

¿quieres que tu padre termine como ellos? —Clavé los ojos sobre Marc al escuchar aquel nombre.

—¿Quiénes…? —Suspiré tratando de armarme de paciencia—. ¿Quiénes son los suegros de Adriana? O más bien quién es Adriana, porque no entiendo nada…

—Los padres del idiota ese de Rubén, el amiguito de tu hermano.

—No le digas así… —pedí en voz baja negando.

—Es que es idiota… Me cae casi tan mal o más que tu hermano. —Inclinó su cabeza—. Tiene una forma de mirar que no me gusta, no sé qué fue lo que vio Adriana en ese tío…

—¿No te gusta porque tampoco es español?

Marc negó como si no fuera con él. Rodeé los ojos inhalando lentamente.

—No me gusta a secas.

—Al parecer tu amiguita y tú sois iguales. —Rodé mis ojos—. Cuando más uno lo necesita, dais vuestra peor versión…

—¿Qué insinúas?

—Nada… ¿vas a contarme de una vez qué pasa con los padres de Rubén? —suspiré.

—Pues que, en un país como Cuba, tan cerrado a todo… Es lógico que ese tipo de enfermedades tan complejas como el cáncer, no tengan un tratamiento tan efectivo como los que tenemos aquí…

—¡Fíjate! No sabía que en España erais inmortales —respondí en tono irónico levantándome de aquella cama.

Su risa tras de mí me enfureció más.

—Y para que lo sepas, los padres de Rubén fallecieron en Miami, no en Cuba… ¿Tampoco existen buenos médicos en América?

—No te enfades. —Me detuvo abrazándome por detrás—. Además, pensé que te haría ilusión la idea de traerte a tu padre aquí. —Besó mi cuello antes de colocar su cara sobre mi hombro. Me moví incómoda al

sentir su barbilla sobre mi piel—. Así no tendrías que coger un avión para verlos, solo conducir un par de minutos o un par de horas…

—No creo que sea buena idea… sobre todo estando mi papá tan delicado, tendría que hablarlo con mis hermanos…

—Claro, tú háblalo con quien tengas que hablarlo. —Colocó sus manos sobre mi cintura para girarme hasta él—. Ahora tengo que irme… —dijo rascando su nariz.

—¿Ya?

—Me ha surgido algo, tengo que volver a la oficina.

—Claro… —Apreté indignada las sábanas enrolladas sobre mi cuerpo.

No sé si era porque me había molestado su comentario, porque estaba decepcionada de no haber podido coger la llamada de Rubén, pero la idea de estar sola no me parecía tan mala. Además, viendo lo que había pasado hace unos minutos poco íbamos a hacer. Una decepción más de su parte no iba a matarme—. Está bien… Ve… y haz lo que sea que tengas que hacer

—Aprovecha que estás sola para trabajar un poco. Te vendrá bien hacer algo útil, además yo no me casé contigo para tenerte todo el día amargada —dijo casi reprochándome—. Te prometo que esta noche, si estás de mejor humor, saldremos a cenar.

—Déjalo… No hagas promesas que los dos sabemos que no vas a poder cumplir.

Entré en el baño sin siquiera mirarlo. Nada más entrar, me apoyé sobre el lavabo desbloqueando mi teléfono. Mis dedos se metieron a toda velocidad en la conversación de Rubén, descubriendo que por fin había leído cada mensaje que le había mandado. Posiblemente escucharía el mensaje que le dejé en su buzón de voz y por eso habría llamado. Pulsé el botón de llamar mordiendo mientras mis uñas, escuchando aquellos interminables tonos. Otra vez comunicando. Suspiré levantando la mirada hacia aquel espejo, observando varios minutos mi rostro. Estaba despeinada, ojerosa, pensando en miles de cosas por segundo. La ducha serviría para despejar la mente varios minutos. La cálida sensación del agua tibia cayendo por mi piel era

una de las mejores sensaciones del mundo. Acaricié mi pelo mojado bajo aquellos chorros efecto lluvia, pensando lo extremadamente excitante que tendría que ser hacerlo en aquella ducha con aquella agua caliente masajeando la piel. Sonreí nada más de imaginarlo cerrando mis ojos por un momento, dejando que el agua caliente recorriera mi piel.

Una sensación de frío apareció tras mi espalda desnuda sintiendo la puerta de la mampara cerrarse tras de mí. Unas cálidas manos se posaron sobre mi cintura obligándome a girar. Al hacerlo, me encontré con aquellos enormes ojos verdes mirándome fijamente mientras las gotas caían sobre sus cejas negras.

—¿Qué haces aquí? —pregunté susurrando, observando las gotas caer por su mandíbula y por sus labios.

Sus manos se colocaron a ambos lados de mi cara mojada recortando la distancia entre los dos.

—Me has estado buscando, ¿no? —Sus dedos pulgares acariciaron mis mejillas apartando las gotas que corrían por mi piel—. Aquí me tienes…

Su voz ronca susurró cerca de mis labios, sin apartar ninguno de los dos la mirada el uno del otro. Mis húmedos dedos desabrocharon la camisa que llevaba, parecida a la que llevaba la noche que nos despedimos. Acaricié con mis manos cada centímetro de piel que iba dejándome ver aquella camisa antes de caer al suelo. Su cálido aliento sobre mis labios me obligó a volver a ver aquellos enormes ojos verdes antes de sentir sus labios sobre los míos, acariciándolos con aquellas gotas de agua que seguían recorriéndonos sin parar.

—Marc puede entrar en cualquier momento… —dije con un hilo de voz tratando de coger aire para no caer en aquella tentación.

Su mano izquierda se posó sobre mis labios acariciándolos con la yema de sus dedos, recorriendo mi cuerpo un profundo escalofrío.

—Solo estamos tú y yo…

La piel se me erizó desde la cabeza a los pies al sentir sus labios sobre los míos, besándonos como si el mundo fuera a acabarse allí mismo, saboreando cada centímetro de mi boca. Una de sus manos abandonó mi cara, para bajar por mi piel desnuda y mojada buscando partes de mi piel que llevaban tiempo sin tocar nadie. Un leve gemido salió de mis labios aún presos de los suyos. Una sonrisa se dibujó en sus labios antes de llevar sus besos por mi cuello, besando cada centímetro de mi piel, ambos mojados por aquella ducha que no dejaba de tirar agua sobre nuestros cuerpos. Sus manos me alzaron colocándome sobre su cintura sacando nuestros cuerpos empapados de aquella ducha. Aferré mis manos sobre su cuello, besando sus cálidos labios, recorriendo cada rincón de su boca, sintiendo los bordes de su barba acariciar mis labios al besarnos. Entre besos ansiosos y caricias, dejó caer mi cuerpo sobre la cama, colocándose despacio sobre mí para terminar de quitarse la camisa empapada de su cuerpo. Llenó cada punto cardinal de mi cuerpo de besos juguetones. Mi cintura se arqueó al notar sus labios entre mis piernas, sus dedos sobre mi cintura, mientras mis manos apretaban los pliegues de aquellas sábanas…

—Rubén… —Cerré los ojos, susurrando su nombre casi en forma de gemido, buscando su cabeza con mis manos para atraerlo hacia mí.

Al abrir de nuevo los ojos, llevé ambas manos sobre mis labios. Comprobando asustada, que seguía en aquella ducha, sola. Tuve que parpadear varias veces seguidas mientras cubría mi cuerpo mojado, con el albornoz que colgaba de la pared. Me senté sobre la taza cerrada de aquel váter, mirando mi reflejo a lo lejos en aquel enorme espejo. Qué diablos acababa de pasarme. Mis manos nerviosas volvieron a cubrir mis labios, a la vez que mis ojos buscaban sobre mi reflejo alguna explicación de qué acababa de pasarme. Posiblemente me dejé llevar por el ambiente, los vapores del agua caliente, por haber leído su nombre antes de meterme a bañar. Tenía que ser eso, qué iba a ser si no. Cepille mi pelo rápidamente tratando de coger todo el aire que pudiera antes de salir de aquel maldito baño que me había confundido con tanta ducha efecto lluvia. Al abrir la

puerta, me asomé despacio encontrándome de frente la misma cama donde mi cabeza había fantaseado con Rubén desnudo, sobre mi cuerpo a punto de hacerme el amor. Cerré los ojos resoplando, dejándome caer en un sillón que había frente aquella cama, recordando lo real que había sentido el tacto de mis dedos aferrándose a aquellas frías sábanas con fuerza. La sensación de sus labios besándome ahí abajo. No paraba de darle vueltas a los mismo. Qué tenía en la cabeza para estar pensando en esas cosas con este muchacho. Posiblemente él estaba pasando uno de los peores momentos de su vida y mi cabeza enferma se ponía a pensar en esa cantidad de tonterías. Resoplé aferrándome a la ropa que tenía entre mis manos antes de vestirme. Bajé a cenar algo de lo que Yaris había dejado preparado antes de irse de fin de semana, acurrucándome en el sofá mientras devoraba aquel plato de salmón con verduras. Automáticamente, al acabar de comer me consumían las ganas y busqué el nombre de Rubén, cayendo en mi propia trampa, contemplando aquellos ojos otra vez para seguir torturándome con aquella fantasía.

—¿Qué estás haciendo, Isa? —me dije a mí misma observando sus fotografías en redes sociales. Froté la cara con mis manos soltando de nuevo el teléfono sobre el sofá mientras me levantaba observándolo a lo lejos con sus ojos mirándome aún—. No me mires así —dije señalando el teléfono. Contemplando aquella foto donde aparecía sonriendo en primer plano—. Esto es tu culpa, por desaparecerte así…

—¿Con quién hablas? —La voz de Agustín esperando para entrar me sobresaltó.

Llevé una mano hacia el pecho tratando de recobrar la compostura después de aquel susto mientras me acercaba sutilmente hacia el sofá para bloquear el teléfono.

—¡Gus! —le regañé sentándome de nuevo en la cama cubriendo el teléfono—. Me has espantado…

—Perdona, he tocado varias veces… —respondió entrando con su teléfono en las manos—. ¿Qué haces aquí? ¿No os ibais de fin de semana?

—Ha habido cambio de planes. —Enredé mis dedos en el pelo mirando a

mi alrededor—. ¿Tú qué haces por aquí?

—Vine a por unos papeles que dejé en tu despacho…

—Ah… Pues pasa —murmuré sentándome de nuevo en el sofá.

—¿Todo bien? —Sus ojos me miraban preocupados.

—Sí…

—Pues no lo parece.

—Preferiría no hablar de ello —dije viendo cómo se sentaba a mi lado.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

—Gracias… —Apreté su mano en agradecimiento—. Pero no tengo ánimo, ni ganas de que nadie me vea así…

—Entonces déjame que te traiga un cafecito.

Besó mi cabeza antes de levantarse, llevándose el plato vacío que estaba sobre la mesa antes de salir del salón. Inhalé todo el aire que pude buscando con los ojos mi teléfono, rogando que su nombre volviera a aparecer casi con necesidad.

—Te buscan —la voz de mi hermano volvió a sacarme de mis pensamientos al verlo aparecer extendiendo su brazo, ofreciéndome el teléfono.

Pregunté quién era casi susurrando para que fuera quien fuera no me escuchara. Agustín alzo sus cejas con media sonrisa dibujando su cara pasándome aquel teléfono.

—¿Bueno? —pregunté colocando mi pelo tras mis hombros.

—Hola…

Capítulo 3

Llevaba unos años que sentía como si hubiera ido al mismísimo infierno, para purgar mi alma de todos los pecados y excesos que había tenido en mi vida. El karma se estaba cobrando todo el daño que había hecho. Había perdido a mis padres, Adriana me había abandonado. Mi cabeza estaba colapsando. El alcohol se había apoderado de mi cerebro matando cualquier atisbo de razón o cordura provocando que casi perdiera la vida. El recuerdo de Isabella esperando mi regreso fue la razón que me hizo canalizar todos aquellos pensamientos intrusivos golpeando el viejo saco de boxeo de mi padre en lugar de seguir asesinando indiscriminadamente las pocas neuronas que me quedaban. Me había descuidado física y mentalmente al no ser capaz de procesar todas las pérdidas que había tenido estos cuatro años, recordándome con aquel aspecto la estupidez que alguna vez estuve a punto de hacer. Así que cada golpe a aquel saco mi cabeza borraba pensamientos intrusivos, logrando calmar mi ansiedad de estar ahí encerrado semana tras semana por culpa de la dichosa pandemia que había azotado el mundo entero. Tras morir mis padres, pagamos mucho dinero para poder enterrar sus cenizas en su Cuba, obligándonos a permanecer en esta maldita isla hasta nueva orden.

—¿Rubén? —La voz de mi hermana capto mi atención.

Solté aquellos guantes de boxeo para darle una tregua al pobre saco, colocando mis manos sobre él para que no girara sobre sí tras soltar los guantes.

—Aquí en la terraza —contesté acercándome a la mesa que había tras de mí para servirme un poco de agua.

Mi hermana apareció con bolsas, sujetando con su otra mano a mi maravillosa sobrina Mia.

—¡Hola, princesa! —saludé a Mia elevándola antes de darle un beso y un abrazo a mi hermana—. ¿Cómo les fue?

—Horrible… hace un calor infernal en la calle… —replicó soltando las bolsas.

—Sí… está apretando esta mañana —respondí alzando mis ojos mientras soltaba a la pequeña Mia que buscaba a su madre.

—Paseamos por todas partes, ¿verdad, cariño? —le dedicó una sonrisa a mi sobrina antes de pasarle el teléfono para que se entretuviera.

—No le des tanto el teléfono, no es buena tanta pantalla para los críos —dije volviendo a refrescarme con aquel vaso de agua antes de secarme el sudor con una toalla.

—¿De cuándo acá tú eres pediatra…? —protestó soltando las bolsas.

—Puede que no sea pediatra, pero sigo siendo médico… aunque no sé cuándo pueda volver a ejercer…

—No seas coñazo… —dijo golpeando mi brazo.

Alcé la mirada viendo el nombre de Isabella en una notificación en su teléfono antes de que Mia lo quitara. Ver su nombre me incomodó. Llevaba años sin saber nada de ella ni de Agustín. Terminé de darle aquel sorbo al vaso de agua antes de preguntar como si aquello no fuera conmigo, colocando la toalla a ambos lados de mi sudado cuello.

—¿Tienes las notificaciones cada que Isabella sube un vídeo? —pregunté riéndome al verla asentir con admiración.

—Sí, porque es mi Isabella —recalcó—. Sacó nuevo video…

—No me digas. —Alcé las cejas fingiendo desinterés—. Sale el faro de aquí, el del castillo del Morro.

—¿El faro de Morro?

—Ajá.

—Te habrás confundido… será uno parecido —respondí terminando el contenido de aquel vaso antes de llevarlo de vuelta a la cocina.

—Ven, cariño, vamos a enseñarle al mamapinga de tu tío una cosa. —Blanca agarró de nuevo su teléfono para buscar aquel video mientras ambas andaban hacia la cocina. Cruce mis brazos observándolas a ambas antes de

que me pasara aquel teléfono.

—Ahí lo tienes, cocotimba —murmuró entre dientes provocando una sonrisa en mis labios.

Coloqué mis dedos tras aquella funda rosa ennegrecida por el tiempo mientras me dejaba caer apoyando la mitad de mi cuerpo sobre aquella mini barra de cocina. Nada más mirar aquella pantalla, su silueta apareció de espaldas, vestida únicamente con un vestido largo de tirantes color violeta caminando con sus pies descalzos y adornando su espalda y sus hombros con aquel pelo rizado dorado. Automáticamente mis labios sonrieron al verla. No había sido consciente de lo mucho que la echaba de menos hasta ahora que la estaba viendo de nuevo y escuchando de nuevo su voz. Isabella avanzaba lentamente por una playa de arena blanca hasta llegar a unas piedras que daban a un faro. Mi hermana tenía razón, ese era el faro de Morro. Me incorporé al verlo, notando cómo mi corazón latía de nuevo ilusionado. Tenía que ser una coincidencia, no podía ser otra cosa. Esa canción hablaba de esa necesidad de volver a ver alguien mientras sus ojos miraban fijamente a la cámara antes de que la cámara enfocara un libro en el suelo. La voz de mi hermana hablando con Mia se escuchaba como si estuvieran a lo lejos mientras mis ojos no podían dejar de contemplar con desesperación la pantalla.

—Es imposible… —susurré casi de forma inaudible al ver la portada de aquel libro. *El tulipán negro* de Alejandro Dumas.

Aquella era la obra de teatro que me encontraba viendo el día que decidí ser médico. Se lo había contado una de las noches que estuvimos en Asturias charlando hasta las tantas, desahogándonos y hablando de cosas que poca gente sabían el uno del otro.

—Te dije o no te dije que salía nuestro faro —dijo acercándose hacia mí para contemplar aquel video conmigo.

Podía notar cómo mis pulsaciones se volvían taquicárdicas.

—¿Crees que vino a grabarlo aquí o fue con las cartulinas esas verdes?

—No, no tengo ni idea…

Mis ojos contemplaban sin parpadear aquellos breves segundos que anunciaban el estreno del videoclip.

—Te pusiste pálido, ¿te enfriaste? —me preguntó acariciando mi espalda con preocupación. Negué soltando aquel teléfono de nuevo en manos de mi hermana Blanca.

—Puede que quizás un poco… —Besé su mejilla y la cabeza de mi sobrina antes de abandonar aquella cocina a toda prisa.

Entré a la que había sido mi habitación estos cuatro años cerrando la puerta tras de mí. Abrí el armario buscando entre todas aquellas cosas personales de mis padres, aquella caja fuerte donde había decidido enterrar mi teléfono con todos los recuerdos que quise dejar allí encerrados. Puse los números que me separaban de abrir la puerta de metal para coger mi teléfono antes de dejarme caer en la cama. Al volver a encender el teléfono, mis ojos releyeron cada una de las notificaciones buscando su nombre en todas y cada una de aquellas notificaciones. No pude evitar ilusionarme al ver su nombre entre las muchas notificaciones. Lo primero que hice fue escuchar los mensajes que tenía en el contestador. Fui pasando uno a uno los mensajes del buzón hasta que llegué al último mensaje de mi buzón, regalándome de nuevo el sonido de su voz.

—Ey, hola, Rubén. Soy Isabella. Me… me he enterado de lo de tus padres. Lo siento muchísimo… de verdad… Solo quiero que sepas que bueno, aquí me tienes para lo que necesites, ¿vale? Te echo muchísimo de menos… bueno, todos aquí te echamos de menos, si vieras la pequeña c*ó*mo ha crecido… Me hubiera gustado invitarte a uno de mis conciertos como agradecimiento, ya que, no sé si… hubiera podido hacerlo sin ti… Y bueno, al final la botella de tu mamá parece que me protegió sin necesidad de bebérmela… Para la próxima gira no te escapas. Bueno… esperamos verte todos pronto por aquí, llámame si quieres cuando escuches el mensaje o… por si te apetece hablar… Cuídate mucho, besos. Chao.

Cerré los ojos al escuchar nuevamente su dulce voz hablándome en el

oído. Respiré profundamente al ver que aquel mensaje me lo había dejado hace un día. Impulsivamente pulsé su nombre para devolverle aquella llamada. No sabía todavía ni siquiera qué iba a decirle, pero eso no me impidió seguir escuchando con desesperación los tonos de llamada.

—Vamos, contesta… —Suspiré peinando mi pelo ahora mucho más largo hacia atrás mientras seguía escuchando aquel tono antes de mandarme al buzón.

Quizás fuera mejor así. Quizás la vida estaba dándome las pautas para que mi impulsividad no estropeara los pequeños pasos que iba haciendo en mi recuperación. Resignado, abrí la aplicación de mensajes donde tenía más de quinientos mensajes sin leer. Mensajes dándome el pésame por la muerte de mis padres, compañeros del hospital preocupados por no dar señales. Pero mis ojos solo se fijaron en la conversación que mantenía con Agustín y con ella, observando las fotos que me había mandado por su cuarenta cumpleaños con una tímida sonrisa. Sonreí observando aquella foto donde hacía con sus manos un cuatro y un cero sonriendo, con su pelo dorado adornando aquellos ojos color café que tanto echaba de menos. Extrañaba su olor, escucharla reír. La última vez que la vi, fue en Miami, en uno de sus conciertos, donde seguí el absurdo consejo de mi psicóloga de sacar todo lo que no me dejaba dormir por las noches. Aquella noche cometí la estupidez de ir buscarla al hotel. Llevaba semanas escuchando en los programas esos de chismes que tanto le gustaban a mi hermana, hablar de rumores de separación entre ella y Marc. Rumores que comprobé que eran falsos al verla cenando feliz junto a Marc y Violeta. Me alegré enormemente por ella, pero me partió el alma y las ilusiones verla comerse a besos a aquel cabrón que no la merecía.

La puerta de la habitación se abrió apareciendo mi hermana tras ella. Supo que algo iba mal al verme, por eso decidió sentarse junto a mí para acompañarme en silencio. —¿Todo bien?

Involuntariamente mi cabeza negó antes de volver a mirarla, soltando un profundo suspiro.

—Necesito salir de aquí, Blanca… —rompí aquel silencio acomodando

de nuevo mi pelo hacia atrás. Mi hermana apoyó su cabeza sobre mi brazo acariciando mi espalda con sus manos.

—Lo sé —respondió mientras dejaba caer mi cabeza junto a la suya, mirando ambos al frente. Contemplé una foto de mis padres que presidía una mesa redonda bajo la ventana.

—Estar aquí me está consumiendo….

—Lo sé… —susurró acariciando mi brazo con sus dedos aún con su cabeza apoyada. Suspiré clavando los ojos sobre aquella fotografía de nuestros padres.

—¿Y Mia? —pregunté mirando hacia la puerta de la habitación.

—Viendo los dibujos… ¿Por qué no te regresas a Miami conmigo? —Se incorporó levantándose de aquella cama para colocarse frente a mí—. Así no te quedarás aquí solo cuando me vuelva…

—No… te lo agradezco —negué brevemente antes de disimular una sonrisa.

—Aquí no tenemos más que hacer.

—El día que salga de esta bendita isla será para volver a España.

—¿Y Adriana? ¿Cómo hizo para volver tan pronto?

—Se fue en jet… El dinero manda —respondí levantándome de allí para guardar de nuevo aquella caja fuerte dentro del armario.

Decidí quedarme con aquel teléfono por si acaso, cerrando las puertas de aquel viejo armario color pino.

—Arpía…

—No le digas así.

—¿Me la vas a defender después de mandarte a la pinga? Porque es una zorra.

La maldijo abrazándome por la cintura antes de llegar donde estaba mi sobrina sentada frente a la televisión—. En el fondo, te ha hecho un favor —dijo colocándose junto a Mia en el sofá.

—No sé si descubrir que se ha estado acostando con medio Madrid es

precisamente hacerme un favor… —repliqué tratando de medir las palabras malsonantes por respeto a Mia.

—Tú solito te lo buscaste por andar metiendo cosas donde no debes, hasta mamá te advirtió.

—No sabes toda la historia… —dije desbloqueando de nuevo aquel teléfono.

—Sé que los problemas se solucionan hablando, no andando como cucaracha. —Incliné la cabeza hacia Mia para que se relajara.

Blanca chasqueó la lengua besando la cabeza de Mia.

—Pobre Matías… —dije sonriente alejándome de ella para que no me lanzara nada.

—¿Para dónde tú vas? —protestó acomodándose en aquel sofá.

—A pasear, ¿puedo? —pregunté divertido agarrando las llaves y las gafas de sol—. El día estuvo pesado de calor… quiero aprovechar ahora que es el sol anda más bajo para caminar un rato.

—¡Nada de alcohol! —gritó al verme abrir la puerta.

Me despedí alzando la mano antes de salir. Metí mis manos dentro de los bolsillos después de colocarme las gafas de sol para caminar hasta la playa del Este, que estaba cerquita de donde tenían mis padres su casa. Dentro de la situación que lleva años castigando a Cuba, mis abuelos le dejaron aquella casa a mi madre en una de las mejores zonas de la isla. Estaba más cerca de la zona turística y contaba con ciertos privilegios que daba el turismo para blanquear el régimen, pero, aun así, cada vez que paseaba por aquellas calles que me habían visto crecer, me daba pena ver el deterioro de aquella hermosa ciudad. Al llegar a aquella playa de arena blanca, me descalcé antes de sentarme sobre la arena. Aquella brisa me despeinaba la melena que había dejado crecer como protesta y recordatorio de lo que había vivido. Acaricié con una de mis manos mi barba que empezaba a sobrepasar la barbilla, acompañando la imagen de *homeless* que tenía desde hacía unos meses. Estaba desesperado de aquel encierro. Algunas noches soñaba con una versión bastante más envejecida de mí volviendo después

de casi veinte años a una ciudad que se había olvidado por completo de mí. Siempre me despertaba angustiado al volver a la casa de Isabella y comprobar que estaba vacía, como si nadie hubiera vivido allí y sin reconocer aquellos enormes pasillos vacíos donde tantas veces caminé acompañado de ellos. Siempre me despertaba envuelto en sudor al reconocer a mi madre sentada en uno de aquellos escalones de la parte trasera. Saqué el teléfono del bolsillo de aquel pantalón tras aquel recuerdo recurrente al sentirlo vibrar.

—No me jodas…

Maldije la puta cobertura de aquella isla al ver un mensaje avisándome de que Isabella había vuelto a llamarme. No sabía cómo gestionar aquella insistencia por querer saber de mí. No quería ni debía volver a ilusionarme, era agotador mentalmente querer olvidar a alguien a la que necesitas desesperadamente.

¿Me habría olvidado? ¿Sabría de mi divorcio?

Resoplé alzando las gafas sobre mi cabeza para frotar con desesperación mi rostro antes de volver a ver su nombre en el historial de llamadas. Mis ojos miraron la cobertura. Tenía que aprovechar que todavía tenía cobertura, pero esta vez tenía que ir a lo seguro. Respiré hondo buscando el número de mi amigo.

Tras cuatro tonos, Agustín descolgó.

—¿Bueno? —Su voz despreocupada respondió al otro lado. Sonreí al escucharlo de nuevo después de tanto tiempo.

—¡Don Agustín! —respondí agachando la mirada hasta mis pies enterrados en aquella arena blanca.

—¡¿Rubén?! —preguntó de manera efusiva—. Bendito Dios, no sabes la alegría que me da oírte, hermano, ¿no me digas que estas de vuelta?

—No, ojalá … —respondí devolviendo la vista a aquellas hermosas olas de color azul marino que se mezclaban con el color del cielo—. Está complicando el asunto de la vuelta…

—¡Qué alegría oírte, hermano! ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida? Qué

ilusión… verás cuando se lo cuente a mi hermana

—Bien, aquí seguimos en la lucha. —Miré a mi alrededor tratando de alejar los recuerdos aún dolorosos de mi memoria—. ¿Cómo va todo por allí? ¿Cómo está tu hermana…? —Desvié la mirada a mi alrededor mientras lo escuchaba observando a lo lejos a una pareja abrazándose junto a la orilla.

—Justo acabo de llegar a su casa, dame un segundo… —dijo antes de hacerse el silencio.

Al rato escuché a Agustín decirle que la buscaban. Mi corazón agilizó sus latidos golpeando con fuerza mi pecho. Mi cabeza no podía parar de imaginar cómo estaría Isabella ahora. Aquellos breves segundos se hicieron eternos hasta volver a escuchar una breve respiración al otro lado.

—¿Bueno?

Después de cuatro años, ahí volvía a tenerla. No en un mensaje en el buzón, sino al otro lado del teléfono. Al escuchar su melódica voz me incorporé de inmediato, cuadrándome como si pudiera verme, arreglando mi día con solo escucharla.

—Hola… —la saludé agachando nuevamente la cabeza ocultando la sonrisa idiota que se dibujaba en mi cara.

—¿Rubén? —Isabella preguntó sorprendida de escucharme.

—Me gustaría decirte que el mismo, pero… si me vieras te asustarías —respondí bromeando mientras escuchaba al otro lado de la línea un leve grito de alegría.

—¡¿Eres tú de verdad?! ¡No lo puedo creer!

—Créelo… —Mi sonrisa se ensanchó como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Llevo todo el día queriendo comunicarme contigo… —Su voz sonaba alegre—. Siento mucho lo de tus papás, recién me enteré… Aquí tu amigo no me dijo nada hasta ayer.

—Gracias… No te preocupes, la cobertura aquí es horrible. —Olvidé por completo la diferencia horaria.

—Espera Rubén, dame un segundo que aquí mi hermano no sabe hacer más que incordiar… —se disculpó mientras hablaba con Agustín.

No podía escuchar con claridad lo que decían, pero sí escuchaba a Isabella murmurar. Sonreí con nostalgia dejando que me invadieran recuerdos de los tres pasando tiempo juntos en Madrid.

—Dice mi hermano que si hacemos una videollamada para vernos…

—Eh… —murmuré observando nervioso a mi alrededor.

Acaricié con mi mano aquella barba frondosa tratando de pensar alguna excusa rápida.

¿Cómo iba a verme así después de tanto tiempo? Se iba a espantar y perdería las pocas casi inexistentes posibilidades que esperanzaban mi mente.

—¡Vamos!

La voz de Agustín sonó de fondo imaginando que me habría puesto en manos libres.

—De haber sabido esta asquerosa encerrona… —bromeé escuchando la risa de ambos al otro lado—, al menos me habría duchado…

—Déjanos ver lo feo que estás, ¡déjame disfrutar de este momento!

—Está bien…

No pude evitar reírme al escuchar a Agustín mientras pasaba la mano por mi pelo agarrando las gafas de sol, recolocándome la camiseta para estar algo más presentable. Rápidamente la llamada se cortó para dar paso a aquella videollamada. Suspiré nervioso peinándome un poco antes de aceptar. No pude evitar reírme al escucharlos pelear sobre dónde poner el teléfono, mostrándome el techo del salón. Había olvidado lo bien que se sentía sonreír después de no haberlo hecho en mucho tiempo.

Inhalé profundamente al volver a verla. Avemaría, si su belleza no era perfección, era lo que más se asemejaba. Su pelo ahora era una larga melena ondulada, con un castaño más oscuro y no tenía sus característicos rizos. Lucía mucho más delgada que la última vez que la vi y sus ojos, aunque se veían apagados, me seguían obligando a respirar profundo. Alcé

la mano saludándoles, observando sus caras, sobre todo la de ella. Casi pude respirar aliviado cuando la vi sonreír a la cámara acercándose para verme mejor.

—¿Qué tal esa primera impresión? —pregunté nervioso mojando mis labios.

—¿Dónde te dejaste a Wilson? —Isabella pregunto haciendo alusión a nuestra primera conversación en su jardín.

Inmediatamente ambos sonreímos cómplices tras recordarlo.

—Nos hemos dado un tiempo —respondí riéndome, acariciando aquella barba que cubría casi toda mi cara—. ¿Y tú Gus? ¿Por qué tan callado? —pregunté pasando mi mano entre mi barba. —Agustín negaba con la cabeza mientras cruzaba sus brazos sobre el pecho.

—Prefiero guardarme mis comentarios… porque ahora mismo solo hablaría desde el lugar de la envidia. —Isabella lo abrazó colocando su cabeza sobre su hombro—. Solo puedo decirte que, incluso así, con ese aire de Jesucristo Superstar cubano, me alegro de verte, marica…

—Jesucristo cubano… —repetí sus palabras riéndome—. Yo también me alegro de veros… No os imagináis lo que os he echado de menos

Sentencié clavando nuevamente mis ojos sobre ella, mirándola varios segundos antes de mirar a mi alrededor.

—¿Y cuándo vuelves? —Isabella preguntó inclinándose hacia delante para verme más de cerca. Quizás fuese idea mía pero sus ojos me observaban fijamente de arriba abajo como tratando de creer que realmente estaba al otro lado.

—Pronto, espero…

—¿Está la cosa muy mal por allí? —Isabella preguntó mirando a su hermano antes de mirarme de nuevo a mí.

—Estamos más restringidos que de normal… —respondí en voz baja—. Pero si algo estoy aprendiendo aquí es a ser paciente…

—Marica, qué jodido ha sido todo esto del covid… —Agustín dijo saliéndole su vena colombiana mientras los ojos de Isabella me miraban.

—No he podido ver mucho aquí… Supe que os encerraron.

—Ha sido horrible, Rubén… —Isabella añadió moviendo su cabeza lentamente—. Cientos de personas se morían cada día, era… escalofriante ver las calles vacías, los hospitales abarrotados… parecía ciencia ficción.

—¿Vosotros habéis estado bien? —pregunté mirándolos a ambos.

—Sí, por suerte sí —Agustín asintió alzando sus hombros—. Gracias a Dios nadie de la familia lo ha cogido.

—En ese aspecto hemos tenido suerte, sí… —Isa añadió tras suspirar.

—¿Y la convivencia? —pregunté viendo cómo sus cejas se alzaban—. ¿Cómo vivisteis el encierro?

—Por ahí escuché que te divorciaste —Agustín pinchó riéndose—. ¿Lo que Dios unió lo separó el covid o qué pasó?

Asentí riéndome no queriendo contarles mucho por ahí para no estropear el momento.

—Algo así, sí… ¿Y tú, Isa?

—Como cuándo encierras a un león en una jaula después de vivir durante años en libertad… Pues eso es lo más parecido a lo que ha tenido que pasar mi pobre hermana…. —dijo Agustín en tono de broma mientras Isabella sonreía tratando de ocultar el dolor que le causaba el tema.

—¿Y Violeta? —pregunté cambiando de tema.

—Ahora vuelvo a ser su tío favorito —Agustín dijo riéndose mientras se levantaba, dejándonos a ambos solos.

—Pregunta mucho por ti… —dijo con melancolía.

—¿Dónde está ahora?

—Con mis suegros —Isa dijo tras suspirar—. Se queda ahí el fin de semana…

—Bueno, así tienes algo de tiempo para ti… ¿Tienes pensado sacar otro disco? Este me lo sé de arriba abajo

Bromeé viendo hipnotizado su sonrisa al otro lado de la pantalla.

—Ay, Rubén… hace tanto que no trabajo… que me da miedo haber

olvidado cómo se hacía…

—Imposible —dije sin ocultar la sonrisa—. Tienes un don… El día que vuelvas, será como si nunca te hubieras ido

Ambos nos miramos en silencio. Sonriéndonos como siempre, casi como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotros. Sus ojos se desviaron al agachar su mirada al suelo antes de volver a mirarme.

—No te haces idea de lo mucho que te he echado de menos…

Isabella humedeció sus labios tras decir aquello, mirándonos ambos como si nuestro alrededor hubiera desaparecido. Antes de hacerle saber que era algo mutuo, Isabella aclaró su voz mirando a su izquierda.

—Entonces… ¿qué pasó con tu fin de semana romántico? —Agustín preguntó mientras se sentaba junto a su hermana con un café en las manos.

Sus ojos me miraron nerviosos antes de darle un sutil codazo a su hermano. Aquello fue la señal que necesité para recordarme de que Isa jamás me vería como la veía a ella. Sonreí viéndolos antes de levantarme de aquella arena, sacudiéndome con la mano que tenía libre los restos de arena de mi pantalón antes de ponerme en marcha.

—Pimpinela —exclamé bromeando, captando su atención—. Toca despedirme…

—¿Te vas? —Isa preguntó acercándose al teléfono—. ¿Tan pronto?

—Sí… el teléfono se me está quedando sin batería… Y no quiero que mi hermana se preocupe si no respondo… —Suspiré queriendo poder concentrarme en algo más que no fuese ella.

—Espero verte la próxima vez *afeitao* o sin esos pelos —Agustín se metió conmigo bromeando.

—Sí… Ya va tocando. —Acaricié de nuevo mi frondosa barba.

—Ni caso, te queda bien ese look desatendido —Isabella dijo sin dejar de mirarme.

Ambos nos miramos varios segundos dedicándonos varias sonrisas, algo que no pasó desapercibido para Agustín. Mientras nos despedíamos, notaba

los ojos de Isabella mirarme fijamente, coincidiendo cada vez que la miraba antes de finalizar la llamada. Qué hermosa estaba. Los años pareciera que no pasaban por ella. Respiré profundamente antes de abrir de nuevo la puerta de casa de mis padres. Al ver que mi hermana no estaba, aproveché aquella soledad que se había vuelto mi más fiel compañera para darme una larga ducha. Al colocarme bajo el agua, cerré los ojos para dejar que mi mente volviera a aquella videollamada. Saber de ella, verla, me hacía tanto bien. Me ponía de buen humor. Era como si me encendieran la estamina para seguir aguantando los embates de la vida. Enrollé la toalla alrededor de mi cintura tras salir de aquella ducha, colocándome frente a al espejo. Observé con atención cómo había perdido peso debido al boxeo. Ahora mi cuerpo lucía más definido. Atrás quedaron aquellos kilos provocados por el exceso de alcohol. Acaricié la barba enmarañada que cubría casi toda mi cara. No sé si volvería en algún momento a ser el que era, por eso dejé de mirarme en los espejos y de hacerme o salir en fotos, abandonando el mundo virtual y prácticamente el mundo real. Agarré mi teléfono para ver las últimas fotos que me habían echado mi hermana o mi cuñado en nuestras salidas en barco. Por primera vez después de mucho tiempo me gustaba verme sonreír en las fotos, rodeado de los que realmente me han sufrido en mis horas más bajas. Atrás quedaban los ecos de mi silencio entre aquellas paredes, regodeándome en mi miseria. Era el momento de pasar página, es lo que mis padres hubieran querido para mí. Ellos habían vivido ochenta y seis y ochenta nueve años de felicidad el uno del otro, lo mínimo que podía hacer para honrar sus vidas era dejar de tomar malas decisiones en nombre de aquel luto.

Viernes, 31 diciembre 2022.

Esa era la fecha que el abogado que llevaba mi divorcio me había comunicado que podía regresar de una vez a España. Aún me quedaban varios largos meses aquí encerrado. Eso me hacía barajar la idea de irme

con mi hermana a Miami para al menos no quedarme aquí solo cuando ella se fuera.

En uno de mis muchos paseos nocturnos tratando de luchar contra el insomnio, conocí a Tania. Ambos congeniamos desde primera hora e hizo mi cuenta atrás mucho más entretenida. En parte me recordaba algo a Isabella, por eso no podía aceptar tener con ella algo más que una amistad.

Tras aquella videollamada, Isabella y yo habíamos vuelto a mensajearnos casi todos los días. Cuando no era ella la que me compartía alguna foto con su hermano, en el estudio o surfeando con su pequeña, era yo quien le mandaba fotos navegando en el barco que mi padre me dejó en herencia o fotos del sol caer sobre el mar. Isabella alguna que otra vez me había contestado que se moría de ganas de desaparecer y estar allí observando una puesta sol conmigo. Aquellas contestaciones me dejaban fuera de juego. Me confundía. Sabía que hablaba desde su necesidad de pausar sus problemas, pero a mí me confundían tremendamente.

Ese fue uno de los motivos por los que una noche, tras ver que ella subía una foto junto a Marc a sus redes sociales, el despecho hizo que me dejara llevar con Tania, dejando que ese mismo sentimiento fuera quien correspondiera sus besos y sus caricias.

Y es que Isabella me hacía partícipe de sus problemas con Marc. Tenía un contador mental de todas las veces que me escribía sabiendo que al otro lado estaba rota. Me había convertido en su último mensaje al acostarse y su primer mensaje al despertar.

Agustín, una de las muchas veces que me llamaba, me comentó que a Marc lo empezaban a relacionar en varios medios de comunicación con una muchacha doce años menor que él. El patrón se repetía, lo que provocó un enorme cambio físico en Isabella. Se la veía con la cara más demacrada en sus últimas fotos. Su cabello ahora lucía más oscuro y enmarañado haciendo sus hermosas facciones más fuertes. Por eso Tania era un soplo de aire fresco a mi vida. Su ilusión de vivir, su sonrisa y su positividad eran lo que más me llamaba la atención de ella. Además, había conseguido ganarse a mi hermana, eso era un enorme punto extra.

A diferencia de lo que Agustín creía que tenía con Tania, ella había conseguido que me reconciliara de nuevo con el deporte tras utilizarlo como válvula para escapar de los problemas, aceptando que había problemas o personas que siempre me afectarían. Solo tenía que aprender a vivir en paz con aquellas situaciones.

Mi ansiedad por volver después de tanto tiempo iba en aumento cuando por fin vi aquellas ruedas despegar. Durante aquellas largas nueve horas de vuelo tuve tiempo de pensar en cómo había cambiado mi vida, haciendo examen de conciencia a escasas horas de abandonar aquel 2022 para entrar en otro año más.

Me daba miedo volver a ponerme delante de un paciente, sentía que me había oxidado. El hospital había estado cubriendo mi baja sin siquiera presionarme todos estos años que había estado fuera y eso era un consuelo, saber que mi puesto de trabajo estaba ahí esperándome, al igual que Tania, que me esperaba en Madrid tras viajar unos días antes para celebrar la navidad con su familia. La noche de antes de que ella viajara, la acompañé de la mano hasta la puerta queriendo alejarnos ambos de los ojos cotillas de mi hermana, fundiéndonos en un beso al quedarnos solos antes de prometerme que iría a recogerme al aeropuerto para celebrar fin de año juntos.

Y como me llevaba pasando toda mi vida, cada que el tierno recuerdo de alguna mujer o la esperanza de un nuevo comienzo rondaba mi mente, Isabella aparecía recordándome que siempre sería ella. Suspiré al ver a Isabella en una de las páginas de una revista de chismes que ojeaba la mujer que iba a mi lado. No era capaz de apartar los ojos de aquel cabello rizado oscuro y mojado sobre una tabla de surf leyendo aquel titular:

Isabella reaparece luciendo cuerpazo en sus vacaciones, esta vez sin Marc. ¿Nueva crisis?

Mis ojos trataban de leer de reojo con disimulo algo de aquel artículo,

donde alababan su cuerpo con cuarenta y cinco años. No pude evitar sonreír al volver a ver aquella foto subida sobre la tabla de surf. Volví a recostarme en aquel incómodo sillón del avión al ver la señal encendida para que volviéramos a abrocharnos los cinturones recorriendo los últimos minutos antes de aterrizar por fin en Madrid. El corazón me latía con más intensidad a medida que aquellas ruedas golpeaban el asfalto para empezar a frenar, observando cómo todos los que estaban en aquel avión desabrochaban sus cinturones para poder ser los primeros en salir nada más abrir aquellas puertas.

—Gracias por volar con nosotros, feliz año.

Las azafatas que te esperaban en la puerta se despedían uno por uno de todos los que íbamos saliendo. Coloqué de nuevo la gorra sobre mi cabeza antes de levantarme, agarrando mi maleta de mano del compartimento de arriba. Al bajar aquellas escaleras, el frío aire de diciembre me daba la bienvenida obligándome a ponerme la chaqueta para no helarme. Paseé por aquellos enormes pasillos observando cómo la gente corría en busca de sus familias que estaban deseosas de recibirlos al otro lado de aquella enorme puerta que a mí me tocaba cruzar en solitario. Mientras esperaba a que saliera mi maleta de aquella cinta circular, desbloqueé mi teléfono para comprobar la hora. Aún quedaban algo más de cuatro horas para terminar aquel 2022.

Dos mensajes aparecieron en mi pantalla de notificaciones.

Isabella y Tania.

Mi subconsciente eligió por mí, abriendo el mensaje que Isabella me había mandado antes de devolver la llamada a Tania.

Tengo fe en que este año que entra será la recompensa de todo lo que los años anteriores te han quitado.

Gracias por estar siempre, incluso a miles de kilómetros,

Le estaré eternamente agradecida a la vida por ponerte en mi camino.

Feliz 2023, Rubén, ojalá podamos vernos pronto para darte un gran

abrazo, amigo.

Aquellas palabras me sacaron una breve sonrisa antes de devolver la llamada a la mujer que me hacía olvidarme poco a poco de esta obsesión que había estado acarreando durante años. Busqué su nombre entre mis contactos favoritos del teléfono mientras alzaba la mirada hacia aquella cinta que no paraba de dar vueltas dejándome ver mi enorme maleta al fondo. Cuando tuve la maleta a mi alcance, la agarré para abandonar aquel aeropuerto repleto de gente deseosa de volver a sus casas para terminar el año con sus seres queridos. Al cruzar la puerta de salida de aquella terminal, vi salir a Tania de mi queridísimo Mercedes para venir a recibirme con la más amplia de las sonrisas, siempre con su brillo que embriagaba a cualquiera. Me recibió con un enorme abrazo como si lleváramos más de un mes sin vernos. Al terminar aquel abrazo, agarré su cara entre mis manos, para demostrarle con un beso espontáneo en los labios lo mucho que la había echado de menos, sin saber que aquel romántico e impulsivo gesto lo estaban presenciando otros ojos que no lo observaban con el mismo entusiasmo que algunas de las personas que pasaban detrás de nosotros. Al terminar de besarla, me quitó la gorra de mi cabeza para ponerla sobre la suya, dejando su pelo largo y ondulado tras sus hombros. Su boca sonriente volvió a besarme, aferrándose a mi cintura.

—¿Nos vamos? —le pregunté mientras entrelazaba una de sus manos entre mis dedos.

—Vamos —respondió con una amplia sonrisa entre sus labios antes de tirar de mi mano para irnos. Al arrancar, cerré brevemente los ojos esbozando una leve sonrisa al escuchar aquel motor rugir. Tania se echó a reír mientras abría de nuevo los ojos mirando a mi alrededor, divertido. Cuando miré a mi alrededor para comprobar que tenía vía libre para salir, observé una furgoneta Volkswagen California marrón y blanca aparcada en la zona de taxis. Aquella furgoneta me sonaba de algo, en algún sitio la había visto. La furgoneta salió a toda velocidad al darse cuenta de que la miraba mientras la voz de Tania me avisaba de que nos dejaban salir,

captando de nuevo mi atención para salir de aquel aparcamiento rumbo a mi querido piso. Nada más llegar, Tania abrió la puerta entregándome las llaves, provocando al entrar un grito unísono de todos los que estaban allí dándome la bienvenida. Saludé uno a uno a los presentes a la vez que mis ojos buscaban inconscientemente a una persona en especial, a sabiendas de que tenerla allí era imposible ya que ni Tania ni nadie sabía de mi amistad con ella.

La noche transcurrió entre risas y alcohol. Era raro estar sobrio entre tanta gente ebria celebrando la entrada de aquel nuevo año. Este año, a diferencia a los que había pasado encerrado en Cuba, le di la bienvenida besando los labios de Tania antes de felicitar el año a los demás. No recuerdo en qué momento de la noche terminé bailando uno de mis grupos cubanos favorito descalzo y con el pelo semirrecogido en un moño que me había hecho para la cena, acompañado de Tania que trataba de seguirme el compás. Aquel momento quedó registrado en redes sociales para felicitar el año nuevo, momento que aproveché para comprobar la notificación que me había llegado avisándome de que Isabella había publicado una nueva foto. Deslicé un poco hacia abajo la notificación antes de discúlpame para dirigirme hacia la cocina, dejando caer el peso de mi tronco superior sobre la barra para observar la foto con detalle. En la foto se podía ver cómo Isabella aparecía tras Marc besándole en los labios sin dejar de mirar a la cámara, callando así los rumores de ruptura que llevaban meses acechándoles. Inmediatamente arrugué los labios, apretando la mandíbula molesto. Reabrí su mensaje felicitándome el año para responderle bajo los efectos de la sensación que aquellas dos fotos habían provocado en mí.

Feliz 2023, querida amiga,
te deseo de todo corazón que este año te dé la fortaleza que necesitas para afrontar todo aquello que te quita luz y te des cuenta de lo excepcional que eres.
Yo también espero y deseo ese abrazo, feliz noche.

Pulsé el botón de enviar comprobando cómo automáticamente de llegarle, su estado cambio a *online* leyendo mi mensaje de inmediato. Para mi sorpresa, no hubo respuesta. Solo se conectó y se desconectó varias veces mientras sentía cómo mi mente disociaba, viajando hasta lo que estaría pasando por su mente. Decidí tomarme aquella última conexión como una señal para apartarme de las tecnologías, guardando de nuevo aquel teléfono dentro de mi bolsillo. Los que quedaban en mi salón seguían bailando cualquier género que sonara en forma aleatoria. Tania me dedico una sonrisa alzando lo que quedaba de su copa antes de darle el último sorbo con los primeros acordes de la canción que catapultó a Isabella a la fama sonando de fondo.

Otra cruel ironía de la vida. Tener que observar allí apoyado en aquella barra de la cocina cómo la gente bailaba aquellos acordes con ritmos latinos autóctonos suyos que me transportaban a aquel video que había memorizado con lujo de detalles. Detalles que hasta Tania trataba de imitar desde la admiración y el respeto. Al verme mirándola, agarró su copa vacía antes de dirigirse hacia mí, obligándome a respirar hondo para no dejar que viera la absurda rabia que recorría mi cuerpo.

—¿Por qué tan solito? —Los brazos de Tania rodearon mi cintura desde atrás, colocando su cabeza sobre mi hombro.

—Yo me veo bien acompañado —respondí sonriendo mientras me giraba para ponerme frente a ella.

—¿Qué te han parecido mis amigos? —preguntó colocando de forma juguetona sus brazos alrededor de mi cuello.

Sonreí mirando a nuestro alrededor rápidamente antes de volver a mirarla.

—Parecen buena gente —respondí acariciando la barbilla de Tania con mi dedo índice—. ¿Y tú? ¿cómo te lo estas pasando?

—Mañana seguro que me arrepentiré de todo lo que me estoy bebiendo hoy, pero… —dijo divertida acercándose a mis labios—. Estar con semejante tío buenorro, merece la pena.

—¿Dónde? —pregunté divertido mirando a todos lados, simulando que buscaba a alguien.

—Pues tú, quién más —respondió entre risas antes de besar mis labios con un beso lento. Justo cuando aquel beso estaba empezando a ponerse interesante, ambos notamos mi teléfono vibrando dentro de uno de mis bolsillos.

—¿Rubén? ¿Eso es que te alegras de tenerme tan cerca?

—Eso es la llamada de la inoportunidad —dije volviendo a besar aquellos labios antes de sacar aquel maldito teléfono.

Tania se separó para llenar su copa, dándome espacio para comprobar de quién se trataba.

—¿Vienes o te espero? —preguntó agarrando otra botella de vino entre sus manos. Lamí mis labios al ver el nombre de Isabella parpadeando en mi pantalla—. ¿Rubén? —Tania volvió a preguntarme. Asentí disculpándome antes de contestar.

—Perdona… Es importante, ve adelantándote… —respondí con una breve sonrisa.

Tania asintió besando mis labios antes de salir de aquella cocina. Miré a mi alrededor para comprobar que estaban todos lo bastante ocupados o borrachos antes de salir de aquella cocina para contestar y evitar interrupciones.

—Hola —respondí tapando mi otro oído con el dedo índice para escuchar mejor.

—¡Feliz año! —La voz de Agustín desde el número de Isabella me sorprendió.

—Feliz año. —Me senté en el borde de mi cama—. Ya acabaste con el minibar, ¿verdad? —dije burlándome.

—Casi… Aquí andamos preguntándonos cuándo vas a venir a tomarte la primera del año y celebrar que volviste.

Alcé la mirada hacia la puerta escuchando de fondo la música de la sala donde se encontraba Tania.

—¿Y cómo es que me hablas desde el teléfono de tu hermana? —pregunté inhalando lentamente.

—No sé dónde dejé el mío… Es que llevo toda la noche esperando que mi hermana saque el licor bueno… Y dice que hasta que no vengas no lo me dejará acercarme…

—Por eso me has llamado, ¿no? Como excusa para beberte el licor caro de tu hermana —dije divertido escuchando lo poco que me permitía la música, las carcajadas de Agustín.

—Cómo me conoces… ¿entonces qué?

—No puedo, me han organizado una fiesta en mi casa y esta gente parece que no tiene pinta de querer irse… —respondí acariciando de nuevo mi labio inferior con la lengua antes de coger aire.

—Es una pena… Teníamos muchas ganas de verte.

—Yo también a vosotros… —respondí casi en forma de susurro, imaginando a Isabella junto a Agustín en aquella enorme cocina blanca—. Prometo escribir mañana para veros, si no tenéis mucha resaca…

—Bueno… Hablamos, ¿vale? —Su tono cambió como si alguien le cortara.

—Dale… Pasadlo bien.

—Igual, Lalo… —Hizo una pausa antes de despedirse—. Avísanos si te apetece mañana venir a comer.

—Lo haré… —respondí tratando de aguantar las ganas de preguntar por ella—. Feliz año, dale un beso a tu hermana de mi parte…

Al colgar me quedé varios segundos mirando el teléfono antes de alzar la mirada a la sala. Suspiré al ver que realmente estaba barajando la idea de ir allí para quitarme estas inmensas ganas de verla después de más de cuatro años sin poder tenerla de frente, sin poder olerla, abrazarla…

Capítulo 4

Viernes, 31 de diciembre de 2022

Aquella mañana mi casa amaneció llena de gente organizando los preparativos para la fiesta que se iba a celebrar en la noche con mi familia y los pocos amigos que tenía aquí en Madrid. Sería la primera vez que pasaría fin de año extraoficialmente separada. Después de las que fueron nuestras últimas vacaciones, decidí, tras una horrible discusión, que lo mejor era hacer vidas separadas, pero sin llamar la atención para evitar la presión de la prensa. Sobre todo, por el bienestar de Violeta. Por Violeta incluso había estado dispuesta a olvidar sus deslices si aceptaba ir terapia juntos para intentar arreglarlo. Pero los continuos de rumores de una aventura de Marc con una chica doce años más joven que trabajaba para él, decidí hacerle caso al consejo que me dio Rubén de contratar un detective privado para salir de dudas sobre lo que hacía y estar preparada para lo que pudiera pasar. Aquella horrible confirmación no tardó mucho, volviendo mi vida un horrible infierno. Tras entregarme fotos de ambos paseando y entrando al que era su piso de soltero, decidí echarlo de casa a pesar de sus constantes súplicas para que lo perdonara, prometiéndome que la dejaría por mí. El único motivo por el que no había sacado a la luz el comportamiento deplorable de mi todavía marido era por mi hija. No quería que siguiera creciendo, escuchando y viendo a sus padres discutiendo sin cesar. Por eso decidimos seguir manteniendo las apariencias desde la distancia, pero no estaba dispuesta a tolerar ni una falta de respeto más.

Al salir de mi habitación, bajé las escaleras para encontrarme con mi ángel de la guarda, mi hermano Agustín, que me esperaba para ir a ver la primera de las varias casas que teníamos citadas para ver cuál se acomodaba a las necesidades de mi papá para barajar si traerlo o no. Salimos en mi furgoneta Volkswagen California marrón y blanca que había comprado a primeros de año para poder viajar más cómoda cuando quería

hacer mis escapadas al mar. Nada más abrirse la puerta del garaje, los flashes comenzaron a deslumbrarnos. Los periodistas seguían día tras día expectantes, después de las imágenes que fueron virales de Marc llamando al timbre de la casa después de salir con maletas. Coloqué mis gafas oscuras sobre mis ojos mientras pasábamos a su lado hasta dejarlos atrás bajo las palabras de indignación de mi hermano por la falta de empatía de no dejarnos ni respirar. Me sentía como si fuera un rehén en mi propia casa, asediada por periodistas. Después de estar toda la mañana viendo casas, nos decantamos por una que, a pesar de que su precio era elevado, estaba justamente en la calle de al lado de la mía y se comunicaba por la parte de atrás. Era perfecta para poder salir por atrás sin periodistas que estuvieran observándome.

—¿Qué vas a hacer? —Agustín preguntó tras montarnos de nuevo en la furgoneta.

—Creo que esa es la mejor opción… Está cerca, no necesita mucha reforma para acomodarlos…

—Sí, pero el precio… —dijo rodando sus ojos.

—Es un poco elevado, sí… —le di la razón mirando de nuevo a través de la ventana—. Pero esta frente a mi casa

—Déjame que le cuente a Patricia y la compramos entre los tres —dijo mirándome.

Negué buscando su brazo para agarrarlo con cariño. Sabía que lo decía de corazón y lo decía sobre todo preocupado por mí.

—Estamos todos aquí por mi culpa…

—Eso no es verdad —negó buscándome con la mirada.

—Fue culpa mía enamorarme perdidamente de Marc, por eso estamos tú, tu familia y yo aquí… Así que déjame que me encargue.

—Pero Dafina también vivirá aquí —dijo observándome. Alcé los hombros quitándole importancia.

—Es la mujer de mi papá… Y tu mamá, al igual que la de Patricia. —Busqué sus manos para agarrarlas con cariño—. Se ha ganado mi cariño

desde el primer día que apareció en nuestras vidas. Así que déjame que me haga cargo para dejarla lo más cómoda para ellos.

—Ojalá la gente viera lo maravillosa que eres. —Su voz sonaba seria.

Tras soltar todo el aire de mis pulmones, apreté sus manos antes de pedirle que nos pusiéramos en marcha para terminar de averiguar las cosas para esta noche. Durante el parón que hicimos para comer, Agustín comentó que Rubén le había avisado de que su avión aterrizaba en la noche. Me hice la sorprendida al escucharle repitiendo las mismas palabras que me había mandado a mí.

No quería que supiera que ambos habíamos estado escribiéndonos desde que hablamos los tres en aquella videollamada. No sabía qué era lo que me pasaba con él, pero me había acostumbrado a su presencia en mi vida. Y eso era algo que me descolocaba por completo, el no saber por qué esperaba con tanta ilusión cada mensaje. Ambos llevábamos todo este tiempo comportándonos como si fuéramos novios sin serlo. Contándonos qué hacíamos, mandándonos fotos de cada cosa que nos recordaba el uno al otro.

Traté de borrar aquellos pensamientos de mi cabeza para centrarme en organizar mi tarde para aprovecharla con mi pequeña Violeta antes de que su padre viniera a llevársela para pasar fin de año y el fin de semana con él y sus abuelos. Por eso, antes de que nos sentáramos a cenar, un fuerte impulso tras mirar varias veces el reloj me hizo disculparme para salir de aquella casa, siendo mi hermana Patricia mi única cómplice. Sabía que con ella no necesitaba muchas explicaciones, así que antes de arrancar el motor de mi furgoneta le escribí un mensaje a Rubén para felicitarle el año, deseando que fuese su primer mensaje al aterrizar en Madrid de nuevo bajo el mismo cielo.

Tengo fe en que este año que entra será la recompensa de todo lo que los años anteriores te han quitado.

Gracias por estar siempre, incluso a miles de kilómetros.

Le estaré eternamente agradecida a la vida por ponerte en mi camino.

Feliz 2023, Rubén, ojalá podamos vernos pronto para darte un gran abrazo, amigo.

Tras enviarle aquel mensaje, retoqué mi maquillaje antes de salir dirección al aeropuerto para terminar el año con mi amigo, al que tanto había echado de menos. No podía ocultar la sonrisa al salirme por el desvío que daba a la terminal donde él aterrizaría. Cuando llegué a la puerta por la que saldría, apagué el motor, sintiendo cómo el corazón iba a salirse de mi pecho. Volví a mirarme en el espejo del retrovisor para comprobar que estaba presentable para verlo después de cuatro años sin vernos. Al girar la cabeza para mirar hacia la puerta, un Mercedes parecido al que tenía Rubén aparcó dejando las cuatro intermitencias encendidas frente a la puerta. Me incliné sobre el volante para comprobar si era o no el coche de Rubén disipando mis dudas al ver a una mujer salir del coche mientras hablaba por teléfono. Suspiré nerviosa al ver los primeros pasajeros salir por aquellas puertas. Tras acomodar mi pelo, mi corazón se volvió taquicárdico al ver a Rubén atravesar la puerta con una gorra puesta. Volví a recordar lo mucho que me trastornaba su presencia. Tragué saliva sin poder contener la sonrisa al verlo mientras mis dedos buscaban el tirador para abrir la puerta del coche. Mis manos se quedaron paralizadas al ver a una mujer abrazarse a mi amigo con aquella confianza, para después ser él quien la recibiera con un apasionado beso. De pronto es como si todo hubiera vuelto a detenerse. Sentí un incesante zumbido en los oídos parecido al que me dio la primera vez que vi una fotografía de Marc con aquella chica. Aparté la mirada soltando un doloroso suspiro mientras mis manos temblorosas se aferraban a aquel volante de cuero. No escuchaba nada más que el corazón bombear con fuerza mientras luchaba por no girar de nuevo para ver cómo mi amigo seguía comiéndose a besos a aquella chica mientras yo solo lo había tenido así en breves fantasías. Necesitaba salir de ahí a toda prisa. Metí el morro de mi furgoneta sin mirar siquiera si venía nadie más. Solo escuché el claxon de los coches mientras huía de allí antes de que alguien pudiera

verme hacer el ridículo. Parecía que eso era lo único que sabía hacer últimamente.

No recuerdo el camino de vuelta, solo deseaba llegar antes de que se dieran cuenta de la tontería que había hecho. Al llegar, aparqué al fondo antes de entrar de nuevo para hacer acto de presencia recomponiéndome frente al espejo para que nadie se diera cuenta de que había venido todo el camino llorando sin saber bien cuál era el motivo. Los ojos de Patricia mientras organizaban los platos de la comida me confirmaron que todo estaba bajo control. Así que aproveché para ir en busca de mi pequeña para reconfortar mi alma y mi corazón con sus abrazos. Aquella noche, sentada junto a mi hija, acompañada de mis hermanos, primos, sobrinos y amigos, la decepción también ocupaba un lugar a mi lado. No paraba de imaginar a Marc con la chica que salía en las fotos que el detective me había hecho llegar y a Rubén comerse a besos a aquella otra mujer.

Tras terminar la tradición de comer aquellas doce uvas, todos nos felicitamos uno por uno. A la media hora de comenzar el 2023, el timbre sonó, volviéndome el centro de todas las miradas al imaginar que sería Marc quien tocara para llevarse a Violeta.

—Ahora vengo —dije disculpándome mientras dejaba mi copa sobre la mesa.

—Ten cuidado —la voz siempre protectora de Agustín tras de mí.

—Sí tranquilo… Violeta, mi amor. —Me acerqué a su lado apoyando mi rostro en su hombro—. Papá acaba de llegar, recoge tus cosas

De inmediato asintió con la cabeza antes de levantarse de su sitio para despedirse antes de ir su cuarto a por las cosas. Volví a disculparme con todos antes de dirigirme hacia la puerta. Al abrir la puerta, los ojos de Marc se abrieron de par en par. Su cuello estaba cubierto por un jersey negro que resaltaba aún más el azul de sus ojos. Lucía diferente sin barba, me recordaba a cuando nos conocimos. No podía negar que todavía me dolía el alma y el corazón verlo. Mirarlo era como abrir de par en par el agujero que sentía en el pecho. Ese dolor físico y mental aún me perturbaba cada vez que veía sus ojos, sus manos o escuchaba su voz…

—Feliz año —su voz nerviosa me felicitó sin saber ambos cómo saludarnos.

—Igual… Violeta está terminando de recoger sus cosas —respondí haciéndome a un lado.

—Prefiero esperarla aquí —dijo de forma contundente.

—Como quieras… —dije mirando hacia atrás en busca de Violeta viendo cómo me consumían las palabras que me quedaban por decirle.

—Por cierto… Esta mañana me ha escrito tu equipo. —Sus cejas se alzaron irónicamente—. Dice que no se nos olvide subir algo juntos para felicitar las fiestas…

—¿Ha sido idea de mi equipo o tuya? —pregunté cruzando mis brazos.

—Si hubiera sido por mí estaríamos juntos, como una familia celebrando las fiestas… No estaría mi casa llena de parásitos que viven a tu costa —dijo casi con prepotencia sacando su móvil para hacernos una foto.

—Por ti es que estamos así… —respondí desviando la mirada para no mirar más aquellos ojos que aún me dolían, apretando mis brazos cruzados entre sí—. Así que olvídalo… Ya buscaré alguna foto por ahí.

—Estupendo… —respondió guardando sus manos junto con el teléfono dentro de los bolsillos. El silencio se hizo entre nosotros el tiempo justo hasta que apareció Patricia tras de mí de la mano de Violeta, acompañándola para irse con su padre. Las dos nos fundimos en un abrazo que amenazaba con romperme en mil pedazos en cuanto la viera irse de la mano de Marc cruzando la enorme puerta metálica que separaba mi casa de la calle. Al volver dentro, Patri me dio mi copa para ahogar aquel mal trago con vino. Respiré profundamente antes de vaciar la copa de un sorbo notando las lágrimas recorrer mis mejillas. Estaba siendo una noche difícil. Sentada en el jardín viéndolos a todos bailar a ritmo de bachata y ballenato mientras mi mente revivía la imagen de mi pequeña cruzando la puerta, junto con el beso que Rubén le daba a aquella chica. Me había pillado tan desprevenida aquel beso que ni oportunidad le estaba dando a mi maltratado corazón de hacerse más daño pensando en Marc. A lo lejos observé a mi

hermano, haciéndome gestos para que lo acompañara a la sala mientras hablaba por teléfono. Ni cuenta me di hasta que vi de cerca su oreja que hablaba desde mi teléfono.

—¿Con quién hablas? —pregunté en voz baja sentándome en el sofá.

—Es Rubén. —Sus labios deletrearon su nombre a la perfección—. Casi… Aquí andamos preguntándonos cuándo vas a venir a tomarte la primera del año y celebrar que volviste. —Crucé mis brazos imaginando la respuesta de Rubén, quien posiblemente estaría festejando el fin de año con su nueva conquista.

—No sé dónde dejé el mío… Es que llevo toda la noche esperando que mi hermana saque el licor bueno… Y dice que hasta que no vengas no me dejará acercarme…

Sonrió alzando sus cejas divertido mientras mis manos se pellizcaban ansiosas.

—Cómo me conoces… ¿Entonces qué? —Hizo una pausa para mirarme escuchando desilusionado—. Es una pena… Teníamos muchas ganas de verte.

Levanté la mirada hacia Agustín pidiéndole que me devolviera el teléfono. Otra vez volvió a recorrer mi cuerpo aquella rabia. Se suponía que éramos amigos. Le había estado abriendo mi corazón sobre todo lo que me había pasado con Marc y él ni siquiera fue capaz de contarme que estaba conociendo a alguien. Estaba molesta. Y me enfurecía mucho más no saber por qué me molestaba tanto.

—Cuelga… —susurré pidiéndole de nuevo el teléfono levantándome del sofá.

—Bueno…. Hablamos, ¿vale? —Hizo una pausa para reírse antes de despedirse—. Igual, Lalo… Avísanos si te apetece mañana venir a comer.

Al colgar Agustín me miró extrañado por mi comportamiento. Al tener el teléfono entre mis manos comprobé que me había respondido al mensaje que le dejé felicitándole el año. Respiré profundamente soltando el teléfono bocabajo para no ver más la pantalla.

—¿Va todo bien? —preguntó sentándose a mi lado.

—No deberías haberlo molestado… —dije saliendo de su conversación.

—¿Molestarlo?

—Sí, no sabes si esta con sus amigos… O con su novia.

—Está en su casa —respondió rápidamente—. Al parecer le han organizado una fiesta, por eso no puede venir… Le he dicho que nos avise si quiere comer mañana.

—Bien —respondí saliendo del salón.

Salí en busca de un baile o una charla que calmara las voces que martilleaban mi cabeza. Por la forma en la que me miraba mi hermano sabía que no dejaría pasar aquel tema. Pero aquella noche lo último que necesitaba era escuchar más reproches o consejos fáciles al vivirlo desde fuera.

Pasada la una de la mañana mientras conversaba con mi sobrina Irene, vi a mi hermano salir a toda prisa del jardín con una enorme sonrisa. No le eché demasiadas cuentas ya que en reuniones así, siempre solía beber más de lo que debía. Justo por eso había pedido que arreglaran las habitaciones de invitados. Mientras Irene me hablaba llena de pasión del último lienzo que estaba pintando, sus ojos se desviaron al acomodar su cabello, mirando de forma coqueta algo que llamó su atención.

—¿Quién es el guapote que está con mi papá? —Irene preguntó levantándose del sillón donde nos encontrábamos sentadas.

—Es… ¿Rubén? —Su nombre salió casi en forma de suspiro.

—Menudo bombón.

Irene me dedicó una amplia sonrisa llena de picardía antes de acercarse donde se encontraba su padre para que le presentara a aquel «guapote» del que se había quedado maravillada. Y no era para menos, Cuba le había sentado bien. Lucía algo más delgado, dejando que aquella camisa negra no dejara nada para la imaginación, al quedarle casi pintada. Verlo de nuevo encendió algo en mí distinto a las otras veces. Mis ojos recorrieron desde la distancia su casi metro noventa. Su media melena estaba recogida en un

moño bajo que casi se cubría con el cuello de su chaqueta vaquera. No pude evitar sonreír llena de alegría y melancolía al volver a tenerlo aquí después de tanto tiempo, saludando a mi familia. Me fui quedando atrás mientras mi familia y amigos se acercaban para que Agustín los presentara uno a uno. Posiblemente la fiesta en su casa se habría terminado o se le había torcido su plan con aquella chica a la que besaba con tanta pasión en el aeropuerto. Fuera lo que fuese, estaba aquí en mi casa, casi cinco años después de aquel último abrazo, despertando en mí un interés totalmente diferente. Sus ojos miraban a su alrededor mientras saludaba. Quería pensar que estaría buscándome, pero no sabía cómo saludarlo ni qué decirle después de los sueños que había tenido con él y mucho menos ahora que sabía que tenía novia. Así que decidí evitarlo escondiéndome en mi propia casa.

Al cabo de un rato, cuando la gente empezaba a estar ebria y el interés por Rubén había menguado algo, a excepción de mi sobrina, vi a Rubén entrar a la cocina. Una parte de mí dudó en si debía ir, pero el deseo de volver a verlo hizo que mis pies se pusieran en marcha. Sabía que lo estaba castigando por algo que ni siquiera yo misma sabía el motivo. Al acercarme a la cocina, me asomé discretamente para contemplarlo. Su cuerpo estaba apoyado sobre la barra mientras frotaba sus ojos con sus manos tras comprobar su teléfono. No pude evitar esbozar una sonrisa al volver a tenerlo tan cerca. Mojé mis labios respirando profundamente antes de decidir dejarme ver.

—¿De quién te escondes? —pregunté entrando a la cocina disfrutando de su tierna reacción al verme.

Sus ojos se iluminaron al verme agachando su rostro mientras se reía negando con la cabeza.

—Por un momento he pensado que tú estabas haciendo justo lo mismo… —respondió con una sonrisa en sus labios incorporándose al verme acercarme.

—¿Yo? —pregunté haciéndome la loca mientras cruzaba mis brazos colocándome a su lado. Alcé mis hombros de forma despreocupada—. No quise interrumpir… Se te veía entretenido con mi sobrina.

El sonido de su risa recorrió mi cuerpo sacudiéndolo de arriba abajo. Su cuerpo se colocó a mi lado, imitándome al cruzar sus brazos mientras nos mirábamos. Ambos nos quedamos varios segundos mirándonos, asegurándonos de que realmente estuviera pasando aquel momento. Rubén inhaló lentamente antes de sonreír, provocando en mí unas irremediables ganas de abrazarlo. Me moría de ganas de tocarlo.

—No me puedo creer que esté aquí… —Su voz rompió aquel silencio, dedicándome una profunda mirada—. Y poder volver a escucharte…

—Ni se te ocurra irte más… —le pedí en voz baja evitando su mirada.

—Te lo prometo.

Ambos nos quedamos mirándonos en silencio, sonrientes. Humedecí mis labios mientras golpeaba con mi codo su brazo.

—Todavía guardo la botella de tu madre… —respondí cambiándole de tema nerviosa, devolviéndole la mirada—. Si quieres luego te la devuelvo antes de que te marches.

—No por favor, quédatela —dijo con una sonrisa melancólica—. Mi mamá te admiraba muchísimo, le encantaba tu música… Estoy seguro de que le haría ilusión saber que tú la tienes.

Ambos volvimos a mirarnos profundamente, rompiendo aquellas miradas al sonreír cómplices. Al volver a ver esos ojos verdes, recordé lo mucho que los había extrañado cada vez que los veía sin vida en fotos. Su rostro ahora lucía una leve barba de varios días que no le sentaba nada mal, aunque qué le quedaba mal a este hombre. Respiré profundamente al ver a Rubén descruzar sus brazos para colocar uno de ellos sobre mis hombros antes de atraerme hacia él y abrazarnos nuevamente después de tanto tiempo. Mis manos se enredaron en su cuello sintiendo cómo sus dedos acariciaban mi espalda sin soltarme entre aquellos fuertes brazos. Aquel abrazo despertó sentimientos contradictorios en mí.

Sus manos abrazándome y el olor de su perfume provocaba en mí un nerviosismo que no había sentido antes con él, o al menos no con tanta intensidad como ahora. Pero también me sentía en paz entre sus brazos, era

como si fueran el refugio que tanto había necesitado estos años. Involuntariamente me acurruqué contra su cuerpo, quería quitarme las ganas de todas las veces que había necesitado uno de sus abrazos estos años.

—Te echado de menos —dijo suspirando antes de besar mi mejilla al separarnos.

—Yo también a ti… —dije en voz baja.

Mis ojos miraron nerviosos cómo su boca volvía a sonreírme antes de sentir sus dedos acariciar mi mejilla, en aquella breve caricia.

—¿Cómo lo llevas? —respondí aclarando la garganta mientras me distanciaba sutilmente.

—A ratos —dijo pasando sus dedos sobre aquel cabello más largo recogido—. Son flashes de recuerdos que vienen y van… ¿Y tú?

—¿Yo? —suspiré acomodándome el cabello antes de volver mirarlo—. ¿Por dónde empiezo? —Ambos sonreímos a la vez que Rubén separaba uno de los banquitos para que me sentara. Apreté mis labios sentándome a la misma vez que él.

Era como si nos hubiéramos visto el día de antes. Nos tiramos un largo rato hablando de todo lo que nos había pasado, incluso volvimos a hablar de cosas que nos habíamos contado por mensaje. Hablamos de tantas cosas que se nos fue la noción del tiempo. Era como si el tiempo se hubiera detenido en aquella cocina mientras nos poníamos al día. Hacía tanto que nadie me escuchaba así, con ese respeto, con paciencia, sabiendo cuándo necesitaba un breve apretón de manos o una sutil caricia en la espalda. Mi hermano volvió a reanudar aquel tiempo, sacándonos de aquel momento para avisarme de que tenía que salir a despedirme de los que querían irse. Rubén se levantó de aquel taburete a la misma vez para despedirse también.

—¿Ya te vas también? —pregunté dándole un breve golpe a la barriga de mi hermano en forma de broma al ponerme a su lado.

—Sí, son… —Giró su muñeca izquierda para ver aquel reloj que ahora adornaba su brazo—. ¡¿Las cinco?!… Casi me toca invitaros a desayunar

—dijo divertido colocando sus manos dentro de los bolsillos.

—Bueno, me despido de los demás y regreso, espérame aquí, ¿vale? —Volví a mirar a mi hermano antes de irme—. ¿Tú te vas o te quedas?

—Me quedo… —asintió colocando una de sus manos sobre su barriga.

—¿Los tres? —pregunté de nuevo.

—Eh… Cuatro… —dijo acariciando su barriga burlándose.

Miré a Rubén riéndome antes de pedirle que me diera unos minutos para despedir al resto de amigos. Tras acompañar a los que se iban por la puerta trasera, llevé a Irene y a mi cuñada María a las habitaciones de invitados. Al volver a la cocina la encontré repleta de copas, pero desierta. Por un momento, un pellizco se cogió en mi estómago al pensar que se había marchado sin despedirse. Al salir al jardín para buscarlos, los encontré charlando ambos tumbados en una tumbona. Ver a mi hermano reírse así me hinchaba el corazón. Hacía tanto tiempo que no lo veía así de feliz. Me sentía culpable de que no lo hiciera más a menudo. Lo había cargado con todos mis problemas. Había sido mi pañuelo de lágrimas y mi saco de boxeo. Al acercarme a ellos, Gus se levantó para despedirse nuevamente de Rubén antes de besar mi frente para irse. El brazo de Rubén se colocó sobre mis hombros tras frotar con cariño mis brazos para que no me enfriara mientras nos dirigíamos a la puerta de atrás para despedirnos. Entrelacé una de mis manos con su mano que colgaba de mi hombro mientras recorríamos los últimos metros antes de llegar a la puerta. Su brazo liberó mis hombros al llegar a la puerta volviendo a quedarnos el uno enfrente del otro.

—Bueno… —dijo en voz baja sonriéndome.

—Bueno… —respondí devolviéndole la sonrisa—. Gracias por venir…

—A ti por invitarme

—Gus me contó que… te habían organizado una fiesta en tu casa. —Acaricié varios mechones de mi pelo despreocupada.

Mis ojos miraron a nuestro alrededor antes de agacharlos hacia nuestros pies, observando sus botas militares negras frente a mis zapatillas con plataforma para disimular mi metro cincuenta y siete al lado de su casi

metro noventa.

—No era tan divertida como esta… —dijo restándole importancia.

—Espero que tu chica no se enfade por haberla abandonado —dije volviendo a dirigir mis ojos hacia él.

—¿Mi chica? —preguntó arrugando su frente.

—Sí, la chica del aeropuerto… —dije lamiendo mis labios tratando de analizar su expresión.

—Con razón me sonaba tanto esa furgoneta… —Me miró divertido pellizcando con cariño mi barbilla—. Tania es… —Cogió aire desviando su mirada antes de mirarme de nuevo casi avergonzado—. Una amiga… especial.

Su sonrisa me hizo entender qué clase de amistad era esa.

—Oh —exclamé alzando las cejas.

Presioné mis labios tratando de que no se me saliera la envidia, disimulando con una la sonrisa. Sus ojos me miraron fijamente sin borrar la sonrisa de su boca.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —pregunté burlándome para disimular la ansiedad que causaba que sus ojos me miraran de aquella forma.

—Nada… —negó desviando su mirada.

—Venga, dilo… —insistí golpeando con cariño su brazo.

Ambos volvimos a mirarnos, contemplando cómo su pecho se inflaba al respirar profundamente.

—Es que te miro… Y… —Alzó sus hombros—. Estás incluso más guapa que cuando me fui —sentenció humedeciendo sus labios disimuladamente.

Ambos nos miramos fijamente, sonriendo en silencio. Aquellas palabras me obligaron a respirar profundamente. No sé qué me pasaba, pero luchaba con todas mis fuerzas para ser capaz de mirar otra cosa que no fuese sus labios. Rubén se acercó lentamente a mí, besando mi mejilla para despedirse, aguantando sus labios varios segundos sobre mi piel antes de

separarse, regalándonos una breve pero intensa mirada.

—Buenas noches.

—Buenas noches… —susurré.

—Feliz año —dijo en voz baja antes de girarse.

Me dedicó una breve sonrisa antes de bajar los escalones en dirección a su coche, mientras yo seguía procesando aquel espontáneo beso en la mejilla. Me quedé ahí parada hasta ver su coche desaparecer tras aquella enorme puerta metálica acariciando involuntariamente los restos de aquel beso.

Tenía que estar confundida por la sensación de abandono que me embargaba por culpa de Marc. Había dejado una herida tan grande dentro de mí que por eso me sentía tan contrariada con la presencia de Rubén en mi vida. Quizás era el miedo a aceptar que dentro de un mes cumpliría cuarenta y seis años, estaba a punto de divorciarme y tenía una vida a mi cargo. Por eso mi mente andaba fantaseando noches aleatorias con Rubén haciéndome el amor en cualquier sitio de mi habitación, tocándome de maneras que me hubiera avergonzado hasta pedirle a Marc cuando era mi marido. Tras un profundo suspiro cubrí mi cuerpo bajo el edredón para sentir el calor, aunque fuese de las plumas artificiales hasta poder conciliar el sueño.

Una noche más los dedos de Rubén recorrieron en sueños mi piel, acariciándome, besándonos y haciéndome sentir que mis pulmones estaban a punto de colapsar con sus besos mientras me hacía el amor provocando despertarme una mañana más sola y envuelta en sudor. Desperté acelerada, con el corazón casi a punto de explotar dentro de mi pecho. Llené mis pulmones de aire fresco para soltarlo en un largo resoplido antes de salir de la cama. Necesitaba una ducha de agua bien fría y así despertar mi cordura que hacía meses que andaba distraída. Al bajar a la cocina para hacerme un buen café, las voces de Irene, María y mi hermano se escuchaban desde el pasillo.

—Buen día —dije saludando con un beso a Irene y mi cuñada María—. ¿Cuándo despertaron?

—Buenos días —Irene respondió después de devolverme el beso—. Hace un rato, tu hermano ha pasado una noche…

—De perros, ¿cierto? —dije de forma burlona acercándome a mi hermano para besar su mejilla. Gus me devolvió el beso antes de acercarle la taza de café a su mujer.

—Recuérdame que no beba nunca más —dijo antes de preparar el siguiente café.

—Siempre dices lo mismo… —dije dándole un leve golpe en sus hombros antes de coger mi bote de café instantáneo.

—Lo sé…

—Al que no vi beber en toda la noche fue a Rubén —María apuntó después de darle un corto trago a su taza.

—¿A Rubén? —Gus preguntó sentándose al lado de su mujer—. Podría haber bebido gasolina frente a mí que ni me acordaría…

Gus remató antes de darle un largo trago a su café solo. Aquella objeción suya provocó la risa tanto de su mujer como la mía. Terminé de acomodarme al lado de mi sobrina acariciando brevemente su espalda antes de mojar mis labios en mi taza de café.

—Dios, qué buenorro está… ¿Por qué nadie me había comentado lo guapo que estaba ese tal Rubén? —Aquellas palabras de Irene se atragantaron en mi garganta junto con mi segundo sorbo de café. Gracias a Dios aquel comentario llamo la atención de mi hermano pasando desapercibida mi reacción.

Aclaré mi garganta buscando papel para limpiar las gotas que había salpicado.

—Irene… —María miró a su hija divertida.

—Ahora que sacas el tema —Gus se acomodó en el taburete ante de continuar señalando a su hija—, no creas que no te vi cómo andabas ahí de pegajosa echándole los perros.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó mirando a su padre divertida—. Ya no está casado, ¿no? —Volví a sentarme al lado de Irene viendo el interés

que Rubén había provocado en ella. No podía dejar de sentir rabia al escucharla. Si no nos conociera, podría decir que aquello que me recorría desde que lo vi besando a aquella chica eran celos.

—Olvídate, es muy mayor para ti —Agustín dijo serio antes de acabar el café de su taza.

—¿Y qué? A mí me gustan así, mayores… grandotes —dijo alzando las cejas de forma coqueta.

—¡Irene! —María volvió a regañarla sin ocultar la sonrisa.

—Como si los hombres no prefirieran salir con muchachitas jóvenes antes que con una de su edad o mayor… Es un hecho científico que la segunda siempre es una chica joven, así *like* me —dijo sonriendo.

—¡Basta!

Agustín le llamó la atención al sentir que aquellas palabras podrían herirme. Sus palabras no lo hicieron, lo hizo aquel silencio después del grito de mi hermano. Esas miradas compadeciéndose por haberme abandonado por una de veintiséis años. Fingí una leve sonrisa antes de apretar mis labios tratando de aguantar la compostura.

—Perdona, tía Isa… No quería…

—No tienes de qué disculparte —dije interrumpiéndola, acariciando su espalda con una de mis manos, mientras con la otra acomodaba mi cabello —. No has dicho nada que no sea verdad… ¿cierto?

Crucé los brazos sobre la mesa mirando hacia mi hermano que se revolvía en su asiento bajo la mirada cómplice de su mujer.

—Olvídate de Rubén, ¿me has entendido? —dijo mirando de nuevo a Irene.

—¿Pero por qué? —Su insistencia clavaba pequeños puñales en mi pecho.

—Pues porque… —Se detuvo antes de apretar sus labios tratando de callar algo—. Porque no eres su tipo.

—¿Y cuál es su tipo se si puede preguntar?

—No tiene.

Alcé los ojos hacia mi hermano tras aquella escueta explicación.

—Acabas de decir que no «soy su tipo».

Irene miró a su padre que se revolvía en el asiento como si le quemara, divirtiéndome con su incomodidad.

—Tiene, pero no eres tú —matizó.

—¿Y quién es su tipo? —Irene insistió.

—¿Podemos…? —inspiró profundamente—. Vamos a dejar el tema, no eres su tipo y punto.

—Vamos, cómo le gustan… ¿Morenas, rubias, altas, bajas…? Puedo teñirme… ¿O es que es de esos que tienen fetiches raros? —La miré extrañada al escuchar a Irene preguntar aquellas cosas.

—Claro que no… ¿Los tiene? —pregunté intrigada tras defenderlo sin pensarlo.

—Depende de quién se los proponga… —resopló—. Bueno, basta… Vamos a dejar de hablar porque al final…

Agustín paró de hablar, respirando hondo a la vez que frotaba su rostro, tratando de ocultar su sonrisa tras alzar sus cejas divertido.

—¡Vamos, pa! —Irene insistió riéndose—. ¿No me digas que no te gustaría tenerlo de yerno?

Su boca balbuceó algo casi inaudible que solo entendió María. Ambos se rieron cómplices, mirándome sin ocultar sus sonrisas.

—¿Por qué me miráis así? —pregunté incomoda viendo cómo mi hermano se levantaba de su sitio.

—Por nada. —Gus agarró las tazas vacías para llevarlas dentro de la pila.

—*What?!* ¡No te creo! —Irene exclamó sorprendida levantándose tras su padre—. ¿Desde cuándo?

—Cambiemos de tema mejor. —Esta vez fue mi cuñada quién le suplicó a su hija mientras se reía.

—¿Alguien puede explicarme qué pasa? —pregunté mirándolos completamente desconcertada. María se levantó dedicándole una mirada a su marido, colocándose al lado de él.

—Venga, papá, ¡cuéntamelo! —Irene se sentó en el taburete que había frente a él.

—Mis labios están sellados —dijo haciendo una señal de cerrar una cremallera sobre sus labios—. Así que no insistas…. —dijo ignorándola—. Además que no, que es mayor para ti…

—¡Papá! —insistió provocando la sonrisa de María y mía al parecer una niña chiquita.

—Fue cuando tu padre tuvo el accidente… —María rompió el juramente de los labios sellados de mi hermano.

No pude evitar reírme al ver la expresión de mi hermano.

—¡María! —mi hermano le regaño riéndose.

—No va a parar hasta que le contemos, ¿o no conoces a tu hija? —dijo divertida mirando a mi hermano—. Gracias a Rubén solo le quedó de ese día esa horrible cicatriz…

—¿Rubén fue quien te operó? —pregunté con una leve sonrisa impresionada.

—Fue quien me sacó del coche… Estuvo conmigo hasta que llegó la ambulancia —aclaró—. Por eso lo invité a que probara las delicias que cocina mi mujer cuando me dieron el alta —respondió antes de besar a María.

—Qué pelotero —Irene replicó rodando sus ojos.

—El caso… —dijo ignorando a su hija mientras volvía a sentarse frente a mí—. Al terminar de cenar, justo antes de irse, vio una foto… de tu tía. —Sonrió—. Y se dio cuenta que era mi hermana… Mis cejas se alzaron al ver el rumbo que iba cogiendo la conversación.

—Oh venga —dije mirándole sin creer ni una sola palabra.

—Oh vamos —dijo riéndose—. ¿Acaso no te acuerdas de lo que dijo tu

marido el día que os presentó?

—Eso fue un comentario de muy mal gusto por parte de Marc —dije apretando los labios.

—A ver si lo estoy entendiendo… ¿Rubén estaba enamorado de la tita? —Irene preguntó entusiasmada.

—¡Claro que no! No le hagas caso a los desvaríos de tu padre… —repliqué mientras me levantaba del asiento—. Aún tiene demasiado alcohol en el cerebro… Por eso no le funciona bien.

—Desde el primer día que la vio en televisión —matizó señalándome—. Acuérdate de que los borrachos siempre dicen la verdad.

—Entonces me retiro de la jugada, tita…

—¿Qué jugada ni nada? —pregunté riéndome.

—No me digas que no te has fijado en cómo te mira —María añadió mientras fruncía el ceño al escucharla.

—Rubén me mira con admiración, nada más —aclaré.

—Claro —respondió mi hermano burlándose—. Admiración…

—No puedo competir contra tus caderas, tita… —Irene dijo entre risas mirándome antes de salir de aquella cocina.

—¿Sabéis donde podéis iros todos vosotros con vuestras ideas absurdas? —dije tratando de aparentar estar indignada.

—¡Vamos! Pero si te mira como con fuego y pasión

—Fuego y pasión… —repetí riéndome, dejando mi taza sobre la encimera—. Me mira con… Cariño… Nada más.

—Por supuesto… Por eso se va de su propia fiesta donde tiene barra libre de mujeres para venir aquí, porque te tiene «cariño» —dijo abriendo comillas.

Lo miré frunciendo el ceño rechazando todas aquellas tonterías que estaba diciendo.

—Otra cosa no, pero conozco a mi amigo… Y si Irene no fuera tu sobrina, ahora estaría buscando dónde tirar su cadáver por acostarse con

Irene —dijo casi en voz baja.

—Qué bruto eres. —No pude evitar reírme por la brutalidad de las palabras de mi hermano.

—Sabes que es verdad —dijo cruzando sus brazos.

—Es evidente que seguís ebrios… de lo que fuera que bebisteis anoche, así que ahí os dejo con vuestras cosas … Yo me voy al gimnasio a sudar un poco. Chao.

Salí de aquella cocina donde solo hablaban tonterías. Tonterías que solo iban a conseguir perturbar mi mente más de lo que ya se encontraba. Tras pedalear hasta la extenuación, agarré una toalla para secar el sudor que corría por mi piel sin ser capaz de dejar de observar el rostro de una mujer demacrada, enrojecida por el deporte, con las primeras arrugas de expresión. Observé mi melena recogida en un moño alto, comparándome con el recuerdo de mi remplazo, envidiando sus veinticuatro o veintiséis años. Cómo iba a gustarle a alguien como Rubén. Rubén con sus maravillosos treinta y nueve años, sin hijos, sin la presión mediática y sin la comparación constante de lo que era antes seguramente se fijaría en alguien como mi sobrina Irene o como la tal Tania esa con la que tenía aquella «amistad especial». El pitido de mi teléfono me obligó a dejar de compadecerme de la mujer que había al otro lado del espejo robándome una sonrisa al leer la notificación de que Rubén acababa de subir una foto a su perfil. Mis dedos desbloquearon ágiles el teléfono para ver aquella foto. Rubén aparecía relajado, sonriente con unas gafas de sol a juego con su camisa verde de manga larga, remangados hasta el antebrazo. Uno de sus brazos descansaba sobre su cabeza para apartar el sol, mientras con su otra mano sujetaba su teléfono. Ay, qué guapo se veía bañado por el mismo sol que entraba por mis ventanas. Me moría de curiosidad de saber si aquella era su casa o si se encontraba con su nueva amiga con la que compartía privilegios. Mis cejas se alzaron a la misma vez que bloqueaba el teléfono rabiosa de nuevo para seguir con el entrenamiento. Después de aquella intensa sesión de piernas me sentía inspirada y saber que nadie iba a molestarme era un plus para encerrarme en el estudio con uno de los

muchos platos que había en mi nevera de sobras.

Mi cuerpo caminaba por aquel estudio escuchando mezclas, comiendo mientras releía letras escritas en mi diario.

—Qué ha sido de ti… —tarareé una melodía mientras mis pies martilleaban el suelo con un ritmo constante—. No pasa ni un segundo que no piense en ti… a este ritmo no puedo seguir… Otra noche más que paso sin verte… El mar siempre supo guardar mis secretos.

Mi cabeza colapsó al ver que aquellas frases sueltas iban siempre hacia lo mismo. Froté con fuerza mi rostro contra mis manos recostándome en aquella silla observando con perspectiva aquellas letras sin dejar de tararear la melodía. Me metí tanto en mi mundo que perdí la noción del tiempo por completo. No supe en qué momento se hizo de noche. Lo que sí sé es que después de varios cafés y una ensalada rápida, estaba sentada frente al ordenador revisando la canción antes de enviarla.

—¿Se puede? —Aquella voz me pilló de imprevisto provocando un salto al asustarme.

—¡Juepucha! —dije tratando de respirar con mi mano en el pecho comprobando que el corazón siguiera en su sitio mientras comprobaba de quién se trataba—. ¡Rubén! Me espantaste… ¿Qué haces aquí?

—Perdona… —se disculpó con una breve sonrisa—. ¿Estás bien?

—Sí… —Sonreí respirando hondo.

—Yaris me dejó pasar al ver que te traía comida. —Alzó sus cejas sonriendo.

Al verle sacar la bolsa tras él acompañado de su sonrisa no pude seguir enfadada más tiempo con él. Le hice una señal para que entrara aún con mi mano palpando mi acelerado corazón. Llevaba la misma ropa que en la foto que subió en la mañana.

—Casi me matas de un infarto…

—Acuérdate de que sé primeros auxilios. —Ambos nos reímos mientras

lo veía entrar al estudio.

—¿Y ese corte de pelo? —señalé rápidamente hacia su cabeza.

—¿Te gusta?

—Estás guapo —dije con una sonrisa.

—Tú también —dijo dedicándome una leve sonrisa—. Por cierto, un pajarito me ha contado que llevas todo el día aquí encerrada… —Acercó una silla para sentarse a mi lado, poniéndose bajo aquellas luces tenues que bañaban el estudio—. Así qué imaginé que no habrías comido, por eso… traje algo para que llenes el buche… Es comida colombiana, para que empieces el año con comida de tu tierra.

Me quedé ahí en silencio observándole con la cabeza apoyada sobre mi mano, viendo cómo sacaba un táper detrás de otro. Por más que tratara de proponérmelo, no era capaz de apartar mis ojos de él. Él no se imaginaba siquiera lo muchísimo que lo había añorado. Qué bello era volver a tenerlo.

—Y… —Aclaré la garganta desviando la mirada antes de que volviera a pillarme mirándole—. Ese pajarito que anda de cotorra más que de pajarito, ¿tiene nombre? —pregunté agarrando los cubiertos que acababa de ofrecerme sin poder ocultar la sonrisa.

—Se llama trastorno alimentario como sigas comiendo así de mal —dijo acercándome un táper—. Es mojarra frita, así que come.

—Yo no tengo de eso —respondí arrugando mi frente mientras me abrazaba a mi mojarra.

—Gracias a todas estas delicias que te he traído, no —respondió divertido comiendo un poco del táper que contenía sancocho—. Mmm…

Arrugó su cara antes de poner cara de satisfacción al saborearlo.

—¿Te gusta? —pregunté riéndome, tratando de descifrar sus caras mientras masticaba.

—Está tremendo, pero quema —respondió riéndose, terminando de tragarse aquel bocado. Disfrutaba de cada plato de la misma manera que un niño saborea por primera vez un helado. Era hipnótico verlo, hasta sexy. Las horas en compañía de Rubén pasaban volando. Te hacía olvidarte por

completo del reloj. Ambos disfrutamos de cada manjar de mi maravillosa tierra, sentados en el sofá con una buena cerveza cortesía de mi parte. Mi morbosa curiosidad me gritaba que me animara a preguntarle por esa amistad que tenía, pero por más que trataba de buscar el momento no aparecía. Tras aquella maravillosa cena, recogimos los restos aprovechando el viaje a la cocina para coger algo más de beber. Al recorrer aquellos pasillos blancos llenos de halógenos que alumbraban cada rincón, me daba cuenta de lo sola que se sentía aquella casa ahora mismo después de haberla llenado de recuerdos con Marc y Violeta. Rubén se percató de que algún pensamiento intrusivo estaba rondándome la mente, así que su forma de que volviera fue colocando su brazo alrededor de mis hombros para abrazarme mientras nos dirigíamos a la sala. Me asustaba y tranquilizaba a partes igual que me conociera tan bien. Ya que la última persona que había tenido el poder de conocerme casi había conseguido destruirme. Suspiré observando cómo se acomodaba en el sofá a mi lado pasándome mi botella.

—¿Te puedo preguntar algo? —Humedecí mis labios al verlo darle un breve sorbo a su botella tras acomodarse.

—Lo que quieras. —Sus ojos me miraron brevemente antes de sentarse de medio lado para vernos de frente.

—No tienes por qué contestar si no quieres, no quisiera incomodarte…

—Tranquila, puedes preguntarme lo que quieras —respondió sonriéndome, acariciando la botella entre sus manos.

—Está bien… —susurré mirando mis manos sujetar mi cerveza—. Cómo fue que conociste a la chica esta… Es decir, tras pasar por todo esto de tus papás, el divorcio…

—Pues… —Vi cómo su pecho se llenaba de aire mirándome—. Una de las muchas noches que no podía dormir, decidí salir a pasear… Y bueno, ahí la vi en un bar charlando con una amiga…

—¿Te acercaste tú o ella? —pregunté curiosa queriendo saber, pero muriendo de saber.

—Ella… —confesó con una tímida sonrisa—. Me pareció simpática, así

que la invité a una copa.

—Qué generoso… —dije en forma sarcástica viendo cómo sus labios sonreían antes de darle otro sorbo a la cerveza—. ¿Y.…? —Desvié mi mirada pensando en cómo formular la pregunta—. Ahora qué te has divorciado estás en plan… una mujer diferente cada noche, ¿o.…?

Una profunda pero sincera sonrisa salió de sus labios antes de beberse aquel último trago como si estuviera bebiéndose sus palabras también. Lo miré cómo soltaba el botellín sobre la mesa que decoraba el centro de la sala, recordando las palabras de mi hermano confesándome que Rubén había sentido cosas por mí o al menos le gustaba.

—No te puedo negar que… cuándo Adriana se fue, antes de que Tania apareciera… —Su mandíbula se tensó mientras arrugaba sus labios reflexivo—. Hubo muchas mujeres…

—¿Hubo? —pregunté viendo cómo sus ojos se alzaban mirándome, relajando sus labios.

—El sexo esporádico… está bien un tiempo. La emoción a la hora de la conquista, la adrenalina que recorre tu cuerpo justo antes de que te invite a su casa… Te sirve de distracción para no pensar… —Sus ojos parpadearon lentamente—. Pero al final sigues estando tú solo con todos tus problemas… Y sientes cómo vas vaciándote emocionalmente y dejas de ser consciente del daño que causas.

—Entonces… —Arrugué mi frente entendiendo que aquella chica era importante para él—. Tania es más que sexo… —dije respirando profundamente pendiente de su reacción. Rubén arrugó sus labios a la vez que sus dedos acariciaban su barbilla.

—Tania es… maravillosa. —Sonrió desviando su mirada—. Pero estamos en momentos diferentes… Ella solo busca pasar el rato…

—¿Y tú…? —pregunté mojando mis labios sin apartar mis ojos de él, dándome cuenta de que me había anticipado.

Su mandíbula se tensó aguantándome la mirada.

—Aún no lo sé… —Inhaló lentamente ocultando sus labios entre sí.

Por culpa de mi hermano no podía dejar de pensar si era real eso de que quizás podía sentir algo por mí. Y lo peor es que imaginar que aquella chica pudiera gustarle más de lo que se supone que le gustaba yo, me molestaba. Casi podía definirlo como celos al revivir cómo sus manos agarraban la cara de aquella chica para besarla. Respiré hondo desviando la mirada, dejando que mis ojos vieran sin querer una foto donde aparecía dándole un beso a Marc. Imagino que Rubén adivinó lo que me quedé viendo cuando sentí su mano acariciando mi espalda. El roce de su mano acariciándome, me hacía sentir como si el mundo se detuviera, provocando un pequeño cosquilleo bajo mi ombligo.

—Escucha… —Se acomodó a mi lado—. Que Marc no haya sabido apreciar lo maravillosa que eres, no significa que nadie más lo haga…

—Ya… —respondí con un susurro mirando mis manos entrelazadas entre sí con fuerza—. Tú eres mi amigo, qué vas a decir… —Sentí cómo su mano dejó de acariciar mi espalda.

Respiré lentamente tratando de desenmarañar el nudo que aquella fotografía de Marc, junto con sus caricias habían provocado en mí. Ahora cada que cerraba los ojos no podía dejar de ver a Marc con aquella chica. Y a Rubén siendo con aquella chica como era conmigo. Y lo peor es que me confundía no saber qué me dolía más.

—Eres la mujer que cualquier hombre quisiera tener a su lado cada mañana… —Su voz sonaba seria.

—Ya… seguro —murmuré.

—Esta vez, no te lo digo en calidad de amigo.

Giré la cabeza para toparme con su mirada. Sus ojos me miraban fijamente mientras los míos en cambio empezaban a descubrir detalles de su rostro que antes me habían pasado completamente desapercibidos. La longitud de sus pestañas, la forma en la que su barba salía de sus mejillas, las leves pecas sobre su nariz. Hasta el verde de sus ojos cambiaba, convirtiéndose en un verde más intenso bajo aquellas luces.

—Esos hombres a los que te refieres solo quieren estar con la que ven en

la televisión o en las revistas… De seguro no quieren despertar con la que está aquí sentada a tu lado, con miles de problemas y con una niña… De mí se terminarían cansando, como se cansa todo el mundo…

—Yo aún sigo aquí… —me recordó dedicándome una breve sonrisa. Suspiré fingiendo una breve sonrisa antes de agachar la mirada—. Y si se cansan es porque no se toman el tiempo de comprobar lo especial que eres… Tú eres una mujer con un corazón único, una luchadora incansable, altruista, cariñosa, divertida, con un alma especial y única… Tu intelecto y tu elevación artística es de otro planeta… por no hablar de todo lo que te has sacrificado por tu familia y lo buena madre que eres. Reducirte únicamente a un físico es casi insultante…

Mi cabeza giró lentamente al escuchar todas aquellas palabras que acaba de dedicarme, volviendo a revivir la confesión de mi hermano en mi cabeza. Sus ojos me aguantaron la mirada, dejándome ver en ellos que realmente pensaba todas aquellas cosas de mí.

—Eres una de esas personas que uno tiene la suerte de conocer una vez cada muchos años… Y lo creas o no, doy gracias por el privilegio de coincidir contigo en esta vida… —Mis ojos vieron cómo su mandíbula se contraía y se relajaba a la vez que sus ojos me miraban nerviosos. Aclaró su garganta nervioso antes de sonreírme—. Y si ningún hombre es capaz de ver que eres aún más hermosa por dentro de lo que en sí eres por fuera, aparte de perder la poca fe que tengo en mi género… —bromeó—, te aseguro que no merecen a alguien como tú.

Me acomodé sobre mi pierna izquierda para verlo de frente, notando mi magullado corazón latir con intensidad al ver sus ojos mirándome, sonriendo. Sus manos se movían aún entrelazadas a la vez que su garganta tragaba una y otra vez.

—¿De verdad piensas todas esas cosas de mí? —pregunté observándole.

—Pues claro… El problema aquí es que tú has olvidado quién eres y lo mucho que vales, por eso le das permiso a cualquiera para destruirte… Eres demasiado buena y confiada, por no hablar de lo dependiente que te vuelves de tus relaciones.

—Yo no soy eso —reclamé.

—Claro que sí… Tu pareja debe ser un compañero de vida… Alguien que te acompañe y te apoye… No puedes mimetizarte jamás con nadie por miedo a que te abandone, porque al final terminas olvidando quién eres…

—Yo nunca me he «mimetizado» con Marc por miedo a que me abandone.

—¡Claro que sí! —exclamó riéndose, sentándose sobre su pierna derecha para vernos frente a frente—. Si hasta dejaste de trabajar por complacerlo a él…

—Me duele que pienses así de mí… —dije tratando de disimular mi malestar.

—Y a mí me duele verte así; destruida y acomplejada por una niñata de veintiséis años… —dijo indignado—. ¿Acaso has olvidado todo lo que tú lograste con esa edad? —Aquellos ojos verdes volvieron a clavarse en mí —. Ella jamás llegará al suelo que tu pisas, ¿es qué no te das cuenta? Aquí el único que ha perdido ha sido él, no tú…

Muy poca gente era capaz de dejarme sin saber qué decir o sin respiración. Me incliné hacia él para abrazarlo, paliando las ganas casi irrefrenables e inexplicables de besarlo con aquel abrazo. Agarrada a su cuello, con la barbilla sobre su hombro, sentí cómo las palabras de Rubén me torturaban. Sabía que estaba tratando de hacerme abrir los ojos. Mi hermano después de cada discusión con Marc siempre me consolaba repitiéndome que había «endiosado» una imagen de Marc que no existía. Y Rubén en cierta forma volvía a recordarme aquella sensación, abriendo por primera vez una nueva cuestión en mí; ¿y si la equivocada era yo?

¿Y si de verdad había permitido tantos desaires, tantas faltas de respeto y humillaciones por sentir que valía menos?

¿Tanto me había apagado para sentir que no era merecedora de alguien como Marc?

Mi respiración se sincronizó con la suya, provocando que mis ojos se cerraran al invadirme una profunda sensación de paz. Estaba claro que

Rubén sabía cómo hacer sentir bien a una mujer, había practicado con demasiadas tal como me había confesado. Sentí casi de forma extracorpórea cómo sus manos acariciaban mi espalda de forma protectora, con cariño, mientras su voz me susurraba algo que sentía tan lejano que no era capaz de entender.

Las palabras que salieron de mis labios fueron casi un leve susurro contemplando cómo sus ojos no dejaban de mirarme directamente a los ojos a pesar de estar los dos desnudos sobre aquel sofá con Madrid de fondo. Sus dedos acariciaban mi cabello para terminar colocándolo tras mi oreja. Mis piernas desnudas envolvían su cintura mientras mis manos se enredaban en aquel sedoso cabello. Rubén inclinó su cara hacia adelante buscando de nuevo mis labios para volver a besarnos. Sus finas manos capturaron mi trasero para apretarlo contra su cintura provocando en mí un breve gemido al sentirlo dentro de mí. Sus labios trataron de acallar los jadeos que salían de lo más profundo de mis pulmones al empezar a moverme sobre su cintura lentamente. Sus manos acariciaban mi espalda desnuda con desesperación, como queriendo recordar el tacto de cada centímetro de mi piel, mientras las mías se aferraban a su cabello con desesperación al sentir pequeñas chispas de electricidad recorrer cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Por más que trataba de calmar esas inmensas ganas de gritar de placer al sentir sus labios devorando mi cuello, la intensidad de mi cintura iba cada vez a más, dejándome sin más opción que rendirme, aferrándome a su cuello expulsando el aire de mis pulmones en forma de gemidos, regalándome una breve sonrisa sobre mi oído antes de besar mi hombro. De pronto una sensación de frío heló mi piel. Sus manos no me calentaban como antes, su piel ahora era fría. Al incorporarme para verle a los ojos, su mirada había cambiado. Sus ojos ahora no eran verdes, sino azules. Un azul que reconocería en cualquier parte. Mis manos acariciaron aquel rostro que me miraba con desprecio y desaprobación. Me sentí vulnerable. Sentí vergüenza al estar desnuda sobre él, contemplarme así con asco.

—¿Estás contenta? ¿Has disfrutado follándotelo? —Sus palabras salieron disparadas hacia mi pecho.

—No… Yo no, te juro que no…

—¿Dónde están tus aires de superioridad moral ahora? Eres peor de lo que siempre imaginé…

Las palabras se habían quedado atrapadas en mi pecho sin querer salir, negándome la oportunidad de explicarme. Por más que trataba de abrir la boca para hablar, no era capaz de emitir ningún sonido. Mis manos se aferraron a mi cuello aterradas al ver que había vuelto a perder mi voz, mientras Marc se reía a carcajadas de pie, mirándome con desprecio. Sus ojos me observaban aún desnuda tirada en el suelo sin poder articular ni una sola palabra. Su mano se alzó en busca de una mujer de pelo rubio, alta y delgada que lo abrazaba para unirse a aquel festival de carcajadas observándome aún en el suelo. Sin más ropa que mis brazos apretando mis rodillas contra mi pecho con tanta fuerza que rezaba por poder atravesarlo de punta a punta. Una mano apareció frente a mis ojos ofreciéndome salir de allí. El suelo comenzó a girar bajo mis pies al tratar de aferrarme a ella. Mi rabia al no poder agarrarme pesaba más que si tuviera los pies rellenos de cemento, abriendo un enorme agujero bajo mis pies descalzos para lanzarme al abismo. Mis ojos miraron aterrados hacia arriba buscando algo a lo que agarrarme sin poder dejar de chillar sin voz, topándome con Marc al filo del abismo agarrado de la mano de aquella mujer de pelo rubio, dejándome caer con una amplia sonrisa de satisfacción.

Un grito ahogado me hizo despertar abruptamente con la mano puesta sobre mi pecho y cubriendo mi rostro con la otra. Sentía el sudor rodar por mi piel y la ansiedad recorrer mi cuerpo. Unas cálidas manos se posaron sobre mis hombros provocando que me girara nerviosa.

—Tranquila… —Rubén seguía sentado con un cojín sobre sus piernas que me había servido de almohada—. Solo era una pesadilla…

Traté de inhalar y exhalar lentamente evitando hiperventilar después de

aquello que mi cabeza me había hecho vivir. Me sentía avergonzada por haberme dormido sobre Rubén y angustiada de pensar que pudiera haber escuchado mis gemidos. No lograba recordar en qué momento me venció el sueño.

—Perdóname… —me disculpé tapando mi rostro entre mis manos sintiendo su mano temerosa tratando de consolarme frotándome la espalda.

—No tengo nada de qué perdonarte…

—Claro que sí, qué pena contigo dormirme así… —dije incorporándome al dejar caer mis piernas al suelo.

—No seas tonta, eso le puede pasar a cualquiera… —dijo restándole importancia quitándose aquel cojín de sus piernas—. A saber cuánto llevas sin dormir, además… estás conmigo, no tienes de qué preocuparte…

Giré la cabeza tras acomodar mi cabello mirándole con mis cejas arqueadas. A veces olvidaba que me conocía quizás tanto o más que mi propio hermano.

—De seguro fue la trasnochada, el desgaste del deporte, las horas que pasé metida en el estudio…

—Tu mala alimentación… —Torció brevemente sus labios con preocupación—. Te he estado observando mientras cenábamos y has ido picando de aquí y allí pero no has comido…

—¿Ahora eres mi médico? —pregunté arrugando mi frente recolocándome.

—Te hablo en serio, Isa. —Su voz se volvió seria, al igual que su mirada —. Necesitas alimentarte bien y descansar… Acuérdate, la última vez que pasaste por una situación de estrés parecida terminaste perdiendo la voz…

—Ya sé, no hace falta que me lo andes recordando a cada rato —dije molesta desviando mi mirada al sentir que me andaba riñendo como si fuera una niña, cuando le sacaba siete años.

Sabía que estaba pagando mi frustración con él, pero no podía evitar sentirme así de molesta. Sentí tras de mí su cuerpo levantándose de aquel sofá donde hace unos segundos había vuelto a hacerme el amor en sueños,

volviendo loca mi pobre y menguada cordura. Una de sus manos se posó sobre mi hombro antes de sentir sus labios besando mi cabeza como despedida.

—Es tarde y no quiero desvelarte más, buenas noches…

—Gracias por la cena y la compañía —dije completamente frustrada y sobrepasada por la situación. Acaricié su mano sobre mi hombro antes de que la apartara para irse, notando cómo aumentaba mi ansiedad al soltar mi mano al alejarse. Recorrí su cuerpo con mis ojos, haciéndole una radiografía de arriba abajo mientras se alejaba. Mi cabeza se inclinó sutilmente hacia un lado observando cómo la cintura del pantalón llevaba agarrada la camisa dejando ver casi sutilmente el color blanco de su ropa interior. Humedecí mis labios antes de dejarme llevar por mi impulsividad, deteniéndole antes de ver abandonar la sala.

—¡Rubén! Espera… —Suspiré agarrándome las manos lamentándome de haberlo detenido. Rubén paró en seco al escucharme girándose para verme.

—Dime.

—Es la primera vez que voy a estar… sola en esta casa —dije cubriendo mis labios entre sí mientras me levantaba del sofá.

—¿Quieres que me quede?

Su mirada buscó la mía al leer mi mente. Asentí lentamente antes de encoger mis hombros tratando de hacer menos rara esa proposición.

—Nada, olvídalo… —Respiré hondo pasando mi mano nerviosa sobre mi nuca—. Es sábado noche, acabas de volver y… probablemente quieras ver a tus amigos o estar con Tania…

—Si es importante para ti, me quedaré encantado —respondió sonriente —. Además así me aseguro de que duermas

—¿Estás seguro? —insistí apretando mis dedos contra mi nuca.

—Claro. —Sonrió escondiendo sus manos dentro de sus bolsillos.

—Está bien… —Respiré con el corazón aún latiendo en mi garganta—. Gracias… Voy… a prepararte una de las habitaciones de invitados.

—Puedo dormir en el sofá.

Se giró señalando el sofá rápidamente antes de volver a esconder su mano dentro del bolsillo.

—¿Cómo vas a dormir en el sofá? —pregunté riéndome—. Tengo habitaciones ¿sabes?

—¿En serio? Pensé que esta casa era solo fachada…

Pasé a su lado riéndome por su ocurrencia acariciando brevemente su brazo antes de subir para buscarle sábanas limpias para que durmiera en la habitación que la noche anterior había ocupado mi hermano con mi cuñada. Lo último que quería era que durmiera en la misma cama que mi sobrina Irene. Tras buscarle sábanas y algo que ponerse para estar más cómodo que no fuera de Marc, bajé las escaleras revisando mi teléfono. Al bajar el último escalón lo escuché hablar en voz baja en la cocina. Me acerqué despacio luchando por no ser chismosa pero la curiosidad siempre me ganaba la batalla.

—No sé en qué momento he decidido que era buena idea cogeros el teléfono…

Me asomé lentamente viendo cómo una de sus manos frotaba su barbilla. Era una videollamada y se veía a varios amigos al otro lado.

—¿Nos cambias por la cubanita? —Las risas de fondo provocaron que Rubén negara con la cabeza—. Solo esperamos que merezca la pena.

—O que esté buena. —La voz de otro chico volvió a provocar las risas del resto.

—Os cuelgo, ¿vale? —respondió tratando de finalizar la conversación.

—Que no te vea muy desesperado, si no te manipulan a su antojo.

No pude evitar rodar mis ojos al escuchar aquel comentario tan machista. Era como escuchar a Marc hablar. Rubén debería presentarlos, serían buenos amigos.

—Lo dices por experiencia, ¿no? —Rubén respondió colocando su barbilla sobre la palma de su mano.

—Ahora en serio, ¿no puedes escaparte? Si tienes miedo de que te pille la parienta, en cuanto se duerma le colocas una almohada y te vienes aquí con nosotros.

—Dios mío… —Negó con la cabeza—. Luego te extraña haberte divorciado dos veces… —dijo sarcásticamente provocando una breve sonrisa en mis labios—. Prefiero quedarme, mañana os invito a café que os va a hacer falta —Rubén respondió colocando su dedo sobre el botón rojo deseoso de pulsarlo.

—Si cambias de opinión, estamos en el reservado de Kapital, avísanos para buscarte una que esté buena y no sea muy difícil.

—Espero que al menos folles esta noche… que al menos merezca la pena el quedarte de niñero.

—Ay dios mío… —Colgó soltando un profundo suspiro frotando sus ojos tras dejar el teléfono sobre la barra.

Asomé mi cabeza viendo cómo frotaba su cara con sus manos para terminar pasando las palmas de sus manos sobre su barba. Aclaré mi garganta para llamar su atención. Rápidamente se giró sobre aquel taburete mirándome avergonzado.

—Ya tienes tu habitación preparada…

—Gracias… —Arrugó su frente mordiendo sus labios—. Por favor, dime que no has escuchado.

—Parecen buena gente —dije irónicamente mientras me acercaba con mis brazos cruzados.

—Parecen… —respondió sonriente jugando con su teléfono entre las manos.

—No son tu estilo —dije viendo cómo sus labios mostraban una rápida sonrisa.

—Me tocaron en el divorcio… —Ambos nos reímos.

Sentí el calor del foco sobre mi cabeza al dejar caer el peso de mi cuerpo sobre la barra.

—Entendería que prefirieras estar de fiesta antes que aquí… de niñero.

Rubén asintió riéndose en silencio humedeciendo sus labios tras repetir las palabras de su amigo.

—Prefiero quedarme —dijo colocando su brazo sobre mi hombro al levantarse para salir de allí—. Además siempre puedo seguir el maravilloso consejo de «dos divorcios» y poner una almohada para evitar que te des cuenta de que me he ido.

—¿Dos divorcios? —pregunté riéndome, colocando mi mano sobre su cintura al subir los escalones—. ¿Y te extraña?

Ambos nos reímos mientras él me contaba anécdotas que daban sentido a las estrepitosas trayectorias sentimentales de cada uno. Mientras él hablaba, yo seguía asimilando que había rechazado salir de fiesta solo por quedarse conmigo. Marc jamás se habría perdido una fiesta por quedarse conmigo en casa. Era siempre lo contrario, sobre todo si había mujeres de por medio. Esas cosas causaban un sentimiento contradictorio en mí. Al llegar a la puerta de su habitación me detuve soltando su cintura nerviosa, alejándome del encanto de su perfume.

—Bueno, gracias otra vez… por quedarte. —Negó restándole importancia. Aclaré la garganta señalando levemente la puerta—. Ahí te dejé algo de ropa por si quieres dormir más cómodo. —Alcé mis manos negando con ellas—. No es ropa de Marc, así que puedes estar tranquilo…

—Está bien, gracias —respondió sin borrar su media sonrisa—. Trata de descansar… Y cualquier cosa, aquí me tienes.

—Gracias… —Sonaba tentador.

Rubén agarró mi mano antes de acercarse a mí, colocando su otra mano sobre mi mejilla para besar mi frente. Aquel gesto cariñoso tan característico de él ahora aumentaba mi ansiedad de tenerlo tan cerca, olerlo y compararlo con el beso que Tania recibió.

—Buenas noches…

—Buenas noches —dijo antes de soltar mi mano para entrar a su habitación.

Me dirigí a mi habitación al escuchar tras de mí su puerta cerrarse. Una vez a solas mis manos frotaron mi rostro tratando de comprender por qué esta horrible tensión sexual tan de repente. Con todos los problemas que tenía y mi cabeza se dedicaba a fantasear con la única persona con la que podía ser yo misma. Sentía que iba todo a peor desde que volví a verlo después de soñar con él. Mis emociones hacia él eran más intensas y no podía hacer nada para controlarlas. Quizás era porque llevaba tanto tiempo sin tener sexo con nadie que quizás por eso, mi libido estaba descontrolada. Para evitar tener otra noche que me dejara a la mañana siguiente envuelta en sudor, sola y cachonda, decidí dejar de dar vueltas por la habitación y darme una ducha de agua fría antes de meterme en la cama. Así evitaba la tentación de saber que el causante de mis fantasías estaba bajo mi mismo techo y a pocos metros. Salí del baño envuelta en mi albornoz, secándome el pelo con una toalla, mientras mis ojos buscaban la puerta de mi dormitorio deseosos de que esta se abriera. Me dejé caer sobre la cama, sentándome sobre mis piernas con mi teléfono entre mis dedos, barajando la idea de llamar o no a la única persona que sabía lo que me pasaba con Rubén. Pasé una de mis manos varias veces sobre mi barbilla, rascándola pensativa. —Al cuerno… —suspiré buscando el número de mi amiga Pau.

Paula, aparte de mi amiga casi desde que llegué a Madrid, era mi mánager. Era quien más me conocía fuera de mi zona segura en casa. Eso y que me pilló contemplando una foto de las que me mandaba Rubén. Aquella junto con las últimas letras de mis canciones, sabía que algo rondaba mi cabeza. Después de tres tonos su armoniosa voz con aquel acento marcado sonó al otro lado.

—¿Qué pasa, cariño?

—¿Te pillo mal? Ni cuenta me di de la hora hasta que te marqué.

—No tranquila, me pillas bien… ¿Qué has hecho? —Sonreí recolocando mi cabello dejando la toalla a un lado.

—¿Por qué crees que he hecho algo? ¿Tan obvia soy?

—Sé cuándo me llamas por placer y cuándo lo haces porque la has liado gorda… Y cuando me llamas a ciertas horas, sé que no es por el gusto de

escucharme, así que dispara.

Apreté mi mandíbula tratando de ocultar la sonrisa. No necesitaba andarme con rodeos, podía ir al grano.

—Rubén está aquí… —dije en voz baja tragando saliva.

—¿Aquí donde?

—Aquí en mi casa, ¿dónde si no?

—Cariño, yo no sé dónde estás, me dices está aquí… —Hizo una pausa al darse cuenta de lo que le había dicho—. Espera… ¿Qué hace Rubén en tu casa? No me digas…

—No, no es nada de lo que estás pensando.

—¿Entonces? —Tapé mi rostro con una de mis manos soltando un leve quejido emulando que lloraba.

—Ay… —refunfuñé de pura frustración—. Es que no sé qué me pasa con él, Pau… —dije alzando de nuevo mis ojos—. Tengo la cabeza hecha un lío…

—A ti lo que te pasa es que estás cachonda como una mona.

—¡Pau! —le reclamé sin querer gritar mucho.

—¿Acaso me equivoco? ¿Llevas cuánto? ¿Año y medio? ¿Dos años sin un buen orgasmo? A este paso terminas de monja; Isabella Chadid, del éxito al convento. Ya veo las portadas de las revistas…

—Qué idiota eres. —Ambas nos reímos varios segundos antes de retomar la conversación—. Pero tiene gancho… suena a docuserie cutre.

—Lo patentaremos, cariño, aquí lo importante es facturar, pero ahora quiero saber cómo se te ocurrió meter a tremenda tentación en tu propia casa.

—Vino, no sé… Serían las diez o así con comida colombiana… Por cierto, ¿te llegó el demo?

—¡Me encantó! El lunes llamo para empezar a mover eso.

—Genial. —Suspiré con una breve sonrisa.

—Bueno, no nos desviemos… Te llevó cena a casa ¿qué más?

—Sí… trajo mojarra frita que sabe que me encanta…

—Qué rico —matizó.

—Si que estaba todo muy rico la verdad, tengo que preguntarle dónde la compró….

—Yo me refería a él —aclaró riéndose.

—¡Ah! También… —Ambas volvimos a reírnos. Parecíamos dos viejas verdes chismosas—. El caso es que hubo un momento de la noche, no me preguntes por qué ni cómo, que me quedé dormida…

—Eres un caso… —murmuró riéndose.

—No sé qué me pasó, te juro, sentí de pronto una paz, una tranquilidad… Y él, que es un lindo, un… divino, ahí estuvo esperando a que me despertara, hasta un cojín puso para que apoyara la cabeza… Y bueno, luego desperté toda sudada, angustiada…

—¿Y Rubén qué te dijo? Se quedaría flipando cuando te quedaste durmiendo…

—No, él… —Tragué saliva acariciando mis labios con mi lengua recordando el sueño que tuve—. Él me disculpó creyendo que no estaba cuidándome bien… Y lo peor es que lo traté horrible cuando se preocupó por mi alimentación… —Suspiré contemplando de nuevo la puerta—. Pero cuando se despidió, no sé qué me pasó que le pedí que se quedara…

Tapé mi cara con una de mis manos lamentándome por mis continuas malas decisiones.

—Y lo peor de todo es que no paro de imaginarlo bañándose o durmiendo sobre la cama sin ropa… —Suspiré mirando de nuevo la puerta —. ¿Qué me pasa?

—Si quieres te lo digo, pero no te va a gustar. —Apreté con mis dedos mis mejillas sabiendo lo que iba a decirme.

—No me lo digas…—respondí resignada.

—Rubén te pone cachonda y te gusta. Te tiene como una quinceañera con las hormonas revolucionadas.

Mis ojos observaban la puerta de mi habitación con desesperación.

—Y amiga, déjame decirte que estás en todo tu derecho de echar un polvo como dios manda como hace todo el mundo.

—Como si fuera tan fácil…

—¡Es fácil! Búscate a alguien discreto con quien pasártelo bien de vez en cuando… —insinuó alimentando mi esquizofrenia—. Estás toda apagada, se te va a mustiar… Eso está para usarlo, para darse una alegría de vez en cuando.

—¿Y dónde voy a encontrar a alguien así? Discreto —pregunté riéndome irónicamente colocando con desgana mi cara sobre mi mano apoyada en mi rodilla—. En cuanto vean que se trata de mí, ¿sabes dónde irán? A contar que ando caliente… Y suficientes problemas tengo como para añadir uno más, además qué dirá mi hija.

—¿Piensas pedirle permiso a tu hija de ocho años para poder echar un polvo? —pregunto sarcásticamente.

—Mis prioridades han cambiado… —respondí observando aquella solitaria habitación.

—Ser madre no significa tener que olvidarte de ser mujer.

—Lo sé…

—Creo que va siendo hora de despertar a la loba que hay en ti para que se divierta un rato… Y deberías empezar por comerte a ese bombón que tienes en tu casa. —Su voz sonaba pícara—. Aprovecha las oportunidades que está poniendo la vida.

—Qué idiota eres… El pobre se espantaría… se volvería a Cuba para no volver jamás.

—O no.…

Desenredé mi pelo con una tímida sonrisa, dejando caer mi pelo alborotado sobre mis hombros. Imaginando aquella loca proposición de Pau.

—Además, tiene pinta de ser de los que te agarran del pelo… —añadió

pícara—. Así misterioso y pasional.

—Está bien, lo he pillado —la interrumpí riéndome para que no siguiera —. Gracias por tus buenos consejos siempre… —Escuché su carcajada al pillar mi sarcasmo.

—Fóllatelo, ese es mi consejo.

Colgué rápidamente antes de seguir escuchando sus burradas. Bajé de mi cama desatando mi albornoz para volver a vestirme, mirando las luces que alumbraban el jardín con las vistas de la ciudad de fondo. El sonido de la puerta me sacó de mi mundo.

—Pasa… —respondí involuntariamente atando de nuevo mi albornoz mientras me giraba lentamente al sentir la puerta abrirse.

Mis ojos se quedaron completamente eclipsados al ver a Rubén aparecer tras esa puerta, recordándome que tenía que seguir respirando para no ahogarme, luchando contra el involuntario gesto de lamer mis labios al verlo mientras escuchaba en voz alta dentro de mi cabeza el consejo de Pau antes de colgarle. Casi sentí cómo se me paraba la respiración al abrirse la puerta, apareciendo Rubén con un simple pantalón. Su enorme cuerpo era perfecto. Su torso perfectamente definido, no demasiado musculado, pero sí esculpido. Su piel bronceada no tenía más acompañante que una leve hilera de vello que adornaba su pecho y bajaba de forma organizada y de manera realmente sexy hasta su ombligo. El imaginar mis dedos acariciar su piel provocó un profundo cosquilleo en mi vientre. Tuve que repetirme a mí misma que sus ojos estaban arriba, mientras apretaba bien mi albornoz controlando mi deseo de lanzarme a tocarle para ver si era real. Qué me estaba pasando. No era la primera vez que lo veía así. No entendía por qué esta vez era distinta. Aclaré mi garganta apretando mis manos dentro de los bolsillos del albornoz.

—Rubén, qué… ¿qué haces aquí? —dije cruzando mis brazos mientras mojaba mis labios buscando concentrarme.

—Perdón, fui a por agua y te escuché hablar… —Su mano agarraba con fuerza el pomo de mi dormitorio—. Solo quería saber iba todo bien.

Mis ojos observaban sus brazos definidos y cómo algunas de sus venas se marcaban en su antebrazo.

Inhalé profundamente asintiendo.

—Sí, no te preocupes… Hablaba con mi mánager… ¿Tú…? ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No… —confesó colocando sus manos sobre su pecho al cruzar sus brazos, reposando su cuerpo en el marco de mi puerta.

Es que era perfecto. Su cuerpo estaba ahí parado y me desconcentraba. Por más que luchaba, sentía que me ardían las mejillas y no paraba de lamer mis labios.

—¿Siempre duermes así? —pregunté señalándole rápidamente provocando su sonrisa.

No podía dejar de mirar su cuerpo. Dios bendito cómo se le marcaban los oblicuos en aquella postura. No era capaz de dejar de mirar cómo sus abdominales sobresalían sobre el breve vello que recorría su cuerpo hasta llegar a su ombligo. Suspiré alzando las cejas esperando que respondiera mientras trataba de pensar en otra cosa.

—Eh… —Lamió sus labios sin ocultar la sonrisa incorporándose—. No, normalmente suelo dormir con mucha menos ropa…

—La culpa es mía por preguntar —lamenté desviando la mirada escuchando su risa de fondo.

—Y tú… ¿sueles dormir con el albornoz? —preguntó burlándose.

—Así somos las estrellas… Excéntricas —respondí en forma de broma observando mi poca altura al lado de lo grande que él se veía junto a la puerta.

No podía evitar preguntarme cómo sería perderme en las dimensiones de aquel cuerpo.

—Bueno… —Soltó un breve carraspeo—. Ahora que sé que estás bien, no te molesto más —dijo incorporándose.

—¿Quieres… quedarte un rato? —Mis labios formularon aquella pregunta sin ni siquiera consultarlo con mi cabeza. Otra vez—. No creo que pueda dormir de aquí a un rato… Tengo… —Aclaré la garganta—. Demasiadas cosas en la cabeza…

En parte por su culpa. Sus ojos miraban mi habitación como si no hubiera estado otras veces. No pude evitar sonreír al verlo incorporándose.

—Aún no me ha dado por comerme a nadie —dije mirándole aún debatiéndose sobre la puerta. Aunque esta noche parecía estar a punto a cada segundo que pasaba.

—Solo espero que a tu hermano no se le ocurra aparecer… —respondió divertido decidiéndose finalmente a entrar, frotando sus manos entre sí antes de ocupar una de las sillas que había frente a la cama.

—Sí… Sería algo difícil explicar. —Sonreí colocando mis manos a ambos lados de mi cuerpo apoyándome sobre la cama con la espalda algo tensa—. Sobre todo si te ve a ti así, encuerado… y a mí en albornoz…

Rubén acomodó sus brazos sobre sus rodillas, con su espalda inclinada hacia adelante. Sus manos se frotaban entre sí mientras en su rostro se podía ver que había algo que le rondaba por la cabeza. Quise aferrarme a este momento por si en cualquier momento lo estropeaba, como terminaba haciendo con todo lo que me rodeaba.

—Va, suéltalo —dije acomodándome sobre mi cama, recolocándome el albornoz para que no se viera nada.

—¿El qué? —preguntó devolviéndome la mirada con sus cejas alzadas.

—Lo que sea que estás pensando.

—No es nada —respondió rascando su barbilla.

—Ajá… Dale, suéltalo, vamos —insistí.

—Está bien… —susurró con una sonrisa—. Es que, siento que desde que volví… estás rara conmigo… Como si te incomodara tenerme cerca. —Se acomodó sobre el asiento, frotando lentamente sus manos sobre sus piernas —. Quizás sean ideas mías…

Me dio tanta ternura escucharle, al igual que ver su expresión. No pude

evitar sonreír mientras llenaba mis pulmones de aire antes de serle sincera. Rubén era uno de mis mejores amigos. Me había demostrado más lealtad que muchas personas. No quería que esta absurda tensión que había crecido entre nosotros por culpa de mis fantasías estropeara esto tan mágico que teníamos. Tras un profundo suspiro pasé mis manos por mi rostro, frotándolo antes de volver a mirarlo.

—No, no son ideas tuyas…

—Es… por algo que he dicho o he hecho. —Me miró preocupado.

—No, claro que no… —dije con una sonrisa nerviosa por la vergüenza de tener que contarle—. Ni tampoco es que me incomodes ni nada de eso…

—¿Entonces?

Sonreí notando cómo mis mejillas se ruborizaban.

—Es… Por otra cosa que no tiene nada que ver contigo, bueno… —Sacudí lentamente mi cabeza—… En parte sí, pero no es tu culpa.

Rasqué nerviosa mi cuello tratando de buscar las palabras que me hicieran menos incómodo el tener que confesarle que llevaba meses haciendo el amor con él en sueños.

—No tienes que contarme si no quieres.

—No quiero —dije sin poder ocultar la sonrisa nerviosa—. Pero debo hacerlo…

—¿Quieres que me tape los ojos? —preguntó llevando sus manos hacia aquellos ojos verdes mientras ambos nos reíamos.

—¿Y eso para qué?

—Para que te resulte más fácil si no te miro.

Negué agradeciéndole el gesto extendiendo mi brazo para sentir cómo su mano agarraba la mía con cariño dándole un breve apretón. Miré nuestras manos agarradas antes de aclarar mi garganta. Notaba cómo mis labios eran incapaces de ocultar la sonrisa nerviosa e incómoda a la vez que mi boca se secaba.

—Pero por favor no me juzgues, ni te espantes…

—Te lo prometo —asintió con una sonrisa en sus labios.

—Está bien… eh… —Resoplé—. A ver por dónde empiezo. —Aclaré mi garganta de nuevo—. No sé por qué…

Hice una pausa para repensar mis palabras para no parecer una loca.

—Eh… Llevo un tiempo soñando que… que nosotros… —Rasqué mis cejas con los dedos nerviosa—. Ya sabes…

Junté las palmas de mis manos involuntariamente respirando hondo.

—¿Qué cosa? —preguntó humedeciendo sus labios a cámara lenta para mis ojos tratando de entenderme.

Alcé las cejas mirándole, apretando los labios para tratar de esconder mi sonrisa nerviosa.

—¡Oh!

No podía dejar de reírme avergonzada al ver su cara tras exclamar. Sus labios trataban de aguantar la sonrisa antes de cubrirlos con sus dedos al acariciarlos. Ambos nos reíamos cada vez que nuestras miradas coincidían mientras veía en sus ojos cómo procesaba toda aquella información.

—Por favor di algo… —le pedí sin borrar la sonrisa nerviosa de mis labios.

Rubén asintió mordiendo sus labios a la vez que sus manos acariciaban su barbilla.

—Eh… —Esbozó una enorme sonrisa mirándome—. Yo… no sé bien qué decir…

—Estarás pensando lo peor de mí —dije recolocándome el albornoz avergonzada.

—¿Por qué? Todo el mundo tiene fantasías constantemente…

Acomodó en aquel sillón mientras colocaba su cuerpo en el filo del asiento para estar más cerca.

—Es solo que… —Rascó nervioso su cabello—. Uno no siempre tiene la suerte de salir en una fantasía tuya…

Ambos sonreímos al volver a mirarnos, sintiendo aquella tensión que

llevaba tiempo persiguiéndome, cómo ahora se multiplicaba. Me moría de la vergüenza por habérselo confesado, pero sentía una inusual liberación. Y una necesidad incontrolable de comprobarlo por mí misma.

—Solo tengo una duda… —dijo lamiendo sus labios divertido.

—¿Solo una? —pregunté riéndome sin saber dónde esconderme.

—Tengo muchas de hecho… —aclaró provocando la risa nerviosa de los dos—. Pero no quiero que pases más vergüenza, así que… eh, sí, de momento solo hay una que ronda mi cabeza

—Me da miedo saber cuál… —Cubrí levemente mi rostro esperando saber qué era lo que le daba curiosidad.

—¿Cómo fue? Es decir… ¿Estuve bien? —preguntó divertido.

—¡Rubén! —exclamé cubriendo de nuevo mi rostro muerta de vergüenza.

—Tengo una reputación que mantener… —bromeó riéndose—. Sería un duro golpe saber que has fantaseado conmigo y he sido incapaz de cumplirte.

Mis labios esbozaron una enorme sonrisa mientras miraba hacia otro lado, evitando mirarle al recordar las miles de veces que habíamos hecho el amor en esta misma habitación, sobre la cama que ahora deseaba que se abriera para tragarme. Negué avergonzada, mordiendo mis labios antes de confirmarle que todas y cada una de las veces habían sido tremendamente satisfactorias.

—Tu reputación está a salvo. —Sonreí tras morder mis labios recordándolo—. Estuviste muy bien de hecho…

Ambos nos miramos varios segundos a los ojos, lamiendo involuntariamente nuestros labios antes de mirar para otro lado sonrientes. Al volver a mirarlo comprobé cómo su garganta bajaba lentamente al tragar, aprovechando para volver a admirar el color real de su piel bajo la luz de mi dormitorio.

—Bueno, me alegro de no haberte decepcionado —dijo respirando profundamente sin perder aquella hermosa sonrisa.

Los dos volvimos a sonreír en silencio al coincidir nuestras miradas, obligándome de nuevo a respirar, deseando parar el tiempo para poder observarlo sin miedo a tener que disimular.

—Al final mi amiga Pau va a tener razón… —Aquel pensamiento en alto salió en forma de suspiro de mis labios.

Rubén volvió a mirarme al escucharme, alzando sus cejas con ternura.

—Piensa que necesito buscar urgentemente a alguien con quién «desfogar» de vez en cuando —confesé incomoda.

—Ya… —murmuró—. ¿Y tú qué opinas de eso?

—No sé… —Lo miré confundida—. ¿Crees que…? —Alcé los hombros —. ¿… Que es pronto?

Rubén asintió en silencio frunciendo suavemente su ceño antes de mirarme.

—Creo que… lo único importante aquí, es saber si a te ti apetece… Lo que yo opine o lo que opine el resto te debe dar igual…

—Ya, pero me refiero… —Apreté mis dedos nerviosos contra mi albornoz—. ¿Cuándo es prudente… volver a sentir esas ganas de estar de nuevo con alguien?

—El cuerpo va a avisándote… —respondió mirándome, humedeciendo sus labios—. Y por lo que acabas de confesarme… Tu cuerpo te lo está pidiendo…

—Ya… —murmuré avergonzada.

—Si existiera un tiempo «prudente»… tú lo has pasado con creces, si eso es lo que te preocupa… No le debes nada, a nadie.

Le dediqué una breve sonrisa en forma de agradecimiento por sus palabras. Gesto que aprovechó para sentarse a mi lado sobre la cama colocando uno de sus brazos sobre mi hombro para abrazarme. Dejé caer la cabeza sobre su hombro mirando al frente, notando cómo su mano acariciaba mi brazo por encima de aquel albornoz, que era lo único que cubría mi cuerpo deseoso en esos momentos de repetir lo que había soñado.

—Los hombres lo tenéis todo mucho más fácil…

—¿Qué cosa? —pregunté viendo cómo alzaba los ojos para volver a vernos.

—Volver a conectar así con alguien… Mira Marc por ejemplo… Nadie lo juzga ni lo juzgará como padre el día que decidida hacer pública su nueva relación… Pero en cambio a mí… —Se escapó de mi boca un leve gruñido—. Se me cuestiona cada cosa que hago, solo por el hecho de ser mujer… Y ser madre.

—Pero tú tienes algo que él nunca tendrá… —Me miró regalándole una breve sonrisa—. El respeto de tu hija… El cariño de los que te rodean y el apoyo de la gente cuando se entere de todo lo que has tenido que aguantar por mantener tu familia unida… —Vi cómo se le escapaba una sonrisa de sus labios—. Cada persona es libre de vivir su duelo como quiera… Por eso el día que quieras conectar de nuevo con alguien, será porque realmente estás lista… Y cuando eso pase, lo que digan o piensen los demás te tiene que importar poco.

Ambos nos dedicamos una breve sonrisa antes de sentir sus cálidos labios sobre mi cabeza, robándome un breve suspiro y la tranquilidad. Mi corazón latía acelerado al contemplar desde la cercanía su cuerpo y respirar el delicioso aroma de su piel.

—Gracias por animarme, por estar siempre, por secar mis lágrimas… —le agradecí con una sonrisa, agarrando la mano que acariciaba mi hombro —. Por surfear conmigo tantas olas…

—Aquí me tendrás siempre, tabla en mano…

Nuestras miradas se quedaron fijas la una sobre la otra. Mirándonos a escasos centímetros como nunca antes nos habíamos mirado. Sentía el corazón latir con fuerza sobre mi garganta, creyendo que en cualquier momento se saldría de mi boca. Mi mirada bajó lentamente recorriendo sus facciones, contemplándolo de manera que jamás había hecho. Era hipnótico ver cómo la barba salía de sus mejillas, cómo sus ojos parecían aún más claros desde cerca, o cómo sus pupilas se dilataban al mantenerme la mirada. La forma de sus labios que sobresalían por encima de aquella barba

recortada. El olor de su perfume sobre su piel a esta distancia. Al sentir su respiración me dio pánico que él pudiera sentir mi respiración y que escuchara mi cabeza gritar que lo besara. Y es que me moría de ganas de sentir mi boca sobre la suya y colgarme de ella. Rubén agachó la mirada hacia mis labios viendo cómo humedecía mi boca involuntariamente imaginando a qué sabrían sus labios. Estaba completamente vencida ante él. Paula tenía razón, Rubén provocaba cosas en mí que llevaban mucho tiempo apagadas. Rápidamente aclaré la garganta apartando la mirada de sus ojos y de sus labios antes de que aquel cosquilleo que recorría mi vientre despertara impulsos en mí que me hicieran lamentarme más adelante. Ambos nos separamos sutilmente al darnos cuenta de la tensión que se respiraba entre los dos, era más que palpable.

—Creo… que… —Rubén aclaró su garganta frotando sus manos sobre sus muslos—. Que es mejor que…

Sus dedos señalaron rápidamente hacia la puerta de mi dormitorio.

—Claro… —respondí en voz baja evitando el contacto visual.

—Buenas noches… —se despidió levantándose de la cama.

—Buenas noches…

Respiré profundamente a la vez que me levantaba, relamiendo mis labios por lo que pudo haber pasado, observando su espalda desnuda, moldeada y anatómicamente perfecta, alejarse hasta llegar a la puerta. Resoplé en silencio antes de verlo girarse tras abrir la puerta de mi dormitorio. Al ver sus ojos mirarme de esa forma, me di cuenta de que me aterraba y me moría de ganas por cruzar esa raya que podía hacer tambalear nuestra amistad. Me asustaba la idea de saber que podría terminar enamorándome de él.

Capítulo 5

Sus labios volvieron a invitarme a que me quedara con ella en aquella habitación. Cerré la puerta de su dormitorio, sintiendo cómo mi cuerpo se tensaba al contemplar cómo se sentaba de nuevo al filo de su cama. Caminé lentamente al otro lado de aquella enorme cama, dedicándonos ambos alguna que otra mirada en silencio. Mi cabeza iba a tres mil por segundo. Esperé que ella se tumbara antes de tumbarme al filo de la cama guardando las distancias. Su olor estaba adherido a todas partes, recordándome en forma de pinchazos en el pecho que ella no era una mujer más. Giré la cabeza hacia ella observando sus cejas relajadas y sus enormes ojos color café que llevaba tantos años disfrutando ver desde la cercanía, observándome. Su rostro con forma de corazón resaltando sus mejillas, ahora más pronunciadas por su pérdida de peso. No pude evitar recorrer lentamente la forma de sus labios con mis ojos, la manera en que su comisura se torcía al sonreír. Tenía el corazón golpeando con un mazo la pared de mi pecho por estar allí tumbado junto a ella, mirándonos en silencio, pero no escuchaba mi cabeza pensar. Isabella era mi caos y mi paz. Sus dedos buscaron mi mano para acariciarla. Inhalé lentamente al corresponderle acariciando lentamente la piel de su mano. Tocar su piel después de su confesión era como darle a mi esperanza una dosis alta en vena, despertando un deseo casi incontrolable. Mojé mis labios lentamente al ver cómo ella no apartaba sus ojos sobre mí. Isabella soltó mi mano para acomodar su cuerpo de lado, abrazándose a su almohada tras colocarla entre los dos. Mi boca salivaba obligándome a tragar cada dos por tres por la tensión de tenerla tumbada junto a mí, únicamente con un albornoz. Una de sus piernas quedó al descubierto al colocarse sobre la almohada, robándome mi voluntad al contemplar su piel de porcelana. Me incorporé en busca del filo del nórdico provocando que sus ojos me miraron fijamente al verme acercarme para cubrirla. Tragué de nuevo luchando por calmar aquel deseo que recorría cada enlace neuronal de mi cuerpo al cubrir su cuerpo,

recorriéndola con la mirada hasta llegar a sus ojos. Había fantaseado tantas veces con tenerla así, que ahora que la tenía frente a mí, me asustaba tocarla. Me moría de ganas de besarla. No podía dejar de mirar sus labios y no desear comprobar cómo sería que su boca me besara. Me consumía y me aterraba tenerla tan cera. Isabella no era como las otras mujeres con las que había estado. Ella era diferente, era especial. Era lo más parecido que existía a la perfección. A pesar de medir poco, su presencia me intimidaba.

—Gracias… —susurró con una sonrisa tímida.

Le dediqué una leve sonrisa antes de besar su frente para tumbarme de nuevo. Aquel beso fue la señal que ella necesitó para acomodarse junto a mi cuerpo, dejando aquella almohada como única separación entre ambos. Respiré profundamente luchando conmigo mismo dirigiendo la mirada a aquel techo salpicado por halógenos escuchándola suspirar mientras sentía cómo se acomodaba. Cuando volví a dirigir mis ojos hacia ella, sus párpados habían cubierto sus ojos. Su rostro relajado estaba acurrucado en aquella almohada y había cubierto su cuerpo hasta sus hombros. Sonreí cogiendo aire, acomodándome en aquella cama que olía a ella cada vez que me movía. Sentía que esto era la forma que tenía la vida de disculparse por todo lo que me había quitado, regalándome este instante donde poder contemplarla en la oscuridad de su dormitorio, vigilando sus sueños por todas aquellas veces que había deseado poder estar aquí mismo para protegerla. Isabella era la razón por la que aquella soga jamás llegó a rozar mi piel. Su recuerdo fue el recordatorio de que debía seguir luchando como todo buen guerrero.

La claridad que entraba por aquel enorme ventanal fue deslumbrándome hasta conseguir despertarme. Respiré profundamente a la vez que abría poco a poco los ojos notando un peso sobre mi cuerpo. Sonreí al ver el brazo de Isabella abrazar mi cintura y su cabeza reposar sobre mi pecho, escondiendo involuntariamente mi nariz en su pelo revuelto sobre mi hombro antes de aferrarme a su cuerpo mientras me estiraba. Antes de que pudiera dejar caer mi cabeza al lado de la suya para disfrutar de aquellos últimos segundos, su cuerpo se contraía respirando profundamente. Acababa de desbloquear una nueva necesidad después de descubrir cómo

era despertar con ella y estaba a punto de descubrir cómo era su humor por las mañanas. Su cabeza se movió sobre mi pecho, a la vez que sus dedos comenzaron a acariciar mi pecho provocando que mi corazón estuviera al borde del infarto. Sus manos se detuvieron de pronto, colocándose sobre mi pecho, casi palpando. Por cómo se incorporó para mirarme confundida, seguramente aquellas caricias habrían sido involuntarias. Quizás imaginó que sería Marc quien la abrazaba.

—Buenos días —dije aún con la voz ronca.

—Buenos días —dijo pasando sus manos por su rostro.

—No ha pasado nada, tranquila.

Involuntariamente acerqué mi mano a su espalda notando que estaba empapada en sudor.

—¿Estás bien? —pregunté incorporándome—. ¿Estás sudando?

—Sí… —afirmó nerviosa colocándose de rodillas sobre la cama—. Sí, es que he pasado mucho calor esta noche —aclaró su garganta sacudiendo el cuello de su albornoz—. ¿Tú no? ¿No has pasado calor?

—No… —respondí viendo cómo se bajaba de la cama—. ¿Seguro estás bien?

—Sí —dijo de forma cortante acomodando su pelo con sus dedos—. Es solo que… me gustaría darme un baño, estoy toda sudada…

—Claro… —dije moviendo mis piernas bajo las sábanas para bajarme de su cama—. Eh… No. No puedo irme ahora.

—¿Cómo dices? —preguntó mirándome confundida.

—Necesito cinco minutos… —Sonreí avergonzado sentado en el borde de la cama.

—¿Cómo cinco minutos? —Isabella preguntó agarrando su albornoz entre sus manos evitando que se le cayera.

La miré rápidamente mientras colocaba un cojín sobre mis piernas tratando de ocultar a mi amigo saludando para mi vergüenza, aunque bastante bien se había portado después de estar toda la noche respirando su

aroma y sientiendo sus manos acariciándome y abrazándome.

—¡Oh! —Isa exclamo riéndose—. Ahora lo pillo… Tú, este… —Resopló mirando a nuestro alrededor—. Tómate el tiempo que necesites. —Evitó mirarme sin dejar de reírse.

—Gracias…

Ambos nos reímos mientras ella señalaba con sus manos la puerta del baño indicándome que iba a entrar a bañarse. En cuanto cerró la puerta de aquel baño traté de pensar en cosas poco atractivas mientras salía de aquella cama para abandonar su dormitorio. Fui a la habitación de invitados antes de que alguien más me viera así y causarle problemas. Lo último que ella necesitaba era que me vieran a mí con la bandera alzada saliendo de su habitación. Fui directamente a darme una larga ducha para reflexionar bajo el agua todo lo que había pasado aquella noche. Era la primera vez que dormía con alguien que me enloquecía como ella lo hacía. Mientras el agua recorría mi cara, mi cabeza no paraba de revivir su voz confesándome que era el protagonista de sus fantasías. Me dolía haber sido con el que fantaseaba, pero no con el que se iba a desfogar. Al salir de la ducha, envolví una toalla alrededor de mi cintura antes de volver a la habitación para vestirme. Traté de dejarlo todo lo más recogido posible antes de salir. Iba tan distraído colocándome de nuevo el reloj de mi padre, que tropecé con la última persona que necesitaba ver en aquel momento.

—¡Perdón! —dije alzando la mirada tras chocar.

Para mi desgracia, tuve la mala fortuna de chocarme con Marc, provocando que su teléfono móvil se cayera. Su rostro se encendió al alzar los ojos y verme allí.

—¡¿Qué cojones haces tú aquí?! —gritó antes de levantar la mirada furiosa, guardando su teléfono en el bolsillo.

—Baja la voz.

Miré a nuestro alrededor comprobando que estuviéramos solos.

—Vaya… ¿Ahora vas a darme ordenes tú a mí? ¿En mi propia casa? —Sus manos empujaron mis hombros hacia atrás gritando de nuevo.

—Será mejor que te calmes —dije mirándole, apretando los dientes.

—Estoy calmado —respondió mirándome furioso.

—No lo parece la verdad —inhalé profundamente para no entrar en su juego.

—¿Sabes? Nunca me gustaste —dijo mirándome con asco, invadiendo mi espacio personal.

—El sentimiento es mutuo, no te preocupes.

—Te calé desde el primer día que te conocí… Adriana me advirtió sobre tu rara obsesión con mi mujer, pero no creí que Isabella fuera tan zorra como para follar contigo en mi propia casa.

—No voy a consentir que hables así de ella —le amenacé.

—Isabella es mi mujer —volvió a recalcarlo—. No lo olvides.

—Hubiese estado bien que tú lo recordaras también —respondí aguantándole la mirada. Su sonrisa irónica era como una patada en los huevos.

—¿Crees que por follártela tienes derecho a hablarme así? Eres un puto panchito de mierda y no eres ni el primero ni serás el último… Isabella es así. Con su carita de inocente te atrapa, se divierte contigo y luego te manda a la mierda, así que no te sientas especial.

—Cuidado con lo que dices… —le advertí viendo cómo acortaba la distancia entre los dos—. Te repito que no voy a consentir que hables así de ella. Ten un poco de respeto por la madre de tu hija… —dije recordándole que mi paciencia tenía un límite—. Y ahora si me permites… —dije señalando las escaleras mientras sus ojos me miraban con el mismo desprecio que seguramente los míos lo miraban.

Marc se hizo a un lado dejándome pasar. Ambos nos retamos con la mirada al pasar uno al lado del otro. Antes de bajar las escaleras me chifló como si estuviera llamando a un perro. Apreté los ojos respirando profundamente antes de volver a girarme.

—Solo para que lo sepas, tu mujer… Folla mil veces mejor que Isabella.

Su risa fue el detonante para hacer lo que llevaba tanto tiempo deseando hacer. No me siento orgulloso, pero esas palabras junto con todas las veces que Isabella me había llamado llorando por culpa de este hijo de puta, fue el incentivo para borrarle la sonrisa socarrona de un puñetazo. Golpearle fue la mejor sensación del mundo. Sentí la adrenalina salir de mi puño al chocar con su estúpida cara. Lo único que me hizo dejar de disfrutar al verle caer al suelo con el labio partido por el golpe, fue ver a Isabella salir de la habitación mirándome como si realmente aquella rata no lo mereciera.

—¿Pero qué…? ¿Te has vuelto loco o qué? —Sus ojos me miraron mientras me reprendía.

Sacudí mi mano tras golpearlo viendo cómo se retorcía en el suelo como la rata que era, con el labio ensangrentado. Los ojos de Isabella me miraban desconcertados mientras se agachaba para socorrerlo. Lamí mis labios recolocando mi camisa antes de irme tal como Isabella me había pedido. Pude ver la sonrisa de Marc aún tirado en el suelo haciendo bien su papel antes de girarme para irme, topándome al bajar con los ojos incrédulos de Agustín al ver mis nudillos y a Marc en el suelo sangrando. Salí de aquella casa lamentando haber perdido así los nervios, sobre todo porque le había dado a Marc la excusa perfecta para acercarse a de nuevo a Isabella. Una vez dentro del coche, observé mis nudillos rojos al colocar la mano sobre el volante, recordando las palabras de Marc confirmando lo que tantas veces Adriana me había negado.

Al llegar a casa solté las llaves junto con mi teléfono sobre la barra de la cocina parándose al rebotar contra una de las velas que había. Resoplé tratando de quitarme el coraje, colocando las manos sobre mi cintura tras pasar mis manos varias veces sobre mi cabeza, sin ser capaz de detener mis pies que caminaban en círculos. El sonido de mi teléfono me hizo ver la vela torcida por el golpe contra las llaves. Me acerqué para ver de quién se trataba, rascando mi barbilla pensando si era buena idea cogerlo al ver el nombre de Agustín sobre la pantalla. Tal como estaba en ese momento lo único que podría hacer era empeorar la situación. Así que volqué todo el coraje y frustración que sentía sobre el saco de boxeo que colgaba de lo que

sería mi gimnasio. Cada vez que golpeaba aquel saco me acordaba de mi psiquiatra y del consejo de focalizar para sacar y controlar mi ira sobre aquel saco. Tras casi una hora recibiendo golpes, decidí darle descanso al saco tras escuchar el timbre de la puerta, colocándome una toalla alrededor del cuello antes de salir, secando mi cabeza y mi cuello mientras avanzaba por el pasillo hasta llegar a la entrada donde seguían tocando.

—¡Ahí voy! —respondí llegando de nuevo a la sala, comprobando mi teléfono al agarrarlo de encima de la barra.

Siete llamadas perdidas de Susana; tres notificaciones de mensajes de Agustín. Al abrir la puerta los ojos azules de Susana me miraban entre enfadados y preocupados por no haberle devuelto las llamadas. Abrí la puerta de par en par invitándola a entrar mientras me dirigía a la cocina para tomar café ya que acababa de recordar que no había desayunado.

—¿Quieres café? —le pregunté encendiendo la maquina barista.

—¿Me puedes explicar dónde coño estabas? Me tenías preocupada.

Me giré para mirarla mientras se hacia el café. Susana era como una Taylor Swift española; altísima, mega rubia y unos enormes ojos azules. Aunque de personalidad era más como Robin de *How I Meet Your Mother*.

—Estaba haciendo deporte, no escuché el teléfono…

—¿Tú sabes la cantidad de llamadas que tengo de nuestro socio del hospital preguntándome si su traumatólogo va a reincorporarse mañana? —Me miró enfadada.

—Discúlpame … —respondí acariciando su mano antes de servirle una taza de café.

—Rubén, es que parece que se te olvida lo que te juegas… ¿Sabes los malabares que tuve que hacer entre bajas y excedencias para que no te finiquitaran de la sociedad? —Agarró la taza de café entre sus manos para calentárselas.

—Lo sé, perdona… —Me disculpé nuevamente apoyando mi cuerpo sobre la barra—. Recién aterricé… Y al ser domingo me relajé, disculpa… Yo mismo llamaré a Víctor para confirmarle que mañana me tendrá en

turno doble si le apetece.

Susana me miró en silencio antes de mojar sus labios rojos de pintalabios de café para luego saborearlo.

—¿Y qué coño te pasa?

—¿A mí? Nada… ¿por qué la pregunta?

—No sé —dijo colocando sus brazos cruzados sobre la mesa tras señalar mis nudillos—. Negué levemente con la cabeza incorporándome mientas terminaba el café de mi taza—. He estado haciendo deporte, te lo he dicho…

—Ya… ¿Y esa cara de malhumorado?

—No estoy malhumorado… —respondí dejando la taza en el fregadero.

—Claro… ¿Y dónde estuviste?

Me giré para mirarla cruzando mis brazos sobre el pecho mientras lamía mis labios.

—Te lo pregunto porque anoche estuve tocando el timbre y me dijo el portero que aquí no había ni Cristo… por no hablar de que dejaste tirados a los chicos con la excusa de que estabas con tu chica.

Arrugué la frente al escuchar aquellas frases hechas que soltaba que jamás entendía. Sus enormes ojos azules me miraron con sus cejas alzadas esperando alguna respuesta.

—Estuve fuera.

—¿Con Tania? —preguntó con curiosidad—. Tu nueva distracción.

—No… Tania está con su familia este fin de semana.

—¿Entonces? ¿Ya te cansaste de ella?

—¿Por qué dices eso?

—Porque has dicho que pasaste la noche fuera y acabas de confesarme que la utilizaste como excusa… Por favor no me digas que fuiste a buscar a Adriana.

Chasqueé la lengua ofendido por haber siquiera imaginado aquello.

—Por supuesto que no… —La miré decepcionado por aquella horrible imagen que tenía de mí.

—Por tu bien espero que así sea. —Me señaló—. Entonces… ¿dónde estuviste?

Insistió sentándose en uno de los banquitos, mirándome intrigada.

—Fui a pasear, nada más… —mentí agachando levemente la mirada—. Lo que pasa es que no tenía ganas de salir a ver cómo se emborrachan…

Susana me miró eligiendo creerme o decidiendo no insistir más.

—Que sepas que estoy orgullosa de saber que no has vuelto a beber… —confesó—. Cuando no podía localizarte pensé que…

Suspiré alzando mi mano para agarrar la suya, estrechándola con cariño. Susana era conocedora del problema que tuve con la bebida. Y aunque no sabía que intenté quitarme de en medio, sé que imaginaba que trataba de hacerlo bebiendo hasta un día no despertar.

—Tania se encargó de vaciar el minibar y la vinoteca del piso antes de que volviera… Y si quedaba algo, sus amigos se lo bebieron todo en fin de año —bromeé.

—Rubén, como se enteren en el hospital… —murmuró preocupada.

—Te prometo que eso no será más un problema. —Apreté sus manos con cariño.

Susana se levantó soltando mis manos para ir a abrazarme, apretándome con fuerza.

—No te imaginas las ganas de tenerte otra vez por aquí —dijo en voz baja abrazándome—. Te he echado de menos, melón.

—Yo también tenía ganas de volver. —Sonreí aún abrazado a ella.

Susana me estrechó entre sus brazos antes de alejarse dándome un golpe en el pecho.

—Ahora haz el favor de bañarte, que hueles a perros muertos… —dijo metiéndose conmigo con su sonrisa burlona.

—A sus órdenes.

—Yo ya me voy… —avisó recogiendo sus cosas—. Por favor… —Volvió a girarse—. Avisa cuanto antes a Víctor para confirmarle que mañana te reincorporas.

—Me pego una ducha y lo llamo.

Me dedicó una cálida sonrisa antes de irse, dejándome de nuevo a solas en aquel inmenso piso. Me dejé caer en aquel sofá que Adriana había elegido después de ver trescientos, mirando fijamente al frente. Suspiré antes de acercar mi teléfono para ver los mensajes que Agustín me había dejado. El timbre del portal volvió a sonar. Imaginé que sería Susana, seguramente se habría olvidado de decirme algo, así que dejé la puerta abierta mientras me dejaba caer de nuevo sobre el sofá para escuchar las notas de audio que Agustín me había mandado.

—*¡Ey!* … ¿Cómo estás? ¿Qué fue lo que pasó? Escucha en un rato salgo para tu casa. —Pulsé el siguiente audio colocando el teléfono cerca de mi oído para evitar que Susana escuchara cuando subiera—. Isa me ha pedido que te pregunte que, si puedes recibirla de aquí a un rato para hablar de lo que ha *pasao*… Estaremos por el centro para hablar con el abogado, así que cualquier cosa házmelo saber, ¿vale? Chao.

Apreté los dientes volviendo a la parte que decía que quería hablar de lo que había pasado. Mientras mis dedos trataban de escribir una excusa creíble para no tener que verla, unos dedos golpearon la puerta que había dejado entreabierta.

—¡Pasa, Susi! —exclamé aún mirando la pantalla del teléfono.

—No soy Susi.

La voz de Isabella sonó tras aclararse la garganta, sintiendo la puerta cerrarse de fondo. Rápidamente me giré levantándome del sofá al reconocer su melódica e inconfundible voz, viéndola parada frente a mí con sus lentes oscuros sobre la cabeza y su abrigo puesto, mientras sus manos agarraban su bolso con fuerza.

—Isa, no te esperaba… ¿Qué haces aquí? —pregunté lamentándome

haber estado una hora sudando, dándole golpes a aquel saco—. Perdona que no me acerque mucho, he estado haciendo deporte y… no huelo muy bien.

—No te preocupes, discúlpame tú por presentarme así —dijo mirando a su alrededor—. Es evidente que esperabas a otra persona…

—No… Lo que pasa es que cuando has tocado justo acababa de irse Susana, mi jefa… Se ha ido regañándome y pensé que se había olvidado algo. —Dejé el teléfono sobre la barra de la cocina—. Pasa por favor…

—Gracias… —respondió soltando un discreto suspiro mirando curiosamente a su alrededor.

—Eh… ¿Te importa esperarme unos segundos? —pregunté señalando el pasillo que quedaba tras de mí.

—Sí, claro —respondió con una breve sonrisa.

—Hay café recién hecho por si te apetece —dije haciendo un gesto con la mano—. Me pego una ducha y vuelvo… Estás en tu casa.

Tras dedicarle una rápida sonrisa me fui directo a mi habitación para buscar algo de ropa presentable antes de meterme en el baño. El olor de su perfume había invadido cada rincón de ese piso de doscientos metros cuadrados. Me metí en la ducha dejando que los chorros de agua fría comenzaran a caer para no perder mucho tiempo. Diez minutos después salí de la ducha echándome algo de perfume antes de vestirme. Tras colocarme unos vaqueros oscuros, salí del dormitorio terminando de colocarme el jersey, encontrándomela sentada de espaldas sobre el sofá con sus ojos revisando su teléfono. Isabella giró su cabeza con un movimiento sutil pero sexy, apartando su cabello a la misma vez que me miraba.

—Listo —dije entrando a la sala con una breve sonrisa.

—Mmm, ¿qué perfume es? —dijo acercándose a mi para olerme mejor —. Huele como a… ¿incienso?

—Loewe creo que es —dije levantando mi jersey hasta mi nariz mientras me sentaba a su lado—. Fue un regalo de mi hermana ¿te gusta?

—Huele muy rico —dijo sonriente acomodándose en aquel enorme sofá color crema.

—Oye… —Quise ser el primero en sacar el tema para disculparme, acomodándome sobre el sofá—. Quería disculparme por lo que ha pasado esta mañana… —Remangué mis brazos mientras la miraba—. Lo siento… perdí los papeles, no debí golpearlo.

Su rostro se quedó cabizbajo a la vez que su cabeza negaba con un sutil movimiento restándole importancia. Sus manos en cambio piñizcaban su dedo índice tratando de canalizar por ahí su ansiedad. Coloqué una de mis manos sobre la suya para calmarla provocando que esos hermosos ojos color café volvieran a mirarme.

—Yaris escuchó lo que te dijo… Así que es, más bien al contrario, te agradezco que me defendieras. —Me regaló una tierna sonrisa mientras apretaba mi mano.

—Aun así, estuve fuera de lugar…

—Marc en sí está completamente fuera de lugar. —Podía ver la tristeza y la vergüenza en su mirada.

—Lo mejor de todo fue la cara de tu hermano —recordé divertido para romper el hielo. Ambos nos reímos en silencio varios segundos antes de volver a mirarnos—. Espero no haberte causado más problemas de los que tienes…

—Marc en sí es un problema ahora mismo en mi vida… así que tranquilo.

Su sonrisa se veía triste, al igual que su mirada. Había perdido el brillo que tenía tanto anoche como esta mañana. Me senté sobre una de mis piernas, acomodándome para poder verla de frente.

—¿Cómo estás? —pregunté mirándola.

Su garganta se movía lentamente tras suspirar.

—Te mentiría si te dijera que no me duele verle, tenerlo cerca… —Hizo una leve pausa arrugando sus labios—. Al quedarnos a solas, me suplicó que lo dejara volver, que se arrepentía del daño que me había hecho…

—Y… ¿Vas a perdonarlo? —Sus ojos me miraron confundidos.

—No sé si con el tiempo me arrepienta, pero… ahora mismo no

puedo…. por más que él trate de convencerme, sé que todo lo que me diga o me prometa es mentira… —Sus ojos volvieron a agacharse—. ¿Sabes? En toda nuestra relación él siempre me ha hecho sentir que era insuficiente, insignificante… Hasta decidí olvidar sus aventuras si me prometía que haríamos terapia juntos para arreglarlo…

—¿Sabías que te era infiel?

Isabella me miró fijamente. La conocía tan bien, que podía ver en sus ojos cómo su corazón se rompía al verbalizarlo.

—Una siempre lo sabe… Pero decidí volverme ciega y tonta porque creía que lo que habíamos construido juntos era algo único, genuino… algo por lo que merecía la pena dejar pasar ciertas cosas…

—¿Y por qué es distinto ahora? —pregunté observando cómo sus ojos se agachaban avergonzados. Isabella pasó sus manos nerviosas por su rostro, rascando sus cejas. Sabía que estaba a punto de derrumbarse. Suspiré apretando mi mandíbula de coraje por no haber golpeado a Marc más cuando lo tenía allí tirado en el suelo.

—Escucha… Lo que tuviste con Marc, fue genuino —dije buscando su mirada—. Juntos hicisteis lo más importante; tu hija.

Vi cómo su boca se torcía tratando de aguantar las ganas de llorar al escucharme. Le dediqué una leve sonrisa antes de alcanzar su cuerpo con mis brazos para abrazarla, notando cómo se derrumbaba abrazada a mí. Froté su espalda con cariño para consolarla. Entendía perfectamente su dolor, a pesar de no ser equiparable, ya que ella realmente estaba enamorada de Marc, pero había pasado por ese sentimiento de abandono y de traición, donde solo tienes ganas de evadirte del mundo.

—El dolor físico que siento es… es como si tuviera un enorme agujero en el pecho que no me deja respirar… —dijo sollozando abrazada a mí—. Y lo peor es que a veces pienso que todo el mundo puede verlo y ver a través de él…

—Ese dolor pasará… Eres mucho más fuerte de lo que crees. —Acaricié su cabello con una de mis manos, disfrutando del tacto sedoso de su pelo

sobre mis dedos.

—A veces siento que no voy a poder con todo…

—Claro qué vas a poder, has podido con cosas peores —le recordé—. Eres la mujer más fuerte que conozco. Además, cuando te falten las fuerzas, aquí me tendrás para sostenerte… No tienes por qué pasar por esto sola.

Sentí sus manos colocarse sobre mi pecho alejándose lentamente para clavar sus ojos sobre mí. Al volver a ver su rostro envuelto en lágrimas, pasé mis dedos sobre sus mejillas limpiándolas, dedicándole una leve sonrisa mientras sus ojos me miraban fijamente. Su respiración luchaba por volver a ser regular tras derrumbarse. Me partía el alma ver cómo ese idiota había conseguido apagar su brillo, haciéndole sentir que no valía nada. Me enfurecía verla así. Cuando me aseguré de que en sus mejillas no quedaran restos de más lágrimas, le dediqué una breve sonrisa antes de apartar mis manos. En el silencio que se hizo entre los dos solo se podía escuchar su respiración acompañando los latidos desbocados dentro de mi pecho. Una de las manos de Isabella se posó sobre mi cara acariciando mi mejilla. Mis ojos la buscaron rápidamente al sentir su caricia, dándome cuenta de que sus ojos me miraban fijamente mientras su garganta tragaba tras mojar sus labios. Tuve que refrenarme para no besarla al empezar a saborear su aliento cerca de mis labios. Sus ojos volvieron a mirarme antes de mirar de nuevo mi boca, rozando mis labios antes de besarme. El tacto de sus cálidos labios besándome provocó un profundo escalofrío que recorrió todo mi cuerpo sacudiéndolo por completo. Noté sus dedos acariciarme hasta llegar a mi cuello para acercarme a su boca. En ese momento mi sentimiento más primario me hizo devolverle aquel beso capturando sus labios contra los míos, cerrando los ojos al saborear sus labios tras asegurarme de que estaba pasando de verdad. Sus labios eran un sueño. Sabían mejor de lo que había soñado. Su boca me besaba con deseo, recorriendo ambos cada rincón de aquel terreno por descubrir que era nuestras bocas mientras mis manos buscaban su cara para no soltarla. La intensidad de aquel beso subía sin que la cordura de ninguno de los dos diera indicios de aparecer. Nuestros labios se devoraban mutuamente como si el mundo fuera a acabarse allí mismo. El

sonido de nuestros labios besándose era lo único que sonaba entre aquellas paredes. Sus manos acariciaban mi pelo con desesperación. El olor y el tacto de su piel sobre mis labios desbloqueó en mí una nueva necesidad que me llenaba de vértigo. Una de sus manos agarró mi rostro obligándonos a mirarnos mutuamente a los ojos. Ambos nos miramos intensamente, respirando aquel momento. Por más que la miraba, seguía sin creerme aún que aquello estuviera pasando mientras Isabella recorría nuevamente con sus ojos mis labios. Inhalé lentamente al contemplar sus labios hinchados de besarnos. Acaricié lentamente la hinchazón de su boca, disfrutando del tacto de su piel sedosa bajo mis dedos. Su boca volvió a buscar la mía para volver a besarnos como dos dementes. Esta vez sus manos bajaron por mi cuerpo buscando mi jersey para deshacerse de él, ayudándola a quitármelo para tirarlo tras nosotros mientras mis manos hacían lo mismo con su jersey antes de tumbarla sobre el sofá. Sus brazos automáticamente buscaron tapar su cuerpo. Agarré sus brazos, con cuidado, apartándolas de su cuerpo.

—No… —susurré acariciando sus brazos mientras los colocaba a ambos lados de su cuerpo—. No te tapes, déjame verte bien…

Sonreí al ver sus ojos mirarme de nuevo con aquel brillo, recorriendo su cuerpo con mis ojos. Sentía mi alma suspirar al descubrir lunares en su piel que jamás había visto.

—Dios… —Tragué saliva volviendo a mirar sus ojos llenos de fuego—. Eres tan hermosa…

Su pecho subía y bajaba acelerado, sobre todo al sentir el roce de mis manos acariciando todo lo que únicamente había podido imaginar, hasta hoy. La miré embelesado, completamente hipnotizado. Observé cómo inclinaba su cuerpo elevando su cintura mientras sus manos se deshacían de su sujetador negro. Sonreí luchando por memorizar al detalle la forma de su pecho, las sutiles pecas que bañaban su piel, sus lunares, la manera en la que sus costillas aparecían y desaparecían cuando ella respiraba, su ombligo, su cintura. Nunca había sentido nada como lo que sentía al verla así, desnuda. Comprendí que esto que estaba empezando entre los dos iba a dolerme toda la vida, pero iría con ella hasta el final, porque era ella mi

única adicción y mi esperanza. Volví a acercarme a su boca para besar sus labios lentamente, deslizándome entre ellos antes de hacer lo mismo con el resto de su piel. Pasé mis labios por sus brazos acariciándola con ellos hasta bajar a su pecho, donde besé cada rincón de su perfecta piel. Las caderas de Isabella se arquearon al sentir mis labios sobre su ombligo soltando un leve gemido. Mis manos volvieron a acariciar su piel hasta llegar al cierre de su pantalón, abriéndolo con cuidado para observar al abrirlo su ropa interior de encaje negro, torturando mi voluntad al contemplar partes de su piel que solo había imaginado. Al bajar lentamente su pantalón, lo dejé justo en el mismo lugar que el resto de nuestra ropa. Su piel se erizó al sentir el frío tras desprenderme de su pantalón. Sus ojos me miraban brillantes mientras sus manos tiraron de las mías tras encontrarlas para volver a besarnos. Ambos nos besamos de una manera diferente. Esta vez era un beso lento, saboreándonos sin prisa, deslizando nuestros labios lentamente, recorriendo cada centímetro de nuestras bocas. Sentí cómo sus manos se hundían en mi pelo. Bajé mis labios ordenadamente por su cuello saboreando su dulce olor antes de bajar a su pecho para llenarlo de besos, disfrutando de la reacción de su piel erizándose cada vez que mis labios o mi lengua rozaban su piel. Mis manos acariciaron sus piernas antes de subir hasta su cintura para desprenderme del resto de su ropa interior. Mis ojos memorizaron aquel instante observando la perfección de su cuerpo. Verla así, desnuda frente a mí era algo que superaba cualquier sueño que hubiera tenido. Había visto cientos de mujeres desnudas, pero ninguna se podía comparar con ella. Mis manos subieron por sus piernas buscando memorizar cada recoveco de su piel hasta llegar a sus muslos, observando cómo su cuerpo se estremecía por mis caricias sin poder apartar mis ojos de sus labios entreabiertos. Besé su vientre mientras mis dedos la acariciaban lentamente en el interior de sus muslos hasta llegar a sus labios. Un tímido gemido salió de su boca, mordiendo sus labios al sentir mis dedos acariciarla abajo provocando que su cuerpo se arqueara. Besé nuevamente su boca con un beso lento y profundo mientras mis dedos continuaban sintiendo su humedad al tocarla, notando cómo su cuerpo se contraía mientras mis dedos comenzaban a moverse dentro de ella. Las manos de Isabella se aferraron a mi cuello

buscando mi boca para besarme con desesperación, escuchándola jadear sobre mis labios. La intensidad y el calor de su cuerpo iba aumentando al igual que el movimiento de mis dedos, provocando que salieran de sus labios jadeos más profundos al seguir tocándola al ritmo que ella misma me exigía. Notaba cómo su piel ardía bajo la mía hasta escucharla liberar toda esa ansiedad en forma del mejor sonido que había escuchado hasta ahora. Sus gemidos al llegar al orgasmo. Aquel sonido mientras sentía su cuerpo temblar por mí fue lo único que necesité para terminar de caer rendido y desarmado ante ella. Besé sus labios al verla abrir los ojos recuperándose, disfrutando la manera en la que su boca me devolvía aquel beso tras dibujar una leve sonrisa. Me quedé contemplando cómo su pecho respiraba exhausto tratando de recomponerse, acariciando con una de mis manos su pierna mientras con la otra disfrutaba del tacto de su cabello enredado en mis manos. Sus ojos buscaron los míos, dedicándonos una breve sonrisa al mirarnos. Isabella pasó una de sus manos sobre mi mejilla acariciándola, mirando sus dedos acariciar mis labios. Nuestros ojos se contemplaron en silencio antes de volver a buscarnos para besarnos. Sentí sus manos acariciar mi espalda buscando abrir mi pantalón para deshacerse de mi ropa. Sonreí sobre sus labios antes de levantarla para llevarla en brazos hasta mi habitación. Sus manos se agarraron a mi cuello a la misma vez que nuestras bocas decidieron no soltarse de camino al dormitorio. La dejé con cuidado sobre la cama, como quien acaricia el pétalo de una rosa. La rosa más hermosa del mundo. Isabella se colocó desnuda sobre mi cama observándome con una sonrisa cómo terminaba de desabrochar mi pantalón para deshacerme de él. Desnudándome para ella tal como ella había hecho conmigo. Ambos cogimos algo de aire después de contemplarnos antes de acercarme hasta ella. Sus manos me agarraron por el cuello para besarme de nuevo. Sus dedos acariciaron mi espalda mientras nos besábamos. Su cuerpo se pegó al mío buscando más. Sin soltar sus labios tenté con una de mis manos el cajón de mi mesita en busca de preservativos. Sentí su sonrisa sobre mis labios antes de incorporarme para ponérmelo, viendo cómo sus ojos me examinaban. En nuestros ojos se palpaban la tensión y el deseo. Ambos sonreímos al terminar de ponérmelo, colocándome lentamente entre

sus piernas, besándonos nuevamente antes de entrar en ella. Mis brazos se tensaron a ambos lados de su cabeza para poder verla mientras se lo hacía por primera vez. Sus manos fueron hasta mi trasero aferrándose a él, siendo esa la señal para entrar lentamente sintiendo de nuevo su humedad. Ambos gruñimos de placer al sentirnos así de esa manera. Dejé caer mi cabeza sobre la suya, volviendo a sentir sus dedos aferrarse a mi cabello, regalándonos breves besos desesperados. Nuestros cuerpos se movían al compás como si lleváramos toda la vida haciéndolo, sincronizándonos a la perfección. Primero con movimientos lentos, viendo cómo su garganta se tensaba al sentirme y sus labios se mordían, dándome piel de sobra sobre su cuello para besarla. Al cabo de unos minutos haciéndoselo lento, disfrutando de su piel sudando contra la mía, su cintura comenzaba a demandar movimientos más rápidos. Notaba sus manos acariciando mi espalda con desesperación. Enterré mi nariz en su cuello respirando su piel sudada, escuchando sus jadeos al complacerla. Sus manos buscaron mi cara, apretando mis mejillas entre sus dedos para besarme con pasión para terminar mordiendo mi labio. Quería que se desfogara conmigo hasta cansarse. Nuestras miradas se encontraron tras besarnos, mirándose profundamente a los ojos, leyendo en ellos todo lo que íbamos a hacernos mientras sus piernas rodeaban mi cintura y sus manos acariciaban mi cuerpo. Mis dedos recorrían sus piernas lentamente, descubriendo en su muslo derecho una pequeña marca, como si fuera una quemadura. Era insano. Una completa locura lo que provocaba en mí, el privilegio de disfrutar de su cuerpo. Tuve que esforzarme en concentrarme en mi respiración para no terminar cuando sentí sus caderas moviéndome lentamente sobre mí como un barco que surca las olas. El movimiento de su cuerpo fue intensificándose mientras sus labios soltaban pequeños gemidos sobre mi oído. Mi cuerpo se derretía cada vez que sus gemidos invadían las paredes de aquella habitación, obligándome a respirar para poder aguantar todo lo que ella me hacía sentir. El sudor de su cuerpo se mezcló con el mío mientras el vaivén de nuestros cuerpos era cada vez más fuerte, buscando llegar al orgasmo, arañando con sus dedos mi espalda, apretando su pecho contra el mío hasta sentirla llegar con un ahogado gemido, dando paso a

esos pequeños espasmos de los músculos al relajarse. Automáticamente abracé su cuerpo agotado, acariciando su espalda para recorrerla con mis dedos. Su cabello descansaba entre su cuerpo y el mío antes de que Isabella volviera a alzar su cabeza, buscando mis labios para besarlos a la vez que enredaba mis dedos sobre su pelo, acariciándola. Sus manos se aferraron a mi cuello atrayéndome a sus labios para no soltarlos, comiéndonos en un beso profundo mientras la dejaba caer lentamente bocarriba. Me despegué de sus labios para observarla de nuevo. Necesitaba mirarla, volver a desnudarla con los ojos y acariciarla para cerciorarme de que era real, que estaba sobre mi cama. El color de sus ojos contrastaba con sus mejillas rosadas, al igual que su pelo castaño alborotado sobre mi cama hacía contraste con mis sábanas blancas. Entre besos y caricias, volví a hacerle el amor todas las veces que ella quiso antes de terminar sintiendo cómo nuestros cuerpos temblaban aún abrazándonos con fuerza entre breves besos sobre nuestros labios tras el sonido de jadeos y gemidos. Al terminar, dejé caer mi cuerpo bocarriba a su lado, girando la cabeza para admirarla un rato más. Isabella tenía la mirada puesta sobre el techo, con una hermosa sonrisa en sus labios. Una de sus manos descansaba sobre su pecho aún acelerado. Respiré profundamente al volver a recorrer su cuerpo con mis ojos. Busqué su mano que descansaba sobre el colchón, provocando que su cabeza se girara lentamente para mirar nuestras manos acariciarse. Sus ojos me observaban detenida y profundamente, al igual que los míos. Sus labios se humedecieron antes de morderlos tratando de ocultar su sonrisa.

—Hola… —susurró.

—Hola… —Sonreí—. ¿Cómo te sientes?

Pregunté viendo cómo sus ojos volvían a observar nuestros dedos entrelazados.

—No sé… —dijo en voz baja volviendo a mirar hacia el techo iluminado por la luz natural—. Me siento rara…

—¿Te arrepientes? —pregunté acariciando sus dedos.

—No… —susurró sin apartar sus ojos de los míos—. Pero… sí siento como si hubiera hecho algo mal.

—Puedo asegurarte que nada de lo que has hecho ha estado mal —respondí divertido viendo cómo sus ojos me miraban sonriente mientras nuestras manos seguían acariciándose entrelazadas.

—Tú tampoco has estado mal. —Su voz sonaba divertida y relajada.

—Vaya… Gracias, eso es…

El sonido de su risa al ver mi expresión llevó a mis ojos atraídos hacia su boca como una polilla hacia la luz.

—Es lo más bonito que me han dicho en la vida.

—De nada —dijo riéndose, cubriendo su rostro entre sus manos tras soltar mis manos.

Me quedé como un idiota hipnotizado con el sonido de su sonrisa, con su pequeño y perfecto cuerpo desnudo sobre mis sábanas viéndola suspirar con una sonrisa en los labios. Suspiré tras recorrer su cuerpo con los ojos, gesto al que ella respondió iluminando aún más aquella habitación con su sonrisa, acariciando mi barbilla y mi mejilla con sus dedos antes de sentir cómo nuestros labios se acercaban atraídos como dos polos opuestos de un imán para besarnos de nuevo, pero esta vez de una manera diferente. Disfrutando sin prisa del roce de nuestras bocas, recorriéndonos lentamente. Su mano volvió a enredarse en mi pelo mientras la mía acariciaba el contorno de su cadera, disfrutando del roce de su piel bajo mis dedos.

—Lo siento, pero… —dije en voz baja despegando mis labios de su boca —. Tengo que preguntártelo.

—¿Qué cosa?

—Me mata la curiosidad de saber qué Rubén ha estado mejor…

Su boca soltó una carcajada mientras ocultaba brevemente su rostro sobre mi pecho.

—Es algo personal… —bromeé.

—Pues… —aclaró su garganta riéndose—, es que con el Rubén de mis fantasías he tenido más encuentros… —respondió riéndose, haciéndose la interesante.

—De cuántos encuentros estamos hablando… —El sonido de su risa era vitamina—. ¿Dos? ¿Seis? ¿Más de diez? —Una breve carcajada salió de mi pecho al verla esconderse bajo sus manos avergonzada—. Me estás partiendo el corazón ahora mismo…

—Debes de estar pensando lo peor ahora mismo de mí… —Sus manos acariciaron mi cara riéndose antes de regalarme otro beso en los labios.

—En absoluto.

Ambos volvimos a quedarnos varios segundos mirándonos en silencio, acariciándonos.

—¿Y a ti…? ¿Te ha gustado? —preguntó lamiendo sus labios mientras observaba los míos—. Dime la verdad…

—Mucho —respondí mirándola sin dudarlo—. Me ha gustado muchísimo… —susurré buscando de nuevo sus labios.

Sus labios esbozaron una enorme sonrisa a la vez que su cuerpo se acomodaba cerca del mío. Mis brazos abrazaron su cintura desnuda mientras volvíamos a fundirnos en un profundo beso.

—Cuando… —dijo aclarando la garganta mientras saboreaba aquel último beso—. Cuando me has visto… desnuda. —Sus ojos se agacharon inseguros—. ¿Qué has pensado?

Llené mis pulmones de aire observando sus enormes ojos, acomodando su cabello tras sus hombros sin ocultar mi sonrisa.

—He tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no desmayarme…

Isa se echó a reír humedeciendo sus labios nerviosa.

—Es importante… —murmuró pasando sus dedos sobre la barba de mis mejillas—. ¿Te ha desilusionado lo que has visto, imaginabas otra cosa o…?

—¿Desilusionado? —Negué levemente—. Nada de lo que he visto me ha desilusionado… Al contrario, solo me ha confirmado lo que ya imaginaba… Lo hermosa que eres.

Su garganta tragó al escucharme antes de acercarse de nuevo a mi boca

para besarme con un beso lento, profundo, alargando aquel momento.

—Creo que debería irme… —dijo susurrando sobre mi boca.

Pasé mi mano sobre su frente acariciando su cabello antes de volver a mirarla tras aquel beso.

—Quédate… —dije sonriendo antes de besar de nuevo sus labios—. Un ratito… por favor…

—No puedo… —Sus dedos acariciaron mi pecho—. Mi hermano, que es amigo tuyo por cierto… —Sus labios sonrieron al matizar aquella relación —. Vendrá en cualquier momento.

—Gracias por recordármelo —dije burlándome, acariciando mi cabeza con una de mis manos.

—De nada —añadió riéndose antes de regalarme un breve beso antes de incorporarse.

—Quédate… —volví a pedirle enredando mis dedos en su cabello.

—No puedo —murmuró pasando sus dedos sobre mi mejilla.

Ambos nos quedamos varios segundos mirándonos a los ojos. Y es que no podía dejar de observar lo hermosa que era cada vez que la miraba. Su cuerpo se incorporó en busca de su ropa, mientras observaba lo perfecta que era la piel de su espalda. Cómo caía su cabello sobre sus hombros, el color de su piel.

—¿Quieres que traiga tu ropa? —pregunté viendo cómo sus manos agarraban la sábana para cubrirse.

—Porfa… —Sonrió volviendo a sentarse sobre la cama cubriendo su cuerpo.

Sentía su mirada observando cómo terminaba de abrocharme el pantalón antes de girarme para ir en busca de su ropa. Antes de irme, su mano tiró de la mía para colocarla sobre mi mejilla dándome un tierno beso en los labios. El sonido de nuestros labios besándose dejó paso a su sonrisa antes de salir de la habitación cerrando la puerta tras de mí. Al pasar mis manos por mi cara, descubrí que mis manos aún olían a ella, al igual que mi salón y seguramente mis sábanas tendrían el olor de su perfume pegado. Lavé mis

manos para echarme agua al terminar en la cara. Me quedé ahí parado observando mi reflejo en el espejo tratando de asimilar lo que acababa de pasar. Rezaba para que no fuese una horrible siesta de la que me levantaría confundido y frustrado al escuchar mi teléfono sonar. Mi cerebro no era capaz de procesar haberla visto desnuda, el haberla visto disfrutar conmigo. Era algo irreal. Salí del baño distraído con la cabeza en mis cosas, acariciando sin darme cuenta el reloj de mi padre como esperando invocar alguno de sus consejos. Resoplé buscando su ropa sobre el sofá, volviendo al cuarto tras recoger su ropa, sin ocultar la sonrisa al comprobar que seguía siendo real y no otro invento de mi imaginación.

—Ten… —dije acercándole su ropa.

—Gracias —respondió acomodando su pelo sobre sus hombros antes de agarrarla.

—En esa puerta de ahí tienes el baño… —Le señalé la puerta que había a su izquierda viendo cómo su cabeza se giraba buscándola—. Yo mientras te espero fuera, *pa* que… puedas vestirte tranquilamente.

—Gracias —volvió a agradecerme con una tímida sonrisa.

Me quedé una milésima de segundo viendo su sonrisa antes de volver a salir de mi habitación. Al llegar de nuevo a la cocina, recogí el jersey que Isa me había quitado horas antes, dejando caer mis codos sobre la barra para frotar de nuevo mi cara tras ponérmelo de nuevo. Al sentir de nuevo el olor de su perfume me reincorporé, viéndola aparecer con sus ojos observando su alrededor.

—¿Te gusta? —pregunté al verla observar uno de los cuadros que decoraban la sala.

—Mucho —respondió mirándome con una breve sonrisa—. Tienes un piso precioso…

—Y eso que no lo has visto entero… —dije acercándome hacia ella metiendo mis manos dentro de los bolsillos de mis vaqueros.

—Es cierto… Nunca me habías invitado a tu piso. —Lanzó la indirecta sin borrar la sonrisa.

—El peor amigo de la historia… —Sonreí acercándome a ella—. ¿Quieres verlo?

Sus ojos me miraron antes de que sus labios asintieran tras sonreír. Saqué una de mis manos del bolsillo para agarrar su mano. Recorrimos el pasillo agarrados de la mano, enseñándole los cuadros que próximamente Adriana reclamaría antes de llegar a la terraza. Sus labios se ocultaron entre sí tras lamerlos al ver la terraza. Le enseñé las vistas que tenía desde allí y le mostré que se comunicaba con el salón. La animé a que se asomara para contemplar el centro de Madrid desde ahí. Después de observar la joya de la corona de aquel piso, entramos para mostrarle los cuartos de invitados y le expliqué que quería remodelar uno de ellos para hacerlo oficina y gimnasio ahora que Adriana se había ido. Le mostré mi gimnasio en proceso, alucinando con el tamaño de cada una de las habitaciones. Al llegar a mi dormitorio, ambos sonreímos.

—Y bueno… —dije sonriendo, sujetando el pomo de la puerta—. Esta parte ya la conoces…

—Me es familiar, sí… —Observé cómo cruzaba sus manos mirando a su alrededor con el rostro algo más serio.

—¿Estas bien? —pregunté volviendo a guardar mis manos en los bolsillos.

—Sí… Es solo que… —dijo sentándose sobre el borde de la cama—. ¿Crees que…? No sé… Después de lo que ha pasado… —Sus ojos volvieron a mirarme sorteando entre mis ojos y mis labios—. ¿Podremos seguir siendo amigos?

Me hubiera encantado decirle que mi cuerpo, después de lo que había pasado entre los dos, no iba a aguantar tenerla tan cerca, fingiendo ser su amigo.

—Podemos intentarlo —respondí sonriéndole, tratando de tranquilizarla y autoconvenciéndome. Sus ojos color café se clavaron sobre mí—. No volveremos a hablar más del tema si eso te deja más tranquila… —respondí

en voz baja apretando mi mandíbula viendo cómo su pecho volvía a coger aire.

Relamí mis labios al respirarla de nuevo tan cerca. Su mirada me miraba sin mirarme, viendo cómo su cabeza trataba de hacer un balance de daños, entendiendo que la burbuja acababa de explotar y tocaba guardarme el loco amor que estaba latiendo por todo mi cuerpo. Su cabeza se giró levemente mirando la cama que quedaba tras de nosotros antes de agachar de nuevo su mirada.

—Es hora de irme… —suspiró dedicándome una leve sonrisa.

—Claro… —respondí levantándome, caminando tras ella—. Te acompaño.

Salí tras ella de mi habitación disfrutando aquellos últimos minutos, sabiendo tal como me temía, que nada volvería a ser como era antes. Por la manera en la que sus ojos se quedaban fijos mirando a la nada mientras colocaba su abrigo sobre sus hombros, sabía que se había roto algo entre nosotros.

—Bueno… —dijo mordiendo sus labios mientras apretaba su bolso entre sus manos.

Me acerqué lentamente hacia ella jugando las pocas cartas que tenía a mi favor. Sabía que le gustaba, al menos es lo que me había dado a entender al besarme como me había besado. Acerqué lentamente mis labios a su mejilla para besarla lentamente antes de separarme lo suficiente para seguir respirándonos mutuamente. Al observarla desde mi altura vi cómo su pecho volvía a respirar acelerado, imaginando su corazón igual de taquicárdico que el mío. Sus ojos volvieron a mirarme con el mismo brillo de antes, sabiendo que mi táctica había funcionado.

—Ojalá te quedaras un poco más… —dije susurrando cerca de su rostro al darle algo de distancia. Vi cómo su garganta subía y bajaba al tragar.

—Creo que es mejor así… —dijo en voz baja mirando mis labios de la misma manera que yo miraba los suyos, aclarando su garganta mientras se distanciaba.

Los dos respiramos la tensión palpable, haciéndonos con la mirada lo que no nos atrevíamos a hacernos de nuevo con los labios. Nos mirábamos en silencio, tomando aún más distancia el uno del otro al sentir el timbre de la puerta. Respiré hondo antes de abrirle a mi amigo, viendo cómo sus manos apretaban su bolso contra ella, con la mirada perdida al frente. Era la primera vez que el silencio entre ambos se volvía incómodo. Sentado sobre uno de los taburetes de la cocina no podía dejar de mirarla con miedo de acercarme, sin saber tampoco qué decirle. El sonido de los nudillos de Agustín golpeando la puerta fue la excusa que ambos esperábamos para reaccionar, viendo cómo se levantaba tras de mí para recibir a su hermano. Al abrir la puerta, Agustín se dio cuenta de que algo había pasado al ver nuestras caras. Traté de disimular haciéndole un breve gesto para que pasar.

—¿Os habéis enojado? —preguntó en voz baja al pasar por mi lado.

—Todo está bien, no te preocupes —respondí arrugando mi frente haciéndole un breve gesto con la cabeza negando.

—Porque si es por lo que ha pasado con Marc…

—Gus, por favor —Isabella le pidió acariciando su brazo.

Besó la mejilla de su hermana para saludarla antes de ponerse a su lado. Isabella le dedicó una breve sonrisa, escondiendo sus manos dentro de los bolsillos de su abrigo, dejando su bolso colgado sobre su antebrazo.

—Bueno… ¿nos vamos? —preguntó mirando a su hermano.

—Sí, claro… —respondió mirándonos a ambos—. Por cierto, esta noche he preparado una cena con unos amigos —explicó mirándonos a ambos—. ¿Por qué no te llegas un rato?

Colocó una de sus manos sobre mi hombro. Mis ojos miraron rápidamente a Isabella antes de mirar de nuevo a mi amigo, declinando aquella invitación.

—Gracias… pero… prefiero quedarme esta noche en casa…

—¿Has quedado con la chica esa del aeropuerto? —Agustín preguntó viendo tras él cómo Isabella alzaba los ojos para mirarme.

—¿Qué chica del aeropuerto? —le pregunté sin saber cómo es que él

sabía de la existencia de Tania.

—Con la que te vieron el viernes —aclaró mirándonos a los dos.

La cara de Isabella se tensó viendo cómo respiraba profundamente con sus ojos agachados.

—Llevan toda la mañana poniendo las fotos… —Sacó su teléfono para buscar la noticia—. Mira, aquí están…

Agustín me pasó su teléfono para mostrarme las fotos donde salía agarrando la cara de Tania para besarla, convirtiendo aquel gesto espontáneo en chismes sobre cómo se dio aquella foto. Volví a pasarle el teléfono a Agustín arrugando mis labios, buscando a Isabella tras su hermano.

—No existe ningún romance… —le aclaré rascando mi barbilla—. Ella es solo una amiga…

—¿Ahora te besas con tus amigas?

Aquella pregunta burlona de Agustín provocó que los ojos de Isabella me lanzaran una mirada nerviosa e incómoda. Negué nuevamente con la cabeza, arrugando mi frente mientras escondía mis manos tras de mí.

—Esta gente solo sabe inventar chismes, ya lo sabes…

—Bueno… —Isabella dijo tras aclarar la garganta—. ¿Nos vamos?

—Sí, claro. —Agustín volvió a golpear con cariño mi hombro mientras guardaba su teléfono—. Bueno si cambias de opinión… Ya sabes dónde estamos.

—Gracias —respondí suspirando sutilmente caminando tras ellos para despedirlos.

—¿Hablamos mañana? –Agustín recalcó mientras Isa abría la puerta.

—Claro…

—Chao, Rubén —Isabella se despidió casi sin mirarme, cruzando la puerta.

Fingí una leve sonrisa colocando mi mano sobre la puerta, acomodando mis hombros hacia atrás con un breve suspiro, tratando de disimular lo

muerto que estaba con ella y lo que me dolía ver cómo a medida que iban pasando los segundos más se arrepentía de lo que había pasado tras aquella puerta.

—Chao… —respondí viendo cómo la puerta se cerraba.

La mirada furtiva de Isabella mirándome fue lo último que vi antes de que se cerrara la puerta del ascensor. Le había entregado la llave para hacer conmigo lo que quisiera. Al sentir el ascensor bajar cerré la puerta sintiéndome solo por primera vez desde que volví. Me dejé caer sobre el sofá resoplando mientras frotaba mi cara observando mi alrededor. No paraba de preguntarme por qué con todas las veces que nuestros caminos pudieron cruzarse en mejores circunstancias, por qué la vida me la ponía justamente ahora que estaba rota por dentro, sabiendo que estaba haciendo justo lo que le habían propuesto que buscara; un tío discreto con el que desfogar.

Mis ojos involuntariamente se fijaron donde su cuerpo había estado desnudo horas antes. Me levanté escondiendo las manos en los bolsillos de mi pantalón, caminando hasta mi dormitorio. Recorrí cada rincón de aquella cama que ahora me parecía aún más solitaria y mucho menos apetecible sin ella. Al entrar la tarde, pude apartar la pájara mental que me abrumaba para avisar a Víctor de que mañana estaría allí doblando turno si hacía falta para compensar el haber estado fuera tanto tiempo. Tras su escueta respuesta, mientras buscaba si Isabella estaba en línea, me llegó un mensaje de Tania preguntándome si me apetecía cenar juntos. Dejé caer mi cuerpo hacia atrás en aquel sillón, sabiendo que Tania querría hacer algo más que cenar y yo no podía imaginarme ahora mismo los labios de alguien más cuando tenía el recuerdo de los labios de Isabella cosquilleándome en la piel.

Me dirigí a la estantería que separaba el salón de la cocina para sacar de detrás de unos libros, escondida, la última foto que mi hermana Blanca y yo nos hicimos con mi madre en Miami, en el último tour que dio Isabella. En la foto se veía a mi madre con su pañoleta dorada con las luces de fondo, abrazada a mí, ambos pendientes del concierto mientras mi hermana tomaba el selfi. El recuerdo de su sonrisa al ver por primera y última vez a Isabella

aún dolía como si acabara de perderla. Mi madre había sido siempre mi consejera, mi cómplice de locuras y estoy seguro de que si estuviera aquí me diría; vas a terminar como la fiesta del Guatao. Que viene siendo que voy a terminar jodido.

Guardé la foto antes de volver a meterme en la conversación de Tania para aceptar ir a cenar antes de meterme a bañar para despejar mi cabeza e intentar sacar de mi piel el perfume de Isabella. Sentía una necesidad compulsiva de mirar la conversación con Isabella. Me moría por decirle algo, pero no quería incomodarla o que mi recuerdo le hiciera alejarse más.

Aproveché que el lugar donde había quedado con Tania estaba cerca para llegar caminando. Aquel horrible frío que calaba hasta los huesos al menos despejaría mis ideas. Al llegar, aproveché para fumarme un cigarro, buscando calentar al menos mi garganta con el humo. Antes de darle la última calada aquel cigarrillo Tania apareció con su sonrisa al verme a lo lejos, sintiéndome como un auténtico cretino por lo que le había hecho. Sabía que lo nuestro no era algo exclusivo, pero no podía dejar de sentirme la peor persona del mundo mientras la veía sonreírme ilusionada. Sus brazos se colgaron de mi cuello al llegar a mi lado, recibiéndome con un efusivo abrazo. Besé su cabeza al separarnos antes de abrirle la puerta del restaurante para que entrara primero. No quería otros labios besándome mientras aún sintiera su piel sobre mis labios. Coloqué mi mano sobre su espalda al caminar tras ella para dirigirnos a nuestra mesa, retirando su silla para que se sentara antes de tomar asiento frente a ella. Lo bueno de salir con Tania es que no me hacía falta hablar, ella rellenaba los silencios con miles de anécdotas que ahora que mi cabeza andaba en otra parte, no me parecían tan graciosas. Y es que mi cabeza no paraba de revivir el beso de Isabella, el tacto de sus manos en mi piel al desnudarme. Por más que trataba de seguir la conversación mi mente volvía al recuerdo de su cuerpo, al sabor de sus besos, al tacto de su perfecta piel de porcelana. El tacto de las frías manos de Tania captó mi atención, mirándome divertida con sus cejas alzadas.

—Discúlpame… me fui —me disculpé en voz baja.

—¿Te estás aburriendo? —Me miró apoyando su mentón sobre una de sus manos.

—No, claro que no… Es solo que… —Inhalé—. Tengo la cabeza en otra parte, perdóname…

Miré a mi alrededor tratando de despejar mi mente, apartando mi plato vacío.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó buscando al camarero.

—Eh… —Vi que eran casi las once al mirar el reloj de mi muñeca—. Sí, es tarde… Y esta noche estoy siendo una compañía horrible.

Sonreí inclinándome para sacar la cartera, gesto que Tania aprovechó para darme un beso. Mi sistema nervioso rápidamente se puso en alerta al sentir otros labios que no fueran los de Isabella. Fingí una breve sonrisa entregándole la tarjeta al camarero para pagar. Al abrir la puerta para que saliera del restaurante, miré aterrado a Tania abrochar su abrigo al autoinvitarse a mi piso para estar un rato a solas. Sentía cómo me pesaban los pies al caminar de nuevo hasta mi piso, sintiendo la angustia de no saber cómo escabullirme al ver pasar los números del ascensor. Al llegar al piso, Tania soltó su abrigo sobre el sofá mientras se disculpaba para ir al baño. Suspiré cerrando la puerta para juguetear con las llaves antes de dejarlas caer sobre el mueble, escondiendo mis manos entre mi pecho al cruzar los brazos, perdiendo mi atención al volver a ver aquel sofá. Sentía que tener a Tania aquí en mi piso era traicionar a Isabella. A su recuerdo y a todo lo que habíamos hecho. Busqué su conversación manifestando que en algún momento decidiera escribirme. Al volver Tania del baño, vi en sus ojos cómo me miraban a la vez que mordía sus labios. Estiró sus brazos volviendo a abrazarse a mi cuello buscando besarme como otras veces habíamos hecho, pero es que cada vez que miraba aquel sofá veía la figura de Isabella tan nítida, que me daba miedo que pudiera girarse y verlo también. Tania buscó con una de sus manos mi mejilla para poder besarme. Cuál sería el hechizo que Isabella me había hecho que de pronto aquellos besos no me sabían a nada. Al alejarse de mi boca sus ojos me miraron diferente.

—Vas a contarme qué es lo que te pasa.

—No me pasa nada —dije tratando de escaparme de su mirada.

—¿Nada? Casi no has abierto la boca en toda la noche. —Sus ojos me miraron preocupados—. Y ahora pareciera que te molestase que te toque…

—Solo ando algo distraído… eso es todo. —Suspiré apartando con cariño sus brazos para dirigirme a la cocina—. Pero no es nada…

—¿Estás nervioso por mañana?

Asentí con la cabeza observando mis manos entrelazadas antes de volver a mirarla a ella.

—Puede que sea eso…

—Es normal que te sientas así, guapo. —El tono de su voz era cálido—. Pero verás que todo eso se te pasa en cuanto atiendas al primer paciente… Y si quieres, puedo aparecer mañana con la excusa de que me he roto algo… Estoy segura de que el uniforme te tiene que sentar… —Su voz se volvió coqueta al igual que su mirada.

Coloqué mis manos sobre la mesa tras acomodarme sobre aquel taburete, viendo cómo Tania se acercaba a mí con una sonrisa pícara. Mis piernas se movieron nerviosas de un lado a otro mientras dejaba la mirada puesta al frente. Parpadeé suspirando después al notar la mano de Tania acariciar mi espalda para consolarme.

—Perdóname… —me disculpé de nuevo—. No sé si es el *jetlag*, los nervios de mañana, nuestras fotos…

Giré la cabeza lentamente para mirarla. Me sentía completamente sobrepasado.

—¿Nuestras fotos? —preguntó extrañada.

—Sí… Llevan todo el día poniendo las fotos del beso que te di en el aeropuerto, diciendo que si eres mi nueva novia, que si el reemplazo de Adriana…

—¿Y eso es un problema? —preguntó extrañada.

—No…

—¿Entonces? —insistió.

Inspiré mirando cómo no entendía qué era lo que me tenía así. Y lo peor es que no podía decirle lo que me tenía así de tenso.

—Déjalo, no me hagas caso… —Acerqué mi mano hacia la suya, estrechándola con cariño—. Tengo la cabeza vuelta mierda hoy…

—¿Te acuerdas de que te hablé de que tenía miedo de que pasara justo esto que está pasando…? —Me dedicó una leve sonrisa antes de levantarse volviendo su semblante serio.

Ver cómo se borraba la sonrisa de sus labios por mi culpa me hacía sentirme un terrorista emocional.

Pareciera que destrozara todo lo que toco.

—Es solo que estoy cansado, pero te prometo escaparme mañana un rato para compensarte… —dije levantándome del taburete.

—No tienes que hacer nada que no te apetezca, Rubén…

—Claro que me apetece… —Suspiré—. Déjame compensarte por la mala compañía que he sido esta noche… Y así podremos hablar bien de todo esto.

—¿Incluso en el sitio ese que tanto odias por poner cafés excesivamente caros y azucarados? —dijo con una sonrisa.

—Vamos a Starbucks si tú quieres —dije riéndome.

Ambos nos reímos antes de fundimos en un largo abrazo antes de despedirnos. Al llegar a la puerta, Tania besó mi mejilla cerca de mis labios, susurrándome que le avisara si no podía dormir mientras acariciaba mis manos antes de dirigirse al ascensor. La miré soltando un profundo suspiro. Al ver el ascensor cerrarse tras ella, busqué mi teléfono para comprobar que nadie me había escrito. Paseé por la cocina perdiéndome de nuevo en aquel maldito sofá, torturándome con su recuerdo, dándome cuenta de que Tania se había dejado su abrigo en uno de los taburetes de la cocina. Saqué nuevamente el teléfono buscando su número para llamarla tratando de pillarla antes de que se alejara de la zona. Al colocarme el teléfono sobre la oreja, el timbre del ascensor sonó.

—Ahí está —dije acercándome a la puerta para abrirla mientras bajaba mi teléfono del oído para colgar antes de que Tania respondiera.

Me dirigí rápidamente hacia al taburete donde estaba su abrigo para dárselo en cuanto entrara. Al darme la vuelta para cogerlo, mi teléfono sonó de nuevo, observando en la pantalla que era Tania la que llamaba. Si se suponía que estaba subiendo, por qué me llamaba.

Al girarme con el teléfono en la mano y el abrigo en la otra, alcé los ojos en dirección a la puerta dejando de hacerme esa pregunta al ver aquella mujer que me hacía sentir de todo de nuevo frente a mí.

Capítulo 6

Mientras las puertas del ascensor se cerraban mis ojos volvieron a alzarse para verlo por última vez antes de irme. Sus ojos verdes devolviéndome la mirada fue lo último que vi antes cerrar los ojos, sintiendo el ascensor cerrarse para desplomarse bajo mis pies. Aún seguía tratando de asimilar el coctel de emociones que sacudía mi cuerpo. No podía dejar de saborear el sabor de sus labios, de revivir todo lo que había pasado entre nosotros. El pitido del ascensor al llegar al hall del edificio me obligó a seguir fingiendo frente a mi hermano que estaba todo bien. Coloqué mis lentes oscuros para evitar que alguien pudiera reconocerme mientras nos acercábamos a mi furgoneta Volkswagen. Una vez dentro, aproveché que mi hermano daba la vuelta tras abrirme la puerta para soltar el aire que aprisionaba mis pulmones en un largo resoplido mirando aquel edificio. Mi respiración seguía acelerada, sobre todo cada vez que sin querer queriendo mi cabeza volvía a la forma en la que nos habíamos besado, en sus manos tocándome. Solté un profundo suspiro incómoda por recordar esas cosas cerca de mi hermano, sintiendo que tenía el corazón a mil. Me moría de ganas de repetir. Sentía una necesidad casi agónica de volver a disfrutar de sus besos. Al llegar a casa, los periodistas comenzaron con su lluvia de flashes al ver mi furgoneta aparecer para entrar a la cochera, tratando de fotografiar algo diferente a lo que habían fotografiado estos meses atrás. Saludé amablemente levantando una de mis manos mientras maniobrábamos para entrar sin atropellar a nadie. Una vez bajó la puerta y dejaron de verse los destellos de las cámaras salimos del coche.

—Ahora te veo —le dije a mi hermano mientras salía del garaje mirando mi teléfono.

—¿Adónde vas? —me preguntó caminando tras de mí—. Paula te está esperando…

—¿Pau? —pregunté apartando las gafas de mi cabeza—. ¿Cuándo vino?

—Me avisó que quería hablar contigo, que nos esperaría en casa… —

Señaló la puerta del garaje al dejarla atrás—. Vi su coche aparcado fuera al entrar.

—Ok… —me quedé pensando, colocando una de mis manos sobre la baranda de la escalera—. Dile que bajo enseguida.

Le dediqué una breve sonrisa antes de darle la espalda. Subí casi volando las escaleras hasta mi habitación para meterme directamente en la ducha. Necesitaba sentir los chorros de agua fríos sobre mi piel. Necesitaba dejar de revivir el cosquilleo de sus labios sobre mi cuerpo. Me bañé en tiempo récord mirando a cada instante mi conversación con Rubén para ver si andaba en línea o si se decidía a escribir. Tenía un vaivén de emociones recorriendo mi cuerpo. Me sentía desleal por haberme acostado con otra persona estando aún casada, pero a la misma vez me sentía liviana, como una quinceañera comprobando a cada rato el teléfono, mientras caminaba para encontrarme con Paula. Sentía mi cuerpo arder cada vez que me venían flashes de cómo sus ojos me desnudaban antes que sus manos, de sus manos tocándome. Tenía necesidad de más, pero mi cabeza seguía manteniendo una lucha interna por no saber si eso estaba bien o mal. Al llegar al pasillo que daba al mi despacho, me encontré con Yaris.

—Hola, Yaris —la saludé con una rápida sonrisa.

—Su hermano salió al ratito de llegar, señora.

—¿Te dijo dónde iba? —La miré mientras cruzábamos el pasillo.

—No, señora.

—Isa, por favor… Llámame Isa o Isabella —le recalqué viendo a lo lejos a Pau pendiente de su teléfono.

—Señora usted sabe que es por respeto a usted.

—Yo sé, pero por favor… No me hables de usted que me haces más vieja de lo que ya soy —dije divertida agarrando sus hombros con cariño.

—Está bien, señora. —Me miró disculpándose por volver a decirlo.

—Está bien, poco a poco… —dije apretando brevemente su mano—. Eh… Seguramente mi amiga Pau se quede a comer, ¿vale?

—No hay problema.

—Gracias. —Le dediqué una breve sonrisa antes de cruzar la puerta del despacho.

Al escuchar la puerta cerrarse, Paula se levantó para saludarme. Nada más mirarme supo que algo me pasaba. Y es que por más que trataba de disimular, no era capaz de ocultar la sonrisa de idiota que llevaba todo el rato pintada en la cara. Todo lo que sentía ahora mismo me desbordaba. Después de saludarnos con un beso, ambas nos sentamos en el sofá mientras miraba a mi alrededor comprobando que estuviéramos a solas para contarle.

—¿Qué haces aquí? —pregunté ocultando mis labios, nerviosa.

—Quedamos en hablar de la demo que me enviaste, ¿no te acuerdas?

—No… lo olvidé, discúlpame. —Respiré profundamente frotando mis manos contra mis piernas, ansiosa.

Pau me contemplaba divertida alzando sus cejas.

—¿Y bien? ¿Qué te ha pasado? —me preguntó viendo cómo me acomodaba sobre aquel sofá.

—No sé bien por dónde empezar —dije nerviosa sin poder ocultar la sonrisa.

—Por el principio —respondió divertida mirándome—. O por final, depende de lo interesante que sea el final.

—Está bien… —Suspiré nerviosa frotándome la cara con mis manos antes de volver a mirarla—. Te acuerdas de que… —Me aclaré la garganta —. Que anoche te llamé para contarte que le había pedido a Rubén que se quedara a pasar la noche aquí conmigo para no quedarme sola.

—Como para olvidarlo. —Le di un breve golpe con una de mis manos sobre su pierna.

—El caso… —dije riéndome antes de volver a centrarme sin ser demasiado elocuente—. Es que terminamos durmiendo juntos, en la misma cama…

Lamí mis labios sin ocultar mi sonrisa al ver la cara de Pau encenderse de la emoción.

—¡¿Te lo tiraste?! —preguntó toda ilusionada.

—¡Shhh!

Traté de hacerla callar antes de que alguien nos escuchara.

—Baja la voz —le supliqué riéndome, comprobando que siguiéramos estando solas—. No, no pasó nada de lo que estás pensando… Solo dormimos. Él completamente desnudo de cintura para arriba… —maticé mojando mis labios recordando su cuerpo—. Y claro, cuando desperté… se ve que mi débil subconsciente me traicionó mientras dormía… Y al despertar estaba literalmente abrazada a su cuerpo…

Los ojos de Pau estaban abiertos como platos escuchándome con atención disfrutando de imaginar aquella escena.

—Yo me lo habría follado —dijo provocando que las dos nos riéramos —. Es que no sé a qué estás esperando.

Me miró casi indignada de ver que no había pasado nada dándome un tiempo para pensar en todo lo que había pasado.

—Ya… bueno, eso vino después —dije en voz baja volviendo a mojar mis labios antes de apretarlos entre sí.

—¡¿Qué?! —preguntó con una amplia sonrisa pícara.

Escondí mi rostro entre mis manos al decirlo en voz alta, dándome cuenta de lo que había hecho al decirlo en alto.

—Esta mañana, en su piso —dije aún con mi cara escondida entre mis manos.

—¡No! Me muero —dijo riéndose, sacudiéndome al agarrar mi brazo.

—¡Shh! Por dios baja la voz. —Miré a nuestro alrededor avergonzada.

—Pero cuéntame. Detalles, quiero detalles.

Apartó mis brazos de mis rodillas obligándome a mirarla.

—¿Qué tal estuvo? ¿Qué te hizo? —Alzó sus cejas pícara—. ¿Es tan grande como él?

—Pau, por favor —le pedí entre risas avergonzada al ver la morbosa curiosidad de mi amiga—. Qué vergüenza… —dije pasando mis dedos

sobre mi frente rascándome.

—Venga, va, no vayamos ahora de santas las dos que cosas peores nos hemos contado. —Arrugó sus labios divertida—. Necesito detalles, ¿cómo fue? ¿Fue decepcionante o es de estos que te agarran y te empotran?

Tragué saliva imaginándome aquello sin ocultar la sonrisa. Involuntariamente mordí mis labios al recordar cómo nos besábamos sobre el sofá de su piso.

—De hecho, estuvo bastante bien… —dije agachando la mirada sin poder disimular mi sonrisa—. Superó con creces todas mis expectativas —respondí dirigiéndole una mirada pícara.

—Te desfogaste a gusto entonces, ¿no?

—Sí —murmuré.

—¿Cuántas veces?

—Digamos que… varias veces…

Pau respiró hondo llevando su mano al pecho antes de reírnos las dos como dos tontas.

—¿Pero fue en plan salvaje o en plan tierno?

—Hubo un poco de todo… —Mis mejillas empezaban a dolerme de sonreír.

Las dos nos reímos al decir aquello. Solté un profundo suspiro acompañado de una tímida, pero permanente sonrisa al recordar cómo me miraban sus ojos al tenerme desnuda frente a él. El recuerdo de su mirada observándome de aquella forma volvió a hacerme sentir deseada, especial. Era un recuerdo que aún me cortaba la respiración. Me sentía como en una nube, pero también sentía miedo al sentirme de nuevo querida por alguien.

—¿Está mal…? Que haya disfrutado así… —pregunté pellizcando mis dedos entre sí buscando la respuesta sincera de mi amiga en su rostro.

—¿Mal? —Frunció su frente acomodándose en el sofá junto a mí—. Lo que está mal es no habértelo follado antes. Tú es que no te has visto la cara que tienes, hasta el *glow up* te ha subido.

—Yo me refiero a que… Hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir ni disfrutaba así… Sentir que literalmente te falta la respiración… ¿Sabes lo difícil que es dejarme a mí sin palabras?

—Qué me vas a contar…

—Es que ahora no sé si alguna vez he llegado a disfrutar así con Marc… O es que hace tanto de eso que ni me acuerdo.

—Puede que ambas, cariño… —Sus ojos volvieron a tornarse pícaros.

—No te burles… te lo digo en serio.

—No me burlo.

—Es que no te haces idea de cómo me miraba… —Entrelacé mis manos entre sí frotándolas tensa—. No, no… Me comía con la mirada… ¿Y la forma en la que me besaba…? Como si llevara toda la vida esperando ese momento…

Volví a mirarla procesando mis palabras, viendo cómo encajaba con lo que mi hermano me había dicho sobre el interés de Rubén en mí.

—Mi pregunta es… ¿Qué coño haces aquí? —preguntó indignada.

—¿Qué iba a hacer allí? —negué levemente molesta—. Además… Mi hermano le preguntó antes de irnos si quería venir esta noche a la casa… —Las cejas de Pau se arquearon divertidas—. Baja esas cejas porque dijo que no, dice que quiere descansar…

—¿Así lo dejaste que tiene que descansar?

Bromeó riéndose al escucharme chasquear la lengua.

—¿Y eso te molesta? —preguntó captando toda mi atención al escuchar aquella pregunta.

—No… —La miré con una sensación rara—. No lo sé… —Rasqué mi nuca desesperada—. Me molesta el hecho de pensar que su plan de esta noche es con la chica esta con la que sale en las fotos…

—¿Qué chica?

—La chica esta con la que sale besuqueándose, Tania… su amiga especial. Agustín ha comentado en su casa que llevan toda la mañana

poniendo unas fotos de ellos dos besándose.

—Ay sí, he visto las fotos… Al parecer es bailarina o cantante. La Jennifer López cubana la han llamado…

Sus ojos me miraron, observando la sonrisa fingida que dirigía hacia ella tras aquella horrible pero sincera comparación. Tania era una mujer guapísima, con un cuerpo maravilloso y además cubana como Rubén, casi pareciera que estuvieran hecho el uno para él otro.

—Pero evidentemente no tienes nada que envidiarle.

—¿Ah no? Es quien se lo ha estado comiendo cada vez que ha querido —dije alzando mis cejas, molesta.

La sonrisa de Pau me hizo darme cuenta de lo mucho que me molestaba que estuviera con ella. Escondí de nuevo mi cara entre mis manos.

—Al final Marc sí que va a tener razón y estoy volviéndome loca…

—¡Qué va a tener razón el gilipollas ese!

—Siento que todo lo relacionado con Rubén se sale de mi control… Si hasta eché a Marc esta mañana de la casa… —le confesé antes de volver a mirarla.

—¿Estuvo Marc aquí?

—Sí… No sé a qué vino, pero se encontró con Rubén, se ve que discutieron… y Rubén le pegó un puñetazo.

—¡Jura!

—Primero duermo con otro en nuestra cama… Y luego lo echo después de que lo golpeen… —Negué lentamente cerrando los ojos momentáneamente.

—Se lo merece, por cabrón.

Pau dijo sin dudarlo. Suspiré acomodando mi cabello recordando lo que sentí al ver a Marc tirado en el suelo con el labio ensangrentado pidiéndome volver. Una parte de mí quería seguir aferrándose a que verle así me dolía más que ver cómo Rubén bajaba los escalones con la mano dolorida.

—Lo primero que hice fue pedirle a Rubén que se fuera… Y después de

escuchar de nuevo a Marc contándome la misma película, le pedí que se fuese… Por eso es por lo que fui a verle a su apartamento…

Solté un profundo suspiro mientras mis manos jugaban con mi pelo pensando en mi pequeña Violeta.

—¿Qué va a pensar Violeta de su madre?

—Lo mismo que puede pensar de su padre —matizó recordándome con sus palabras el daño que Marc me había hecho—. Porque te recuerdo que quien os ha estado faltando el respeto a tu hija y a ti es él, no tú. Tú como mujer separada desde casi año y medio, tienes todo el derecho del mundo a hacer lo que te dé la gana, con quien te dé la gana y cuando te dé la gana como ha estado haciendo él durante todo vuestro matrimonio… Porque la diferencia es que él lo hacía cuando estabais casados.

—Aún lo estamos… —dije mirándola, recordándonoslo a ambas.

—Estáis separados, Isa —recalcó para tratar de hacerme sentir mejor—. Y tú en ningún momento le has faltado el respeto ni a él, ni al lugar donde vive tu hija.

—Ya… pero casi… —Llené de aire mis pulmones antes de soltar todo ese aire en forma de suspiro—. No sé qué es lo que me está pasando… Yo no soy así… Yo no miento sobre dónde voy, no me obsesiono así…

Las manos de Pau buscaron las mías para agarrarlas con cariño llamando mi atención para que la mirara.

—Lo que te pasa es que este tío te encanta, amiga… Y más de lo que quieres aceptar. No vas a superar a Marc acostándote con nadie, eso lo sabemos las dos, pero sí vas a disfrutar… Que llevas sin hacerlo varios años. Sacrificándote siempre por el resto… Aprovecha y disfruta para cuando vengan tiempos difíciles, que te aseguro que vendrán…

—No sé si puedo ponerme a perder el tiempo ahora con todo este asunto, Pau… Mi papá ha estado delicado de salud hace poco, aún está el tema de lo del divorcio, Violeta, la discográfica presionando para que saque algo pronto…

—¿Tu padre va a empeorar por acostarte con Rubén? Oye, no… Pensar

en tus necesidades no es perder el tiempo —dijo regañándome—. Cuando llegue el momento de llorar y lamentarte, llora y laméntate. Cuando te toque estar con tu hija o con tu papá, adelante, pero amiga… No puedes dejar de pensar en ti. Tienes cuarenta y cinco años, no setenta… Y acabas de descubrir que sigues viva y que tu cuerpo sigue necesitando un buen revolcón de vez en cuando.

—Cuarenta y seis el mes que viene —señalicé bajo su mirada enfadada.

—Te lo digo en serio, Isa, aprovecha este regalo de colágeno que la vida te ha dado y comételo cuantas veces quieras, a él y al que te guste.

—Sí, claro, uno para cada día de la semana —dije riéndome—. Estás fatal…

—Te aconsejé que te buscaras alguien discreto y de confianza con quien desfogar. Ahí lo tienes…

—El problema es que él desfoga con alguien más también.

—¿Y a ti qué más te da? Tú no lo quieres para volver a casarte, solo para divertirte. —Me miró encogiendo sus hombros.

—Ya… No es tan fácil —dije con mis dedos apretándose entre sí—. No me gustaría estropear lo que tenemos por esto…

—Sois amigos, ¿no? Habla con él

—Ya… como si fuera tan fácil…

—¿Qué es lo que te da miedo realmente? Porque no sé dónde ves la complejidad del asunto. Sois dos adultos que han tenido sexo…

Llené mis pulmones de aire para ir soltándolo en exhalaciones lentas frotando mi rostro antes de cruzar mis brazos.

—El problema es que no quiero perderlo a él también… —dije sintiendo el nudo de mi pecho contraerse—. Llevo unos años tratando de acostumbrarme a cosas que nunca pensé que tenía que acostumbrarme, como ser madre soltera, por ejemplo… Yo tenía la ilusión de tener una familia, de criar a mi hija con un padre y no ha resultado, por eso… No quiero tener que aprender también a vivir sin Rubén… otra vez.

—Porque te gusta —insistió.

—No, no es eso… No me estás entendiendo. —Sonaba desesperada, lo sabía.Pau se sentó de nuevo a mi lado—. Es que ahora que ha vuelto… Mi hermano está más contento, todo parece estar en una aparente «calma»… Y no quiero estropear nuestra amistad por esta tontería… Mi hermano no se lo merece.

—Sentir no es culpa de nadie ni es una tontería… —Al verme negar matizó aún más—. Crees que Rubén y tú erais amigos, pero en el fondo siempre habéis tenido una relación un tanto extraña. Parecíais más novios que amigos. —Inclinó levemente su cabeza al verme negar—. Tú misma me contaste lo impresionada que te quedaste al conocerlo… Siempre habéis tenido una química especial, pero siempre habéis estado en pareja los dos.

La miré rechazando aquella idea antes de desviar la mirada hacia el suelo.

—Nena, ni siquiera nosotras estamos todo día mandándote fotos de cada cosa que nos recuerda la una a la otra, ni escribiéndonos todo el día…

—Creo que te equivocas… —respondí mirándola de nuevo.

—¿Y esa canción que empezaste a escribir al año de irse?

—¿Qué canción?

—Esa que tienes sin terminar que hablas de todo el tiempo que llevas sin verlo y preguntándote si se acuerda de ti.

—Eso no… no es por él. No es por nadie.

—Ya… No es la primera que le dedicas.

Aquella canción inacabada que siempre retocaba, borraba y volvía a retocar me perseguía desde que comencé a evadirme en el mar con Violeta. No podía dejar de acordarme de él cada vez que surfeaba, es cierto, pero simplemente era porque me había hecho descubrir una nueva pasión. Pasión que mi mente trataba de plasmar en aquella canción sin acabar, escondida en mi estudio.

Sentía que mi cabeza no daba más. Estaba a punto de colapsar, me sentía sobrepasada. Sentí una horrible sensación de culpabilidad. Le pedí que por

favor dejáramos el tema, porque sentía que no me estaba comprendiendo y eso solo me frustraba y agobiaba más. Le ofrecí quedarse a comer. Era lo mínimo que podía hacer después de abusar de su tiempo incluso en fin de semana. Ambas comimos hablando de trabajo, que era lo poco que controlaba en esta etapa de mi vida y que no se me daba mal del todo. Le comenté sobre mi idea de irme de España cuando terminara todo el tema del divorcio y mi idea de luchar por la custodia de Violeta. Sin Marc en mi vida, no tenía necesidad de seguir viviendo en este país, cuando mi familia se encontraba al otro lado del océano. Lo único que me agobiaba de mi decisión era cómo podía llegar afectarle eso a Violeta, que tendría que vivir la separación mediática de sus padres y abandonar su lugar de nacimiento.

Al caer la tarde, después de una larga sobremesa, Pau se despidió, pidiéndome que pensara bien todo el asunto de Rubén, recordándome que la vida no se acababa en Marc. Tras volver a caer en mi propia trampa de mirar mi conversación con él, decidí encerrarme en el estudio para matar las horas que quedaban hasta la cena. Necesitaba aprovechar que Violeta desgraciadamente seguía con su padre para ponerme a trabajar. Tenía que ocupar mi cabeza en cosas que no me causaran más problemas de los que tenía. Pero el subconsciente me llevaba siempre al mismo lugar. Mi cabeza siempre volvía a su cama. Mis labios lo saboreaban al recordar su boca besándome de aquella forma. Mi cuerpo aún temblaba al recordar su cuerpo y cómo me había hecho el amor.

Caminé por los solitarios pasillos de aquella mansión hasta llegar al despacho. Abrí el tercer cajón de mi escritorio, donde se encontraba el sobre que el detective privado me mandó con las fotos físicas y digitales de Marc con aquella chica con la que me había reemplazado. Saqué aquellas fotos, dubitativa, sabiendo el horrible dolor que me causaba verlas. Mis ojos las contemplaron al detalle, casi como si quisiera borrar la culpa que me quemaba por lo que había hecho. Acaricié con mis dedos la silueta del que era aún mi marido abrazando a aquella chica en la oscuridad de la noche barcelonesa. Miles de recuerdos pasaron por mis ojos mientras observaba aquellas fotografías preguntándome en qué momento el sueño de tener una plena y larga vida con el padre de mi hija se había ido a la mierda. Marc era

la persona que más me importaba en el mundo y él me había reemplazado como si eso fuera la cosa más fácil de hacer. Olvidando nuestros besos, nuestras caricias, todo lo que habíamos sido juntos. Eso era justo lo que me rompía y me llenaba de rabia. Sentía que aquel dolor y toda aquella rabia estaban empezando a definir el resto de mi vida. Era tal cual como soñé, mi cuerpo desnudo caía en un pozo sin fondo mientras él observaba desde arriba riéndose de mi sufrimiento. Como si supiera que estaba pensando en él, su nombre apareció en la pantalla de mi teléfono llamándome. Miré su nombre parpadear dudando en si descolgar o no, pero después de nuestro último encuentro donde Rubén lo había golpeado, era mejor no cabrearlo más. Exhalé con todas mis fuerzas antes de desplazar la pantalla para descolgar la llamada.

—Dime —respondí nada más coger la llamada.

—Hola al menos, ¿no?

Llené mis pulmones de aire para armarme de paciencia.

—Hola, Marc, ¿qué quieres?

—Tenemos un problema.

Mi cuerpo se incorporó lentamente con desanimo.

—¿Qué pasa ahora?

—El periodista ese que vive pegado a nosotros tiene una foto mía con… —Su silencio evitando hablar de ella abrió aún más la herida que aún sangraba por él en mi pecho—. Una foto mía que debemos evitar que salga, me ha contactado para pedirme dinero.

—Y acudes a mi para qué… —Mis ojos estaban fijos sobre las fotos de él con aquella chica a la que él evitaba nombrar, sintiendo el dolor en estéreo.

—¿Te recuerdo que fuiste tú quien propuso fingir que seguíamos felizmente casados?

—Como si alguna vez lo hubiéramos estado… —Inhalé lentamente—. ¿También fui yo quien te obligó a acostarte con ella?

Alcé los ojos al frente al escuchar su suspiro de desgana e irritación.

—¿Ya vas a empezar? Estamos así por tu culpa… Además, no te las des de víctima ni pobrecita de nada porque te ha faltado tiempo para follarte al gilipollas ese que se ha atrevido a golpearme.

—¿Sabes qué? —Solté un breve suspiro arrugando mis labios, mirando nuevamente todas y cada una de las fotos que tenía de él con aquella chica —. No tengo ganas de escucharte… No más. Estoy cansada, cansada de ti, cansada de tus excusas, así que apáñatelas.

—¿Que me las apañe? ¿Ya no te importa que tu hija y todo el mundo se entere de que me echaste de casa?

—Fíjate que no… Ya es hora de que «mi hija» y el mundo te conozcan como realmente eres… No pienso gastar ni un euro más en tapar tus trapos sucios.

Antes de que pudiera responderme, le colgué. Estaba cansada de pagar para tapar lo que hacía y que la gente siguiera suponiendo que estaba todo bien mientras él no tenía miramientos ni respeto al dejarse ver con aquella chica por todos lados. Tarde o temprano la gente tendría que enterarse, al igual que en algún momento él tendría que hacerse cargo de las consecuencias de sus actos. Bloqueé su número tras escribirle que a partir de ahora cualquier comunicación entre los dos sería a través de nuestros abogados. Me había dejado rota, con sueños destrozados, abandonándome a mitad del camino y lo único que él quería de mí era mi dinero. Posiblemente había sido así desde el principio. Qué tonta e ingenua había sido. Guardé todas aquellas fotos con mi sueño de envejecer con él en aquel cajón antes de salir del despacho chocándome con mi hermano.

—¡Juepucha! —dije después del golpe alzando mis ojos—. Eres tú… discúlpame.

—¿Estás de malas? —preguntó caminando a mi lado.

—No —respondí mirándole.

—¿Segura?

—Bueno un poco… Me llamó Marc.

—¿Qué quiere ahora?

—Adivina —respondí de forma sarcástica alzando las cejas.

—Dinero… —dijo colocándose sobre la barra de la cocina al entrar.

—Al parecer un periodista lo está chantajeando con publicar fotos de él con… —Tragué saliva tras respirar. Aún no era capaz de verbalizar el nombre de aquella chica.

Me giré en busca de una botella de agua del frigorífico antes de volver a mirar a mi hermano que me observaba con preocupación.

—¿A qué esperas para divorciarte?

Esa pregunta era la pregunta que me perseguía desde que descubrí que Marc quizás sí iba en serio con esta chica. Mirándolo con perspectiva creo que no lo había hecho porque me daba miedo reconocer que había fracasado. No me gustaba fracasar. Y no sé cuánto tiempo más iba a poder seguir sosteniendo eso.

—No sé cómo decírselo a Violeta… solo espero el momento para contarle.

—Pues deberías buscar el momento rapidito, porque en el momento en que esas fotos salgan a la luz…

—Yo sé… ¿Podemos hablar de otra cosa? Por favor…

—Como quieras… —Cruzó sus brazos alineando su espalda—. ¿Qué fue lo que pasó con Rubén? ¿Se pelearon?

Fingí molestia por aquella pregunta antes de tragarme todo lo que sentía con ayuda de aquel sorbo.

—No… no nos peleamos.

—¿Entonces por qué estaban tan raros cuando llegué?

—¿Y según tú cómo se supone que debería de estar después de que Rubén golpeara a Marc? Por favor dímelo…

—Vale, estás de malas

—Fíjate, hasta ahora te diste cuenta… —Suspiré frotando mi rostro.

—Entonces mejor no te pregunto que si vas a venir a la cena que haré esta noche en casa…

—Seguro ya les dijiste a todos que iría antes de preguntarme. —Le miré mientras daba un sorbo a mi botella viendo cómo se reía.

—A quien no avisé es a Irene, tiene planes con unas amigas de aquí antes de viajar mañana a Florida.

—Seguro si supiera que Rubén estaría por aquí, vendría…

Aquellas palabras salieron de mi boca casi como un reclamo captando la atención de mi hermano que me miraba divertido, con sus brazos estirados sobre la barra. Disimulé acomodando mi cabello tras cerrar la botella antes de volver a guardarla dentro del frigorífico. Sus ojos curiosos me miraban mientras sus labios sonreían.

—¿Estás celosa?

—Tú eres el que tiene todas esas locas teorías de que Rubén está enamorado de mí… —Aparté la mirada para que no viera que ni yo misma sabía responder a aquella pregunta.

—Solo insinúo lo que veo… Y desde que volvió estás rara.

Agustín era quien mejor me conocía, por eso sabía que si lo miraba mientras hablábamos de Rubén se acabaría enterando de lo que había pasado entre los dos.

—Yo no estoy rara.

—A mí no me sorprendería si llegara a pasar —insistió acomodando su cuerpo sobre sus brazos cruzados apoyados en la encimera.

—¿Qué cosa…? —dije mirándole, tratando de convencernos a ambos.

—Que pasara algo entre los dos. —Chasqueé la lengua al escucharle.

—Que no lo quieras reconocer es distinto, pero que le haces ojitos… Le haces ojitos —dijo olvidando el tema por ahora.

—Estás mal…. Además, te recuerdo que lo amenazaste si se le ocurría acercarse a mí.

—Eso era antes, cuando éramos más jóvenes… —dijo disculpándose.

—Ajá… ¿Y qué ha cambiado? —pregunté como si no me interesara viendo sus labios sonreír al ver mi interés.

—Ahora sé que no te haría daño…

—¿Y cómo puedes saber eso? ¿Te volviste adivino?

Si no conseguía disimular terminaría dándose cuenta de las cosas. Agustín me miraba divertido al ver cómo había conseguido picarme.

—A ver ilústrame —respondí cruzando los brazos.

—Mira… Rubén es un tío guapo, es innegable… Y a ti te gusta, por mucho que me pongas esa cara de pendeja. Entendería que te sintieras atraída por él, pero ándate con cuidado… Porque el lleva media vida soñando con que lo mires como mirabas a Benjamín o a Marc… Y ahora que empiezas a hacerle ojitos, quizás se haga ilusiones que no son.

Sus palabras me golpearon. Se acercó a mí colocando sus manos sobre mi hombro mientras mis ojos se quedaron fijos escuchando sus palabras resonar en mi cabeza.

—Si lo que buscas es distraerte, estás en todo tu derecho… —dijo besando mi cabeza—. Pero será mejor que habléis a calzón *quitao*.

—No tengo intención de hacer nada con nadie… —respondí casi a la defensiva—. ¿Crees que me han quedado ganas de estar con alguien más después de todo lo que llevo pasado? Eso lo tengo cerrado con llaves y con candados.

Los ojos de mi hermano me miraron mientras sus dientes asomaban entre sus labios riéndose al verme hecha toda una contradicción.

—Está bien, entonces imagino que no te importará que ahora él esté divirtiéndose con alguien más…

—Vete al infierno.

Le dediqué una breve sonrisa antes de salir de la cocina. Sentía sus pasos tras de mí aumentando mi ansiedad. Sentía de todo al pensar en Rubén haciéndole a aquella chica lo que me había hecho a mí. Era horrible pensar en algo que antes solo podía imaginar. Agustín me siguió hasta el estudio, colocando su cuerpo contra el marco de la puerta. Mirándome con sus ojos acusándome.

—Gus, de veras te agradezco todo lo que estás haciendo por mí… —

Dejé caer mi cuerpo en la silla—. Pero me gustaría estar un rato sola.

—Está bien. —Alzó sus manos dedicándome una sonrisa—. Lo pillo… Ya me voy, ¿te veo esta noche? —me preguntó mirándome directamente a los ojos. Le dediqué una breve sonrisa asintiendo antes de verlo irse. Al sentir la puerta cerrarse, sentía mi cabeza hecha un desastre. Recoloqué mi cuerpo sobre aquella silla buscando su conversación como una demente. A quién quería engañar, hacía mucho tiempo que no conectaba así con nadie. Por más que trataba, mi respiración aún se entrecortaba al revivir aquel movimiento lento y desesperado de nuestros labios, la presión de sus manos sobre mi piel. Solté la libreta sobre la mesa de mezclas antes de levantarme para dejar caer mi cuerpo en el sofá negro que cubría los espacios entre instrumentos, alfombras, micrófonos y atriles para colocar las partituras. Llevé mis manos a mis labios acariciándolos, buscando revivir sus caricias. Me estaba obsesionando con Rubén o solo era la dopamina que mi cerebro segregaba dentro de mí después de haber tenido sexo. Suspiré totalmente sobrepasada buscando salir de aquella habitación que parecía achicarse conmigo dentro. No sabía qué me depararía el destino, menos ahora que todos mis sueños de tener una familia se habían resquebrajado. Y estaba empezando a sentir que entraba en una especie de «modo supervivencia» donde mi cabeza era más visceral que racional. Estaba dándome cuenta de que no pasaba por mi momento más intelectual, sino más bien me dejaba llevar por emociones o sensaciones más primarias, así al menos tendría algo de sentido toda esta locura que me estaba pasando con Rubén después del batacazo que me había llevado con Marc.

Observé mi reflejo en el espejo; mi pelo castaño caía sobre mis hombros llegando hasta mi pecho, haciendo mi rostro aún más pequeño al haber perdido casi diez kilos desde que vi la primera foto de Marc con aquella chica. Mis brazos, que siempre habían estado definidos y musculados por el baile, ahora se habían quedado en la mitad de lo que habían sido dejando mis muñecas casi esqueléticas. No podía encontrarme al verme, no me reconocía. Me quité la sudadera que envolvía mi cuerpo dejándome ver por primera vez el horror que me estaba haciendo a mí misma. Vi cómo mis costillas se marcaban bajo mi sujetador, al igual que mi vientre estaba

metido para adentro. Pasé mis dedos por mi piel acariciando lo poco que quedaba de mi barriga, sintiendo entre mis yemas el grosor de mis costillas, recorriéndolas lentamente mientras me observaba fijamente. Mi cuerpo era el reflejo de cómo se encontraba mi corazón; deteriorado, abandonado. Subí mis delgados dedos por mi pecho hasta alcanzar mis clavículas que sobresalían de mi piel para acariciarlas. No podía encontrar belleza alguna entre tanto hueso. No conseguía descubrir qué era lo que Rubén había visto que le gustara tanto como para mirarme de la manera en la que me había mirado esta mañana. Tras observar el desastre en el que me había convertido un par de segundos más, busqué algo para ponerme que fuera cómodo sin recurrir al chándal que tanto me gustaba últimamente. Al terminar de vestirme, pellizqué varias veces mis mejillas antes de maquillarme para tratar de evitar la famosa reacción de lástima de mi alrededor al verme. La llamada de mi hermano a mi teléfono fue la señal para buscar mi batería social antes de bajar. Al salir, Agustín me esperaba en el garaje para llevarme a aquella fiesta en su casa. Al cruzar la puerta, suspiré antes de entrar, mentalizándome de que tocaba fingir como siempre que todo iba bien dentro de mí. Estaba tan cansada de fingir. Fui saludando uno por uno a la familia antes de sentir la mano de alguien sobre mi cintura llamando mi atención. Por un momento me embriagó la emoción al sentir aquella mano agarrando mi cintura. Emoción que se desvaneció al ver a mi hermano susurrándome tras disculparse que quería presentarme a alguien.

—Sé amable —me dijo mientras cruzábamos la sala.

—Siempre soy amable —respondí lanzándole una breve, pero no menos intensa mirada.

—Ahí está —anunció soltando su mano de mi espalda al acercarnos a aquel hombre de espaldas. Respiré hondo antes de que mi hermano tocara su espalda. Louis era futbolista, lo conocía de haber coincidido alguna que otra vez en una de las muchas fiestas que Marc organizaba. Se giró con una cálida sonrisa. Sus dientes blancos brillaban casi tanto como el piercing que lucía sobre su nariz, resaltando sobre su piel morena. Louis colocó una de sus manos sobre el hombro de mi hermano mientras sus ojos se posaban

sobre mí. Sus dedos lucían pequeños tatuajes, al igual que el dorso de sus manos. Le dediqué una leve sonrisa antes de saludarnos con un beso en la mejilla. He de reconocer que su presencia me ponía nerviosa, detalle del que mi hermano se dio cuenta antes de inventar una excusa para dejarnos a solas. Su acento británico le daba ese punto extra a su evidente atractivo. Estuvimos un rato poniéndonos al día, bueno más bien el enumerándome los múltiples títulos que había conseguido tanto en el terreno de juego como a nivel personal. Sus ojos marrones tenían una pequeña veta verdosa que brillaba, al igual que su cara aniñada y su risa nerviosa, al saber de mis labios que estaba a punto de divorciarme. Quizás estuviera desentrenada, pero aún sabía cuándo alguien tenía interés en mí y Louis se moría por ser algo más que mi amigo. Si mi amiga Pau estuviera aquí seguramente me aconsejaría que me comiera un bombón de chocolate para endulzar las penas; y Louis sería ese bombón. Pero a pesar de estar pasando un rato agradable donde no tenía que fingir que me divertía, mi cabeza de vez en cuando se trasladaba al piso de Rubén y me hacía morir de ganas de saber si él estaría acompañado. Antes de medianoche, mi batería social se agotó y busqué esconderme en el jardín. Louis salió al jardín donde me encontraba sentada escribiéndome con mi hija. El fuerte olor de su perfume me hizo girarme encontrándome con su imponente presencia y su cálida sonrisa acompañándolo siempre.

—*I'm sorry* —se disculpó sentándose a mi lado—. No quería asustarte.

—No te preocupes.

—Espero no interrumpir una conversación con algún enamorado —preguntó señalando mi teléfono.

—No… no —negué con una leve sonrisa—. Con mi hija…

Giré el teléfono para enseñarle la foto de Violeta con orgullo. Su sonrisa al verla antes de volver a mirarme me hizo tener un *déjà vu*, recordando la noche que hablé con Rubén por primera vez. La voz melódica de Louis captó de nuevo mi atención pidiendo mi número de teléfono para poder vernos de nuevo algún día.

—Sé perfectamente tu situación… —dijo excusándose—. No existe

televisión que no hable de ti —bromeó—. Es solo por si te apetece tomar café con un amigo algún día…

—Claro. —Le dediqué una breve sonrisa—. Quizás algún día te tome la palabra… Había pensado mudarme a Miami y creo recordar que tienes casa por allí.

—¡Por supuesto! —Sus labios volvieron a dejar ver sus dientes—. Puedo ayudarte a buscar por allí. Enseñarte las mejores zonas… De colegios no entiendo —dijo riéndose—. Pero tengo amigos con hijos, podría preguntar.

—Claro —respondí sonriente mirándonos mutuamente—. Sería de gran ayuda… Gracias.

—Lo que necesites. —Colocó su mano en mi espalda acariciándola.

Louis no era Rubén. Era directo, conquistador, le gustaba gustar. Se asemejaba más a Marc. Ambos intercambiamos los números antes de besar mi mejilla cariñosamente para despedirse. Me quedé ahí parada observando cómo se alejaba el rato suficiente para que mi hermano se percatara de que su presencia me había cautivado. Al ver a Agustín acercarse a mí tras despedirse de Louis, se dirigió hasta mí con sus manos en los bolsillos con una sonrisa triunfante. Se escapó de mis labios un profundo suspiro mientras bloqueaba el teléfono esperando su conversación.

—¿Qué? ¿Cómo fue? —preguntó entrelazando sus manos al sentarse junto a mí.

—¿Con Louis? Bien…

—¿Solo bien? —insistió—. Habéis estado hablando toda la noche

—¿Nos has estado espiando? —pregunté mirándole intrigada.

—Jamás haría eso —se disculpó pasando sus dedos por su pelo canoso nervioso.

No pude evitar reírme golpeando levemente su pierna antes de levantarme de allí.

—Me ha pedido el teléfono para volver a vernos. —Su sonrisa de victoria se engrandeció al escuchar aquello.

—Me alegra escuchar eso.

—No te alegres demasiado… Jamás saldría con un futbolista —respondí jugando con mi teléfono entre mis dedos—. Por cierto… —Aclaré mi garganta rascando brevemente mi nariz—. Necesito que me lleves a un sitio…

—¿Ahora? —preguntó alzando sus ojos hacia mí.

—Sí… No quiero que me graben saliendo sola… —Cogí aire mirando rápidamente la fachada de la casa—. Y mi furgoneta pareciera que lleva unas enormes letras de neón anunciando dónde voy. —Agustín se inclinó hacia atrás para sacar algo de su bolsillo. Golpeó con cariño el dorso de mi mano llamando mi atención para dejar sobre la palma de mi mano las llaves de su coche.

—Ve con cuidado… Ya sabes el cariño que le tengo a mi coche.

—¿Es en serio? —pregunté divertida.

—Dale, antes de que me arrepienta.

—Te prometo que no correré —respondí agarrando las llaves—. Gracias.

Besé su mejilla antes de salir del jardín sabiendo que los ojos de mi hermano me seguirían hasta verme atravesar la puerta. Retoqué rápidamente mi maquillaje en uno de los baños de abajo y comprobé que mi pelo siguiera medio decente antes de agarrar mi bolso y mi abrigo para salir a aquellas horas no adecuadas. Al meterme dentro del BMW de mi hermano recordé por qué odiaba tanto conducir un coche manual al toparme con su coche de marchas. Solté mi bolso en el asiento del copiloto antes de ponerme en marcha. Conduje en silencio únicamente con mis pensamientos, con la radio apagada. Las calles de aquella ajetreada ciudad no dormían nunca. En el primer semáforo que tuve que pararme me coloqué un gorro de lana que llevaba siempre en el bolso para evitar que alguien me reconociera. Al adentrarme en aquel lujoso y céntrico barrio mis ojos admiraban aquellas fachadas iluminadas esperando que el GPS de mi teléfono me indicara que había llegado a mi destino para buscar aparcamiento. No sé si era la suerte, casualidad o destino, pero en cuanto finalizaron las indicaciones del GPS un

enorme coche colocó su intermitente para avisar de que salía. Mientras esperaba a que aquel coche saliera para aparcar, la puerta del edificio donde vivía Rubén se abrió para dejar salir a aquella chica que compartía algo más que una amistad con él. Por un momento mi cabeza me gritó que quitara aquel intermitente para salir cagando leches de allí, pero verla salir con el rostro serio montándose en el coche que iba a regalarme aquel aparcamiento encendió en mí algo que me susurraba que me quedara. En cuanto montó sus largas piernas en aquel coche de color negro, salieron de allí rápido dejando mi hueco libre para aparcar. Una vez terminé de estacionar me miré varias veces en el retrovisor antes de salir del coche a toda prisa para que ningún peatón me reconociera y me viera entrando allí. El portero del edificio me reconoció al verme acercarme, abriéndome la puerta para que pasara. Le agradecí con una amplia sonrisa viendo cómo sus ojos brillaban al alejarme. Marqué el código del piso de Rubén para que pudiera abrirse el ascensor. A los pocos segundos las puertas del ascensor se abrieron permitiéndome quitar de mi cabeza aquel gorro de lana para acomodar mi cabello indomable frente al espejo mientras subía. Mi corazón latía cada vez con más intensidad al observar cómo iba quedando menos para llegar al ático, comprobando mi reflejo una y otra vez en el espejo antes de sentir las puertas abrirse lentamente al finalizar el trayecto. Asomé la cabeza al salir del ascensor observando cómo la puerta de su casa volvía a estar abierta. Recorrí aquel pequeño pasillo hasta su puerta jugando con la cadena de mi bolso entre mis dedos tensos y mi cuerpo ansioso, nervioso, deseoso de verlo. No pude evitar ocultar la sonrisa al verlo de espaldas agarrando algo mientras miraba su teléfono antes de dirigirse hacia la puerta. No sé a quién quería engañar aparte de a mí misma. Llevaba todo el día deseando volver a recorrer ese cuerpo y perderme en aquellos labios que me habían hecho descubrir que seguía viva aún.

Sus ojos se alzaron parpadeando varias veces, viendo cómo sus pupilas se dilataban por la sorpresa de verme allí. Otra vez aquellos ojos verdes volvieron a dejarme sin respiración. El sonido de su teléfono sonando de nuevo rompió aquel silencio que se había hecho entre los dos.

—Tania… —Sentí celos de cómo sonaba aquel nombre en sus labios—.

Te llamo mañana, ¿vale?

Rubén colgó la llamada a la misma vez que lanzaba el abrigo que llevaba en la mano con fuerza hacia el sofá, acercándose hacia mí, acortando la distancia que había entre los dos con un apasionado beso como si lleváramos meses sin vernos, mientras sus manos abrazaban mis mejillas para que no pudiera escaparme. Como si quisiera irme ahora mismo de allí, qué tontería. Mis labios automáticamente se rindieron ante el roce de los suyos devolviéndole el beso a la misma vez que mis manos buscaban su cintura para colgarme de él, fundiéndonos en un profundo y apasionado beso. Sus manos acariciaron mi rostro para luego pasar a mi pelo antes de abrazarme hacia él sin dejar de saborear nuestros labios. El sabor de su boca, la sensación de cosquilleo y hormigueo que provocaban sus labios sobre mi piel era adictivo. Tras un largo beso, nuestras bocas se separaron despacio para buscarnos con la mirada. De su boca se escapó un profundo suspiro a la vez que sus ojos recorrían mis labios antes de volver a mirarme a los ojos. Una de sus manos abandonó mi cintura para acariciarme lentamente con sus yemas mis mejillas, acomodando uno de los mechones de mi pelo indomable tras mi oreja. La sonrisa se apoderó de mi rostro, disfrutando del tacto de su barba bajo mis dedos.

—¿Recibes a todas tus visitas así? —pregunté mirándolo de nuevo, saboreando mis labios—. El sonido de su risa resonó en aquella habitación, dejando mis ojos hipnotizados ver la arruga que se formaba en sus labios al sonreír.

—¿Me creerías si te digo que no? —Sus ojos se clavaron sobre mí dejándome una vez más sin respiración.

Sus manos me acariciaban como quien acaricia por primera vez la hierba alta al pasear por el campo o como quien siente por primera vez el cosquilleo del mar entre los dedos. Me hacía sentir valiosa, importante.

—Te creo… —respondí en voz baja contemplándole.

—Por un momento he llegado a pensar que lo había soñado… —confesó acariciando mis mejillas con sus manos.

Suspiré asintiendo, tratando de disimular mis ganas de confesarle que me

había pasado exactamente lo mismo. Mis manos agarraban su camisa asegurando mi lugar ahí entre sus brazos.

—Qué horrible pesadilla… ¿no?

—Una delicia de sueño más bien… —respondió con una breve sonrisa —. Porque llevo todo el día queriendo escribirte… pero no sabía si querías que lo hiciera o… si al hacerlo terminarías arrepintiéndote de lo que ha pasado.

Negué en silencio acariciando sus mejillas cubiertas de barba.

—¿Y tú…? —respondí observando sus labios antes de volver a perderme en sus ojos—. ¿Te arrepientes?

—Por supuesto que no —respondió sin dudarlo.

—¿Incluso después de estar con Tania?

Rubén frunció el ceño sin apartar sus ojos de los míos.

—La he visto salir de tu portal al venir…

Rubén asintió respirando lentamente, acariciando mis mejillas con sus pulgares, clavando sus intensos ojos sobre mí.

—Solo hemos cenado, no ha pasado, te lo prometo…

—Rubén… —lo interrumpí queriendo dejar de escuchar cosas que ilusionaran mi tonta conciencia. Escondí la mirada muriendo de ganas de creer que Tania no habría disfrutado de aquel cuerpo que ahora me embriagaba con su perfume en aquella cercanía—. Por favor, no me prometas cosas… —imploré mordiendo mis labios.

—Isa, te juro que llevo todo el día pensando en ti como un loco… —confesó acercando su nariz contra la mía—. Me conoces, sabes que no tengo por qué mentirte…

Cerré los ojos al sentir el roce de su nariz contra la mía antes de encontrarme de nuevo con sus ojos, sin dejar de acariciar mis mejillas. La tensión entre ambos se sentía en cada respiración. Ver cómo sus pupilas me miraban completamente dilatadas, sentir su respiración agitada, la forma en la que sus manos tenían mi cabeza agarrada, sintiendo la presión de sus

dedos sobre mi nuca. Involuntariamente esta vez fui yo quien rozó mi nariz contra la suya, respirándolo en aquel momento de debilidad que tenía mi corazón latiendo sin ningún compás.

—Rubén… —susurré antes de volver a ver a mirar sus ojos.

—Dime…

—¿Qué estamos haciendo?

Rubén suspiró acariciando mis mejillas.

—No lo sé… Pero te juro que siento que es algo que se escapa de mi control.

Los dos nos miramos intensamente a los ojos sonriéndonos al sentir cómo dos obsesivos del control iban completamente a ciegas. Rubén pasó sus nudillos sobre mis mejillas acariciándome. Se sentía tan extrañamente bien el tacto de su piel sobre la mía. Sabía bien que ninguno de los dos nos conveníamos ahora mismo, pero solo de recordar lo que había pasado esta mañana entre estas paredes, se me olvidaban los argumentos. Agarré una de sus manos para dirigirlo en silencio, sin más ruido que nuestros pasos por aquel suelo de madera hasta su habitación. Al llegar al dormitorio, sentí su mano que aún agarraba la mía, tirar de mí hacia él, para volver a besarnos. Sus labios capturaron los míos en un beso con pasión, mientras sus manos se pegaron a mi cintura para comenzar ambos con el juego de desnudarnos mutuamente. Sus labios se encomendaron en la tarea de no dejar ni un solo centímetro de mi piel sin besar, mientras íbamos sin más rumbo que su cama. El sonido de nuestras risas al chocar con el filo de la cama fue lo único que rompió aquel silencio mientras sus brazos me dejaban con cuidado sobre el colchón. Incliné la cabeza hacia adelante buscando sus labios de nuevo para besarnos. Al separarse nuestros labios, observé aquella habitación dejando que un pensamiento intrusivo me bloqueara. No podía dejar de pensar cuántas veces habría disfrutado Tania de sus caricias o él del cuerpo de aquella chica sobre aquel colchón. Recoloqué mi cuerpo incómoda sobre el colchón, dejando caer la cabeza en uno de aquellos cojines.

—¿Todo bien? —preguntó acomodándose a mi lado.

A pesar de estar los dos desnudos, lo último que sentía a su lado era el rechazo que me provocaba mirarme a mí misma a través del espejo. Su forma de mirarme me gustaba, me hacía sentir cómoda.

Rubén acarició con sus nudillos mi mejilla antes de buscar una de mis manos para agarrarla.

—No tenemos que hacerlo si no quieres —dijo mirándome.

—No es eso… Es que… —Rasqué mi ceja nerviosa—. Es una tontería… olvídalo.

—Dímelo, por favor —insistió acomodándose sobre uno de sus brazos.

Mis ojos lo observaron unos segundos antes de dejar escapar de mi pecho un breve suspiro.

—Es que no puedo evitar pensar si Tanía y tú… —Rubén agachó la mirada sonriendo—. Perdona, sé que no tengo derecho a preguntarte nada… Yo sigo casada, hace unos días éramos solo amigos… Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? —Me dedicó una sonrisa colocando su mano sobre mi cintura acariciándome.

Sus ojos me contemplaban de esa manera tan transparente que tanto me gustaba. A pesar de estar desnudos él no bajaba la mirada de mis ojos.

—Tú has sido la primera mujer que ha entrado aquí tras divorciarme… —Sus dedos recorrieron mis mejillas.

—¿La primera…? —Vi cómo su cabeza asentía.

—La madrugada del viernes al sábado, después de venir de tu casa dormí solo… Anoche dormí en tu casa. —Ambos sonreímos con complicidad al recordarlo—. Y bueno… Esta noche lo último que me apetecía después de lo que ha pasado entre nosotros, era quedarme a solas con Tania…

Estaba tan acostumbrada a que me hicieran sentir mal preguntar o sentir que estropeaba cada momento de intimidad por no ser capaz de callarme mis inquietudes, que me parecía irreal preguntar sin escuchar reproches. Coloqué una de mis manos sobre su mejilla acariciando suavemente su barba, viendo cómo me sonreía antes de besar mi frente para tumbarse a mi lado.

—¿Qué pasó? —pregunté viéndolo acomodarse sobre el cojín.

—¿Qué haces?

—Tumbarme a tu lado…

—¿Ya te arruiné las ganas o qué? —pregunté divertida mirándolo.

Rubén volvió a incorporarse con una sonrisa nerviosa. A pesar de su enorme cuerpo, su expresión parecía la de un niño completamente perdido. Y eso lo volvía aún más sexy.

—No, es solo que… —Lamió sus labios riéndose—. No sabía si querías seguir o no, todo esto es…

—¿Raro? —pregunté escuchando y disfrutando de la ternura que me provocaba verlo y descubrir esta faceta tan desconocida para mí.

—Nuevo —matizó mirándome sin borrar la sonrisa—. Y no quiero estropearlo…

—Si te sirve de algo. —Aclaré la garganta alzando mis cejas levemente —. Yo tampoco sé cómo gestionar nada de esto…

Dije sincerándome, llevando una de mis manos a su pecho, acariciando de nuevo su piel, disfrutando del roce del vello de su pecho bajo mis dedos.

—Te propongo algo —dijo colocándose nuevamente sobre su brazo, provocando que mis ojos miraran su maravilloso cuerpo y sus brazos bajo su torso, marcando cada músculo que los formaba.

—Qué cosa… —dije lamiendo mis labios antes de volver a ver sus ojos verdes.

—Pregúntame —dijo mirándome—. Da igual si piensas que es una tontería o si puede molestarme. Solo pregúntamelo. Cada inquietud, cada duda…Yo prometo hacer lo mismo, como hemos hecho siempre.

—Trato hecho… —Estiró su mano ofreciéndome su palma para chocarla.

Coloqué mi mano sobre la suya cerrando aquella promesa con nuestras manos agarradas, acariciándose mutuamente.

—Ahora, solo si te parece bien… —Sus labios se humedecieron antes de

dedicarme una pícara sonrisa—. Me gustaría ganarle al Rubén ese de tus sueños, es algo personal.

Rubén se acercó a mis labios riéndose para comenzar a besarnos, dándonos mutuamente permiso para volver a acariciarnos y haciéndome sentir de nuevo cosas que llevaba mucho tiempo sin sentir. Y no me refiero solo al placer, que era innegablemente adictivo por cómo me hacía estremecerme con cada una de sus caricias, sino que me hacía recuperar la confianza en mí misma al dejarme experimentar con él. Sus manos agarrando las mías por encima de mi cabeza mientras nuestros cuerpos se movían al mismo compás, sus labios besando lunares de mi cuerpo que había olvidado, haciéndome disfrutar una, otra y otra vez. La conexión que habíamos tenido desde el principio era indescriptible.

Ambos terminamos abrazados, con mis manos acariciando su amplia espalda mientras su cabeza reposaba sobre mi pecho. Me sentía tan en paz. Mi cabeza tras muchísimo tiempo estaba en pausa. Era increíble cómo su sola presencia me hacía desear más. Provocaba un cosquilleo por debajo de mi ombligo al acariciar su piel que era adictivo. Tras varios minutos abrazados así en silencio, Rubén alzó su cabeza buscando mi mirada mientras subía mis manos por su espalda, recorriendo su piel con mis dedos.

—Quédate a dormir. —Su voz ronca resonó entre aquellas paredes mientras sus dedos acariciaban mi rostro—. Quiero disfrutarte un rato más…

Pasé mis manos por su cabeza peinándolo con mis dedos. Perdiéndome en aquel verde de sus ojos y en esas palabras que endulzaban mi oído. No estaba preparada para volver a enamorarme. No quería volver a abrir mi malherido corazón de nuevo. Es más, me había prometido no volver a caer, pero Rubén me gustaba más de lo que quería admitir y tenía la sensación de que podía ser quien curara las heridas que Marc me había dejado, solo si se lo permitía. Lo besé de nuevo en un beso lento, saboreando nuestros labios, atrapando su rostro entre mis manos. Sus brazos abrazaron mi cuerpo mientras nos comíamos en aquel beso. Al separarnos para respirar su

sonrisa fue lo primero que vi al abrir mis ojos notando su pecho coger aire al respirar.

—¿Eso es un sí? —preguntó sobre mis labios.

—No puedo entender que prefieras estar aquí, conmigo… antes que estar perdiéndote entre las piernas de la chica esa.

Rubén me observó dedicándome de nuevo su sonrisa.

—Me gustan tus piernas —respondió divertido observando mis piernas cortitas a su lado antes de acariciar mi rostro con sus dedos como si quisiera memorizar cada peca—. No cambiaría esto por nada.

—¿El estar con una vieja de cuarenta y cinco años…? —pregunté acariciándolo.

—Estar contigo… es un regalo —respondió sin pensarlo clavando su mirada sobre mí, pasando sus dedos por mi barbilla.

—Soy todo menos un regalo —respondí sarcásticamente riéndome.

Rubén apretó mi cuerpo entre sus brazos acercando de nuevo sus labios a los míos.

—Lo eres… —respondió colocando mis brazos sobre sus hombros antes de volver a abrazarme, rozando mis labios con los suyos—. El problema es que no quieres creerte lo perfecta que eres… Pero no te preocupes —dijo con una breve sonrisa—. Yo me encargo de que vuelvas a creértelo.

—¿Tú te encargas? —pregunté divertida sin ocultar la sonrisa ni cómo sus palabras lamían mis heridas para tratar de curarme—. Puede llevarte tiempo…

—No me importa —dijo negando con la cabeza—. Tengo todo el tiempo del mundo…

—¿Y el trabajo?

—Pediré otra excedencia… —contestó riéndose, apretando mi cuerpo contra el suyo entre sus brazos—. O lo dejaré si fuera necesario.

—Entonces tendré que pagarte por las molestias. —Rocé sus labios contra los míos, jugando.

—Haría cualquier cosa por ti…

Al escucharle, un nudo se aferró en mi garganta mientras mis pulsaciones se descontrolaban, sabiendo que en cualquier momento mis latidos golpearían con tanta fuerza mi pecho que terminaría sintiéndolos él sobre sus brazos. Escucharle hablar con esa devoción por mí era escalofriante, sobre todo después de llevar tantísimo tiempo queriendo arrancarme el corazón y el cerebro para no pensar más ni sentir más dolor. Las manos de Rubén soltaron mi cintura al sentir mis manos empujándolo hacia atrás, para esta vez ser yo quien tomara el control tumbándome sobre él. Nuestros labios sonrieron mientras se besaban ansiosos, al igual que nuestras manos se acariciaban con desesperación, rompiendo el silencio de aquel dormitorio con el sonido de nuestros labios besándose. Nuestras respiraciones agitadas, acompañadas de varios gemidos por parte de ambos al volver a hacer el amor fueron la sinfonía que bañó aquellas paredes. Mi cintura se movía sobre él cada vez más rápido, notando sus manos apretando mis piernas mientras mi cuerpo entraba en modo salvaje en busca del orgasmo, ahogando mis gemidos en sus labios, llenando mi cara y mi cuello de besos antes de entrar de nuevo en mí para hacérmelo lento, disfrutando del roce de nuestra piel, de los impulsos de nuestros cuerpos marcando el ritmo hasta terminar los dos entre jadeos y besos. Aquello, por más que quisiera enmascararlo, era más que sexo. Su cuerpo se desvaneció a mi lado buscándome con su mano para acercarme a él. Recoloqué mi cabello sobre su pecho antes de abrazarlo mientras su mano buscaba el pliegue de las sábanas para taparnos, cubriéndome entre las sábanas y sus brazos. Abracé su cintura con mi brazo contemplando cómo su pecho aún respiraba agitado y su perfil lucía una breve sonrisa aún con sus ojos cerrados. Me acurruqué sobre su pecho escuchando su corazón latir con fuerza, agitado.

—No me quiero ir… —susurré pasando mis dedos por el vello de su pecho.

—Por mí, como si te quieres quedar aquí a vivir. —Su caja torácica resonó sobre mi oído provocando que una sonrisa tonta se quedara en mis

labios.

—¿Y Violeta? —pregunté alzando los ojos, observando cómo su garganta tragaba lentamente.

—Tiene habitaciones para elegir la que más le guste —respondió sonriente, girando su cabeza hacia mí.

—¿Y mi hermano?

Rubén humedeció sus labios riéndose mientras pasando su mano sobre su pecho, rascándose levemente.

—No sé si sea buena idea tenerlo de compañero de piso cuando se entere de lo que hemos hecho, pero… si es importante para ti, le buscaré otra habitación… —dijo burlándose.

—Lo tienes todo pensado, ¿cierto?

Su sonrisa de oreja a oreja dejaba ver su perfecta dentadura mientras asentía volviendo a cerrar sus ojos.

—Solo espero que no te importe que mi despertador suene dentro de cuatro horas…

Alcé mi cabeza de nuevo encontrándome con su risa divertida y sus ojos mirándome después de comprobar de su muñeca que eran las tres de la mañana.

—¿Es en serio? —pregunté incorporándome.

Cuando hice el intento de irme, Rubén agarró mi cintura devolviéndome a la cama tumbándome de nuevo para abrazarme desde atrás.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó colocando sus brazos alrededor de mi cintura desnuda, cubriéndonos con la sábana.

—Rubén, por favor… —dije riéndome al caer nuevamente en aquella cama y sentir su barbilla cosquilleando mi hombro.

—No puedo dejar que te vayas sola a estas horas… —dijo dándome varios besos en el cuello antes de volver a colocar su mandíbula para dejar reposar su cabeza sobre la mía—. Además… tú misma has dicho que no te querías ir.

—Eso era antes de saber que tenías que madrugar…

—Habrá merecido la pena —respondió casi en voz baja acurrucándose.

Acaricié sus brazos que seguían abrazándome mientras me acurrucaba junto a él. Giré la cabeza para volver a encontrarme con sus labios. Al terminar de besarnos, me acurruqué en el hueco de su cuerpo con la mirada puesta al frente, observando por primera vez desde que entré en aquella habitación la foto que tenía sobre la mesita de noche donde aparecía Rubén con una mujer montada sobre sus hombros. Su cabello castaño le llegaba hasta el pecho, vestida con un jersey rojo, apretándole los mofletes a Rubén, que aparecía con una enorme sonrisa agarrándola por los tobillos. Mi mandíbula se tensó, provocando en mí una sensación de molestia.

—Es mi hermana, Blanca… —Su voz ronca susurró cerca de mi oído acomodándose como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Quién? —pregunté como si no fuera conmigo.

—La mujer de la foto.

—No me había fijado… —Fingí hacerme de nuevas sin ocultar la sonrisa al sentir su respiración al reírse.

—Mientes fatal…

Sus brazos me apretaron contra él al besar de nuevo mi mejilla. Poco a poco sentí cómo su cuerpo se relajaba y su respiración se volvió más lenta y profunda. Me abracé entre sus brazos sobre mi cuerpo buscando la postura para dormir entre su cuerpo. Era extraño sentir esa protección y esa calma en brazos de otra persona. Era algo que pensé que jamás podría volver a sentir, pero era la segunda vez que mi cuerpo disfrutaba de la calma que me daban los brazos de Rubén. Cerré los ojos tras llenar mis pulmones de aire dejando que el sueño terminara de invadir mi cuerpo bajo la protección de su cuerpo.

En cuanto los rayos de sol se pusieron sobre aquella ventana, estiré mi cuerpo en busca de algo con lo que cubrirme de tanta claridad obligándome a abrir poco a poco los ojos, descubriendo la ausencia de Rubén en la cama, pero topándome con un ramo de margaritas sobre la mesita de noche que

tenía a mi lado, junto con una nota.

He dejado café hecho y algo para que puedas desayunar, espero que te gusten las margaritas.

Me sentía como en una nube. Como una adolescente idiotizada al sonreír así. Agarré aquel ramo para olerlo acurrucándome de nuevo sobre su cama, observando aquellas margaritas de colores. Sentía que había dormido mil horas. Mi cuerpo estaba descansado y mi cabeza después de mucho tiempo seguía en paz. Tras observar aquel ramo durante varios segundos, salí de la cama aún desnuda hacia su baño después de agarrar algo de ropa de su armario, dejando mi ropa perfectamente doblada sobre uno de los sillones que tenía la habitación. Los halógenos de su baño resaltaban el contraste del oscuro de su pared con el mármol blanco del lavabo. La verdad es que me sorprendió gratamente lo limpio que lo tenía todo para ser hombre. Aún recordaba cómo me encontraba la casa las veces que tenía que ausentarme varias semanas por trabajo, todo hecho un desastre. Marc evidentemente no quería a nadie allí rondando mientras hacía de las suyas, pero tampoco le daba por limpiar. Al terminar de vestirme salí del baño despidiéndome de aquel dormitorio con una breve mirada antes de agarrar el ramo de la cama. Al cruzar el salón traté de recordar dónde había dejado mi bolso, entrelazando mis manos tras soltar el ramo sobre la encimera de la cocina para dirigirme hacia el sofá donde se encontraba mi bolso tirado. Sonreí tontamente recordando por qué estaba allí junto con mi abrigo.

—Mierda… —Al desbloquear la pantalla vi varias llamadas perdidas de mi hermano.

Sentía que había dormido hasta las mil, pero solo eran las nueve de la mañana. Después de comprobar que nadie más me necesitaba, coloqué mi abrigo sobre los hombros, echándole un último vistazo a aquel piso antes de irme. Aproveché los segundos que me daba el ascensor para volver a ponerme el gorro sobre mi pelo y las gafas de sol para evitar que nadie me reconociera al salir ni al entrar al coche. Casi de forma inconsciente, me

desvié para pasar por delante del hospital donde Rubén estaría trabajando, dejándolo atrás desde el espejo de mi retrovisor al reincorporarme por aquel laberinto de carriles para llegar a casa. Al comenzar mi calle vi a lo lejos dos furgonetas de medios de comunicación aparcadas frente a mi puerta. Llené mis pulmones de aire mientras me arrepentía de no haber entrado por la puerta de atrás. Pasé todo lo rápido que me dejaba aquella calle delimitada a treinta kilómetros por hora apareciendo frente a ellos para aparcar justo frente la puerta de mi cochera. Por un momento mientras desabrochaba el cinturón, creí que no me habían reconocido, pero a los pocos segundos escuché mi nombre de labios de algún periodista al reconocer el coche de mi hermano. Inhalé y exhalé varias veces antes de salir del coche armándome de valor para poner la mejor cara que la situación me dejaba en cuanto empezaran a preguntarme por Marc. Al abrir la puerta del coche sentí los primeros micrófonos rozar mi espalda comenzando con el interrogatorio.

—Buenos días, Isabella, nos alegramos de verte. —Alcé los ojos al reconocer la voz de ese reportero que era quien se encargaba de ser tanto mi sombra como la de Marc—. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días… —respondí cerrando la puerta del coche después de coger mi bolso para poder empezar a dirigirme a la puerta de mi casa.

Al sentir la puerta cerrarse recordé que había olvidado el ramo de flores que Rubén me había regalado. Involuntariamente di varios pasos para atrás para cogerlo, pero sabía que coger un ramo de flores frente a la prensa era reabrir nuevas hipótesis, así que lo dejé sobre el asiento del copiloto para mi desgracia.

—¿Cómo estás? Hemos sabido que tu padre estuvo ingresado en Cartagena.

Guardé silencio tratando de saltear aquellos micrófonos mirando la corta distancia que me separaba de mi casa.

—Isabella, ¿cómo van las cosas con Marc? ¿Lo vas a perdonar?

Apreté mi mandíbula al escuchar aquella pregunta maldiciendo los pocos metros que me quedaban hasta llegar.

—Isabella, ¿es cierto que el motivo de la separación es por terceras personas? ¿Cómo lo estáis pasando tu hija y tú?

Sus preguntas junto con el clic de las cámaras que no cesaban, día tras día me resultaba agotador. Era como vivir en una prisión sitiada por periodistas. Aquellas mismas preguntas formuladas de mil formas diferentes no terminaron hasta que me vieron atravesar la enorme puerta metálica negra, dejando caer mi cuerpo sobre ella al cerrar. Quité el gorro de mi cabeza subiendo los escalones que llevaban a la puerta principal, sabiendo que al cruzarla me esperaría otro interrogatorio si estaba mi hermano allí. Al abrir la puerta, Yaris me dio los buenos días avisándome de que Agustín estaba en salón con Gabi, mi abogada. Le pasé mi abrigo pidiéndole un buen café cargado y agradeciéndole la información mientras caminaba acomodándome el cabello sobre uno de mis hombros y pellizcando mis mejillas. Al entrar en la sala donde se encontraban, Agustín fue el primero en levantarse al verme, ya que se encontraba sentado en el sofá frente a la puerta, sirviéndole de señal a Gaby. Decidí convertirla en mi abogada cuando decidí prescindir de las amistades de Marc para que me asesoraran.

—Buen día… —saludé dándole un beso a Gaby y otro a mi hermano.

—Buenos días, Isa.

Gaby me devolvió el saludo mientras mi hermano me hizo una señal para que me sentara comprobando que llevaba ropa de hombre.

—¿Lleváis mucho rato? —pregunté entrelazando mis dedos entre sí después de darle un leve toque en el brazo a mi hermano para que se sentara.

—Acabo de llegar no te preocupes.

Los tres nos sentamos, sintiendo la mirada de mi hermano sobre mi cogote, muy posiblemente pensando dónde pude haber pasado la noche al verme llegar a estar horas y con otra ropa. Al sentarnos, Yaris apareció como un ángel con mi café antes de volver a quedarnos los tres a solas.

—¿Cómo va todo? —pregunté dándole un breve sorbo a la taza antes de dejarla entre mis manos para calentar mis manos.

Gaby miro a Agustín como si le estuviera pidiendo permiso antes de acomodarse sobre el sofá. Los miré a ambos soltando la taza sobre la mesa baja que adornaba el hueco entre los sofás y la alfombra.

—No te traigo buenas noticias —dijo mirándome a mí de nuevo—. Hemos descubierto irregularidades en tus cuentas

—Cómo irregularidades, ¿me ha estado robando? —pregunté sorprendida.

—Aún no lo sé con seguridad, pero de momento le hemos cancelado cualquier acceso a alguna de tus cuentas.

—No me lo puedo creer… —Una sensación de frío se caló en mis huesos—. ¿Desde cuándo?

—Estamos tratando de averiguarlo… Pero necesitaríamos hacer la denuncia formal para poder…

—No, no… —respondí interrumpiéndola aun en shock—. No quiero denunciarlo…

—Será broma, ¿no? —Agustín se recolocó sobre el sofá para verme más de cerca.

—No quiero más escándalos, ni tener el doble de prensa en la puerta… —respondí mirándole—. El día que se envíen los papeles del divorcio, si quiere ir a juicio, iremos con toda… Pero necesito poder salir de paseo con mi hija sin la maldita prensa todo el día detrás fotografiándonos y preguntando…

—Está bien, no te preocupes —Gaby intervino entre los dos colocando su mano sobre la mía—. Si quieres podemos ver qué hacemos también con eso.

Pasé mis manos sobre mi cara, frotando mis ojos, maldiciendo el momento en el que me enamoré de Marc. Había estado durmiendo durante casi doce años con un completo desconocido, no lograba entender cómo había estado tan ciega y había sido tan bruta. La mano de Agustín acarició mis hombros provocando que salieran de mis ojos de nuevo lágrimas de rabia y de tristeza. Empezaba a darme cuenta de que la rabia me pesaba más

que el dolor.

—Hay más… —Gaby anunció en voz baja.

Un profundo suspiro salió de mis labios al igual que lágrimas de rabia al alzar la mirada hacia ella.

—El detective que contrataste ha vendido las fotos de Marc con la chica con la que se le relaciona… ¿Vas a querer hacer algo o…?

—No… —Un breve hilo de voz salió de mi garganta obligándome a aclararla—. Marc me llamó ayer justo por lo mismo…

—Entonces… ¿Dejamos que se publiquen? —preguntó en voz baja.

—Sí. —Tragué aquel nudo de ansiedad que me asfixiaba.

—¿Crees que se puedan utilizar las fotos en caso de que haya juicio?

—De presentarse el divorcio con motivo de infidelidad podrían usarse, pero casi nos interesa más llegar a algún acuerdo para evitar juicio y presión mediática.

—¿Cuándo saldrían esas dichosas fotos? —pregunté pasando mis dedos por mi rostro para limpiar mis lágrimas.

—Intentaremos alargarlo para que salgan mañana, pero no prometo nada…

Entrelacé mis dedos entre sí frotando las palmas de mis manos entre sí con la mirada puesta al frente tratando de pensar, no en mí, sino en Violeta. Quería minimizar lo máximo posible el daño por ella. Sin verlos, podía sentir las miradas de Gaby y Agustín mirándose mutuamente preocupados.

—Creo que… es hora de mandar un comunicado anunciando que Marc y yo nos estamos divorciando… A poder ser antes de que salgan esas fotos —dije notando cómo las palabras se agarraban a mi garganta como si no quisieran salir, porque sabía que anunciarlo sería oficialmente ponerle punto final a esta historia—. Y … por favor, pon que pedimos el máximo respeto posible por nuestra hija… —Mi voz flaqueaba rompiéndose mientras mis labios temblaban tratando de aguantar la compostura.

—Por supuesto…

—Ahora si me disculpáis…

Solté la mano de Agustín al levantarme para salir de allí antes de romperme en mil pedazos frente a ellos. Sentía cómo aquellas malditas ganas de llorar amenazaban con salir sin nada que pudiera impedírselo mientras subía los escalones hacia mi habitación. Me mataba la rabia al ver que no tenía conciencia, ni se hacía responsable de todo el daño que estaba causándome. El eco de la puerta del que fue nuestro dormitorio cerrándose tras de mí, consiguió aguar tanto mis ojos, que me era imposible ver nada que no fueran lágrimas. Caminé hasta el baño casi arrancándome la ropa llena de dolor y coraje hasta dejarme caer sobre el suelo de aquella ducha que arrastraba mis lágrimas al caer el agua sobre mi cuerpo acurrucada entre mis rodillas. No podía creer que todo este tiempo, la única que de verdad quiso, fui yo. Las lágrimas salían como si hubieran abierto las compuertas del dolor dentro de mi cuerpo. Mis dedos se aferraban sobre mis rodillas desnudas con tanta fuerza que sabía que tendría arañazos. El dolor venía de aceptar que nunca fui suficiente para él. No importa cuánto lo hubiera intentado o lo mucho que hubiera sacrificado. No podía parar de llorar en silencio, ahí con el agua cayendo sobre mi cuerpo vulnerable, sin parar de pensar qué era lo que me pasaba, por qué no conseguía hacer que la gente me quisiera de verdad. Siempre me reemplazaban, me engañaban, me traicionaban o me abandonaban. Quizás era ese mi destino; desahuciada eternamente en el amor.

Al cabo de unos minutos, mis manos arrugadas se apoyaron sobre la pared húmeda de la ducha para reincorporarme, dejando de regodearme en mi tristeza. Envolví mi frágil y magullado cuerpo para secarme antes de volver al chándal. Esta vez negro; pantalones anchos, zapatillas con suela ancha para ganar unos centímetros de más y sudadera oscura. Acaricié la ropa que me había traído de la casa de Rubén, tratando de buscar algo de consuelo al pasar mis dedos sobre ella. Recogí mi pelo salvaje con un palillo antes de salir de mi dormitorio. No podía dejar de pensar lo bien que me vendría esconderme entre los brazos de Rubén ahora mismo. Bajé las escaleras sin llamar mucho la atención. Quería pasar desapercibida, no tenía ganas ni fuerzas de hablar con nadie. Al cruzar al pasillo, atravesé el jardín

hasta llegar a mi estudio para encerrarme ahí hasta que sintiera a Violeta llegar. Solo me apetecía estar sola o con mi hija, pero mi casa era el único lugar en el mundo donde no podía estar sola cuando quería. El sonido de unos dedos golpeando la puerta del estudio me obligaron a volver a levantar la cabeza de mis brazos para seguir fingiendo que todo estaba bien y nada me afectaba.

—Pasa… —dije respirando hondo mientras me recolocaba sobre la silla, recomponiéndome antes de que abrieran.

La puerta se abrió despacio dejando ver la cabeza de mi hermano aparecer tras ella. Le hice un breve gesto para que pasara, sentándose mientras arrastraba las ruedas hasta donde me encontraba.

—¿Cómo estás? —preguntó preocupado colocando brevemente su mano sobre la mía.

Alcé los hombros en silencio, negando inconscientemente con la mirada totalmente perdida.

—No sé cómo sentirme… —respondí suspirando antes de mirar a mi hermano a los ojos.

—Bueno… Sacar ese dolor que sientes y enfrentarte a él es un buen comienzo… Las heridas hay que cerrarlas, algunas tardan más, otras tardan menos, pero es necesario hacerlo para poder seguir viviendo.

Sus palabras me desgarraron por dentro, obligándome a tragar aquel nudo de ansiedad que volvía a llenar mis ojos de lágrimas. Pasé de nuevo mis manos sobre mi cara evitando que me viera romperme una vez más de las tantas que había visto.

—Tengo una horrible sensación aquí… dentro del pecho —dije con la voz quebrada bajando mis manos hasta mi pecho, tratando de esconder el enorme hueco que tenía en el pecho—. Siento que todo el amor que nos teníamos era mentira… Y siento que se nos va y no puedo hacer nada para agarrarlo.

—Déjalo ir… —respondió colocando sus manos sobre mis rodillas aún montadas sobre la silla—. Has dado por esta relación más de lo que se

podía dar.

—No es fácil…

—Claro que no es fácil, pero seguir viviendo así es peor.

—Cuando salga ese comunicado, no habrá vuelta atrás… se habrá acabado todo para siempre. —Mis labios volvían a temblar como señal de que mi cuerpo luchaba por no volver a quebrarse.

—Isa, esto hace tiempo que está muerto… —susurró buscando mis ojos.

—¿Qué le diré a Violeta? —pregunté mordiendo mis labios llena de ansiedad y miedo.

—La verdad —dijo mirándome, acariciando mis manos con cariño.

El sonido de su teléfono le hizo apartar las manos de las mías para sacarlo del bolsillo, colgando la llamada antes de responder al mensaje que le acaba de entrar. Momento que aproveché para limpiar mis ojos de tanta lágrima y respirar profundamente.

—Escucha… —dijo guardando de nuevo su teléfono antes de volver a mirarme—. Le he pedido a alguien que venga…

—No… Por favor. No quiero ver a nadie… —dije cogiendo aire para soltarlo lentamente acomodándome el cabello de nuevo entre aquel palillo que lo sostenía—. No quiero que nadie me vea así…

—Hazme caso, te vendrá bien.

El sonido de nuevo de la puerta provocó que Agustín se levantara besando mi frente antes de abrir. Sentí cómo mi cuerpo volvía a respirar al ver a Rubén, vestido con el uniforme del hospital en color azul marino, cruzando aquella puerta después de salir mi hermano. Inmediatamente mi cuerpo se levantó de la silla dando un brinco para abrazarme a su cuerpo con fuerza, recibiendo sus brazos alrededor mi cintura como respuesta. Sus manos acariciaban mi espalda con cariño buscando consolarme al romperme tras sentir que podía bajar la barrera y mostrarme vulnerable. No sé cuánto tiempo estuvimos así, abrazados en silencio y él esperando pacientemente que estuviera lista para soltarlo. Sus manos buscaron las mías para que tomara asiento en el sofá del estudio mientras limpiaba con

sus dedos mis mejillas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté pasando la manga de la sudadera sobre mis ojos para secarlos—. Te hacía trabajando…

—Y lo estaba… —respondió sonriente.

Su cara se veía cansada, pero ni aun así dejaba de estar guapo.

—Me aburría y he pensado… ¿por qué no vas a molestarla un rato? —bromeó acariciando mis mejillas buscando limpiar mi rostro—. Así que he hablado con Susana para que me dejara ausentarme un par de horas… —me explicó agarrando una de mis manos entre las suyas.

—Ay, Rubén… —dije tras un profundo suspiro dedicándole una breve mirada—. No paro de complicarte la vida…

Sus ojos me miraron fijamente dedicándome una leve sonrisa antes de besar mi frente. Se acomodó sobre una de sus piernas para estar más cerca de mí.

—Lo último que haces en mi vida es complicarla… —dijo en voz baja sin borrar la tierna sonrisa de sus labios—. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Al parecer… —Suspiré mordiendo mis labios en un ejercicio de aceptarlo al decirlo en voz alta—. Marc me ha estado robando…

Rubén se incomodó al escucharme, mirándome en silencio para que le contara.

—Gaby ha dicho que… aún tiene que comprobar algunas cosas, pero…

—No te sorprende… ¿verdad?

—No…

—Yo algo sospechaba… —Rubén mordió sus labios antes de explicarse —. No conozco mucho a Marc… pero… Se veía de lejos que es alguien que no juega limpio. —Colocó uno de sus brazos sobre el respaldar del sofá—. En Cuba tenía mucho tiempo para pensar… Y un día, hablando con tu hermano me comentó algo de que ibais a cambiar de asesor para contratar a

un amigo de Marc…

—Sí, a Gonzalo… —dije siguiendo la conversación.

—No sé si fue una corazonada, pero… Le comenté a tu hermano que no me gustaba la idea de que él o algún amigo suyo llevara tus cuentas, así que imagino que, a raíz de esa conversación, hablaría con alguien para que estuviera al pendiente.

—¿Y por qué no hablaste directamente conmigo? —Lo miré molesta por ocultarme aquello.

—Pues… no sé, no quise echar más leña al fuego por una simple corazonada… —se excusó acomodándose inquieto en el sofá—. Ni agobiarte más…

—Claro… Pensaste que lo mejor era dejar que él siguiera riéndose de mí, total vivir engañada era mil veces mejor que saber la verdad, ¿no?… Esto es increíble.

—Claro que no, Agustín me prometió que hablaría contigo.

—¡Pues no lo hizo! —reclamé furiosa.

—Lo siento…

- —¿Sabes? Al menos tú lo sabías… Yo me levantaba cada maldito día con la cabeza *rayá* tratando de buscar una justificación lógica para toda esta pesadilla que estaba viviendo.

Me levanté de su lado dándole la espalda mientras caminaba en círculos por aquel espacio claustrofóbico. Al volver a mirar hacia Rubén este me miraba preocupado. Se levantó del sofá dudando de si acercarse o no. Una de sus manos frotaba su cabello antes de volver a mirarme.

—Oye lo siento… —se disculpó acercándose lentamente a mí—. De haberlo sabido te lo habría dicho yo mismo, pero… lo último que quería era que pensaras que te estaba envenenando en contra de Marc.

Llevé ambas manos sobre mi rostro soltando un suspiro desde lo más profundo de mis pulmones antes de volver a mirar hacia él. Estaba

haciéndole pagar por algo que no había hecho y lo estaba tratando injustamente, pagando toda mi frustración contra él, pero no sé por qué no podía parar de hacerlo. Pareciera que todos me ocultaban algo con la excusa de protegerme.

—¿Entiendes que me moleste? —dije frotando de nuevo mi cara entre mis manos antes de rascar mis cejas nerviosa—. No soy una niña chiquita a la que haya que ocultarle las cosas para protegerla… Es mi vida, mi dinero, mi carrera… Y me gustaría poder ser quien tome las decisiones.

—Lo sé … lo siento, discúlpame…

No recuerdo haber tenido nunca la razón sobre algo que me hubiera molestado. Me agarré a los brazos de la silla sentándome despacio sin dejar de mirarlo extrañada. No sé si me había dado la razón por no discutir o porque realmente entendía mi malestar, pero era un terreno desconocido para mí. Coloqué mis brazos estirados sobre mis piernas presionando mis dedos sobre ellas. Antes de poder decir nada más, la puerta del estudio se abrió apareciendo mi hermano de nuevo captando la atención de ambos. Pude notar la mirada de Rubén sobre mí al suspirar dándole permiso a mi hermano para que pasara.

—Perdonad la interrupción —dijo excusándose, colocando su mano sobre la puerta—. Yaris me ha pedido que pregunte si contábamos con Rubén para comer. —Miró a Rubén para después mirarme a mí.

—Sí —respondí por el levantándome nuevamente de la silla.

—No puedo, gracias… —respondió colocando sus manos dentro de los bolsillos del pantalón—. Tengo que regresar al hospital…

—Dijiste que tenías un par de horas, ¿no? —respondí indignada—. Comes y te vas si quieres… Es lo mínimo que podemos hacer por ti después de que mi hermano te hiciera venir hasta aquí. —Traté de rectificar al ver los ojos de mi hermano mirándome con aquella sonrisa divertida.

—Ya has escuchado a la jefa…

Rubén cogió aire antes de asentir con una breve e incómoda sonrisa. Mis ojos lo observaban con disimulo mientras alzaba una de mis manos como

señal para que saliéramos todos de aquel estudio. Al salir Agustín, Rubén se hizo a un lado sujetando la puerta para que pasara primero, dándole un breve golpe en su cintura con mi cadera al pasar al lado de él, causando la risa disimulada de ambos. Ambos cruzamos miradas a escondidas y cómplices mientras caminábamos hasta llegar donde nos esperaba mi hermano. Aprovechamos el sol que nos regalaba aquel día para comer en el jardín. Rubén sacó sus manos de los bolsillos únicamente para arrimar la silla en la que iba a sentarme antes de sentarse frente a mí, justo al lado de mi hermano. Tenía la sensación de que sería una comida interesante. Era incapaz de controlar a mis ojos coquetos, que no paraban de observar con atención cómo le quedaba aquel uniforme. Decidí ahogar mis fantasías en el vaso de agua que tenía enfrente al ver los perfectos y marcados brazos de Rubén sobre la mesa. Aquellos mismos brazos que habían estado toda la noche abrazándome. Mi hermano colocó una de sus manos sobre el hombro de Rubén con cariño llamando su atención.

—¿Y tú qué? Cuéntanos cómo fue la vuelta al hospital. —Agustín cruzó sus brazos sobre la mesa.

—Ay, sí… es cierto, lo olvidé por completo. Perdóname… —me disculpé alzando una de mis manos en busca de su brazo.

—Fue bien —dijo apretando mi mano que descansaba sobre uno de sus brazos dedicándome una breve sonrisa.

Aparté la mano de su brazo rápidamente al ver los ojos de mi hermano observándonos. Era como un sabueso en busca de una presa.

—De hecho, estoy esperando que me avisen para extirpar un tumor dentro de un ligamento del cuello. —Nos miró a ambos con una leve sonrisa.

—¿Y aun así piensas comer? —Agustín lo miró cruzando sus brazos sobre la mesa.

—Bueno… —Miró a mi hermano riéndose—. Terminas acostumbrándote…

—¿De verdad te acostumbras? —pregunté mirándolo casi hipnotizada al

ver cómo se reflejaba el sol en sus ojos verdes.

—A casi todo… —respondió colocando sus codos sobre la mesa, apoyando sus brazos cruzados—. A las largas horas allí metido creo que nunca terminas de acostumbrarte… —Sonrió—. O abrir y darte cuenta de que el tumor es maligno y está extendido… O que se mueran… —Respiró hondo—. A eso nunca te acostumbras…

No tenía que ser fácil volver a un hospital tras perder a sus padres en uno. La mano de Agustín apretó el hombro de Rubén antes de sugerir que comiéramos algo. La comida transcurrió ente conversaciones banales y poniéndonos al día. Sobre todo ellos. Yo solo observaba recordando cómo me había puesto al día con él unas horas antes. Todo iba relativamente bien hasta que mi hermano mencionó a Louis. Los ojos de Rubén se alzaron para buscarme al escuchar a mi hermano hablar del interés que había despertado en Louis, disimulando que aquello no le incomodaba.

—Sabes quién es, ¿no?

Terminó de tragar lo que tenía en la boca antes de responder a la pregunta de mi hermano.

—Futbolista, ¿no? —dijo recolocándose en su asiento—. Está en la liga inglesa, pero estaba barajando irse a Miami.

—¿Y cómo lo conociste? —Rubén miró a mi hermano.

—Lo conocimos en una de las fiestas que Marc organizó —le aclaré—. Nos invitó varias veces a verlo jugar cuando venía a Madrid…

Rubén asintió, alzando sus cejas involuntariamente. Aquel gesto completamente imperceptible para mi hermano causó un leve cosquilleo en la boca de mi estomago al ver cómo luchaba por no parecer celoso.

—Por eso en cuanto se enteró que mi hermanita iba a divorciarse no tardó en hacer acto de presencia —Agustín bromeó.

—Eres un exagerado… —dije tratando de quitarle importancia.

—¿Exagerado No os despegasteis en toda la noche —recalcó divertido mirándonos a ambos—. Hasta intercambiaron sus teléfonos para volver a verse.

Golpeó con su codo el brazo de Rubén riéndose. Rubén en cambio fingió una leve sonrisa al sentir el codo de su amigo golpear su brazo, mientras sus ojos no sabían dónde mirar.

Mis ojos se clavaron sobre Agustín. Sabía qué era lo que quería hacer. Buscaba provocar alguna reacción de parte de alguno de los dos, pero lo que estaba consiguiendo era molestar. Los ojos de Rubén bajaron hasta el reloj de su muñeca. Tenía esa manía, acariciar aquel reloj cuando estaba nervioso o algo le preocupaba. Su rostro se puso serio, regalándonos alguna que otra sonrisa incómoda de vez en cuando.

—¿Te ha vuelto a llamar? —Agustín preguntó dirigiéndose hacia mí provocando que los ojos de Rubén me miraran fugazmente antes de recolocarse de nuevo sobre la silla.

—No… no hemos vuelto a hablar —respondí pellizcando mis dedos entre sí bajo la mesa.

—¿Entonces no te fuiste tras él anoche? —preguntó antes de darle un sorbo a su vaso.

—No…

Mis ojos luchaban por no delatarme al mirar a Rubén, mientras automáticamente mi cabeza se movía de un lado a otro negando aquello. Deseaba que se atragantara con el agua en esos momentos para que se callara de una vez.

—Entonces, ¿con quién estuviste anoche? —volvió a preguntar con cara de interesante.

Miré levemente a Rubén que se movía incómodo en aquella silla arrugando sus labios mientras frotaba sus dedos contra su barbilla.

—Es su vida privada, déjala… —dijo interviniendo, inclinando brevemente la cabeza.

—Solo quiero saber dónde pasó la noche.

—Pues no quieras saber tanto —respondí mirándolo—. No tengo por qué darte explicaciones de todo lo que hago.

Decidí esconderme en mi vaso, dándole un breve sorbo. Al ver su sonrisa

al terminar de beber, le di una leve patada en el tobillo como señal para que se callara, patada a la que Rubén reaccionó mirándome, haciéndome dudar entre si se había dado cuenta de mi patada a Agustín o de si le había dado a él. Me miró mordiendo sus labios mientras apretaba su mandíbula de nuevo.

—¿Y a ti cómo te va con Tania? —preguntó dirigiendo su mirada hacia él—. ¿Te divertiste anoche? —Negué brevemente viendo cómo tenía para todos, no perdía oportunidad. Rubén se acomodó sobre la silla, colocando su muñeca sobre el filo de la mesa.

—Hemos roto… —respondió apretando su mandíbula evitando mirarme.

—¿Cuándo? —mi hermano preguntó todo intrigado.

—Esta mañana…

Tenía el presentimiento de que se moría de ganas de mirarme al decir aquello. Una parte de mí se sentía culpable, pero la otra parte, la que había provocado que mis pulsaciones se aceleraran, respiraba aliviada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó con curiosidad.

—Buscábamos cosas diferentes… —respondió colocando sus manos sobre los brazos de la silla—. Además no es que tuviéramos una relación, solo… —Inhaló algo de aire—. Solo nos divertíamos de vez en cuando.

—Podría haber sido la buena, hacíais buena pareja —mi hermano insistió.

Mis ojos se alzaron sutiles buscando ver su reacción. Su semblante era serio mientras sus dedos golpeaban levemente el filo de la mesa, notando cómo mi corazón latía a la misma vez que sus dedos golpeaban aquella mesa.

—Nunca fue nuestra idea ser pareja… —recalcó dedicándonos una breve mirada.

—¿Y ella? ¿Lo barajaba? —Agustín insistió.

—No, no lo creo… —negó de nuevo—. Si me hubiera visto como algo más, me lo habría dicho…

—¿Y cuándo habéis hablado? —pregunté respirando lentamente,

haciendo mi cronología.

—Esta mañana. —Clavó sus ojos sobre mí haciéndome sentir importante —. Anoche mientras cenábamos, me di cuenta de que lo que teníamos no iba hacia ningún lado… y alargarlo solo serviría para hacernos daño, así que le dije de invitarla a desayunar para hablar…

Nuestros ojos se quedaron varios segundos contemplándose antes de que Rubén apartara su mirada tras un profundo suspiro.

—Es una lástima, a mí me gustaba para ti —reafirmó mi hermano provocando mi incomodidad—. Parecía buena muchacha.

El teléfono de mi hermano comenzó a sonar, rompiendo aquel silencio que se había hecho y dándonos una excusa para quedarnos a solas. Al quedarnos a solas, Rubén me miró con los labios arrugados disimulando una breve sonrisa antes de dirigir sus ojos a cualquier otra parte.

—Así que… —rompió el silencio con una sonrisa burlona en sus labios —. No te separaste de Louis en toda la noche…

Asentí mirando a nuestro alrededor con una sonrisa en los labios.

—Al parecer él sigue teniendo posters míos en su cuarto —respondí burlándome.

—Tendré que empapelar mi cuarto entonces con los míos. —Nuestros labios se sincronizaron en una amplia sonrisa.

—Solo tiene una pega… —bromeé viendo cómo sus cejas se alzaban celoso.

—¿Solo una? Fíjate… sí que va a tener razón tu hermano en que te impresionó conocerlo… Creí escucharte decir alguna vez que jamás estarías con un futbolista.

Sonreí humedeciendo mis labios al repetir mis palabras mientras me incorporaba colocando mis brazos sobre la mesa.

—No te niego que me impresionó conocerlo, es bastante atractivo y tiene ese acento británico que tanto me gusta, pero… —Respiré hondo haciéndome la interesante—. Louis es mucho de té… Y a mí me gusta más el café soluble…

Rubén sonrió agachando sutilmente su rostro antes de volver a mirarme.

—No imagino a un inglés bebiendo ese café tuyo… —bromeó tratando de ocultar su media sonrisa—. Aunque he de reconocer… que no está tan malo, te acabas enamorando de su sabor. —Sus ojos me miraron de una manera que cortó mi respiración.

Los dos sabíamos que no se estaba refiriendo al café. Rubén desvió su mirada hacia su cintura tras un breve pitido, dejando aquella conversación al levantarse para responder la llamada tras disculparse. Me quedé ahí sentada inmóvil en aquella silla viendo hipnotizada cómo caminaba o cómo se le arrugaba la camiseta con el movimiento de su espalda mientras hablaba a lo lejos por teléfono. El sonido de los zapatos de Agustín sobre el césped me hizo despegar mis idiotizados ojos de Rubén. — ¿Con quién habla?

Alcé los hombros mirándole hablar a lo lejos.

—Imagino que con alguien del trabajo… —respondí sin apartar la mirada de él—. ¿Y tú? ¿Con quién hablabas?

—Todo lo quieres saber, ¿eh? —preguntó sentándose junto a mí.

—¿Verdad que sí? Viene de familia parece —dije divertida mirándolo, viendo cómo mi hermano desviaba la mirada hacia el frente.

—Pau… —explicó mirándome—. Quería saber cómo estabas…

Rubén volvió observando su teléfono tras colgar.

—Es Susana —Rubén dijo acercándose con el teléfono entre sus manos —. Tengo que irme…

—Te acompaño —me ofrecí levantándome.

—Gracias por venir —dijo mi hermano despidiéndose.

—No se merecen.

Ambos se dieron un breve abrazo antes de alejarnos de la mirada cotilla de mi hermano. Al salir al pasillo, Rubén colocó su brazo alrededor de mis hombros, tras asegurarse al mirar hacia atrás de que nadie nos veía para dirigirnos abrazados hasta la puerta. Al llegar apartó con cuidado su brazo

para abrir la puerta.

—No me dejo nada, ¿verdad? —preguntó tocándose los bolsillos.

—No… —dije acercándome a él.

—Bueno… ¿Estás algo mejor? —preguntó dedicándome una breve caricia con sus manos sobre mi mejilla.

—Gracias de nuevo por venir… —Agaché brevemente la mirada tras mirar a nuestro alrededor—. Anoche no dormiste por mi culpa y ahora mi hermano te ha sacado del trabajo también por mi culpa…

—Y no me arrepiento… —Miró rápidamente la puerta abriéndola un poco más—. Bueno, tengo que irme…

—Claro…

—¿Te llamo cuando acabe para vernos un rato? No tiene por qué pasar nada —dijo excusándose nervioso—. Pero me apetece verte y estar un rato contigo…

—Dale… Hablamos luego —dije sin ocultar la sonrisa antes de recibir un breve beso sobre mi mejilla.

Ambos nos miramos en silencio varios segundos antes de verlo irse, dejándome allí nuevamente como una idiota contemplando sus ágiles pasos hasta llegar a su coche, dedicándome una breve sonrisa antes de desaparecer tras la puerta. Cerré la puerta para volver al lado de mi hermano que me observaba al salir al jardín con una sonrisa de oreja a oreja.

—Borra esa sonrisa —dije molesta por sus comentarios.

—¿Y ahora qué he hecho? —preguntó viendo cómo me sentaba en la silla que antes había ocupado Rubén.

—En qué momento pensaste que era buena idea sacar el tema de Louis, hablando como si fuera a pasar algo entre los dos… —le reclamé colocando mis manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Y qué tiene de malo? Solo estaba comentándolo, además Rubén es nuestro amigo no va a decir nada

—Preferiría que no comentaras esas cosas —dije seria mirándolo—. Ahora a saber qué andará pensando de mí…

—¿Y desde cuándo te importa tanto lo que piense Rubén? —preguntó provocándome.

Le miré seria buscando las palabras adecuadas para no darle la información que tanto anhelaba saber. La sonrisa empezaba a asomar de sus labios al ver que no tenía forma de responderle a aquella pregunta mientras solo me limitaba a mirarlo mal.

—No me importa… —dije excusándome—. Es solo que mi vida privada es eso, privada… Y aunque Rubén sea amigo de la familia… me gustaría que no se fueran ventilando por ahí ciertas cosas, bastante tengo con escuchar diariamente bobadas sobre mí en la televisión.

—Tienes razón, perdona… —se disculpó alzando sus manos.

—¿Qué os pasa a todos hoy? ¿Es el día de darme la razón o qué?

La sonrisa de mi hermano me contagió antes de mirar mi teléfono. Casi como si fuera un presentimiento, enseguida vi el nombre de Gaby parpadeando. Mi reacción fue coger todo el aire que pude antes de descolgar la llamada bajo la atenta mirada de mi hermano.

—Hola, Gaby, ¿qué ha pasado?

—Hola cariño. —Su voz sonaba seria—. Te tengo malas noticias…

—No por favor… —susurré colocando una de mis manos sobre mi frente desesperada.

—El abogado de Marcos va a responder con otro comunicado exponiendo que él no tenía conocimiento de tu decisión de querer divorciarte… Y que tanto a él como a su familia les ha pillado por sorpresa

—Qué hijo de puta… —La voz de mi hermano provocó que mis ojos lo miraran.

—Está bien, no te preocupes… En cuanto salgan a la luz las fotos de él con aquella chica, entenderán mi decisión —dije sarcásticamente—. Gracias igualmente…

—¿Quieres que te pase copia de lo que se ha acordado decir?

—No… no hace falta —dije acariciando con mis dedos el pelo de mis cejas tratando de mantener la calma.

—Te aconsejo que evites ver la televisión en unos días…

—Hablamos, Gaby, gracias —dijo mi hermano cerca del teléfono antes de colgar.

Tras colgar froté mi rostro con mis manos tratando de calmar el coraje que empezaba a controlar mi cuerpo al ver la poca consideración que estaban teniendo con nuestra hija. Las palabras de calma de mi hermano sonaban tan distantes que era incapaz de atender lo que me decían. Volví a descubrir mi rostro para mirar a la nada, sintiendo cómo mi hermano se levantaba.

—Tenía que haber aprovechado para golpearlo cuando estaba en el suelo… —dijo furioso.

—A veces pienso que su intención es volverme loca… —dije buscándolo con la mirada. Su cuerpo seguía andando de un lado a otro con las manos sobre su cintura.

—¿Cómo no se va a imaginar que queríais divorciaros? Menuda excusa de mierda… ¿Ya se le olvidó al caramondá ese que tiene una novia desde hace un año o qué? Mal parido de mierda, hijo de puta…

—No sé… —dije con la mirada perdida recopilando información mentalmente.

—Está claro que es su forma de seguir haciéndote daño.

—Necesito salir de aquí…

Dije levantándome de la mesa mientras unas de mis manos iban a parar a mi pecho, presionándolo como si tratara de evitar que mi corazón se siguiera rompiendo, caminando sin rumbo con la mirada ida y mi mente en todas partes menos ahí. Cuando quise darme cuenta, me encontraba sentada en el suelo de mi despacho, con las fotos de Marc abrazando y besando aquella chica rubia con la que me había remplazado. Me sentía fuera de mi cuerpo. Experimentando todo aquel dolor y todas aquellas sensaciones

dañinas casi de forma extracorpórea. Observándome desde fuera ahí sentada, abatida y autocastigándome con aquellas fotografías una y otra vez, casi simulando mi pesadilla. El sonido de unos nudillos golpeando la puerta del estudio me hizo volver en mí, dejando aparecer de nuevo a mi hermano. Sabía por su silencio que estaría sintiendo lástima de verme allí sentada entre todas aquellas fotos antes de avisarme de que Marc se encontraba fuera esperando entrar para dejar a Violeta.

Respiré profundamente atando todos los trozos de mi corazón partido en mil pedazos con un leve hilo, sabiendo que aquellos segundos mi hermano los estaba aprovechando para seguir contemplándome.

—Que no entre… —dije levantándome despacio—. Que solo entre Violeta.

Los ojos de mi hermano me miraron asintiendo antes de ir a avisar de mis órdenes, mientras mis manos aún temblorosas recogían de nuevo aquellas fotografías para guardarlas antes de que Violeta pudiera verlas. Recoloqué mi cabello y lavé mi rostro antes de dirigirme a la puerta principal para esperar a lo mejor que la vida me había regalado. Al cabo de lo que tuvieron que ser unos largos y angustiosos minutos para Marc, parado en la puerta asediado por los periodistas recibiendo ante todos la negativa de entrar a la que había sido nuestra casa, Violeta apareció subiendo los escalones acompañada de mi hermano, ambos sonrientes. Nada más vernos, ambas nos fundimos en un enorme y profundo abrazo que solo aumentaban mis ganas de romperme al sentirla de nuevo aquí conmigo. Tenía que ser y estar fuerte por ella. Tras acomodar sus cosas de nuevo en su habitación mientras me contaba qué tal había pasado las fiestas con su padre, me armé de coraje y fuerza para hablar con ella.

—Ven, cariño, siéntate aquí un segundo… —Ambas nos sentamos la una pegada a la otra sobre su cama—. Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo…

—¿Es sobre papá? —Sus ojos inocentes me miraron partiéndome en dos. Asentí apretando su diminuta mano entre las mías.

—Sí, mi amor… —Tuve que tragar el nudo que cortaba mi garganta para

poder seguir hablando—. Ya sabes que tu papá y yo… llevamos un tiempo haciendo vidas por separado… Y bueno, a veces, las cosas no salen como uno quisiera a pesar de desearlo con todas sus fuerzas. —Tuve que tratar de bajar aquel nudo que me aprisionaba la garganta para poder continuar con las manos de Violeta entre las mías—. Por eso… hemos decidido que lo mejor es divorciarnos.

—Ya lo sabía, mami —dijo con sus hermosos ojos tristes—. Escuché a papá hablar con los abuelos… —Mordí mi labio inferior antes de dedicarle una breve sonrisa besando su mejilla. No sabía qué había escuchado, pero seguro que no fueron cosas bonitas sobre mí, confirmándomelo su forma de mirarme.

—Escucha, cariño… Por desgracia tu padre y yo tenemos una posición en donde la gente se cree con derecho de hablar, opinar o inventar… Pero lo único que tú tienes que saber es que ambos te amamos, muchísimo… Y eso no va a cambiar nunca. Nuestra única prioridad es y serás siempre tú, ¿de acuerdo?

Violeta asintió antes de apretarla entre mis brazos uniéndonos las dos en un fuerte abrazo mientras mis manos acariciaban su cabello rubio. Trataba de controlar los latidos de mi corazón para que no se diera cuenta de la ansiedad que todo aquello me causaba. Jamás creí, ni en mis peores pesadillas, tener que mantener esta horrible y dolorosa conversación con nadie y menos con ella.

—¿Vais a separaros por culpa de la mujer esa que anda con papá? —preguntó aún con su cabeza sobre mi pecho.

—¿Qué mujer, cielo? —pregunté colocando mi barbilla sobre su cabeza.

—María se llama… Ha estado en casa de los abuelos con papá.

—¿Hoy? —Vi cómo Violeta negaba suavemente.

—Otras veces… Este verano estuvo varios días con papá, bañándose con nosotros en la piscina. —En ese milimicrosegundo pude escuchar en mi interior como mi corazón definitivamente se rompía en miles de diminutos pedazos. Como se rompe una copa al caer contra el suelo, sintiendo cómo la

sangre dejaba de circular por mis venas provocándome un profundo escalofrío que recorrió toda mi piel. Todo este tiempo que creía que protegía a mi pequeña del dolor de tener que ver a su padre con otra mujer, había sido en vano. Apreté a Violeta entre mis brazos besando su cabeza antes de volver a reposar mi barbilla sobre ella buscando la manera de que aquellas ganas de llorar no me sobrepasaran como estaban a punto de hacerlo. Tras coger aire varias veces solo pude responderle con una breve negación para no abrir mucho la boca evitando que todo aquel dolor saliera a la vez que sentía las lágrimas correr sobre mis mejillas reviviendo las fotografías que tanto me había esforzado por esconder. Aquel doloroso nudo de mi garganta era tan grande que ya no me dejaba ni respirar al tratar de inhalar en silencio para llenar mis pulmones de aire.

—Te amo mucho… —pude decir sintiendo mi pecho hiperventilar por culpa de aquel intenso dolor.

—Yo también a ti, mami —respondió dándome unos segundos para limpiar mi rostro antes de mirarme con su sonrisa pura e inocente.

—Ahora te dejo para que descanses antes de ponerte con la tarea, ¿vale?

—Vale…

—Avísame si necesitas que te ayude con algo…

Besé de nuevo su cabeza antes de levantarme de aquella cama, besando su mejilla antes de salir de su habitación, derrumbándome en silencio al cerrar su puerta. Cómo se podía ser tan miserable. Mis manos apretaban con tanta fuerza el pomo de la puerta, que comenzaron a ponerse blancas por la falta de circulación mientras sentía las compuertas abriéndose dentro de mí para ir arrasando con todo. Llevaba tanto tiempo evitando el dolor que ahora me estaba desbordando. Era como una torre de naipes que se derrumbaba pieza por pieza al descubrir sus mentiras.

Estaba tan cansada de llorar…

Ni siquiera sé cómo fui capaz de bajar, para fingir que comería algo de lo que había sobre la mesa. Estaba cansada de fingir, de sonreír, de aparentar ser la fuerte frente al mundo mientras las redes sociales se incendiaban al

publicarse el comunicado de mi divorcio, sabiendo que mañana aquella noticia estaría en todos los programas de chismes y la presión de gente en la puerta de mi casa sería el doble de la que llevaban haciendo durante meses. Me sentía prisionera dentro de mi propia casa y de mi propio cuerpo. Tras acompañar a Violeta a la cama, la abracé y la besé con todas mis fuerzas para desearle buenas noches antes de acompañar a mi hermano al garaje rechazando su amable ofrecimiento de quedarse para hacerme compañía. Su compañía no era la que necesitaba ahora mismo y no iba a poder solucionar todo lo que mi mente andaba maquinando para seguir machacándome desde dentro.

—¿Segura? —insistió abriendo la puerta de su coche.

—Gracias… —volví a agradecerle apretando sus manos entre las mías —. Estaré bien, además no quisiera ser también la causante de tu divorcio… así que dale —dije apretando mis labios con una breve sonrisa—. Vete tranquilo.

—Bueno… —dijo alargando las palabras con resignación—. Pero cualquier cosa, me marcas.

—Ok —respondí mientras recibía un beso en la mejilla antes de abrir la puerta de su coche.

—Por cierto… —dijo al acomodarse en el asiento del coche—. Se te olvidaron esta mañana en el coche. —Sacó por la ventana del conductor el ramo de margaritas que Rubén me había regalado en la mañana. Estiré las manos agarrando aquellas flores entre mis dedos escondidos bajo la única sudadera de Marc que quedaba en aquella casa, aferrándome a aquel ramo para hundir mi nariz oliéndolas con la misma intensidad que hueles el mar por primera vez. Mi hermano me dedicó una amplia sonrisa mientras me escondía tras la puerta que conectaba con la casa para que no pudieran verme al abrirse la puerta que daba a la calle. En cuanto comenzaron los destellos de flashes, me fui antes de tener que escuchar las mismas preguntas una vez más. Me dirigí al salón para dejarme caer sobre el sofá, después de llevar conmigo las flores dentro de un jarrón con agua, dejándolas sobre la mesa que había pegada a la esquinera. Mis ojos se

quedaron fijos sobre aquel ramo mientras de fondo escuchaba una de mis series favoritas; *Friends*.

Justo en el capítulo en que Rachel descubre que Ross la ha engañado. Era curioso ver cómo la vida sabía cómo continuar cada hilo de tu propia historia. Siempre existía esa conexión entre estar mal y que todas y cada una de las canciones que escuchas, aunque fuera de forma aleatoria, trataran sobre lo que te pasaba justo en ese mismo momento. Dejé caer mi cabeza a un lado observando cómo un Ross arrepentido se aferraba a las piernas de Rachel implorando perdón, diciéndole que no podía imaginar una vida sin ella después de haber roto algo tan sagrado como era la confianza, mientras Rachel casi tan devastada como me encontraba yo en ese instante, decía justo las palabras que describían lo que significaba Marc para mí; una persona completamente diferente, matando a sangre fría la idea de pensar en él como alguien incapaz de hacerme daño…

Coloqué las palmas de mis manos sobre mis ojos tratando de evitar que las lágrimas que comenzaban a salir de mis ojos volvieran a derramarse sobre mi rostro cansado.

—Señora… —la voz de Yaris me obligó a incorporarme sobre aquel sofá limpiando todo lo sutil que pude los restos de mis lágrimas.

—Dime. Yaris —respondí tras aclarar la voz pasando mis manos por mi rostro.

—Siento molestarla —dijo apurada en la puerta del salón.

—Tranquila, no te preocupes… ¿Violeta se despertó?

—No… —respondió acercándose.

—¿Entonces?

—Vine a avisarla de que tiene visita.

—¿Visita? —pregunté buscando mi teléfono entre los cojines para ver la hora.

Es el señor Rubén —aclaró—. ¿Le digo que le dejen pasar?

Una tímida sonrisa se escapó de mis labios cansados de llorar al saberlo aquí, justo cuando más lo necesitaba. Había olvidado por completo que

vendría. Asentí rápidamente mientras me levantaba del sofá tratando de arreglarme un poco, aunque fuese pellizcando mis mejillas para darme algo de color en aquel pálido y cansado rostro de llorar. Antes de que pudiera darme cuenta, su presencia irrumpió en aquel salón de la misma forma en la que irrumpió en mi vida, llenándome de paz al verlo, con su media sonrisa soltando su cazadora sobre el sofá mientras se acercaba a mí para poder desocupar sus brazos y hacer lo que llevaba todo el día deseando que ocurriera. Sus brazos volvieron a abrazarme con fuerza, cubriendo mi cuerpo como si intentara protegerlo de todo lo que me rompía por dentro. Noté su barbilla posarse sobre mis hombros, respirándonos en silencio, ajeno a saber que su mera presencia me reconfortaba de maneras que era imposible describir. Me abrazó en silencio mientras me rompía y lloraba por otro entre sus brazos.

Y es que ahí estaba de nuevo, seguramente cansado de trabajar, sin dormir por mi culpa, plantado en mi salón, esperando pacientemente que terminara de sacar toda la rabia y todo el dolor con aquel llanto desconsolado. Mis manos sobre su pecho fueron la señal para avisarle de que no me quedaban más lágrimas por derramar, dando paso a sus manos buscando mi cara para limpiar las lágrimas con sus dedos pulgares, tratando de arreglar algo que él no había roto. Sin soltarme, agarró mis manos para sentarnos sobre el sofá esperando pacientemente.

—Dime qué necesitas… me mata verte así… —dijo en voz baja acariciando un mechón entre sus dedos antes de colocarlo tras mi oreja. Chasqueé la lengua inhalando profundamente.

—Estando aquí, haces mucho más de lo que te imaginas… —dije tragando los restos de aquellos nudos que me habían estado presionando la garganta durante toda la tarde—. Es la segunda vez que te molesto con lo mismo…

—Tú jamás vas a molestarme… —susurró acariciando mi espalda.

Sus ojos no se apartaban de mí, mientras una de sus manos acariciaba las mías sin descanso.

—No creo que pueda perdonarlo por esto, Rubén… ni perdonarme a mí

por haber sido tan tonta —dije cubriendo mi cara entre mis manos al dejarme caer sobre mis rodillas—. Violeta me ha dicho que estaba ella allí… con él… en casa de sus padres, bañándose este verano con ellos… como si fueran una familia feliz.

La ansiedad volvió a taponar mi respiración con aquella angustia.

—Estaba con ella mientras me suplicaba que lo perdonara… mientras me juraba que me quería únicamente a mí.

Vi cómo suspiraba cerrando los ojos al enterarse de aquello, empatizando con mi dolor o tragándose lo que ahora mismo pensaba sobre él por respeto. Sus manos acariciaban mi espalda a la vez que escuchaba atento de cada suspiro o delirio que salía de mis labios.

—¿Sabes? —Respiré hondo arrugando mis labios mientras contenía la respiración—. A veces pienso que todo esto que está pasando es por mi culpa, siento que me lo merezco.

—¿Por qué ibas a merecértelo? —dijo negando con su cabeza y apretando su mano contra la mía—. Nadie se merece que le hagan daño…

—Por bruta… Por creer que un niño de veintitrés años iba a llenar carencias que traía de antes… por mostrarme débil y vulnerable con él, por… por mil cosas —dije llenando de nuevo mis pulmones de aire al sentir que me quedaba sin él—. Todo el mundo me avisó… y yo seguí como su perro faldero creyendo ciegamente en él.

—Estabas enamorada, no puedes castigarte por eso… Y tampoco tienes por qué arrepentirte de haberlo querido como lo hiciste… Eso es lo que te hace única, esa forma tan leal que tienes de querer.

Dirigí mis ojos hacia él, observando la forma en la que sus cejas caían sobre aquellos ojos verdes que me miraban profundamente, quitándome el aliento, del mismo modo que mis pupilas grababan la forma en la que su lengua lamía disimuladamente sus labios antes de cubrirlos entre sí como si estuviera callándose cosas.

—No quiero que esto me cambie, Rubén… —susurré sincerándome, mirando hacia otro lado al sentir nuevamente las lágrimas recorrer mi

mejilla—. No quiero que siga quitándome más cosas… Y te juro que me esfuerzo muchísimo para no lucir amargada o triste todo el tiempo… No quiero que mi corazón cambie por su culpa… —El dolor que sentía era tan fuerte que me costaba pronunciar una palabra más—. Pero estoy rota por dentro, siento… —Tragué saliva antes de poder volver a coger aire—. Siento un enorme agujero en mi pecho que se lo traga todo…

Apreté mis labios con fuerza luchando inútilmente por no llorar más.

—Yo me quería quedar en su vida, Rubén… para mí después de él no había nada ni nadie más… —Mi voz se quebraba.

—Lo sé… —Su voz al igual que su rostro mostraban el mismo dolor que el mío.

—¿Qué voy a hacer con todo esto que siento por él y se me ha quedado aquí guardado? —pregunté escondiendo mi rostro entre su pecho, notando sus brazos apretarme contra su cuerpo y el sonido de su corazón latiendo de fondo.

Me abrazaba a pesar de estar llorando en sus brazos por otro, después de haber hecho el amor con él por primera vez. Sentía sus pulsaciones acompasarse con las mías, al igual que su pecho elevarse al respirar.

—Tienes que soltarlo…. aunque duela. —El sonido de su voz me hizo cerrar los ojos, respirando el olor de su perfume—. Quítale el poder de seguir haciéndote más daño…

Mis ojos dejaban salir las lágrimas al apretar los párpados con rabia.

—Nunca más estarás sola… Aquí estoy contigo, al igual que todos los que te queremos de verdad…

—¿Y por qué me siento tan sola? —pregunté sollozando.

—Ojalá pudiera ayudarte con eso…

Su pecho se infló al coger aire, sintiendo sus manos acariciar sin descanso mi espalda, consiguiendo sin saberlo su propósito de anestesiar aquel dolor que me devoraba por dentro. Es como si se hubiera metido dentro de mí para recoger los pedazos rotos de mi corazón, unirlos uno por uno con paciencia, como si practicara con mi corazón y mis heridas la

técnica del *kintsugi*. Mis manos se aferraron a su cuerpo, abrazándolo para seguir disfrutando de la seguridad que me provocaba estar entre sus brazos. No sé cuánto tiempo lo retuve así, solo sé que mis ojos se cerraron en paz, sin lágrimas ni dolor. El sentir su cuerpo moverse para besar mi cabeza me hizo salir de aquel trance en el que me había adentrado.

—Deberías tratar de descansar… —dijo al separarme con cariño limpiando con sus pulgares mis mejillas regalándome una breve sonrisa buscando mi mirada.

Asentí viendo cómo sus dedos colocaban un mechón de mi rostro tras mi oreja. Agarré su mano para entrelazarla con la mía, disfrutando del tacto de su piel con la mía.

—No sé si podré ser capaz de dormir algo esta noche…

Mis ojos miraron sin querer el reloj de la muñeca de Rubén comprobando que era medianoche.

—Dios, qué tarde es… —suspiré pasando mis manos sobre mi cara—. Lo siento, Rubén… discúlpame, te he tenido todo el día entretenido con tonterías y fíjate que hora es y sigues aquí…

—Mañana no trabajo hasta por la noche, tengo tiempo de sobra para dormir —se excusó frotando mi brazo dedicándome una sonrisa.

—¿Cómo haces? —pregunté mirándole a los ojos.

—¿Qué cosa?

—Restarle importancia a todo.

Rubén alzó sus hombros con una leve sonrisa.

—Sobre todo, a todo lo que tiene que ver conmigo.

—Aunque no lo creas, no eres culpable de las decisiones que la gente toma, aunque sean respecto a ti —dijo sin borrar la sonrisa de sus labios—. Yo decidí no dormir anoche por estar contigo, cosa de la que no me arrepiento en absoluto, si pudiera volvería hacerlo… —Sonrió acercándose a mí—. Al igual que he preferido venirme aquí nada más salir de trabajar en lugar de ir a mi casa… Además, quedamos en que pasaría para ver cómo seguías, ¿no?

Asentí tratando de disimular la tímida sonrisa que asomaba por mis labios.

Sus ojos se entrecerraron al sonreír besando mi frente, acariciando mi cabello con su mano antes de volver a separarse de mí.

—Es tarde, vamos… Necesitas descansar y no me gustaría que te volvieras a enfermar, así que venga… A dormir.

No pude evitar reír al verlo levantarse, agarrando su chaqueta antes de ofrecerme su mano para que la agarrara. Suspiré, pero esta vez al sentir mi maltratado corazón latir en paz antes de agarrar su mano.

Nuestros dedos se entrelazaron a la vez que abrazaba su cintura mientras caminábamos hasta la escalera. Subí el primer escalón soltando su cintura, colocando mis manos nerviosas sobre la baranda. Me moría de ganas de pedirle que se quedara conmigo esta noche, pero tenía miedo de que después de haberme visto así, llorando por Marc, le hubiera espantado. Estaba siendo tremendamente egoísta, lo sabía, pero mi corazón me pedía que se quedara.

—Bueno, guapa, buenas noches —dijo despidiéndose, colocando una de sus manos sobre la mía, inclinándose para besar mi mejilla.

—Quédate esta noche… —Aquellas palabras salieron en forma de súplica—. Por favor…

Rubén respiró hondo, barajando aquella súplica. Sus ojos al igual que sus labios sonrieron asintiendo antes de subir aquel primer escalón, dejando caer su brazo sobre mis hombros para subir hasta mi habitación. No tuve que justificar o explicarle nada más. Mi corazón latía acelerado a medida que nos acercábamos a mi dormitorio, sintiéndolo latir en la cabeza al abrir la puerta para pasar antes que él. Se sentía el eco de la puerta cerrarse en mi cabeza. Me giré buscándolo, observando con una breve sonrisa cómo se deshacía de su chaqueta para dejarla sobre una de las sillas mientras me sentaba en mi lado de la cama. Al incorporarse, observó la ropa que le había quitado de su armario esta mañana sobre una de las sillas. Sonreí al verlo reírse acariciando con sus dedos aquella ropa antes de ocupar el lado contrario de la cama al que me encontraba. Al terminar de quitarse los

zapatos se acercó a aquel lado que antes había sido de Marc. Lo observé antes de agachar la mirada, mirando la sudadera de Marc que llevaba puesta. La estiré observándola detenidamente notando cómo mi mandíbula se tensaba al recordarla puesta sobre él. Me giré sobre la cama, viendo cómo Rubén se tumbaba bocarriba.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja colocando su espalda sobre el cabecero.

—Sí… —respondí escondiendo mis manos bajo la sudadera.

—Tranquila —dijo con una breve sonrisa colocándose en aquella cama que siempre había estado vacía, llenándola con su casi metro noventa—. Esta noche por mucho que trates de seducirme…

—¿Disculpa? —pregunté riéndome—. Si eres tú quien no para de hacerme ojitos…

—¿Yo? —Se señaló riéndose—. Puede ser… no puedo controlar mis ojos cuando ven algo que les gusta mucho.

Asentí lentamente sonriendo, viendo lo sencillo que se le hacía robarme una sonrisa incluso en mis peores momentos.

—Pero para tu tranquilidad… —Humedeció sus labios acomodándose sobre la cama—. Esta noche solo vengo a acompañar en calidad de amigo.

—¿En calidad de amigo? —Vi cómo asentía con su sonrisa.

—Mi única prioridad esta noche es brindarte apoyo moral…

—Fíjate… —exclamé divertida acomodándome de lado junto a él—. O sea que así es como funciona eso de amigo con privilegios, ¿no? —pregunté divertida viendo cómo su cabeza se giraba regalándome una hermosa sonrisa.

—Lo mejor de los dos mundos —añadió divertido.

Sonreí mirando de nuevo aquella sudadera, respirando profundamente echándole un último vistazo antes de buscar los pliegues para quitármela bajo la atenta mirada de Rubén. Mis manos se aferraron a ella varios segundos antes de soltarla con delicadeza sobre los pies de la cama. Mi pecho respiró casi aliviado. Como si me hubiera despojado de algo pesado.

Ambos nos miramos fijamente notando cómo nuestros labios dejaban lentamente de sonreír para juntarse en un tierno beso. Aquel beso llegó para recordarme que no tenía nada más que perder. Mi mano se posó sobre su mejilla, acariciándola antes de separar nuestros labios para sentirlos de nuevo, pero esta vez sobre mi frente, abrazándonos después. Acurruqué mi cuerpo junto al suyo sintiendo sus brazos abrazarme con cariño, acariciándome mientras mis latidos se sincronizaban lentamente con los suyos provocando que mis párpados empezaran a pesarme hasta parecerme imposible mantenerlos abiertos.

Desperté de nuevo con la sensación de haber dormido profundamente durante años, esbozando una profunda sonrisa involuntariamente antes de abrir los ojos. Suspiré al verlo dormir plácidamente, con sus brazos abrazando uno de los cojines. Era la segunda vez que despertaba junto a él y estaba empezando a malacostumbrarme. Involuntariamente me moví bajo el nórdico que cubría mi cuerpo para acercarme a él, hundiendo mis dedos entre su pelo alborotado para acariciarlo. Sonreí aún más al escuchar un breve gruñido salir de su garganta reclamando que lo dejara dormir más. Hacía mucho tiempo que no me quedaba observando a alguien dormir. Disfrutar de ver a quien quieres dormir plácidamente. Recorrí cada facción de su rostro con mi mirada, tratando de buscar en él al que había sido mi amigo, pero cuanto más lo miraba, más confirmaba que nunca más podría verlo como lo miraba antes. Ver cómo su ceja involuntariamente se movía con pequeños espasmos, seguramente soñando me hacía sonreír tontamente. Era delicioso verlo dormir. Era tan irreal pensar que él era el único que había conseguido tocar mi alma cuando pensaba que jamás volvería a poder sentir. Rubén no me juzgaba ni desmerecía cada sentimiento que causaba caos en mi cabeza, al contrario. Me escuchaba sin juzgar, con compasión, con respeto.

Mis ojos se abrieron de par en par, retirando mi mano con cuidado de su cabello para alejarme sin despertarlo.

No podía ser verdad.

No, no podía estar pasándome de nuevo. Me bajé de aquella cama

observándolo aterrada antes de meterme en el baño.

¿Cómo iba a ser capaz de abrirme el corazón así sin más? ¿Tan fácil era?

Desvié la mirada del espejo a la puerta como si fuese posible verlo dormir desde aquí. Tenía que reconocer que aún no era capaz de descifrar qué era lo que lo hacía tan especial. Rubén me reconfortaba, me daba paz en mitad de toda esta tormenta de emociones que estaba viviendo, me hacía sentir que no estaba sola, que pasara lo que pasara él estaría a mi lado. Me retaba con su fe ciega en mí. Con él cerca me daban ganas de reírme de nuevo…

Dios mío. Me estaba enamorando otra vez.

Capítulo 7

Desperté tras escuchar el sonido de un teléfono, pero mis ojos aún me pesaban. Dos noches durmiendo con ella habían curado años de insomnio. Estiré mi cuerpo, buscando entre las sábanas su cuerpo para abrazarla. Sentir la cama vacía fue lo que me hizo abrir los ojos para buscarla, frotando mi cara varias veces al incorporarme. Miré el reloj de mi muñeca para borrar la sensación que tenía de que era tardísimo. Apenas eran las ocho menos diez de la mañana. Giré la cabeza mirando de nuevo aquella cama deshecha con una sonrisa, buscando de nuevo entre su almohada su olor. Enterré de nuevo mi nariz en la almohada que había utilizado ella para dormir, disfrutando un rato más de su olor mientras abrazaba aquel cojín blanco. Había soñado tantas veces con saber cuál sería su olor o cómo sería amanecer al lado de ella que tenía miedo de escuchar la alarma de mi teléfono. Esta vez no fue mi teléfono, sino Isabella aclarando su garganta.

—Así que ese es tu defecto… Andas de remolón por las mañanas —se burló mientras caminaba hacia su armario.

Me incorporé riéndome sin perderla de vista al verla envuelta en su albornoz con su pelo mojado sobre su hombro izquierdo.

—Me gusta remolonear en la cama cuando tengo tiempo, lo confieso —respondí pasando mis dedos sobre mi pelo tratando de no lucir muy despeinado—. ¿Llevas mucho rato levantada?

—No… —respondió dedicándome una mirada rápida antes de mirar de nuevo dentro de su armario—. Hará una media hora o así… pero no quise despertarte.

—¿Cómo amaneciste? —pregunté levantándome lentamente de aquella cómoda cama.

—Bien… ¿Y tú?

—Hacía mucho que no dormía tan bien —confesé con una leve sonrisa acercándome a ella—. ¿Sabías que haces un sonido muy gracioso con la

garganta mientras duermes?

Su cabeza se giró para mirarme, notando mis labios estirarse al sonreír tras ver su cara.

—¿Qué sonido? —preguntó tratando de ocultar la sonrisa de sus labios —. Estás mintiendo…

—Te juro que no.

—¿Qué sonido a ver? —preguntó indignada sin perder la sonrisa—. Estás tratando de desprestigiarme yo lo sé… —bromeó colocando una de sus manos sobre la puerta del armario.

—Es un sonido con la garganta, cómo si chasquearas la lengua durmiendo…

—Mentira —respondió riéndose antes de volver a darme la espalda—. Nunca nadie me ha dicho nada.

—Te juro que es verdad. —Coloqué mis manos sobre sus hombros acariciando sus brazos—. Pero es un sonido adorable, además…. te prometo que tu secreto está a salvo conmigo.

Me acerqué a su mejilla para regalarle un breve beso antes de ir en busca de mi chaqueta.

—Bueno… Ruiditos —dije divertido viendo cómo su boca sonreía tratando de esconderse tras la puerta de su armario.

Al escuchar la silla donde estaba mi chaqueta moverse, Isabella asomó la cabeza para mirarme con una de sus cejas alzadas, viendo cómo me sentaba para ponerme los zapatos.

—¿Te vas?

—No quiero causarte problemas y como me vean salir de tu cuarto… —respondí levantándome para colocarme la chaqueta.

—¿Y cómo, por qué ibas a causarme problemas? —preguntó intentando parecer seria—. ¿Acaso no has estado otras veces en mi casa desde temprano o en casa de mi hermano?

—Sí…

—¿Entonces? ¿Es que te da vergüenza que te vean conmigo?

Fruncí el ceño mirándola mientras dejaba caer mi pie tras colocarme el zapato.

—¿Qué dices? ¿Por qué me iba a dar vergüenza que me vieran contigo? —pregunté acercándome de nuevo a ella mientras escondía mis manos dentro de los bolsillos de mi pantalón, sin apartar los ojos de ella.

—No sé… pareciera que estás huyendo —respondió colocando sus manos sobre mi chaqueta para acomodármela.

Respondí haciendo lo mismo con el pliegue de su albornoz a la altura del cuello.

—Lo último de lo que tengo ganas de hacer ahora mismo, es huir —dije acercando mi cara a la de ella, jugando al mismo juego que ella había empezado—. Pero… no te olvides de que anoche vine en calidad de amigo… Y eso significa no causarte problemas. —Sus ojos dejaron de mirar los míos para bajar a mi boca.

—Quizás sea eso lo que quiero, buscar problemas…

Su voz susurró aquellas palabras antes de rozar mis labios para robarme un beso. Mi cuerpo se rindió a sus labios y toda ella entera, devolviéndole el beso con la misma pasión que ella me lo estaba dando. El sonido de alguien tocando la puerta nos interrumpió, dejando Isa su cabeza apoyada sobre mi pecho mientras mi barbilla reposaba sobre su cabeza.

—¿Sí? —respondió alzando la cabeza.

—Disculpe, señora, su hermano acaba de llegar.

La voz de Yaris al otro lado avisando de la llegada de Agustín me hizo abrir los ojos de par en par.

—Gracias, Yaris, dile que ahora bajo, que me voy a meter a bañar…

Al escuchar los pasos de Yaris alejarse, volví a mirar a Isa que se reía en silencio al ver la cara de terror que tendría ahora mismo.

—Bueno, ha sido un placer conocerte —dije burlándome, robándole otro beso—. Por favor dile a mi hermana que me atropellaron o que me morí

rescatando un perrito o… cualquier cosa que no mencione que tu hermano hizo una corbata colombiana conmigo.

—Qué idiota eres… —El sonido de su risa hacía que no pudiera borrar la mía—. Nadie va a morirse… —Agarró mis manos tras apartarlas del cuello de su albornoz—. Ni hacer una corbata con las tripas de nadie…

—¿Crees que si salto por la ventana me mataré? —Cogí aire contemplando cómo se le achicaban los ojos y se le arrugaba la nariz al reírse.

—Pero cómo vas a saltar, ¿te volviste loco? —preguntó riéndose, caminando tras de mí.

Colocó una de sus manos en la parte baja de mi espalda, acariciándome bajo la ropa al colocarse a mi lado. Sonreí mirándola de reojo antes de tratar de medir la distancia que había hasta el suelo.

—¿Cuánto puede haber?

—Cuatro o cinco metros puedes saltar perfectamente… —respondió burlándose, observando el ventanal—. Había olvidado que eras Spiderman, discúlpame. —Su voz respondiéndome en tono irónico me hizo reír, viendo cómo ella se reía también al escucharme—. ¿Es que te volviste loco o qué?

No podía dejar de admirar su risa después de haberla visto llorar cómo lo hizo anoche.

—Para ti es fácil decirlo… no tendrás que mear en una bolsa —dije burlándome, girándome hacia ella, notando cómo su mano seguía acariciando mi espalda bajo la camiseta mientras sus ojos empezaban a aguarse de aguantar la risa.

—Nadie va a mear en una bolsa… —repitió riéndose—. Vamos a actuar con normalidad, si es que es posible para ti.

—Entonces… ¿no puedo saltar?

—No pienso cuidarte si te rompes la espalda… —recalcó aguantando la risa—. Así que calla y escucha. —Colocó sus manos sobre mis brazos tras cruzarlos, acariciándolos—. Seguramente haya visto tu coche aparcado… —Arrugué los labios al caer en ese detalle—. Exactamente —añadió

divertida—. Así que vas a bajar y haces como si hubieras venido a comprobar cómo estaba… Si te pregunta que dónde estabas le dices la verdad, que estabas aquí arriba conmigo, pero me he metido a bañar…

—Está bien… —asentí mojando mis labios antes de mirarla—. Pero no tardes por favor…

—Te lo prometo. —Sus labios volvieron a dedicarme una sonrisa antes de besarme.

—Ese beso es por si me muero, ¿no? —me burlé alejándome de ella.

—Más te vale no morirte… —me amenazó señalándome con una sonrisa pícara.

Caminé de espaldas hasta la puerta para guardar en mi retina el verla caminar hasta el baño con su ropa, observando el movimiento de su cabello al andar antes de cruzar la puerta. Bajé las escaleras resoplando, tratando de calmar los síntomas del infarto que estaba a punto de darme. Al bajar el último escalón, Agustín apareció con sus manos dentro de los bolsillos dedicándome una mirada seria al encontrarme allí. Le dediqué una breve y nerviosa sonrisa antes de acercarme para saludarlo.

—¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí? —preguntó dándome un breve abrazo al llegar hasta mí.

—¿Cómo estás? —Suspiré tras soltarlo—. Pues… me quedé preocupado por cómo la vi anoche… así que… —Alcé los hombros respirando profundamente.

—No sabía que estuviste anoche…

—Sí, bueno… Quise darle una vuelta antes de ir a casa.

Agustín asintió mirando al suelo. No me gustaba mentir a mi amigo, pero contarle que me estaba acostando con su hermana no era algo fácil de comunicar.

—¿Cómo la has visto hoy? —Volvió a mirarme preocupado.

—Algo mejor… —Pasé mis dedos sobre mi cabeza rascándome—. Al menos ha dormido… O eso es lo que me ha dicho —aclaré rápidamente.

—Bueno… a ver ahora cuando baje qué nos cuenta. —Colocó su mano sobre mi hombro—. ¿Has desayunado?

—No…

—Te invito a un café, vamos.

Ambos continuamos la conversación de camino a la cocina, donde Yaris había terminado de hacer el café. Los ojos de Yaris al verme se abrieron de par en par. No pude evitar sonreír mientras le hacía un breve gesto con la cabeza negando para que no dijera nada. Yaris no era tonta, seguramente se dio cuenta de que llevaba la misma ropa que anoche cuando me abrió. Respiré hondo sentándome en el taburete frente a Agustín que seguía contándome mientras Yaris nos servía el café, sobre lo que la abogada le había dicho acerca del divorcio. Ambos sabíamos que Marc iba a tratar de sacar el máximo beneficio e iba a ponérselo difícil a la hora de firmar. Al cabo de unos minutos, Isabella apareció con una camiseta negra, con las letras en naranja de la marca Balenciaga y una camisa oversized blanco sucio con cuadros de color púrpura, con unos pantalones anchos negros con una raya blanca al lado. Casi me atraganto con el café al comprobar que llevaba puesta la ropa que se llevó de mi casa, provocando la sonrisa de Isabella antes de saludar a su hermano por la espalda.

—¡*Cuidao*! —Agustín dijo mirándome al ver que se me había ido para otro lado—. ¿Cómo estás, hermana? —preguntó al girar la cara para devolverle el beso en la mejilla.

—¿Estás bien? —preguntó divertida caminando tras su hermano antes de sentarse a su lado, disimulando su sonrisa para seguir la conversación de su hermano.

—Sí… Solo se me fue para otro lado —respondí tras aclarar mi garganta.

—¿Cómo dormiste? ¿Pudiste pegar ojo? —Agustín volvió a preguntarle a su hermana al sentarse a su lado.

—Sí… —respondió agarrando la mano de su hermano—. Os agradezco a ambos vuestra preocupación, pero estoy bien… —respondió mirándonos

a ambos.

—¿Te tomaste las pastillas para dormir?

—No… no las tomé —respondió cortando la conversación.

—¿Qué pastillas? —pregunté con curiosidad.

—Unas que le recetaron a mi padre cuando no podía dormir. ¿Marc o sus abogados han dicho algo?

Isabella preguntó cambiando de tema, quizás porque sabía que como medico iba a regañarla por automedicarse.

—Ya hicieron público su contra comunicado alegando que tanto a Marc como a su familia les ha pillado por sorpresa la decisión de divorciarse… —Rodó sus ojos tras el cinismo de esa gente.

—Se ve que a Marc se le ha olvidado que se anda paseando con una niña desde hace un año… —murmuré sin pensar.

—Eso mismo dije al enterarme —añadió Agustín molesto—. Pero cuando publiquen las fotos de él con aquella tipa se le caerá el teatro.

—No creo que eso haya sido idea de Marc… —Isa dijo excusándole.

—¿Y de quién va a ser si no? —Agustín le replicó—. ¿Qué creías, que iba a admitir públicamente que te había sido infiel? —Su voz sonaba sarcástica.

Me quedé observando en silencio cómo Isabella, a pesar de todo el daño que le había hecho, aún continuaba justificándolo. Su acto involuntario aún era protegerlo de cualquier crítica. Se podía contemplar en sus ojos los restos de ese amor que aún le tenía, matando mis pocas esperanzas de ser algo más que una mera distracción para ella. Isabella se había enamorado de Marc de la misma forma de la que yo me había enamorado de ella; incondicionalmente. Y entendía que lo defendiera, aunque me doliera, porque sé que pasara lo que pasara entre nosotros, haría lo mismo que ella estaba haciendo, aunque me rompiera el corazón. Solté un leve suspiro desviando la mirada a aquella taza de café que calentaba mis manos buscando mantenerme al margen de aquella conversación. Al volver a alzar la mirada sobre ellos vi el rostro de indignación de Isabella por las palabras

de su hermano recordándole el daño que Marc le había hecho todos estos años, tanto a ella como a Violeta y el que le seguía haciendo al enterarse que le había estado robando. Mi mandíbula se tensó al ver su mirada de nuevo triste sobre sus manos entrelazadas entre sí.

—Lalo, dile tú algo a ver si a ti te hace caso…

Agustín me obligó con sus palabras a volver a la realidad. Lamí mis labios alzando los hombros, tratando de ganar algo de tiempo. Los ojos de Isabella me miraban esperando ver qué posición tomaba.

—Es evidente que… tu hermana está cansada de escuchar o hablar todo el tiempo de lo mismo… Ella mejor que nosotros sabe lo que estará sufriendo con todo esto.

—Gracias por ser el único que se da cuenta de eso… —respondió pasando sus manos por su cabello.

—Pero en algo si estoy de acuerdo con tu hermano… —Sus ojos volvieron a mirarme—. Marc está armando su defensa para cuando salgan las fotos con esa chica…

Sus ojos café me miraron fijamente mientras Agustín seguía relatando ajeno a que ninguno de los dos apartábamos la mirada el uno del otro. Mirándonos así me sentía como si me encontrara al borde de un precipicio a punto de suicidarme de la manera más hermosa que existía; enamorándome de alguien totalmente inalcanzable para mí. Solté un breve suspiro desviando mi mirada al ver que ella la apartaba de mí, encontrándonos los dos con la mirada de Agustín.

—¿Me he perdido algo? —preguntó mirándonos.

—No —Isa respondió negando antes de levantarse incómoda.

—Entonces, ¿por qué se miran así? ¿Ha pasado algo que no sepa?

Agustín volvió a mirarme sabiendo que era el eslabón débil de aquel triángulo. Conocía a Agustín mejor que Isabella. Sabía que como ninguno de los dos dijera nada, no iba a parar hasta descubrir qué es lo que había pasado y seguramente eso terminaría agobiando aún más a Isabella, por tener que aguantar a su hermano pegado a ella. Isa suspiró mientras volvía a

sentarse al lado de su hermano.

—¿Rubén? —Sus ojos al igual que los de Isa se clavaron sobre mí.

—No ha pasado nada. —Gané algo de tiempo mientras mis pulsaciones se aceleraban.

—No se crean que no me doy cuenta de cómo se miran… Así que no me digan que no ha pasado nada.

—No ha pasado nada —Isabella repitió.

—No es lo que se ve desde fuera… —murmuró observándonos.

—Tu hermana aún está molesta conmigo por haber golpeado a Marc… —Aquello fue lo único que se me ocurrió para justificar la tensión entre ambos.

—Estuvo fuera de lugar —dijo siguiéndome el rollo.

—¿Fuera de lugar? —Agustín intervino—. Dio a entender que se había acostado con su mujer.

—Lo dijo claramente para provocarlo…

—¿Lo crees de verdad?

—Sí, de verdad lo creo.

Aquella pregunta al aire fue casi una pregunta retórica para mí mismo. Por eso, por más ganas que tuviera de mirarla, preferí aprovechar aquel momento para irme al comprobar cómo la burbuja en la que había estado estos días con ella explotaba. Yo no podía fingir que no me moría por un beso suyo y ella de verdad pensaba que Marc me había dicho todo aquello solo para provocarme. Desarrimé el taburete para levantarme apartando con cuidado la taza en silencio, sintiendo los ojos de ambos observarme.

—¿Ya te vas? —Isa fue la primera en preguntar al verme levantarme de aquel asiento.

—Sí… Olvidé que tengo unas cosas que hacer…

Isabella asintió escondiendo su mirada, sabiendo que mentía.

—¿Hoy trabajas? —Agustín se levantó para despedirse.

—Sí… Tengo guardia esta noche. —Fingí una breve sonrisa viendo

cómo Isabella se levantaba.

—Te acompaño si quieres… —se ofreció recolocándose aquella ropa que había dejado de pertenecerme a mí.

—No hace falta —respondí rápidamente contemplando cómo su rostro cambiaba al escucharme rechazarla.

—No te preocupes —Agustín intervino acariciando el brazo de su hermana—. Tú termínate el café… Yo lo acompaño.

Mientras ellos dos se miraban, me acerqué a ella para despedirme con un breve beso en la cabeza, sintiendo sus manos apoyarse sobre mis hombros, mirándonos al alejarnos.

—Llámame con lo que necesites, ¿vale? —le hice saber dedicándole una breve sonrisa.

—Claro, gracias… por todo. —Suspiró tras dedicarme aquellas palabras en voz baja, regalándome una sonrisa.

—Para eso están los amigos.

Los dos nos quedamos unos segundos en silencio, repensando las palabras que nos habíamos dicho antes de girarme para ir en busca de Agustín. Al salir de la cocina, la mano de mi amigo se posó sobre mis hombros, acompañándome hasta la parte de atrás. El día se había despertado con aire, sintiendo cómo nos golpeaba en la cara. Al llegar al coche pasó lo que tanto me temía, Agustín esperó que me acercara a la puerta del conductor para volver a sacar el tema.

—Rubén —me llamó al verme abrir la puerta—. Si hubiera pasado algo entre Isa y tú… ¿Me lo dirías?

Apreté mi mandíbula cerrando de nuevo la puerta del coche.

—Tú mejor que nadie sabes lo mucho que deseo que me mire como algo más que un amigo… —le hablé con toda la sinceridad del mundo.

—¿Y por qué no lo intentas? —dijo mirando tras de nosotros en dirección a la puerta.

—¿El qué? —Mi incredulidad al escucharlo me bloqueó.

—Acercarte a ella, ganarte su cariño.

—¿Desde cuándo bebes por la mañana? —pregunté burlándome.

—¿Por qué? He visto cómo os miráis… —Ladeó su cabeza—. Nadie la ha cuidado jamás cómo la cuidas tú.

—Me quitaste el derecho de intentarlo cuando me amenazaste, ¿te acuerdas? —le recordé molesto—. Así que ahora solo puedo conformarme con ser su amigo…

Agustín negó mirando a nuestro alrededor frotando su barbilla con una de sus manos antes de colocar su mano sobre el capó del coche.

—Tú sabes bien por qué te amenacé, no eras bueno para nadie.

—¿Y Marc lo era?

—Marc fue cosa de ella, no mía… —dijo lamentándose.

—Ya pues esto sigue siendo cosa de ella —recalqué— .Además, tu hermana no me ve de la misma manera que la veo yo… —Tragué saliva al recordar su beso y el sexo con ella.

—A mi hermana le gustas —me confesó mientras fruncía el ceño negando.

—Qué le voy a gustar… no digas bobadas.

—Rubén, conozco a mi hermana —insistió señalándome—. ¿Por qué te crees que Marc no la dejaba venirse con nosotros? Porque veía cómo os mirabais, la química que teníais….

Involuntariamente moví la cabeza negando, abriendo de nuevo la puerta del coche, misma puerta que Agustín agarró para volver a repetirme las mismas palabras.

—Si no me crees, pregúntale por la canción *No sirve de nada*.

—Lo hice —respondí aguantándole la mirada—. Y me dijo que no tenía nada que ver conmigo…

—Pues te mintió…

—Escucha —le interrumpí—. Te agradezco que trates de hacer de celestina ahora, pero es tarde… Ella había planificado una vida entera con

otra persona… Y no sé si te has dado cuenta, pero sigue muriéndose porque eso pueda darse.

—Justo por eso te lo digo, ahora es el momento de acercarte a ella, ahora que está vulnerable, que te necesita…

—¿Te estás escuchando?

—Tú piénsalo, es la oportunidad que llevas esperando.

Negué con la cabeza sintiendo rabia al escuchar a mi amigo decirme que aprovechara ahora que era vulnerable para acercarme a ella. Sus palabras me obligaron a hacer examen de conciencia. Me metí en el coche para poner fin a aquella absurda conversación. No quería creer que fuera eso lo que estaba haciendo, aprovecharme de que estaba mal para acercarme a ella. Si era así no quería continuar. No quería que se quedara conmigo por saber aparecer en el momento correcto. Quería que me eligiera voluntariamente, que me eligiera libremente, no por gratitud. Al llegar al garaje me quedé varios segundos contemplando la fila de coches aparcados frente al mío hasta que vi su nombre aparecer en la pantalla del coche.

Me ha parecido ver que discutías con mi hermano… ¿Todo bien? Me hubiera gustado despedirme de otra forma… Y agradecerte las flores de ayer…

Observé aquel mensaje mientras salía del coche, caminando hacia el ascensor sin saber bien qué decirle. Tampoco quería dejarla en visto para que no se preocupara. Solté las llaves sobre la mesita que había tras la primera esquina, junto a la lámpara antes de quitarme la chaqueta. Me dejé caer en aquel sofá donde todo empezó viendo cómo se conectaba y se desconectaba.

Todo bien, no te preocupes.

Respiré hondo pensando qué más ponerle viendo cómo enseguida leyó mi mensaje, contemplando su foto de perfil, donde aparecía sentada en el suelo

sosteniendo entre sus brazos a Violeta, con su cabello castaño oscuro sobre uno de sus hombros, con aquella hermosa sonrisa al tener a su hija en brazos.

Me alegro de que te gustaran,
dime cuáles son tus favoritas para la próxima.

Vas a tener que adivinarlo…

Sonreí mirando la pantalla. Cuánto tiempo hacía que no sonreía mirando una pantalla. Necesitaba una dosis de ejercicio para aclarar mi cabeza. Tras cambiarme de ropa y colocar mis auriculares procedí a correr en la cinta para calentar antes de ponerme a golpear aquel saco que tenía abandonado desde que volví. Mis ojos estaban fijos sobre las vistas que había desde aquella ventana, escuchando *Falling for You* de 1975, reviviendo en mi cabeza cada momento que había vivido con ella, como si de una película se tratara. Un enorme escalofrío me recorrió tras aquel verso que decía:

I don't want to be your friend.

Yo no quería ser su amigo, tan solo besar su cuello. Volver a oler su piel, besar sus labios.

Detuve la cinta de correr para tratar de concentrarme en algo más que no fuera ella, enfundando mis manos en aquellos guantes que habían sido de mi padre, para golpear aquel saco con fuerza. Después de una intensa sesión de entreno, fui quitándome ropa hasta llegar al baño para darme una buena ducha. El sonido del timbre me hizo apurarme a la hora de salir, dándome tiempo a cubrir mi cintura con una toalla antes de salir rápidamente. Al llegar a la puerta, escondí mi cuerpo tras ella al abrir. Los ojos de Tania se sorprendieron al verme aparecer con la toalla enrollada al ver que era ella.

—¡Menudo recibimiento! —dijo divertida antes de besar mi mejilla para saludarme. Sonreí cerrando la puerta tras ella agarrando bien la toalla.

—Me has pillado dándome un baño… ¿Por qué no me has avisado que

venías?

—Lo he hecho —dijo dejando su bolso sobre el brazo del sofá.

—¿Cuándo? —pregunté extrañado buscando mi teléfono.

—Esta mañana te avisé de que iba a pasar por mi abrigo… —Me enseñó nuestra conversación para mostrarme el mensaje.

—Ah… discúlpame, no lo vi… ni siquiera sé dónde dejé el teléfono.

—No hay problema, ¿te pillo mal? Aparte de desnudo… —dijo riéndose, mirándome de arriba abajo.

—Me pillas bien —respondí riéndome—. Siéntate o coge lo que quieras mientras me visto, no tardo.

—Vale, cariño.

Le dediqué una breve sonrisa antes de ir de nuevo a mi dormitorio para vestirme. Mientras me vestía sentí a Tania decirme algo a lo lejos, pero mi atención estaba puesta sobre la pantalla de mi teléfono, que se iluminó sobre la cama, recordando que lo tiré allí antes de meterme a bañar. Salí distraído mirando los mensajes. Buscando más bien su nombre entre los mensajes para ver si me había escrito o llamado.

Al cruzar el pasillo, guardé el teléfono dentro de uno de los bolsillos antes de buscar a Tania.

—Ya estoy aquí… —dije viendo a Tania sentada sobre el sofá.

—Qué tío más guapo —dijo piropeándome antes de besar de nuevo mi mejilla al sentarme a su lado.

—Tú sí que eres guapa —le devolví el cumplido acariciando su rodilla levemente.

—¿Hoy trabajas? —asentí acomodándome sobre el sofá, reposando mi espalda.

—De noche…

—Y… ¿tienes idea si trabajas el penúltimo fin de semana del mes?

—No sé… —Pasé mis manos sobre mi cabello para peinarme—. Tendría que mirarlo, ¿por qué?

—Porque había pensado hacer un viaje para mi cumpleaños… Y no podría celebrarlo sin ti —dijo colocando su mano sobre mi pierna.

—Pero tu cumpleaños no es hasta finales de febrero, ¿no?

—Sí, pero me ha salido un trabajito… Nos han salido varias fechas por España. Así que quiero escaparme unos días con mis amigos a beber, tomar el sol, bailar…

—Qué bien, me alegro mucho… Te lo mereces —respondí sonriendo—. Y ¿dónde tenías pensado ir? ¿Por aquí cerca?

—A Miami —dijo sonriente.

—¿A Miami? —pregunté sorprendido.

—¡Sí! Por eso me encantaría saber si te puedo robar de jueves a domingo.

—¿Y por qué tan lejos?

—Es el sitio de moda. —Su voz sonaba divertida e ilusionada.

—Y qué tiene Miami que no tenga algo más cerca… No sé, como un Mallorca o un Canarias. —La miré cruzando los brazos.

—Muchas cosas… —Sus labios se torcieron en una sonrisa— Pero no puedo darte detalles aún Me quedé varios segundos mirándola antes de pillar el porqué de querer comerse casi nueve horas de avión. Sonreí asintiendo mientras respiraba hondo.

—Bueno, lo único que puedo prometerte es que hablaré con Susi, a ver qué me dice. —Pasé mis dedos por mi barbilla rascándola—. Pero no te prometo nada… Ha tenido que salvarme el culo todo el tiempo que estuve en Cuba.

—Lo sé. —Colocó su mano de nuevo sobre mi pierna—. Podría invitarla a ella también…

—Es capaz de dejar el trabajo por irse a ese viaje —respondí divertido.

Ambos nos dedicamos una breve sonrisa antes de agachar la mirada a su mano aún sobre mi pierna.

—El otro día cuando me colgaste… fue por ella, ¿verdad? Vino aquí…

—Sí… —respondí en voz baja.

Ambos nos aguantamos la mirada, viéndonos con cierta nostalgia. Tania había sido mi salvavidas allí en Miami. Me había salvado con su positividad, su optimismo y su sonrisa. Pero lo que sentía por Isabella era algo que por más que intentara o por más a gusto que estuviera perdiéndome entre las piernas de Tania o de cualquier otra mujer, no podía sentirlo por otra persona que no fuese ella. Es algo que había sido así desde que la vi por primera vez y que se arraigó en mí cuando la conocí aquella noche en su casa.

—Entonces, ¿va en serio la cosa? —preguntó mordiendo sus labios.

—No lo sé… —Desvié la mirada antes de levantarme—. Me encantaría decirte si sí o si no… Pero ni yo sé qué somos ahora mismo.

—Habréis follado imagino —dijo provocando que me girara para mirarla mientras me levantaba del sofá.

—Tania… —susurré escondiendo mis manos dentro de los bolsillos de mi pantalón.

—Por eso has estado tan raro… Y por eso estás así de enganchado, porque te acostaste con ella…

—Pues puede ser… no lo sé… —respondí viendo cómo se acercaba hasta mí con su rostro serio—. El problema es… que ella me gusta, mucho… Y no solo para follar de vez en cuando

—¿Has hablado con ella? —Negué viendo cómo sus cejas se alzaban.

—No me hace falta… —Mojé mis labios dejándome caer sobre uno de los taburetes de la barra—. Solo está haciendo lo que le aconsejaron; buscarse a alguien discreto y de confianza con quien desfogar de vez en cuando…

—¿Alguien discreto y de confianza? —Se sentó frente a mí mirándome.

Froté varias veces mi cara, suspirando al volver a ver los ojos preocupados de Tania. Negué tratando de restarles importancia a aquellas palabras.

—Ni que estuvieras echando un polvo con la reina…

—Olvídalo…

—Rubén, eres un tío de diez, cualquiera se moriría por estar con alguien como tú.

—Ya…

—Te lo estoy diciendo en serio. —Sus ojos negros me miraban fijos al decirme aquello.

—¿Si es así por qué ninguna se queda? —pregunté con los brazos rendidos entre mis piernas, mirándola—. Diez años he estado con Adriana… aguantando sus celos, sus reproches… ¿Y para qué? Porque ella no espero ni que se enfriaran mis padres para contarme que llevaba cinco años con otro…

Lamí mis labios con coraje para morderlos al terminar guardándome palabras de las que posiblemente luego me arrepentiría.

—En fin… y con… —suspiré callando su nombre—. Pues con esta chica pues me pasará igual… Cuando esté lista para rehacer su vida pues se irá…

—Si tan claro tienes que con esta chica te va a pasar lo mismo, ¿no crees que es hora de pasar página y superarla de una vez?

—No puedo —respondí viendo cómo se daba cuenta de lo pillado que estaba.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no puedo, Tania… ¿Crees que no lo he intentado? Pero desde que la conozco no ha pasado un día que no haya pensado en ella…

—¿Eso es lo que hacías conmigo en Miami? ¿Intentar olvidarla?

Negué respirando profundamente. Me dolía que pensara así, pero no podía culparla de tener esa sensación.

—No digas eso… —le pedí—. Tú sabes que eso no es verdad…

—Sabes que volverás a estrellarte si sigues así… —susurró—. ¿Verdad?

—Quizás sea eso lo que necesito… Estrellarme, porque de otro modo no voy a ser capaz de sacarla de mi cabeza…

Coloqué el codo sobre la barra para sujetar mi cabeza sobre mi mano,

cubriendo con el dorso de la mano mi boca, procesando todo lo que mi cabeza pensaba. Tania me miró con algo de lástima mientras acariciaba mi cabeza con cariño antes de levantarse de mi lado.

La acompañé hasta la puerta prometiéndole que hablaría con Susana para el tema de su fin de semana. Antes de poder despedirme de ella ambos vimos aquel nombre parpadeando en la pantalla de mi teléfono al sacarlo del bolsillo. Los ojos de Tania se aseguraron de ver bien por quién había decidido poner fin a nuestra amistad con derecho antes de regalarme un breve beso en la mejilla para irse. Pasé mi mano sobre mi cabeza, despeinándome para luego peinarme esperando escuchar la puerta cerrarse para responder.

—Dime, Isa…

—¿Todo bien…? —Su voz sonaba preocupada.

—Sí… No te preocupes, cuéntame.

—Si estas ocupado puedo llamarte más tarde.

—Para ti nunca estoy ocupado —añadí con una breve sonrisa al escucharla al otro lado reírse.

—Sigo en mi línea de seguir complicándote la vida entonces, ¿no? —El sonido de su voz relajada me hacía imaginarla sonreír al otro lado.

—Por favor… —respondí escondiendo mi mano dentro del bolsillo del pantalón mientras me dirigía a la puerta de la terraza al otro lado del salón.

Apoyé mi cuerpo sobre la piedra que servía de baranda tras cruzar a la terraza, observando el bullicio de la ciudad, disfrutando de sus silencios y del sonido de su respiración al otro lado.

—Sobró bastante comida de la fiesta de anoche en casa de Agustín… Va a juntarse la familia y no sé, pensé que quizás te gustaría venir… Y así poder hablar de lo que ha pasado esta mañana.

—¿Quieres que coma con tu familia? —pregunté divertido agachando involuntariamente la cabeza.

—Entendería que no quisieras…. pero no sé, había pensado que quizás te apetecería ver a Violeta… —Sonreí al escuchar su voz nerviosa justificarse

—. Ella sigue diciendo que eres su tío preferido. —Ambos reímos al escuchar aquello.

—Espero que no se le ocurra decir eso delante de tu hermano… —bromeé.

—Hablaré con Violeta para que no diga ni una palabra… —respondió riéndose—. Entonces… ¿te apetece?

—Cuenta conmigo.

—También estará Irene. —Su voz sonaba divertida.

—¡Vaya! Qué lástima… Justo acabo de acordarme de que me ofrecí voluntario para alimentar a los leones del zoo. —El sonido de su risa al otro lado me daba años de vida.

—Qué idiota eres —dijo riéndose antes de suspirar.

Ambos nos quedamos en silencio. Quería pensar que ella estaría sonriendo de la misma manera que yo hacía mientras miraba a la nada.

—¿A qué hora quieres que esté por allí? —pregunté tragando junto con mi saliva mis ganas de decirle lo mucho que me gustaba.

—Eh… —Isabella volvió a suspirar—. ¿En una hora es pronto?

—Una hora está bien —respondí alejándome de la baranda.

—Dale, pues… te veo en casa de mi hermano en una hora.

—Ok…

—Chao.

—Chao, guapa.

Mi cabeza quería pensar que aquella invitación era por agradecimiento. Pero mi corazón latía nervioso imaginando que era porque tenía ganas de volver a verme. Busqué en mi armario algo un poco más arreglado, quitándome aquella sudadera para ponerme una camisa azul marino, metiendo la mitad dentro de aquel vaquero y el resto fuera. Después de perfumarme, salí colocándome un cinturón marrón antes de agarrar una chaqueta. Al mirar hacia la cesta de las llaves, vi las llaves de la moto que me compré estando en Miami. Sonreí pensando que sería un buen momento

para estrenarla, quizás eso me haría ganar puntos con Isabella. Agarré el casco guardado en el armario que había en la entrada y salí después de comprobar que no me dejaba nada. Al llegar al garaje, tras pasar el número donde tenía aparcado el coche, vi a lo lejos el capricho que me di después de enterrar a mis padres y divorciarme. Una Ducati Scrambler 800, versión icon black. Era una moto retro, completamente en negro mate, sencilla, sin botones. Un capricho demasiado caro que más bien podría llamarse crisis existencial después de una mala racha. Tras montarme por primera vez en ella, sonreí como un niño al escuchar su motor rugir. Salí de aquella plaza de aparcamiento tras ponerme el casco negro mate a juego con el color de aquella maravilla de moto. Era un vicio adentrarse entre el tráfico con aquella agilidad, sintiendo la velocidad mimetizarse con tu cuerpo. Antes de llegar a casa de Agustín paré a comprar una botella de vino y unas flores. Tras guardarlo todo en la caja de aluminio que había en la parte trasera de la moto, fui dirección a la casa de Agustín. Al cruzar la esquina que daba a su casa vi la furgoneta blanca y marrón de Isabella aparcada frente a la puerta. Sonreí dirigiéndome despacio hasta la puerta que daba a la cochera, tocando el timbre sin bajarme. A los pocos segundos, Agustín apareció por la puerta principal.

—Soy Rubén —dije levantándome la visera del casco—. Ábreme que la meta dentro porfa…

—¡Marica! No te había reconocido.

Sonreí pasando dentro al abrirse la puerta de la cochera, atravesando el borde para recorrer aquellos chinos. Tras aparcar junto a su coche, me quité el caso al verlo acercarse con la misma cara de ilusión que había puesto yo al montarme por primera vez.

—¿Y esto? —preguntó recorriéndola con los ojos—. ¿De dónde has sacado semejante belleza?

—La compré después de divorciarme —dije contemplándola igual que él mientras me peinaba con la mano—. Es chula, ¿verdad?

—Es preciosa… Creo que me he enamorado. ¿Cuánto te ha costado? No creo que María me deje tener una jamás…

—Bastante —dije riéndome.

En ese instante la voz de Isabella sonó tras nosotros llamando a Violeta. Agustín y yo nos giramos viendo a Violeta bajar los escalones a toda velocidad para venir a saludarme mientras Isabella la seguía de lejos tratando de ocultar su sonrisa, agachando su cabeza para ver los escalones. María bajaba tras ellas con sus brazos cruzados por el frío.

—¡Tío Rubén! —Violeta se vino para mí regalándome un abrazo.

—Hola, princesa —la saludé con un beso en la cabeza antes de abrazarla también—. Pero… ¿cuándo has crecido tanto? —le pregunté mirándola al ponerme de cuclillas.

—Es que tengo ya nueve años —dijo sonriente.

—¿Nueve? Como sigas creciendo así vas a ser más alta que yo… —Me incorporé al ver a Isabella llegar adonde estábamos.

—En cuanto ha escuchado el timbre ha salido corriendo para verte —dijo acercándose a Violeta para colocar una mano sobre su hombro con cariño.

Ambos nos dedicamos una breve mirada tratando de disimular.

—Mira… —dije acercándome a la caja de la moto abriéndola, sacando nueve margaritas del ramo que había comprado para María, ocultándola tras mi espalda mientras me acercaba a ella—. Para ti

Le ofrecí las flores viendo sus ojos ilusionados abrazándome antes de agarrar la flor.

—Gracias, tío Rubén —dijo abrazándome.

—A ti, guapa. —Besé de nuevo su cabeza antes de separarse.

Al incorporarme saludé a María con un beso en la mejilla antes de volver a la caja de la moto para darle a Agustín la botella de vino y a María el ramo que le había comprado.

—Eres un encanto, Rubén, no tenías que haberte molestado —María me agradeció dándome un breve abrazo.

—No me gusta llegar con las manos vacías —respondí mirando

levemente a Isa.

—Ven, Violeta cariño, vamos a enseñarle a los demás lo que nos ha regalado Rubén.

María inventó aquella excusa para dejarnos a Isa y a mí a solas al darse cuenta de nuestras miradas.

—Os acompaño. —Agustín añadió alzando la botella antes de agarrar la mano de Violeta para subir. Ambos nos quedamos en silencio viendo cómo cruzaban de nuevo la puerta, asegurándonos de que nos quedábamos solos. Al verla girarse de nuevo hacia mí, saqué de detrás de mí cuatro tulipanes. Cada uno de diferente color. Sus ojos al ver las flores se abrieron de par en par mientras sus labios esbozaban una amplia sonrisa.

—Y estas son para ti —dije sintiendo sus manos rozar la mía al coger las flores.

—Ya creí que te habías olvidado de mí —dijo oliendo los tulipanes.

—Solo me hacía el interesante —respondí burlándome.

—Siguen sin ser mis preferidas.

Nuestros ojos se buscaron, quedándose varios segundos mirándonos fijamente, sonriéndonos al desviar la mirada tras besarnos con los ojos. Sus ojos me miraron rápidamente antes de mirar tras de mí, fijándose en la moto. Me giré para ver hacia dónde miraba haciéndome a un lado para que pudiera verla mejor.

—¿Y esa moto? —preguntó acercándose para verla.

—Un capricho que me di después de divorciarme… —confesé escondiendo mis manos dentro de los bolsillos—. Es la primera vez que me monto.

—Es preciosa —dijo acariciando la moto provocando en mí celos de un objeto sin vida—. ¿Me darás una vuelta algún día? —preguntó alzando sus ojos hacia mí.

—Cuando tú quieras —respondí mirándola.

Una de sus manos acarició mi brazo antes de sugerir que entráramos para

reunirnos con el resto. Caminé tras ella dedicándonos ambos varias sonrisas hasta llegar a la sala donde estaban los demás. Isabella se adelantó para guardar las flores mientras yo pasaba a saludar uno por uno. Vi su mirada disimulada entre la gente al verme saludar a Irene, que me recibió con un efusivo abrazo. A la hora de sentarnos a comer, Irene me ofreció sentarme a su lado, en la otra punta de donde había decidido sentarse Isabella junto a Violeta. Yo me encontraba entre Irene y Agustín, algo que le causó gracia a Isa cuando me vio y le dediqué una breve sonrisa tras alzar mis cejas. La comida transcurrió de forma animada, de hecho, se me hizo hasta agradable la compañía de Irene, que hablaba con pasión de su hobby que era pintar y su trabajo de fotógrafa. Durante la comida le comenté que posiblemente fuera a finales de este mes a Miami, lugar donde ella tenía un estudio donde montaba las fotos para luego exponerlas, así que me invitó a pasarme por allí mientras ambos disfrutábamos del postre. Al terminar de comer, los niños se fueron dando paso a la remesa con café para los que tenían que conducir como yo o un poco de Guaro para los que quisieran algo más fuerte. Aproveché que la gente estaba más dispersa para salir a fumar, avisando a Agustín de que iba fuera mientras se preparaba el café. Saqué de uno de los bolsillos de la chaqueta el paquete de tabaco para encenderme un cigarro mientras miraba mi teléfono. Vi que Tania me había pasado las fotos de la villa que había alquilado metiéndome presión para que aceptara. Le di una calada profunda a aquel cigarro guardando el teléfono en el bolsillo para dejar caer mi cuerpo sobre la baranda de cristal que rodeaba toda la primera planta. Al terminar de acomodarme sentí una cálida mano acariciar mi espalda bajo la chaqueta. Rápidamente me giré sonriendo al encontrarme con Isabella. Tragué rápidamente el humo para besar su cabeza antes de volver a acomodar mi cuerpo sobre aquella baranda.

—Deberías dejarlo —dijo acomodándose en la barandilla a mi lado.

—Lo sé —respondí dándole una última calada antes de apagarlo—. Aunque a veces viene bien como excusa para escaparse un rato…

Su cabeza se giró apoyada sobre su mano para mirarme con una sonrisa.

—¿Y ahora has salido para escapar o simplemente para fumar? —

preguntó sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Como excusa para poder verte un rato —respondí sonriendo al ver cómo giraba su cabeza mirando al frente para que no la viera sonreír.

Movió su cuerpo levemente hacia el mío para darme un breve toque con su codo a mi brazo antes de volver a mirarme. Tocándonos sin tocarnos. Isabella apretó sus dientes mirando a nuestro alrededor antes de incorporarse.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó entrelazando sus manos entre sí.

—¿Con qué? —pregunté incorporándome también.

—Con esto… Con todo lo que ha pasado entre nosotros… —dijo en voz baja mirando de nuevo a nuestro alrededor para comprobar que estuviéramos solos.

—Haremos lo que tú quieras —dije deseando que aquello no terminara.

Una de sus manos pasó nerviosa por su pelo acomodándoselo para luego volver a entrelazarlas. Coloqué mi mano sobre su espalda acariciándola para tratar de calmarla. La conocía lo suficiente como para saber que su cabeza iba a diez mil por hora, igual que la mía, siendo consciente de la volatilidad de mis sentimientos sin ella.

—El quid de la cuestión aquí es… que ahora mismo, no puedo… —murmuró—. No puedo ni quiero tener nada con nadie, no me siento preparada… Y Marc sigue siendo mi marido.

Aquellas palabras a pesar de entenderlas dolían como si se hubieran clavado en mi pecho como cuchillos.

Asentí lentamente inhalando despacio, tratando de no mirarla para no ser egoísta.

—Lo sé… —Apreté la mandíbula mirando al frente escuchándola suspirar.

—Pero… —Involuntariamente volví a mirarla tras aquella duda—. Por más que trato de ignorarlo, no sales de mi cabeza… —dijo en voz baja antes de suspirar, mirando nerviosa a su alrededor mientras pasaba sus

dedos sobre su rostro—. Y cada vez que te me acercas… —Inspiró antes de volver a mirarme.

Nuestras miradas se quedaron fijas la una sobre la otra, probablemente diciéndonos y haciéndonos todo lo que no podíamos por estar en un sitio repleto de gente. Ninguno de los dos podíamos negar que había una conexión mágica entre los dos y la tensión cada vez era más latente, a pesar de habernos hecho de todo mutuamente.

—¿Qué pasa cada vez me acerco…? —pregunté contemplando cómo su garganta tragaba a la misma vez que su pecho se inflaba cogiendo aire.

Isabella lamió sus labios para morderlos tratando de disimular la sonrisa que amenazaba con salir de su boca. Antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió apareciendo Agustín para interrumpirnos.

Los dos sonreímos mirando a otro lado, disimulando.

—¡Aquí estáis! —dijo encajando la puerta al salir—. Ya está listo el café.

—Ok —Isa fue la primera en responder acariciando el brazo de su hermano al pasar por su lado antes de irse.

Mordí mi labio respirando hondo, procesando e imaginando qué era lo que iba a decirme si Agustín no hubiera interrumpido. Agustín se colocó a mi lado cruzando sus brazos mirando ambos hacia aquella puerta encajada.

—¿Ha pasado algo? —preguntó en voz baja curioseando.

—Nada —respondí agachando la mirada.

—¿Seguro? —insistió.

—Segurísimo… —Respiré hondo mirándole, comprobando las arrugas que cubrían sus ojos.

—He interrumpido, ¿cierto?

—Sí… —respondí sintiendo mi sonrisa invadir mi boca.

—Tenía que haberle hecho caso a mi mujer… —dijo lamentándose.

—¿Vamos a por ese café? —pregunté colocando mis manos sobre sus hombros.

Ambos entramos de nuevo a la casa caminando hasta la cocina mientras

volví a quitarme la chaqueta, buscando inconscientemente sus ojos café entre toda aquella gente. Al llegar a la puerta de la cocina, la vi sentada junto a María, calentándose las manos con su taza de café, con Violeta sentada a su lado. Nuestras miradas se siguieron hasta que cada uno tuvo que volver a sus cosas. Lo único que me preocupaba de no haber terminado aquella conversación es que se arrepintiera de haberla empezado. Desde la distancia vi cómo jugaba con su hija o se reía con sus primos, luchando por no quedarme embobado mirándola. Un rato antes de tener que irme, Violeta junto con algunos de sus primos me pidieron que les diera una vuelta en la moto. Accedí disfrutando de ver cómo los ojos de Violeta brillaron de la emoción. Entre vuelta y vuelta, esperando que se pusieran de acuerdo para ver quién era el siguiente vi a Isabella apoyada sobre el marco de la puerta mirándome, acompañada de María e Irene. Mis ojos suspiraban de curiosidad por saber de qué podrían hablar las tres mientras me miraban dar vueltas calle arriba y calle abajo a cada uno. Cuando terminé de montar a Violeta y a sus primos, aproveché que la moto estaba encendida para despedirme. En poco más de una hora tenía que entrar a trabajar y allí con su familia no íbamos a poder continuar la conversación, así que dejé que Agustín se montara mientras me despedía de la familia Chadid. Tuve la suerte de que, al despedirme de Irene, María estaba al lado, así que la despedida fue rápida. Me agradeció todo lo que hacía por Isa y Violeta antes de soltarme de aquel abrazo. Tras restarle importancia, salí de nuevo colocándome la chaqueta viendo a lo lejos a Isa hablar con su hermano, ambos muy serios, como si estuvieran discutiendo. Agustín avisó a su hermana con un leve gesto con la boca de que me acercaba tomando ambos distancia al caminar hacia ellos.

—¿Todo bien? —pregunté mirándolos a ambos al llegar donde se encontraban terminando de acomodarme el cuello de la chaqueta.

—Sí —Isa respondió rápidamente mordiendo sus labios molesta.

—Marc la ha llamado para pedirle que se vean —Agustín confesó enfadado alzando sus cejas. —Suspiré sutilmente tragando antes de mirar a Isabella para ver su reacción.

—Creí que lo habías bloqueado… —dije viendo cómo Isa alzaba su mirada hacia mí.

—Y lo tengo. Me ha llamado desde un número que no conocía…

—¿Y para qué quiere verte ahora? —pregunté mirándola.

—Supongo que será por el comunicado…

—¿Te lo estás pensando? —pregunté mirándonos ambos fijamente.

—Quizás quiera disculparse.

—¿Por qué? ¿Por engañarte o por robarte? —Agustín dijo indignado.

—Ya, Gus… —murmuré colocando mi mano sobre su hombro para que se relajara.

—Ahora es eso, pero cuando se entere de que te quieres ir a Miami con mi sobrina, volverá a pagar a periodistas para que sigan hablando mierda de ti.

Sus cuerpos se tensaron, mirándose disimuladamente mientras sentía como si mi sangre se espesara al enterarme de aquello. Los miré con el ceño fruncido queriendo saber si había entendido bien.

—¿Te vas? —pregunté comprobando al ver sus reacciones que se suponía que no podía saberlo.

Los dos se miraron en silencio después de ver a Agustín suspirar cubriendo su cara. Asentí inhalando, mirando a nuestro alrededor. Notaba con fuerza cómo un sentimiento de decepción me invadía por haberme enterado gracias a aquel descuido. Me sentía idiota.

—Y… ¿cuándo teníais pensado iros? —pregunté molesto.

—A finales de año —Isabella respondió rascando su cabeza antes de mirarme.

—Finales de año… —repetí en voz baja humedeciendo mis labios—. Y… ¿pensabais decírmelo o…?

Alcé los hombros nervioso observándolos a ambos.

—No es nada oficial aún —Isa contestó rápidamente.

—Aún estamos esperando que acepten la oferta que hicimos por una

casa allí…

Alcé las cejas, abriendo mis ojos de par en par procesando aquello. Asentí en silencio mirándola disimuladamente tratando de ver si aquella indiferencia por cómo pudiera sentirme era fingida o tal vez solo había visto cosas que no eran.

—Hasta tenéis una casa mirada… De puta madre —dije sarcásticamente —. Menos mal que no era nada oficial aún…

—Disculpa, ¿desde cuándo tengo que andar reportándome ahora contigo también? —Isabella me miró indignada—. Esto es increíble…

—Lo que es increíble es haberme tenido que enterar así —dije sosteniéndole la mirada—. Gracias a un descuido, después de las veces que he estado ahí para vosotros, incondicionalmente.

—Íbamos a contarte cuando fuera algo seguro… —Agustín trato de intervenir.

—Nadie te ha pedido nunca que estuvieras —me reclamó—. Si has estado ha sido porque has querido…

—Isa… —Agustín clavó sus ojos sobre su hermana.

—Pensé que era alguien importante en vuestras vidas. —Miré a ambos decepcionado antes de pasar entre medias para sentarme de nuevo en la moto—. Pero por lo que veo, estaba equivocado… Menudo idiota.

Murmuré dolido por sus palabras, sintiéndome como un idiota.

—Escúchame bien Rubén —dijo acercándose a mí—. No sé qué bien qué es lo que creías, pero tú no eres nadie en mi vida, para andar exigiéndome explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer, ¿entendiste?

Nuestros ojos se miraron reflejando frustración y decepción.

—Perfectamente.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras ambos nos aguantábamos la mirada antes de asentir en silencio, entendiendo cuál era mi lugar en su vida. Me coloqué el casco, cerrando la visera antes de salir de allí comprendiendo que no había más que hablar. El sonido del motor

acelerando se juntó con el sonido reflejo del corazón latiendo sobre mi cabeza mientras aquellas palabras se reproducían en mi cabeza una y otra vez, doliéndome cada vez que volvía a revivirlas, dejando atrás aquel lugar. Si eso era para ella, perfecto. Ahí tenía el clavo al que agarrarme para pasar página. Sentía mi sangre hervir de la rabia de ver lo imbécil que había sido de pensar que era especial o al menos alguien a quien tener en cuenta para comunicarle que pensaba mudarse a otro país.

Mi cabeza estaba tan distraída mientras mis manos aceleraban, que ni cuenta me di de que me había saltado un stop hasta que sentí un horrible golpe. Aquello chocó con tanta fuerza, que mi cuerpo voló como si fuera una hoja de papel arrastrada por el viento. Al caer sentí mi cuerpo rebotar dolorido sobre el frío de la hierba. Al tratar de levantarme, palpé con una de mis manos buscando lesiones. Posiblemente de haber caído en asfalto, alguien estaría certificando mi muerte por perforación de algún órgano vital. Traté de levantarme varias veces con dificultad antes de poder incorporarme sujetando mi costado con mi brazo, viendo trozos de césped y barro en la visera.

—¡Oh dios mío! ¿Está bien?

Alcé la cabeza para ver a una chica de unos treinta y algo salir del coche preocupada.

—Sí… —respondí con dificultad aún con el casco puesto.

—Perdóname, no te vi… No me dio tiempo a reaccionar, iba distraída… —se disculpó mirándome preocupada.

—No… fue mi culpa… —Me quité el casco con cuidado con una mano, presionando mi pecho con el otro brazo—. No vi el stop.

—¿Quieres que llame a alguien o que te lleve a un hospital? —preguntó mirando a nuestro alrededor.

—Eh… —Suspiré mirando en busca de mi moto—. No te preocupes, solo… ayúdame a levantar la moto. —Al acercarse a mí para ayudarme con la moto, me di cuenta de lo guapa que era. Tenía unos ojos tan claros que parecían grises. Ambos levantamos la moto para poder hacer una valoración

de daños. A primera vista parecía estar bien. Volví a arrancarla comprobando que seguía funcionando.

—No pensarás irte en moto, ¿verdad? —dijo señalándola.

—Es justo lo que había pensado, sí…

—Oye, mira… Por qué no mejor avisas a alguien que pueda llevársela y me dejas que te lleve a un hospital —sugirió señalando su coche.

—Gracias, pero no hace falta… —dije sentándome de nuevo en la moto.

—Insisto… —dijo acercándose preocupada—. No soy médico, pero te has tenido que dar un buen golpe… Por favor, déjame al menos que te acerque a un hospital para que mi conciencia no me repita a cada rato que podrías morir por mi culpa… —dijo con una sonrisa.

—Está bien —acepté tratando de no reírme para que no me doliera el costado—. Rubén por cierto… —dije alzando la mano.

—Laura. —Apretó mi mano dedicándome una breve sonrisa—. Te diría que es un placer, pero… —Alzó sus cejas mirándonos a ambos—. ¿Sabes de alguien que pueda guardarte la moto?

Resoplé mirando a nuestro alrededor, comprobando la soledad de aquella urbanización. Mi cabeza pensó en Agustín, por cercanía, pero no quería que supiera que había tenido un accidente.

—Le escribo mientras vamos camino del hospital, no te preocupes —dije levantándome del sillín tras quitar la llave para acompañarla hasta su coche.

—¿A qué hospital quieres que te lleve? —preguntó abriéndome la puerta de su BMW X6.

—Al que hay en Sanchinarro —respondí metiéndome con cuidado de no mover mucho mi torso.

Al entrar en el coche me quedé viéndola cómo dejaba el casco en el asiento de atrás antes de abrocharse el cinturón. Desvié la mirada al ver que iba a girar su cabeza para mirarme, disimulando mientras sacaba el teléfono de mi bolsillo.

—¿Te funciona? —preguntó mirando la carretera con sus manos tensas

sobre el volante.

—Sí. —Vi cómo su cabello ondulado oscuro acariciaba sus hombros—. Sí… solo está algo rayado

—En cuanto me asegure de que no vas a morirte por mi culpa averiguamos el seguro… —dijo negando sin apartar la mirada de la carretera.

—Ya te he dicho que fue mi culpa… olvidé que habían puesto un stop en ese cruce… —respondí acomodándome en aquel asiento de cuero—. En todo caso me tocaría a mí pagarte si le he hecho algo a tu coche…

—El coche es lo de menos… —dijo mirándome levemente antes de meterse por la calle del hospital—. ¿Has podido averiguar quien se quede con tu moto?

—No sé qué escribirles para que no se preocupen —me sinceré mirando la conversación de Agustín.

—Yo cuando no quiero que se preocupen empiezo mandándoles una foto para que vean que estoy bien —me aconsejó con una breve sonrisa—. Y ya luego ahí le suelto lo que me ha pasado.

—¿Y te funciona? —pregunté divertido.

—Con todos menos con mi madre —dijo sonriente llegando al parking del hospital—. ¡Llegamos!

—Bueno… Gracias por traerme —le agradecí extendiendo la mano para abrir la puerta.

—¡Ah no! Entro contigo para asegurarme de que todo esté bien.

—No hace falta de verdad.

—Lo sé —dijo abriendo la puerta para coger mi casco de la parte de atrás—. Vamos.

Se bajó del coche rápidamente para abrirme la puerta. Guardé mi teléfono en el bolsillo trasero del pantalón para bajar del coche con cuidado. Al entrar por Urgencias, rápidamente me reconocieron. Antes de que cundiera el pánico le expliqué a la enfermera de recepción que había tenido

un pequeño accidente con la moto pero que estaba bien, que lo único que sentía era dolor en el abdomen y fatiga al respirar. Al pasar a la sala de espera, Laura entró conmigo con un vaso de tila entre sus manos.

—Qué majos son todos, te tratan cómo si te conocieran de toda la vida —dijo dándole un sorbo a su vaso.

—Es que me conocen —le confesé con una leve sonrisa mirando a nuestro alrededor.

—Ya claro.

—Soy el cirujano de traumatología —dije mirándola—. De hecho, se supone que tendría que entrar a mi turno en… —Sacudí mi mano izquierda para mirar el reloj—. Hora y media…

—Seguro —dijo riéndose.

Sus ojos se quedaron viéndome, confirmando con mi silencio que decía la verdad. No pude evitar sonreír al ver cómo su rostro superexpresivo pasaba de incredulidad y burla a desesperación.

—O sea que… ¿he estado a punto de matar al médico que iba a operar a mi padre?

Vi cómo su cara se descomponía.

—A punto de matar tampoco… —La miré divertido—. ¿Quién es tu padre?

—Valentín Rodríguez. —Sus ojos se abrieron de par en par al ver cómo luchaba por no reírme, confirmándole su sospecha.

Tras disculparse nuevamente, apareció Susana nerviosa al enterarse de que había entrado por Urgencias. Tras explicarle lo que me había pasado, me despedí de Laura antes de entrar a hacerme pruebas para asegurarnos de que todo estuviera bien. Mi cabeza. golpeada y magullada, volvió a recordarme el motivo por el que me había saltado aquel estúpido stop. Antes de tener que dejar mis cosas para entrar a hacerme una radiografía, le escribí a Agustín avisándole de dónde había dejado la moto, pidiéndole que la guardara en su casa hasta que pudiera volver a cogerla. Tuve que decirle que había tenido un pequeño accidente después de mucho insistir, pero le

dije que estaba bien, que en cuanto terminaran de hacerme pruebas entraría a trabajar. En la radiografía no se apreciaban daños a órganos ni líquidos de hemorragia, aun así, el médico prefirió dejarme al menos aquella noche para ver si al bajar la inflamación con la medicación aparecía algo. Susana me llevó personalmente achuchando la silla de ruedas hasta mi habitación.

—Esto es… —dije levantándome con cuidado de la silla.

—¿Qué?

—Completamente innecesario… —respondí sentándome con cuidado sobre la cama—. Podía haber venido andando…

—¿Qué parte de reposo absoluto hasta mañana no has entendido? —me regañó colocándome un cojín en el lumbar y otro tras la cabeza—. Cuanto más quietecito estés, antes te irás. —Me dedicó una breve mirada tapándome con la sábana hasta la cintura.

—Gracias… —dije en voz baja mirándola.

—No me las des todavía —dijo cruzando sus brazos—. Aún puedo matarte, todavía tengo que ver quién hace tu turno esta noche.

—¿Se puede? —Una voz sonó tras la puerta después de golpearla con los nudillos.

Susana se acercó a la puerta abriéndola para dejar pasar a Laura. Sus ojos me miraron angustiados al verme tumbado en aquella cama mientras se acercaba.

—Ay dios mío, ¿esto es por mi culpa? —preguntó preocupada.

—No, tranquila —respondí rápidamente.

—Ha sido sugerencia del médico que lo ha atendido… Todos aquí conocemos lo borrico que es, así que es para asegurarnos de que guarda reposo.

Susana le aclaró dedicándome una leve sonrisa al ver la preocupación de aquella chica.

—Laura, ella es Susana —dije presentándolas—. Laura es con quien tuve el accidente…

Ambas estrecharon sus manos con una leve sonrisa.

—Bueno, aprovecho que estás bastante bien acompañado, para seguir haciendo cosas.

—Ok… Gracias.

—Ya… —dijo torciendo sus labios antes de sonreírle a Laura—. Un placer.

—Igual… —respondió mirando cómo Susana se iba dejando la puerta encajada—. Me odia, ¿verdad?

—Tranquila, solo me odia a mí —dije con una breve sonrisa acomodándome con cuidado entre aquellos cojines.

—Oye, siento muchísimo todo esto… —Colocó una de sus manos sobre mi antebrazo que descansaba sobre la cama.

—Tranquila, no ha sido tu culpa —volví a repetirle—. Además has perdido toda la tarde por estar aquí pendiente de mí.

—Es lo mínimo que podía hacer después de atropellarte. —Su voz sonó sarcástica provocando una breve sonrisa en mis labios—. No dejo de verte volar por los aires…

—Imagino… —Me acomodé con cuidado sobre la cama—. Bueno… pues te libero de tu obligación, puedes irte en paz.

—¿Seguro? No necesitas que te traiga algo o avise a alguien de que estás aquí… ¿Tus papás o un hermano o hermana, una novia, un amigo…?

—Nadie, no te preocupes —Fingí una breve sonrisa.

—Está bien… —dijo mirando la habitación—. En ese caso… me voy —dijo mirándome de nuevo—. Siento mucho todo esto…

—Tranquila… Ya has escuchado a Susana, es por precaución.

—Si no te molesta, me gustaría venir mañana para ver cómo sigues. —Sus enormes ojos grisáceos se quedaron mirándome.

—No es necesario.

—Lo sé, pero sé que mi conciencia no estará tranquila si no lo hago… —Su voz sonó divertida.

—Está bien. —Sonreí desviando mis ojos.

—Hasta mañana entonces. —Ambos volvimos a mirarnos con una breve sonrisa.

—Hasta mañana.

Laura se acercó a mí para regalarme un breve beso en la mejilla dejándome oler su perfume. Los dos nos miramos varios segundos antes de alejarse, regalándonos una última mirada antes de cruzar la puerta. A pesar de habernos conocido de una manera accidental, me agradaba su presencia. No sé por qué razón no pude sacármela de la cabeza aquellas horas que me tocó estar solo hasta que llegaron las auxiliares con la cena y las pastillas que tenía que tomar. Tras agradecerles, les pedí que me acercaran mi teléfono que había dejado en la mesa auxiliar al lado de la cama. Al quedarme de nuevo solo, abrí las bandejas que me habían dejado arrugando la nariz al llegarme el olor de aquella horrible comida al destaparlas; merluza a la plancha, tortilla francesa y un yogurt. Lo hice a un lado con cuidado para ver si Agustín había vuelto a escribirme. El sonido de alguien tocando a la puerta me hizo desviar la mirada del teléfono. La cabeza de Isabella apareció tras la puerta, mirándome aterrada y llena de preocupación. Al verla entrar, me acomodé con cuidado sobre la cama respirando profundamente.

—¿Puedo pasar? —Su voz melódica borró todo rastro de enfado que pudiera sentir hacia ella.

—Claro… —respondí sin ocultar la sonrisa al verla y oler su perfume—. Pasa…

Isabella resopló sobrepasada de verme ahí tumbado en aquella cama.

—Cuando vi a mi hermano aparecer con tu moto…—dijo con la voz entrecortada, mirándome de arriba abajo comprobando que estuviera entero.

Su rostro se veía descompuesto de imaginar algo que perfectamente hubiera podido pasarme de no ser porque eran caminos donde se suponía que no se podía ir a mucha velocidad. Un golpe de esos en carretera me hubiera mandado al otro barrio. Estiré mi mano buscando la suya para

pedirle que se acercara.

—No me ha pasado nada —dije tranquilizándola, acariciando su mano al agarrarla.

—Pero podría haberte pasado…—insistió agobiada—. Y mientras venía, no podía dejar de pensar que esas cosas horribles que te dije podrían haber sido nuestras últimas palabras…

—Mírame… —La interrumpí negando levemente con la cabeza—. No me ha pasado nada.

—Es que no debí decirte esas cosas… Debí… —Sus labios se escondieron uno sobre otro—. Debí habértelo contado… perdóname.

Isabella me miró fijamente mientras nuestras manos se acariciaban lentamente. Llevé una de mis manos a su rostro viendo cómo inclinaba su cabeza hacia mi mano. Sabía que se sentía responsable de aquel sentimiento de decepción y aquella rabia que habían provocado que mis manos aceleraran aquella moto y que mis sentidos estuvieran tan dispersos que no fueron capaces de observar aquella enorme señal, pero el único culpable era yo. Isa incorporó su cabeza para negar brevemente.

—Siento no habértelo contado… —dijo en voz baja tras suspirar—. Yo… no sabía cómo decírtelo, me daba miedo…

—¿De qué? —pregunté acariciando su cabello.

—De que te alejaras, otra vez… —confesó mirándome—. Por eso no sabía cómo contártelo, no porque no seas importante en mi vida… Claro que eres importante para mí. —Vi cómo sus labios se humedecían mientras sus ojos mirarme fijamente.

—Isa, yo no soy Marc —le recordé—. Y te he demostrado que estoy aquí, para ti siempre y que no voy a irme… Y menos ahora que ha pasado esto entre los dos.

—Rubén… —Suspiró interrumpiéndome, levantándose de la cama.

—Yo sé que aún no te has divorciado, que contigo las cosas no son fáciles, pero… —Alcé mis hombros sin dejar de mirarla—. No quiero seguir conformándome con ser solo tu amigo…

Isabella pasó sus manos nerviosas sobre su rostro, levándose de la cama. Me giré con cuidado para levantarme de aquella cama provocando el pánico en sus ojos al verme en pie, acercándose a mí para ayudarme.

—Por favor, Rubén, no te levantes, te vas a hacer daño —me pidió alzando sus manos.

—Antes en casa de tu hermano ibas a decirme algo —le recordé la conversación que dejamos a medias antes de que Agustín nos interrumpiera.

—Rubén… —dijo en voz baja desviando su mirada, viendo cómo tragaba nerviosa.

—Me confesaste que no salía de tu cabeza. —Subí su barbilla con mis dedos para que me mirara—. Tú hace tanto tiempo que no sales de la mía que no recuerdo cuándo empezó… —Aproveché que sus ojos me miraban fijamente para sincerarme—. Solo dime qué quieres que haga. —Respiré profundamente con dificultad—. Dime si quieres que te espere, si quieres que me aleje y me olvide de esto que ha pasado entre los dos…

—No lo sé —respondió en voz baja mirándome.

—¿Es por Marc? —pregunté viéndola negar velozmente.

—Es por todo, Rubén… Aún no me he divorciado, ni he procesado todo esto que está pasándome… No puedo responderte… Necesito tiempo.

—Está bien, puedo esperarte todo el tiempo que necesites.

—Lo siento…

Isabella se acercó a mi boca para regalarme un tierno beso, acariciando una de mis mejillas con sus manos. No sé si era por el golpe o las pastillas, pero aquel beso no me supo igual que los anteriores. La conocía bien, por eso sabía que aquel beso sabía a despedida, sobre todo por la forma de pegar su frente sobre mi barbilla al separar nuestros labios, evitando mirarme. Sus ojos me miraron por última vez mientras agarraba su bolso, saliendo de aquella habitación de la misma manera que pareciera haber decidido salir de mi vida. Me quedé ahí de pie viendo cómo se cerraba la puerta tras ella.

La había asustado. Hubiera podido seguir jugando a tener sexo

esporádico cada vez que ella quería, pero para mí ella era mucho más que eso. Las palabras de Tania aconsejándome justamente lo que acababa de hacer resonaban en mi cabeza. Al menos ahora, si ella no volvía más, podría pasar página. Aunque sabía perfectamente que podría estar sin verla o sin coincidir casi toda la vida, que cuando volviera a verla mi pecho latiría con la misma fuerza que aquella noche que la vi por primera vez.

Los días fueron pasando uno tras otro, sin noticias de ella. Al menos gracias a la televisión me enteré de que había decidido pasar la fiesta de Reyes en Estados Unidos con Violeta para alejarse del foco mediático tras salir las fotos de Marc con aquella chica por la que la había cambiado. Al principio pensé que por eso no había llamado, pero Isabella había decidido seguir con la ley del silencio. No me quedaban más motivos para excusarla. En su viaje a Estados Unidos había aprovechado para lanzar su primera canción después de siete años de silencio en la música. Se paseaba radiante en los programas americanos promocionando aquella canción que era una clara indirecta, aunque sutil sobre lo que había vivido con Marc. Canción que no había parado de reproducir desde que la lanzó. Odiaba su ritmo pegadizo, al igual que lo que provocaba en mí al escucharla desahogarse, recordándome las miles de veces que le había escuchado decirme a mí justo lo que ahora cantaba, dejando de sentirme especial también por aquello. Isabella había elegido de todas las posibilidades que le había ofrecido que tenía que olvidar lo que habíamos sido. Tenía que aceptar que había elegido alejarse. Así que me tocaba volver a ser un mero espectador de lo que dejaba mostrar su personaje.

Quizás por eso acepté la compañía de Laura. No sé si aquella chica se había acercado a mí por pena tras haber tenido el accidente, pero disfrutaba de su compañía. Aunque sentía una horrible sensación de *déjà vu* con ella, por eso agradecí el viaje al que Tania me había invitado para poner algo de distancia entre los dos. He de reconocer que el motivo principal por el que acepté ir a Miami a celebrar el cumpleaños de Tania fue porque sabía que ella iba a estar allí, o al menos eso decían los medios de comunicación al estar de promoción.

El viaje a Miami solo me sirvió para darme cuenta de que me estaba costando horrores acostumbrarme a estar sin ella, fingiendo estar bien en cada foto que aparecía para ver si ella las miraba, deseando que sintiera celos de Tania o de alguna de las mujeres que posaban a mi lado. Pero solo seguía recibiendo silencio. Incluso cuando acepté tomarme un café con su sobrina Irene.

En el viaje de vuelta, después de cuatro días de fiesta, escuchando su canción en cada sitio donde llegábamos, tocaba enfrentarme a más de nueve horas mirando por la ventana, sin evitar pensar que ya ni compartiríamos misma franja horaria. Algo a lo que también tendría que acostumbrarme, ya que su futuro eran todos esos rascacielos y kilómetros de playas que dejábamos atrás al despegar.

Al aterrizar de nuevo en Madrid, tras despedirme de Tania seguí mi camino en busca del acceso al aparcamiento. Al llegar a la enorme pasarela de cinta mecánica, divisé a lo lejos un montón de gente apilada antes de mandarle un mensaje a mi hermana para avisarle de que acababa de aterrizar en Madrid.

Al acercarme al final de aquella cinta comencé a ver a la gente correr para hacerse una foto con alguien.

—¡Corre! —el grito de una mujer a otra amiga corriendo a mi lado captó mi atención—. ¡Ahí está!

Al llegar al final de la cinta vi a toda esa marabunta de gente agolparse a mi alrededor. Al alzar los ojos la vi. Ahí la tenía frente a mí, caminando a escasos metros agarrada del brazo de Agustín y agarrando la mano de Violeta con fuerza. Al llegar a mi lado para montarse al otro lado de la cinta, su cabeza se giró al escuchar a alguien gritar su nombre. Mi corazón se detuvo por un instante al ver su sonrisa de nuevo. Su pelo lucía algo más claro y completamente liso, con sus gafas de sol oscuras y ropa verde militar. La mano de su hermano fue la que le hizo mirar de nuevo hacia adelante perdiéndonos ambos entre la gente que la seguía a ella en busca de una foto o un autógrafo. Su sonrisa se había borrado al verme y la mía había aparecido al verla aquel microsegundo. Ambos nos habíamos mirado como

solo pasaba en las películas, a cámara lenta mientras todo iba a gran velocidad.

El destino volvía a reírse de mí, recordándome que era inalcanzable. Que solo podía verla, pero no podía tenerla. A pesar de seguir caminando no pude evitar girarme para tratar de volver a verla entre todas aquellas personas. Al llegar al coche me quedé en silencio mirando a la nada dándole a mi corazón tiempo de procesar antes de salir. Al alejarme del aeropuerto decidí pillar algo de comida antes de volver al piso, eran las seis y media de la tarde y solo tenía en mi estómago el sándwich que me comí en el aeropuerto de Miami. Al llegar al piso, solté todas las cosas para darme una buena ducha antes de sentarme a comer algo. Ya con ropa cómoda me senté en el sofá para devorar aquel kebab mixto sin cebolla, mirando la televisión de fondo, contemplando otra vez, cómo relataban el regreso de Isabella a Madrid después de unos días buscando casa por Miami tras anunciar que abandonaría España a finales de año. Suspiré mientras terminaba de comer, escuchando de fondo los rumores de una posible relación entre Louis y ella, después de verlos juntos teniendo lo que parecía una cita tras navegar y surfear juntos. Había cosas que por salud mental era mejor no escuchar, sintiendo el timbre de la puerta tocar tras apagar la televisión.

Miré el reloj de mi muñeca comprobando la hora antes de acercarme a abrir. Al abrir la puerta su olor erizó mi piel y mis pupilas se dilataron al verla ahí parada. Sus ojos color café me miraron antes de abalanzarse sobre mí, besando mis labios. Agarré su metro cincuenta y siete entre mis brazos rindiéndome ante aquel beso. Besándonos con un beso ansioso por recuperar el tiempo perdido. Cerré la puerta con ayuda de uno de mis pies antes de caminar sin soltarnos con el rumbo fijado a mi cama. Ni sus labios, ni sus manos se detuvieron hasta que vio el hematoma que recorría mi costado por el accidente al quitarme la camiseta. Al ver mi cuerpo amoratado, sus ojos buscaron los míos para mirarme llenos de culpa. Acaricié su rostro con mis dedos para volver a besarla, sintiendo esta vez cómo sus besos habían dejado esa urgencia del principio. A pesar del dolor físico que sentía, disfrutar de nuevo del tacto de su piel, de sus labios sobre mi cuerpo, del eco de mi nombre en sus gemidos, de su cintura moviéndose

sobre mí o el olor de su perfume mientras hacíamos el amor, me hacía soportar cualquier cosa por más doloroso que fuera.

Al acabar, ambos caímos abrazados uno al lado del otro. Giré la cabeza con miedo de haber soñado con aquello después de haberla visto en el aeropuerto. Pero no, ahí estaba. Tumbada sobre mi cama, desnuda, humedeciendo sus labios antes de dirigir sus enormes ojos café hacia mí para dedicarme una sonrisa. Los dos nos quedamos viéndonos a los ojos en silencio, procesando lo que acababa de pasar.

—Te he echado de menos —susurró observándome—. No ha pasado ni un día que no haya pensado en ti… —dijo en voz baja llevando una de sus manos cerca de mi rostro para acariciarme—. No podía aceptar la falta que me hacías, ni lo mucho que te echaba de menos… Pero cuando te he visto en el aeropuerto…

Suspiré recordando las noches sin dormir mirando su conversación o su perfil cada vez que publicaba algo, sintiéndome un psicópata por ser el primero en ver cada cosa que ponía. Isabella interpretó mi silencio como algo negativo haciéndome reaccionar al ver cómo se incorporaba, alejando su cabello ahora revuelto de la almohada.

—Espera… —le pedí viendo cómo buscaba el pliegue de la sábana para cubrirse.

Al escucharme, giró la cabeza para mirarme llena de inseguridad, cubriéndose. Acaricié su espalda aún desnuda antes de besar su hombro tras echar a un lado su pelo.

—No te vayas… —susurré sobre su hombro, abrazándola su cintura desde atrás—. Es que… Llevo semanas tratando de aceptar que no querías saber nada más de mí… —confesé—. Solo me ha pillado de sorpresa.

Isa giró su cabeza para mirarme de nuevo.

—Te dije que necesitaba tiempo… —me recordó mirándome a los ojos —. Necesitaba tomar algo de distancia para aclararme… Quería ver si te echaba de menos… ¿De verdad pensabas que después de todo lo que hemos vivido me iba a ir así…? Sin decirte nada…

Su mirada se volvió triste al confirmarle con mi mirada que eso era justamente lo que había pensado.

—Lo siento… —me disculpé.

Isabella se acomodó sobre sus piernas en la cama, mirándome confundida. Sus dedos acariciaron el hematoma de mis costillas con cuidado.

—Yo, cuando escuché que… que estarías en Miami —me sinceré viendo cómo me miraba mientras hablaba—. Acepté ir a ese viaje que Tania había organizado con sus amigas…

—Vi las fotos… —confesó humedeciendo sus labios seria—. Y te mentiría si te digo que… verte al lado de Tania no me dolía.

—La única razón por la que acepté ir a aquel viaje fue para poder verte —confesé—. Pensé que quizás al estar allí, al ver a tu sobrina… podría verte en algún sitio…

Pasé mis dedos por la barbilla rascándome, ganando algo de tiempo antes de volver a mirarla.

—Claro, porque Miami son cuatro calles, ¿verdad? —dijo recuperando su sonrisa.

—Nos encontramos en Barajas que es aún más complicado con todas esas terminales… —repliqué divertido.

—Me hubiera encantado encontrarme contigo en Miami —confesó con una tímida sonrisa arrugando sus mejillas.

—Bueno… —Lamí mis labios—. Has estado entretenida con Louis, cenando… haciendo surf… Quizás hasta te termine gustando el té ese imbebible que toman…

Isa arrugó su frente al escucharme esbozando una sonrisa aún mayor al pillar mis celos.

—¿Celoso? —preguntó observándome detenidamente.

—No te haces idea de cuánto…

Su cuerpo volvió a relajarse acercándose a mí. Mis ojos no podían mirar

a nadie más como la miraban a ella. No podía evitar que me tocara, al igual que no podía evitar sentir lo que sentía cada que ella se acercaba.

—Entonces… ¿No has estado con nadie?

—No… —susurré mirando sus labios—. ¿Y tú?

Isabella negó suavemente. Los dos nos quedamos en silencio varios segundos mirándonos y acariciándonos. Yo no sé qué miraría ella, pero mis ojos no dejaban de observarla. Cómo su cuerpo se acercaba al mío para besarme antes de volver a abrazarse al mío, cómo sus dedos dibujaban pequeños círculos sobre mi pecho o cómo descansaba su cabello sobre mi hombro.

—Rubén… —pronunció mi nombre en voz baja.

—Isa —respondí sintiendo sobre mi pecho su sonrisa.

—Esto no tiene vuelta atrás… —dijo alzando su cabeza sobre mi pecho.

—¿Qué cosa? —pregunté frunciendo la frente.

—Esto… —recalcó señalándonos.

—¡Ah! Esto… —Sonreí.

—¡No te rías! —me pidió con aquella maravillosa sonrisa en los labios —. Yo me había prometido a mí misma no volverme a enamorar jamás… pero me gustas demasiado como para no intentarlo… Y sé que me arrepentiré toda la vida si no lo hago…

—¿Te gusto? —pregunté con una sonrisa tonta en los labios viendo cómo chasqueaba la lengua avergonzada—. Si te hace sentir mejor… Puede que yo esté perdiendo un poco la cabeza por ti —dije sincronizando la sonrisa de nuestros labios.

—¿Perdiendo la cabeza por mí? —repitió de forma coqueta sin dejar de sonreír.

—Solo un poquito…

Nuestros labios sonrieron antes de besarnos de nuevo.

—¿Qué propones que hagamos? —dije sobre sus labios. Se acomodó sobre mi pecho colocando sus brazos sobre mí.

—Bueno… Aún no me he divorciado y.… bastante tiene Violeta con tener que ver a cada rato las fotografías de su padre con su novia y constantemente tener que escuchar esas cosas horribles que ya dicen de mí solo porque me vieron cenar con Louis…

—Poco a poco —dije acariciando su cabello, notando sus manos abrazar mi cintura.

—Y.… cuando esté en Miami.

Acaricié su hombro desnudo suspirando al mirarla de nuevo, jugando con uno de sus mechones entre mis dedos. Le dediqué una breve sonrisa al verla.

—Lo resolveremos cuando llegué el momento.

Vi cómo sus ojos se consumían con la idea de la mudanza. Hasta ahora no me había parado a pensar que para ella abandonar lo que había sido su hogar durante doce años tenía que ser tremendamente doloroso.

—¿Sabes? —Capté la atención de sus ojos, pasando mis nudillos por su rostro con el mismo cariño que mis ojos la observaban—. Me hubiera encantado que conocieras a mis padres… Le habrías encantado a mi madre. Una mujer con carácter como ella quería para mí…

Isa se sonrojó mientras se colocaba a mi altura, cubriendo su cuerpo con la sábana antes de reposar su espalda sobre el cabecero al igual que yo.

—Nunca me has hablado de ellos.

Sonreí llenando mis pulmones de aire mientras tentaba con la mano para taparme también con algo de sábana, tratando de recordar lo poco que aún quedaba de ellos en mi memoria.

—Bueno… dime qué quieres saber.

—¿Cómo eran?

—Pues… Mi madre aparte de ser una mujer bellísima era superinteligente. Blanca se parece más a ella desde que falleció… Casi consigue graduarse como la primera de su clase —dije orgulloso—. Su sueño siempre fue ser médico…

—¿Y no lo consiguió?

—No… Mi papá se le atravesó… —bromeé lamiendo mis labios—. Él se quedó muerto con ella cuando la vio. Siempre decía que, fue verla y saber que la vida la había puesto *pa* él. —La miré sonriendo al recordar sus palabras.

—Todo un romántico tu padre… —Su voz sonaba dulce, como su rostro mientras me escuchaba—. ¿Y tu papá? ¿Cómo era?

—Mi padre era un hombre trabajador, honrado… Blanca dice que me parezco más a él de lo que quiero aceptar. —Sonreí pasando mis dedos sobre mi cabello nervioso de recordarlos—. Tenía un bigote enorme, creo que jamás lo he visto sin él…

—¿Y cómo fue que se conocieron?

La miré viendo cómo sus ojos me miraban con atención, llenos de curiosidad. Respiré dejando la mirada fija al frente abriendo aquel compartimento de recuerdos, sin saber si al verbalizarlos después de todo este tiempo dolería como al principio. Desde la noche que casi termino con mi existencia no me había permitido pensar en ellos o recordarlos.

—La familia de mi madre era afín al régimen, eran gente de dinero. Creo recordar que mi abuelo era un cargo militar importante, por eso mi madre pudo pensar en estudiar… Y mi padre lo único que compartía con Castro era el nombre —dije sarcásticamente—. Mis abuelos paternos eran humildes. Tenían una pequeña tierra que les había dejado la madre de mi abuela… así que tenían animales y sacaban algo de dinero vendiendo leche, huevos… Mis padres se conocieron en una fiesta, no recuerdo si fue Navidad o una fiesta nacional, pero los dos siempre han contado que fue un flechazo… Por eso cuando empezaron a verse a escondidas, de un día *pa* otro, el régimen les arrebató todo a mis abuelos paternos… Como castigo por parir a mi padre…

Respiré hondo recordando lo duro que había sido crecer sin un padre. Sin esa figura necesaria en la vida de cualquier niño. Sabiendo que tu padre está luchando por poder reencontraros algún día. Isa acarició mi brazo reconfortándome.

—Entonces… ¿tus papás?

—Pues… —Rasqué mi barbilla sumergiéndome en los recuerdos—. Mi abuelo materno repudió a su única hija. Sabía que mi madre no iba a dejar de ver a mi padre por más que se lo prohibiera. Así que mi madre abandonó una vida cómoda y llena de lujos, para vivir humildemente y casarse en secreto…

Hice una breve pausa para tragar el nudo que oprimía mi garganta al recordar el día que mi padre tuvo que marcharse.

—Luego… Mi papá tuvo que abandonar la isla, para evitar que lo encarcelaran… —Alcé las cejas involuntariamente—. Y para que nos dejaran vivir en paz… Emigró a Miami como muchos otros cubanos…

Me quedé mirando a la nada pensativo, sintiendo los dedos de Isabella acariciar mi brazo con cariño.

—Y… a mi mamá le toco ser mamá y papá a la misma vez… —Volví a mirarla—. De un nene de cinco o seis años y una nena de tres…

Exhalé lentamente al recordar la tremenda ausencia de mi padre en mi niñez.

—¿Cómo pudo hacerle eso tu abuelo a tu mamá? —Su voz sonaba indignada de escuchar aquella historia.

—Porque esa ya no era su hija…

—Pero eráis sus nietos… Y unos críos cuando se marchó…

Alcé de nuevo los hombros suspirando al ser incapaz de explicarle el porqué del comportamiento de aquel hombre.

—¿Por qué no os marchasteis con él? —Isa preguntó intrigada.

—Porque los niños somos propiedad del gobierno… Tú te puedes marchar cuando quieras, si no te pillan, claro está… Pero tus hijos son el motivo por el que tarde o temprano terminas volviendo. Es la forma de seguir preso del sistema, aunque estés lejos… —Suspiré frunciendo el ceño.

—Qué horrible… Y qué injusto —murmuró indignada—. Y… ¿tu mamá y tu hermana se quedaron allí?

—Las sacamos de allí… —Asentí volviendo a respirar profundo—. Al salir de la isla, fui donde mi papá… Y bueno, ahí entre los dos ahorramos el dinero para poder traerlas a Miami. —Le dediqué una breve sonrisa al mirarla de nuevo—. No pudieron volver a su hogar hasta después de muertos… Y pagando un buen dinero para que nos dejaran enterrarlos en casa. —Lamí mis labios recordando la horrible etapa que había vivido en Cuba—. Luego, una vez allí, vino el COVID y… el resto es historia vieja como se dice. —Sonreí volviendo a mirarla.

—Tus padres debieron de quererse muchísimo… —Su voz sonaba melancólica—. Para sacrificarse así el uno por el otro.

—Como el primer día, hasta el último de sus días. —Tragué saliva al sentir la emoción por volver a hablar de ellos, con ella—. Es más, estoy casi convencido de que, si mi padre no hubiera muerto, mi madre hubiera seguido luchando hasta el final, pero… —Alcé los hombros—. Ella decía que para qué seguir luchando cuando su compañero ya la esperaba en otra parte para volver a estar juntos…

Suspiré agachando la mirada tratando de desaparecer aquella sensación de tristeza de mi mente.

—Murió justo al mes de mi padre… Eso fue lo máximo que estuvieron separados desde que volvieron a juntarse…

—Qué hermoso tiene que ser te quieran así… —Su voz sonaba con algo de tristeza.

—El amor que mis padres se tuvieron fue algo único, pero no fue hermoso… No encuentro belleza en vivir lejos de la persona que amas.

La mirada de Isabella se clavó en mis ojos tras recorrerme con los ojos.

—Y… ¿Qué debe tener el amor para ti para que lo consideres bello?

Vi en sus ojos cómo aquella pregunta era personal. Respiré profundamente de una forma lenta, pensando en aquella pregunta.

—Bueno… para mí, el amor debe nacer desde la admiración y el respeto… Tiene que empujarte a hacer cosas que jamás harías por nadie más, a arriesgarlo todo por esa persona. A querer mejorar para seguir

mereciéndola cada día… Un amor que te haga sentirte extraordinario, que… a pesar de los problemas la sigas eligiendo porque tu zona segura siga siendo a su lado. Alguien que aun teniendo la forma de destruirte ni siquiera baraje esa opción…

Volví a mirarla al sentir su mirada clavada sobre mí, observando sus mejillas aún rosadas, sus labios hinchados humedecerse lentamente mientras sus ojos me miraban de forma especial.

—Eso sí que me parece el acto más puro de amor que existe. No lastimar a la otra persona aun sabiendo cómo hacerlo… A veces se ve más amor en la forma en la que te vas de la vida de las personas, que de la manera en la que entras, porque conquistar o decir cosas bonitas sabemos todos, pero… Irte sin hacer daño… Eso es sí es amar de verdad.

Sus ojos me observaban sin parpadear, seguramente pensando que qué intensidad la mía. Su cabeza se movió asintiendo sutilmente a la misma vez que su boca volvía a humedecer sus labios.

—¿Tú te haces una idea de lo difícil que es…?

—Dejarte sin palabras… —dije viendo cómo alzaba sus cejas asintiendo mientras reía.

—Justo —respondió rauda y veloz entre carcajadas.

Sus ojos volvieron a mirarme tratando de esconder aquella sonrisa de los labios mordiéndolos.

—Y… ¿Alguna vez has sentido eso por alguien?

Mi cuerpo suspiró al escucharla preguntarme aquello, obligándome a tragarme el impulso de responderle que la persona que me provocaba todas aquellas cosas era la misma que me había formulado aquella pregunta. Lo último que quería era asustarla, sobre todo ahora que apenas estábamos empezando.

—Puede ser… —Desvié la mirada volviendo a respirar hondo—. ¿Y tú?

—Creía que sí —respondió con tristeza—. Pero… ahora, viéndolo con algo de perspectiva, no sé… Yo sí arriesgué y lo di todo… —Sus cejas se alzaron involuntariamente evitando mencionar su nombre—. Pero… Él ni

siquiera supo irse sin hacer daño, así que posiblemente la única que amó intensamente fui yo y quizás es fue mi problema.

—El problema desde el principio fue él, que tuvo que hacerte sentir insignificante para que no te dieras cuenta de que merecías a alguien mejor… Ni tu forma de querer ni tú tenéis la culpa de nada. —Vi cómo sus ojos reflejaban un pequeño brillo al mirarme.

Su cuerpo se inclinó hacia mí, colocando una de sus manos sobre mi mejilla para besarme, disfrutando de nuevo del roce de sus labios deslizándose sobre los míos y de sus dedos acariciando mi mejilla.

—Por favor, no me hagas daño… —suplicó entre mis labios al separar nuestras bocas.

Al escucharla decir aquello se me paró el corazón. Me dolía escucharla suplicando que no volvieran a partirle el corazón. Me alejé lo suficiente para que pudiera verme bien a los ojos al agarrar entre mis manos su cara.

—Jamás te haría daño…—respondí mirándola a los ojos—. Primero, porque tu hermano se haría una corbata con mis tripas… —Sonreí al verla reírse.

—Pues serías una corbata preciosa —respondió burlándose.

—Rojo pasión —añadí sonriendo.

—Y segundo… —dijo esperando la otra parte de la frase mordiendo sus labios.

—Tienes un brillo especial que hace que me quiera quedar… Y no podría perdonarme jamás saber que vuelves a perderlo y es por mi culpa.

Volvió a buscar mis labios, saboreándonos sin más prisa que la de volver a sentirnos el uno al otro, dejando paso a nuestras manos para acariciarnos de nuevo y deshaciéndonos de cualquier cosa que se interpusiera entre nuestros cuerpos. Podría hacerle el amor decenas de veces que jamás lograría cansarme. Me moría de ganas de quedarme toda la vida enredado en su pelo, sintiendo esa electricidad que recorría mi cuerpo cada vez que estaba con ella. Su cuerpo exhausto se acurrucó junto al mío, mientras nos cubríamos con el nórdico para descansar. Respiré el olor de su cabello

sintiendo una inmensa sensación de paz, acomodándome entre sus brazos que me abrazaban con fuerza. Con ella se me olvidaba que las horas pasaban. Olvidaba el dolor. Isabella era como el faro que aparece anunciando tierra firme después de una tormenta. Llevaba tanto tiempo deseando que algo así se diera, que iba a pelear por esto con uñas y dientes.

Capítulo 8

Jamás creí que la presencia de Rubén en mi vida fuera a devolverme la fe, enseñándome que la vida era perfecta así con sus defectos y sus errores. A pesar de estar siempre en un segundo plano, su mirada siempre atenta a lo que me pasara, me calmaba y me hacía sentir en paz cada vez que nos buscábamos entre la gente. Por no hablar de lo que provocaba en mí el olor de su pelo y de su piel. Ambos habíamos acordado dejar que las cosas fueran dándose sin prisas, sobre todo porque aún seguía casada. Otra de las condiciones que le puse a Rubén fue que, mientras Violeta estuviera conmigo, mi prioridad era ella, cosa que él aceptó sin problema. Es más, su relación con ella había cambiado. Rubén trataba a Violeta con el cariño que Marc quizás nunca le había dado. Era triste ver que el padre de mi pequeña prefería pasearse por las calles de París con su nueva novia, mientras ella creaba vínculos con alguien que no tenía obligación, pero se dejaba la piel en hacerlo.

Marc por otro lado estaba demorando lo máximo posible el acuerdo antes de la firma del divorcio. Al ver mi completa indiferencia hacia él, seguía buscando formas de continuar haciéndome daño, esta vez poniendo requisitos y condiciones absurdas que solo aumentaban aún más mi decepción hacia él.

Rubén en cambio, iba ganándose día a día cada uno de mis pensamientos. Y es que, aparte de mi amigo, confidente, también era mi medico de urgencia cada vez que le consultaba dudas sobre cualquier cosa de mi papá. Estaba logrando que volviera a gustarme lo que veía al otro lado del espejo. Estaba volviendo a reconocerme en mi reflejo. Había vuelto a comer equilibradamente, a hacer deporte de forma sana. Tenía ganas de escribir, de componer, de hacer música, de trabajar. Tenía ganas de reírme de nuevo. Y el sexo con él era maravilloso, simplemente asombroso. No tenía que rogar o mendigar cariño. Solo con mirarlo, él estaba dispuesto a complacer cada una de mis necesidades.

Y esta aparente felicidad y calma también me aterraban. Me daba pánico volver a caer en lo mismo. Ese pensamiento de que quizás pudieran volver a hacerme daño aparecía con frecuencia en la soledad de mi cuarto las noches que no dormía con él. Me paralizaba pensar que en cualquier momento sucedería algo que volviera a romperme. No quería volver a sentir aquel dolor físico de creer tener un inmenso agujero en el pecho que aspiraba todo lo que encontraba a su paso. Se que no existían motivos para que eso volviera a pasar, pero el miedo seguía ahí.

El sábado 2 de febrero, después de casi cinco horas de reunión, los abogados de Marc aceptaron aquel acuerdo de divorcio tras haber peleado cláusula por cláusula y punto por punto. Aquella noche, al salir de la oficina de mi equipo legal en compañía de mi hermano, un séquito de periodistas esperaba junto con curiosos, tomar la fotografía que siguiera alimentando la morbosa curiosidad de la gente. Salí de aquellas enormes puertas barrocas de edificios antiguos remodelados, con unas enormes y oscuras gafas de sol para que ningún periodista de los que había allí se diera cuenta de que había derramado las últimas lágrimas llenas de rabia, nostalgia y dolor por el que iba a dejar de ser mi marido en unos días. Mi hermano pasó primero abriéndonos camino hasta donde estaba el coche esperándonos. Mientras escuchaba todas aquellas preguntas y algún que otro grito dándome ánimos por parte de gente que seguía mi carrera, mi cabeza revivía cada momento feliz que había vivido con Marc. Doce años que se habían resumido en cinco horas de una ardua batalla por defender lo que era mío de sus manos ambiciosas. Aunque lo único que me interesaba era poder llevarme a mi hija de aquí para empezar una nueva vida. Ese era el único papel que a mí me importaba, el de la custodia. A mi pesar, aún me quedaba ratificar nuestras firmas frente a un juez. Mi equipo legal me había prometido que la firma en el juzgado sería a horas diferentes para no tener que cruzarnos siquiera por los pasillos, así podía ahorrarme el dolor de volver a verlo. Al entrar por fin al coche tras despedirme con una breve sonrisa y un leve gesto, suspiré al sentir la puerta cerrarse tras de mí. El peso de mi pecho no me dejaba respirar mientras el interior de mi furgoneta se iluminaba por los flashes de

las cámaras pegadas sobre el cristal. Al movernos para salir de allí, retiré mis gafas de sol para poder ver algo entre aquella oscuridad. Mis ojos se pararon a leer el mensaje de Rubén por encima de todos los demás robándome una discreta sonrisa al leer sus palabras de ánimo como siempre.

Como el ave fénix que has sido siempre y sigues siendo…

Resurgirás de tus cenizas para convertirte en el diamante más hermoso que nunca nadie haya visto…

Sé que no me dejas decírtelo… pero quiero recordártelo hoy.

Te quiero, guapa.

Era incapaz de ocultar aquella sonrisa tonta al leer sus palabras, escapándose de mis labios un suspiro mientras avanzábamos por las ajetreadas calles de aquella ciudad que me había quitado y dado tanto. Mirando por la ventana, escuchaba de fondo a mi hermano hablando por teléfono con su mujer. María había invitado a Violeta a pasar la noche allí con ella por si la reunión se alargaba más de la cuenta, así que esta noche me tocaría estar sola con mis recuerdos, ya que a Rubén le tocaba guardia. Después de su baja por el accidente, tenía que hacer méritos para que Susana no lo matara como él decía siempre. Al llegar por fin lejos de los focos, entramos por atrás a la que pronto dejaría de ser mi casa para convertirse en el nido de amor de mi futuro exmarido con mi reemplazo. Al parar, suspiré tras mirar por la ventana antes de salir a cámara lenta.

—Ey, ¿quieres que me quede un rato?

—¿Dónde? —pregunté caminando lentamente hasta la puerta.

—Aquí contigo…

—No, vete tranquilo… Estoy bien. —Acaricié su brazo antes de buscar las llaves dentro de mi bolso.

—¿Segura? —insistió mirándome.

—Segurísima… Además, tenía pensado encerrarme en el estudio un rato.

—Bueno… Pero al menos me invitarás a una copa, ¿no? —Me dedicó una sonrisa alzando sus cejas para que abriera la puerta—. Esto tenemos que celebrarlo.

—Sacaré uno de los buenos —respondí mientras abría la puerta para que pasara.

Agustín pasó riéndose, colocando su brazo sobre mis hombros tras cerrar la puerta, para dirigirnos juntos a la cocina, soltando las cosas a medida que iba encontrando hueco, quedándome únicamente con mi teléfono. Mientras mi hermano agarraba las copas, fui a la bodega en busca de un buen vino para «celebrar» que después de varios meses de lucha, había conseguido comprar mi libertad a cambio de cederle esta casa que habíamos construido juntos. Caminé entre aquellas paredes de piedra, acariciándolas a mi paso. Recorrí con nostalgia aquella bodega que fue el capricho que quise darle a Marc cuando hicimos la casa, pensando en aquel entonces que todos estos cimientos serían el hogar de nuestra familia. Me acerqué hasta la enorme pared frontal, donde se encontraban las botellas de vino intercaladas con vidrios pintados como si fuera un tapiz. Busqué entre todas aquellas botellas mi vino blanco preferido para disfrutar de aquel espumoso junto a mi hermano. Nada más subir, Agustín me esperaba sentado junto a Yaris, que seguramente había aparecido para ver si necesitábamos algo.

—Buenas noches, Yaris, ¿qué haces por aquí?

—Buenas noches, me asomé porque los escuché hablar y quería ver si necesitaban algo.

—Yo le he dicho que se quede a celebrar con nosotros —añadió mi hermano ofreciéndole el asiento a su lado.

—¡Claro! Siéntate… —le ofrecí el mismo asiento con la mano antes de ir en busca de otra copa.

—No, señora… —negó apurada al verme acercarle la copa.

—Aprovecha que ha sacado el vino bueno —mi hermano bromeó acercando las copas mientras abría la botella con una breve sonrisa.

—Mucho menos entonces —respondió nerviosa—. Además no estoy acostumbrada a tomar…

—Si no quieres tomar, al menos acompáñanos a celebrar. Marc por fin aceptó firmarme el divorcio —dije acercándole su copa.

—¿Aceptó al fin? —preguntó agarrando la copa.

Suspiré asintiendo mientras le acercaba su copa a mi hermano, alzando la mía después mientras miles de recuerdos invadían mi pensamiento. Vi los ojos de mi hermano mirarme con orgullo. Me sentía hipócrita al ocultarle que estaba teniendo la relación más sana y el mejor sexo de mi vida con su amigo. No me gustaban los secretos, por eso deseaba firmar de una vez por todas para poder contarle a mi círculo cercano lo que pasaba entre Rubén y yo, aunque tontos no eran y veían la incontrolable reacción de mi cuerpo cada vez que aparecía. Los miré a ambos con una leve sonrisa antes de fijar la mirada en aquella copa.

—Por los nuevos comienzos… —dije con mi copa alzada—. Y como dice siempre papá…

—Bebamos para que el diablo no nos encuentre ociosos.

Agustín pronunció junto a mí aquellas últimas palabras, dedicándonos una sonrisa antes de darle un sorbo a nuestras copas. Los tres saboreamos en silencio aquel sabor afrutado que dejaba aquel vino en el paladar. Mi mirada se quedó perdida en aquel vino dejando pequeñas marcas al girarlo suavemente, recordando con cariño los viajes que había hecho con Marc, visitando licorerías para comprar bebidas típicas de cada país. Su recuerdo aún dolía. No como al principio, pero seguía siendo un dolor que me dejaba con sentimientos contradictorios. Quería que pasara el tiempo rápido, pero también tenía miedo de que el recuerdo de Marc se convirtiera en un vago recuerdo borroso después de haber sido mi todo. Rubén me estaba ayudando a tratar de recordar solo lo bueno. Al final, él tenía razón al recordarme cada vez que me invadían sentimientos negativos, que Marc sin saberlo, me había hecho el mejor regalo del mundo. Mi hija. Solo por eso, tenía que curarme de lo malo para agradecerle lo bueno. Después del brindis, le contamos por encima a Yaris cómo había ido la reunión, antes de

que ambos se fueran, quedándome de nuevo sola entre esas inmensas paredes llenas de recuerdos, pero sobre todo de ausencias. Me escondí en mi lugar seguro para aprovechar todos esos sentimientos que fluían dentro de mí. Trabajé escribiendo hasta medianoche, cuando sentí mis párpados empezando a pesarme. Me dirigí a mi habitación intercambiando mensajes con Rubén, sacándome una sonrisa idiota al mirar la pantalla e imaginarlo con su uniforme azul, sentado en cualquier sala de descanso con su sonrisa bajo la barba, con sus manos que se habían vuelto mis mejores amigas, tecleando puras tonterías solo para hacerme reír. Al llegar a mi dormitorio, me di una ducha antes de esconderme bajo aquel frío nórdico, sintiendo la inmensidad del vacío de aquella cama. Suspiré dirigiendo la mirada a la mesita de noche donde aún se encontraba la botella que me regaló Rubén. Sonreí abriendo aquella mesita cogiendo fuerzas para sacar esta vez la foto que había guardado de Marc y mía besándonos en alguna playa. Ni siquiera recordaba el lugar, ni la sensación de sus labios sobre mi piel. Solo veía cómo sus labios besaban mi mejilla en aquella foto. Solo podía sentir lástima de la Isabella del pasado disfrutando ajena a todo lo que estaba por venirle encima.

El sonido de unos dedos golpeando la puerta de mi habitación me hicieron alzar la cabeza, incorporándome ante el atrevimiento de ver cómo aquella puerta se abría. Unos dedos aparecieron tras la puerta provocando que mi corazón latiera desbocado al ver la muñeca de Rubén adornada con el reloj de su padre.

—¿Se puede? —Sus ojos aparecieron tras la puerta acompañados como siempre de su sonrisa.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté esbozando la más sincera de las sonrisas mientras me incorporaba de aquella cama.

—Si te pillo mal puedo irme… —dijo burlándose mientras señalaba.

Ambos sabíamos perfectamente que no iba a irse para ningún lado. Extendí los brazos reclamando que acortara aquella distancia que había entre ambos. Con aquella sonrisa que solo me incitaba a seguir pecando con él, se acercó rápidamente hasta mí para rodear mi cuerpo y estrecharme

entre sus brazos. Los dos nos fundimos en un profundo y necesario abrazo de estos que te sostienen el alma. Mis ojos se cerraron al respirar su perfume con toques de incienso que me calmaba y me enloquecía a partes iguales. Sus manos acariciaron mi espalda lentamente mientras sentía su respiración sobre mi cabeza. Sonreí abrazándome con fuerza a su cuerpo. A pesar de todo, estaba totalmente agradecida con Dios y con la vida por ponérmelo en mi camino. Al cabo de unos segundos nos separamos, dejando que sus manos acariciaran mi rostro antes de regalarme un tierno beso.

—Gracias por venir —susurré sobre sus labios al separarnos.

—Poco me conoces si pensabas que no iba a estar contigo en un día como hoy —dijo con su sonrisa antes de regalarme otro beso.

—Bueno… en mi defensa diré que te hacía trabajando…

Coloqué mis manos alrededor de su cintura, acariciando su espalda bajo la ropa. Rubén sonrió desviando sus hermosos ojos verdes a nuestro alrededor.

—Le he pagado a un compañero para que me cubra —confesó riéndose.

—¡Rubén! —le regañé—. Al final te echarán por mi culpa…

—Bueno… Si es por estar aquí contigo merecerá la pena —respondió dedicándome una breve sonrisa.

Suspiré para aliviar a mi cuerpo de todo lo que este hombre me hacía sentir mientras lo contemplaba en silencio. Aún traía puesta su cazadera negra de cuero sobre su uniforme azul del hospital. Sus manos acariciaron mis mejillas provocando que involuntariamente mis ojos se cerraran disfrutando de aquella caricia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó buscando mi mirada.

Inhalé tras abrí de nuevo los ojos, alzando levemente los hombros tratando de encontrar las palabras que pudieran describir cómo me sentía.

—Te confieso que me siento aliviada, pero… Tengo como una mezcla de emociones agarradas aquí en el alma. —Desvié levemente la mirada— Yo lo amaba con toda el alma…

—Lo sé… —Sus nudillos seguían acariciando mis mejillas con cariño y sin descanso.

—Para mí si era una relación que quería que durara toda la vida… En cambio, él se acostaba cada noche a mi lado, prometiéndome que nada de lo que decían era verdad, después de cansarse de estar con ella…

Rubén me miraba en silencio, escuchándome. Suspiré al sentir cómo la sensación de vulnerabilidad por estar en sus brazos comenzaba a pasarme factura, haciendo que mi voz se quebrara al recordar todas las veces que me había mentido diciéndome que iría de viaje de negocios para seguramente estar con ella. Cómo fue capaz de dejarme en Cartagena sola la primera vez que ingresaron a mi padre para él poder estar aquí, con ella. Había tenido que perdonarle tanto para que funcionara.

—Nunca pensé… —Resoplé alzando la mirada para evitar que mis lágrimas se derramaran— … que me dolería tanto firmar un papel. Di tanto por él, Rubén…

Mi respiración comenzaba a entrecortarse y mis ojos eran incapaces de mirarlo. Me sentía avergonzada por hablar de Marc frente a él.

—Sacrifiqué tanto para que esto funcionara… Me volví sorda a todos los comentarios de gente que me advertía, me peleé con tantas personas por defenderlo… Luché tanto, tanto, tanto para tratar de retenerlo a mi lado… que terminé perdiéndome a mí misma y perdiendo hasta mi propia dignidad.

Pasé mis dedos por el contorno de mis ojos limpiando las últimas lágrimas que quería derramar por él.

—¿Sabes…? —Respiré hondo antes de poder continuar—. A veces me quedaba mirando el teléfono y pensaba… «si me llamara y me lo pidiera, volvería a dejar todo por él».

Los ojos de Rubén me miraron fijamente. Me contemplaban sin hacerme sentir juzgada por confesar mis momentos de debilidad. Solo me miraban con atención, escuchando cada palabra.

—Nadie podría juzgarte si lo hubieras hecho… o si lo hicieras ahora. —

Rubén susurró alzando mi rostro entre sus manos que me abrazaban para que lo mirara a los ojos.

—Mi hermano me mataría…

—Agustín por suerte no ha tenido que vivir algo similar, así que no tendría derecho a juzgarte…

—¿Y tú? —pregunté tragando el nudo que me oprimía—. ¿Me juzgarías?

—No… —murmuró negando con su cabeza, escondiendo sus manos entre mi cabello—. No te niego que me dolería… y hasta me enfadaría, pero no te juzgaría…

Suspiré tragando los nudos que seguían aprisionando mi garganta y mi pecho. Sus dedos continuaban acariciando mis mejillas con cariño, haciéndome ver que estaba ahí.

—Por ese amor que le tuviste, o le sigues teniendo… debes quedarte con esos recuerdos —dijo señalando levemente con la mirada la foto sobre mi cama antes de volver a mirarme.

Giré la cabeza buscando qué era lo que había visto, dándome cuenta de que había dejado a la vista aquella fotografía de Marc besando mi mejilla. Cerré los ojos al verla allí tirada sobre la cama mentalizándome de que muy posiblemente ese tonto descuido me traería problemas. Suspiré antes de volver a mirarle a los ojos, encontrándome con su mirada cariñosa y sus dedos aún acariciando mis mejillas con cariño.

—Lo siento… —me salió del alma disculparme esperando que la riña no fuera muy grande.

—¿Qué cosa? —Sus cejas se arrugaron mirándome.

Miré de nuevo aquel portarretratos sobre mi cama sintiendo cómo sus dedos giraban mi rostro de nuevo hacia él.

—Es el padre de tu hija… —dijo alzando sus hombros restándole importancia—. Y soltar es un proceso, es normal que sientas ganas de mirar fotos o releer mensajes… Me guste más o menos, Marc seguirá siendo parte de tu vida.

—Pero… ¿Tú eres real o… alguien va retransmitiéndote lo que tienes que decir?

Sonrió buscándose el pinganillo en las orejas antes de alzar sus hombros mientras negaba con la cabeza.

—Se ve que me lo implantaron mientras dormía —dijo burlándose.

Sonreí como una tonta enamorada antes de besar sus labios, sintiendo sus brazos rodear mi cintura devolviéndome el beso con las mismas ganas que las mías. Después de varios besos tontos, le pedí que ejerciera de amigo aquella noche. Necesitaba sentir sus brazos protegiéndome. Contemplé embelesada cómo se quitaba su cazadora, dejándola perfectamente doblada sobre una de las sillas de mi dormitorio antes de meterse en la cama. Al volver a girarme, me topé de nuevo con aquella foto. Rubén me dedicó una leve sonrisa ofreciéndome su mano para que se la diera, guardándola en el primer cajón de la mesita que había pertenecido a Marc. Su sonrisa junto con sus brazos fue lo último que vi antes de acurrucarme a su cuerpo, cerrando los ojos al sentir los melódicos latidos de su pecho calmando mi ansiedad con su tierno beso sobre mi cabeza. Últimamente solo sentía que respiraba entre sus brazos. Y eso me asustaba. A la mañana siguiente el sonido de su alarma nos obligó a despertarnos, separando su cuerpo del mío al levantarse aún sonámbulo hasta su chaqueta para sacar el teléfono de su bolsillo. Suspiró apagando la alarma antes de dejarse caer a mi lado de nuevo en la cama gruñendo por haberse tenido que levantar. Su cuerpo cayó con cuidado encima de mí, dándome la oportunidad de abrazar con mis cortos brazos su enorme espalda. Cerré de nuevo los ojos al colocar mi cabeza sobre la suya acariciando su pelo.

—¿Ya te tienes que ir? —pregunté en voz baja regalándole un rápido beso en su cabeza despeinada. Rubén volvió a gruñir como respuesta para luego suspirar sobre mi pecho.

—Aún me quedan un par de horas… —respondió al fin al incorporar su cuerpo para frotar su rostro.

—¿Entonces pones el despertador a las seis solo para torturarme? —pregunté pasando mis dedos sobre mis ojos para tratar de abrirlos.

—También puedo compensarte por haberte despertado… —dijo sonriendo, acomodándose sobre mi cuerpo regalándome leves besos sobre mi cuello.

—¿Y cómo tenías en mente compensarme? —pregunté de forma coqueta viendo alzar su cabeza para mirarme sonriente.

—Se me ocurren muchas formas, pero… tengo una en mente ahora mismo.

Escondí mis manos entre su pelo sin evitar sonreír al sentir las cosquillas que me provocaban sus labios. Sus labios dejaron de besarme para poder mirarme esperando mi respuesta. La magnitud de la sonrisa que se dibujaba en mi rostro aun soñolienta fue mi respuesta antes de besarlo. Sus manos que me habían servido de abrigo esta noche, ahora se daban prisa en desnudarse a la misma vez que yo también me quitaba la ropa para esconder nuestros cuerpos bajo las sábanas. Entre sonrisas llenas de complicidad, nuestras bocas volvían comerse con las mismas ganas de la primera vez en su piso. Me encantaba la manera en la que sus manos me acariciaban sin descanso. Cómo sus labios recorrían mi piel encendiendo un profundo cosquilleo dentro de mi vientre que electrificaba todo mi cuerpo, erizando cada milímetro de mi piel. Estaba redescubriendo el sexo con él, me hacía sentir deslumbrante bajo ese brillo que tenía en sus ojos cada vez que me miraba. Me dejaba tocar, disfrutar, tanto con su cuerpo como con el mío. Me encendía con solo tocarme. Sanaba mis heridas mientras me hacía suspirar su nombre entre los gemidos que se escapaban de mi garganta. Y lo que más me gustaba aparte de hacer el amor con él, era cómo sus brazos y su cuerpo siempre me abrazaban al terminar, acariciando con sus dedos los restos de sus besos sobre mi piel, haciéndome sentir que aquello era más que el mejor sexo que había tenido en mi vida. No podía ser así de especial con todas, aunque mi inseguridad me repetía que Marc también me había hecho ver que era la única en su vida. Mis dedos acariciaron el vello sobre su pecho mientras mi corazón se sincronizaba con sus acelerados latidos. Su caja torácica comenzó a vibrar al empezar a tararear una melodía. Moví la cabeza sobre su pecho para verlo.

—¿Qué tarareas? —pregunté acomodando mi pelo despeinado.

—Una canción que escuché anoche al venir y no sale de mi cabeza.

—¿Qué canción es? —pregunté con una sonrisa aún recostada sobre su pecho, pasando mis dedos despreocupados sobre el nacimiento de su barba en el cuello.

—*Baby me dao cuenta que te amo, que no sé lo que hago sin ti… Nananana, pero me prefiere a mí, a mí a mí…*

No pude hacer otra cosa más que sonreír al escucharle tararear aquellas líneas que me hacía sentirlas tan personal mientras veía cómo movía ese inmenso cuerpo si lo comparabas con el mío. Mi mirada se quedó fija en su sonrisa al terminar de cantar aquello.

—Menos mal que me hice médico y no cantante… —añadió riéndose.

—Yo creo que con unas clases particulares… —dije burlándome.

—¿Sí, verdad?

—Sobre todo, la parte del «nananana» —seguí burlándome de él contemplando su sonrisa—. Tu entonación ha sido… emocionante.

—Es que mis padres me hicieron guapo… pero con la afinación de una cabra —dijo mirándome con aquella mirada y aquella sonrisa de medio lado que me cortaba la respiración.

—¿Y de quién es esa canción que has cantado con la afinación de una cabra? —Me reí acomodándome sobre su pecho para vernos de frente.

—De Rels B —respondió riéndose.

—¿Quién?

Rubén alzó sus cejas mirándome sorprendido.

—Isabella Chadid, ¿dónde ha quedado su cultura musical?

—Al lado de tu afinación —respondí divertida saboreando mis labios al verle a él mojar los suyos mientras se reía.

—Pásame mi teléfono anda, voy a enseñarte el maravilloso mundo del…

—No digas reggaetón, por favor —le señalé sujetando la sábana al incorporarme.

—Afrobeat —recalcó con una sonrisa—. Y te recuerdo que tienes varias canciones de reggaetón.

—Porque experimento con todos los géneros que me da la gana… Pero no es un género que me encante.

Arrugué la frente haciéndome la digna tras su sonrisa antes de alcanzarle el teléfono que había colocado sobre mi mesita de noche para ver cómo sus ágiles dedos buscaban aquella canción para enseñármela. Aquellas notas empezaron a salir del altavoz de su teléfono, con un ritmo pegadizo, caribeño que incitaba a bailar. Rápidamente mi cabeza comenzó a moverse levemente al ritmo de aquella melodía, al igual que el resto de mi cuerpo. Era buena, mi cuerpo nunca mentía.

—Mola ¿verdad? —dijo feliz de verme seguir el ritmo—. *Ella es como una hechicera, me ha robado el corazón para que a ninguna quiera… Dice que tiene el corazón roto, por eso no me quiere…*

Volvió a cantarme siguiendo el ritmo, provocando de nuevo la sonrisa en mis labios al escucharlo. Viéndolo disfrutar de esa canción, mi cabeza no podía evitar pensar si le gustaba porque se sentía identificado con la letra o simplemente porque el ritmo era pegadizo. El caso es que por más que trataba de concentrarme en otra cosa, no podía apartar la mirada de sus manos siguiendo el ritmo después de soltar el teléfono sobre su pecho. De cómo cerraba los ojos sintiendo aquella melodía, dibujando unas leves arrugas al presionarlos. Cómo en su barba a contraluz se apreciaban algunos pequeños pelos más largos que otros. La longitud de sus pestañas o cómo su nariz se arrugaba al sonreír tras morder sus labios. Estaba tan absorta en analizar cada pequeño detalle de su cuerpo con aquella melodía de fondo que ni cuenta me di de que la canción había terminado. Su cuerpo se incorporó al ver que me había quedado en silencio. Sonreí tragando saliva, aceptándome a mí misma que estaba irremediablemente loca por él.

—¿Todo bien? —preguntó preocupado.

—Perfectamente —dije con una sonrisa.

—¿Dónde te fuiste? —preguntó divertido bloqueando su teléfono para prestarme atención—. ¿No te gustó la canción?

—No, sí… Al contrario, me ha encantado.

—Por favor no me digas que te recuerda a Marc… —dijo riéndose nervioso mientras fruncía el ceño.

—¿Tendría algo de malo? —pregunté acariciando mis dientes con la lengua sin apartar los ojos de su cuerpo y de él.

—Sería una putada —dijo lamiendo sus labios—. Porque a mí quien se me vino a la mente al escucharla fuiste tú.

—Pues sí que es una putada —respondí burlándome.

Aproveché que desvió su mirada para acercarme a él, acortando la pequeña distancia que había entre su cuerpo y el mío, colocando mis piernas a cada lado de su cintura para rodear su cuello con mis brazos mientras la sábana caía de mi cuerpo.

—No te preocupes —susurré cerca de sus labios—. A mí me pasa lo mismo cada que escucho *No sirve de nada*.

Sonreí sobre sus labios antes de volver a besarlo para no darle tiempo de procesar aquella confesión. Sentí cómo se reía sin soltar mis labios devolviéndome el beso, subiendo sus manos por mis piernas para abrazar mi cintura. Ambos nos reímos entre besos al escucharle decir que iba a volver a hacerme el amor, aunque eso supusiera llegar tarde a trabajar. Tras cumplir con su palabra y regalarme varios besos susurrándome que no quería irse, Rubén se vistió sin apartar sus ojos de mí. Yo me quedé acurrucada en su almohada para seguir disfrutando de su olor mientras lo observaba vestirse, completamente embelesada. Al terminar de vestirse, se inclinó sobre la cama para volver a besarme antes de irse. Me quedé con la sonrisa puesta bastante rato después de que se fuera. No recordaba la última vez que me sentía así. Envuelta en las sábanas que antes habíamos revuelto y abrazada a su olor. Me quedé mirando a través de la ventana, cómo los rayos de sol golpeaban aún sin fuerza los ventanales cubiertos por aquellas cortinas blancas. Suspiré tras llenar mis pulmones de aire sin perder la semisonrisa de los labios, dejando que pasara el tiempo. Disfrutando por primera vez de aquella soledad. Sintiéndome paradójicamente ahora más completa que antes, cuando creía tenerlo todo.

Cuando decidí abandonar por fin la cama, dejé que los chorros efecto lluvia recorrieran todo mi cuerpo, recordando el tacto de las manos de Rubén por mi piel. Reviviendo la primera vez que soñé con él y lo mucho que la realidad había superado la ficción. Al salir de la ducha, cubrí mi cuerpo con mi albornoz colgado al lado de la ducha, cubriendo mi cabello con otra toalla antes de mirar mi reflejo en el espejo. Sonreí al gustarme lo que veía a pesar de ver el paso de los años sobre mi rostro. Sentía que las pequeñas arrugas pesaban menos, hasta me gustaban. Desenredé mi cabello mientras pensaba que era tiempo de cambiar de look. Me había cansado de aquel color oscuro, quería volver a mi pelo rizado más salvaje, más rubio. Necesitaba dejar atrás a la mujer que Marc quería que fuese. Una mujer discreta, con un cabello que llamara poco la atención, obediente. Mi cabello rizado siempre le había molestado, decía que era algo fácil de reconocer, fuera donde fuera. Era mi seña de identidad. Así que me lo fui oscureciendo, perdiendo poco a poco mi rizo, su forma salvaje. Perdiendo mi identidad. Hasta mi acento había tratado de ocultar para no avergonzarlo frente a sus amigos o su familia. Nadie iba a volver a decirme cómo tenía que comportarme. Me vestí con una camiseta negra básica debajo de una blusa color crema transparente y pantalones *oversized*. Salí de mi dormitorio con algo de corrector para las ojeras y pellizcando mis mejillas para ponerme mejor color en el rostro mientras bajaba las escaleras. Al bajar, llamé a mi hermano para avisarle de que iría a desayunar con ellos.

Decidí que saldría por la puerta principal, me había cansado de esconderme. Yo no era quien tenía que sentirse avergonzada. Nada más abrirse la puerta, el clic de las cámaras comenzaron a sonar mientras me llamaban antes de soltar las mismas preguntas una y otra vez. Sobre todo, ahora que se dedicaban a analizar palabra por palabra de la canción que había publicado. Después de alzar mi mano amablemente saludándolos, coloqué mis gafas de sol mientras salía con cuidado para incorporarme a la carretera. Sonreí al dejarlos atrás pidiéndole a mi asistente de voz que reprodujera la canción que Rubén me había puesto unas horas antes. Aquella base resonó por todo mi coche al subir el volumen, dándole a mi cabeza los tempos para componer nueva música, dejando el otro hemisferio

libre de fantasear con aquella canción. Mi buen humor no pasó desapercibido al llegar a casa de mi hermano, donde los ojos curiosos tanto de mi hermano como de María no paraban de mirarme queriendo imaginar cuál era el motivo. Me salvó que delante de Violeta estaba prohibido hablar de temas que a ella no le aportaran un nuevo aprendizaje y mi vida amorosa no era tema de cultura.

El temido día de la firma llegó.

Un día antes de mi cumpleaños tenía que ir a firmar para ponerles fin a doce años de relación en menos de tres minutos, tal como me aseguró Gaby. Aquel día todas las cadenas de televisión, tanto nacionales como extranjeras, fueron a cubrir la entrada de ambos al juzgado.

Esa mañana, Rubén, tras una larga guardia, se presentó en casa en calidad de amigo para mostrarme su apoyo. El mero hecho de tenerlo allí, aunque fuese desde la distancia con su leve sonrisa mientras mi hermano hablaba por teléfono, calmaban mi ansiedad al observar el verde esperanza de sus ojos. Aquel día comprendí, tras verlo aparecer, que Dios lo puso en mi camino para compensar todo el daño que me habían hecho anteriormente. Enseñándome cómo se ve el auténtico interés. Rubén se ofreció a llevar a Violeta al colegio al no localizar a Elia, la chica que se encargaba de mi pequeña cuando tenía que ausentarme. Rubén, la misma persona que acababa de salir de un turno de veinticuatro horas, estaba ahí de nuevo haciéndome sencillo lo complicado, resolviendo problemas que a él no le afectaban. Al irse mi hermano a preparar el coche, nuestros cuerpos avanzaron el uno hacia el otro como dos imanes atraídos, fundiéndonos en un abrazo que consiguió recomponerme el alma que estaba hecha pedazos. Su olor a madera, mezclado con incienso y tabaco, calmó mis nervios y la ansiedad que me consumían en aquel momento mientras sus manos acariciaban con cariño y sin descanso mi espalda. Los dos estábamos en silencio en una esquina de la cocina, con el ventanal que daba al patio a nuestras espaldas simplemente abrazándonos. Al escuchar pasos, Rubén me susurró un te quiero que se me quedó tatuado en el alma antes de alejarnos,

dedicándome un clandestino guiño antes de irme con Agustín al juzgado. Al llegar, aparcamos en un sitio discreto esperando que llegara mi hora de firmar. Marc fue el primero en ser citado, acompañado de su novia. Mis ojos no pudieron evitar contemplar ver cómo ambos caminaban agarrados de la mano entre la gente. Sonrientes. Sin ocultarse, como si no hubieran destrozado una familia y mi vida. Sobre todo él, que iba a sacar más del divorcio que todo lo que había sacado estando casado conmigo. La mano de mi hermano me hizo desviar la mirada de aquella provocación innecesaria. Respiré hondo dedicándole una breve sonrisa a mi hermano, recordándome a mí misma que mi historia con él hacía tiempo que estaba acabada. Mis ojos volvieron a alzarse viéndolo agarrar la mano de aquella chica como antes agarraba la mía, comprobando que había ganado en esta lucha de hacernos daño, demostrándome de nuevo al verlo sonreír al lado de aquella chica con rasgos parecidos a mí, que nunca le importé ni se preocupó por mí. Es más, lo veía y no lo reconocía, no encontraba en él al hombre del que alguna vez estuve tan enamorada.

En cuanto cruzaron la puerta del juzgado, respiré hondo mirando nuevamente a mi hermano.

—Vamos… —Acaricié la mano de mi hermano avisándole de que era momento de salir—. Que empiece el espectáculo.

Cogí aire para soltarlo lentamente mientras me colocaba las enormes gafas de sol antes de abrir la puerta para salir con aquel traje color rosa claro que había comprado expresamente para ese día.

Al bajar del coche todas las cámaras que lo habían enfocado a él, corriendo hacia nosotros. Tras agarrarme al brazo de mi hermano, los dos caminamos entre aquella marea de periodistas fotografiando aquel momento hasta verme entrar al juzgado. Al entrar en aquella sala rodeada de abogados de ambas partes, mis dedos agarraron aquel bolígrafo, observando su firma ahí plasmada. Inhalé todo el aire que mis pulmones fueron capaces de sostener, martilleando en silencio aquel bolígrafo antes de firmar para dar por acabada aquella historia.

Ninguno de los dos nos tuvimos que cruzar, aunque me hubiera

encantado terminar aquello de otra forma que no fuera así, sin querer saber nada más el uno del otro. Al volver a salir los periodistas se volcaron únicamente en nosotros, dándole a ellos la posibilidad de salir discretamente por la otra puerta completamente solos. Cuando por fin nos alejamos de todo aquel circo, una leve sonrisa se escapó de mis labios al contemplar aquella ciudad por los cristales tintados. Me sentía como si me hubieran quitado allí una losa pegada a mi espalda. Sentía nostalgia. Dolor por lo que fuimos, tristeza por la manera en la que se habían dado las cosas entre los dos al final, pero había desaparecido ese dolor de verlo con alguien más. Dolía, pero no de la misma forma. Me había cansado de llorar. Agradecí que la casa estuviera vacía para evitar dar explicaciones o tener que ocultar mis emociones. Una vez me quité aquel traje de la venganza, me puse ropa más cómoda y recogí mi cabello antes de entrar en mi estudio poniendo el teléfono en modo no molestar y dejé que fluyeran mis emociones. Tenía hasta bien entrada la tarde para trabajar sin descanso, Violeta me había comentado que quería ir con sus primos a comprarme un regalo de cumpleaños y Rubén imagino que al no dar noticias estaría durmiendo después de su guardia. Las horas pasaron entre anotaciones, tachones, bases nuevas, probando ritmos y estilos para el disco de mi regreso. El tiempo se me pasó volando, cuando quise acordar eran las cinco y aún no había comido. Sabía que Violeta no vendría hasta las siete o más si no se entretenía. Paré para ir a la cocina a por algo de comer. No quería que Rubén me regañara por olvidarme de comer. Vi que había una ensalada preparada metida en la nevera. Eso serviría. El golpe de una puerta a lo lejos captó mi atención. Agarré un tenedor antes de asomarme a la puerta de la cocina mientras abría aquella ensalada.

—¿Gus? —pregunté en voz alta caminando hacia donde se había sentido el golpe.

—¿Yaris? —insistí asomándome—. ¿Hola?

Pinché varias hojas de aquella escarola con algo de salsa césar y un poco de pollo mientras seguía avanzando de camino a encerrarme de nuevo en el estudio. Antes de poder tocar la puerta que daba al patio que se tenía que

cruzar para llegar al estudio, una mano agarró con fuerza mi brazo tirando de mí hacia atrás. Con el corazón encogido busqué rápidamente de quién se trataba, tambaleándome por la sacudida antes de toparme con los ojos de Marc mirándome llenos de rabia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté tratando de que no se notara que estaba aterrada por el sobresalto—. Suéltame…

Le pedí tratando de sacudir mi brazo, buscando que me soltara.

—¿Quién coño te has creído que eres para humillarme así? —Su mano agarró con fuerza mi brazo, apretándolo con sus dedos.

—¿Disculpa? —pregunté sin entender lo que me estaba diciendo.

Marc me zarandeó tirando la ensalada al suelo. Al sentir el bol caer no pude evitar sentir pánico de aquella reacción tan violenta que estaba teniendo. No era la primera vez que me trataba así, pero ahora su rostro y sus ojos estaban fuera de sí. Moví mi cuerpo inútilmente tratando de que su mano me soltara.

—Marc… Me estás haciendo daño, suéltame —le pedí respirando profundamente sin dejar de moverme buscando soltarme.

—No pienso soltarte hasta que me expliques a qué coño ha venido el numerito del juzgado. ¿No te basta con la puta canción esa de mierda que has sacado?

—Estás loco, suéltame —volví a pedirle mirando a mi alrededor—. No sé de qué numerito me hablas.

—¿Loco? —repitió con una sonrisa fingida—. Aquí la única loca eres tú, debería darte vergüenza comportarte así… ¿Qué pretendías? ¿Humillarme? ¿Avergonzarme?

Sus manos sujetaban mis brazos, clavando sus dedos sobre mi piel. Sus ojos me miraron de arriba abajo con desprecio al estamparme contra una pared colocando nuestros brazos como única distancia entre los dos.

—Me estás haciendo daño… —dije en voz baja tratando de controlar el pánico que invadía mi cuerpo, evitando entrar en su juego.

—No eres nadie, no vales una mierda ¿lo sabías? —Sus palabras salían

de su boca tras saborearlas—. Vives amargada porque sabes que jamás volverás a ser como eras antes… Estás vieja —dijo con desprecio apuñalándome con aquellas palabras—. Jamás encontrarás a nadie que soporte tus excentricidades, tus estúpidas bromas. Eres una puta panchita de mierda. María es mucho más mujer de lo que tú has sido y serás jamás…

—Pues lárgate con ella y déjame en paz —dije tragando los nudos que rajaban mi garganta por el pánico.

—Nadie de tu alrededor te soporta, ¿no te das cuenta? Están contigo por interés, porque no existe ningún otro motivo para que alguien pueda fijarse en ti o aguantar tu arrogancia si no es por dinero… Hasta tu madre se murió para no tener que soportarte.

Su cara reflejaba hastío al mirarme, destrozándome por dentro con sus palabras.

—Terminarás sola, porque hasta tu hija algún día se dará cuenta de lo imposible que es vivir a tu lado.

—Como no te largues te juro que gritaré… —le amenacé sabiendo que estábamos solos y los de seguridad jamás me escucharían.

—Hazlo —dijo desafiante.

Sus dedos seguían clavándose sobre mis brazos, al igual que sus palabras apuñalaban heridas que tenía casi cerradas haciéndolas sangrar de nuevo. Sus ojos azules, que tantas veces me habían transmitido paz, ahora me producían pánico al verle mirarme así, como si mi vida no valiera nada. Mi cuerpo luchaba por no temblar y no mostrar debilidad, sobre todo al ver cómo intentaba acercar su boca a la mía.

—¿Te has vuelto loco o qué? —Giré la cabeza rápidamente—.

—¿Qué pasa? ¿Ya no suplicas para que te haga caso?

—Estás loco… ¡Socorro! —grité removiéndome, buscando algo o alguien a mi alrededor que me ayudara.

En ese microsegundo que una de sus manos abandonó mi brazo, creyendo que habría recapacitado. Lo último que pensé era recibir aquel golpe sobre mi mejilla derecha. Sentí sus dedos y su palma golpear mi

mejilla con tanta fuerza que notaba mi piel arder y un incesante pitido en la cabeza. Mi corazón dejo de latir por un instante. Mi oído derecho comenzó a pitar mientras mis ojos se alzaban tratando de entender el porqué. Mi corazón palpitaba tan fuerte que lo escuchaba a pesar del zumbido de mi oído.

—Lo siento…

Susurró acercándose a mí completamente ido, agarrando entre sus manos mis mejillas.

—No me toques —dije con la voz entrecortada tratando de apartarlo con mis brazos.

—Perdóname, perdóname, perdóname… —insistió pegando su frente a la mía con fuerza.

—Vete por favor, no me toques —volvía a suplicarle luchando por no caer en pánico—. Vete…vete, vete

—Esto es por tu culpa —repitió sollozando posiblemente al entrar en pánico—. Tienes la puta manía de sacarme de quicio, me vuelves loco… —Sus dedos sobre mi pelo seguían ejerciendo presión para no separar nuestras frentes—. Siempre me has hecho sentir que no estaba a tu altura…

—Vete por favor…. —susurré en voz baja llorando.

Marc tiró de mi cabello hacia tras obligándome a mirar sus ojos aguados. Exhalé aire al sentir cómo tiraba de mi pelo hacia atrás, viendo cómo mis ojos nerviosos eran incapaces de fijar la vista en ningún otro sitio que no fuera su cara. Sus ojos me observaban completamente idos. Era la primera vez que sentía miedo a su lado. Sobre todo, al oler su aliento a alcohol.

—Cuando te he visto esta mañana con ese traje rosa… —Acercó su nariz a mi cuello—. He recordado lo hermosa y lo mucho que te he deseado siempre —dijo acariciando con sus dedos mi rostro sin soltar mi cabello con su otra mano.

—Por favor vete —volví a pedirle tragando nudos de impotencia—. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte, piensa en Violeta.

Sus ojos volvieron a mirarme. Quería despertar su cordura. Quería que

me soltara y no verlo jamás. No podía dejar de maldecir el momento en el que le dije a mi hermano que se fuera. Sus manos y sus ojos volvieron a acariciar mi rostro provocando en mí un horrible escalofrío. Su mano acariciaba mi cuello con fuerza, estirando mi piel. Sentía asco al notar sus dedos recorrer mi rostro y dolor al tocar por donde me había golpeado. Tras implorarle varias veces que parara, no pude hacer otra cosa más que llorar en silencio. Sus manos me sujetaban la cabeza con fuerza, tratando de besarme. Por más que trataba de resistirme, capturó mis labios violentamente antes de tirarme sobre el sofá. Sofá donde tantas veces nos habíamos acurrucado para ver un partido o una película. Marc estaba dispuesto a tomar por la fuerza lo que tantas veces le había mendigado estando a su lado, sin importar romperme la ropa para alcanzarlo. Con un tremendo zumbido en los oídos y el corazón latiendo tan fuerte que podía sentirlo en la cabeza. Su cuerpo era el doble que el mío y su fuerza me hacía sentir como una hormiga a punto de ser aplastada por un elefante. No podía hacer otra cosa más que resignarme, tratando de transportarme mentalmente a otro lugar. El tacto de sus labios besando mi cuello, hicieron que no pudiera controlar por más tiempo las lágrimas de mis ojos al apretarlo con fuerza. Era la primera vez que lloraba por puro coraje. Ya no había dolor. Era frustración, rabia y coraje de no estar en igualdad de condiciones. Una de las manos de Marc agarró mi cuello obligándome a besarlo. Sus labios sabían a alcohol, besándome con tanta rabia que me hacía daño.

—¿No te gustaría revivir viejos tiempos? —susurró cerca de mi boca obligándome a respirar su aliento que apestaba a alcohol.

—Me haces daño… por favor —supliqué girando la cara para evitar oler su aliento.

Sentía una de sus manos acariciar mi cintura bajo la ropa. Sus dedos luchaban contra el movimiento de mi cuerpo para bajarme los pantalones.

—¡Marc, por favor! Por favor, para… —Abrí mis ojos de par en par esquivando sus labios.

—Esto es por lo que siempre te enfadabas conmigo, ¿no? Porque prefería follarme a otras antes que a ti.

Una de sus manos volvió a apretar mis mejillas con sus dedos.

—Pues voy a complacerte por tu cumpleaños.

Su mano consiguió bajar mis pantalones mientras la otra seguía ejerciendo presión sobre mis mejillas.

—¡No! No, por favor… Por favor, Marc… —supliqué sin poder evitar que mi voz se quebrara, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas—. ¡Ayuda!

Sus manos luchaban contra las mías tratando de desnudarme. Por más que me retorcía, su cuerpo y su metro noventa podían más que toda mi rabia y mi impotencia. Sus manos sujetaron mis muñecas sobre mi cabeza, sacudiéndome antes de clavar sus ojos sobre mí.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto? —preguntó acercando su nariz a mi rostro antes de mirarme de nuevo—. ¿O es porque ahora te estas follando a otro?

Vi sus ojos encenderse de rabia otra vez al obligarme a mirarlo.

—Me estás haciendo daño, Marc —dije al sentir cómo la circulación dejaba de correr por mis muñecas por la presión de su mano.

—Te estás follando a alguien más, ¿es eso verdad?

—Te prometo que no.

—Mientes… —Frunció su ceño.

—Te juro que no, pero suéltame… por favor —supliqué desesperada.

—Estás follándote a otro… —Sus ojos se entrecerraron casi como si se hubiera decepcionado de mí—. Eres una puta… —dijo cerca de mi boca—. ¿Cómo has podido hacerme eso? Te ha faltado tiempo para follarte a otro en nuestra propia cama

—Por favor, Marc… suéltame —susurré luchando por escaparme.

—¡¿Quién es?! ¿A quién te estás follando? —Sentía cómo mis manos comenzaban a dormirse por la presión de sus manos.

—Suéltame… —volví a suplicarle sollozando llena de desesperación—. No estoy con nadie, suéltame por favor…

—¡¿A quién te estas follando?! —preguntó gritándome.

Cerré los ojos al ver cómo su mano soltaba mi mejilla dispuesta a golpearme de nuevo.

—¡SUÉLTALA!

Aquella voz me hizo abrir los ojos rápidamente viendo cómo una fuerza sobrehumana tiraba de Marc hacia atrás para hacerlo caer, resonando en mi cabeza el golpe de su espalda sobre el suelo.

—¡Maldito hijo de puta!

Exhalé tratando de incorporarme dolorida, agarrándome las muñecas. La silueta de Rubén a lo lejos golpeándolo con rabia, me hizo volver en sí. Sentía como si todo pasara a cámara lenta, al contrario de mis pulsaciones aceleradas. Vi cómo Rubén se acercaba a mí tras dejar a Marc retorciéndose en el suelo, sujetándose la cara. Mis manos buscaron desesperadamente su cuerpo para abrazarlo con fuerza sintiendo cómo mi cuerpo temblaba presa de la ansiedad y del pánico. Sus manos me abrazaron protegiéndome, haciéndome sentir que estaba a salvo.

—¿Estás bien?

Se inclinó hacia mi quitándose su chaqueta para colocarla sobre mis hombros desnudos al ver mi ropa rota. Ver sus ojos de nuevo y sentir sus manos frotar mis brazos, me hizo ser capaz de poder volver a respirar, asintiendo para que no se preocupara.

—¿Te ha hecho algo?

Sus manos acariciaron con cuidado mis mejillas limpiando los restos de las lágrimas que no hacía más que salir.

—¿Te ha tocado?

—No… —susurré agarrando su chaqueta entre mis manos para taparme, tratando de cubrir mis mejillas al agachar la cabeza.

Al acariciar mi rostro se dio cuenta del golpe de mi mejilla. Rápidamente nuestros ojos se miraron. Vi cómo su mandíbula se tensaba antes de ver su nariz moverse al respirar lleno de rabia.

—Hijo de puta… —maldijo mirándolo—. Te juro que lo mato.

—¡No! Por favor, no le hagas nada —le pedí buscando sus manos al verlo darse cuenta de mis golpes—. Está borracho…

—Eso no es excusa para golpearte —dijo enfadado tras girarse y verlo retorcerse en el suelo.

—Hazlo por Violeta, por mí…—dije implorándole—. Por favor…

Rubén respiró hondo, mirándome varios segundos besando mi cabeza de forma protectora antes de agacharse para ayudarme a subirme los pantalones. Sus manos volvieron a acariciar mis mejillas al levantarse de mi lado después de besar mi cabeza nuevamente con cariño. Todo el cariño, compresión y protección que me brindaba a mí, se esfumó al agarrar a Marc por el cuello del jersey arrastrándolo por el suelo del salón hasta sacarlo de mi vista. En cuanto Rubén salió del salón, entró Yaris con las manos en la cabeza al ver la ensalada derramada por el suelo y a mí aún sentada sobre el filo del sofá.

—¡Bendito dios! ¿Está bien, señora? —preguntó acercándose a mí cubriendo de nuevo su rostro con sus manos llenas de arrugas.

—Por favor, que Rubén no se meta en problemas por culpa de Marc… —le pedí extendiendo una mano para agarrar la suya.

—Claro que sí, ahora mismo.

Me dio un breve apretón en la mano antes de irse corriendo tras Rubén. Al quedarme a solas, respiré profundamente dejando caer mi cabeza hacia delante. Cerré los ojos con todas mis fuerzas, luchando por vencer la ansiedad que amenazaba con derrumbarme. Me aferré con fuerza a la chaqueta de Rubén que aún cubría mis hombros tratando de esconderme para desaparecer debajo de ella, sintiendo cómo mi corazón se encogía a medida que iban pasando los segundos Cada segundo que pasaba me costaba más respirar profundamente para evitar que todo el dolor, la rabia y el coraje que me invadían, no salieran en forma de aquel llanto silencioso y descontrolado que comenzaba a hacer temblar mi cuerpo. Mis manos apretaban con fuerza aquella chaqueta a la vez que mis ojos no paraban de

derramar lágrimas con cada quejido que salía de mi pecho al tratar de silenciar aquel dolor. No podía sacar de mi cabeza su aliento a alcohol sobre mi piel, su mirada llena de rabia, de asco y odio. Sentía mi cuerpo paralizado al recordar el tacto de su mano golpeando mi piel.

Rubén volvió a aparecer con el botiquín entre sus manos y algo de ropa, soltándola sobre la mesa antes de sentarse a mi lado. Sus ojos me miraron pacientes. Inhalé todo el aire que mis pulmones eran capaces de soportar antes de soltarlo en un profundo suspiro que reflejaba el estado encogido de mi corazón. Al verle, lo abracé con todas mis fuerzas, soltando el dolor y ahogando aquel grito sobre su pecho. Sentía cómo sus brazos me apretaban contra su cuerpo protegiéndome.

—Le he pedido a Yaris que avise a tu hermano para que recoja a Violeta… Así tendremos algo más de tiempo para… disimular tu mejilla y conseguir que te relajes —dijo al separarnos, limpiando con sus dedos mis mejillas.

Asentí suspirando de nuevo viendo todo el desastre que se había formado en el suelo al derramarse la salsa de la ensalada que pretendía comerme antes de que Marc me atacara. Rubén se levantó rápidamente para ponerse a recoger los restos de ensalada del suelo, limpiándolo todo para borrar cualquier resto que pudiera mortificarme. Su presencia me hizo volver de mis pensamientos al sentarse a mi lado con la camisa que le había robado de su armario. Sus manos me quitaron con cuidado la camiseta que traía. Involuntariamente me cubrí con los brazos al sentirme desnuda. Me sentía ultrajada, herida. Rubén me colocó la camisa con cuidado para que no moviera mucho mis amoratados brazos.

—Me siento tan… —Mi respiración aún era entrecortada—. Tan poquita cosa ahora mismo… No sé qué hubiera pasado si tú no… —La voz se me quebró al imaginar todo lo que podría haberme pasado.

—No lo pienses… —dijo zanjando el tema sentándose de nuevo a mi lado, abrochándome los botones de la camisa—. Porque si te hubiera tocado, lo hubiera matado —dijo colocando su mano con cuidado sobre mi mejilla—. Y me hubiera dado igual todas las veces que me hubieras

suplicado que no lo hiciera…

Me quedé en silencio viendo cómo se reflejaba la luz sobre sus ojos mirándome aún preocupado al comprobar mis mejillas tras rozar su piel contra la mía.

—Por suerte solo está algo inflamada, no tienes cortes… Esto puede que te moleste un poco —me explicó antes de abrir el botiquín para ponerme un poco de crema antinflamatoria sobre la mejilla golpeada.

Limpió mi mejilla con una gasa con suero, pasándola con cuidado, sintiendo el alivio del frío sobre la mejilla que aún sentía arder. Desvié la mirada avergonzada al volver a ser él quien tuviera que curar las heridas que Marc me había hecho. Me encogí un momento al sentir la fría crema sobre mi mejilla, pero el tacto de sus cálidos dedos esparciendo la crema con cuidado servían de anestesia.

—Listo… —Limpió sus manos con una servilleta—. Esto evitará que se amorate más de la cuenta…

—Gracias.

Su mano se acercó con cuidado a mi mejilla izquierda para valorar daños.

—Crees que… —Tragué saliva antes de respirar profundamente—… ¿Tardará mucho en curarse?

—No… unos días como mucho —respondió mirándome con cariño mientras me acariciaba. Los dos sabíamos perfectamente que lo que más tardaría en curarse era el trauma de suplicar que no me hiciera daño, verte inmovilizada y desarmada. Ese terror sería algo que tardaría tiempo en olvidar. Los dedos de Rubén acomodaron mi cabello desaliñado, soltándolo con cuidado para dejarlo caer tras mis hombros con cuidado.

—¿Alguna vez te he confesado qué es lo que más me gusta de ti?

Aquella pregunta me obligó a mirarlo al captar de nuevo mi atención. Fruncí el ceño negando al mirarlo. Los labios de Rubén se torcieron en una breve sonrisa a la vez que pasaba su mano con delicadeza sobre mi mejilla para retirar el exceso de crema.

—Lo alta que eres.

Los dos nos quedamos mirándonos en silencio varios segundos antes de que rompiera aquel silencio con una carcajada que dio paso al sonido de su sonrisa de fondo. Dios, cómo agradecía su presencia en mi vida. Si me hubieran contado todo lo que Rubén iba a significar en mi vida, indudablemente hubiera dicho que era completamente imposible que eso sucediera. Tenía innumerables días en donde mi sentido común me decía que no deberíamos haber cruzado aquella delgada línea, porque teníamos millones de razones por las que esto no iba a salir bien. Pero me hacía suspirar de amor. Me hacía suspirar de ilusión, de esperanza. Tenía la capacidad de entenderme con solo mirarme o de hacerme reír incluso en los peores momentos. Las circunstancias de la vida me habían quitado un marido, pero me había bendecido con amigos incondicionales, con una familia enormemente solidaria y una persona que me había demostrado que la amistad era mucho más duradera que el amor.

Agarré la mano de Rubén buscando captar su atención, entrelazando su mano con la mía antes de volver a mirarme.

—Gracias… —susurré dejando caer levemente mi cara sobre su mano que acariciaba mi mentón.

—A ti, por existir —susurró besando mi frente con cariño.

Vi cómo suspiraba sutilmente antes de dedicarme una breve sonrisa.

—Ojalá hubiera llegado antes para evitarte todo esto…

—Pero has aparecido… Y lo has hecho volar —dije con una tímida sonrisa divertida al repasar la situación.

Rubén sonrió humedeciendo sus labios.

—Casi lo dejo *pegao* al suelo… casi tiene que quitarlo Yaris con una espátula.

—No imaginé que estuvieras tan fuerte —dije bromeando.

—Ha sido la adrenalina del momento…

Ambos nos reímos en silencio, notando cómo poco a poco mi cuerpo iba relajándose, notando la ausencia de esa ansiedad. Le di un leve codazo en

sus brazos por aquel comentario, reposando mi cabeza en uno de sus hombros. Sentí sus labios besar de nuevo mi cabeza a la vez que nuestras manos se buscaban para entrelazarse.

—¿Qué le has hecho? —pregunté en voz baja con la mirada agachada sobre nuestras manos.

—Lo he mandado a casa de sus padres en un taxi… —Sentía su cabeza apoyada sobre la mía.

—No puedo dejar de ver su mirada llena de odio… de asco…

Rubén colocó su brazo alrededor de mis hombros al escucharme, acariciando mi brazo con su mano.

—No paraba de repetir lo insoportable que es estar a mi lado… —Sentía mi voz quebrarse—. No sé qué fue lo que le hice para que me odie de esa manera…

—Tú no has hecho nada malo… —Su voz resonó tras escucharlo respirar profundamente—. Eres maravillosa —dijo colocando sus labios sobre mi cabeza—. Y estar contigo es un privilegio, un regalo…

Lamí mis labios incorporándome, observando cómo su rostro fingía que todo en él estaba bien a pesar de ver en sus ojos aún su coraje. Coloqué mi mano sobre su pierna, acariciándole mientras ambos miramos rápidamente hacia la puerta al escuchar la voz de mi hermano hablando con Yaris, dejándome unas agónicas ganas de besarlo. Rubén se colocó de pie a mi lado antes de que entrara Violeta corriendo por la puerta.

—¡Mami! —El sonido de su voz era medicina para el alma.

—¡Mi amor!

Alcé los brazos al levantarme a saludarla, fundiéndonos ambas en un profundo y maravilloso abrazo. Al abrir los ojos aún abrazada a mi pequeña vi los ojos de mi hermano mirando a Rubén queriendo saber qué era lo que me había pasado al ver el botiquín sobre el sofá. Al soltarnos de aquel abrazo que curaba cualquier mal que tuviera, Violeta se dio cuenta de la crema de mi mejilla.

—¿Qué te pasó en la cara, mami? —preguntó sin apartar sus inocentes

ojos de mí.

—Eh… —Cogí aire pensando qué decirle.

—Se ha golpeado con la barra de la cocina. —La voz de Rubén se adelantó, acercándose a nosotras, colocando su mano sobre la cabeza de Violeta—. Así que, ahora te toca a ti regañarla… —dijo guiñándome—. Fíjate qué golpe se dio…

—¿Cómo te diste con la barra? —preguntó divertida al creer que era su momento de devolverme una de las muchas veces que la había regañado por correr cerca de la barra de la cocina.

—Pues… —Asentí cubriendo mis labios entre sí—. Iba distraída, creí que había tirado algo al suelo y cuando me fui a levantar, me pegué con la esquina en la cara…

Los ojos de mi hermano me miraban fijamente sin creerse aquella absurda historia.

—¿Y te duele mucho? —preguntó inocentemente acariciando con sus pequeñas manos mi rostro.

—Un poquito… Pero con esta crema se pasará pronto.

Yaris se acercó a nosotras después de que Violeta me regalara un tierno beso en la mejilla, enredando sus brazos alrededor de mi cuello para regalarme un tierno abrazo.

—Violeta, vamos a hacer las tareas que tu profesor estará a punto de llegar. —Yaris colocó sus manos sobre sus hombros.

—Luego subo un ratito contigo.

Besé su cabeza antes de verla despedirse de Rubén y de su tío para irse con Yaris. Resoplé aterrada por la reacción que pudiera tener mi hermano al enterarse. En cuanto nos quedamos a solas, busqué la mirada de Rubén para agradecerle el capote que me había echado con Violeta. Agustín se acercó a nosotros con sus brazos cruzados sobre el pecho, mirándonos a ambos antes de mirar detalladamente mi mejilla.

—¿Quién te hizo eso? —preguntó señalando con la mirada mi mejilla.

—Ya escuchaste, me pegué sin querer…

—Y una mierda —exclamó alzando sus cejas—. ¿Fue Marc?

Las aletas de la nariz de mi hermano se movieron al respirar profundamente, viendo cómo su rostro se descomponía al confirmarle sus sospechas con mi silencio.

—Hijo de puta… —dijo entre dientes pasando sus manos sobre su cabello.

Mis ojos buscaron a Rubén que permanecía en silencio a mi lado, como si fuera mi guardaespaldas, con sus brazos relajados y sus manos escondidas dentro de los bolsillos del pantalón, pero sin apartar la mirada de mi hermano.

—¿Tú lo viste? —preguntó mirando a Rubén invadiendo su espacio personal.

—Sí —dijo apretando su mandíbula—. Y lo habría matado de no ser porque es el padre de tu sobrina —añadió recordándole ese punto a mi hermano para calmarlo.

—Tenías que haberlo matado, mira como la dejó —añadió señalándome.

—¿Podéis…? —suspiré mirándolos a ambos—. ¿Podéis bajar la voz? Por favor…

Rubén se colocó delante de mí, extendiendo una mano hasta tocar el hombro de mi hermano, captando su atención.

—Lo último que necesita tu hermana ahora mismo es esto… —le dijo en voz baja tratando de calmarlo—. Y menos que tu sobrina se entere de la clase de padre que tiene…

—Qué coño sabrás tú lo que necesitan mi hermana y mi sobrina, no me jodas —dijo furioso apartando la mano de Rubén de su hombro.

Al verlo quitarle así la mano di un paso hacia adelante, pero el brazo de Rubén me paró, colocándolo delante de mí para frenarme. Ambos sabíamos que estaba cabreado por lo que me había pasado, pero no tenía ningún derecho a pagarlo con él.

—Llevas desde que volviste aquí metido todo el tiempo, como una sombra todo el día pegado a mi hermana… Y para una puta vez que tenías que estar aquí…

—¡Bueno ya basta!

Le advertí mirándole mientras me ponía entre ambos.

—Te estas pasando —dije colocándome a su lado acariciando brevemente su brazo—. Ambos tenemos que agradecerle que viniera…. De no haber aparecido… no sé cómo habría terminado.

Alcé los hombros a la vez que negaba. No tenía control ninguno de la situación, no sé qué es lo que Marc hubiera hecho conmigo si Rubén no lo me lo hubiera quitado de encima. Sentí la discreta mano de Rubén acariciando mi espalda para consolarme.

—Pensar en lo que podía haber pasado solo va a servir para angustiarnos todos más… —Rubén sentenció apartando la mano de mi espalda.

—Ese hijo de puta no va a volver a poner un pie en esta casa —Agustín le cortó negando con su mano—. Mañana vamos a denunciarle.

—No pienso denunciarle, Gus… —dije llevando involuntariamente una de mis manos al pecho, como tratando de evitar que mi corazón se rompiera al revivir aquel horrible momento—. Y por favor no me insistas más en eso… Es el padre de Violeta.

—Es que no te das cuenta de que podía haberte matado, ¿o qué? —dijo furioso.

Los dos nos miramos apretando nuestras mandíbulas. Sabía que estaba preocupado por mí. Posiblemente frustrado por no haber sido él quien apareciera para desquitarse de las ganas que lleva años teniéndole a Marc, pero él no era quien tenía que vivir con ese horrible recuerdo. Sabía perfectamente que, si Rubén no hubiera aparecido, Marc me habría violado sobre aquel sofá después de golpearme. El solo imaginarlo me paralizaba de miedo.

—No es a ti a quien le ha pasado, ni sabes lo indefensa que te sientes al ver que por más que gritas, lloras o pataleas no puedes hacer nada para

quitártelo de encima…

—Todo lo que te pasa a ti, me duele como si me lo hicieran a mí —dijo señalándome con el dedo viendo en sus ojos la angustia al imaginarse la situación.

Rubén acaricio nuestros hombros tras colocar ambas manos sobre nosotros, dedicándonos un breve apretón para que nos calmáramos. Agustín apartó la mirada para dar vueltas nervioso mientras suspiraba.

—Bueno… vamos a intentar calmarnos todos un poco, ¿sí?

Agustín resopló pasando sus manos sobre la cabeza, frotándola. Rubén observó su reloj antes de volver a mirarme.

—No te vayas… —le supliqué ansiosa mirándole antes de que pudiera decir nada. Rubén desvió su mirada hacia mi hermano rápidamente antes de volver a mirarme—. Por favor —susurré viendo cómo asentía, mirándonos, olvidándonos por unos segundos de que no estábamos solos.

Ambos dejamos de mirarnos al sentir a mi hermano aclararse la garganta, respirando incómodos ante aquel momento de debilidad. Agradecí enormemente que Yaris apareciera para preguntarnos si mi hermano y Rubén iban a quedarse a cenar. Rubén se ofreció a ir a por cena para que Yaris no se pusiera a cocinar en el que seguía siendo su día libre. Tras repetirle varias veces a Yaris que estaba bien, Rubén se ofreció a llevarla a su casa tras rechazar quedarse con nosotros a cenar, para traer la comida a la vuelta. Nuestras miradas se buscaron después de despedirnos como dos amigos más antes de irse, dejándome con una conversación pendiente con mi hermano al quedarnos a solas de nuevo. Agustín prefirió no sacar el tema por el momento. Mi cabeza iba a mil por hora, reviviendo aquella horrible escena. Aún no era capaz de aceptar que el hombre con el que había decidido formar una familia fuese el mismo que me había agredido. No era capaz de comprender cómo algo tan puro como Violeta había nacido de personas tan defectuosas como Marc y yo. Observé la manera en la que Violeta inventaba mil juegos para compartir las dos. Ahora éramos Violeta y yo contra el mundo y deseaba enormemente que disfrutara y empezara a vivir como una niña normal al mudarnos. Lejos de los focos de la prensa, de

las noticias llenas de fotos de su padre paseándose con su nueva novia o de instantáneas mías llorando o con cara de amargada de tener que aguantarlos todos los días pegados a mí.

Un poco más tarde de las nueve de la noche, el sonido de una moto captó la atención de los tres, que estábamos en el salón con la televisión de fondo. Violeta salió corriendo en busca de su tío Rubén, cosa que me hizo no poder ocultar la sonrisa al ver la relación tan bonita que esos dos habían construido.

—Recógete la baba que vas a manchar el sofá —Agustín se burló de mí antes de levantarse para ir a abrirle a Rubén.

Entrelacé mis manos después de darle de refilón a la pierna de mi hermano, mirando con una sonrisa tonta cómo desaparecía, al quedarme de nuevo sola en aquella sala, sobre aquel sofá donde los recuerdos volvían a castigarme. Mi cuerpo se incorporó, quedándome sentada sobre el sofá tensa, frotando mis manos sobre mis piernas ansiosa. El sonido a lo lejos de la risa de Violeta acompañando a la voz de Rubén, me obligó a respirar levantándome de ahí para esperarlos de pie, jugando nerviosa con mis dedos sin evitar girarme para mirar con terror aquel sofá. Al mirar a mi hermano, vi que me observaba en silencio y con preocupación.

—¿Todo bien?

—Sí… —asentí tratando de hacerlo más creíble.

—Pues vamos, Rubén trajo pizza para todo un regimiento —dijo con una leve sonrisa colocando su brazo sobre mi hombro.

Sonreí en silencio agarrando su mano que colgaba de mi hombro mientras nos dirigíamos a la cocina. Los ojos de Rubén me miraron disimuladamente al llegar abrazada a mi hermano. Sus manos retiraron uno de los taburetes para luego subir a Violeta, sentándola a su lado. Mi hermano fue quien retiró mi taburete antes de ponerse con Rubén a abrir las cuatro cajas de pizza.

—¿Cuántos vienen a cenar que no me enteré? —pregunté burlándome, acariciando la mano de mi pequeña.

—Como no sabía cuáles os gustaban, traje una de cada sabor… —dijo con una disimulada sonrisa mientras me acercaba con decisión una de las cajas.

Al abrir la caja que Rubén había colocado frente a mí, comprobé que era una pizza Diávolo, mi favorita. Apreté los labios tratando de disimular la sonrisa tras una fugaz mirada cómplice. La cena avanzó entre bromas para tratar de hacerme olvidar lo que había pasado, o al menos para evitar que Violeta viera que tenía el corazón partido y el cuerpo dolorido por culpa nuevamente de su padre. Aunque no podía negar que ver a mi hermano y a Rubén juntos me ponía feliz, y entendía por qué habían sido tan amigos tanto tiempo, eran los dos a cuál más payaso. Cuando nadie miraba, mis ojos observaban al detalle los remolinos que adornaban el cabello de Rubén al tenerlo ahora un poco más largo. Cómo su boca se torcía al rascar su mejilla con esas manos acostumbradas a salvar vidas y a salvarme a mí una vez tras otra. La manera en la que su barba crecía desde su cuello hasta cubrir su mandíbula y la mitad de sus mejillas. Aun después de once años siendo amigos, lo miraba y seguía descubriendo cosas que antes no había visto en él. Una vez leí que las personas vamos siempre tan preocupadas por nuestros problemas, que vemos, pero no miramos. Oímos, pero no escuchamos. Queremos, pero no amamos. Y con Rubén pareciera que era justamente eso lo que me había pasado. Él seguía siendo el mismo, no había cambiado en absoluto, pero sí había cambiado la forma en la que mis ojos lo miraban. Marc era quien había propiciado ese cambio. Pagaba el castigo de haberme fijado en él con creces cada día.

Al terminar de cenar, cuando aún quedaba algo más de media hora para las doce, Rubén y Violeta se dedicaron una mirada cómplice después de un breve codazo de él hacia mi pequeña. Ambos sonrieron antes de que Violeta bajara de taburete para salir de la cocina.

—¿Qué fue eso? —pregunté divertida al ver la sonrisa de Rubén tras seguir con la mirada a Violeta. Miré a mi hermano también al levantarse de su asiento para quitar cosas de encima de la mesa.

—A mí no me mires.

Alzó las palmas de sus manos riéndose antes de coger las cajas vacías de las pizzas.

—¿A quién miro entonces? —pregunté observando la sonrisa de Rubén levantándose para ayudar a recoger también.

—Tu hija es casi una adulta…

—Casi adulta dice… —repliqué divertida.

—Es normal que empiece a tener secretos… —Rubén me dedicó una breve mirada burlándose antes de retirar las cosas—. Incluso contigo…

—Fíjate… Qué bonito está eso… —repliqué de nuevo viéndolos a los dos reírse mientras apilaban las cajas vacías—. Alentando a mi pequeña a que me oculte cosas…

Antes de que pudiera decirles nada más, Violeta apareció con un enorme ramo de margaritas, rosas blancas y girasoles. Margaritas y girasoles. Mis favoritas.

—Pero… ¿Y esto? —pregunté con mis ojos puestos sobre aquellos hermosos ojos azules llenos de ilusión de traerme aquel ramo.

—Flores para la mejor mamá del mundo por su cumpleaños —dijo antes de que pudiera abrazarla con fuerza.

—Muchas gracias, mi amor, son preciosas. —Besé su cabeza aún abrazada a ella, sujetando el ramo con mi otra mano—. Te amo, mucho.

—Yo también te amo mucho, mami. —Sentí sus tiernos labios sobre mi mejilla antes de separarnos. Tuve que soltar el aire que presionaba mi pecho en forma de suspiro para volver a respirar, contemplando aquel ramo con mis flores favoritas. Una leve sonrisa se escapó de mis labios emocionados al ver la sonrisa de Rubén tras mi hermano, que se acercaba hacia mí con una tarta de chocolate con aquellas velas rojas recordándome aquellos horribles cuarenta y seis años a los que me tocaba enfrentarme llena de frentes abiertos. Tragué tratando de tragarme el nudo que apretaba en mi garganta mientras me cantaban el cumpleaños feliz. No pude evitar soltar varias sutiles lágrimas sobre mis mejillas al sentir los labios de mi hermano besar mi mejilla antes de achucharme en un profundo abrazo.

—No olvides tu deseo antes de soplar —me recordó en voz baja sujetando la tarta frente a mí. Sonreí mirándole antes de dirigir la mirada hacia mi pequeña, que esperaba impaciente que soplara. Mis ojos miraron brevemente también cómo Rubén esperaba con su disimulada sonrisa y sus ojos acompañándome. Volvía a mirar aquellos números rojos suspirando antes de pedir que nada más volviera a cambiar. En el pasado no quedaba nada más, por eso solo deseaba poder seguir disfrutando de más momentos, así como este, acompañada de gente que me quería de verdad. Tras soplar agradecí con un enorme y sonoro beso en las mejillas a mi Violeta antes de abrazar a mi hermano con cuidado de no tirar la tarta y así dejar a Rubén para el final.

—¿No te lo esperabas, a que no, mami? —Violeta preguntó riéndose, acomodándose en su silla.

—Ha sido toda una sorpresa —respondí besando de nuevo su cabello antes de acercarme a Rubén para agradecerle.

Rubén se incorporó alejando su cuerpo de la barra al verme caminar hacia él con las flores en la mano. Nuestras miradas se clavaron la una sobre la otra al estar frente a frente.

—Gracias… —dije en voz baja acariciando su mejilla con cariño antes de abrazarlo—. Esta vez has acertado con las flores… —susurré cerca de su oído.

Nuestros cuerpos se abrazaron con fuerza, sintiendo cómo nuestras cinturas se juntaron al abrazarnos, hablando por sí solas antes de separarnos.

—He tenido ayuda de un pequeño pajarillo —respondió regalándome un breve beso en la cabeza.

—¿Quién quiere un trozo de tarta? —Agustín preguntó tras quitar las velas de encima.

—Yo no, gracias —Rubén dijo colocando su mano sobre el estómago.

—¿Ni siquiera un trocito? —pregunté aún a su lado.

—Nada, gracias de verdad… —Sonrió colocando su brazo sobre mis

hombros.

—Bueno, pero te llevas un pedazo —mi hermano añadió mientras le servía a Violeta.

—¿Me puedo comer yo el trozo del tío Rubén? —Violeta preguntó sonriente antes de pegarle un bocado a su trozo.

—Uno por persona —dije señalándola divertida—. Mañana puedes comer más, es tarde y no es bueno tanto chocolate de noche…

—Ya has escuchado a tu madre —mi hermano dijo bromeando tras servirse un pedazo.

—Bueno, familia… —El brazo de Rubén abandonó mis hombros—. Ahora sí tengo que irme…

—¿Ya te vas, tío? —Violeta preguntó por mí mientras mis ojos se alzaban en su búsqueda ansiosos.

—Sí… Pero mañana volveré a comerme un trozo de ese pastel. —Colocó de nuevo su brazo sobre mis hombros con cariño acercándonos a la barra donde estaba sentados mi hermano y mi hija—. Si dejáis algún trozo para mañana claro está…

—No prometo nada —Violeta respondió tras comerse otro bocado.

—¿Y a quién saliste tú tan ansiosa con la comida? —mi hermano preguntó bromeando con Violeta.

—Te acompaño —le susurré a Rubén antes de apartar su brazo para ir al lado de Violeta mientras él se despedía—. Ahora vuelvo.

—Bueno, lo dicho…—repitió mientras mi hermano se levantaba.

Ambos se dieron un breve abrazo mientras mi hermano le susurraba algo en el oído antes de separarse con un breve apretón de ambos sobre sus brazos. Tras despedirse de Violeta con un abrazo, avisé que lo acompañaría hasta la puerta antes de salir junto a él de la cocina, acariciando accidentalmente nuestras manos hasta entrelazarlas al salir de los ojos curiosos de mi hermano. Sentirlo, aunque fuese en una breve caricia de nuestras manos al agarrarse, causaba un cosquilleo en mi interior de lo más reconfortante. No sé si eran mariposas, pero lo que tenía claro es que no

eran nervios o ansiedad. Era un cosquilleo de felicidad. Al ver aparecer la puerta a lo lejos, mis labios no pudieron evitar suspirar al saber que se acercaba el momento de irse. Me moría de ganas de pedirle que se quedara. Esta noche más que nunca necesitaba de sus brazos, pero no podía seguir aprovechándome de lo que sentía por mí. Al llegar a la puerta, Rubén se detuvo antes de abrirla.

—No te enfades… —dijo con una leve sonrisa en sus labios soltando mi mano.

—¿Por qué se supone que me debo enfadar? —pregunté cruzando los brazos.

Rubén abrió la puerta que daba al jardín trasero, encontrándome con su moto aparcada nada más terminar las escaleras que subían hasta la casa. Torcí la cabeza al verla aparcada, confirmando la sospecha de haberla escuchado antes.

—No vas a parar hasta matarte, ¿verdad?

—No es mi intención —respondió mirándome con una sonrisa pilla tras mirar su moto—. Ven, que quiero darte algo.

—¿A mí? —pregunté agarrando de nuevo su mano al ofrecérmela antes de salir.

—Es una tontería, pero me pregunté… ¿Qué le puedo regalar a alguien que tiene de todo? —dijo mirándome, soltando mi mano al llegar a su moto.

—¿Y cuál fue la respuesta a esa pregunta? —Coloqué mis manos sobre el asiento de la moto.

Cada uno estaba a un lado de la moto, dejándola de separación entre nuestros cuerpos. Rubén sonrió abriendo la caja trasera de la moto, metiendo su mano para terminar sacando un paquete envuelto. Giró su muñeca antes de entregármelo.

—Aún queda algo para las doce, pero… Feliz cumpleaños.

Mis ojos se quedaron hipnotizados con sus pupilas y la calidez de su sonrisa mientras me pasaba aquel paquete, regalándome un tierno beso en la mejilla que no tenía lastimada.

—No tenías por qué…

—Claro que sí, me he perdido cuatro cumpleaños… No podía perderme ninguno más, ¿qué clase de amigo barra novio secreto sería entonces?

—Novio secreto… —murmuré riéndome.

Ambos nos miramos con una sonrisa hasta que volvimos a acariciar nuestras manos accidentalmente al agarrar el regalo de Rubén, dejando que nuestros dedos siguieran aquella caricia un rato más.

—Ojalá pudiera besarte… —susurró tras mirar mis labios.

—Rubén… —Suspiré tragando saliva al sentir un escalofrío recorrer mi cuerpo tras escuchar aquel deseo mutuo.

—Lo sé… Mientras Violeta esté, solo somos amigos —dijo recordando mis palabras mientras retiraba su mano—. Pero eso no hace que desaparezcan mis ganas de darte un beso… O de acompañarte esta noche para que no duermas sola.

—Me encantaría que te quedaras esta noche… —murmuré alzando mis ojos hacia él.

—Lo sé. —Ambos nos miramos fijamente en silencio, suspirando al unísono.

—Estaré bien, te lo prometo. —Su mandíbula se tensó al escucharme, asintiendo en silencio—. Gracias otra vez… por salvarme.

—Las veces que necesites.

Agaché la mirada al verlo montarse en aquella moto con la que casi lo pierdo una vez. Rubén agarró el casco entre sus manos esperando en esa posición hasta que lo mirara. Sus labios me dedicaron una leve sonrisa antes de colocarse el casco sobre la cabeza. Arrancó su moto, mirándonos antes de ponerse en movimiento para salir por la raja que le habían dejado en la puerta los de seguridad. Me quedé abrazada a su regalo unos segundos antes de volver a entrar, abriendo con cuidado aquella caja pequeña.

—No puedo creerlo…

Exclamé en voz baja al comprobar aquel colgante en oro blanco con mi

nombre escrito en árabe. No podía creer que se hubiera acordado. Sonreí acariciando aquellas letras recordando aquella conversación.

Marc había tenido que viajar varios días a Qatar a negociar e intentar cerrar un acuerdo. Mi vida en Madrid tras asentarme se basaba únicamente en esperarlo a él o terminar de organizar la mudanza. Había terminado mi gira así que había apostado todas mis cartas en esta relación. Gran error. La distancia no nos hacía bien y por culpa de mi trabajo no podíamos vernos todo lo que queríamos. Así que aquella tarde decidí ir a casa de mi hermano, encontrándome con Rubén, que había pasado a saludar pero que tras mucho insistirle mi hermano y para qué mentirnos, yo también pinché un poquito, decidió quedarse a cenar con nosotros. Tras la cena, mi hermano se fue para traer otra botella de vino, dejándonos a los dos a solas. En cuanto nos quedamos a solas, golpeé con cariño su pierna para llamar su atención.

—Se me olvidó preguntarte antes… —dije incorporándome—. ¿Como te fue la operación esa que contaste? Era hoy, ¿no?

Rubén me miró sonriendo, incorporándose de aquel sofá que ambos compartíamos, soltando su copa vacía sobre la mesita que teníamos de frente.

—Fue la semana pasada. —Su sonrisa aumentó al ver mi cara de perplejidad—. Pero gracias por preguntar… —Acarició con cariño mi hombro—. Hoy le hemos dado el alta…

—¿Qué?… —Mis ojos se abrieron avergonzados—. Soy la peor amiga del mundo… Lo siento —me disculpé apenada por no ser capaz de recordar aquello.

—Qué vas a ser la peor amiga del mundo… Llevas muchas cosas para adelante, es normal que algo se te escape.

—Ya, bueno, pero eso no es excusa, tú siempre te acuerdas de todo.

—De todo, todo…. tampoco —dijo divertido—. Casi de todo…

—Sí, es cierto, memoria selectiva lo llamaste, ¿no?

—Exactamente…

Me miró riéndose, burlándose de mi mala memoria. Fingí horriblemente haberme ofendido golpeando con cariño su pierna sobre la que estaba sentado.

—Por cierto, me contó tu hermano que te regalaron un árbol cuando estuviste en Beirut.

—Ay sí, fue un detalle hermoso. —Sonreí mirándole—. Me regalaron un cedro, solo espero que no se me muera…

—Esa es la actitud, claro que sí —dijo sonriendo.

—Es que los seres vivos se me dan fatal… —Vi cómo se reía al escucharme.

— Oye no te rías, es la verdad… ¿Por qué te crees que no tengo un perro o un gato?

—Ahora entiendo por qué tu hermano está envejeciendo tan mal, no lo riegas lo suficiente… —se burló provocando que me riera también.

—Por eso le pasé la custodia a su mujer —añadí entre risas—. Y contraté un jardinero para que cuide el jardín de mi casa y de mi cedro…

—No todo se te iba a dar bien… La botánica es tu talón de Aquiles.

—Y la cocina… —Hice una mueca.

Ambos nos reímos en silencio, mirándonos fugazmente.

—Me quedé con ganas de comprarme algo con la caligrafía de mi nombre en árabe… Mira que paseamos por mercados y todo, pero… lo olvidé por completo… Marc iba todo ansioso por llegar, estaba desesperado con tanta gente.

—¿Caligrafía en árabe? —preguntó pasando uno de sus dedos sobre su boca y su barbilla, escuchándome con atención.

—Sí, siempre he querido tener algo con mi nombre en árabe, ni modo… Así tengo una excusa para volver —añadí ilusionada—. Es que mis abuelos maternos eran de allí…

—¿En serio?

—¿Nunca te lo he contado?

—¿De Beirut?

—Joünié —recalqué—. Está como a diecisiete kilómetros de Beirut…

—No tenía idea.

Colocó su rostro sobre una de sus manos, tras sujetar su brazo sobre el respaldar del sofá.

—Eres una caja de sorpresas… O sea que por tus venas corre sangre colombiana y libanesa —asintió sorprendido.

—Bueno, es que no mucha gente sabe eso —expliqué recogiendo mis piernas sobre el sofá—. Además no todos, pero la gran mayoría de colombianos tienen sangre libanesa.

—¿En serio?

—Sí… más de lo que te piensas… La mayor oleada de inmigración que hubo en Colombia fue de inmigrantes libaneses… Por el 1880 así creo recordar…

—Impresionante. —Su mirada era tan profunda que conseguía ponerme nerviosa.

—Ahora tiene sentido que seas la única persona del mundo que mueve su estómago como si estuvieras completamente vacía por dentro… —bromeó.

—Me has pillado…

Sonreí agachando la mirada algo tímida al recordar mi forma de bailar la *bellydance*.

—Imagino que lo de que tengas ascendencia libanesa no está en Wikipedia, ¿no? —preguntó burlándose, abriendo su teléfono para buscarlo.

—Qué tonto eres… —No pude evitar reírme por su ocurrencia—. Pues no, no está… Creo… —dudé.

—Soy un privilegiado entonces… ¿Cuánto me darán por esa información?

—Un golpe es lo que te voy a dar yo a ti…

Rubén soltó una breve carcajada.

—No te rías porque creo que es algo que Marc ni sabe…

—¿No le has contado?

—No… —negué lentamente con una tímida sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó intrigado.

Volví a negar pensando por qué con él era clara como el agua y con el resto de la gente prefería ser más reservada.

—No lo sé…

—Si es así, tu secreto está a salvo conmigo. —Extendió su mano—. Pero tendrás que llevarme alguna vez a conocer el pueblito de tus abuelos.

—Hecho —dije con una amplia sonrisa—. Yo te lo enseño.

—¿Qué vas a enseñarle? —la voz de mi hermano preguntando en tono asustado provocó la risa de ambos.

Una conversación de no más de cinco minutos hace algo más de siete u ocho años y aún la recordaba. Desde luego demostraba que su memoria era totalmente selectiva. Entré con una tonta sonrisa imposible de ocultar de nuevo a la cocina, donde solo quedaba mi hermano.

—¿Y esa cara de pendeja? —mi hermano preguntó riéndose, recogiendo antes de servirse una copa del vino que había sobrado.

—¿Y Violeta? —pregunté dejando el paquete sobre la barra sin apartar los ojos de ella.

—Ha subido a lavarse los dientes, ¿qué es eso?

Preguntó colocándose a mi lado. Sentía su respiración a mi lado provocando que mi corazón latiera acelerado al tratar de organizar las palabras para contarle la verdad. Sentía mi corazón latir de ilusión por primera vez después de tantísimo tiempo. Notaba cómo la sangre recorría mi rostro provocando que mis mejillas se encendieran. Cogí aire tratando de controlar la sonrisa que se había adueñado de mi rostro antes de poder explicarle a mi hermano que uno de sus mejores amigos se estaba volviendo

el dueño y el motivo de mis sonrisas últimamente por más que me repitiera que no podía volver a ilusionarme.

—Siéntate —dije mirándole por primera vez desde que entré—. Hay algo que me gustaría contarte…

Capítulo 9

El timbre de mi puerta comenzó a sonar sin cesar. Me acerqué extrañado. Sabía que Isabella no podía ser por más que muriera de ganas, aunque me había sorprendido otras veces, por eso la esperanza era lo último que siempre debía perderse. Al abrir la puerta, sonreí al ver a Agustín antes de que borrara mi sonrisa con un puñetazo en el estómago.

—Eso es por follarte a mi hermana —dijo antes de entrar con una botella de tequila en la mano. Traté de recuperar la respiración después del golpe, sintiendo cómo mi digestión se paró de golpe y porrazo. Valga la redundancia—. ¿Tequila? —Agustín preguntó buscando el armario de las copas.

—Por favor… —dije en voz baja incorporándome del golpe antes de girarme.

Su mirada era la descripción perfecta de preocupación y decepción. Con la mano aún sobre mi estómago, me senté frente a él mientras servía dos vasos. Respiré hondo de nuevo susurrándole un breve gracias al pasarme uno de los vasos. Al mirar de nuevo a mi amigo, vi cómo hacia un leve gesto para que le diéramos un trago antes de empezar a hablar. Mientras le daba un sorbo vi cómo volvía a servirse otro al terminar.

—Escucha… —rompí el hielo rascando mi mandíbula nervioso—. Te juro que no es lo que estás pensando. Entrelacé mis manos entre sí, frotándolas incómodo.

—Ya… —dijo dándole un breve sorbo para evitar mirarme.

—Me conoces, sabes qué jamás le haría daño…

—Nunca podréis volver a ser amigos, lo sabes, ¿no? —sentenció con su copa entre su mano derecha—. Lo habéis estropeado todo…

Respiré hondo soltando el aire en un leve suspiro sintiendo su mirada fija puesta sobre mí.

—Tú sabes que siempre he estado loco por ella…

—Claro —volvió a servirse para darle otro trago.

—Te juro que he tratado de alejarme de ella, pero… Lo que me pasa con ella se escapa de mi control.

—Joder, Rubén… —maldijo en voz baja sentándose en el taburete que tenía tras él—. ¡Es mi hermana, maldita sea!

—¿Crees que no lo sé?

—¿Pensabas en mí mientras te acostabas con ella?

Suspiré agachando levemente la mirada, acariciando el vaso entre mis manos.

—Marica, tiene una niña que no tiene la culpa de nada…

—Sabes que tengo devoción por Violeta. —Aparté sutilmente mi copa —. Mi intención no es hacerles daño a ninguna de los dos.

—No pienso consentir que ningún otro guaperas venga a ilusionarlas para luego dejarlas con el corazón roto… Olvídalo —matizó señalándome.

Entrelacé mis manos tras colocar los codos sobre la mesa suspirando, viendo cómo rascaba su cabeza furioso. Lamí mis labios sopesando la situación. No pensaba renunciar a la oportunidad de estar con Isabella, por mucho que eso me hiciera ver a mi amigo enfadado conmigo.

—Esta vez no pienso alejarme de ella —dije mirándole entre mis manos —. Tu hermana me hace feliz. —Agustín me miró fijamente con la mirada perdida. Posiblemente pensando qué decir para hacerme cambiar de opinión.

—¿Feliz? —preguntó aguantándome la mirada—. Sé bien qué es lo que va a pasar… Y no me gustaría perder a un amigo por culpa de no saber guardar la polla.

—Te estás equivocando… —Apreté la mandíbula, sintiendo mis dientes apretarse entre sí.

—¿Me equivoco? —Arrugó los labios asintiendo.

—Muchísimo.

—¿Y Adriana? —me interrumpió—. ¿Qué fue lo que dijiste cuando la

conociste? Que habías tenido un flechazo… ¿Y qué pasó con el flechazo? Se te oxidó la flecha de tanto tenerla ahí dentro… Y no has tenido el coraje para divorciarte en todos estos años, incluso después de perder el bebé que esperabais.

Ahogué las palabras que cruzaron por mi mente por respeto en lo que quedaba de tequila en mi vaso. Sintiendo cómo aquel tequila rasgaba mi garganta.

—En todos los años que he estado con Adriana, jamás he mirado a otra mujer que no fuera ella… Es más, fue ella la que se le oxidó la flecha cuando decidió follarse a otro durante cinco años —dije informándole de los verdaderos detalles para que comentara con toda la información—. Por eso fue por lo que nos divorciamos…

Agustín suspiró cerrando los ojos al descubrir el motivo de mi divorcio.

—No lo sabía… —reconoció en voz baja—. Lo siento.

—Lo sabrías si me hubieras preguntado, pero es más fácil juzgar sin saber…

—No te equivoques, juzgo porque os conozco… A los dos. Sé que ninguno de los dos queréis haceros daño, pero si seguís con esto… terminaréis mal.

—Eso no lo sabes —volví a apelar a la carta de la esperanza.

Agustín se inclinó sobre la barra cruzando sus brazos, quedándose justamente bajo la luz del foco.

—Sé que, si mi hermana decidiera quedarse aquí, posiblemente se daría algo bonito entre los dos, como también sé que gracias a ti sonríe como hacía tiempo que no lo hacía… No soy idiota, veo cómo le brillan los ojos cuando habla de ti o cuando te mira… Cómo ha cambiado desde que ha vuelto a tenerte en su vida.

—¿Entonces…? No veo que le haya hecho nada malo… —susurré acomodando mi espalda sobre el respaldo del asiento.

—Necesita irse, Lalo… Mi hermana no puede seguir un segundo más viviendo en la misma ciudad que ese hijo de puta, tú mismo has visto lo que

ha pasado hoy.

—Lo sé… —Volví a mirarlo escuchándole.

—Y cuando ella esté en Miami, ¿qué crees que pasará? ¿Habéis hablado de eso?

—No… —respondí luchando por no sonar borde.

—Lo que pasará es que vuestra burbuja explotará —dijo mirándome—. Tú tendrás la misma vida que tienes ahora. Exactamente la misma, pero sin ella y te envenenarás de ver o escuchar chismes día tras día… Terminará consumiéndote eso de no poder coincidir… y dejará de compensarte hablar con ella menos de una hora al día o veros una vez cada vez que se os haga el milagro. —Señaló la mesa con su dedo índice, golpeándolo levemente—. ¿Y sabes qué más pasara? Que empezareis a discutir por cualquier tontería… Os echaréis cosas en cara de las que luego os arrepentiréis… Y terminaréis tan decepcionados, que no volveréis a querer saber nada el uno del otro

Guardé silencio escuchando sus palabras, sabiendo que podía existir aquella posibilidad. Mi cabeza había barajado todas esas opciones o finales la primera vez que Isabella me besó, pero no podía dejar de elegirla a ella a pesar de todas esas cosas. Rellené de nuevo el vaso bebiéndome su contenido antes de alejar el vaso de mí, recordándome que aquello no era la solución.

—No le hagas más difícil el irse… —me suplicó—. Y por favor, no le hagas tener que escoger entre lo que la hace feliz a ella y lo que te puede llegar a hacer feliz a ti…

—Yo nunca haría algo así —respondí en voz baja.

—Pero harás que dude de lo que quiere y necesita ahora…

Se acomodó sobre el asiento extendiendo sus brazos sobre el borde.

—Sé las ganas que tenías de que esto se te diera, aunque no lo creas me he alegrado por ti cuando Isa me ha contado que estabais viendo qué se daba entre los dos… Te lo juro.

Inhalé mirando a mi alrededor, procesando sus palabras, tratando de

calmar la rabia que recorría mi sangre al escucharle, sintiendo cómo acababa con la poca fe que me quedaba.

—Los dos sabemos que esto jamás podría salir bien… Tú mismo lo dijiste, la han dejado tan rota por dentro que ahora mismo sería incapaz de volver a tener nada con nadie más… —Alcé la mirada hacia mi amigo al escucharle suspirar—. He vivido y padecido de cerca todas las relaciones de mi hermana —explicó acercándose a mí—. He visto cómo la magia del principio desaparece y empiezan las luchas de egos, porque al final terminan cansándose de vivir eclipsados por su alter ego… Créeme cuando te digo que es agotador vivir por y para alguien, es un sacrificio que no todo el mundo está dispuesto a hacer… A mí me tocó hacerlo como hermano, pero tú mejor que nadie sabes todos los planes que tuve que dejar atrás para seguirla, incondicionalmente… —Apretó uno de mis hombros, casi como compadeciéndose—. Ojalá hubieras sido tú…

—No jodas, Agustín —reclamé suspirando.

—Y no sabes lo mucho que me arrepiento de no haberos presentado antes… Pero no podemos cambiar el pasado…

—Y según tú qué es lo que debo hacer… —Clavé la mirada en sus ojos negros.

—A veces, dejar ir a alguien es otra manera de demostrar amor, sobre todo cuando sabes que es para que pueda ser feliz y empezar de cero…

Suspiré clavando la mirada perdida al frente. Sentía cómo empezaba a dolerme la mandíbula de tanto apretarla. Recorrí mis dientes con la lengua saboreando los restos de tequila, contando mis pulsaciones latir de forma lenta y golpeando con fuerza.

—Gracias por la copa —dije invitándole a irse. Agustín volvió a apretar mis hombros antes de sentir sus pasos alejarse. Giré la cabeza al escuchar la puerta abrirse, viéndolo dedicarme una leve sonrisa antes de cruzar la puerta. Al sentir el eco al cerrar, froté mi rostro tras soltar un profundo suspiro queriendo sacar la ansiedad que cerraba mis pulmones y golpeaba mi pecho. Al dejar caer las manos sobre la barra vi que oficialmente era su cumpleaños. Pasé mis manos brevemente por mi boca pensando las

palabras de Agustín. Mi cabeza estaba funcionando por encima de su capacidad. Pensando, reviviendo recuerdos, sopesando, analizando situaciones, buscando soluciones a posibles problemas. Procrastinando.

Ver su nombre en las notificaciones del teléfono solo hizo que mi ansiedad aumentara más. El haberme bebido aquel último trago mientras su nombre parpadeaba en la pantalla del teléfono al llamarme, no ayudaba a pensar con claridad las cosas. No quería convertirme en lo que Agustín había dicho. No quería ser el que borrara de nuevo su sonrisa ahora que estaba recuperándola. Dejé caer mi cuerpo en el sofá, contemplando su nombre en la notificación de mi teléfono. Deslicé mi dedo sobre la pantalla, buscando la galería para ver las fotos que tenía de ella. Involuntariamente mi boca se torció sonriendo al ver y saber que aquellas fotos que tenía de ella solo existían en nuestros teléfonos. Inhalé lentamente contemplando sus ojos, la forma de sus labios. Se me arreglaban los días con solo verla. Las horas en el hospital se hacían menos largos sabiendo que luego ella estaría esperándome. Me dolía que la persona que se suponía que era mi amigo pensara que mi única intención era hacerle daño, cuando él mejor que nadie sabía lo mucho que llevaba soñando con esto. Después de haberlo dado todo por perdido, descubrir cómo sus ojos habían comenzado a mirarme, era como vivir constantemente en un sueño. Y me asustaba que sus ojos dejaran de mirarme así de aquella forma.

Un terrible de dolor de cabeza me obligó a soltar el teléfono para volver a frotar mis ojos, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sofá, cerrando los ojos para tratar de aclarar mis ideas.

No recuerdo cuándo fue que el sueño me venció, pero el sonido de mi teléfono fue el que se encargó de recordarme que tenía que ir a trabajar. Me levanté dolorido por la postura de dormir sentado toda la noche, para dirigirme al baño a tratar de quitarme un poco aquel dolor de cabeza consecuencia de haber estado toda la noche dándole vueltas a lo mismo. Al volver del baño ya listo para irme a trabajar, el nombre de Isabella volvió a parpadear sobre la pantalla de mi teléfono. Al comprobar la hora imaginé que estaría aprovechando que Violeta aún dormiría para llamarme. Dejé que

la llamada entrara en buzón antes de guardar el teléfono junto con las llaves para coger el casco de la moto. Sabía que mi deseo de no preocuparla no iba a cumplirse, pero después de la charla de anoche con Agustín, tenía que ejercer como su amigo y pensar la cosas antes de que se me olvidaran mis argumentos al verla.

Tras ponerme mi uniforme junto con la bata, comencé a mi ronda. Susana me había pedido mientras me cambiaba que subiera para pasar consultas al no tener cirugías previstas. Para mi sorpresa, después de varias consultas, casi a mitad de mañana cuando me dirigía a por el tercer café de la mañana, me encontré con Laura en una de las salas de espera ojeando una revista. Me hizo ilusión encontrármela, llevaba sin verla desde antes de irme a Miami. Llevaba un abrigo largo color camel y sus largas piernas vestían un vaquero acompañado de unas deportivas blancas.

—Disculpe, señorita… —dije poniendo voz seria para asustarla.

—¡Ay, Jesús! —exclamó llevándose la mano al pecho—. ¡Rubén!

Sonreí agarrando la revista que se le había caído tras asustarla. Laura golpeó con cariño mi brazo mientras se levantaba para saludarme con dos besos.

—¿Qué haces por aquí? Aparte de casi provocarme un infarto…

Trabajo aquí, no sé si te acuerdas —dije riéndome.

—Cierto…

—¿Viniste con tu papá?

—Sí, entró a su revisión.

—¿Como ha seguido? —pregunté metiendo mis manos dentro de los bolsillos de la bata.

—Con alguna que otra molestia por la noche, pero bien… ¿Y tú? ¿Cuándo te reincorporaste?

—Bien, me reincorporé después del viaje…

—¡Ah, sí! Es cierto… ¿Te gustó Miami?

—Está sobrevalorado… —Ambos sonreímos.

—No sabes lo que me alegra verte y que no te murieras por mi culpa…

—Lo hice por tu paz mental, sobre todo —respondí burlándome—. Pero, sí… Yo también me alegro de no haberme muerto.

—¿Y tu moto? ¿Quedó bien?

—Como nueva, muchas gracias. Por suerte fue más daño estético que otra cosa…

—Qué bien, me alegro mucho. —Sus labios volvieron a sonreír tras acariciar mi brazo—. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, gracias.

—Se te ve cansado ¿estuviste de fiesta anoche? —preguntó divertida.

—¿Fiesta? No… solo pasé mala noche.

—Si quieres puedo ayudarte con un poco de corrector… —Volvió a sonreírme.

—Te agradezco la oferta, pero prefiero el café. —Le dediqué una breve sonrisa antes de mirar mi reloj—. Bueno, tengo que seguir… —Coloqué con cariño mi mano en su hombro.

—Gracias por saludar.

—Nada, me alegro de verte —le di un leve apretón en el hombro antes de retirar mi mano—. Cuídate.

—Igual…

Ambos nos despedimos con un breve beso en la mejilla antes de empezar a alejarme en busca de ese café que terminara de espabilarme.

—¡Rubén! —Laura volvió a llamarme deteniéndome antes de salir de la sala de espera—. Perdón… —Se disculpó al ver las miradas de molestia de las pocas personas que había por allí.

—Dime.

—¿Tú sueles comer o.…? —pregunto jugando con la revista entre sus manos.

—Eh… —Sonreí mirando a nuestro alrededor antes de volver a ver sus ojos grises—. ¿Tú no comes normalmente?

—Sí, he formulado mal la pregunta, madura por favor —respondió riéndose tras meterse conmigo—. Me refería a si sueles comer aquí en el hospital o fuera.

—Depende del turno, ¿por qué? ¿Vas a invitarme a comer?

—Pues esa era la idea, pero ahora me lo estoy pensando —dijo divertida.

Sonreí mirando a mi alrededor cogiendo aire pensativo si aquello era buena idea o no.

—Si va a ser una tortura para ti comer conmigo…

—No, no es eso. Es solo que no sé cuándo pararé para comer… —expliqué.

—Tú me avisas si te apetece.

—Está bien —respondí con una sonrisa—. Pero hazte de cuentas que sobre las dos y media, tres…

—No hay problema, solo tengo que llevar a mi padre a casa —dijo alzando sus hombros sin perder la sonrisa.

—Perfecto, pues… Hablamos luego.

—Hablamos luego.

Sus ojos me miraron ilusionados por haber aceptado, con la sonrisa permanente en sus labios. Le dediqué una breve sonrisa antes de girarme para irme. Laura era una mujer impulsiva, con un sentido del humor sarcástico que odiaba y me gustaba a partes iguales. Por no hablar de lo guapa que era, eso era algo innegable. Tenía unas facciones hermosas. Unos pómulos marcados, una nariz pequeña pero bastante mona, unos ojos enormes y de un color que nunca había visto antes. Parecía sacada de una revista de esas que veía mi hermana de moda. Si no hubiera conocido a Isabella, posiblemente le habría pedido una cita, pero para mí no existía otra mujer ahora mismo que no fuese Isabella. Al llegar a la cafetería me encontré con Susana peleándose con el teclado de su ordenador. Tras pedirle un café solo al chico de la cafetería, me acerqué hasta su mesa, dedicándole una breve caricia en la espalda antes de aparecer frente a ella.

—Me da miedo preguntar qué te ha hecho… —dije burlándome mientras

me sentaba frente a ella.

—Ah, eres tú. —Suspiró al verme—. No sé qué le pasa al teclado… O no responde cuando pulsas o te escribe tres veces lo mismo, me tiene hasta el coño. —Suspiró nuevamente cerrándolo llena de frustración.

—¿Has llamado al informático?

—Es el mío de casa… No me aclaro con el de aquí —confesó riéndose —. Pero, en fin, ¿cómo va el día?

—Bien, ahora después de comer avisaré a urgencias de que me tienen libre por lo que pueda surgir. —Me acomodé colocando los brazos cruzados sobre la mesa—. Por cierto, ¿sabes si tendré hueco de dos a tres?

—Si no te avisan en el busca, no tienes nada, ¿por?

—¿Te acuerdas la chica con la que tuve el accidente?

Sus ojos rodaron con una sonrisa pícara. Apartó con sus manos el portátil para dejarlo en una de las esquinas de la mesa.

—La de ojos impresionantes y piernas kilométricas, sí… La recuerdo, me hizo dudar de mi heterosexualidad, ¿por qué?

—Tú estás mal… —dije en voz baja riéndome.

—Rubén, llevo tanto tiempo sin… —Miró a nuestro alrededor antes de acercarse—. Sin follar… Que me acostaría hasta contigo.

—¡Auch! —Fruncí el ceño—. Dices eso como si fuera un castigo.

—Un error más bien —matizó—. Y no porque no estés para amarrarte a la cama y darte hasta que pidas clemencia —explicó con una sonrisa—. Sino porque luego no podríamos volver a ser amigos…

Aquello me molestó. Me revolví en la silla, sintiéndome incómodo al sentir aquella conversación demasiado personal al recordarme a las palabras de Agustín.

—¿Crees que dos personas que han tenido sexo no puedan seguir siendo amigos? —pregunté dirigiendo aquella conversación involuntariamente a mi propio interés personal.

—¿Sigues siendo amigo de Tania? Por ejemplo —preguntó cruzando sus

brazos tras recolocar su espalda sobre la silla.

Antes de que pudiera responder, apareció el chico con mi café dándome unos segundos de ventaja antes de responder. Al irse, los ojos de Susana me miraban curiosos esperando mi respuesta.

—Para tu información, sí seguimos siendo amigos…

—Y no es raro en absoluto, ¿verdad? —preguntó retóricamente transportándome a la última vez que Tania estuvo en mi casa, donde se arrepentía de que lo nuestro no hubiera funcionado—. ¡Ves! Es que es imposible… ¿Cómo vas a ser amigo de alguien o aconsejarle sobre relaciones después de haberos comido hasta el alma? No puedes… Por eso, lo nuestro es imposible, cariño.

En ese momento no pude evitar que mi cabeza se fuera a todas las veces que había desnudado a Isabella, escapándose de mis labios una leve sonrisa mientras cogía aire lentamente. Las palabras de Agustín volvieron a mi memoria borrándome la sonrisa. Susana inclinó su cabeza requiriendo mi atención.

—Perdona, me fui…

—Ya me di cuenta… —respondió divertida—. Que qué pasa con la chica esa entonces, dime.

—Nada, que me invitó a comer hace rato…

—Vete a comer con ella si quieres, mientras no te avisen…

—Gracias.

—Aunque creía que tenías novia.

Sus labios se abrieron para sonreír al ver mi cara de asombro.

—¿Novia?

—Sí.

—¿Por qué creías eso?

—Por cómo le sonríes al teléfono y porque ahora es más complicado que te ofrezcas para una guardia…

—Yo no le sonrío a teléfono —reclamé frunciendo el ceño antes de darle

un sorbo al café.

—¡Claro que sí! Y además se te pone justo la sonrisa tonta que tienes ahora mismo.

Traté de disimular dándole otro sorbo aquel café, relamiéndome al terminar mientras desviaba la mirada al ventanal que teníamos a mi izquierda.

—¿Quién es? ¿La conozco? —preguntó curiosa.

—No es nadie —dije calentándome las manos alrededor de aquella taza —. Además es complicado…

—O sea que sí hay alguien… —Rodó los ojos antes de volver a mirarme —. ¿Complicado? Complicado es tener que certificar la muerte de un niño de dieciocho años después de venir en muerte cerebral tras un accidente…

—Ya… —Apreté la mandíbula perdiéndome en las burbujas del café—.

—¿Es casada? ¿Viuda?

—Divorciada —dije mirándola—. Y tiene una niña de ocho años.

Susana cerró levemente los ojos mientras se acomodaba en la silla, chasqueando la lengua mientras negaba con la cabeza.

—Más que complicado es un marrón.

—Y se muda a Miami a finales de año… —añadí volviendo a agachar la mirada hacia mi café.

—Madre soltera, divorciada, relación a distancia… Sal de ahí, eso no es para ti —dijo alzando sus cejas.

Alcé la mirada viendo su rostro serio mientras su cabeza seguía moviéndose lentamente negando. Cogí aire a la misma vez que echaba la espalda hacia atrás, sintiendo el incómodo respaldar de plástico sobre mi espalda.

—¿No crees que pueda funcionar? —pregunté temiendo por primera vez la respuesta de alguien ajeno a la identidad de ella y a la situación.

—¿Tú quieres que funcione? —preguntó clavando sus ojos azules sobre mí.

—Por supuesto que sí-

—Pues la impresión que a mí me da es que mientras te decides, sigues buscando con quién entretenerte… por si sale mal.

—Yo no busco entretenerme con nadie.

—¿Y tú comida con Miss piernas largas?

—Laura es solo una amiga. —Ella asintió en silencio mientras yo negaba con la cabeza—. Es una comida nada más

—Claro… Por eso vas a comer con ella en lugar de con la mujer con la que tienes una situación complicada. —Me miró sarcásticamente—. Si a mí me gustara alguien que sé que puede irse a otro país a finales de año, aprovecharía para estar con él lo máximo posible…

—Ella no quiere que esté mientras esté su hija con ella —dije justificándome.

—Seguramente sea porque no querrá que se ilusione contigo por si las cosas no salen bien. —La miré en silencio procesando sus palabras.

—No lo había pensado… —susurré suspirando.

—Ese es el problema que tenéis todos los hombres, que no pensáis… Tenéis dos cabezas y no sabéis utilizar ninguna de las dos.

Alzó sus cejas con una breve sonrisa fingida. Respiré profundamente acercando mi cuerpo a la mesa para que nadie pudiera escucharme, tragando saliva antes de humedecer mis labios.

—Es la primera vez en mi vida que tengo miedo de perder a alguien, Susi… —me sinceré mirando a mis manos frotarse entre sí—. Y por más ganas que tenga de que se quede, no puedo pedírselo…

—Es que no tienes ningún derecho a pedírselo tampoco —dijo obligándome a mirarla—. Es su decisión… Y si te gusta tanto como dices, vas a tener que respetarla.

—¡Susi! —una enfermera la llamó interrumpiendo nuestra conversación.

Susana suspiró alzando sus ojos, dedicándome una breve sonrisa mientras se levantaba de su asiento.

—Si de verdad crees que esa mujer merece la pena, aprovecha para estar con ella todo el tiempo que puedas —dijo colocando una de sus manos sobre mi hombro—. Pero si no sientes que pueda funcionar, vete antes de hacerle daño… Sobre todo antes de que esa niña se encariñe contigo.

—Gracias… —susurré pensando sus palabras.

—Cien euros, precio de amiga. —Pasó su mano por mi cabeza, despeinándome—. Ya me contarás. —Me dedicó una leve caricia antes de irse con el portátil. Contemplé unos segundos más la ciudad desde el ventanal de la cafetería, buscando mi teléfono entre mis bolsillos. Al desbloquear el teléfono, sonreí al ver la foto de Isabella en mi pantalla de inicio. Con su pelo húmedo, riéndose sobre su tabla de surf y su traje de neopreno negro. Llené de aire mis pulmones antes de meterme en mensajes, buscando automáticamente su nombre.

Se me está haciendo inevitable no pensar en ti como lo hago últimamente. Y es que eres una persona vitamina que trata de sacar siempre lo mejor de mí, aunque conmigo nada sea fácil… Gracias por recordar cada detalle y por sanar poco a poco mis heridas.

Sabía de sobra que con ella nada era fácil, pero conocer sus ojos tan cerquita de mí, me dejó complemente desarmado. Isabella merecía la pena al cien por ciento. Solo tenía que esforzarme en ser mejor por ella. Demostrarle a Agustín o a cualquiera que dudara que realmente estaba por ella. Isabella me enloquecía, haría lo que fuese por ella. Dejé la taza vacía sobre la barra antes de dirigirme a los vestuarios para cambiarme. Atravesé la ciudad haciendo una breve parada en la tienda de un amigo mío colombiano, para recoger lo que le encargué hace tiempo. Al llegar a casa de Isabella, entré por la calle de atrás para evitar a los periodistas que siempre estaban ahí apostados frente a su casa. Al verme el de seguridad abrió la puerta metálica lo justo para que entrara la moto. Nada más entrar vi el coche de Agustín aparcado junto con un Mercedes blanco. Dejé mi moto aparcada donde no pudiera molestar. Al bajarme me peiné tras quitarme el casco antes de sacar del compartimento de la moto el regalo de

Isabella. Subí los escalones arreglándome la ropa escuchando la puerta abrirse.

—¡Muchacho! —Yaris abrió con una cálida sonrisa.

—Hola, Yaris —respondí sonriéndole antes de darle un breve beso en la mejilla—. ¿Está la cumpleañera en casa?

—Sí, está con el señor Agustín y su mánager —respondió dejándome pasar.

—Genial…

—Menos mal que vino la señorita Paula esta mañana.

—¿Quién es Paula?

Cerré despacio al entrar, caminando lentamente al lado de Yaris.

—La mánager de la señora Isabella.

—Ah, ok… —Seguramente el Mercedes blanco aparcado fuera sería de ella.

—Usted sabe que a mí no me gusta ser chismosa…

—No, por supuesto —respondí divertido colocando mi brazo sobre sus hombros.

—Pero usted ya sabe lo mucho que quiero a la señora… Y lo mucho que me preocupo por ella.

—Lo sé —dije sonriéndole—. ¿Que ha pasado?

—El caso es, que desde que volvieron de llevar a la pequeña al colegio, no han hecho más que discutir.

—¿Quiénes? —pregunté desviando rápidamente la mirada al frente para calcular de cuánto me enteraría antes de llevarme donde se encontraban.

—La señorita Isabella con el señor Agustín —aclaró—. Mucho no llegué a escuchar, pero me dio la sensación de que hablaban de usted…

—¿De mí? —pregunté deteniéndome al lado de la puerta del salón.

—Sí…

Suspiré acariciando el hombro de Yaris antes de quitar mi brazo. Le

agradecí con una breve sonrisa que me contara aquello. Seguramente Isabella le estuviera recriminando a Agustín que fuera a hablar conmigo al ver que no le contestaba el mensaje ni las llamadas. Culpa mía.

—¿Puedes avisar a Isa de que ando por aquí?

—Sí, claro.

—Dile que si está ocupada me llego más tarde…

Yaris se acercó a mí con una sonrisa cómplice, colocando una de sus manos sobre mi brazo.

—Seguro que sabiendo que es usted hace un huequito…

Me dedicó una breve caricia antes de irse dirección al despacho para avisarla. Me quedé allí plantado con una sonrisa cogiendo de nuevo aire. Mientras esperaba, dejé unos segundos el regalo de Isa sobre el sofá para quitarme la chaqueta. El sonido de voces de fondo me dio el aviso de que alguien se acercaba, haciéndome girar sobre mi cuerpo lentamente. A los pocos segundos Isabella apareció con su cabello ondulado recogido en un moño alto, con sus pantalones anchos y una camisa blanca. Mis ojos se fijaron en el collar que le regalé con su nombre en árabe colgando sobre su cuello. Esta mujer cada día estaba más hermosa. No pude dejar de sonreír en cuanto la vi.

—Hola. —Sus labios esbozaron una sonrisa al verme antes de acercarse lentamente mirando a nuestro alrededor.

—Feliz cumpleaños —dije antes de besar con cariño, en un beso lento su mejilla, respirándola.

—Gracias…

—Bonito colgante —dije divertido mientras ambos nos dedicamos una mirada cómplice.

—Una baratija… —bromeó humedeciendo sus labios.

—¿Cómo va la mejilla? —pregunté en voz baja.

Isa llevó fugazmente la mano a su mejilla, colocando sus dedos casi levitando sobre su rostro.

—Molesta un poco, pero… al menos no se nota.

Asentí en silencio contemplándola completamente hechizado.

—Eh… —Desvié la mirada tragando saliva—. Te he traído algo para que se te haga algo más llevadero el dolor.

Saqué de detrás de mí la caja, colocándola entre ambos. Sus manos aparecieron de detrás de su espalda para agarrar el regalo, abriéndolo lentamente. Sus labios esbozaron una amplia sonrisa a la vez que sus ojos me buscaban.

—¿Es lo que creo que es…? —dijo terminando de abrirlo.

—Depende de lo que creas que es.

Sus labios se arrugaron tratando de controlar aquella sonrisa de felicidad a la misma vez que sus ojos se abrían como platos al descubrir en el interior aquellos paquetes de Gudiz. Unos snacks típicos de Colombia que sabía que le encantaban.

—No te puedo creer. —Miró con asombro la caja—. ¿Pero de dónde los sacaste? Te juro que no he sido capaz de encontrarlos por ninguna parte.

—Si quieres te lo digo… —respondí soltando la chaqueta sobre una silla —. Pero ya no me necesitarías para traerte más… —dije mirándola, ocultando mis manos dentro de los bolsillos.

Ambos nos miramos diciéndonos más con la mirada que con los labios. Isabella desvió la mirada de nuevo hacia la caja para sacar uno de los seis paquetes que le había traído.

—Supe que mi hermano fue anoche a hablar contigo —dijo preocupada —. Lo siento, si fue grosero contigo, no debí contarle…

Llené mi pecho de aire acercándome discretamente a ella, pasando una de mis manos sobre mi barbilla para rascarla, buscando las palabras para no crear más conflicto entre ambos.

—Tu hermano hizo lo que cualquier hermano haría… —dije perdiéndome en aquellos ojos café perfilados con lápiz negro sobre el parpado—. Deberías haber escuchado las cosas que le dije al marido de mi hermana…

Isabella sonrió aliviada. Podía ver cómo su cuerpo se relajaba, cómo acomodaba los mechones que se le habían quedado fuera del moño con su sonrisa gobernando su rostro. Sonrisa que se fue apagando paulatinamente antes de mirarme de nuevo.

—Cree que estamos cometiendo un error… —dijo en voz baja buscando alguna respuesta en mi mirada—. Que terminaremos haciéndonos daño sin querer… y que te irás como han hecho todos…

Suspiré escuchándola, dándome cuenta de que las mismas palabras que Agustín me había dicho a mí, también se las había dicho a ella. Agarré la caja que le había regalado dejándola sobre el sofá, mirando a nuestro alrededor antes de perderme de nuevo en sus ojos.

—Por eso he querido venir a verte…

Su mirada se entristeció antes de desviarla para otro lado, escondiendo sus manos dentro de sus bolsillos.

Sus pies se movieron sutilmente tomando distancia entre los dos.

—Pues… tú dirás —dijo alargando las palabras—. Te escucho…

—Aunque me duela aceptarlo, tu hermano sí que tiene razón en algo que me dijo… —Isa asintió apretando sus labios.

—¿En qué?

—En que me moría de ganas de que esto pasara.

Isabella volvió a mirarme. Le dediqué una breve sonrisa acortando la distancia que ella había puesto entre los dos.

—Por eso no quiero desaprovechar lo que sea que viste en mí. —Nuestros ojos se miraron intensamente.

Isabella se acercó lentamente a mí con su imponente e hipnótica mirada clavada sobre mis ojos.

—Soy consciente de que nada volverá a ser como antes entre nosotros… No sé si esto es pasajero o será *pa* siempre, pero… te has adueñado de todo mi presente.

Las manos de Isabella salieron de sus bolsillos para agarrar mi cara,

acercando su rostro con decisión hacia mí para besarme. Mi boca sonrió al sentir sus labios antes de corresponderle con la misma intensidad que sus labios besaban los míos. Fue un beso corto, pero lleno de sentimientos. Besé su frente al despegarnos, viendo cómo saboreaba sus labios antes de morderlos. Nuestros ojos se dedicaron una mirada cómplice al escuchar pasos acercarse a nosotros, limpiándome rápidamente los labios de restos de su pintalabios antes de alejarse de forma divertida.

—¿Isabella?

Isabella se giró tratando de disimular su sonrisa, rascándose la cara. Se aclaró la garganta volviendo a meter una de sus manos dentro de los bolsillos.

—En el salón, Pau —dijo avisándola.

—¡Ah! —Sonrió al verla acariciando su brazo antes de dirigir su mirada hacia mí—. Disculpa, no sabía que seguías ocupada.

—No te preocupes… —Carraspeó mirándonos a ambos—. Os presento…

Su boca apretó brevemente sus labios alzando sus cejas.

—Él es Rubén

—¡Oh! —Paula exclamó llena de sorpresa.

—Un gusto —dije acercándome para saludarla.

—Rubén, ella es Paula, mi mánager y mi una de mis mejores amigas.

—Ya tenía ganas de conocerte —dijo con una sonrisa mirando a Isabella antes de darme dos besos—. Y perdonad la interrupción, ¿eh?

—No pasa nada —respondí entrelazando mis manos tras mi espalda.

—Rubén vino a traerme otro regalo de cumpleaños —Isa mencionó acercándose junto a Paula a la caja.

—¿Otro? —preguntó Paula mirando con complicidad a Isabella—. Qué detallista…

Sonreí al ver cómo Isabella le daba un breve codazo antes de enseñarle las bolsas de Gudiz que le había traído. Por la sonrisa de Paula al ver el

regalo, estaba seguro de que me conocía antes de presentarnos. Paula era casi de la misma altura que Isabella, quizás un poco más alta. Era esbelta y tenía el pelo negro, largo hasta los hombros.

—Debió de costarte mucho encontrarlos. —Sentía en su voz cómo trataba de rascar para ver qué averiguaba—. Te puedo asegurar que como su mánager, mi deber es encontrar imposibles para hacerlos realidad… Y esa marca no he sido capaz de encontrarla en ningún lado.

—Supongo que he tenido suerte… —Lamí mis labios escondiendo mis manos dentro de los bolsillos de mi pantalón.

—Por supuesto —respondió antes de girarse para mirar de nuevo a su amiga.

Isabella acercó su cabeza a la de Paula cuando esta comenzó a susurrarle algo en el oído. Isa asintió dedicándole una leve sonrisa tras acariciar su brazo al separarse. Desvié la mirada girándome de nuevo para darles un poco de intimidad, recorriendo aquel salón con la mirada mientras mordía mi labio inferior nervioso.

—Perdona, Rubén —Paula se disculpó al terminar de hablar con Isa, haciéndome girar de nuevo al escucharla.

—Nada, no hay problema…

Isabella pasó sus dedos por su nuca acercándose a mí, tensa por la situación.

—¿Te importa si te llamo en un rato? —preguntó en voz baja al acercarse a mí con una tímida sonrisa—. Tenemos algo de lío por aquí y… Luego iremos a comer con Violeta y mi familia…

—Tranquila… —respondí en voz baja mirándola—. Tú me avisas…

—Créeme que, si dependiera de mí, te pediría que te quedaras… —dijo disculpándose. Sonreí acariciando su brazo.

—Está bien, no te preocupes… Yo tengo que volver al hospital…

Miré brevemente a Paula que fingía que no nos miraba.

—¿Sabe que la veo mirarme tras el paquete de Gudiz?

Aquella pregunta provocó una leve carcajada de Isabella que captó la atención de su amiga. Ambos nos reímos en silencio antes de besar su frente con cariño, notando cómo sus dedos se aferraban con sutileza a mi camiseta.

—Hablamos luego —dije tras aquel beso dedicándole una breve caricia en la mejilla.

—Gracias… por todo —respondió en voz baja tratando de ocultar la sonrisa al cubrir entre sí sus labios.

Le dediqué un leve guiño antes de mirar de nuevo hacia Paula.

—Un placer. —Agarré mi chaqueta antes de despedirme de Paula.

—Igualmente, Rubén —respondió antes de besar mi mejilla.

Me giré rápidamente para volver a mirar a Isabella antes de irme, dejando que mis labios sonrieran sin tener que disimular. Salí de allí con la sensación de flotar, como si mis pies no rozaran el suelo y con la sonrisa puesta. La felicidad era algo efímero, era algo que había aprendido a base de golpes. Y justo eso fue lo que pasó cuando al llegar de nuevo al hospital, vi una decena de periodistas esperando en la puerta. Al entrar, Susana me esperaba sentada junto a mi taquilla con sus piernas cruzadas e inmersa en la pantalla de su teléfono.

—¿Por qué hay tanto revuelo fuera? —pregunté dejando el casco en el banco para quitarme la chaqueta.

—Menos mal que has venido. —Susana se levantó nada más escucharme —. Estaba a punto de llamarte…

—¿Ha pasado algo? —La miré preocupado quitándome el jersey para colocarme el uniforme.

—Marcos Roig está aquí.

Aquel nombre de boca de Susana me hizo terminar de ponerme el uniforme a cámara lenta.

—¿Y qué hace aquí? —pregunté atándome el cordón del pantalón.

—No lo sé, se presentó aquí hará quince minutos, quizás algo más… Y

dijo que quería hablar contigo, así que le pedí que te esperara en mi despacho.

—Gracias.

—No sabía que conocías al exmarido de Isabella Chadid —dijo intrigada.

—Sí, era amigo de Adriana…

Miré pensativo hacia la puerta. Marc no era de los que se dejaba ver a no ser que fuera importante. Seguramente vendría a amenazarme para que no contara nada de lo que pasó anoche.

—¿Por qué nunca me cuentas esas cosas? —Sus ojos se abrieron de par en par.

—Porque me habrías chantajeado para que te presentara a Isabella.

—¡Exactamente por eso tenías que habérmelo dicho! ¿Sabes cuánto amo y admiro a esa mujer? ¡Es una diosa! ¡Una reina!

Le dediqué una breve sonrisa antes de salir de los vestuarios dirección al despacho de Susana para ver qué era lo que quería Marc. Escuchaba los murmullos de la gente mientras caminaba. Al llegar a la puerta del despacho de Susana, cogí aire para soltarlo en forma de resoplo antes de abrir. Marc se giró al escuchar la puerta abrirse, mirándome a través de unas gafas de sol oscuras de pasta azul, del mismo color que el jersey que llevaba.

—Me han dicho que estabas buscándome —dije al cerrar la puerta al entrar.

Marc se quitó las gafas dejándome ver su ojo izquierdo morado. Su mirada era desafiante, al igual que su lenguaje corporal, sujetando sus gafas entre las manos y sacando pecho.

—Si has venido buscando una disculpa… —dije poniéndome de lado señalándole la puerta.

—Podría hacer que te quitaran hasta la colegiatura, lo sabes ¿no?

—Hazlo —respondí desafiándole.

Su sonrisa provocadora aumentaba el odio que despertaba en mí. Respiré

profundamente, cruzando los brazos, deseando que terminara de decir lo que fuera que quería decirme y se largara.

—¿Desde cuándo te estas follando a mi mujer? —preguntó acercándose a mí.

—Exmujer —dije recalcándole, cosa que él pareció hacerle mucha gracia.

—Sabes que solo te está utilizando para olvidarse de mí, ¿no? —Su sonrisa burlona volvió a aparecer en su rostro.

—Eso es problema mío, no tuyo…

Asintió soltando el aire por la nariz mientras rascaba sus mejillas.

—Te sientes especial y eso te tiene gallito, lo entiendo. —Guardó sus manos en los bolsillos mirándome—. La primera vez que me la follé, me sentía igual… Sobre todo, porque aún estaba con el novio ese argentino que tenía…

Sus cejas se alzaron al comenzar a sonreír con todo el cinismo del mundo.

—Se sentía tan poquita cosa, tan insegura y desprotegida, que fue fácil engatusarla.

Respiré profundamente controlando mis ganas de dejarle el otro ojo morado.

—Follábamos mucho al principio, quizás por el morbo de que ambos estábamos engañando a nuestras parejas, ¿gracioso no?

—¿Qué es lo que quieres? Algunas personas tenemos trabajo —le corté antes de no poder controlarme.

—No quiero verte cerca de ella —dijo en tono amenazante—. No quiero que la toques, ni que la mires. —Mordí mi labio inferior asintiendo levemente antes de acercarme a él.

—Me importa poco lo que tú quieras —respondí aguantándole la mirada —. ¿Tu novia sabe qué fuiste anoche a intentar violar a tu exmujer? —pregunté viendo cómo su rostro se transformaba, llenándose sus ojos de ira

—. ¿Qué mentira le has soltado cuando te ha visto el ojo así? Si quieres, podemos salir ahí fuera y contarles a todos esos periodistas la basura que eres.

—Vas a arrepentirte de haber vuelto de tu puto país. —Asentí haciéndome a un lado señalándole la puerta.

—Lárgate.

—O si no, ¿qué?

Respiré hondo devolviéndole la mirada.

—Lárgate de una puta vez.

Asintió con soberbia mirándome de arriba abajo.

—Y como vuelvas a intentar a hacerle daño a Isabella, todo el mundo se enterará de que llevas años robándole dinero de sus cuentas —le advertí con una sonrisa irónica.

—No tienes pruebas de nada. —Sus ojos se clavaron en mí llenos de ira.

—Será mejor que no quieras comprobarlo.

Estaba probando de su propia medicina, por eso estaba que se subía por las paredes. Marc no era tonto y sé que no sabía cómo podría reaccionar si se veía acorralado, ni como perjudicaría a Isabella si lo cabreaba más, pero no iba a dejar que me amenazara. Marc pasó por mi lado dándome un empujón para provocarme. Colocando su dedo índice sobre mi pecho.

—Estás advertido. —Clavó su dedo en mi pecho—. No te acerques a Isabella.

—Lárgate —respondí achuchando mi pecho contra su dedo.

—Siempre fuiste un parásito. Un carroñero, esperando el momento para pegarte a ella… Un oportunista.

—Aquí el único parasito oportunista que ha habido desde el principio, has sido tú —dije con la mirada fija sobre él observando su sonrisa socarrona—. Estás de mierda hasta el cuello, Marcos Roig, así que no te conviene seguir cabreándome —dije siendo yo esta vez quien lo señalaba —. Si no te maté anoche cuando te vi intentando violar a Isabella fue por

Violeta, porque ella no tiene culpa de la basura que tiene como padre, pero no sigas provocándome… porque mi paciencia tiene un límite.

—Uhh qué miedo. —El sonido de su risa me hervía la sangre aún más—. El cubanito está mostrado su verdadera cara…

—Lárgate antes de que te deje el otro ojo igual o peor —dije entre dientes respirando para no perder la poca paciencia.

—Por cierto… —dijo girándose mientras andaba de espaldas en dirección a la puerta—. Ten cuidado, últimamente la gente aquí en España se está volviendo muy racista, no me gustaría que te pasara algo.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté aguantándole la mirada.

—Un consejo, como amigo.

Vi cómo caminaba lentamente hacia la puerta mientras se acomodaba de nuevo las gafas antes de salir. Mi primera reacción fue sacar el teléfono para llamar a Isabella y prevenirla, pero antes de pulsar su nombre rectifiqué. Contarle solo empeoraría más la situación. No quería preocuparla más después de lo que vivió anoche y menos en su cumpleaños, rodeada de su familia. A los minutos de irse Marc, Susana apareció en su despacho, tocando la puerta antes de entrar. Dejé de frotar mi rostro para incorporarme, alejándome de la mesa al verla entrar. Mis dedos se aferraban al filo de su mesa llenos de rabia.

—¿Todo bien? —preguntó al verme.

—Sí.

—Pues no lo pareces…

Inhalé lentamente alejándome de la mesa. La mano de Susana se posó sobre la boca de mi estómago para detenerme.

—¿Habéis discutido?

—Más o menos.

—¿Es por Adriana?

—Lo siento, Susi, tengo que salir un segundo… Discúlpame.

Me excusé antes de salir, dedicándole una leve sonrisa antes de irme. Iba

tan absorto en mis cosas que estuve a punto de chocarme varias veces con la gente que caminaba por el hospital mientras me dirigía a los exteriores para fumarme un cigarro. Una de las enfermeras me ofreció uno al verme rebuscar en mis bolsillos, maldiciéndome por haberme dejado mi paquete de tabaco en la chaqueta. Tras agradecerle el gesto, me retiré en busca de algo de silencio para ordenar todo lo que andaba procesando mi cabeza, fumando con ansiedad para calmar la rabia que sentía. Después de la cuarta calada, respirando el frío y contaminado aire de Madrid en absoluto silencio, la vibración de mi teléfono me trajo de nuevo. Suspiré al ver el nombre de Laura. Con todo esto del asunto de Marc, había olvidado avisarla. Terminé aquel cigarro antes de responder.

—Hola, Laura.

—Ey, ¿sabes ya la hora en la que estarás libre?

—Eh… —Revisé mi reloj, comprobando que eran casi las dos.

—Había pensado que, si no tenías mucho tiempo, podíamos comer en la cafetería del hospital. —Miré a mi alrededor, mirando de nuevo el reloj antes de responderle. Quizás salir de aquí me vendría bien. Necesitaba distraer mi cabeza.

—Preferiría salir un rato del hospital, me vendría bien tomar algo de aire.

—Pues mueve el culo que tengo hambre, te espero en el aparcamiento —me regañó antes de colgarme.

Salí de las zonas comunes avisando a Susana con un mensaje de que estaría fuera comiendo. Pasé por mi taquilla para cambiarme nuevamente de ropa y cogiendo la chaqueta antes de salir al parking. Al atravesar la puerta, vi su coche aparcado al lado de una farola, con las luces de emergencia puestas. Observe cómo su atención estaba fija sobre su teléfono antes de desviar la mirada para encontrarse conmigo. Conocía esa forma de mirar. La manera en la que sus labios se torcían para sonreír nada más verme. Había visto esa mirada muchas veces en el rostro de las mujeres y me había aprovechado demasiadas veces de eso. Tragué saliva lanzándole una breve sonrisa antes de abrir la puerta del copiloto.

—¿Llevas mucho esperando? —pregunté entrando en el coche.

—No, no te preocupes —dijo quitándole importancia mientras se acercaba para saludarme con un beso en la mejilla.

—Bueno… ¿Adónde vamos?

—Conozco un sitio por aquí cerquita, que se dé buena mano que se come bien. —Sus manos se dirigieron al volante tras arrancar el coche.

—Genial… —respondí viendo cómo nos alejábamos del hospital.

Me acomodé incómodo en el asiento, observando brevemente cómo dejábamos el hospital atrás.

—¿Has tenido un mal día? —preguntó llamando mi atención.

Giré levemente la cabeza hacia ella observando cómo el sol calentaba la mitad de su rostro. Negué levemente dejando caer mi brazo sobre el marco de la puerta.

—Los he tenido peores…

—He visto un montón de paparazzi en la puerta al llegar, ¿es que habéis tenido alguien famoso o qué?

Suspiré desviando la mirada al frente tratando de adivinar por dónde íbamos.

—Eh… Sí, algo así —dije viendo cómo mordía sus labios tratando de disimular la sonrisa—. Te mueres de ganas de saber quién es, ¿cierto?

Laura sonrió asintiendo, dedicándome una breve mirada antes de volver a centrar su atención en la carretera.

—Ya que me cuentas el chisme, te agradecería que fuera completo.

—Era Marc Roig. —Pronuncié su nombre atragantándose en mi boca.

Laura giró su cabeza, aprovechando que habíamos parado en un semáforo para mirarme con los ojos abiertos de par en par, llena de asombro.

—¿Marcos Roig estuvo en el hospital? —preguntó sorprendida.

—Por favor, no me digas que te gusta.

—¡Me encanta! —añadió emocionada—. Está buenísimo.

—Por dios —murmuré inhalando profundamente.

—Tuve la suerte de conocerlo hace tiempo en una reunión que se hizo de propietarios de la urbanización, no tenía ni idea de que vivíamos en la misma urbanización. —Sus palabras llenas de admiración me molestaban —. Iba con la tía esta… ¿Cómo se llama? Esa de la que se ha divorciado, que por cierto no pegaban ni con cola…

—Isabella. —Pronuncié su nombre para que no volviera a llamarla así.

—Esa… —respondió con desgana—. No sé qué pudo verle… con esos pelos que parece que no se ha peinado en la vida…

Me quedé varios segundos viendo cómo su rostro hacía una breve mueca de desagrado.

—No vale un duro, ni siquiera como artista, está sobrevalorada…

—¿Sobrevalorada? —repetí en voz baja mirándola.

—¿Escuchaste su última canción echando por tierra al padre de su hija? Qué ridícula… Parece que se le olvidó que tiene una hija con él.

Negó indignada mientras la miraba perplejo de escucharla defender a Marc.

—No entiendo el *hype* que hay por ella… Bueno sí, porque a los hombres os encanta verla mover las caderas para imaginaros cómo sería acostarse con ella… Pero si os tomarais el tiempo para escucharla, os daríais cuenta de que ni siquiera canta bien, por no hablar de que su música suena toda igual… Es vulgar y repetitiva. En cambio, él…

—Él es un idiota que tampoco pensó en su hija cuando estaba follándose a otra que no era su mujer —respondí interrumpiéndola.

Giró su cabeza para dedicarme una breve mirada de desaprobación al escucharme.

—Vale, está claro que eres *team* Isabella —dijo aparcando al llegar al restaurante.

—¿*Team* qué? —pregunté confundido—. Lo que no entiendo es cómo

puede gustarte un tío que es un cerdo narcisista… ¿Las tías no tenéis un código donde os apoyáis unas a otras o qué? —añadí desabrochando el cinturón de seguridad. Vi cómo me miraba mientras desabrochaba su cinturón de seguridad, dedicándome una amplia sonrisa.

—Mira, entiendo que… cuando se conocieron ella estaba en su *prime*, pero ahora… —respondió abriendo su puerta—. Debe de tener como cincuenta. En cambio, él es joven, guapo, tiene dinero, es normal que no quiera estar toda su vida atado a una mujer premenopáusica que ha sido capaz de expresarse así del que fue su marido frente a todo el mundo —dijo mientras ambos salíamos del coche—. No quiero ni imaginar cómo tiene que ser en la intimidad, seguro que es insoportable e intensa… Con esos aires de diva.

—¿Y que te caiga mal justifica que le pongan los cuernos?

—Yo lo que digo, es que es mayor para todas las tonterías que hace… Aunque él sabía dónde se metía también al ver que era latinoamericana, allí las mujeres son demasiado intensas.

—No tenía que haber aceptado venir —murmuré caminando tras ella.

—¡No cierre!

Exclamó adelantándose para agarrar la puerta que habían dejado abierta tras salir una pareja. Suspiré acercándome hacia Laura para entrar a aquel restaurante. Había pasado mil veces por la puerta cada vez que había ido a ver a Isabella o a Agustín, pero nunca me había preguntado cómo se comería aquí. Pasé tras ella después de sujetarle la puerta para que pasara, observando aquella decoración moderna, con mesas blancas y sillas madera. El encargado nos acompañó hasta la mesa que Laura había reservado, sentándome después de ella.

—¿Qué? ¿Qué te parece? —me preguntó acomodando su abrigo tras el respaldar de la silla.

—Parece que estamos en mitad de la selva del Amazonas —dije observando a mi alrededor.

—Esa era la idea del diseñador —añadió riéndose—. De ahí el nombre

de Amazonia.

—Mientras no nos ataque un puma… —bromeé en voz baja.

Laura se echó a reír mientras miraba por encima la carta, imaginando que todo serían platos de diseño. Lo que eso significaba que tendría que sacarme un bocadillo de la cafetería del hospital. Laura llamó al camarero alzando sutilmente su brazo para que nos tomara nota de las bebidas.

—Gracias… —respondí mordiendo mis labios viendo cómo se alejaba apuntando.

—Así que… —Entrelazó sus manos sobre la mesa mirándome con curiosidad—. Eres fan de Isabella Chadid.

—Fue mi primer concierto cuándo vine a España —le confesé apoyando los antebrazos sobre el borde de la mesa.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

—Y si te tomaras el tiempo de escucharla, descubrirías la artista tan completa que es —añadí alzando levemente las cejas.

—No la soporto, lo siento… —dijo riéndose, acomodándose cerca de la mesa—. ¿Dónde la viste?

—Aquí en Madrid. Fue cuando cantó para la candidatura de las olimpiadas.

—O sea que siempre ha sido tu *crush* —dijo intrigada.

—Algo por el estilo.

—¿Y nunca la has conocido en persona?

Su pregunta curiosa me llevó a aquella noche donde nuestros caminos se juntaron por primera vez. A recordar lo que increíble que fue escuchar el sonido de su sonrisa o compartir experiencias con ella por primera vez. Asentí cogiendo aire antes de mirar aquellos ojos casi grises que me miraban con curiosidad.

—Marc era amigo de mi exmujer —confesé viendo cómo sus ojos se volvían a abrir atónitos.

—No sabía que habías estado casado.

—Es lo que tiene ir atropellando a la gente…

Laura sonrió lanzándome la servilleta.

—Capullo —dijo riéndose mientras volvía a ofrecerle divertido aquella servilleta—. Entonces la conociste gracias a tu exmujer.

—Algo así. —Torcí los labios para omitir algunos detalles.

—¿Y cómo es? Me refiero… —Sacudió sutilmente su cabeza acomodando su cabello mientras pensaba—. ¿Es borde o te mira por encima del hombro?

—¿Esa fue la impresión que te dio al conocerla? —Vi cómo negaba rápidamente.

—Me pareció insulsa sin más, de hecho, casi no habló… Solo se limitaba a asentir embelesada a todo lo que decía su marido… Me pareció poca cosa, casi decepcionante.

—¿Decepcionante? —indagué.

—Sí, porque la ves en televisión con esa seguridad en el escenario… Y luego en persona es eso, decepcionante. Una mujer superbajita, con muchas inseguridades… Casi produce más lástima que otra cosa, es como si no fuera la misma que ves en televisión… Pero he oído de gente que ha trabajado con ella y dicen que es insoportable.

Escuché en silencio aquella descripción que había hecho, distrayéndome al ver al camarero soltar su botella de gaseosa y mi botella de agua. Laura me pidió permiso para dejarla pedir a ella. Mientras esperábamos los platos, le conté por encima sobre mi matrimonio, sin profundizar demasiado. Al llegar la comida, el emplatado era magnífico, pero la comida escasa. Laura parecía disfrutar de cada uno de los platos como si fuese la primera vez que los comía. Tras conocer que había estado casado, Laura quiso contarme más de su vida, mientras devorábamos cada uno de los platos.

Laura era una mujer divertida, ingeniosa, extremadamente sarcástica y hermosa. Cuando se disculpó para ir al baño, antes de que mis ojos la siguieran, me di cuenta de que de fondo estaba reproduciéndose la canción

de *Contigo* de Isabella, con la que empezó a romper récords. Una sonrisa orgullosa salió de mis labios. No entendía cómo podía decir que era una artista sobrevalorada. Llevaba años demostrando que era mucho más que una cara bonita. Aunque estaba claro, que todo lo que tuviera que ver con Isabella, mi opinión era poco crítica. No era capaz de encontrar imperfección alguna en ella. Esperando a Laura, desvié la mirada al fondo del restaurante viendo a un grupo cantando el feliz cumpleaños mientras la que parecía cumplir años estaba tratado de esconderse bajo su gorra. Sonreí al verlos imaginando a Isabella soplando sus velas con su familia. No tuve tiempo de ver mucho más, al ver a Laura acercándose a nuestra mesa.

—Había una cola… —dijo al sentarse.

—No te preocupes —respondí con una rápida sonrisa—. Entonces qué, ¿te ha gustado la comida?

—Sí… Sí, la verdad es que me ha sorprendido. Cuando vi el tamaño de los platos…

—Pensabas que te ibas a quedar con hambre —terminó la frase con una amplia sonrisa—. Me pasó igual la primera vez que vine.

—Pero me ha gustado mucho… Nunca había entrado.

—¿Lo conocías? —preguntó colocando su barbilla sobre su mano mirándome.

—De pasar por delante.

—Yo lo descubrí hace poco en una cita —dijo acomodando su cabello—. Fue lo único bueno de aquel día…

Sonreí apretando mis labios mientras cruzaba los brazos sobre la mesa.

—¿Tan mal fue? —pregunté por curiosidad volviendo a la conversación.

Laura se inclinó hacia adelante cruzando sus brazos sobre la mesa también, suspirando antes de volver a mirarme con sus ojos grises.

—Al principio pensé que era por mi culpa, porque era amigo de mi familia… Y me vi como «obligada» a aceptar cenar con él, así que mis expectativas no es que fueran muchas… —explicó pasando varios de sus dedos por su barbilla—. Pero luego me di cuenta de que es que el tío era

idiota.

No pude evitar reírme al escucharla hablar con tanta franqueza.

—No te rías… —dijo divertida—. Creo que es la peor cita que he tenido en toda mi vida.

—¿Por qué? —pregunté divertido.

—Primero le molestó que viniéramos en coches separados… Y sinceramente me siento más tranquila yendo y viniendo en mi coche… Luego, no paró de quejarse de lo liberales que éramos ahora las mujeres… Toda la cena se tiró hablando de lo mucho que su abuela había trabajado criando a sus ocho tíos ella sola, porque las mujeres antes estábamos diseñadas para mantener a la familia unida…

—¿Ocho hijos? —pregunté sorprendido.

—¿Verdad? Qué necesidad…

—Y son amigos de tu familia dices.

—Por desgracia… —suspiró sonriendo, mirándome—. Mi madre anda nerviosa porque lo que cumpla serán treinta y cuatro años… Y dice que tiene ganas de nietos.

—¿Y tú…? ¿Quieres tener hijos? —pregunté colocando mi espalda en el respaldo de la silla.

—No lo sé… —Su mirada dejó de brillar, al igual que su sonrisa—. De hecho, no sé siquiera si puedo tenerlos…

Fruncí el ceño viéndola suspirar, acomodándose sobre su asiento sopesando contarlo o no. Sus manos acomodaron su cabello antes de clavar sus ojos sobre el mantel, queriendo ocultarse.

—Tuve un accidente hace unos años y tuvieron que hacerme una ooforectomía unilateral.

—Lo siento… —Suspiré colocando mi mano sobre la suya, consolándola.

—Gracias…

—Podría informarme si quieres porque no es un campo que controle,

pero… No creo que tener un solo ovario te impida ser mamá, en caso de que quieras serlo.

—Te lo agradezco, pero… —Alzó sus hombros lentamente antes de volver a mirarme con los ojos tristes—. La persona con la que quería formar una familia, decidió que lo mejor que podía hacer tras estrellar el coche era huir…

No pude evitar disimular mi cara de perplejidad al escucharla.

—Imagino que lo denunciaste. —Vi cómo negaba avergonzada—. No volví a verlo más… para mí murió aquel día en el accidente.

—Menudo hijo de puta… —dije en voz baja negando con la cabeza procesándolo—. Ahora entiendo por qué eres *team* Marc, los hijos de puta son tu rollo…

Vi cómo sus labios volvían a sonreír al escucharme bromear para relajar el momento tenso que acabábamos de tener, agarrando la mano con la que le había dedicado una leve caricia, agradeciéndome el gesto. Al alzar los ojos, mi mundo se paró al ver a Isabella acercarse con sus manos descansando sobre su bolso colgado en forma de bandolera, sujetando la mano de Violeta que caminaba mirando al suelo. Nuestros ojos se miraron con sorpresa al coincidir en aquel lugar. Vi cómo la sonrisa que se le había dibujado en la cara al verme, se le borró rápidamente al ver a Laura acariciar mi mano. Sus ojos me miraron esta vez con sorpresa, apartando la mirada al pasar por mi lado, escondiéndose bajo aquella gorra mientras salía acompañada de Agustín que la dirigía agarrando su cintura mientras hablaba por teléfono. Suspiré incómodo apartando la mano con delicadeza antes de girarme levemente, buscándola. Al mirar de nuevo al frente, vi a María agarrada del brazo de Irene. Estas últimas sí me dedicaron una amplia sonrisa al verme. Irene sí alcanzó su mano para que la agarrara en forma de saludo antes de irse con los demás. Sabía que aquel simple gesto me iba a traer problemas. La conocía. Había visto cómo sus ojos habían mirado aquel inocente gesto de consuelo. En circunstancias normales me habría levantado para ir tras ella a explicarle, pero siendo ella quien era me tocaba aguantar el chaparrón hasta que pudiera verla. Laura me miraba

curiosa tras el detalle de Irene al pasar por mi lado.

—¿No es muy joven para ti? —preguntó riéndose.

—Es la sobrina de una amiga mía… —dije incómodo con una leve sonrisa.

—¡Ah! Ya estaba preocupándome.

Sonreí desviando la mirada hacia atrás de nuevo buscando restos de ellos. Respiré profundamente al volver a mirar hacia Laura, dedicándole una breve sonrisa antes de alzar la mano para llamar al camarero.

—Deberíamos irnos… No quiero que me echen de menos en el hospital.

—Claro, déjame que te invite —respondió buscando su cartera dentro del bolso. El camarero se acercó hacia nosotros con la cuenta.

—Aquí tienen —dejó el papel sobre la mesa junto con el datáfono.

—No, por favor… —dije agarrando la cuenta—. Deja que te invite.

—Claro que no, ha sido idea mía invitarte a comer.

—Pero me has sacado del hospital un rato, así que déjame que te invite como agradecimiento… —Saqué la cartera del bolsillo de mi chaqueta ofreciéndole la tarjeta al camarero—. La próxima invitas tú.

—Hecho —asintió con una sonrisa.

Al terminar de pagar, salimos del restaurante mientras me colocaba de nuevo la chaqueta, buscando involuntariamente el rastro de Isabella. Aunque fuese ver su mirada de enojo por última vez. Pero en aquel aparcamiento solo había unos pocos coches y ni rastro de ella ni de su familia. De camino al hospital revisé mi teléfono para ver si me había escrito algo, pensando que lo mejor sería llamarla en cuanto llegara. Laura detuvo el coche sin apagar el motor, poniendo las cuatro luces.

—Gracias por la comida —dije desabrochando el cinturón de seguridad.

—Gracias a ti, que has sido quien ha pagado…

—Bueno, la próxima dejo que me invites tú. —Le dediqué una leve sonrisa antes de abrir la puerta.

—Cuando quieras —respondió en voz baja mirándome nuevamente de

aquella manera que tan familiar se me hacía entre las mujeres.

Antes de que pudiera salir, Laura se acercó a besar mi mejilla con un beso lento. En otras circunstancias, habría aprovechado aquella cercanía al despegarse para besarla en la boca, pero era la primera vez que me sentía incómodo, imaginando qué pensaría Isabella si me viera.

—Ve con cuidado… —dije abriendo la puerta para poner distancia.

—Sí, tranquilo… Hablamos para la próxima.

—Claro.

Sonreí brevemente antes de ocultar mis manos dentro de los bolsillos del pantalón dirigiéndome de nuevo al interior. Comprobé que todo estuviera tranquilo antes de sentarme en los vestuarios para llamar a Isabella. El corazón me palpitaba a toda velocidad al escuchar los tonos e imaginar a Isa mirando su teléfono sonar enfadada. Cogí aire al ver que no tenía intención de responder. Antes de que entrara en buzón, colgué para llamar al número de Agustín. Este en cambio respondió al segundo tono. —¿Qué pasó? Tantos años siendo amigos para terminar siendo tu segundo plato… Estaba con ella.

—No te me pongas celoso, mi amor —dije aliviado al escuchar su respiración tras disimular la sonrisa—. Está contigo, ¿verdad?

—Así es… —dijo en un tono que sabía perfectamente que tenía el teléfono en altavoz—. ¿Quieres que le diga algo?

—Sí… Dile que, que… —dije sabiendo que estaría escuchando—. Que me llame cuando pueda, por favor… Es importante.

La puerta de los vestuarios se abrió para dejar entrar a Susana, mirándome totalmente confundida.

—Pensé que después de la charla que habíamos tenido esta mañana, te irías a comer con tu chica… Y al salir a fumar veo que sales del coche de Miss piernas largas… ¿Qué coño os pasa a los hombres? ¿Es que siempre pensáis con la polla o es que la visita de Roig te dejó aún más idiota de lo que eras?

Me levanté rápidamente del banco de madera pidiéndole que se callara,

colocando mi dedo índice sobre mi boca, tratando de colgar la llamada. Susana vio mi teléfono contar los segundos antes de que pudiera colgar, dándose cuenta de que había metido la pata al verme frotar mi rostro.

—Lo siento…. —susurró antes de cubrir su boca con una de sus manos. Respiré hondo antes de mover la cabeza negando para quitarle importancia —. Mejor me voy —dijo abriendo de nuevo la puerta.

Antes de que pudiera responder mi teléfono volvió a sonar, cogiendo aquello Susana como una señal para irse, dejándome con un problema más del que ya tenía. El nombre de Agustín parpadeaba sobre mi pantalla, ansioso al otro lado de teléfono por saber qué era lo que había pasado.

—Sí, dime.

—¿Qué fue eso?

—La cobertura… en los vestuarios que es horrible.

—¿Qué es eso de la visita de Roig? ¿Marc estuvo en el hospital?

—Nada importante… —Cogí aire mientras daba vueltas en círculo por los vestuarios—. Vino para que le revisara el ojo por el golpe de anoche, nada más.

—¿Seguro? —insistió—. He quitado el altavoz…

—Tengo que volver al trabajo… pero por favor, dile a tu hermana que me llame… Por favor.

—Está bien… Pero te aviso que está enfadada porque te vio haciendo manitas con «Miss piernas largas».

Aquello me confirmó que habían escuchado a Susana. Pude escuchar su voz de fondo regañándole mientras Agustín se reía.

—Dile que me llame, por favor.

Volví a repetirle antes de colgar. Tenía la sensación de que era la relación más corta que había tenido. Si es que podía llamarlo relación. Tenía la conciencia tranquila porque sabía que no había hecho nada malo, pero no podía permitirme este tipo de malentendidos con ella. No pude controlar estar el resto del día distraído. Recordando el microsegundo en el que su

sonrisa al verme agarrado de la mano de Laura se transformó. Su rostro pasó de aquel sentimiento de emoción a la decepción. Las horas pasaron mirando el teléfono cada minuto, esperando que me dijera algo, que respondiera a mis disculpas. Al llegar las ocho de la tarde, volví a dejar la bata hasta mañana, saliendo del hospital, comprobando de nuevo el teléfono mientras caminaba en dirección al parking. Al llegar donde se encontraba mi moto aparcada, los destellos de unas luces llamaron mi atención. Al quitar las largas vi su furgoneta Volkswagen California marrón y blanca. Con una sonrisa de oreja a oreja guardé mi teléfono en la bolsa antes de colgármela atrás para acercarme. Al apartarme del destello de sus faros pude verla esperándome con el rostro serio, con su codo sobre el borde de la ventana. Isabella abrió los pestillos para que pudiera entrar. Nada más sentarme, sonreí al disfrutar nuevamente de su perfume y de verla. Ella no quería darse cuenta, pero a mí me hacía feliz con solo verla, aunque fuese allí sentada mirándome enfadada.

—Hola —la saludé sin poder disimular la ilusión de verla. Sus ojos me miraban fijamente, en silencio, procesando—. Oye… siento mucho no haberte contado que comería con Laura… Cuando volví de tu casa, se complicaron las cosas un poco por aquí y olvidé contarte… Lo siento —me disculpé mirándola. Admiré en silencio la anatomía de sus labios, de sus enormes ojos oscuros, sus manos sujetando su cabeza y agarrando él volante—. Si te sirve de algo, jamás podría tener algo con piernas largas. Primero… Porque me gustan más las tuyas… —Vi cómo aquello provocó que su mandíbula se tensara al tratar de evitar sonreír.

—¿Y segundo? —dijo rompiendo su silencio.

—Porque me atropelló… —dije de forma divertida—. Sería claramente una relación tóxica… —Isabella giró su cabeza llevando sus nudillos a sus labios para tratar de esconder su sonrisa, aunque sus pómulos la descubrieran al elevarse al reírse en silencio.

—¿Por qué nunca me has hablado de ella? —Dejó su mirada perdida sobre el volante.

—Porque el día que la conocí, fue cuando me pediste tiempo para pensar

en nosotros… —Me acomodé en el asiento sin dejar de mirarla—. Lo siento…

Volví a disculparme al verla bajar sus manos sobre sus piernas mientras suspiraba. Llevé una de mis manos hacia la suya, buscando sus dedos para entrelazarlos.

—Te juro que ha sido una comida de amigos… —dije en voz baja observando cómo su pecho se inflaba antes de dirigir sus hermosos ojos sobre mí.

—¿A qué vino Marc aquí? —preguntó mirándome fijamente—. ¿Vino a amenazarte?

—Vino a pedirme que no contara nada de lo que pasó anoche. —Sus ojos me miraron fijamente.

—Mientes… —susurró lamiendo sus labios—. Sé cuándo mientes…

Suspiré rascando mi barbilla.

—Rubén…—insistió sentándose sobre su pierna derecha para mirarme de frente.

—Isabella —repliqué viendo sus ojos mirándome insistentemente—. Ya sé lo dije a tu hermano, vino a que le viera el ojo… Y a pedirme que no dijera nada, eso es todo. —Me acomodé en el asiento del copiloto buscando sus manos—. Llevo todo el día muriéndome de ganas de verte…Y no quiero estropearlo hablando de Marc ni de nadie más…

—¿Hasta cuando hacías manitas con Miss piernas largas también querías verme? —preguntó cruzando sus brazos.

—No estábamos haciendo manitas, solo la consolaba tras contarme una cosa… —dije riéndome—. Y para que lo sepas, estuvimos casi todo el rato hablando de ti… Trataba de hacerla *team* Isabella.

—¿*Team* Isabella? —Sus labios sonrieron sin esconderse por primera vez.

—Es una larga historia… —respondí antes de suspirar observando a la mujer más infravalorada y espectacular del mundo.

Los labios de Isabella se abrieron para dejar salir aquella hermosa y encantadora sonrisa mientras mordía su labio inferior. No sé qué era lo que tenía, pero cada que la miraba, más me gustaba. Verla sonreír así, junto con las ganas que le tenía desde esta mañana, me empujaron a agarrar su rostro para girarlo hacia mí y así poder besar esos labios a los que era adicto. Sentí su sonrisa bajo mis labios antes de devolverme el beso, colocando una de sus manos sobre mi costado, agarrando mi camiseta para acércame más a ella. En ese momento ambos nos besamos acariciando nuestros labios lentamente, saboreándonos, como si no existiera nada alrededor nada más que nosotros dos. Lo único que se escuchaba en aquella furgoneta era el sonido de nuestros labios besándose. Me encantaba deslizarme sobre sus labios. Saborear su olor. Sus manos acariciándome con delicadeza al separarnos. Observar cómo su dentadura asomaba sobre sus labios al sonreír.

—Te quiero —susurré apoyando la cabeza sobre el respaldo de mi asiento mirándola.

Le confesé viendo cómo sus mejillas se enrojecían y su mandíbula se tensaba a la vez que sus labios luchaban por no sonreír. Sus ojos en cambio lucían recelosos de aquella confesión.

—¿De verdad me quieres?

—¿De verdad te extraña? —Sonreí incorporando mi cabeza para acercarme de nuevo a ella—. No sé quién fue quien dijo que… Ojalá pudiera prestarte mis ojos para que vieras como te veo, así te darías cuenta de que por muchas piernas largas que se pongan a mi alrededor, ninguna tiene nada que hacer a tu lado…

Sus ojos se iluminaron a la vez que una de sus manos comenzó a acariciar mi barbilla, regalándome la más hermosa de las sonrisas.

—No creo recordar que Frida Kahlo hablara nada de piernas largas…

—Es que es una versión extendida —respondí burlándome.

—Ya entiendo…

Sus ojos dejaron de mirarme para esconderse al bajar la mirada. Le di su

espacio para no agobiarla, para que procesara.

—¿Me seguirás queriendo cuando… se acabe la magia?

La miré en silencio viendo cómo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué pasara cuando veas cómo es mi día a día? Cuando conozcas mis días malos, todos mis estados de ánimo, mis manías… Mis miles de obligaciones como madre soltera, como artista…

—Eso ya lo conozco…

—Pero como amigo —recalcó.

—Isa, no te miento cuando te digo que nadie me había gustado jamás como me gustas tú… —le recordé quedándonos ambos en silencio varios segundos mirándonos a los ojos—. Cada vez que me miras o te me acercas siento cómo mi cuerpo entero se acelera…

Su pecho se llenó de aire sin apartar sus ojos de los míos. Sus ojos me miraron agobiados mientras se le escapaba un suspiro del pecho. Agarré su mano para atraerla hasta mí, estrechándola entre mis brazos.

—A medida que vayan apareciendo los problemas, los iremos solucionando… Juntos —susurré sobre su cabeza aún abrazado a ella antes de que ella se despegara de mi pecho.

—¿Seguro no te hiciste daño? —preguntó mirándome muy seria—. Porque caer del cielo para venir a rescatarme, tuvo que ser un golpe tremendo

Mi boca se abrió al escucharla decirme aquel piropo haciendo que ambos nos riéramos.

—Pero… ¿Y ese piropo?

—Viste. Yo también sé cómo endulzar el oído —respondió divertida.

—Casi me lo empalagas —me burlé recibiendo un breve golpe en el brazo antes de besarla de nuevo—. Bueno…

—Bueno… —repitió lamiendo sus labios.

—Aunque me encante estar aquí escondido en un parking contigo…

—Ya te cansaste.

—Imposible.

—¿Entonces? —preguntó acariciando mi mentón con sus dedos.

—Es solo que llevo sin comer desde que me viste comiendo con…

—No me lo recuerdes —dijo fingiendo una breve sonrisa—. Justo ese fue el motivo por el que había venido… Lo que pasa es que me distraes.

—¿Yo? —Me señalé divertido viendo cómo sus labios sonreían sin parar.

—Sí, tú…

—Creía que habías venido para verme un ratito…

Sus labios se humedecieron antes de ocultarse uno sobre otro.

—Para eso y para invitarte a cenar en casa por mi cumpleaños, vinieron mi papá y Dafina.

—¿Vino tu papa?

—Sí.

Asentí arrugando los labios viendo cómo me miraba esperando impaciente mi respuesta.

—Y… ¿a qué hora es la cena?

—¡Oh! Disculpa, ¿tienes otros planes? —Su voz sarcástica junto con su sonrisa preguntaron mirándome expectante.

—Pues sí. Tenía pensado hacerte el amor antes de ir a esa cena, ¿te parece bien?

—Es lo mínimo que podías hacer.

Ambos nos miramos en silencio varios segundos compenetrando nuestras sonrisas antes de que Isabella arrancara la furgoneta para salir de allí lo antes posible. Posiblemente a ambos se nos hiciera el camino hasta mi piso inmensamente largo, antes de poder cruzar la puerta a nuestro sitio seguro para besarnos hasta que nos dolieran los labios mientras nuestras manos se dedicaban a desnudarnos mutuamente con desesperación. Ni siquiera nos dio tiempo a llegar a la habitación, ambos terminamos haciendo el amor en el sofá, disfrutando de cómo su cuerpo se dejaba sacudir por su instinto animal. Hacerle el amor era un subidón de adrenalina

tan adictivo como una droga. Tras verla llegar al orgasmo abrazada a mi cuerpo, el silencio se hizo tras el sonido de sus gemidos, con su cuerpo temblando tras aquella sensación de liberación. Me tomé unos segundos para admirar cómo sus labios hinchados de tantos besarnos, se abrían para coger aire, acomodando su cabeza sobre uno de los cojines dejando su cabello colocado como si fuera un hermoso abanico castaño claro con mechas rubias. Sus ojos tras suspirar se abrieron encontrándose con los míos admirándola. Me incliné hacia ella, acariciando su cuello con mi nariz, para ir regalándole pequeños besos hasta subir por su mandíbula, llegando a sus labios de nuevo, que me recibieron con una sonrisa. Su boca se aferró a la mía antes de que sus brazos volvieran a envolver mi cuello. Tras varios besos, sus manos acariciaron mis mejillas, dejándome de nuevo la oportunidad de contemplar su sonrisa.

—¿Te ha gustado? —preguntó recorriendo mi cara con sus ojos.

Fruncí el ceño extrañado por aquella pregunta, dejando caer con cuidado mi cuerpo al lado del suyo. Movimiento que ella aprovechó para acomodar su cuerpo abrazado junto al mío.

—¿Tú qué crees? —Pasé una de mis manos sobre mi pelo para peinarlo hacia atrás sin dejar de observar cómo alzaba levemente sus hombros.

—No me has contestado —dijo colocando su cabello sobre su hombro izquierdo para luego sujetar su cabeza sobre su brazo.

Acaricié varios mechones que le caían sobre su brazo asintiendo con una sonrisa.

—Muchísimo… ¿Y a ti? ¿He superado ya al Rubén de tus fantasías o… tengo que seguir practicando?

Isabella dejó caer su cabeza sobre mi pecho riéndose avergonzada de recordarle aquella conversación.

—Vas por buen camino… —respondió sonriendo al levantar de nuevo su cabeza.

Incliné mi cabeza hacia sus labios para besar su sonrisa, abrazándonos tras aquel beso.

—¿Por qué me lo has preguntado? —Acaricié su cabello entre mis dedos. La sentí suspirar sobre mi pecho.

—No sé, es que… muchas veces he llegado a pensar que… Quizás haga algo que haga que terminen desilusionándose después de acostarse conmigo.

—¡Claro que no!

Recorrí su rostro con los ojos, acariciando su piel con la mano que descansaba sobre su hombro.

—Estar contigo es… Bff —dije robándole una tímida sonrisa.

—¿Bff? —preguntó divertida.

—No existen palabras que puedan definirlo. Jamás había disfrutado con nadie como disfruto contigo.

Inhalé lentamente observando cómo sus labios se torcían al sonreír.

—Seguramente lo que les pasaría es que se sintieron inseguros al tener a una mujer como tú al lado… Y por eso buscaron levantar su orgullo por ahí…

—¿Y tú…? ¿No te sientes inseguro?

—Claro que me siento inseguro… Pero de que te canses de mí… o de que conozcas a alguien mil veces mejor que yo.

—No creo que exista alguien mejor que tú… —respondió con una amplia sonrisa, humedeciendo sus labios.

De pronto sus ojos se entristecieron, viendo cómo su sonrisa de apagaba paulatinamente.

—Y si eso llega a pasar… —Su voz sonaba preocupada.

—¿El qué?

—Cansarnos el uno del otro, cuando estemos semanas sin vernos.

—Eso no va a pasar —respondí rápidamente con toda la seguridad del mundo. Seguridad que llamó la atención de Isa—. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque antes de que todo eso pase, allí estaré contigo en Miami.

Los labios de Isabella se abrieron de oreja a oreja sonriéndome antes de inclinar su espectacular cuerpo sobre mí para besarnos de nuevo. Dejé que mis manos acariciaran toda la piel de su espalda mientras disfrutaba del roce de sus cálidos labios sobre los míos. Ambos suspiramos entre nuestras bocas al escuchar el teléfono de Isabella sonar. Sabíamos que aquello era la señal para dejar de ser amigos con derechos y fingir de nuevo frente a todos que no conocía cada lunar de su cuerpo. Su cuerpo se alejó del mío para responder a su hermana Patricia mientras agarraba su ropa para vestirse en el baño. Me quedé varios segundos sentado en el sofá, procesando antes de ir en busca de algo de ropa para estar presentable. Al entrar al cuarto su voz al otro lado de la puerta del baño, le explicaba a su hermana que seguía esperando a que saliera de trabajar. Suspiré ojeando mi armario para ver qué ponerme. Opté por algo clásico, camisa azul marino, vaqueros oscuros, un buen cinturón que adornara y cazadora. La puerta del baño se abrió mientras me ponía los pantalones, haciéndome girar la cabeza al sentir sus manos abrazarme desde atrás.

—¿Te importa si me voy adelantando? —dijo tras besar mi espalda.

—No, no te preocupes. —Agarré sus manos enredándolas alrededor de mi cintura.

—Patri me ha avisado de que están a punto de salir para mi casa… Y me gustaría arreglarme antes de que vengan todos…

—Vete tranquila —respondí girándome entre sus brazos, agarrando su rostro entre mis manos para acariciar el pequeño moratón en su ojo antes de besarla—. Te veo allí.

—Dale… —volvió a besarme acariciando mi espalda—. No te pongas demasiado guapo, que si no tendrás a mi sobrina pegada a ti como mosca.

—A sus órdenes.

Volvimos a regalarnos varios besos antes de verla salir de mi dormitorio regalándome una última sonrisa. Antes de salir del dormitorio, agarré del

último cajón de mi mesita de noche el último regalo que le había preparado a Isabella por su cumpleaños. Los días que estuve en Miami, paseando con Tania y sus amigos pasé por una tienda de música donde vendían instrumentos personalizados. Recordé que hubo una época donde Isabella utilizaba una armónica en sus conciertos y me parecía algo supersexy. Así que no pude resistirme a entrar para comprarle una armónica personalizada. Recuerdo pensar que algún día podría dársela si decidía que quería intentarlo conmigo. En cuanto la seguridad de su casa vio mi coche, me abrieron la cancela para que entrara, dejándome ver al entrar varios coches aparcados. Al pasar entre los coches para llegar a la puerta, me llamó la atención un Ford Mustang Specs oscuro junto a las escaleras.

Al girarme para volver a mirarlo la puerta se abrió apareciendo tras ella Irene, la hija de Agustín.

—¡Rubén! —exclamó mi nombre captando mi atención—. Pero mírate, ¡qué guapo!

—Gracias —respondí dándole un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Ahora que llegaste mejor, ahí andan todos locos porque vino el futbolista ese amigo de mi papá.

—¿Qué futbolista? —pregunté entrando tras ella a la casa.

—Louis.

Ya sabía de qué me sonaba ese coche. Lo había visto en el anuncio de la marca donde él se bajaba tras derrapar por el circuito de Barcelona. Fingí una breve sonrisa tratando de disimular el suspiro que se escapó de mi pecho, molesto de saber que estaba aquí rondando. Irene se agarró a mi brazo, acompañándome donde se encontraban los demás. Al finalizar el pasillo, mis ojos buscaron entre la gente a Isa. Irene me dejó para acudir a la llamada de su madre mientras yo me entretuve en saludar al señor Elijah, el padre de Isabella. Elijah me recibió con un fuerte abrazo, tras agradecerme todo lo que hacía por su hija. Un sentimiento de culpa me invadió al saber que Isabella le ocultaba a su padre que nos entendíamos como algo más que amigos mientras él me agradecía con tanto cariño. Saludé también a su mujer, Dafina, antes de continuar buscando sutilmente a Isabella. Con la

excusa de dejar la chaqueta, di una vuelta rápida con los ojos, reconociendo algunos primos de Isa y Agustín.

—Está enseñándole la bodega a Louis. —La voz de Agustín apareció tras de mi ofreciéndome una cerveza.

—No, gracias… —respondí ignorando sus palabras.

—La vas a necesitar —insistió volviendo a ofrecérmela.

Suspiré soltando mi regalo bajo mi chaqueta antes de agarrar el botellín.

—¿A él también le pegaste un puñetazo o es algo exclusivo para mí?

—Como lo vea interesarse por algo más que no sea el vino, tendrá que probar mi izquierdo también. —Agustín me dio unos leves golpes en la espalda antes de pedirme que lo acompañara junto a su padre. Ambos tomamos asiento, interesándome sobre cómo había estado de salud. Al cabo del rato, Louis apareció en la sala en compañía del marido de la otra hermana de Isabella, Patricia. Mi atención se quedó puesta sobre la puerta esperando que ella apareciera también. Varios segundos después, Elijah pidió un poco de agua. Petición que aproveché como excusa para ofrecerme a ir y salir de allí. Al acercarme a la cocina la voz de Isabella me sacó una sonrisa, pero me detuve antes de entrar al escucharla hablar con alguien más.

—Y con el tío este ¿qué?

—¿Qué tío?

—El Louis este.

—¿Qué pasa con él?

Me coloqué junto a la puerta para poder escuchar, disimulando por si alguien pasaba por mi lado.

—No te hagas la tonta que vi cómo os fuisteis solitos con la excusa de enseñarle la bodega.

—No fue una excusa… fui a enseñarle la bodega, nada más.

—Ya…

—Malpensada…

—Perdóname, pero es que está para pensar mal… Además, ya sabes lo que dicen, cuando pruebas un morenito, no quieres otra cosa….

Ambas se rieron cómplices. Alcé las cejas molesto. respirando profundamente.

—Reconoce que te gusta —la voz de la otra mujer insistió.

—Es bastante atractivo…

—Demasiado estirado, ¿verdad?… Te entiendo, cariño, con sus costumbres del año de María Antonieta y ese té ese imbebible…

La risa de Isabella se escuchaba de fondo uniéndose a la de su amiga.

—¡Qué mala! Pero no, no es eso, es que… Jamás estaría con un futbolista, fíjate cómo me fue por no hacerle caso a mi intuición… Y mi intuición me dice que Louis es igual o peor que Marc, quizás para un rato está bien, pero nada más…

—Ya… ¿Y no será que te ha gustado más comerte al cubano?

Sonreí al escuchar su risa después de un corto silencio.

—Puede ser…

—Si no hay nada más que verte…

—Ay dios mío —exclamó Isabella divertida—. Estuve con él antes de venir… —¡Qué zorra! Aunque te entiendo… Bendito Dios qué ojos… qué cuerpo.

—Te juro que nunca…

Escuché pasos tras de mí obligándome a hacerme notar al fingir acercarme antes de aparecer en la cocina, quedándome con las ganas de saber qué era lo que pensaba Isabella de mí. Al parecer, la que acompañaba a Isa, era su mánager Paula. Nada más verme, las dos se incorporaron tratando de disimular. Isabella lamió sus labios mientras acomodaba su cabello nerviosa.

—No sabía que estabais aquí, disculpadme —me disculpé mirándolas a ambas-

—¡Rubén! Qué alegría verte… otra vez

Paula fue la primera en hablar mientras Isabella me miraba con una sonrisa. Paula se acercó a saludarme con un beso antes de volver al lado de su amiga.

—Igualmente… Solo vine por un poco de agua para Elijah.

—Hay que ver qué atento es este muchacho.

Paula dijo sarcásticamente mientras Isabella trataba de hacerla callar al darle levemente con su codo.

—Ahí está la botella, la de cristal… —Isa señaló con una de sus manos antes de hacerme un breve gesto para que fuera a saludarla.

Asentí acercándome al otro lado de la barra donde se encontraban, para saludarnos con un breve beso en la mejilla antes de agarrar la jarra con agua.

—¿Acabas de llegar? —Paula preguntó cruzando sus brazos, reteniéndome con aquella pregunta.

—Hará unos minutos —respondí evitando mirar a Isabella—. Irene fue quien me abrió…. Agustín me dijo que estabais enseñándole la bodega a Louis. —Vi de reojo cómo Isa me miraba.

—Los británicos y el alcohol —bromeó Paula para romper el hielo—. Ya sabemos todos cómo termina eso…

—Mientras no se asome al balcón, no deberíamos preocuparnos.

Aquella broma provocó la risa de las dos, momento que aproveché para mirar disimuladamente a Isa, que escondía sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón, humedeciendo sus labios antes de volver a dirigir la mirada hacia mí. Le dediqué una breve sonrisa antes de aclarar mi garganta.

—Bueno… no os interrumpo más —respondí mirándolas a ambas.

—Ahora en un rato vamos —Pau dijo de forma amigable.

—Chao —Isa dijo tratando de ocultar su sonrisa al apretar sus labios.

—Chao.

Salí de la cocina sintiendo sobre mi espalda la mirada de las dos. Al volver a la sala, le rellené a Elijah su vaso con agua antes de disculparme

para salirme a fumarme un cigarro. Agustín se ofreció a acompañarme, agarrando un cigarro al abrir el paquete para coger uno. Tras encenderle el suyo, encendí el mío contemplando los dos las vistas de la sierra de Madrid, con las luces de fondo.

—Ni una palabra a nadie —Gus dijo antes de darle una calada.

—Jamás se me ocurriría —respondí divertido.

—¿Has visto a mi hermana?

—Sí… Estaba en la cocina con Paula. —Vi de reojo cómo Agustín giraba su cabeza.

—Ha insistido en venir para darte el visto bueno. —Su voz sonaba divertida.

—Mientras no me dé otro puñetazo… —le lancé aquella pulla con una breve sonrisa antes de darle otra calada.

—¿Habéis aclarado las cosas? —Agustín cambió de tema tras suspirar angustiado.

—Sí. —Ambos sonreímos dándoles otra calada a nuestros cigarrillos.

—Bien…

Sabía que para él era igual de incómoda esta situación. Suspiré tras darle una profunda calada a aquel cigarro, mirando a mi amigo de reojo antes de sacar el tema de nuevo.

—Escucha… —Vi cómo su cabeza se giraba para volver a mirarme—. Me conoces, sabes que jamás le haría daño…

—¿Y Miss piernas largas?

Respiré profundamente mirándolo a los ojos.

—Laura es la chica con la que tuve el accidente… Te juro por mi vida que es solo una amiga. Una amiga de verdad, no como las que solía tener antes.

—Solo espero no tener nunca que elegir entre uno u otro…

—Te prometo que eso nunca va a pasar —le aclaré mirándole a los ojos.

—¿Me das tu palabra de que vas en serio? —dijo extendiendo su mano.

—Tienes mi palabra —respondí apretando su mano, dedicándonos ambos una sonrisa sincera—. Isabella es la mujer con la que llevo toda la vida soñando.

—Como le hagas daño…

—Harás una corbata con mis tripas, lo sé.

—Como les rompas el corazón, a Isa o a mi sobrina, no habrá cuerpo que rescatar —dijo advirtiéndome—. Porque esta vez será personal…

Asentí aún con nuestras manos apretadas en aquella promesa por todos los años que llevábamos siendo amigos. Ambos volvimos al interior al llamarnos Irene para avisarnos de que estaban sirviendo la cena. Al entrar traté de adoptar un perfil bajo para evitar incomodar a Isabella al tenerme allí bajo el mismo techo que Louis. Suspiré acomodándome entre Agustín e Irene. Al menos iba a estar entretenido con la conversación de Irene, para obligarme a ignorar que Louis iba a tratar de aprovechar cada momento con Isabella. Lo que Louis no era capaz de evitar por mucho que coqueteara con ella frente a mí era que, cada vez que nuestros ojos se encontraban, ambos sonreíamos como si solo estuviéramos los dos. Al terminar la cena, sus hermanos aparecieron con una tarta, comenzando todos a cantarle el cumpleaños feliz, consiguiendo que su sonrisa iluminara toda la habitación. Sus ojos me buscaron antes de soplar aquellas velas provocando los aplausos de todos los que estábamos allí. La primera en besarla y abrazarla fue su hija, luego ella fue en busca de su padre y Dafina antes de que el resto de su familia y algunos amigos se acercaran a felicitarla. Louis acaparó toda la atención al felicitarla, entregándole una caja con un collar de Jean Paul Gaultier, emulando un imperdible sujetando el apellido del diseñador. Todos allí se sorprendieron ante aquel ostentoso regalo. Su cara reflejaba asombro al imaginar que no sería un regalo barato. Demasiado ostentoso para ser amigos. La mano de Agustín se posó sobre mi hombro disimuladamente al sentir mi incomodidad al verlos abrazarse, así que me limité a seguir en un segundo plano, decidiendo salir de nuevo a fumar para quitarme de en medio. Estaba saturado de ver al tío ese pegado a ella. Tras varias caladas, escuché unos pasos sobre el césped. Al girarme, las

esperanzas de que fuera Isabella se borraron de golpe y porrazo al ver a Louis acercarse hacia mí. Giré levemente la cabeza para rodar los ojos mientras le daba una calada a mi cigarro.

—Disculpa. —Su voz con aquel acento marcado británico era odioso—. ¿Tienes fuego?

—Sí, claro —dije acercándole el mechero.

Esperé a que se encendiera el puro para que me lo devolviera.

—*Thanks* —me agradeció en inglés—. No nos han presentado.

—Rubén —respondí ofreciéndole mi mano.

—Un placer —apretó mi mano para luego darle una calada a su puro—. Louis.

—Bonito coche, por cierto —dije tratando de ser amable.

—Gracias —respondió orgulloso—. Fue un regalo por firmar ser la imagen de la campaña.

—Es una belleza. Es inevitable quedarte embobado mirándolo —reconocí con una breve sonrisa.

—Es lo bueno de ese coche, que cuando te ven bajar de él, automáticamente las mujeres se lanzan a tus pies… Supongo que sabes de lo que hablo —dijo con una sonrisa triunfante.

—Por supuesto… —respondí fingiendo una sonrisa.

—¿Qué coche tienes tú, Rubén?

—Eh… Un Mercedes GLA.

—Buen coche también.

—No se me lanzan las mujeres, pero me lleva donde necesito —respondí devolviéndole la broma de mal gusto que a él parecía hacerle gracia.

—Es un clásico —respondió alabando la marca—. Su línea es impresionante…

—Sí, me enamoré de ese coche nada más verlo… Aunque he de reconocer que no controlo mucho de coches.

—¿Amor a primera vista? —respondió con una amplia sonrisa antes de aspirar aquel puro.

—Algo por el estilo, sí… —Apagué el cigarro antes de girarme para mirarlo.

—Si alguna vez quieres cambiar de coche, llámame. —Me dedicó una leve sonrisa—. Tengo amigos que pueden asesorarte.

—Lo tendré en cuenta, gracias… —Le ofrecí la mano—. Ha sido un placer, Louis.

—Igual.

Estrechó mi mano dándome unos segundos para contemplar la rosa que tenía tatuada sobre el dorso

—¿Ya te vas?

—Sí, mañana trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Médico…

—Impresionante.

—Gracias. —Odiaba que encima me cayera bien—. Bueno lo dicho…

—Cuando quieras que te deje el coche, Isa tiene mi número.

Fingí una breve sonrisa mientras estrechaba de nuevo su mano antes de irme tratando de disimular lo molesto que era escuchar el nombre de Isabella en sus labios. Caminé soltando un leve suspiro mientras pasaba una de mis manos sobre mi cabello. Absorto en mis cosas no me di cuenta de que Isabella salía al jardín hasta que me choqué con ella.

—Uy, discúlpeme… —dije disculpándome antes de comprobar que era ella.

—¿Ahora nos tratamos de usted? —preguntó con una sonrisa acomodando su ropa.

—No… —Sonreí—. Discúlpame, iba distraído…

—Ya he visto. —Humedeció sus labios a la vez que cruzaba sus brazos divertida.

—¿Te he hecho daño?

—Al orgullo —dijo divertida—. Recién cumplo cuarenta y seis y ya me tratas de usted…

—Entonces, lo de «señora» mejor lo dejo, ¿no? —pregunté burlándome, disfrutando de su sonrisa.

—Y… ¿adónde iba «usted»? —preguntó devolviéndomela.

—A casa. —Vi la decepción en su rostro al escuchar que me iba—. Es tarde… Y mañana madrugo, otra vez…

Suspiré perdiéndome en sus ojos.

—Creí que dormirías aquí… conmigo —dijo en voz baja.

—Me encantaría —susurré cerca de ella viéndola sonreír—. Pero… —Suspiré haciéndole un leve gesto con la cabeza hacia donde había dejado a Louis—. No veo a tu *enamorao* con muchas ganas de irse todavía…

—No es mi *enamorao* —dijo mirando hacia donde estaba Louis.

—Pues a él le gustas. —Mis palabras captaron su atención.

—Le gustan todas, no es algo excepcional —respondió divertida alzando sus cejas.

Me encantaba verla volver poco a poco a ser la misma de antes. La Isabella expresiva, divertida, sin miedo a que la riñan por ser como realmente era. Sonreí escondiendo mis manos dentro de los bolsillos del pantalón mirándola tras comprobar que nadie nos viera o escuchara.

—Entonces… ¿de verdad te tienes que ir? —preguntó mirándome, disimulando que solo éramos dos amigos teniendo una charla normal.

—¿Y tú de verdad quieres que me quede? —pregunté sin apartar mi mirada de ella—. Tu casa está a tope esta noche…Y está tu papá, tu hermana, Violeta…

—Me encantaría —respondió sin pensarlo, sonriéndonos como si el tiempo se hubiera detenido para los dos—. Si te parece bien, claro…

—Me parece bien —respondí saboreando aquellas palabras.

Asentí sin ser capaz ni querer ocultar la sonrisa. Sus manos me dedicaron una breve caricia en la barriga antes de irse hacia Louis tras llamarla, dejándome allí parado observando cómo su cuerpo se alejaba con gracia. Entré de nuevo al interior sentándome junto a Irene, observando a los pocos minutos a Louis entrar abrazado a Isabella, robándose la mirada de todos los que estaban allí. A los pocos minutos volvió sola, acariciando el rostro de su padre antes de sentarse en el brazo del sofá, a mi lado. No pude evitar sonreír al sentir su mano regalándome una breve caricia en la espalda mientras se unía a la conversación. La química que había entre los dos era difícil de disimular, al igual que se me hacía imposible apartar los ojos de ella al escucharla hablar o reírse. Antes de medianoche, Isabella acompañó a su hermana Patricia y su familia a una de las casa de invitados que tenían dentro de la propiedad para que se quedaran allí junto con su padre y Dafina. Aquella propiedad era tan grande, que hasta casas de invitados tenía al final del jardín. Tras despedirnos de Agustín, su mujer María e Irene, Isabella subió a acostar a Violeta.

—Buenas noches, tío Rubén —se despidió dándome un abrazo.

—Buenas noches, princesa. —Besé su mejilla al separarse—. Que descanses

—Ahora vuelvo —Isa dijo susurrando tras agarrar la mano de su hija para acompañarla a la cama. Aproveché mientras ellas subían para buscar entre los restos de aquella fiesta mi chaqueta, con su regalo que había escondido debajo. No era un collar de casi cuatrocientos euros, pero quizás le gustaría. Sonreí agarrándolo entre mis manos mientras me sentaba en aquel sofá ahora solitario. Al rato escondí su regalo tras un cojín al escuchar pasos, viéndola aparecer con una breve sonrisa mientras se acercaba a mí.

—Al fin solos… —dijo suspirando, dejándose caer sobre el sofá, colocando su cabeza sobre mis piernas.

—Al fin solos —repetí con una sonrisa acariciando su cabello con una de mis manos, observándola desde aquella perspectiva.

—No recuerdo la última vez que vi a mi papá reírse tanto… ni a Dafina.

—Es que, cuando se trata de tu hermano es imposible no reírse…

Sonrió mientras acomodaba su cabeza clavando sus ojos sobre mí. Los dos nos quedamos en silencio, disfrutando del tacto de nuestras manos acariciándose.

—Gracias por acompañarme esta noche…

—Gracias a ti por invitarme…

—Te he comprado algo —dijo ilusionada.

—¿A mí? —pregunté viendo cómo se incorporaba sentándose a mi lado.

—¿Quieres verlo? —preguntó levantándose para ofrecerme su mano.

—Por supuesto.

Respondí agarrando su mano para subir hasta su dormitorio agarrados de la mano, observando el detalle de su sonrisa al girarse o cómo sus dedos acariciaban los míos aún entrelazados. Al entrar, cerré la puerta en silencio viendo cómo sacaba de su vestidor una caja. No podía dejar de sonreír al verla acercarse con la inocencia de una niña pequeña con su regalo entre las manos. Al ofrecérmelo, entrelazó sus manos nerviosas, comprobando cómo lo desenvolvía. Al abrirlo, vi un conjunto de camiseta azul marino de manga corta con el símbolo del beso de su *merchandising* en el lado izquierdo del pecho, junto con unos pantalones grises.

—Es tu pijama. —Sus labios no podían dejar de sonreír mientras me explicaba—. Y mira, lleva el símbolo de mi besito aquí en el pecho…

—¿Mi pijama?

—Para que estés cómodo cuando te quedes a dormir aquí conmigo…

Asentí apretando los labios.

—¿No te gusta?

Coloqué una de mis manos sobre su cara, acercándola hacia mí para besarla, capturando su boca en un beso. Cada vez que la besaba me hacía sentir cosas diferentes, haciendo que nunca me cansara de sus labios.

—Pruébatelo —susurró lamiendo sus labios al terminar el beso.

Suspiré saboreando los restos de aquel beso mientras desabrochaba lentamente los botones de mi camisa, viendo cómo Isa se sentaba sobre el

borde de la cama, observándome atentamente. Dejé caer la camisa sobre una de las sillas que había en su habitación, para seguir desabrochando el cinturón de mi pantalón antes de colocarme la camiseta del pijama. Al terminar de ponerme la camiseta, la observé con una media sonrisa señalando su logo del besito antes de continuar con el pantalón, dejándolo caer para ponerme los de aquel pijama.

—¿Qué? ¿Cómo me queda? —pregunté girando sobre mí lentamente para que me viera bien.

—No puedo decirte todo lo que pienso… —dijo inflando su pecho para coger aire.

—¿Eso es que te gusta o no? —pregunté estirando la camiseta para observar el logo sobre mi pecho.

—Eso es que creo que deberías quitarte el pijama… Ahora. —Aquella orden me hizo volver a mirarla, viendo cómo se levantaba de la cama.

Sus manos agarraron el filo de la camiseta para ayudarme a quitármela antes de capturar mis labios con pasión. Ambos nos fundimos en un beso lento, donde nuestros labios se devoraban mutuamente a la misma vez que nuestras manos buscaban acariciarse bajo la ropa.

Capítulo 10

Los fantasmas de Marc se apoderaron poco a poco de mi cabeza. La sensación de desagrado al sentir su aliento a alcohol sobre mi piel, su voz culpándome comenzó a susurrarme en estéreo en el oído. Una sensación de incomodidad tensó mi cuerpo desnudo, bajo el cuerpo de Rubén. Apreté los ojos obligándome a poner la mente en blanco para no estropear aquel momento. No quería estropear esto que tenía con Rubén, sobre todo después de ser yo quien le pidió que se quedara, pero hasta el roce de sus labios sobre mi cuello comenzaba a incomodarme. Mi cuerpo se tensaba involuntariamente buscando espacio al revivir la fuerza de las manos de Marc agarrándome. Sus labios se despegaron de mi piel, abriendo los ojos al dejar de sentirlos para toparme con su mirada preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó acariciando con delicadeza mi mejilla golpeada.

—Sí, perdóname… —respondí fingiendo una breve sonrisa acomodándome bajo su cuerpo—. Sigue…

—¿Segura? —insistió mirándome asentir con la cabeza.

Los recuerdos de las veces que Marc me había culpado por no haber podido terminar, recriminándome lo mucho que hablaba o exigirle que fuera más despacio, se me empezaba a juntar con su recuerdo agarrándome las muñecas tras golpearme para abusar de mí. Moví mis piernas tendidas sobre la cama, nerviosa al sentirme vulnerable por primera vez entre los brazos de Rubén. Él no era tonto y me conocía más de lo que quería creer, así que apartó su cuerpo de encima de mí, para tumbarse a mi lado.

—¿Qué haces? ¿Por qué has parado? —pregunté molesta al sentir el vacío de su cuerpo sobre el mío.

—Porque es evidente que algo te pasa…

—No me pasa nada… —insistí colocándome sobre su cuerpo, besando su cuello para obligarme a mí misma a continuar—. Además, a ti te estaba

gustando…

Las manos de Rubén me detuvieron, sujetando mi rostro entre ellas para regalarme un beso tierno.

—No tenemos que hacerlo si no quieres o si no te apetece. —Sus ojos me miraron llenos de comprensión.

Me aparté de su cuerpo, tumbándome bocarriba y escondiendo mi mirada en el techo de la habitación, avergonzada. Resoplé agobiada apretando mis ojos al cerrarlos momentáneamente.

—Lo siento, es que…

Las palabras se quedaron prisioneras en mi garganta, al igual que mis ojos eran incapaces de mirarlo. Sentí su mano cubriendo mi cuerpo, colocando la sábana sobre mi cintura. Desvié la mirada viendo de reojo cómo se incorporaba sobre uno de sus brazos.

—No pasa nada —susurró acariciando mi pelo—. Quizás alguna que otra vez reaccione tarde porque mi sangre no circula por donde debe circular normalmente…

Su voz haciendo burla volvió a robarme una sonrisa, girando la cabeza para mirarlo de nuevo.

—Pero jamás me enfadaría porque cambies de opinión… Si no te apetece, no te apetece… —Sus dedos acariciaron mi rostro—. Además está Violeta al lado, tu papá, tu hermana, Dafina…

Rubén me regaló un tierno beso antes de ver cómo su perfecto cuerpo se levantaba de la cama buscando su pijama nuevo que había tirado por el suelo al desnudarlo. No me cansaba de observar embelesada su perfecta anatomía. Su espalda moldeada donde se podía observar cada músculo. Su costado marcado por sus abdominales y sus oblicuos. Sus brazos delineados y marcados por las venas de sus antebrazos. Su perfecto trasero, redondito. Suspiré maldiciendo a mi cabeza por no dejarme disfrutar de todo eso. Volvió a la cama tras ponerse su pantalón de pijama y ofreciéndome la camiseta para que me la pusiera antes de regalarme un beso en la frente.

—Te la presto —dijo con una sonrisa.

—¿Me la prestas? —respondí agarrando la camiseta para ponérmela.

—Pero mañana me la devuelves. —Volvió a meter su cuerpo en la cama —. Esta camiseta es especial…

—¿En serio? —Acomodé mi cabello fuera de la camiseta.

—Sí… me la regaló alguien que me gusta mucho. —Lamió sus labios tumbándose bocarriba, colocando su brazo derecho bajo su cabeza.

—¿Y la conozco? —pregunté acercándome a él.

—Puede ser, es medio famosilla…

—Uff… —resoplé riéndome.

—Lo sé… No sé qué ha visto en mí.

Lo miré riéndome, abrazándome a su cuerpo, disfrutando de la vista de su sonrisa desde cerca y de los latidos de su corazón de su pecho bajo mi mejilla. Sus brazos rodearon mi cuerpo, cubriendo nuestras cinturas bajo las sábanas. En esos momentos moriría por tener un botón para borrarle la memoria al corazón. Poder disfrutar de alguien así sin miedo y sin la alerta constante de mi cabeza tratando de subir la barrera de seguridad. Rubén besó mi cabeza apretándome entre sus brazos tras colocarse para dormir.

—¿Sabes en lo que acabo de caer? —musitó.

Alcé la cabeza buscando sus ojos, contemplando su sonrisa de pilla antes de visitar sus ojos. Acomodé mi cabeza sobre su hombro para contemplarlo.

—En el regalo tan extraño que te ha hecho tu amigo Louis.

—¿Extraño por qué?

—Porque te ha regalado un imperdible…

El sonido de su sonrisa con mi cabeza sobre su pecho provocó no solo que retumbara su caja torácica, sino mi cuerpo entero al oírlo.

—Es… original.

—Te ha regalado un gancho enorme para que te lo cuelgues en el cuello… —No pude evitar reírme al escucharle, sintiendo su voz divertida continuar—. Mi madre guardaba una caja llena de cosas de costura… Si quieres puedo hacerte una pulsera…

—Pero mira que eres tonto… —Vi hipnotizada cómo se reía sobre la almohada con los ojos cerrados y con su pelo despeinado.

—Estos británicos… —dijo tras suspirar al parar de reírse, regalándome la maravillosa imagen de su lengua humedeciendo sus labios tras aquel suspiro y sus ojos dirigiéndose lentamente hacia mí para verme, comprobando en aquellas pupilas dilatadas cómo mi fe volvía a aparecer—. Lo peor de todo, ¿sabes qué es?

—Ten *cuidao*, a ver si vas a terminar enamorándote de él… —Humedecí mis labios acomodándome sobre su cuerpo.

—Es que tiene rollazo el cabrón… —Su voz grave susurró dibujando la sonrisa en sus labios—. Contra eso no puedo competir…

Una carcajada salió de lo más profundo de mi pecho al escucharlo decir aquello. Sus brazos volvieron a apretarme contra su cuerpo riéndonos de su confesión. Mis manos acariciaron sus brazos, que seguían abrazándome con cariño. Cerré los ojos con una inmensa sonrisa, agradecida con la vida a pesar de todo, por tener un año más salud, una familia maravillosa, una hija como Violeta tan llena de bondad y tan inteligente. Y agradecida sobre todo por lanzarme un salvavidas como el hombre que tenía en mi cama curándome todas las heridas con su ternura, su paciencia y demostrándome a diario que hay que confiar, aunque te traicionen y que se puede volver a creer en el amor, aunque te hayan partido el corazón. Ambos nos deseamos buenas noches entre besos y caricias antes de ponerle fin a este día tan loco, pero tan extrañamente maravilloso.

Como cada día, mi despertador sonó a las siete y media de la mañana. Me despertó el frío de mi cama vacía. Abrí los ojos aún adormilada reviviendo un horrible *déjà vu*, comprobando que su ropa seguía ahí. Me levanté de la cama para dirigirme al baño, escuchando el agua caer al acercarme a la puerta. Su casi metro noventa en mi ducha fue mi mejor premio por despertar temprano. Involuntariamente mis labios se mordieron adorando cada centímetro que mis ojos eran capaces de observar mientras cerraba la puerta en silencio para deleitarme con las vistas desde ahí. El agua resbalaba por su perfecta espalda, limpiando los restos de espuma que

salían de su cabello. Toda aquella agua que bajaba por su espalda se agrupaba sobre su perfecto trasero antes de caer por el desagüe. Lamí mis labios al imaginar que mis manos eran toda aquella agua que acariciaba sin cesar todo su cuerpo. Era delicioso todo lo que causaba en mí. Antes de anunciarle que estaba ahí, observé cómo acercaba el bote de gel a su nariz para olerlo, sonriendo al reconocer mi olor en él. Sus ojos giraron hacia mí, pillándome, mirándole.

—Si te gusta cómo huele, puedo regalarte un bote que tengo sin empezar —dije divertida acercándome.

—Me gusta más cómo huele sobre tu piel —respondió abriendo la puerta de la mampara—. Si quieres acompañarme… Vas a necesitar mucha menos ropa.

Aclaró mirando rápidamente al grifo que seguía echando agua. Al verme deshacerme de la camiseta que le había regalado, soltó lentamente el bote de gel sin apartar sus ojos esmeraldas de mí. Sonreí acercándome, viendo cómo sus pupilas se dilataban al caminar hacia él. Su húmedo brazo me abrazó para meterme en aquella ducha con desesperación, besándome como si fuera la primera vez que lo hacía, a la vez que mi cuerpo empezaba a mojarse bajo agua templada que salía de la ducha.

—¿Qué es lo que me has hecho? —susurró sobre mis labios—. Que no existe nada que no me guste de ti…

—¿Nada? —repetí observando cómo las gotas de agua acariciaban sus labios antes de caer al suelo—. ¿Ni siquiera esta horrible cara que tengo por las mañanas?

Sus manos se posaron sobre mi cara, acariciando las gotas que caían sobre mis mejillas. Clavando su mirada sobre mis ojos. Sus labios se movían luchando contra el agua que caía sobre nosotros. Acarició mis labios abiertos esperando sus besos, con la yema de sus dedos. Toda esta situación era casi un *déjà vu* de la fantasía donde empezó a toda esta locura que estaba sintiendo por él.

—Eres preciosa…Tú voz, tu piel… cómo se te arrugan las mejillas cuando quieres esconder la sonrisa… esas sutiles pecas sobre tus mejillas y

tu nariz… —Sus dedos acariciaban mis mejillas mientras mis labios se relamían pidiendo que su boca volviera a besarme—. Cada día tengo más claro que yo vine a este mundo únicamente *pa* quererte…

El calor de su sonrisa fue lo último que mis ojos vieron antes de cerrarse involuntariamente al volver a sentir su boca besándome. Sus manos bajaron por mi cuerpo hasta llegar a mi cintura para terminar de desnudarme, sintiendo mis braguitas caer por mis piernas mientras nuestras bocas seguían besándose sin descanso ni piedad. El sabor de sus labios estaba empezando a ser una droga para mí. Despertaba algo en mí que llevaba tanto tiempo apagado y que ahora solo con verlo, mi cuerpo se revolucionaba como si fuera una quinceañera hormonada. Me hacía sentirme viva. Ambos detuvimos aquel beso con un leve gemido al sentir sus manos acariciándome entre mis piernas a la misma vez que una de mis manos buscaba acariciar su larga anatomía. Ambos sonreímos antes de volver a besarnos disfrutando de aquellas caricias bajo las gotas que caían sobre nuestros cuerpos igual de calientes que toda aquella agua que nos recorría. Sus dedos jugando dentro de mí provocaban una presión en mi garganta al luchar por no gritar de placer. Su mano se posó sobre mi cuello agarrando mi rostro desde la mandíbula al responder al juego de sus dedos con más intensidad a la hora de seguir tocándolo. Nuestras miradas se encontraron para mirarse con deseo antes de sentir cómo el cosquilleo que invadía mi cuerpo daba paso aquella sensación de liberación tras el orgasmo, dejando mi cuerpo aún excitado y con ganas de más.

—Gírate… —susurró sobre mis labios antes de besarlos.

Sus manos se colocaron sobre mis caderas girándome con delicadeza, besando mi cuello desde atrás y mi espalda tras apartar mi cabello hacia un lado. Coloqué mis manos a ambos lados de la piedra de la ducha, dejando en medio de mi cuerpo la llave del agua que seguía corriendo sobre nosotros. Aún agitada, mi cuerpo esperaba ansioso más. Sus manos acariciaron mi trasero con cariño antes de buscar con sus dedos mi vagina para entrar desde atrás, estimulándola antes de entrar nuevamente en mí. Al sentirlo un profundo gemido salió de mi pecho antes de agachar mi cabeza.

—¿Estás bien? —susurró cerca de mi oído.

—Sí…

—Cuando quieras que pare, solo tienes que pedírmelo… —dijo en voz baja besando mi hombro—. Su cintura comenzó a moverse primero lento, esperando que le dijera algo diferente a lo que mi cuerpo le gritaba. Mis manos empujaban con fuerza aquella pared mientras me lo hacía lento. Sus manos recorrieron mi espalda antes de posarse sobre mis muslos, empujando mi cuerpo hacia él. Sus movimientos fueron subiendo de intensidad, sintiendo su cintura chocar con mi trasero una y otra vez, provocando que escaparan de mi garganta pequeños gemidos. Sus movimientos eran fluidos. Sutiles para no hacerme daño, pero intensos. Sentía cómo el placer se apoderaba de cada centímetro de mi piel, erizándola, mojándome tanto como aquella agua caliente que corría por mi espalda. Mis dedos se estiraron en aquella pared para luego contraerse, cerrando mis puños al notar aquel cosquilleo electrificante de mi vientre recorriéndome de nuevo. Sus manos apretaban mis muslos mientras sentía sus labios en mi espalda. Una de mis manos buscó su piel, arañándolo al notar cómo mi cuerpo se retorcía antes de llegar al orgasmo. Aquella sensación de placer, de libertad, salió tras electrificar mi cuerpo, con un gemido casi ronco al tratar de retenerlo. Mientras mi cuerpo temblaba aún de espaldas a él, Rubén se alejó para terminar solo. Al sentir la ausencia de su cuerpo, me giré para verlo con su mano apoyada sobre la otra pared de la ducha, dejando que el agua cayera sobre su espalda y su cuello. Sonreí dirigiéndome hacia él para abrazarlo desde atrás, besando cada gota que bañaba su perfecta espalda. Su cuerpo temblaba entre mis brazos antes de girarse con un breve suspiro, regalándome de nuevo su sonrisa, besando mi frente antes de abrazarme. Sentía el corazón palpitar por todo mi cuerpo, mientras escuchaba el suyo golpear con fuerza su pecho. Ambos nos quedamos varios segundos acariciándonos en silencio, disfrutando de aquel momento de intimidad después de una intensa sesión de sexo mañanero. Antes de salir de la ducha, Rubén me ayudó a enjabonar mi cabello, regalándome un breve masaje en la cabeza al echarme el champú. Mis ojos no podían hacer otra cosa más que mirarlo, embelesada con cada cosa que

hacía, teniéndome constantemente en un estado de excitación que me resultaba casi imposible disimular. Al desviar la mirada hacia mi reflejo en el espejo, aún podía apreciar mis mejillas sonrojadas y mis labios hinchados. Rubén se ofreció a traerme mi ropa aprovechando que estaba vestido, sentándose sobre el borde de la bañera para mirarme con una tierna sonrisa cómo me vestía. Sus ojos me miraban con un brillo que me hacía sentir especial. Me empoderaba su forma de mirarme. Esperó pacientemente a que me secara el cabello, después de ofrecerse a desenredármelo, peinándome con cuidado, matándome de ternura. Al acabar de maquillarme un poco, dudé varios segundos sobre qué ropa ponerme antes de confirmarle que estaba lista.

—¿Qué hora es? —pregunté al verle comprobar su teléfono.

—Eh… las ocho y veinte, casi… —dijo dedicándonos ambos una sonrisa al darnos cuenta de que habíamos estado casi una hora metidos en el baño —. Ya es demasiado tarde para salir sin que nadie me vea… ¿verdad?

—Un poco. —Sonreí terminando de ponerme los zapatos—. Puedes decir que te quedaste a dormir porque te pasaste de copas.

—Y… —Se acercó abrazando mi cintura con sus brazos—. ¿Crees que tu familia se creerá eso?

—No —respondí divertida arreglándole el cuello de la camisa—. Pero por alguna extraña razón, les gustas… Así que no verán mal pensar que haya podido pasar algo entre los dos.

—¿Por alguna extraña razón? —preguntó arrugando su frente.

—Marc dejó el listón demasiado bajo…

—Me rompes el corazón…

Rubén asintió tratando de ocultar la sonrisa mordiendo sus labios. Le regalé un beso en aquellos labios cubiertos de barba, que le daba ese toque irresistible antes de abrir la puerta del dormitorio. Al abrir vi a mi hermana Patricia subir los escalones de forma despistada mirando al suelo. Cerré lentamente la puerta notando el cuerpo de Rubén chocar con el mío.

—¡*Cuidao*! —dijo divertido agarrando con sus manos mi cintura. Me

giré rápidamente mandándole a callar, señalando hacia la puerta.

—Es mi hermana —susurré mirando a nuestro alrededor—. Está subiendo…

Rasqué nerviosa mis cejas pensando mientras miraba a mi alrededor.

—No estarás pensándolo en serio —dijo inclinando la cabeza.

—Solo será un segundo. —Mi sonrisa al miedo de ser descubierta me delataba.

Rubén suspiró observando la habitación con sus manos sobre su cintura. Patricia tocó mi puerta haciéndome dar un leve brinco al no esperarla.

—¿Isa? ¿Estás despierta? —preguntó al otro lado de la puerta.

—Escóndete —le supliqué susurrando.

—Ya claro… —Me miró divertido cruzando sus brazos.

—¿Isa?

Mire rápidamente la puerta antes de volver a mirarle con una sonrisa de oreja a oreja. Golpeé su pecho con cariño antes de señalarle la cama para que se metiera debajo. — ¡Voy!

Exclamé cerca de la puerta tratando de ganar unos segundos.

—Por favor… —le supliqué viendo cómo rodaba sus ojos.

—Esto tiene que ser una broma… —murmuró abriendo el canapé para meterse dedicándome una breve mirada antes de que lo encerrara—. Me siento como cuando estaba en la universidad…

Me acerqué hasta la puerta tratando de aparentar ser una persona normal. Como si eso fuera posible en mí. Al abrir la puerta cogí aire antes de sonreír. Ambas nos saludamos con un cariñoso beso en la mejilla.

—¿Te desperté? —preguntó agarrando una de mis manos con cariño.

—No… No, llevaba rato despierta, estaba…Vistiéndome. —Aclaré la garganta echando un rápido vistazo a la habitación—. ¿Ya despertaron todos?

—Estamos esperándote para desayunar. —Mis cejas se alzaron levemente antes de asentir—. Hemos pensado en ir todos a hacer algo de

turismo.

—Claro —respondí saliendo del cuarto colocando mi brazo sobre los hombros de mi hermana—. ¿Y mi pequeña? ¿Ya se despertó?

—Está desayunando.

—Fíjate que rápido se alista cuando quiere —dije divertida bajando las escaleras.

Suspiré mirando brevemente hacia atrás. Al terminar de bajar me paré viendo la mirada de mi hermana extrañada.

—Ve adelantándote.

—Ok —dijo no muy convencida—. ¿Va todo bien?

—Sí, es solo que le voy a pedir a Yaris que prepare algo para Rubén también.

Los ojos de mi hermana sonrieron mientras se acercaba con una sonrisa pilla.

—No, no me mires así —dije divertida agarrando sus manos—. Anoche se quedó a dormir en el cuarto de invitados, nada más…

—¡Ajá! ¿Nada más? ¿Seguro? —preguntó divertida alzando sus cejas.

La estúpida sonrisa de mis labios me delataba. Al igual que el calor que sentía en las mejillas. Patri apretó mis manos riéndose, tratando de asomarse por las escaleras para verlo.

—Nada más.

—Ajá… —exclamó riéndose.

—Por favor, deja de imaginar cosas que no son —respondí divertida golpeando su brazo con cariño.

—Ya… Pues disimula frente a los demás esa cara de habértelo comido esta noche.

Ambas nos reímos mirando a nuestro alrededor antes de irme a la cocina para dejar de escucharla decir esas cosas. Aproveché un momento de privacidad antes de llegar a la cocina, para avisarle a Rubén por teléfono de que podía salir de mi habitación. Yaris se encontraba de espaldas a la barra

cortando fruta. Me acerqué saludándola con una breve caricia en el brazo.

—Buen día, señora —dijo al girarse tras sentir mis manos.

—Buenos días, Yaris, ¿te importaría preparar comida para uno más?

—Claro sin problema.

Agarré una fresa antes de dirigirme hacia la puerta.

—Mmm, por cierto. —Me giré rápidamente hacia ella—. Para mí café soluble como siempre, pero a Rubén hazle del que trajo mi papá.

—¿Rubén está aquí?

—Se quedó a dormir en la habitación de invitados.

Me dedicó una breve sonrisa viéndome asentir antes de dejarla allí en la cocina. Caminé hasta la sala, siguiendo el ruido que formaban todos los Chadid allí reunidos. Al entrar, me fui directa a saludar a mi pequeña y a mi papá, regalándoles a ambos un beso antes de ocupar mi sitio junto a mi hermano.

—Ya pensábamos que se te habían pegado las sábanas —Agustín bromeó tras besar mi mejilla al saludarme.

—Me entretuve con unas cosas…

Respondí a la misma vez que Rubén hacía acto de presencia con el semblante serio. Me preocupé al verle así de serio.

—Las cosas… —Agustín susurró con una sonrisa. Golpeé su pierna por debajo de la mesa.

—Buenos días a todos —Rubén saludó alzando su mano—. Buen provecho

—Buenos días, muchacho. —Mi padre se giró ofreciéndole la mano—. No sabía que habías amanecido por aquí…

—Sí… se ve que algo me sentó mal, no sé si fue algo que bebí o comí… Y no quise conducir —mintió tal como habíamos hablado en mi habitación.

Rubén le estrechó la mano con cariño antes de volver a incorporarse, dedicándome una breve mirada. Alcé mis cejas rápidamente como gesto para ver si estaba todo bien viendo cómo sus ojos me señalaban la puerta.

—Siéntate, muchacho —mi papá le ofreció sentarse a su lado.

—Gracias. Me encantaría, pero no puedo quedarme… —Le dedicó una leve sonrisa antes de mirarnos a todos por encima.

—¿Va todo bien? —pregunté sintiendo cómo mi cuerpo se tensaba.

—El papá de Laura ha fallecido esta noche… —Su voz se volvió seria.

—¿El papá de Laura?

—Piernas largas.

Mi hermano respondiendo a la pregunta de mi hermana en forma de cuchicheo fue el instante que necesité para comprender que se iba. Golpeé disimuladamente el brazo de mi hermano para que tuviera respeto y no hablara así de la mujer que acaba de perder a su padre.

—Eh… Ahora regreso —me disculpé en voz baja levantándome de mi asiento.

—Bueno, me alegro mucho de veros.

Rubén aprovechó para despedirse de mi papá y de Dafina.

—Nosotros también a ti. —Patri se levantó para besar su mejilla—. ¿Te veremos antes de irnos?

—Eh, espero que sí… ¿Cuándo tenéis pensado viajar? —preguntó rascando su nuca brevemente.

—Pasado mañana.

—Tengo que mirar, pero creo que este fin de semana lo tengo libre —dijo acariciando mi brazo al verme llegar a su lado—. Bueno… buen provecho familia, nos vemos.

—Adiós, muchacho.

Mi papá se despidió con una leve sonrisa mientras Rubén besaba la mejilla de Violeta antes de salir de la sala. Los ojos de todos, excepto los de mi pequeña, se centraron en mí. Alcé mis cejas antes de abandonar aquella sala, caminando tras él que iba pensativo, pasando su mano sobre su cuello.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada al verlo serio.

—Sí… solo me ha pillado de sorpresa —dijo buscando una de mis

manos que se escondían dentro de mi bolsillo—. Tengo que ir a acompañarla…

—Lo sé…

—Pero no quiero que eso suponga un problema entre nosotros… —dijo en voz baja mirando a nuestro alrededor antes de clavar de nuevo sus ojos sobre mí.

—No te preocupes… Es tu amiga, lo entiendo. —Miré nuestras manos agarradas.

Cogí aire antes de volver a mirar sus ojos verdes. Rubén me dedicó una breve sonrisa antes de besar mi frente.

—Si quieres, puedo escaparme luego un rato antes de ir a trabajar… —dijo con una breve sonrisa, echando un rápido vistazo a nuestro alrededor —. Así aprovecho que ahora tengo la excusa de venir a ver tu familia.

Asentí tratando de disimular la molestia de saber que iba a estar todo el día consolando a aquella chica de inmensas piernas en comparación con las mías.

—Te llamo cuando termine, ¿vale?

—Vale… —Aclaré mi garganta al mismo tiempo que volvía a esconder mis manos en los bolsillos—. Vete tranquilo.

Rubén me dedicó una leve sonrisa antes de dirigirse al salón a por su chaqueta. Le seguí lentamente observando como quien no quería la cosa, cómo su cuerpo se inclinaba para agarrar la chaqueta con sus dedos para luego colocársela en un ágil movimiento. Suspiré desviando la mirada a mi alrededor. Al volver a mirar hacia él, caminaba lentamente mirando en dirección a las voces que se escuchaban de mi familia al fondo, con un paquete entre las manos.

—Ten… —dijo mirándome de nuevo—. Anoche se me olvidó dártelo.

Sus manos me ofrecieron aquel paquete envuelto en papel de regalo.

—Gracias… —respondí agarrándolo sin mucha ilusión ya que mi cabeza hacía rato que había empezado a imaginar cosas.

—Espero que te guste. —Sus labios besaron mi mejilla antes de irse—. Y que algún día la toques para mí…

Mis manos jugaron con el papel de aquel regalo apoyado sobre mi esternón, mientras observaba cómo se iba, llevándose con él mi tranquilidad. No recordaba la última vez que alguien me gustara como me gustaba él. Y eso estaba empezando a convertirse en algo difícil de gestionar después del batacazo que me había pegado. Eran sentimientos completamente diferentes a los que había experimentado anteriormente. Rubén era mi analgésico, pero también mi dosis de dopamina. Suspiré tras sentir el sonido de la puerta cerrarse, caminando con aquel regalo entre mis manos de nuevo donde se encontraban todos, pero esta vez Agustín era el único que seguía allí sentado.

—¿Y el resto? —pregunté dirigiéndome al lado de mi hermano al ver mi café sobre la mesa.

—Terminando de alistarse. —Gus desarrimó la silla para que me sentara a su lado.

—Gracias…

Agradecí aquel gesto con una breve sonrisa antes de sentarme, dejando el regalo de Rubén a un lado sobre la mesa. Observé el regalo varios segundos antes de darle un sorbo a mi café.

—Se le olvidó a Rubén darme el regalo anoche… —dije lamiendo mis labios para terminar de saborear el primer trago de café.

—No he preguntado —dijo divertido.

—Oigo tu cabeza desde aquí… —aclaré con una sonrisa mirándole.

—¿Y no lo vas a abrir? —preguntó con sus brazos entrelazados sobre la mesa mirando con curiosidad aquel paquete.

Respiré profundamente haciendo a un lado mi café para abrirlo. Al desenvolverlo, había una nota sobre una caja de madera. Agarré aquella nota entre mis dedos observando la caja tallada a mano con notas musicales delineadas en metálico, al igual que el cierre de esta.

La primera vez que escuché su sonido fue de manos de tus labios y lo hiciste un sonido tan tuyo, que ahora se me hace imposible no ver o escucharlo y no acordarme de ti. Espero que los disfrutes tanto como todos los que te hemos escuchado tocarlo en vivo alguna vez.

Leí aquellas líneas en alto con una sonrisa en los labios, abriendo con cuidado la caja para toparme con una armónica Hohner 1896 Marine Band, personalizada con mis iniciales que la hacían extraordinariamente única y especial. Agustín me la quitó con cuidado de las manos para verla, fijando mi mirada sobre su caligrafía.

—¿La ha personalizado? Qué tío… Le habrá costado un riñón.

Me quedé mirando con una sonrisa aquella armónica que giraba entre las manos de mi hermano, observándola al detalle. Una de mis manos fue involuntariamente al colgante que me regaló con mi nombre en árabe, acariciándolo disimuladamente. Agustín me miró con una sonrisa, ofreciéndome la armónica.

—Es un divino… —susurré agarrándola.

—Anoche todos se dieron cuenta de lo divino que era y cómo os mirabais….

Asentí acariciando la armónica entre mis manos, arrepintiéndome de haber estado tan fría con él hace un rato.

—Ya… —murmuré.

—¿Tienes pensado contarle al menos a papá algo sobre Rubén?

—No lo sé… Y no me presiones, por favor… —supliqué guardando la armónica en su caja. Suspiré para poder renovar el aire que oxigenaba mi cuerpo.

—Yo solo pregunto… —Dirigí mis ojos hacia mi hermano para escucharle.

—Pues no preguntes, por favor… —salté a la defensiva.

—Está bien, perdóname…

Inhalé profundamente contemplando aquella caja de madera.

—Rubén me encanta… —confesé—. Me gusta demasiado… Más de lo que tenía planeado, pero… No me siento lista para hablarle a nadie de él… Eso lo haría «oficial».

—¿Y cuál es el problema? —dijo acomodándose en el asiento, entrelazando sus manos sobre la mesa—. Te viniste a Madrid a vivir cuando conocías al imbécil de Marc de dos meses…

—Bueno, quizás por eso esta vez quiera tomármelo con más calma…

—Estás poniéndote excusas… —asintió arrugando su boca.

—Estoy protegiéndome, que es diferente.

Cogí todo el aire que mis pulmones fueron capaces de capturar, mirándonos fijamente a los ojos. Su mano buscó la mía para agarrarla con cariño.

—Solo recuerda que nos vamos a finales de este año… Si no tienes intención de incluirlo en tu vida, termina con esto antes de que sea tarde.

—Lo sé… —fue casi un susurro de mi corazón.

Los pasos, junto con las voces del resto de la familia nos hizo pausar aquella conversación.

—¡Ya estamos, tío! —La voz de Violeta nos obligó a fingir que no estábamos removiendo sentimientos.

Respiré profundo asimilando las palabras de mi hermano mientras veía a mi pequeña aparecer con su mochila, lista para que la lleváramos al colegio. Agustín me dedicó una breve sonrisa antes de levantarse para ponernos en marcha. La sonrisa de Violeta de felicidad al ver que todos íbamos a acompañarla al colegio era la razón que necesitaba para poner entre paréntesis mis pensamientos.

Al salir con mi furgoneta por la puerta principal, los flashes nos fueron deslumbrando hasta poder salir a la calle para dirigirnos al colegio de Violeta. Al llegar, fue mi papá junto con Dafina quienes bajaron a acompañar a Violeta a la puerta. Quería aprovechar que estábamos todos para disfrutar de pasar tiempo juntos, de tenerlos aquí cerquita de mí.

Visitamos el museo del Prado y paseamos por el Retiro. Lo bueno de pasear en invierno, es que podía pasar desapercebida bajo la gorra, las gafas de sol y una bufanda para cubrirme. No podía evitar imaginar cómo sería pasear de la mano de Rubén por aquel enorme parque, junto a Violeta. Como si fuéramos una familia. Por más que evitaba aquel pensamiento, mis ojos lo visualizaban en cada pareja que veía besándose o paseando. Tras pasear, tomarnos alguna que otra foto y tomar algo aprovechando el sol de Madrid, decidimos volver para que mi papá descansara. Al volver a casa, las cámaras nos esperaban para seguir haciendo la cobertura de mi postcumpleaños. Una vez en casa, Dafina me tomó la palabra en eso de irse a descansar un ratito. Al ver a Patri disculpándose antes de contestar a la llamada de su marido con una enorme sonrisa, me senté junto a mi papá, abrazándome a él como cuando era pequeña. Sus envejecidas manos acariciaron mi rostro tras dejarlo caer sobre su hombro. Me daba miedo recordar que tenía ochenta y ocho años y que no me acompañaría muchos más años.

—Mi chiquita —dijo tras besar mi cabeza.

Sonreí al sentir sus labios sobre mi cabello. Su forma de besar mi cabeza, con aquella dulzura, protegiéndome de cualquier mal, me reconfortaba.

—¿Estás cansado?

—No… —Sentí su cabeza negar junto a la mía—. Sí me noto las piernas algo cansadas, pero disfruté mucho del paseo.

—Yo también… —Mis ojos se quedaron fijos al frente.

—¿Y por qué tengo la sensación de que llevas todo el día con esa cabecita en otra parte? —Su mano buscó mi barbilla para que lo mirara. Le dediqué una breve sonrisa tras inhalar lentamente. Por mucho que deseara poder desahogarme con él como siempre había hecho, no podía decirle lo que el padre de su nieta había intentado hacerme. Aquello lo haría sentirse igual de impotente que Agustín cuando me vio aquel día. Había cosas que era mejor aprender a gestionar sola por más dolorosas que fueran, así evitaba causar más dolor a mi alrededor.

—Ay, papito… —susurré—. Mi cabeza anda en tantos sitios a la vez,

que ya ni sé dónde me encuentro.

—Imagino… Y es una de las muchas cosas que admiro de ti, porque sé que no tiene que ser fácil fingir que todo anda bien para que nadie se preocupe. —Su mano siguió acariciando con cariño mi rostro.

—Es agotador —añadí divertida—. Pero teneros a todos aquí me recarga cuando me flaquean las fuerzas…

—¿Y Rubén? —Su nombre en boca de mi padre aceleró mi corazón.

—¿Qué con él?

—Se nota que también se preocupa mucho por Violeta y por ti.

—Sí, Rubén es… —Mi cabeza no sabía cómo encasillarlo mientras mi corazón seguía latiendo nervioso al mencionarlo—. Es maravilloso, es… Un muy buen amigo, casi un regalo del cielo.

Me incorporé lentamente, dedicándole una leve sonrisa antes de desviar la mirada con la excusa de acomodar mi cabello. Mi cuerpo se tensaba cada vez que aparecía en mi mente la idea de alejarme de él. Una parte de mí sabía que mi hermano tenía razón. Me estaba excusando. Autosaboteándome a mí misma la oportunidad de volver a ser feliz con una persona que me demostraba con hechos más que con palabras. Era la primera vez que veía cómo alguien, fuera de mi familia, se preocupaba por cómo podían hacerme sentir las cosas. No pagaba sus traumas o sus miedos conmigo. No me hacía sentir menos, sino al contrario. Rubén era la persona correcta, pero quizás en el peor momento de mi vida. Era todo lo que le había pedido a la vida y ahora que lo tenía frente mí, solo me salía excusarme y boicoteándome para evitar que volvieran a hacerme daño. Impidiéndome volver a intentarlo, bloqueándome emocionalmente.

—¿Solo es eso? —preguntó incorporándose en el sofá buscando mi mirada—. ¿Un buen amigo? —Giré de nuevo mi cabeza hacia él, viendo sus ojos negros observándome. La sonrisa de sus labios fue la señal para saber que había leído mi mente. Que no necesitaba darle más tipo de explicación.

—No sé si estoy lista para algo más, ahora mismo… —respondí

apretando los labios.

—¿Recuerdas qué te dije cuando me preguntaste qué me había parecido Marc?

—Sí…

Apreté los dientes al recordar sus palabras avisándome de que esto que me ha pasado, podía pasarme.

—Pues no puedo decirte lo mismo de Rubén. —Sonreí asintiendo con una tímida sonrisa.

—Te gusta —afirmé viendo cómo sonreía, haciendo una mueca con sus labios.

—Es buen muchacho —asintió—. Se preocupa y es desinteresado, pero lo que más me gusta, es ver cómo vuelves a brillar —matizó inclinándose a mi lado, en busca de mis manos—. Y cómo sonríes cuando estás con él.

—Eso es justo lo que me tiene muerta de miedo… —susurré mirándole fijamente.

Sus manos se entrelazaron con las mías, acariciándolas. Sus manos habían envejecido tanto. Me arrepentía de haber estado tan lejos de él tanto tiempo. Tanto tiempo sin disfrutar de su sabiduría, de su amor, su fortaleza, de la paz que me daba su presencia.

—Sentir miedo es bueno, cariño… —Golpeó levemente mi mano antes de acariciarla con paciencia y cariño—. Es señal de que tienes ganas de sentir de nuevo.

—¿No te parece apresurado? ¿O que me estoy precipitando?

—Uno no elige cuándo se enamora o de quién.

—Ya… —Cogí aire de nuevo.

—¿Te gusta? —preguntó entrelazando de nuevo sus manos entre las mías.

—Es complicado…

—Yo no pregunté eso, te pregunté si te gusta —insistió.

Asentí mordiendo disimuladamente mis labios para esconder la sonrisa.

—Sí, sí me gusta… Mucho.

—Pues no escuches a nadie más, excepto a esto. —Colocó su mano en mi pecho señalando mi corazón—, Guíate por tu instinto como has hecho siempre…

—Ya, bueno… Mi instinto no ha estado muy acertado en tema de hombres últimamente —dije alzando mis cejas.

Sus ojos se entristecieron mientras trataba de disimularlo con una sonrisa.

—No desperdicies las oportunidades que la vida te ofrece para ser feliz. —Mi corazón se encogió al escucharle—. El corazón se rompe y duele muchísimo cuando pasa, sobre todo porque no sabes qué hacer con todo ese amor que se te queda guardado en el pecho… Pero te aseguro que vuelve a recomponerse, porque la vida siempre va a buscar la forma de recompensarte… Y parece que contigo lo está haciendo.

—Es que… —Solté un profundo suspiro al ver cómo mi corazón estaba perdiendo contra la cabeza—. Tengo tantas heridas que no quiero dañarlo a él también… Es tan desgastante morirte de ganas de estar con alguien, pero al mismo tiempo saber que no le haces bien… Y te juro que he intentado alejarme, pero no puedo… No quiero…

Esas últimas palabras salieron de mi garganta en forma de lamento. Solté sus manos para cubrir mi rostro varios segundos antes de volver a mirar los ojos llenos de cariño y comprensión.

—Si es la persona correcta… Te entenderá y te esperará —dijo confiado.

—¿Y si no me espera? ¿O se cansa?

—¿Y si sí lo hace? —Sus ojos abrieron aquel debate que mi subconsciente tenía constantemente.

—Es la primera vez que tengo miedo de volver a empezar… —dije en voz baja dejando que escapara de mi pecho un suspiro—. Todo esto que he tenido que vivir… ha levantado una inmensa barrera dentro de mí, pero Rubén…

Inhalé lentamente agachando la mirada, ordenando mis pensamientos.

—Me hace sentir… viva, papá, importante. Me cuida, me protege y es generosamente paciente conmigo… Y tú has visto cómo trata a Violeta… Me hace tan difícil cumplirme la promesa de no volver a enamorarme…

—¿Entonces qué es lo que te detiene a intentarlo?

Sus manos agarraron las mías para besarlas con cariño.

—Habla con él. —Sus ojos volvieron a clavarse sobre mí—. Cuéntale de tus miedos, de tus inseguridades… Que vea que necesitas tiempo para sanar antes de darte permiso para empezar algo…

—¿Tú te alejaste de Dafina…? Cuando falleció mamá… —pregunté sintiendo cómo mi pecho respiraba inquieto.

—No. Le pedí que me acompañara en el proceso. —Sus ojos miraron al frente—. No fue fácil, había días que todo me sobrepasaba… Tú tenías la edad de Violeta cuando tu mamá falleció. No era fácil llevar el duelo con una niña de ocho años que acababa de perder a su madre también… Pero Dafina evitó que cayera en vicios que solo agravarían la situación. —Sus ojos cansados por la edad volvieron a mirarme con una leve sonrisa—. Dafina estuvo día a día tendiéndome la mano, enseñándome que aquello que había pasado no era ningún castigo de Dios, sino simplemente la vida… Me ayudó a estar fuerte para ser el padre y la madre que tú necesitabas y me enseñó a vivir con las heridas que la partida de tu madre había dejado con su cariño, su paciencia y su comprensión. —Sonreí desviando brevemente la mirada.

—Supo hacerse un hueco en nuestras vidas…

—Porque le permití que lo intentara —recalcó alzando sus cejas—. El dolor es inevitable… Es, como un dolor de pies. —Su boca sonrió—. Puedes ser feliz, aunque te duelan de vez en cuando los pies. —Asentí lentamente entendiendo lo que me quería decir. Si quería que Rubén se quedara, tenía que darle la oportunidad de intentarlo. Rubén había apostado más por nosotros en el poco tiempo que llevábamos intentándolo o cuando éramos únicamente amigos, que Marc en todos los años que estuvimos casados.

—No sé qué sería mi vida sin ti… —dije ligeramente emocionada al ver los años dejar estragos en el pilar fundamental de mi vida.

—Espero que no tengas que descubrirlo todavía —bromeó antes de que besara su mejilla.

—Más te vale que no —dije señalándole antes de abrazarme a él, respirándolo para embriagarme de esa sensación de hogar que me daba su perfume—. Acuérdate que me prometiste no morirte.

—Aún me quedan años antes de incumplirte esa promesa.

Ambos nos quedamos un largo rato así abrazados, viendo la televisión de fondo. Cambiábamos cada vez que algún programa de chismes empezaba o daban paso a hablar de mí. Todos tenían algo que decir o inventarse de mi vida, como si me conocieran, o conocieran la salud de mi padre o los sentimientos de mi hija. El sonido de mi teléfono interrumpió aquel momento, utilizándolo de excusa para pedir que hicieran café. Al ver el nombre de Rubén en la pantalla del teléfono, una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro. Acomodé mi cabello tras la oreja antes de descolgar para escucharle después de no saber nada de él en todo el día.

—Hola, guapa. —El sonido de su voz calmó los pensamientos de mi cabeza, erizando mi piel.

—Hola… ¿qué pasó? ¿Cómo va el día? —Caminé con mi sonrisa hasta la cocina, buscando un sitio más privado para poder hablar.

—Bueno… rodeado de gente que no conozco…

—Imagino… ¿Cuándo es que trabajas? —pregunté sentándome en uno de los taburetes.

—Tengo turno de noche.

Suspiré alejando el altavoz del teléfono de mi boca para que no me escuchara.

—La buena noticia es que Susana me ha confirmado que tengo el fin de semana libre.

—Qué bien, así puedes acompañar mañana también a tu amiga —solté la pulla mientras dibujaba pequeños círculos sobre la barra con mi dedo.

El sonido de su risa al otro lado del teléfono me hizo visualizarlo, dibujando una en mis labios.

—Por cierto… ¿alguien se ha dado cuenta de…?

—No —respondí rápidamente—. La crema que me diste me ha bajado la inflamación… Y al hacer frío no tengo que andar preocupándome de que se me vean las marcas de los brazos… —respondí en voz baja para que nadie más pudiera escucharme.

—Bien… —Suspiró tras coger aire—. Entonces… ¿Quieres que me llegue un rato?

—Me encantaría —confesé aquel deseo en voz baja—. Pero si piernas largas lo está pasando mal, quédate allí con ella, no te preocupes…

Alcé la mirada al frente, observando el extenso jardín a través de las cristaleras de la cocina. El sonido de su sonrisa en aquel breve silencio que se había hecho devolvió mi vista a aquella cocina.

—En un rato estoy allí. —Sonreí como boba al escucharle.

—Ok…

—Chao guapa.

—Chao…

Mis labios saborearon la sonrisa que se derramaba por mis labios sin darme cuenta. Suspiré, pero no era un suspiro de angustia o de preocupación. Era otro tipo de suspiro. Al volver al salón, avisé a mi papá de que Rubén vendría a estar un rato aquí con nosotros, cosa que le hizo mucha ilusión. Tras servir café, se unieron mi hermana Patri y Dafina. Agustín escribió diciendo que vendría para la hora de que Violeta saliera de sus actividades extraescolares. Este fin de semana le tocaba quedarse con su padre, cosa que me aterraba después de saber lo que era capaz de hacer. Recordar aquello o imaginar a mi hija a su lado, hacía que me desesperaran las ganas de irme de aquí para empezar de cero en Miami con ella.

Al cabo del rato, Yaris entró al salón para avisarnos de que Rubén acababa de llegar. La sonrisa con la que recibí la noticia no pasó desapercibida a nadie de los que me acompañaban. La mano de mi padre

apretó la mía al verme tratar de disimular la sonrisa de mis labios. Al escuchar la voz de Yaris charlar con él, me levanté para recibirlo. A los pocos segundos apareció abrazado a Yaris, disculpándose por haberle dejado el café de la mañana colgado y aceptando a regañadientes tomarse uno ahora. Al girarse hacia nosotros, me di cuenta de que me hacía feliz solo con verle un ratito. Sus ojos me buscaron con una disimulada sonrisa, alzando sus cejas divertido al empezar a saludar a todos antes de saludarme a mí. Se había recortado su barba, dejando su mandíbula casi desnuda de ella y dejando más barba por la parte de la barbilla y del bigote, resaltando así su boca en el primer golpe de vista. Suspiré de nuevo loca por él al oler su perfume tras agacharse para saludar a mi papá.

—¡Pero fíjate! ¡Qué guapo! —mi hermana Patri dijo lo que mi cabeza andaba gritando.

—Gracias —respondió avergonzado con una sonrisa—. Solo fue una manita de chapa y pintura. —Al incorporarse no pude evitar hacerle una radiografía completa mientras se acercaba para saludarnos como dos amigos cualquiera, pero con una leve caricia de nuestras manos que hacía que se avivaran las ganas de buscar un rato a solas.

—Siéntate… —le ofrecí alzando levemente la palma de mi mano.

Rubén me dedicó una leve sonrisa antes de tomar asiento frente a mí. Me quedé embobada viendo cómo se quitaba su chaqueta oscura antes de sentarse y remangaba su camisa con cuidado.

—Entonces… El motivo real por el que nos abandonaste esta mañana era para ponerte así de guapo —Patri insinuó acomodándose en el sofá.

—Me has pillado… —Sonrió inclinando su cuerpo hacia adelante—. He estado toda la mañana acompañando a una amiga en el tanatorio. —Llevó su mano hacia su cabeza tocando su cabello.

—Y… ¿erais muy cercanos? Tu amiga y tú —Dafina preguntó a bocajarro.

Cómo había extrañado ese don de saber qué preguntar. Rubén rodó sus ojos pensando en cómo contar que la persona a la que había acompañado

era la misma que le había atropellado.

—Fui quien operó a su padre… Y bueno… —Ahí venía la bomba—. Laura estuvo muy al pendiente de mi cuándo tuve el accidente…

Mis ojos se quedaron clavados en él al descubrir que Laura había estado al pendiente de él. Al salir aquel día de esa habitación del hospital, salí convencida de que Rubén era solo un capricho, alguien con quien desfogar tal como me habían recomendado que hiciera, pero mientras me tomaba el tiempo de que todos esos argumentos se desplomaran por su propio peso, jamás me paré a pensar en si Rubén podría conocer a alguien más. Tenía seguro que él estaría esperándome. Por eso mi cuerpo se tensó sobre aquel sofá al imaginar a Laura en su piso cuidándole, compartiendo momentos los dos.

—¿Era muy mayor? —mi papá preguntó acomodándose tras apretar mi mano.

—No, creo que acababa de cumplir los ochenta hará unos meses…

—¿Y de qué murió? Si no es mucha indiscreción… —mi papá preguntó de nuevo.

—De un infarto —respondió apenado—. Al parecer comenzó a encontrarse mal esta mañana… Su mujer lo achacó a que había pasado mala noche, pero…

El silencio tras su breve suspiro se hizo en la sala. Seguramente haciendo examen de conciencia sobre todas las cosas que dejamos aparcadas para un futuro que nadie sabe si llegará.

—Antes de que te pase una cosa de estas… ¿suele avisarte el cuerpo? —Patricia preguntó interesada.

—Bueno… piensa que nuestro cuerpo es una máquina. —Sus manos comenzaron a gesticular—. Cualquier cosa que no pueda gestionar por sí solo te irá mandando señales… El problema que no siempre sabemos escucharnos o no sabemos detectarlas.

—Pero, por ejemplo. —Mi hermana se inclinó hacia adelante—. Cuando a mi papá le dio la trombosis…

—Ajá. —Era hipnótico verle así de concentrado.

—¿Qué señales suele dar tu cuerpo antes de que ocurra?

—¿No le viste la desviación de la comisura de los labios? ¿O se quejaba de un dolor continuo en la cabeza? —preguntó mirando a mi papá.

—Recuerdo que me sentía desorientado… fatigado.

Rubén alzó sus cejas respondiéndole a Patricia con una leve sonrisa al ver cómo mi papá había respondido a su pregunta.

—Siempre viene bien tener a un médico en la familia —Patri añadió.

Mis ojos se alzaron lentamente para ver su reacción. Su sonrisa se volvió tímida al entender las palabras de mi hermana, a la vez que su cuerpo se tensó sobre aquel sillón. Rasqué nerviosa mi ceja al sentir las miradas intermitentes de los de aquella sala antes de que Yaris apareciera con el café para Rubén. Dafina aprovechó para preguntarle a Rubén, como cualquier madre haría, por cómo compaginaba su vida con el trabajo. Querían conocerlo en profundidad. Todo iba relativamente bien hasta que salió la temida pregunta.

—Y.… ¿Tienes pareja ahora, Rubén? —Aquella pregunta de boca de Dafina me incomodó.

—Si después de este interrogatorio no quieres volver a vernos, lo comprenderé… —dije tratando de echarle un cable.

El sonido de su sonrisa mientras se acomodaba sobre el asiento demostraba que aún estaba cómodo con el tema. Negué mientras subía mis piernas al sofá.

—Rubén, ni se te ocurra contestar sin presencia de un abogado —Patri dijo bromeando.

—Le faltó la alcachofa ahí pegada en la boca —añadí divertida mirando a mi hermana. Rubén sonrió negando con su cabeza, mientras ambas nos reímos al imaginarnos la escena.

—No pasa nada… —respondió sin perder la sonrisa mientras hacía girar su reloj entre su muñeca—. No, ahora mismo no… Sigo soltero…

—Bueno, seguro que candidatas no te faltan —Dafina continuó indagando.

Ambos nos quedamos varios segundos al cruzarse las miradas sin ocultar las sonrisas. El carraspeo de mi hermana nos hizo desviar nuestras miradas. Me moría por probar esos labios que ahora resaltaban sobre su barba, provocando que humedeciera los míos nada más que de imaginar aquel momento.

—Bueno… hace relativamente poco que me divorcié, así que… —Su garganta se movía al tragar.

—¡Ah! ¿Eres divorciado? —Patricia preguntó interesada.

—Sí… —Apretó sus labios asintiendo.

—Su mujer era amiga de Marc —expliqué para hicieran la conexión de cómo nos conocimos.

—Entonces… Imagino que, lo que buscarás ahora será algo más serio, ¿no? Casarte, formar una familia…

Aquellas palabras de mi padre me hicieron respirar profundo, sintiendo mi respiración entrecortada. Me quedé mirando a mi papá escuchándolo, evitando mirar a Rubén. Rubén sabía que era una de las muchas cosas que no podría tener conmigo, por eso no era capaz de mirarlo ahora sintiendo terror de lo que pudiera responder.

—Bueno… Ya fantaseé con esa idea hace tiempo, pero… Supongo que la idea de tener hijos se fue posponiendo y dejé de darle importancia…

—Pero los hombres no tenéis la presión de la edad a la hora de ser padres —añadió mi hermana—. Podéis ser padres cuando queráis y con la que queráis. —Sentí su mirada fugazmente mientras escuchaba en silencio.

—Sí, tenemos esa ventaja, supongo…

—Bueno estoy seguro de que encontrarás una buena mujer con quien poder formar una familia —añadió mi papá restándole importancia.

Mi cabeza giró lentamente sintiendo aquellas palabras de mi padre hacia Rubén, como puñales en mi pecho. Los ojos de Rubén se agacharon hacia sus manos aún entrelazadas entre sí.

—Por el momento disfruto bastante del papel de tío… —añadió sonriente dedicándome una breve mirada.

Sus ojos al igual que su sonrisa me buscaron brevemente. Marc haría rato que habría puesto mala cara, demostrando incomodidad de estar rodeado de mi familia, haciéndole preguntas. Seguramente estaría mirando su teléfono cómo siempre después de haber aprovechado cualquier oportunidad para ridiculizarme o hacerme sentir menos. En cambio, Rubén seguía respondiendo preguntas sin perder la sonrisa. Evitando hacerme daño en decisiones sobre su propia vida. Era completa y absoluta empatía hacia cómo sus palabras podían llegar afectarme, manteniendo el respeto a aquel tema que, aunque mi familia no lo supiera, era un tema que había hablado varias veces. Sentía cómo mi corazón latía con tanta fuerza, que empezaba a sentir vergüenza de que pudieran escucharlo. Mis ojos lo recorrieron de arriba abajo, desnudándolo, aprovechando que todos miraron a hacia la puerta al escuchar a mi hermano llegar en compañía de mi pequeña. Al vernos, ambas nos fundimos en un abrazo antes de que fuera a saludar a lo demás. Escondí mis manos dentro de los bolsillos mientras observaba el cariño con el que saludaba a su abuelo y a Dafina. Violeta era una niña extremadamente sensible y cariñosa. En su corazón no había otra cosa más que bondad y nobleza. Quería creer que lo había sacado de mi familia, porque la familia de su padre aún no se había dignado a darme la cara. Doce años aguantando que me menospreciaran, sus indiferencias y sus desprecios por ser extranjera y ni siquiera habían sido capaces de llamarme para ver cómo me encontraba tras publicarse las primeras fotografías de su hijo con otra mujer, tras el comunicado o después de firmar el divorcio.

Ambos nos sentamos uno al lado del otro en el sofá, con Violeta a nuestro lado escuchando a mi hermano y a María hablar de cosas mundanas del día a día. Relajados como cualquier familia normal. Rubén era la única persona que me dolía en el alma dejarme aquí. Me hacía replantearme cada día montarme en un avión para largarme de aquí. Sabía que el tiempo no paraba y me daba miedo que esto fuera pasajero. Cuando eran casi las ocho, me regaló una breve mirada antes de comunicar que se tenía que ir a trabajar. Se despidió uno por uno dejándome a mí para el final. Nuestros

silencios tras despedirnos decían mucho más que cualquier cosa que pudiéramos decir y eso era algo que todos los que estaban allí, menos Violeta notaban. Las ganas que nos teníamos eran tan palpables que hasta un ciego podía darse cuenta. Me rebasaba, no podía controlarlo, ni sabía gestionarlo. Rato después de que Rubén se fuera, Yaris apareció en la sala avisándonos de que mi suegro se encontraba en la puerta de atrás esperando para recoger a Violeta. Marc era tan cobarde que no era capaz ni de venir él mismo a por su hija.

—¿Me puedo llevar mi Nintendo? —Violeta me preguntó nada más irse Yaris—. Es que me aburro…

—Claro que sí mi amor, pero no abuses de ella, ¿sí? —le pedí acariciando su pelo.

—Vale.

—Ve a buscarla, voy a saludar mientras al abuelo —dije levantándome del sofá.

Agustín se levantó lentamente en cuanto vio a Violeta salir, agarrándome con cuidado la mano.

—¿Quieres que te acompañe? —susurró cerca de mi oreja.

—No te preocupes, cualquier cosa grito —dije en tono de broma para quitarle importancia. Acaricié su brazo antes de ir hacia la parte de atrás para darle la cara a mi queridísimo exsuegro. Nada más abrir la puerta, su cuerpo se tensó al verme, apretando su teléfono entre sus manos nervioso.

—Buenas noches —me saludó acercándose a darme un beso.

—Buenas noches, Diego —dije devolviéndole el beso—, ¿cómo estás?

Ambos volvimos a tomar distancia, evitando el contacto visual por su parte. Crucé mis brazos mirando brevemente mis zapatos analizando la situación.

—¿Y mi nieta?

—Ha ido en busca de una cosa —respondí sintiendo el frío sobre mi cara —. ¿Y Marc?

—Marcos tiene que viajar este fin de semana —lo excusó, como hacía siempre.

—Sí, a Croacia con María, su novia. —Aquellas palabras lo empalidecieron—. Vuestros periodistas de confianza lo soltaron hace unos días.

Tenía miedo de que se rompiera la mandíbula de tanto apretarla.

—Si él prefiere irse con su novia antes de que estar con su hija… Que me lo diga, para así poder pedir la custodia completa.

—Isabella —dijo mi nombre interrumpiéndome—. Siento muchísimo que lo vuestro no funcionara.

—Ya… Claro, por eso la habéis recibido en vuestra casa cuando aún seguíamos casados, ¿verdad? Porque lo sentíais muchísimo… Y porque me apreciabais muchísimo también. —Sus ojos cayeron levemente antes de volver a mirarme con lástima.

—Aunque no te lo creas, te apreciamos…

—Por supuesto… —asentí desviando la mirada con una sonrisa sarcástica por su descaro—. Tenéis una forma muy peculiar de querer a las personas, espero que a esta chica se lo demostréis mejor.

—No puedes culparnos por las decisiones que Marcos haya tomado.

—Os culpo de vuestro cinismo —respondí aguantándole la mirada—. Me habéis visto mil veces llorar por vuestro hijo y nunca os tentasteis el corazón de verme sufrir así… Me tildabais de loca cuando se ha estado paseando por vuestra casa con ella mientras aún estábamos casados y todavía teníais la desfachatez de decirme que eran ideas mías… O llamarme puta loca o «panchita de mierda» delante de mi hija.

Aquellas palabras salieron como dardos hacia el que había sido mi suegro—. Nunca os gusté… Y ahora el sentimiento es mutuo —añadí sin dejar de aguantarle la mirada a aquellos ojos azules tan parecidos a los de Marc.

—Isabella…

—Dile a tu hijo, que como siga poniéndome trabas con la custodia de

Violeta para llevármela lejos de aquí o amenazándome, lo denunciaré por desviar dinero a su cuenta… —Sentía que las palabras se amontonaban en mis labios para no dejarme nada en el tintero.

Sus ojos me miraron completamente desubicados comprendiendo la gravedad de la situación. No era tonta, había estado doce años dándome cuenta de que Marc era incapaz de tomar ninguna decisión sobre negocios sin el visto bueno del controlador de su padre. Si Marc me había estado robando, la cabeza intelectual estaba frente a mí. Antes de que pudiera descomponerse su rostro más de lo que ya estaba, la voz de mi pequeña Violeta fue su salvavidas. Agustín salía de la mano de Violeta, clavando su mirada en aquel pobre hombre descompuesto al ver que la tonta a la que habían estado robando estaba al tanto de todas sus sinvergonzonerías. Tras despedirme con mucha tristeza de mi pequeña al saber que pasaría el fin de semana en territorio enemigo, mi hermano me abrazó para llevarme adentro. Aquella noche cocinamos, nos reímos, recordamos momentos y brindamos por todo lo que estaba a punto de venir. Cuando llegó la hora de acostarse, los primeros en abandonar la reunión fueron mi papá junto con Dafina, luego los acompañó mi hermana que aún tenía el *jetlag* del viaje. Mi hermano Agustín y María, su mujer, fueron los últimos en irse. Esta vez se iban tranquilos al saber que mi hermana y mi papá dormían en la casa de invitados que había al otro lado del jardín. Al quedarme a solas en mi cama, me sumergí entre las sábanas. Involuntariamente cerré los ojos al respirar el olor de Rubén que se había quedado impregnado de anoche, haciéndome suspirar.

—Por favor, mamá… No dejes que me ilusione si no es para mí —susurré aquella plegaria— Jamás le había pedido nada. A nadie. Pero esta vez después del batacazo que me había dado con Marc, necesitaba que el buen ojo crítico de mi madre me ayudara. Había perdido la fe en mi instinto. Giré mi cuerpo en busca de la almohada donde él había dormido anoche para abrazarme a ella. Hundiendo mi nariz en ella para inhalar su olor. El sonido de mi móvil vibrando captó mi atención. Volví a rodar entre las sábanas en busca de mi teléfono, dibujando una sonrisa de oreja a oreja al ver su nombre en las notificaciones.

¿Sería la señal que le había pedido a mi madre?

¿Cómo va la noche, guapa?

¡Bien! Esta vez nos portamos bien y cada quién ya anda en su cama
¿Tu noche cómo va?

Por suerte está la cosa tranquila…
Ahora en un rato iré a cenar algo.

Me quedé mirando la conversación, mordiendo la uña de mi dedo índice pensando. Imaginándomelo allí solo, en cualquier sala de descanso con su media sonrisa, acariciando su mentón cubierto de barba esperando a que le respondiera.

Si quieres compañía, tengo unas costillas y guacamole… ¡deliciosas!

Leyó mi discreta proposición enseguida. La incertidumbre de ver que seguía en línea y no contestaba estaba empezando a consumirme. Rubén se desconectó dejándome en visto. Arrugué la frente mientras releía la conversación varias veces, comprobando que no hubiera dicho nada raro. Cuando me cansé de esperar a que volviera a conectarse, dudé en si escribirle algo antes de bloquear el teléfono. Me quedé en la cama pensando qué es lo que podría haberle pasado. Quizás lo habrían llamado para alguna urgencia. Sabía que la duda no me iba a dejar dormir, así que tras unos minutos dudando, envolví mi cuerpo en la bata rosa que había dejado a los pies de la cama acomodando mi cabello sobre mis hombros. Llevé mi teléfono conmigo al salir del dormitorio. A pesar de saber que mi familia estaba cerca, una sensación extraña de soledad me invadió, haciéndome

frotar mis brazos al sentir un breve escalofrío. Nada más bajar las escaleras el teléfono de la casa sonó. Me apresuré a cogerlo porque sabía que solo sonaba cuando los de seguridad querían comunicarse con la casa.

—Buenas noches. —Pasé mis dedos sobre mi oreja, acomodando mi pelo tras ella.

—Buenas noches, señora, perdone que la moleste a esta hora.

—No se preocupe, ¿ha pasado algo?

—Acaba de llegar el señor Rubén, le he pedido que esperara hasta ver si podía atenderlo, ¿le digo que pase?

Al escuchar su nombre un cosquilleo recorrió mi espina dorsal. La sonrisa tonta volvió a mis labios al comprobar en mi teléfono que solo habían pasado algo más de quince minutos desde que le propuse que viniera.

—Eh… —dije tras aclarar mi garganta sin poder borrar la sonrisa de mis labios—. Sí, déjalo pasar…

—De acuerdo, disculpe de nuevo. Buenas noches.

—Buenas noches… Gracias.

Colgué la llamada sin poder disimular la emoción de saberlo aquí. Me dirigí al baño de abajo en busca de un espejo donde comprobar si estaba presentable. No quería que se asustara al verme. Qué tontería, después de haberme visto de todas las maneras. Mientras pellizcaba mis mejillas para darme algo de color, sentía el corazón latir acelerado. Volvía a latir ilusionado a pesar de las cicatrices. Al llegar a la puerta, sentí el motor de su moto apagarse. Un leve cosquilleo recorrió mi cuerpo para acomodarse sobre mi vientre al abrir la puerta y verlo quitarse el casco, peinándose con una de sus manos antes de dedicarme una amplia sonrisa. Mi cabeza grabó aquella secuencia a cámara lenta. Al verlo acercarse agachando su cabeza para ver los escalones, con aquella cálida sonrisa, confirmé al perderme en aquellos ojos verdes esmeralda, que estaba profundamente enamorada de él.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sintiendo cómo me dolían los carrillos de sonreír.

—Me preguntaste que si quería compañía… —Alzó una botella de tinto y dos tulipanes, dedicándome una sonrisa—. Traje el vino que te gusta y… Tulipanes.

Alzó sus hombros nerviosos mientras escondía sus manos en los bolsillos tras agarrar la botella y las flores entre mis manos.

—Lo traje para que me acompañaras mientras me como esas costillas.

Tantos años de conocernos. Tantos años riéndonos hasta sentir que nos dolía el estómago y jamás había sentido esta sensación de vértigo que me incitaba a profundizar más. Agarré el cuello de su chaqueta para atraerlo hacia mí, capturando sus labios con los míos para besarlo con necesidad. Sus manos se agarraron a mi cintura al notar cómo tiraba de su cuerpo, buscando dejar aquella botella en cualquier lugar tras entrar. Caminando a ciegas, sin querer soltar su boca nos dirigimos al sitio que teníamos más cercano, mi despacho. Tras sentir la puerta cerrarse tras nosotros comenzamos a dejar caer la ropa hasta llegar al sofá. Sus manos acariciaron mi cuello para luego bajar sus labios por él mientras las mías se aferraban a su espalda, arañándola al sentirlo de nuevo dentro de mí. Me fascinaba sentir su cuerpo sobre el mío, acariciar su kilométrica espalda. Me hacía olvidarme hasta de mi nombre al susurrar el suyo entre gemidos y jadeos. No quería aprender a dejarlo ir cuando llegara el momento de despedirme de Madrid. Quería seguir cometiendo los mismos errores con él. Sus manos acariciaron mis mejillas que ardían al igual que mi cuerpo. Sus ojos se quedaron viendo cómo perdía el control de mis sentidos y mi cuerpo al llegar al orgasmo. Justo en ese instante, sus manos agarraron mi rostro buscando mi boca entreabierta, sintiendo su cuerpo moverse más rápido para terminar. Era la primera vez que lo hacíamos sin ningún tipo de protección. Únicamente piel con piel, sintiéndonos de aquella forma tan íntima. Sonreí abrazada a su cuerpo que cayó exhausto sobre mí, enredando mis dedos en su cabello y regalándole breves besos por su rostro mientras temblaba sobre mí. Su cabeza de incorporó apoyándose sobre sus codos, dejándome ver el tamaño de sus pupilas en la penumbra de aquella habitación.

—Eres hermosa… —susurró sobre mis labios antes de besarme de nuevo.

Susurro que provocó que mi piel se erizara al escucharlo. Sus ojos me miraban achicados por su sonrisa. Suspiré acariciando su oreja, bajando mis dedos por su mandíbula y su barbilla hasta llegar a sus labios, dándole tiempo a mi corazón a recobrar su ritmo tras latir desbocado.

—No me lo habías dicho nunca… —bromeé para tratar de aparentar normalidad y así evitar que se diera cuenta de que estaba completamente derretida por él.

—¿No? —Se acomodó sobre mí sonriente—. Pues te lo digo ahora. Eres… —Aus ojos miraban cada centímetro de mi rostro—. Perfecta.

—Estoy muy lejos de ser perfecta.

—Eres la mujer más espectacular que he conocido en toda mi vida… Ya no por lo buenísima que estás —dijo incorporándose brevemente para mirarme con una amplia sonrisa.

—Qué idiota eres… —respondí entre risas al verlo inclinarse para mirarme antes de volver a colocarse.

—Es la verdad —añadió humedeciendo sus labios—. Conocer tus ojos, tu cuerpo… me deja completamente desarmado… Llámame loco si quieres, pero estar contigo ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida —susurró de nuevo cerca de mis labios—. No cambiaría esto por nada, ni por nadie…

Mis dedos acariciaron la barba de su mentón lentamente procesando aquellas palabras que habían encendido de nuevo aquel cosquilleo en mi vientre.

—Ojalá nos hubiéramos conocido antes…

Mis manos volvieron a enredarse en su cabello mientras veía cómo él disfrutaba del roce de mis dedos sobre su cabeza antes de alzar levemente sus hombros.

—Lo importante es que nos hemos conocido… Hemos sido buenos amigos…

—Muy buenos amigos —añadí sonriendo.

—Yo he sido mejor amigo que tú, reconócelo.

—¿Disculpa? —pregunté tratando de lucir indignada.

—He estado a tu lado incluso a miles de kilómetros… —Arrugó sus labios mientras asentía.

—Sí, eso es cierto…

—¿Y tú mientras qué hacías? Tener sexo conmigo en sueños…

Mi boca se abrió de par en par al escuchar aquel reclamo. No pude controlar la carcajada que salió de mi boca, escuchándolo reírse de fondo.

—Eso ha sido un golpe bajo… —le recriminé.

—Creo que jamás podré perdonártelo, es algo que se me ha quedado aquí…

Señaló levemente su pecho mientras nuestras pupilas se dilataban antes de volver a juntar nuestros labios.

—¿Y tú…? ¿Nunca has fantaseado conmigo? —pregunté viendo cómo lamía sus labios.

—Muchas veces —reconoció tras humedecer sus labios—. Sobre todo al principio, cuando no te conocía…

—¿Y después de conocernos?

—Fantaseaba con otras cosas…

—En otras cosas como en cuáles.

—No te puedo decir. —Apretó su mandíbula para disimular su sonrisa.

—Venga, va… Dímelo —insistí haciéndole ojitos—. Porfa…

Desvió la mirada mordiendo sus labios que aún sonreían.

—Pues…. en cómo sería…. agarrar tu mano… o despertarse a tu lado…

—Guau… —exclamé asombrada.

—Demasiado intenso, ¿no? —dijo divertido antes de darle un breve beso en esos labios—. Es que me gustabas muchísimo…

—¡Ah! ¿Te gustaba? —pregunté alzando mis cejas—. O sea que ya no te gusto…

Rubén asintió sin borrar la sonrisa de su boca. Suspiró tras mirarme de nuevo a los ojos mientras sus manos acariciaron mi frente para perderse entre mi cabello.

—Claro que me gustas —susurró regalándome un beso antes de volver a clavar sus ojos en mí—. Pero, trato de gestionar todo esto con calma… Sobre todo, porque dentro de unos meses estarás a más de siete mil kilómetros…

Asentí soltando un leve suspiro sintiendo cómo se desdibujaba lentamente la sonrisa de mis labios al ver que había contado hasta los kilómetros que nos iban a separar. Rubén supo que había tocado un tema sensible para ambos. Sus labios besaron mi frente antes de incorporarse para que pudiera levantarme. Vi antes de ir al baño, cómo su mirada se quedaba perdida mientras se vestía. Jamás me había parado a pensar que quizás él también pudiera estar sintiendo ese miedo a que todo esto se acabara. Me asustaba no estar a la altura de lo que él veía en mí. Ambos estábamos empezando a sentirnos vulnerables de nuevo después de nuestras malas experiencias. Me daba miedo que esto que me rebasaba desapareciera al estar lejos. Por eso no era capaz de pedirle que me acompañara. Por miedo. Miedo a que me rechazara o que se nos explotara la burbuja. Al salir del baño para dirigirme a la cocina, su cuerpo estaba de pie junto a la barra, abriendo con cuidado la botella de vino. Involuntariamente acaricié su espalda al pasar por su lado mientras él servía un poco de vino en una copa. Saqué del frigorífico lo que había sobrado de la cena para calentárselo antes de servírselo. Al servirle la comida, Rubén me regaló una breve sonrisa acercándome la copa que había servido. Los dos estábamos sumidos en un profundo silencio. Mis manos pellizcaban el lóbulo de mi oreja nerviosa.

—¿Estás bien? —Su voz me sacó de mis pensamientos. Asentí colocando una de mis manos sobre la suya.

—Sí, solo me quedé pensando en mis cosas…

—¿Quieres que lo hablemos? —preguntó soltando lentamente el cubierto para mirarme.

—¿Qué cosa?

—Pues… lo que sea que estés pensando.

Pellizqué mis manos nerviosas. No quería tener esta conversación. Al menos no ahora. No quería desperdiciar el tiempo que tuviéramos, pero sentía que ese tiempo se estaba agotando. Rubén colocó su mano sobre la mía evitando que terminara por arrancar la piel de mis dedos.

—Preferiría que no… —Suspiré apretando sus dedos contra los míos.

Su mirada se desvió al plato que tenía delante mientras apartaba su mano de la mía. Comprendía su actitud, lo entendía perfectamente. Estábamos comportándonos como novios sin serlo. Evitábamos hablar sobre lo que pasaría entre nosotros el día que tuviera que irme. Deseaba que él me siguiera sin siquiera hacerle saber que quería que lo hiciera. Respiré profundamente antes de darle un sorbo a la copa de vino.

—No puedo quedarme, Rubén… —Rompí el melón que tanto miedo me daba abrir.

Rubén asintió lentamente mientras su nuez se elevaba al tragar saliva antes de responder, entrelazando sus manos tras apartar el plato.

—Aunque me duela irme y dejarte aquí, tengo que hacerlo… —Vi cómo asentía en silencio.

—Lo sé… —Su cabeza se giró lentamente hacia mí, con la mirada perdida antes de volverme a mirarme—. Tal como acabas de decir, tienes que dejarme aquí…

Aquella confesión en voz baja detuvo varios segundos mi corazón. Rubén suspiró alzando levemente sus hombros y humedeciendo sus labios, pero esta vez con el gesto serio. Inconscientemente había tomado mi elección.

—Desde que todo eso que está pasando entre los dos empezó, no me has dejado ver ni una vez, qué es lo que esperas o quieres de mí… —Lamió sus labios de nuevo para luego arrugarlos—. Yo creía que sí iba a ser capaz de jugar a esto de ser esa persona discreta con la que desfogas de vez en cuando…

Su mirada se agachó a la misma vez que mi corazón empezaba a

retorcerse al escucharlo. Mis ojos lo miraban grabando cada segundo como si fueran una grabación.

—Me siento desarmado frente a ti, Isa… —Sus ojos volvieron a mirarme —. Y me cabrea aceptar que tu hermano tenía razón… Porque no sé si puedo seguir siendo tu amigo cuando decidas irte y dejarme aquí… torturándome con todo esto que estoy viviendo contigo.

Su pecho volvió a soltar el aire en forma de suspiro mientras el mío se detenía preso del pánico. Sentía mi mandíbula tensarse.

—¿Estás rompiendo conmigo? —pregunté con un hilo de voz.

—No… No sé —dijo colocando sus ojos de nuevo sobre mí—. ¿Tenemos algo que romper?

Los dos nos miramos en silencio, sintiendo el sonido del silencio de aquella cocina entre los dos.

—Solo sé qué el Rubén de veinte años estaría retorciéndose al escucharme rechazarte, pero… es que no te quiero para lo mismo que te quería antes…

—¿Es por Laura? —pregunté agotando todas mis opciones.

—Laura no tiene nada que ver con esto.

Giró su cuerpo sobre el taburete para mirarnos de frente.

—Esto es porque ni siquiera sé si en algún momento has barajado la idea de pedirme que te acompañe o… si has tenido claro desde el principio que ibas a dejarme aquí… Porque hasta tu furgoneta va a viajar hasta Miami contigo…

Aquel bloqueo emocional volvió, dejándome nuevamente paralizada. A pesar de los consejos de la gente sobre el día que llegara este momento, no era capaz de articular ni una palabra. Mis ojos lo miraron grabando cada gesto de ese silencio que me sabía a despedida. Vi cómo su pecho se inflaba al respirar nuevamente mientras el mío volvía a ser víctima de aquel horrible pinchazo que solo me dejaba presa del pánico de ver que lo estaba perdiendo. Me moría de ganas de gritar que por él seguiría viviendo en esta horrible ciudad, pero mi boca seguía cerrada. Mi silencio lo tomó como una

respuesta al verlo levantarse del asiento frotando su cabello con su mano.

—Creo que… lo mejor es que paremos lo que sea que es esto que tenemos antes de que nos hagamos daño… —Sus ojos miraron al suelo mientras sus dedos rascaban su barbilla ansiosos—. O al menos para no seguir haciéndome más ilusiones…

—Por favor… —Sentía mi voz romperse—. No me hagas esto, ahora no…

Sus ojos se alzaron hasta mí.

—¿Crees que es lo que quiero?

—Es lo que parece… —Aquel reclamo apareció como un acto de defensa de mi corazón.

—Te quiero a ti, Isa —me repitió aguantándome la mirada—. Y te quiero *pa* siempre, no para seguir sirviéndote para que te desfogues… Por eso no puedo seguir pasando ratos en familia contigo, con tu hija o con tu padre como si fuéramos pareja para luego ver cómo metes toda tu vida en un avión… —Hizo una breve pausa agachando la mirada para que no viera el dolor en sus ojos—. Porque el que se queda aquí jodido y rodeado de recuerdos, seré yo…

Sus ojos me miraron fijamente. Su cuerpo se acercó lentamente a mí, acariciando con sus dedos mi mandíbula. Mis ojos lo contemplaban aterrados por ver cómo se escapaba de mis manos y no era capaz de retenerlo mientras mi cabeza y mi corazón combatían por ver quién ganaba.

—Tú no tienes la culpa… —Alzó mi mentón buscando mis ojos— La culpa es mía, que no quise ver las señales que me dabas de que no estabas lista… —Su nuez bajaba por su garganta al tragar—. Pero es que cómo no ignorar esas señales… si cada vez que me miras o me sonríes mi pensamiento se vuelve loco y olvido hasta mi nombre…

—No lo hagas… —le supliqué en voz baja.

—Tengo que hacerlo…

—Por favor… —le imploré mirándole a los ojos.

—Tú has elegido irte sin mí…

Mordió sus labios mientras sus ojos me miraban con el mismo dolor que los míos lo contemplaban.

—No… —musité mordiendo mis labios para no dejar que mi voz terminara de quebrarse.

—Pídeme que te acompañe… Dímelo y me iré contigo a empezar de cero allí, los dos…

Sus ojos se clavaron en mí viendo cómo era la primera vez que mi cabeza era incapaz de reaccionar con la fluidez a la que estaba acostumbrada, desaprovechando aquella última oportunidad. Asintió en silencio escuchándose el eco de su suspiro en el silencio de aquella cocina que había vivido nuestro reencuentro y ahora la que sería nuestra despedida. No podía quererlo como él me quería y sabía que mi egoísmo y mi indecisión provocarían que terminara odiándome tarde o temprano.

Sus manos se posaron sobre mis mejillas, agarrándolas mientras nos miramos a los ojos para vernos por dentro por última vez. Mis ojos se aguaron al sentir el dolor de tener que despedirme de la única persona a la que no quería decirle adiós. Sus pulgares limpiaron las lágrimas que se escaparon de mis ojos antes de sentir sus labios regalándome aquel último beso, calmando el temblar de los míos en un tierno beso que sabía que iba a dolerme toda la vida si no conseguía aclararme. Esta vez mis ojos no se abrieron hasta no sentir su último beso sobre mi cabeza, abriéndolos de nuevo para ver cómo sus manos agarraban la chaqueta del respaldar del taburete antes de caminar hacia la puerta.

Tardó pocos segundos en salir de aquella habitación, pero mi cabeza lo vivió a cámara lenta como si fueran horas, torturándome con el movimiento de su cuerpo andando hasta desaparecer. Desapareciendo sin siquiera mirar atrás. Al sentir su ausencia, mis ojos miraron aquel plato que casi no había tocado provocando que rompiera a llorar. Cómo quisiera regresar el tiempo para poder haberlo disfrutado más, para haberle dicho que me moría de ganas de que me acompañara. Sentía que todo lo bueno que tenía se alejaba con él. La sensación de vértigo que sentía cada vez que sus ojos me miraban, ahora se había transformado en un vacío, como si se hubiera

llevado una parte de mí.

Aquel adiós fue un punto de inflexión. No sabía si la tristeza que permanecía en mi cuerpo era por ver cómo había creído erróneamente que lo mío con Rubén no tenía caducidad y esto que aún dolía eran los besos que había dejado guardados para después o si era mi orgullo el que a pesar de saber que mi mundo volvía a estar de cabeza, no me dejaba buscarlo a pesar de extrañarlo y de necesitarlo.

Mis días desde que se fue aquella noche se resumían en estar encerrada en el estudio trabajando mientras Violeta estaba en el colegio y aprovechar las horas que ella estuviera en casa para estar las dos juntas para cuando fuera la hora de dormir, volverme a encerrar nuevamente en el estudio a seguir componiendo, produciendo y montando. Rubén me había regalado con su ausencia una catarsis de emociones que estaba plasmando en decenas de canciones para poder volver a salir al mercado. Me aterraba pensar que la gente que siempre me había seguido también se hubiera olvidado de mí, como pareciera haber hecho el resto. Por eso mismo sentía doble presión por volver. Me aterraba que nadie estuviera esperando por mí tras tantos años en silencio, por eso necesitaba volver a estar lista lo antes posible. El miedo constante de haber llegado tarde seguía torturándome una vez más. Tarde a la vida de Rubén cuando consiguiera sanar. Y tarde para relanzar mi carrera.

Mi casa era un ir y venir de gente de la discográfica, productores, compañeros con los que me tocaba grabar y la gente de la mudanza organizando lo que me llevaría y lo que dejaría aquí.

Las pocas fotografías que habían logrado robar de mi día a día, llevando o recogiendo a Violeta del colegio o de actividades extraescolares, volvían a destacar mi mirada perdida. Los periodistas lo achacaban a la confirmación de la nueva relación de Marc con aquella chica, María. Y es que estaría mintiéndome a mí misma si no reconociera que sí seguía doliéndome ver a Marc besando o paseando de la mano de aquella chica, pero desde que Rubén se fue sentía que me costaba más arrancar una sonrisa de mis labios, porque con su partida volvió el miedo de no poder volver a sentir más. Ver

su foto de perfil me hacía daño. Había borrado hasta su número a pesar de sabérmelo de memoria. Esa estupidez me hacía darme cuenta de que lo quería más de lo que trataba de ocultar a mi familia, pero por orgullosa lo estaba arruinando. Las noches sin él, eran la motivación que necesitaba para evitar encerrarme en aquel dormitorio donde solo coexistía su ausencia y su presencia sobre mi cama, con mi ansiedad junto con su pijama que aún conservaba su olor.

Tras unos extenuantes meses de trabajo, ausencia de sueño, reuniones, entrenamiento y conciliación familiar, Pau confirmó mi asistencia al festival de Cannes tras pelearlo con uñas y dientes de mí misma para sacarme de mi casa. Necesitaba volver a salir al mundo, dejarme volver a ver como primer paso a que se me volviera a relacionar con algo más que no fuese mi separación con Marc. Había cambiado de estilistas que me dieran un aire más fresco, más renovado. Había contratado a gente que llevara mis redes sociales para evitar que mi pereza tecnológica volviera a dejarme fuera. Había remodelado todo mi entorno para que nadie que tuviera que ver con Marc pudiera filtrarle a él o la prensa cosas.

Al llegar a Cannes, después de negociar esos días con Marc para que se quedara con Violeta, mi equipo subió a mi habitación el vestido que usaría para aparecer públicamente por primera vez desde que me divorcié frente a los medios. Mis estilistas habían elegido un vestido negro, con una apertura lateral en una de mis piernas. Tenía un aire al vestido de la venganza que usó Lady Di después de divorciarse del príncipe Carlos de Inglaterra. Y es que ese era justo el mensaje que quería dar. A pesar de todas las batallas que estaban luchando, aquí seguía de pie, preparada para todo lo que tuviera que venirme. Verme en aquel vestido negro palabra de honor, con el pelo ondulado cayendo sobre uno de mis hombros, me hizo volver a recurrir a mi pensamiento constante al imaginar a Rubén tras de mí, mirándome de esa forma en la que solo él me miraba y que me hacía sentir viva. Pero tras de mí no había nadie, al menos nadie que me mirara como él. Solo mis nuevos estilistas y el diseñador del vestido dándome los últimos retoques. Me moría de ganas de saber si quizás vería alguna de las miles de fotos que

sentía que me hacían al salir del hotel camino al coche, acompañada como siempre del brazo de mi hermano. Una vez en la alfombra roja, llené mis pulmones de aire al ver a mi hermano acomodar su chaqueta frente a la puerta del coche, esperando mi señal para abrirme la puerta. El sonido de las cámaras y las luces de los flashes fue lo único que pude ver desde que puse el primer pie en aquella kilométrica alfombra. El caos reinó al verme aparecer. El sonido de los gritos con mi nombre pidiéndome que me girara hacia cada uno de los medios que estaban ahí fue ensordecedor. Era la primera vez que me tenían de frente desde que salió la noticia del divorcio y de la infidelidad. Había decidió enclaustrarme en mi casa, como si fuera mi deber pasar la vergüenza y el duelo encerrada, como si la que tuviera algo de que avergonzarse fuera yo. La expectación era de tal magnitud, que los de seguridad luchaban porque no se amontonaran los paparazzi al verme posar. En el momento que pisé aquella alfombra roja fue mi alter ego quien se hizo cargo de mis emociones para que miraran y se arrepintieran de haberme dejado escapar. Sin borrar la sonrisa en ningún momento, posé para que cada medio de comunicación pudiera tener la foto del momento. En parte lo hacía para que hubiera tanto material que fuera imposible no escuchar hablar de mí en cualquier parte del mundo. Agustín volvió a ofrecerme su brazo al terminar la zona del photocall para acceder al interior. Una vez dentro, saludé a varios conocidos antes de que la organización nos acomodara a cada uno en su lugar para dar comienzo el preestreno de la película que se presentaba aquel día.

Al llegar la noche, volví a dejarme a ver, pero esta vez con otro vestido diferente para el *after party* del festival de Cannes. Antes de salir del hotel, quise aprovechar el revuelo de mi visita en redes sociales, para pedirle a mi Paula que filtrara el primer minuto de una canción que había escrito pensando en Rubén. Fue una decisión visceral tras ver una fotografía de él, abrazado a una chica en lo que parecía una foto del grupo de médicos que trabajaba con él. No estaba en su perfil, pero lo habían etiquetado, al igual que otra fotografía donde aparecía con su chaqueta de cuero charlando con una mujer. Su barba estaba más frondosa y su cabello lucía más largo que la última vez que lo vi. Aquello fue una medida desesperada para llamar su

atención al sentir por primera vez el miedo de que pudiera estar mejor sin mí o reemplazarme por alguien más. Si es que no lo había hecho ya. Era una canción que sabía que jamás incluiría en ningún disco, pero era un cartucho que tenía que quemar. Aquellos segundos de estrofa de la canción confesaban que me estaba encariñando con alguien a quien buscaba, porque no sabía si era en plan de amigos o solo estábamos jugando a hacernos daño. Quería que supiera que era para él. Que seguía estando en mi cabeza y que lo echaba muchísimo de menos.

Al bajar del coche para llegar a la fiesta, volví a darme un baño de masas para agobio de mi hermano y de la gente que me llevaba. En la fiesta me encontré de casualidad con Louis. Los flashes de los periodistas acreditados no dejaron de fotografiarnos en todo momento y eso podía jugarme en contra, porque estaba segura de que aquellas fotos con Louis sí las vería. Al entrar la medianoche, abandoné la fiesta junto a Louis y mi hermano. Los destellos de las cámaras fotografiaban cada paso que dábamos uno al lado del otro hasta llegar cada quién a su coche. Una vez de vuelta al hotel, respiré hondo acomodando mi pelo antes de desbloquear mi teléfono. Miré de reojo a mi hermano para poder ver la conversación archivada de Rubén para que no me regañara por seguir jugando a ver quién tenía más orgullo. Seguía con su misma foto de perfil. El sol bañando su perfil izquierdo. Sus labios dibujando una media sonrisa mientras sus ojos fingían no darse cuenta de que lo estaban fotografiando. Suspiré saliendo de aquella conversación antes de bloquear el teléfono para guardarlo de nuevo en el bolso. Al llegar al hotel, mi equipo bajó del coche que iba tras nosotros acompañándome a mi habitación para repasar la agenda de mañana. Mientras mi hermano se despedía de los miembros del equipo, volví a mirar el teléfono esperando alguna noticia después de haber filtrado aquella demo. Estaba tan absorta releyendo lo último que nos dijimos aquella noche donde todo acabó, que no me di cuenta de que mi hermano estaba tras de mí viendo cómo volvía a revisar la conversación de Rubén.

—¿Piensas hablarle alguna vez? —preguntó señalando mi teléfono al verme girarme nerviosa.

—Fue él quien decidió irse —respondí a la defensiva respirando hondo a la vez que mis dedos bloqueaban el teléfono—. Así que no creo que tengamos mucho más que decirnos…

—Y no lo culpo —recalcó dejándose caer en uno de los sofás, acomodando su chaqueta al sentarse. Solté el teléfono con coraje sobre una de las mesas que tenía aquella suite decorada con flores.

—Estaba esperando que sacaras el tema para comprobar de qué lado te pondrías —le reproché.

—Yo no me he puesto de lado de nadie…

—Pues no lo parece… —Me descalcé de aquellos tacones en los que había estado montada toda la noche.

—Tú solo dime. —Inclinó su cuerpo hacia adelante—. ¿Cuánto más querías que se quedara esperando a que decidieras qué iba a pasar con ustedes dos?

—¿Pues no que no sabías qué había pasado?

—Pero no hace falta ser muy listo para imaginarlo…

Me quedé en silencio mirándole tras cruzar mis brazos. Agustín alzó sus cejas esperando que dijera algo.

—¿Pensabas pedírselo?

—¿Qué cosa? —me hice la tonta para ganar tiempo

—Que se fuera contigo a Miami —dijo mirándome.

—Posiblemente… No lo sé. —Alcé mis hombros excusándome—. Pero tu amigo prefirió borrarse de la ecuación antes…

—Sigue esperándote. —Su voz se volvió seria.

Mis ojos volvieron a quedarse fijos sobre él antes de desviar la mirada, fingiendo que ya nada de eso me importaba, mientras mi mundo volvía ponerse al revés.

—Nadie lo obliga a hacerlo… Además, si hubiera querido quedarse, lo habría hecho —me excusé mirándole de nuevo—. Pero se fue, a pesar de prometerme días antes que no lo haría…

Lamí mis labios enfadada tragándome el nudo que provocaban los recuerdos de aquella noche.

—¿Te das cuenta de lo egoísta que suenas?

—¿Egoísta? —pregunté indignada.

—Sí, egoísta… Es más, ¿quieres saber cuál ha sido vuestro problema? —Dio pequeños golpes con su dedo sobre el brazo del sofá—. Que solo follabais.

Negué frunciendo el ceño al escucharle expresarse así de algo tan bonito como lo que había vivido con Rubén, dando pequeños pasos en círculo sin querer escucharle.

—Sí, sí… Y no me mires así porque sabes que es verdad —recalcó—. La confianza que teníais cuando eráis amigos no fuisteis capaces de aprovecharla… Y a lo único que os dedicasteis fue a follar, que está muy bien, pero lo utilizasteis como excusa para no poner las cartas sobre la mesa… Y te avisé que eso pasaría si no hablabais a calzón *quitao* —volvió a recalcar aquello—. Él tenía miedo de perderte al asustarte… Y tú estabas aterrada de volver a enamorarte… ¿Ves la ironía?

Suspiró mientras levantaba su cuerpo del sofá.

—Mira… Si de verdad no quieres nada con él, házselo saber… Así podrá pasar página de una vez, que después de tantos años se lo merece también… —Acomodó de nuevo su chaqueta antes de colocar su mano sobre mi hombro.

Alcé los ojos en busca de la mirada de mi hermano sintiendo de nuevo aquel vértigo, pero ahora en mi estómago.

—Hace unos días me contó que la tal Laura esa le confesó que sentía cosas por él —dijo guardando su teléfono mientras mi pecho respiraba acelerado—. El Rubén que yo conocí hace años estaría acostándose cada día con una mujer diferente para evitar pensar… Y no encerrado en el hospital mientras piernas largas le anda coqueteando… Porque hasta que no sepa que lo tiene todo perdido contigo, no existirá en el mundo ninguna mujer más que tú. —Agarró mi mejilla con cariño—. Así que, cuidado

porque puedes terminar perdiendo a alguien que te ha demostrado que te quiere de verdad… por no saber lo que quieres…

Besó mi frente antes de dejarme con aquella angustia en el pecho. Sin darme cuenta mi mano sujetaba el pinchazo que empezó a fatigar mi corazón mientras caminaba sin rumbo hasta el dormitorio. Me quedé frente al espejo que había en la penumbra de aquella habitación, observando cómo mi mano apretaba mi pecho ante la sensación de abandono que estaba sacudiendo mi cuerpo.

Me quedé observando mi reflejo en el espejo, acomodando mi pelo sobre mi hombro derecho antes de volver a alzar la mirada al sentir las manos de Rubén acariciar mis brazos, subiendo lentamente sus dedos hasta mis hombros. Apartó el poco cabello que quedaba sobre mi espalda antes de regalarme varios besos sobre la parte de atrás de mi cuello para recorrer mi piel con sus besos hasta llegar a mi hombro.

Sus labios abandonaron mi piel para dirigirse hacia mi oreja, rozando mi cabello con su nariz. Recorriendo con sus dedos mi espalda tras desabrochar mi vestido dorado.

—Te necesito —susurró sobre mi oído erizando mi piel bajo sus manos.

Abrí los ojos al sentir aquel escalofrío recorrer todo mi cuerpo para volver a encontrarme mi solitario cuerpo frente aquel espejo con mis manos abrazándose a sí mismas. Respiré hondo contemplándome una última vez antes de deshacerme de aquel encorsetado vestido que había robado todas las miradas de la noche, menos las de aquellos ojos verdes que ni siquiera sabía dónde estarían mirando ahora mismo.

Tras ahogar mi desesperación en aquella enorme bañera, envolví mi cuerpo en el albornoz antes de acurrucarme entre aquellos cojines buscando dormir entre sus brazos aquella noche, aunque solo fuera en sueños.

A la mañana siguiente, el sonido de mi teléfono me trajo a la horrible realidad de amanecer abrazada a uno de los muchos cojines, sola, bajo las sábanas después de haber vuelto a soñar con él. Respiré profundamente

antes de sacar mi cuerpo de las sábanas para ir en busca de mi teléfono. Llevaba tanto sin soñar con Rubén de esa manera, que había olvidado la sensación de frustración con la que amanecía luego, al comprobar que todo había sido producto de mi calenturienta imaginación. Acomodé mi cabello fuera del albornoz antes de descolgar el teléfono. Mirando rápidamente de quién se trataba antes de colocarlo en mi oreja.

—Louis… ¿cómo estás? —Pasé una de mis manos sobre mi rostro para frotarlo.

—Buenos días, ¿cómo estás?

—Bien… ¿y tú?

—Bien, ¿cómo la pasaste anoche en la fiesta?

Suspiré volviendo a cerrarme en banda con él después de soñar con Rubén.

—Bien, no estuvo mal… Algo agobiante con tanto paparazzi, ando algo oxidada…

—Fuiste la sensación de la noche, todos me miraban con envidia por acompañar a la estrella de Cannes.

—Bueno… No sabría decirte quién fue la estrella de los dos anoche… —respondí al recordar a los paparazzi gritar su nombre también.

Automáticamente me levanté para contemplar las vistas de aquella habitación más cerca, abriendo el balcón para respirar el aroma del mar que se encontraba justamente enfrente. Inspiré para llenar mis pulmones de todo aquel aire puro y llenarme de aquella brisa del mar. El sonido de unos dedos golpeando la puerta de mi habitación, me obligó a abrir de nuevo los ojos.

—Louis, te tengo que dejar —dije al recordar que aún seguía al teléfono —. Están tocando la puerta…

—Claro… Avísame luego por si quieres que comamos los dos, conozco un sitio increíble por aquí cerca.

—Yo te aviso, muchas gracias…

—Estaré esperando, que tengas un buen día.

—Igual… Chao.

Colgué la llamada mientras me dirigía a la puerta, deseando que no fuera nadie del equipo desde tan temprano, respirando aliviada al ver a Pau tras la puerta.

—Menos mal que eres tú… —dije aliviada dejándola pasar.

—¿Nos hemos levantado de malas? —preguntó divertida cerrando la puerta tras dejar pasar al servicio de habitaciones con mi desayuno—. Puedo volver luego si quieres. —Le dediqué una leve sonrisa antes de saludarla con un rápido beso en la mejilla.

—Pasa, no te preocupes. —Le eché un breve vistazo a la bandeja de comida agarrando un trozo de fruta antes de sentarme de nuevo en el sofá.

—¿Café? —preguntó con su acento madrileño.

—Sí, porfa…

Dejó la carpeta que traía entre las manos sobre la mesa antes de irse a encender la pequeña máquina de café que había en la habitación. Estaba segura de que a Rubén aquel café le gustaría. Su recuerdo volvió a robarme una sonrisa antes de poder darme cuenta. Respiré profundo maldiciéndome antes de que Pau viniera con dos tazas de café.

—Gracias… —Agarré la taza tras ofrecérmela—. Ya sabes que no me entiendo con las máquinas esas…

—Suenas como mi madre —dijo burlándose, provocando la sonrisa de ambas.

—Es que soy madre —recalqué divertida antes de darle un trago aquella taza.

—Bueno, ¿quieres saber el *planning* de hoy o….?

—¿O….? —Alcé mis cejas saboreando el café de mis labios.

—O prefieres que hablemos de la demo que filtramos anoche. —Le dio un largo sorbo a su taza antes de dedicarme una sonrisa.

—Preferiría hablar del *planning*, gracias…

—¿Segura? Porque lo está petando —añadió sacando su teléfono—.

Llevas desde anoche siendo *trending topic* —dijo orgullosa—. Entre tu reaparición pública en la alfombra roja y la canción, estás en todas las cadenas y tu nombre se ha vuelto el más buscado.

—Esa era la idea, ¿no? —remarqué dejando la taza sobre la mesa para cruzar mis piernas.

—Vale… ¿Hay algo que quieras comentar con la clase?

Suspiré mirando a mi alrededor antes de esconder mi rostro entre las manos. Tenía la cabeza a miles de kilómetros de mi cuerpo. Quizás ahora más que antes al saber que Laura andaba acechando a Rubén. En cuanto volví a mirar a Pau, supo exactamente qué era lo que me pasaba.

—Rubén… —murmuró rodando los ojos—. ¿Otra vez…? Por favor dime que no filtramos la canción por él.

—Olvida la canción —dije gesticulando con mis manos, incorporándome hacia adelante—. Al parecer, piernas largas se le ha declarado y anda de buscona tras él…

—¿No eras tú la que decía que no quería saber nada de él? Que era igual que todos o incluso peor… —Fruncí el ceño antes de chasquear mi lengua. La sonrisa de Paula volvió a hacerse presente mientras entrelazaba sus manos.

—Y así es…

—¿Entonces? —Sus labios se apretaron inclinándose hacia adelante—. Mejor para ti, que se lo quede, se lo regalamos… ¡A otra cosa mariposa!

Respiré hondo tratando de gestionar los celos que recorrían quemando cada centímetro de mi piel al imaginar a Rubén besando a Laura como me había besado a mí, disfrutando de ese cuerpo que tantas veces me había hecho perder la cordura y la noción del tiempo. Imaginar sus manos tocándola a ella como me habían tocado a mí seguía doliéndome. Me removí inquieta en el sofá antes de levantarme.

Me mataban los celos de solo pensarlo.

—¡Lo sabía! —Pau exclamó señalándome.

—No es lo que crees —me justifiqué—. Así que voy a pedirte que dejes

de mirarme así…

—Ajá… ¿Qué es exactamente lo que te molesta?

—Nada…

—¿Qué te creías? ¿Que ninguna tía se iba a fijar en él? Por dios si está buenísimo… Yo misma lo habría amarrado a mi cama si no fueras mi amiga… ni mi jefa.

Pellizqué mis dedos entre sí, recordando las palabras de mi hermano avisándome de que estaba esperando por mí. Sus ojos me miraron divertidos al contemplar cómo poco a poco explotaba aquello que llevaba tanto tiempo reprimiendo. El lenguaje corporal de Pau era relajado, con sus brazos cruzados y su espalda relajada. Nada que ver con el mío, que sentía el peso en la espalda de todo lo que mi cabeza imaginaba sin cesar mientras mis manos se entrelazaban y se pellizcaban ansiosas.

—¿Cuándo vas a aceptar que estás enamorada hasta las trancas de ese tío?

Fruncí el ceño al escucharla.

—No estoy enamorada de él… —Mi voz se iba apagando a medida que iba verbalizando aquel sentimiento.

—¿Entonces?

—Es solo que no me gusta la tal Laura para él —confesé autoconvenciéndome.

—¿Por qué?

—¡Porque lo atropelló! —le recordé indignada repitiendo el mismo motivo que él me dio en mi furgoneta—. ¿Cómo vas a salir con alguien que casi te mata? Eso es raro, es…

—Una anécdota graciosa para contársela a sus hijos —terminó mi frase divertida.

—Ni lo digas.

Le reclamé indignada mirándola llena de coraje antes de levantarme para ver el mar romper frente a mis ojos. El sonido de su risa cesó antes de

acercarse a mí, contemplando ambas en silencio aquellas vistas. Llené mis pulmones de aire antes de soltarlo en un profundo suspiro, imaginándome junto a él surfeando aquellas olas como lo habíamos hecho en Asturias.

—¿Egoístamente…? —Suspiré agachando la mirada a aquellas vistas—. No me gustaría que otra mujer conociera su aroma cuando rodea tu cuerpo con sus enormes brazos…

Susurré dejando mis ojos fijos en cómo las olas rompían sobre la arena antes del vaivén que las formaban.

—No quiero que otra escuche esa manera en la que late su corazón cuando recuestas la cabeza sobre su pecho… O que disfrute de ver cómo se le achican los ojos al sonreír… Me dolería en el alma que fuese con Laura o con cualquier otra como era conmigo… Que la bese igual que me besaba a mí o… que la haga sentir igual de especial que me hacía sentir a mí mientras yo no puedo tenerlo siquiera en mi vida ni como amigo… —Negué agachando la mirada—. Me muero por estar con él, pero no sé cómo estar con él… Y es una sensación horriblemente frustrante y dolorosa…

Desvié la mirada parpadeando varias veces mientras mis pulmones hiperventilaban de nuevo. El movimiento de Pau al colocarse frente a mí me hizo alzar de nuevo la mirada, viendo en su media sonrisa que ella estaba en lo cierto. Estaba enamorada de Rubén hasta el cuello, por mucho que tratara de mentirme a mí misma. Escondí mi rostro entre mis manos negando levemente. Había dejado que volvieran a abrir mi corazón y me estaba boicoteando por miedo. Al escuchar golpear la puerta, miré a Paula para que supiera que necesitaba unos minutos para gestionar todas estas cosas que estaban sucediendo dentro de mí. Pau besó mi cabeza con cariño antes de irse a abrir, dándome los segundos de intimidad que necesitaba para volver a colocarme la coraza para que nadie más pudiera ver mi debilidad de nuevo. Al sentir las voces de mi maquilladora y estilista, suspiré antes de coger aire para girarme fingiendo una amplia sonrisa. Nos pusimos manos a la obra con el *planning* del día, tratando de ocupar mi cabeza en cosas que pudiera controlar ahora mismo desde aquí. Cuando

terminaron de maquillarme y de domar mi salvaje cabello, elegí uno de los varios modelos que ofrecieron para dar una breve entrevista que había pactado mi equipo con una cadena local para anunciar que próximamente sacaría nuevo disco después de tantos años de silencio. Mientras bajábamos hacia el hall en busca del coche, me detuve con varias personas que quisieron hacerse una foto conmigo. Llevaba tanto tiempo encerrada en la burbuja de mi casa en Madrid, que necesitaba volver a estar accesible para la gente que siempre me había acompañado. Al entrar en el coche, Pau me mostró las visualizaciones de los vídeos que se habían subido en mi perfil ayer. Al principio no entendía qué quería que viera cuando eran otros los que llevaban mis redes, hasta que mi hermano susurró el nombre de Rubén haciendo que mis ojos buscaran su nombre entre las miles de personas que había visto mis historias. No pude ocultar la sonrisa al ver que no solo había visto cada una de las historias que había subido, si no que le había dado me gusta a las publicaciones.

Al terminar la breve entrevista, volvimos a montarnos en el coche rumbo al aeropuerto, donde cogeríamos el avión para volver a Madrid. En cuanto subí al avión, avisé a Louis de que me iba a ser imposible comer con él. Antes de despegar, varios miembros de la tripulación me pidieron una foto, avisando a los medios españoles de que próximamente estaría de nuevo en España. En cuanto puse un pie en Barajas, un enorme grupo de prensa y fans estaban esperándonos, lanzando preguntas al aire sin importarles que pudieran herirme al preguntarme una y otra vez por lo mismo. Mi hermano Agustín se encargó de ir abriéndome camino hasta mi furgoneta que nos esperaba en la puerta del aeropuerto.

Las semanas que quedaban de mayo, quise aprovecharlas para seguir enfocándome en trabajar los ratos que Violeta estaba en el colegio. Concediendo varias entrevistas a medios extranjeros, despertando las críticas de los medios españoles que me llamaban abiertamente malagradecida. Sabía que ellos no preguntarían por mi vida personal, cosa que me motivaba a estar constantemente conectada por videollamada con la prensa extranjera.

Una vez terminaran las clases, a finales de junio, tal como habíamos acordado en la primera cláusula de la custodia, solo podría disfrutar de mi pequeña los primeros quince días. Luego tendría que ver cómo se iba con su padre el resto del verano. Aquel acuerdo fue un primer acercamiento tras amenazar a mi suegro para que me dejara llevarme a Violeta a Miami.

Por otro lado, desde Cannes, Rubén había comenzado a darle me gusta a alguna que otra publicación después de que se me escapara hacer *like* sobre una foto que subió. En mi defensa tenía que decir que aquella foto a la que me atreví a darle me gusta con mi propia cuenta, era una fotografía que le había tomado yo misma cuando estuvimos juntos. Posiblemente estuviera provocando captar mi atención tal como había hecho yo al filtrar un pedazo de un demo que moriría en mi ordenador.

Una mañana de junio cualquiera, a las nueve de la mañana, Yaris golpeó la puerta de mi despacho donde estaba reunida con Paula, con mi abogada, Agustín y miembros de mi discográfica y asesores.

—Disculpen.

La voz de Yaris tras abrir captó la atención de todos los que estábamos allí.

—Siento la interrupción…

—¿Va todo bien?

—Tiene visita —dijo abriéndome los ojos de par en par antes de hacerme una breve señal con la cabeza.

—Eh… —Entrecerré los ojos arrugando mi frente sin entender qué era lo que le pasaba—. Ahora mismo no puedo recibir a nadie…

—Es importante —insistió.

—Vete tranquila —Agustín acarició brevemente mi mano.

—Está bien… —susurré levantándome de mi asiento—. ¿Me disculpan un segundo?

Me excusé antes de salir junto a Yaris tratando de descifrar su mirada. Al

salir al pasillo vi cómo miraba nerviosa hacia adelante.

—¿Va todo bien? —pregunté acomodando mi cabello, desenredando algunos pelos del colgante que Rubén me había regalado.

—No se vaya a enfadar conmigo…

—¿Por qué iba a enfadarme? —pregunté divertida.

—Es que… se trata del señor Rubén. Está aquí…

Al escuchar su nombre mis pies se detuvieron, haciendo que Yaris frenara también para acercarse de nuevo a mí. Busqué en su mirada que no fuera una broma mientras sentía mi corazón latir dentro de mi pecho como si fuera un caballo salvaje encerrado. Aferré mi mano al colgante, casi como si pudiera invocarlo.

—No sabía si usted quería verlo… así que le pedí que esperara.

—¿Dónde está? —pregunté volviendo a caminar tras respirar profundamente.

—En la sala principal —respondió pellizcando mis mejillas al estar cerca de donde él se encontraba.

—Gracias… —susurré sin poder respirar.

Cogí de nuevo aire al ver la puerta del salón a menos de tres metros de mí. Entrelacé mis manos mientras caminaba lentamente buscándolo con la mirada al acercarme. Mi respiración, al igual que mi corazón se detuvieron al verlo ahí parado con su pelo algo más largo que la última vez que lo vi. Lo llevaba peinado, pero revuelto y algo húmedo. Su barba volvía a cubrir parte de su rostro. Lo suficiente para cubrir sus mejillas, pero sin cubrir sus labios, al menos no el de abajo. Al ver su cuerpo girarse hacia mí, comprendí que mi corazón había estado tranquilo todo el tiempo porque no había vuelto a ver de nuevo sus ojos verdes mirarme. Sus labios dibujaron una sutil sonrisa al encontrarse nuestras miradas nuevamente frete a frente, mientras nuestros cuerpos se acercaban lentamente cómo dos imanes atraídos el uno por el otro.

Mi boca no pudo contener la sonrisa al volverlo a tener tan cerca.

—Hola… —Rubén fue el primero en romper el hielo apretando sus

labios entre sí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al escuchar de nuevo su voz.

—Hola… —respondí en voz baja desviando la mirada nerviosa.

No era capaz de mirarle a los ojos. Sentía que me faltaba hasta el aire. Ambos nos saludamos con un leve, pero intenso beso en la mejilla, respirándonos antes de retirarnos. Volví a llenar mis pulmones de aire al notar de nuevo el olor de su perfume que tantos recuerdos me removía al olerlo.

—¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí?

—Yaris me dijo que estabas ocupada…

—Eh… —Miré rápidamente a nuestro alrededor—. Un poquito, pero seguro que se las apañan bien sin mí un rato… ¿Quieres tomar algo? ¿café o…?

Suspiré mientras le ofrecía que se sentara, señalándole el sofá.

—Te lo agradezco, pero… no quisiera quitarte mucho tiempo… —pasó una de sus manos por la barbilla, acariciándola.

—Está bien… —Mis dedos se entrelazaron, pellizcándose entre sí para tratar de gestionar mi ansiedad—. Bueno… pues, tú dirás…

Rubén movió su cabeza levemente asintiendo a la vez que sus manos frotaban nerviosas sus piernas antes de girar el reloj de su padre sobre su muñeca.

—Siento presentarme así, sin avisar… después de lo que pasó…

Se disculpó con sus ojos verdes clavados sobre mí, con aquella sonrisa que posiblemente fuese igual que la que lucía en mis labios

—Tranquilo…—añadí apretando mis labios tratando de ocultar mi emoción.

—Eh… —Suspiró antes de aclararse la garganta—. Es que… Esta mañana me dieron una noticia y no sabía a quién contársela… —Sus ojos me miraban nervioso—. Y… Antes de que pudiera darme cuenta… mi subconsciente me trajo directo hacia aquí.

—Bueno, por ahí dicen que uno siempre vuelve donde fue feliz…

Aquellas palabras sí que salieron inconscientemente de mis labios. Fue un pensamiento en alto que provocó que sus ojos se achicaran al sonreír antes de ver cómo humedecía sus labios tras recorrer su labio de abajo con su lengua.

—Y.… este… —Cambié de tema antes de entrar en terreno pantanoso—. ¿Fue una buena o mala noticia?

—Me han ofrecido un trabajo. —Apretó los labios al terminar de hablar.

—Vaya… Bueno, eso es una buena noticia, enhorabuena.

—Gracias, pero… es en Barcelona.

—Oh —exclamé.

Aquel leve lamento salió de mis labios mientras me sentaba en uno de los sillones, con la vista al frente y mis manos apretándose con fuerza entre sí. Pude sentir cómo Rubén se dejaba caer en el sillón que había a mí lado.

—Eso es… Es genial —dije mintiendo como si hubiera ensayado aquellas palabras.

—Sí, bueno… Sería un puesto de más responsabilidad, mejor salario, pero… en Barcelona. —Alcé lentamente la mirada al escuchar aquellas últimas palabras que salieron casi en forma de susurro. Los dos nos miramos sabiendo bien que aquello literalmente pondría más distancia entre los dos.

—Y… ¿has aceptado?

—Les he dicho que tenía que pensarlo…

Suspiré antes de aclarar mi garganta, tratando de procesar la noticia.

—Es una gran oportunidad.

—Lo sé.

Ambos nos quedamos varios segundos en silencio, mirándonos. No podía decirle ahora que estaba enamorada de él. No podía consentir que desperdiciara esta oportunidad. Sabía lo que era dejarlo todo por alguien. Yo misma lo había hecho. Y ahora no había un día que no me arrepintiera.

El tacto de su mano sobre la mía, dándome un leve apretón me hizo volver de mis pensamientos, disfrutando del roce de sus dedos acariciar mi piel. Había extrañado tanto sus caricias, que mi piel reaccionó erizándose al sentirlo. Mis ojos se desviaron hacia su mano acariciando la mía antes de mirar fugazmente cómo su mirada, al igual que la mía, se encontraba perdida. Saber que tenía que dejarlo ir me provocaba una inmensa tristeza que me estaba suponiendo un reto tratar de disimular.

—Y.… en caso de aceptar… ¿Cuándo tendrías que irte?

Sus ojos me buscaron al formular aquella pregunta.

—A primeros de mes.

Asentí notando cómo mi corazón se retorcía al escuchar la inmediatez de aquella despedida.

—Y… ¿tú que piensas? —pregunté viendo su pecho aumentar su tamaño al coger aire.

—Buena pregunta…

Humedeció sus labios, dejando su labio inferior oculto mientras sus ojos se quedaban perdidos en ninguna parte.

—Pienso que… —Inhaló lentamente volviendo a mirarme—. Si acepto, quizás… Quizás pierda la última oportunidad que tengo de estar contigo.

La vida estaba dándome una nueva oportunidad y el miedo volvía a no dejarme ser capaz de verbalizar los motivos para pedirle que se quedara conmigo. Retiré mi mano con cuidado evitando que notara el ritmo de mis pulsaciones junto con la ansiedad y la angustia. Me dolía saber que tendría que extrañar algo que nunca podría ser, únicamente por mi culpa, por no estar lista.

—Creo que deberías aceptar… —le aconsejé finalmente con todo el dolor de mi corazón.

—¿Eso crees? —Su voz sonaba desilusionada.

—Creo que… que a ambos nos vendría bien.

Tragué los nudos que cerraban mi garganta antes de levantarme de aquel

sillón.

—Empezar de cero, en sitios diferentes… —Mis manos volvieron a frotarse entre sí controlando la ansiedad.

Fingí una breve sonrisa al ver sus ojos mirarme, levantándose al escucharme decir aquello. Asentí escondiendo mis manos en los bolsillos traseros del pantalón. Apreté mis labios fugazmente al ver cómo sus ojos me miraban desilusionado.

—¿Y nosotros? —preguntó con el semblante serio.

Nuestros ojos se quedaron fijos uno sobre el otro. Los desvié tras aclarar mi garganta tratando de que no viera en mis ojos que mis labios mentían.

—Hace tiempo que no existe un «nosotros»… Además, no creo que eso sea relevante ahora mismo…

Me excusé desviando la mirada a nuestro alrededor.

—Qué estás hablando, claro que es relevante… —Sus ojos me miraban confundido.

—Lo que nos pasó fue un error, Rubén… Es más, tenías razón… —Sentía cómo mi voz se quería quebrar al decir aquello—. No estaba, ni estoy preparada para empezar una relación… Mis prioridades ahora son diferentes a las que tenía antes…

Rubén rodó los ojos al escucharme dando leves pasos de un lado a otro.

—Estaba en un momento en donde me sentía vulnerable, frágil… Y me confundí… me dejé llevar y no supe pararlo a tiempo… Lo que nos pasó no tuvo sentido, los dos lo sabemos… —Mis ojos contemplaron cómo mordía sus labios sin querer creer mis palabras.

—Te confundiste… —repitió en voz baja con una breve sonrisa nerviosa.

—Sí.

—¿Eso fui…? ¿Un error que no supiste parar? —susurró mirándome fijamente—. No te creo…

—Lamento que no me creas…

—No, no te creo… —me interrumpió clavando su mirada sobre mí—. ¿Estás castigándome por alejarme?

—No te estoy castigando…

—Te conozco, sé cuándo mientes… Y alguien que escribe una canción como la de *No sirve de nada* no lo hace porque esté confundida…

—Me encapriché —volví a mentirle—. Estaba despechada y… —Alcé los hombros nervios desviando la mirada—. Me dejé llevar… Si tú no hubieras dicho de terminar con aquella locura, probablemente habría seguido confundida… Y confundiéndote aún más a ti.

—No es verdad… —repitió presionando sus labios bajo su barba—. Entonces… ¿la canción esa que se filtró…?

Desvié la mirada al girarme para tomar distancia entre los dos.

—No eres el centro de mi vida, Rubén… Ni él único hombre con el que he estado desde que me divorcié…

—Claro…

—¿Qué creías, que iba a quedarme llorando por ti cuando decidiste irte?

—Por supuesto… —susurró dejando su boca entreabierta, mostrando su tremenda confusión en su rostro.

—Soy una mujer soltera, puedo hacer lo que quiera… con quien quiera.

—¿Con Louis?

—Eso no es asunto tuyo…

Mi corazón latía provocándome leves pinchazos, suplicándome que dejara de hacer eso. Su expresión era un puro reflejo de decepción y de dolor. Sus cejas alicaídas, ocultaban su mirada triste mientras mordía sus labios con rabia. De haber podido acercarme, quizás escucharía cómo su corazón se rompía a la misma vez que el mío se resquebrajaba por culpa de mis palabras.

—¿He hecho algo malo o.…? —preguntó colocando sus manos sobre su cintura, mirándome desesperado.

—No —susurré negando.

—¿Entonces? —insistió desesperado— Si solo estabas confundida… ¿Por qué me buscaste después de verme en el aeropuerto…? ¿Por qué me vendiste el cuento ese de que querías intentarlo conmigo…? ¿Para qué todo eso?

—Ya te lo he dicho… Estaba confundida.

Su mirada volvió a agacharse parpadeando, procesando mis palabras.

—Veo que fue un error venir… —murmuró frotando su barbilla.

—¿Y qué esperabas? —pregunté sacando el rencor por haberme dejado la otra vez—. ¿Que te iba a recibir como al hijo prodigo cuando fuiste tú quien me abandonó?

—Me fui para que pudieras aclararte —replicó mirándome.

—¡Pues la jodiste! —exclamé llena de despecho y dolor.

Nuestros ojos se miraron fijamente mientras mi pecho respiraba agitado. Vi cómo sus ojos verdes esmeralda, a pesar de mirarme abatidos, se dieron cuenta de que en mi cuello lucía el collar que me había regalado. Crucé los brazos, cubriendo el colgante con una de mis manos al agarrarlo.

—¿De verdad fui solo una confusión? —insistió.

—Sí… —dije evitando mirarlo para que no descubriera que mis ojos eran mucho más sinceros que mis labios.

Sus ojos me buscaban desesperadamente. Respiré profundamente desviando la mirada para que no pudiera ver lo que me dolía alejarlo. Los latidos de mi corazón latían con tanta fuerza, que rebotaba en mi cabeza. Ver su expresión abatida me partía en dos. Sabía que jamás iba a perdonarme por esto. Sus ojos me miraban llenos de tristeza, la misma que trataba de disimular de la mía. Lo peor de todo es que tenía conciencia del daño que le estaba haciendo.

—Está bien, si es eso lo que quieres… Te prometo que no insistiré, no llamaré ni te molestaré más… Solo espero que respetes que no quiera volver a saber más de ti, porque a mí sí me va a doler saber que, algo que ha sido tan mío… —Sus ojos me recorrieron lentamente antes de volver a

clavarlos sobre los míos, llenando su pecho de aire—. Le pertenezca a otro algún día…

Antes de que pudiera responder, Pau apareció en el salón, interrumpiéndonos con un leve carraspeo dándole a Rubén los segundos que necesitaba para llenar su pecho de aire antes de girarse para que Pau no lo viera así.

—Lamento interrumpir —dijo mirándome con sus ojos de par en par alzando sus cejas para tratar de entender qué estaba pasando—. Es que están preguntando si vas a tardar mucho.

Humedecí mis labios tratando de gestionar la situación viendo cómo Rubén agachaba su mirada tras morder sus labios.

—Ya me iba, no te preocupes … —Rubén sentenció tras aclarar su garganta—. Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir…

—Rubén… —susurré su nombre suplicándole.

—De verdad que no nos importa esperar un poco más. —Pau se disculpó al darse cuenta de que algo gordo pasaba—. Les ofreceré un café mientras termináis de hablar…

—No te apures.

Sus ojos ni siquiera me miraron al pasar por mi lado, ni antes de salir de aquella habitación. Se fue dejándonos a las dos en un completo silencio. Mis ojos se cerraron a cámara lenta para no ver cómo se volvía ir de mi vida. Quería ahorrarle a mi frágil corazón aquella imagen para no tener que revivirla constantemente. La mano de Pau sobre mi hombro consolándome me hizo abrir los ojos aguados de nuevo.

—¿Qué coño ha pasado…? —susurró acariciando mi hombro.

El nudo de mi garganta se tornó tan doloroso que fue imposible controlarlo más, haciendo que me derrumbara, dejándome caer en uno de los sillones. Paula se arrodilló junto a mí abrazándome para consolarme, como otras muchas veces había hecho. Escondida entre mis manos, sentía mi alma romperse nuevamente. Aun sabiendo que iba a arrepentirme toda la vida, tenía que devolverle el favor que me hizo al dejarme libre para

aprender a sanar sola, por mí misma. No podía atarlo a una vida que a él no le gustaba, siempre rodeado de paparazzi, sin intimidad ni privacidad ninguna. Prefería llorar por lo que podíamos haber sido, antes de llorar al ver que algo tan bonito como la forma que teníamos de mirarnos se transformaba en lo que había vivido en mis anteriores relaciones. Pero ese sacrificio solo provocaba en mí una horrible sensación de desconsuelo. Cuando terminé de sacar toda esa ansiedad en forma de llanto, respiré profundamente para luego soltar el aire en un doloroso suspiro.

Pasé mis manos sobre mis mejillas limpiándolas, viendo cómo Paula esperaba pacientemente a que fuese capaz de articular palabra. Suspiré tratando de aliviar el peso de mi pecho aferrada a su colgante para no perder lo poco que me quedaba de él.

—Ha venido para contarme que le han ofrecido un trabajo en Barcelona… —Suspiré nuevamente tratando de aliviar el dolor.

—¿Se va? —preguntó sorprendida.

—Seguramente… —susurré apretando mis manos entre sí.

—Ay, amiga. —Suspiró antes de abrazarme—. Lo siento…

Giré la cabeza involuntariamente, observando la puerta del salón. La mano de Pau acarició mi cabello antes de volver a mirar hacia ella.

—¿Le has dicho lo que sentías por él?

Negué evitando mirarla para no ver cómo su rostro pasaba de la preocupación al asombro.

—La madre que parió al demonio…

—Es mejor así —insistí autoconvenciéndome.

—¿Para quién? Porque él no parecía muy feliz cuando se iba… Y de ti mejor no hablamos.

—Pau —la nombré viendo cómo negaba con su cabeza indignada.

—No, Isa, mi amor… Aquí no tienes razón, lo siento. —Su voz se tornó seria—. No luchar por la persona que hace que a uno le vuelvan a brillar los ojos es de cobardes.

Colocó sus manos sobre mis hombros queriendo mantenerme en la conversación.

—Todos hemos pasado por momentos difíciles y Rubén ha sido terapéutico para ti. Quizás tú no te hayas dado cuenta, pero todos los que estábamos al tanto de lo vuestro nos hemos dado cuenta de cómo ha ido desapareciendo la tristeza de tu mirada… De cómo has vuelto a tener ganas de arreglarte, de trabajar… Ganas de reírte, ¿sabes la de tiempo que llevaba sin escucharte reír como lo hacías antes? ¿O cuánto tiempo hacía que Violeta no veía a su madre sonreír?

Asentí al recordar la cantidad de veces que me había mirado en el espejo y no era capaz de reconocer mi propio reflejo.

—Como lo dejes escapar, te vas a arrepentir el resto de tu vida… Y lo sabes.

—Pero se fue —le recordé agarrándome a mi decisión—. Como hizo Benja, como hizo Marc… Lo hizo a pesar de prometerme días antes que esperaría el tiempo que fuese necesario.

—Se fue porque sabía que tenías dudas… Seguramente se estuviera protegiendo, no puedes culparlo por eso.

Me refutó alzando sus cejas divertida.

—¿Qué? ¿Creías que no iba a preguntar por qué de la noche a la mañana te había dado por trabajar como una obsesa neurótica?

—Fue Gus, ¿verdad? —pregunté queriendo saber si tenía el enemigo en casa.

—Nunca revelo mis fuentes, ya lo sabes, cariño. —Me dedicó una amplia sonrisa antes de limpiar los restos de las lágrimas.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —susurré mirando a mi amiga—. ¿Negarle la oportunidad de empezar de cero en otro lugar?

—Deja que él mismo tome sus propias decisiones —dijo lentamente haciendo énfasis en cada palabra colocándose a mi lado—. Pero no permitas que se vaya pensando que te has estado riendo de él… Porque eso te daría una fama horrible —bromeó.

Sus manos se posaron de nuevo sobre mis hombros para dirigirnos de nuevo al despacho cuando estuviera lista. Mi concentración estaba en todas partes menos en aquella habitación, cosa que no pasó desapercibida para nadie. No podía dejar de revivir en mi cabeza aquella última mirada de Rubén. Estaba tan decepcionado conmigo, que creo que jamás me perdonaría. Mi mirada perdida trataba de pillar el hilo de la conversación, pero me fue imposible en las dos largas e interminables horas que duró. Al finalizar, Pau decidió quedarse un rato más, acompañándome al jardín para respirar un poco de aire fresco, obligando al cotilla de mi hermano a seguirnos para enterarse de qué es lo que me pasaba.

—¿Vas a contarme de una vez qué es lo que te pasa?

Agustín se sentó mirándome intrigado. Tras unos segundos mirando a mi hermano en silencio, giré la cabeza en busca de mi amiga.

—¿Crees que debería llamarlo? —pregunté mirando a Pau, que observaba divertida a mi hermano después de haberlo ignorado.

—Creo que deberías mejor ir a verlo… —respondió con una sonrisa al sentir la impaciencia de mi hermano.

—¿Y si no quiere verme? —pregunté llena de inseguridades. Pau se inclinó hacia mí para decirme algo al oído.

—Quizás él nos pueda ayudar —susurró refiriéndose a mi hermano.

Ambas nos miramos varios segundos antes de dirigir la mirada hacia él. Agustín nos miró sin entender qué era lo que estaba pasando. Incliné mi cuerpo hacia adelante, acomodando mi cabello antes de entrelazar mis manos nerviosas entre sí, tratando de buscar las palabras adecuadas para que no me soltara su «te lo dije». Jugué con el colgante que Rubén me había regalado, aferrando mis dedos en él.

—Rubén estuvo aquí… esta mañana —le confesé respirando hondo.

—¿Rubén? —preguntó extrañado inclinando su cuerpo para acercarse.

—Sí…vino a contarme que… le ofrecieron un trabajo en Barcelona.

Humedecí mis labios nerviosa al revivir la conversación, asintiendo tras ver las dudas de sus ojos.

—¿Barcelona? —preguntó asombrado.

—Vino a tantear con esa excusa para ver cómo estaban las cosas entre los dos y tu hermana le dijo que se fuera —Pau simplificó la historia.

Agustín me miró confundido antes de desviar sus ojos negros hacia Pau, para luego volverme a mirar.

—¿Por qué mierda le dijiste eso? —preguntó asimilando la situación.

—Se piensa que, si la cosa sale mal entre ellos, Rubén terminaría echándole en cara que lo dejó todo para irse con ella…

Pau volvió a explicarle mientras yo observaba el rostro de mi hermano apretando mis labios, dándome cuenta de lo absurdo que sonaba en boca de otra persona.

—Él nunca haría eso —dijo convencido sin siquiera pensárselo dos veces.

—Cuando lo vi ahí parado en el salón… creí por un momento que venía porque me echaba de menos… —confesé indignada al ver que hablaban como si no estuviera ahí.

—Vino a contarte que le habían ofrecido un trabajo después de… ¿cuánto tiempo sin saber el uno del otro?

Agustín lanzó aquella pregunta al aire que sabía que no necesitaba respuesta.

—Claro que vino porque te echaba de menos, taruga… ¿tú tienes idea de lo orgulloso que es Rubén? Si no se hubiera tratado de ti, se habría ido sin decirte ni mierda…

Mordí mis uñas ansiosa al ver que había metido la pata hasta el fondo. Mis ojos miraban a ambos angustiada, al ver que había cometido un horrible error.

—¿Y ahora qué? —pregunté agobiada frotando mis manos sobre mis piernas—. ¿Me planto en su casa o qué hago?

Las manos de mi hermano se frotaban mientras en su rostro se veía que andaba pensado cómo solucionar lo que había estropeado por imbécil. Lo

observaba impaciente, dando pequeños golpecitos sobre mis piernas con mis manos.

—Déjame que hable con él.

—Dios… —Volví a cubrir mi rostro entre las manos al recordar fragmentos de la conversación—. Hasta le di a entender que había estado con Louis… ¡qué bruta!

—¿Pero cómo se te ocurre? —La mirada de incredulidad de mi hermano antes de rodar los ojos me causó risa.

—Solo a ti se te ocurre darle vía libre para irse con una tía que parece sacada de una puta revista. —La voz de Paula sonaba a envidia—. Coño, si es la hermana perdida de Irina Shayk…

—Y en persona es aún más… —Agustín añadió al recordarla—. No sé cómo Rubén está aguantando tanto… Mucho le tienes que gustar.

—¿Tú quieres que María se entere de algo de esto? —le amenacé con arrojarlo a su mujer alzando las cejas—. Pues llámalo de una maldita vez y cállate.

Ambos se rieron en silencio al ver mi ansiedad desbordándose por mi piel.

—Seguro que tendrían unos hijos preciosos… —Pau añadió divertida.

Me levanté inquieta al imaginar a Rubén haciéndole el amor a Laura. Froté mi rostro enfadada, llevando las manos hacia mi cabello para echarlo hacia atrás mientras caminaba en círculos. Mi cuerpo luchaba con miles de emociones ahora mismo. Y ninguna era buena.

—Déjame lo llamo, relájate. —Apretó mis hombros con cariño.

—Gracias —susurré viendo cómo sacaba su teléfono.

Agustín se sentó de nuevo, colocando el teléfono en su oreja, con el semblante serio. Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho al escuchar los tonos sin respuesta. Me dejé caer en el asiento que había a su lado deseosa de que aquella llamada se descolgara.

—¡Lalo! ¿Qué pasó? ¿Cómo estás? —preguntó mirándonos a Pau y a mí

haciéndonos un breve gesto para que supiéramos que había descolgado el teléfono. Estaba tan tensa que sentía que podría sentarme en el aire.

—No, no te llamo por mi hermana… ¿Ha pasado algo?

Mis manos estaban a punto de fundirse la una contra la otra de tanto frotarlas entre sí. Si Rubén no era tonto, que no lo era, seguramente había visto el coche de mi hermano al venir en la mañana o al irse. Así que sabría perfectamente que a estas alturas sabría de sobra lo que había pasado.

—Te prometo que no estaba enterado. —Su rostro se puso serio—. Lo siento…

Mis ojos miraron con desesperación a mi hermano. La mano de Pau acariciaba mi espalda tratando de darme consuelo. Sus ojos me miraban a la vez que su mandíbula se tensaba. Cubrí mi rostro entre mis manos haciendo el balance de daños.

—Creo que te estás precipitando… —Miré con los ojos desencajados a mi hermano, que me hizo un breve gesto de calma con las manos.

Agustín suspiró levantándose del asiento para dar leves pasos de un lado a otro. Giré levemente mi cabeza buscando a mi amiga, sintiendo su mano apretar la mía en forma de consuelo.

—Se acabó… —Suspiré antes de volver a mirar a mi hermano discutir a lo lejos—. Lo perdí, Pau…

—Eso no lo sabes…

Asentí aún con mis ojos puestos sobre mi hermano que gesticulaba como si quisiera hacerle entrar en razón mientras me invadía aquella sensación de vértigo. Lo único que había conseguido por castigarme sin motivo era perder a la única persona que amaba mis miles de defectos y mis pocas virtudes sin tratar de condicionarme.

—Necesito salir de aquí… —musité antes de levantarme—. Necesito ir a hablar con él…

Caminé por aquel césped con la mirada perdida y mi cabeza hecha un completo desastre. No podía pretender que mi hermano resolviera el desastre que yo solita había formado. Rubén se había tragado el orgullo que

a mí no me había dejado llamarlo todas las veces que lo había echado de menos. Sentí que iba a enloquecer reviviendo nuestra última conversación. Su voz preguntándome desesperado si lo que había pasado entre los dos había sido una confusión, se me estaba clavando en los huesos. Y no quería pensar que fuera demasiado tarde…

Conduje hasta su casa, escondida bajo una gorra oscura y mis gafas de sol. Observando con desesperación la puerta de su portal para verlo llegar. Los coches pasaban por mi lado a la misma velocidad que mis pensamientos, tratando de adivinar dónde estaría, mirando indecisa mi teléfono. El nombre de mi hermano llamándome sin cesar, preocupado al saber que me había ido sin decirle nada a nadie no hacía nada más que aumentar la ansiedad que mi cuerpo trataba de gestionar para no colapsar. Su silueta apareció, cabizbajo con una bolsa blanca en las manos. Mis manos automáticamente agarraron el tirador de la puerta para salir, pero mi cuerpo una vez más volvió a quedar inmóvil dudando si era buena idea aparecerme así. Aparté mis dedos de aquel tirador para buscar el teléfono que volvía a sonar.

Suspiré descolgando aquella llamada al ver el nombre de Paula en la pantalla.

—¿Dónde estás? —me reclamó nerviosa—. Tu hermano está como un loco buscándote…

—Enfrente de casa de Rubén… —respondí dejando de nuevo la mirada perdida sobre aquella enorme puerta de hierro.

—¿Ya has hablado con él?

Negué lentamente cómo si ella pudiera ser capaz de verme.

—Hará unos minutos que llegó… —Respiré profundamente frotando mi mano ansiosa sobre mi pierna.

—¿Y qué vas a hacer?

Suspiré deseando saberlo. Mis ojos recorrieron aquel edificio buscando su piso. Siempre me había sentido a salvo entre aquellas paredes, pero ahora me causaba ansiedad el solo imaginar que tenía que salir del coche

para escuchar esta vez cómo era él quién me rechazaba.

—No lo sé…

—Escúchame, si no sientes lo mismo que él siente por ti, vuelve aquí… pero si de verdad estás convencida, sal del puto coche y cómele la boca.

—¿Y si me rechaza?

—No lo dirás en serio. —Asentí observando a mi alrededor.

—Por supuesto que lo digo en serio… Él mismo dijo que no quería volver a saber nada de mí.

—No va a rechazarte, confía en mí.

Su voz sonaba tan segura que parecía fácil ordenar a mi cuerpo que saliera de ahí.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque ese tío está loco por ti…

Mis ojos miraron la enorme puerta del portal al escucharla decir aquello. Mi ansiedad aún descontrolada, aumentó al imaginar escenarios ficticios en mi cabeza en donde me pedía que no volviera a molestarle sin siquiera escucharme.

—Isa, si de verdad te gusta, por favor deja de ponerte excusas tontas, porque sabes que ese tío por mucho que busques comparar para sabotearte, Rubén no es Marc.

Aquellas últimas palabras sacudieron mi cabeza por completo. Rubén no era Marc, porque de ser así habría sabido cómo hacerme daño ya que conocía mis miedos y mis inseguridades como nadie. Cuando me decidí a salir a buscarle, aquella inmensa puerta de hierro se abrió para dejarme verlo de nuevo.

—Se va… —murmuré viéndole caminar mirando su teléfono.

—¿Quién se va?

—Rubén… —dije nerviosa viendo cómo llevaba el altavoz de su teléfono a la oreja para escuchar algo—. ¿Crees que vaya a verse con piernas largas…?

—Eso no lo sabes.

Paula trataba de convencernos a ambas mientras mis ojos observaban lo guapo que estaba con aquella camisa blanca mientras resoplaba molesto mirando a su alrededor. Resoplé antes de esconder brevemente mi rostro entre mis manos al verlo montarse en un coche.

—Se fue, Pau… —susurré viendo cómo el coche de incorporaba al tráfico—. Se montó en un coche y se fue…

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Vas a llamarlo… vas a esperarlo o qué?

Negué viendo cómo el coche se detenía en el semáforo. Arranqué el motor de mi furgoneta viendo cómo se conectaba la llamada al bluetooth del coche antes de asegurarme de que no viniera nadie para incorporarme también al tráfico.

—Voy a seguirlo… —suspiré colocándome a una distancia prudencial.

—¡¿Qué?! —Pau exclamó haciendo que retumbara su tono de asombro en todo el coche.

—Quiero saber para dónde va.

—¿Y qué pasa si va donde piernas largas? —Mis ojos miraron sin parpadear aquel semáforo que se volvió verde.

—Así comprobaré que es igual que todos…

Avancé tras su coche escuchando los consejos de mi amiga Paula que trataba desesperadamente de hacer de pepito grillo al retransmitirle. Por un momento mi corazón latió ilusionado al ver cómo se dirigía camino a mi casa, pero luego volvió a pararse al ver cómo el coche giraba unas calles antes de subir a donde quedaba mi casa. Detuve el coche al principio de la calle al ver aquel coche negro detenerse. Mis ojos cayeron lentamente al verle bajarse del coche acomodando su ropa antes de quedarse solo frente aquel enorme portón. Su cuerpo se quedó inmóvil varios largos segundos, como si estuviera dudando.

—No lo hagas… —susurré—. Por favor, *mi amor*…

Rubén respiró hondo acomodando su espalda antes de pulsar el timbre de aquella casa. En el momento en el que su dedo pulsó aquel timbre, sentí

como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo. La voz de Paula se escuchaba lejana preguntándome qué era lo que pasaba. Involuntariamente moví mi furgoneta varios metros hasta detenerme frente aquella puerta para comprobar por mí misma cómo la propia piernas largas lo recibía efusivamente con dos besos antes de entrar a su casa.

Capítulo 11

Esperé junto a la puerta tal como habíamos quedado. Esperé reposando mi espalda sobre una de las columnas de fuera con los brazos cruzados, con la fea costumbre de revisar el reloj a cada minuto. No es que Agustín llegara tarde, es que me había adelantado diez minutos. Estaba tan irritado conmigo mismo, que no soportaba ni el chicle que mascaba nervioso mientras esperaba. Al acércame a tirarlo a la papelera, vi pasar frente a mí una furgoneta idéntica a la de Isabella. Mis ojos la siguieron ilusionados hasta verla desaparecer entre el tráfico. Ni siquiera sabía si era ella, pero bastó imaginar que podría pasar de nuevo cerca de mí, para cambiar de nuevo mi actitud. Una furgoneta negra aparcó justo a mi lado dejando salir a mi amigo al abrirse la puerta de atrás. Agustín me buscó al bajar antes de acercarse, sin saber que caminaba tras él. Al llegar a la puerta, le hice saber que estaba tras él con un leve toque en su hombro.

—¡Ey! Aquí estás —dijo emocionado al verme—. ¿Vamos?

—Después de ti…

Agustín avisó a la chica que se encargaba de las reservas para que nos llevara hasta nuestra mesa. Una vez sentados, pedimos dos cervezas antes de ojear la carta. Una vez nos quedamos a solas, recosté la espalda en el respaldo de la silla con los brazos cruzados, esperando que disparase.

—¿Cómo estás? —preguntó cruzando sus manos sobre la mesa.

Respiré hondo mirando a nuestro alrededor. Acariciando mi barbilla antes de volver a cruzar los brazos sobre mi pecho. Solté aquel aire que había inhalado, lentamente notando el cansancio mental y el desasosiego. Notaba cómo la garganta se cerraba paulatinamente no dejando que bajara ni la saliva.

—Cansado… —dije alzando levemente los hombros, mirando a nuestro alrededor para no tener que ver en Agustín nada que me recordara a ella.

—Si te sirve de algo… —suspiró acomodándose en el asiento—

—Nada de lo que digas puede servirme ahora mismo… —respondí mirando a nuestro alrededor tratando de lucir despistado para no pensar demasiado en ello.

—No sé por qué te dijo eso.

Alcé los hombros mirando a para todos lados, pero a ningún lado en concreto, sintiendo cómo mi pierna se movía nerviosa. Agustín se inclinó hacia delante para decirme algo, pero en ese instante apareció la camarera con nuestras cervezas, dejándonos la carta sobre la mesa para que le echáramos un vistazo. Agustín parecía impaciente mientras la chica nos explicaba los platos que había fuera de carta. Al irse pude ver de reojo cómo inclinaba de nuevo su cuerpo hacia la mesa.

—Escucha… No creo que te haya dicho toda esa mierda porque no sienta nada por ti.

—Déjalo… —le interrumpí clavando los ojos sobre mi amigo—. Por favor…

Agustín suspiró mirando a nuestro alrededor mientras mis ojos se escondían en la carta que la camarera nos había dejado.

—Me fui de su vida queriendo quedarme para que resolviera sus dudas —dije enfadado buscando a mi amigo—. ¿Y de qué ha servido? Para que ella me olvide con alguien más.

—¿Qué? —preguntó mirándome como si estuviera loco.

—Ella mismo me lo ha dicho, qué no había sido el único desde que se divorció. —Suspiré colocando los brazos sobre el filo de la mesa.

—Pues te ha mentido, desde que tú te fuiste solo ha salido del estudio para estar con mi sobrina.

—Estoy viejo para esto, Gus… —confesé mirándole—. Y tampoco me importa si ha estado o no con alguien, está soltera, puede hacer lo que le dé la gana… La cosa es que ella ha decidido sacarme de su vida, así que se acabó… Se terminó.

—¿Y si lo ha hecho por miedo a que la culpes de perder ese trabajo?

—Eso es una tontería…

—¿Y si no lo es?

Me miró alzando sus cejas, como queriendo convencerme. Negué lamiendo mis labios antes de darle un sorbo a mi vaso para que el alcohol empezara a anestesiarme por dentro. Mis piernas se movían nerviosa por debajo de la mesa, a la vez que mi mirada analizaba nuestro alrededor para no pensar en aquella mínima posibilidad.

—Rubén… —me nombró llamando de nuevo mi intención.

—¿Te haces idea de lo jodido que era para mí, escucharla día tras día llorar por un tío que no era capaz de ver la suerte que tenía de que ella le correspondiera?

—Lo imagino…

—No… no eres capaz de imaginar lo que es tener que ver cómo la vida te pone a alguien constantemente en tu camino solo para recordarte que jamás será para ti… Como tampoco imaginas lo que es tener que fingir día tras día, ser amigo de alguien que te vuelve loco y te desarma por completo cada vez que la tienes delante o la ves sonreír… —le recalqué—. No tienes ni puta idea…

—Tú no has visto lo arrepentida que estaba de haberte dicho lo que te dijo… —abogó por ella. Chasqueé la lengua rechazando sus palabras.

—Ni tú has visto la indiferencia con la que me ha mirado esta mañana… —Respiré hondo—. Estoy harto de este jueguito, Gus… Estoy cansado de esta rara devoción que tengo por ella… Si ella hubiera querido que las cosas fueran diferentes me lo habría dicho, porque tu hermana no es de las que se calla las cosas…Así que se acabó.

—No seas idiota, si mi hermana está enamorada de alguien, es de ti —repitió clavando sus ojos sobre mí.

—Deja de decir eso, porque no es así. —Suspiré lleno de frustración.

—Pero es la verdad —repitió.

—¡Basta! —exclamé furioso mirándole.

Sentía la mirada de las pocas mesas ocupadas sobre nosotros. Inhalé todo el aire que pude agachando la mirada. Notaba mis dientes morder con

fuerza mis labios tratando de gestionar toda esta frustración al ver cómo la vida me decía una vez tras otra que no era por ahí, pero seguía habiendo algo que no me dejaba soltar del todo. Isabella no era para mí por mucho que eso me matara por dentro. Le había dado dos veces la libertad de elegirme y las dos veces prefirió apartarme. No podía seguir aferrándome a nada más por más que lo ansiara.

—No me quiere. Se acabó —repetí cansado de lidiar una y otra vez con lo mismo—. Así que si esta comida va a ser únicamente para hablar de lo mismo…

—Rubén, espera…

Me pidió en voz baja al ver cómo me levantaba de la mesa, agarrando el teléfono entre mis manos.

—Hablamos cuando esté más tranquilo…Cuídate.

Apreté su hombro con cariño, dedicándole unas leves palmaditas antes de irme dejándolo con la palabra en la boca, mientras atravesaba el restaurante frotando mi rostro, cansado de sentir cómo todo mi mundo se escapaba de mi control. Pagué la cuenta de nuestra mesa antes de abandonar el restaurante. Mis manos se hundieron en uno de los bolsillos del pantalón mientras la otra buscaba el número de Susana para avisarla de mi decisión. Aquí en Madrid no había nada que me atara, solo recuerdos. Quizás Isabella tenía razón, empezar de cero en un lugar diferente podía venirme bien. Al fin y al cabo, abandonar Madrid antes que ella era lo mejor que podía hacer. Caminé sin rumbo mientras esperaba que Susana descolgara el teléfono para confirmarle que si estaba seguro de querer irme.

—¿Dónde estás? Si quieres me puedo acercar para comer juntos.

—No, tranquila… Ya comí… —respiré el poco aire puro de aquel parque —. Así que, ahora me iré a casa a empezar a buscar piso.

—¿Quieres que pregunte a ver si alguien sabe más o menos por qué zona buscar?

—Eso sería de gran ayuda, gracias —dije sentándome en el bordillo que rodeaba la zona de las barcas.

—Bueno… Pues ahora hablaré con gente que sé que ha estado por allí viviendo a ver qué me comentan.

—Te lo agradezco.

—Avisaré al de recursos humanos para decirle que sí que te vas… —Asentí escuchándola. Respiré profundo al escucharla decirlo, sabiendo que era algo irreversible.

—No sé qué haré sin ti… sé que Barcelona está aquí al lado, pero…

—Te vendrá bien descansar también de mí… —dije con nostalgia—. Llevo unos años que solo te he dado dolores de cabeza…

—No digas eso… Para eso están los amigos, ¿no?

—Sí, supongo… —Sentí mi teléfono vibrar sobre mi oreja al llegarme otra llamada.

Lo aparté levemente observando el nombre de Agustín. Rechacé la llamada antes de volver a colocar el teléfono sobre mi oreja.

—Otra cosa, Susi —dije tratando de volver a la conversación—. Eh… Cuando hables con los de recursos humanos, pregúntales si tengo algún día de vacaciones… Así me sería más fácil buscar inmobiliaria para ver pisos por allí…

—Sí, tranquilo. Yo le pregunto.

Mi oreja volvió a vibrar, comprobando al asomarme que seguía siendo Agustín. He de reconocer que era insistente. Suspiré colgando la llamada de nuevo antes de despedirme de Susana. Me quedé allí un rato sentado observando el ir y venir de la poca gente que quedaba en Madrid a finales de junio. El calor empezaba a hacerse notar. Los niños pronto estarían de vacaciones. Observé cómo cada persona iba sumida en sus propios problemas; parejas enamoradas, otro discutiendo, amigos conversando de cualquier cosa que haya captado su atención, personas mayores en sillas de ruedas disfrutando del parque gracias a las manos que los achuchaban. No podía evitar pensar en mi madre. Seguramente me repetiría que eso que contemplaba con ternura o con envidia, era la vida. Cada uno decidía cómo vivirla, así que ahora me tocaba a mí preguntarme cómo era que quería

vivirla. Volví a inhalar aire observando cómo algunas ramas de los árboles casi parecían tocarse mientras repasaba cada conversación, cada recuerdo con Isabella. Necesitaba buscar las señales que quizás en ese momento no vi, pero que me habían hecho ilusionarme más de la cuenta. Me frustraba no encontrarlas. Quizás mi culpa fue alejarme, por hacerle un bien salí perdiendo. Quería que me eligiera porque me quería, no por gratitud, pero solo conseguí que se desenganchara de mí. Yo que siempre pensaba en todas las opciones, eso de que estuviera encaprichada o confundida no lo vi venir. Sus labios me besaban con tanto sentimiento y sus ojos me habían mirado tan bonito algunas veces, que llegué a creer que podía ser verdad. Suspiré levantándome de aquel bordillo, caminando de nuevo sin rumbo fijo pensando si todo aquello había pasado o solo había visto lo que quería ver. Al salir del parque, tuve que parar en el paso de peatones, encontrándome al alzar los ojos, con su rostro frente a mí. Mirándome tras un escaparate. Mi cuerpo se quedó ahí inmóvil, a pesar de escuchar el sonido del semáforo avisar de que podía pasar. Me quedé desafiando su mirada varios segundos antes de decidir caminar para otro lado justo cuando los coches volvieron a ponerse en marcha. Aquel desvío me vino bien para pillar algo de comida rápida antes de volver al piso. Al llegar a casa, dejé las llaves sobre la barra junto con mi teléfono antes de sentarme a comer. Tras darle el primer bocado, mi cabeza tuvo un *déjà vu* de la última vez que me encontraba solo comiéndome un kebab. Limpié mis manos girando levemente la cabeza en busca de la puerta. El sonido de mi móvil vibrar sobre la barra me obligó a dejar de mirar la puerta y dejar de esperar que ella la tocara. Me levanté terminando de tragarme aquel bocado mientras giraba el teléfono para ver de quién se trataba. Al ver el nombre de Laura negué lentamente al recordar las palabras de Isabella dando a entender que no le importaría verme con alguien más.

—Hola, Laura, ¿todo bien?

—Hola, sí, todo bien.

Me dirigí de nuevo al sofá para seguir comiendo.

—Quería saber si trabajabas esta tarde.

—No, descanso todo el fin de semana, ¿por?

—Entonces no tienes excusa para venir a probar la botella que he traído del viaje. —Podía adivinar que estaba sonriendo por su tono al hablar—. Sin rollos raros te lo prometo, solo… agradecerte lo bien que te has portado conmigo desde que falleció mi padre.

—Para eso están los amigos… —respondí escuchando cómo sonreía al otro lado.

—Entonces qué dices, ¿vienes?

Suspiré saboreando el último bocado de aquel dürüm que me daba algo de tiempo antes de responder.

—¿Los dos solos? —pregunté apoyando la espalda en el sofá.

—Bueno, en mi casa no es que se pueda estar a solas precisamente, pero… Si te sientes más cómodo, podemos vernos en otro sitio.

—No, está bien…

—Tú por si acaso evita venir en moto —sugirió riéndose.

—Vale… —respondí con una breve sonrisa—. ¿A qué hora quieres que esté por allí?

—Pues… Llevo aquí desde esta mañana, así que cuando tú quieras.

—Está bien… Te aviso entonces cuando vaya a salir, ¿llevo algo?

—Tu cuerpo… —Hizo una breve pausa antes de reírse—. Vale, eso ha sonado raro.

—Un poco —susurré con una breve sonrisa.

—Pero sabes a lo que me refiero, así que no me hagas explicártelo.

—De acuerdo… —añadí rascando mi barbilla—. Te veo luego entonces…

—Avísame cuándo vayas a salir.

—Ok, hasta dentro de un rato…

—Adiós, guapo.

—*Bye*…

Mordí mis labios mientras colgaba, dejando el teléfono desbloqueado sobre la mesa junto con el papel en el que venía envuelto aquel kebab. Mis ojos miraron con nostalgia la fotografía que tenía de fondo de pantalla. La sonrisa de Isabella sobre aquella tabla de surf con su traje de neopreno y su pelo mojado. No era una foto de estudio ni retocada. Era una foto espontánea, por eso era mi preferida, porque era una faceta de ella que poca gente había disfrutado. Esa felicidad que su rostro reflejaba y que tantas sonrisas me robaba cada vez que la contemplaba.

Siempre odié el momento de cuando acaba una relación, si es que alguna vez tuvimos eso. Sobre todo, porque jamás supe qué hacer con los recuerdos guardados en el teléfono. Qué debía hacer con todas esas fotos. Instantáneas que se tomaban cuando estás con alguien para inmortalizar aquel momento de felicidad, pero que cuando la relación se rompe solo sirven para torturarte al verlas. Miré su foto con tristeza, resignándome a quitarla. Sabía que quitarla suponía que aquello era el final. Sabía que quitar esa foto era saber que se acabó. Saber que se había ido para siempre. Abrí los ajustes del teléfono, observando el apartado de «fondo de pantalla» con mi dedo bailando sobre esas letras, pero sin tocarlas. Por más que mi cabeza reproducía su voz confesándome que había sido solo una confusión, no era capaz de pulsar. Bloqueé él teléfono resignado a ser un fan más, con la foto de su ídolo de fondo, otra vez. Dejé caer mi cuerpo sobre el sofá, acomodándome entre los cojines, abrazándome a uno de ellos mientras mis ojos se quedaban fijos sobre el techo. Me sentía igual de perdido que cuando fallecieron mis padres. Sentía de nuevo esa falta de aire, esa soledad invadiéndome junto con recuerdos reproduciéndose en mi cabeza.

No sé cuánto rato me quedé así, inmóvil, mirando los halógenos del salón, escuchando el bullicio de fondo. No podía quedarme allí tirado más tiempo. Sabía cómo acababa aquello. Solté todo el aire retenido en mis pulmones, suspirando antes de levantarme del sofá. No tenía cabeza para nada más. Sabía que ponerme a mirar pisos ahora iba a ser una pérdida de tiempo. Y la idea del vino cada vez me sonaba mejor. Tras mirar varios minutos viendo qué podía ponerme, me metí a bañar para refrescarme después de la caminata que me había pegado. Una vez duchado, me coloqué

unos vaqueros claros y una camisa de lino blanca. Agarré de nuevo las llaves y guardé el teléfono en el bolsillo trasero tras avisar a Laura de que salía para su casa. Esta vez prescindí del coche o de la moto. Mientras bajaba por el ascensor llamé a un Uber para que me recogiera. Salí distraído mirando el teléfono, escuchando de nuevo aquel trozo que se había filtrado de la canción de Isabella que pareciera estar en todas partes. No me bastaba con escuchar la canción que había lanzado contando su ruptura en bucle, sino que ahora, aquellos segundos hablando seguramente de esa persona que había aparecido nueva en su vida, me salían en todas partes. Qué iluso fui al creer que aquellos segundos iban dirigidos hacia mí. Respiré molesto guardando el teléfono antes de mirar a mi alrededor. A los pocos minutos mi Uber me recogió para llevarme a casa de Laura. Casi a mitad de trayecto, empezó a sonar la canción de Isabella. Al principio no logré adivinar que era ella porque iba distraído mirando por la ventana, pero su voz era algo que mi cerebro no podía omitir por mucho tiempo. La reconocería en cualquier lugar.

—¿Le importaría…? —le pedí al conductor viendo cómo me miraba a través del retrovisor. El impulso de pedirle que la quitara se desvaneció, arrepintiéndome de haber captado la atención del conductor—. Darle un poco más de volumen, por favor…

—Por supuesto, ¿le gusta Isabella Chadid? —preguntó viendo cómo su sonrisa asomaba.

—Tiene canciones buenas… —respondí fingiendo una leve sonrisa.

—Escribe bonito, ¿verdad?

—Sí… escribe muy bonito.

—Por ahí dicen que esta canción va dedicada al exmarido… Pero usted sabe cómo son los programas estos del corazón… Sobre todo, con gente tan famosa como ella, uno no sabe si es verdad o chisme.

—¿Es usted colombiano?

—De Cartagena, igual que la señora Isabella, ¿ha ido usted alguna vez?

—No… no he tenido oportunidad.

—Pues se lo recomiendo —dijo amablemente—. Aparte de Isabella, Cartagena tiene muchas más cosas hermosas que ver por allí, aunque ella es parte del orgullo de ser cartagenero.

Sentí cierto orgullo por las palabras de ese hombre respecto a Isabella. Respeto que ella se había ganado a pulso.

—Lo tendré en cuenta —respondí con una breve sonrisa dedicándole una última mirada a través del retrovisor.

Una vez terminó la conversación, le dio una poca de más de voz para escuchar el resto de aquella canción. Al llegar a casa de Laura, le agradecí al conductor por el viaje antes de bajar del coche. Me quedé inmóvil frente a la puerta, dudando sobre si realmente aquello era buena idea. Solté todo el aire para poder volver a respirar mientras pulsaba el timbre de aquella enorme casa. Acomodé mi camisa antes de ver cómo la puerta automática se abría. Estaba tan acostumbrado a entrar por la entrada de atrás en casa de Isabella, que se me hacía raro caminar con tanta normalidad hasta la puerta principal. Antes de llegar, Laura abrió la puerta con una amplia sonrisa en sus labios al verme. Llevaba unos pantalones cortos que me hacían entender por qué le decían «piernas largas» y una camiseta básica blanca.

—¡Qué guapo! —exclamó sin borrar la sonrisa antes de saludarnos con dos besos en la mejilla—. De saber que vendrías tan arreglado me habría puesto algo más… «acorde».

—Estás guapa, no te preocupes… —dije con una leve sonrisa.

—Como te manches con el vino, no pienso pagarte la tintorería —bromeó antes de hacerme una señal para que pasara.

Le devolví la señal para pasar tras ella. Laura me agradeció el gesto con una breve caricia en el brazo antes de entrar. El recibidor de aquella casa era impresionante. Era un habitáculo todo abierto con buena decoración, sin exceso de paredes y las que había tenían un tono gris claro que resaltaba con el blanco de los muebles. Laura me enseñó la casa antes de pasar, cómo no, a otro enorme jardín con sillones estilo ibicencos y una mesa de cristal donde nos esperaba un aperitivo y dos copas. Inhalé lentamente observando aquel jardín, recordando las veces que Isabella y yo habíamos visto pasar el

tiempo en su inmenso jardín. Laura se sentó en el sofá sobre una de sus piernas. Yo preferí sentarme en uno de los sillones que había a su lado.

—Tienes una casa preciosa —dije observando aquel enorme jardín con algún que otro olivo y jazmines.

—Esta era la parte preferida de mi padre —dijo con una triste sonrisa al recordarlo mientras trataba de abrir la botella de vino.

Me incliné hacia ella pidiéndole la botella con un leve gesto con la mano para abrirla y servirle en su copa.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté girando el sacacorchos para poder abrirla.

—Tenías razón, es por días… Todavía no he tenido un día bueno, pero… —Alzó sus hombros acercándome las copas al ver que había abierto la botella.

—Es normal, ha pasado poco tiempo. —Serví aquel vino sobre las dos copas antes de agarrar la mía—. Yo aún tengo momentos en los que pensar en ellos me duele como si acabara de pasar…

—¿Qué es lo que más echas de menos?

Inhalé pensando con detenimiento.

—Su olor quizás… Por más que trato de recordarlo, no logro acordarme del perfume de mi madre… o el olor de mi padre al encenderse su puro.

—Yo el sonido de su risa. —Ambos nos miramos varios segundos llenos de recuerdos. Laura alzó su copa en silencio para brindar ambos por aquellos tristes recuerdos.

—¿Y tu madre? ¿Cómo lo lleva?

Laura respiró hondo alzando sus hombros antes de esconder sus dedos dentro de su cabello para retocar el moño que tenía recogiendo su cabello.

—Mejor de lo que esperaba… —dijo extrañada—. Y si no es así, deberían darle un Oscar por fingir así de bien. —Ambos sonreímos antes de darle un sorbo a nuestras copas—. ¿Y tú?

—Yo qué. —La miré dejando mi copa sobre la mesa.

—¿Cómo estás? —preguntó agarrando una cuña de queso—. No voy a preguntarte por cómo llevas que mi padre se haya muerto, ¿no?

—Cualquier cosa me esperaría de ti —dije burlándome, viendo cómo sonreía mientras masticaba aquella cuña de queso.

—Qué imbécil eres… —susurró sonriente limpiando sus labios de los restos de queso. Sonreí respirando profundamente mientras le echaba otro vistazo a aquel jardín—. Sigues mal por la chica esa, ¿verdad? —preguntó con su copa de nuevo entre sus manos. La miré mientras le daba un trago a su copa. Asentí antes de apretar los labios.

—Por todo… no sé. Además, ahora también tengo que mudarme en poco más de una semana —le confesé antes de darle otro sorbo a mi copa, contemplando los dibujos que dejaba el vino al incorporar la copa.

—¿Te vas? —preguntó extrañada.

—Me han ofrecido un puesto como director de Urgencias, en Barcelona…

—Joder —exclamó con una leve sonrisa.

—¿Qué? —pregunté expectante.

—Ya no podré atropellarte más… —dijo burlándose—. No es lo mismo cargarse a un cirujano que al director de Urgencias.

Sus ojos grises observaron divertidos cómo me reía de aquella tontería. Su humor seguía tan roto que como cuando la conocí.

—Pero me alegro muchísimo por ti… —Colocó una de sus manos sobre mi pierna tras dedicarme una sonrisa—. Te lo mereces y quizás es lo que necesites para pasar página.

—Gracias. —Suspiré colocando brevemente mi mano sobre la suya—. Eso fue justo lo que ella me aconsejó, que me fuera… —Mis ojos se quedaron fijos sobre la copa que tenía en frente.

—¿Lo habéis arreglado?

—No… Fue un error ir a verla —respondí negando también con la cabeza.

Le confesé viendo en su rostro cómo procesaba la noticia. Aproveché aquel silencio para terminarme el vino que quedaba en mi copa antes de agarrar un trozo de queso. La boca de Laura se arrugó antes de volver a acomodarse sobre aquel sofá, mientras yo pasaba una de mis manos sobre mi barbilla.

—Pues ella se lo pierde —dijo alzando su copa antes de darle un trago.

—No lo creo… no lo sé… —dije en voz baja—. Hablando con su hermano esta mañana, me dijo que quizás había decidido ponerle punto final a lo nuestro para que no rechazara el trabajo…

—Y… ¿tú también lo crees?

Volví a mirarla suspirando profundamente, sabiendo que no quería aferrarme a aquello.

—El problema es… que no sé si quiero creerlo, porque… siento que solo estaría alimentando cosas que jamás pasarían.

—Vamos, que tienes la polla hecha un lío…

—Eres la mujer más bruta que he conocido en toda mi vida —confesé riéndome, cubriendo mi cara entre mis manos.

Ambos nos reímos sintiendo cómo el ambiente entre los dos se iba relajando. Era la primera vez que nos veíamos desde que ella me confesó una tarde que estaba empezando a sentir cosas por mí. Y a una parte de mí le hubiera gustado corresponderle aquel día, pero la conexión tan incompresible que sentía por Isabella, no la había sentido por nadie, era incomparable. Era adicto a unos ojos que no volverían a mirarme jamás. Y no podía hacer nada para remediar eso.

Al caer el sol, ambos habíamos terminado la primera botella y la segunda iba por el mismo camino. Los efectos del vino empezaban a hacer efecto en mi sangre. Sentía la boca algo más seca. El calor de la calle se intensificaba en mi cuerpo haciendo que tuviera que remangarme la camisa. Ambos estábamos sentados en el sofá contemplando caer el sol, casi agotando la botella tras contarnos cosas absurdas que nos habían pasado en antiguas relaciones, pero aun así habíamos decidido quedarnos. Laura colocó su

cabeza sobre mi hombro tras confesarme que empezaba a pesarle.

—No creas que trato de seducirte… —añadió golpeando mi brazo—. Es que siempre he tenido una cabeza muy grande.

—Eso es el alcohol.

—Pregúntale a mi madre si quieres —dijo alzando su mano—. Siempre me echa en cara que se rajó entera porque mi cabeza era demasiado grande…

—Tu cabeza está bien, tiene un tamaño normal… —Le di otro sorbo a aquella copa que parecía no acabar jamás—. Tus piernas en cambio…

—¿Qué les pasa a mis piernas? —preguntó alzándolas.

—Son tremendamente largas —dije provocando que se riera mientras las contemplábamos. No sabía en qué momento había pensado que era buena idea hablar de sus piernas, pero al verlas flexionadas sobre la mesa recordé por qué Susana comenzó a llamarla así.

—Eso es porque todas las mañanas me atan en un potro de estos de tortura —dijo entre risas—. Así poco a poco las voy alargando… Cuando quieras te lo enseño para que lo pruebes.

—Gracias… pero estoy contento con mis centímetros. —Fruncí en ceño pensando en lo que había dicho.

—¡Rubén! —exclamó riéndose.

—Me refiero a mis piernas…

Ambos nos reímos por la doble intención que se le podría dar aquella frase. Tras aquellas risas, nos quedamos en silencio viendo el cielo completamente a oscuras. Suspiré girando la cabeza hacia la copa que sostenía mi mano sobre el brazo del sofá.

—¿Puedo preguntarte algo? —Laura preguntó incorporándose sobre el sofá. Colocando su cabeza sobre su puño que la sujetaba con delicadeza.

—Tengo miedo. —Giré la cabeza hacia ella viendo cómo me sonreía.

—Si no quieres responder, no tienes que hacerlo… Pero mi naturaleza me grita que me entere del chisme completo.

—Vamos, pregunta… —dije con una sonrisa.

—¿Por qué lo dejasteis? —Mis ojos la miraron—. Es evidente que, por falta de sentimientos al menos por tu parte no es…

Respiré hondo escuchándola terminar la frase, queriendo entender también por qué motivo decidí que era buena idea alejarme de ella queriéndola como la quería.

—Fue por mi culpa… —Suspiré mirando su rostro bañado por aquella tenue luz—. Supongo que… —Alcé los hombros restándole importancia—. Buscábamos cosas diferentes…Y no sé, pensé que si me alejaba de ella… —Alcé de nuevo los hombros—… Quesi le daba su espacio para que curara sus heridas…

—Te elegiría —terminó mi frase mirándome fijamente.

—Sí…

—Y eligió curarse sin ti.

La miré al escucharla verbalizar aquella idea que llevaba todo el día martilleándome la cabeza. Asentí fingiendo una breve sonrisa antes de agachar la mirada. La incertidumbre por culpa del alcohol que atontaba mi cabeza, empezaba a creer en la idea de que quizás, sí pudo haberse sentido confundida. Todas sus exigencias para que no nos vieran juntos. Sus reclamos cuando me apetecía abrazarla frente a su familia. Todas las veces que tuve que entrar a escondidas como si fuera un ladrón. Sabía cómo iba a acabar y aun así seguía sin poder explicármelo porque yo sí la quería de verdad. Realmente me había creído que su poco amor constante era de verdad.

—Yo habría elegido sanar las heridas contigo —confesó con una sonrisa.

—No puedes obligar a nadie a que te quiera… —dije autoconvenciéndome—. Y… La gente nunca actúa como imaginamos. Se supone que el amor debe ser libre… Si obligas a alguien que te elija o que se quede, no es amor…

No sabía si era el vino, pero no podía dejar de reflexionar en alto. Me quedé en silencio pensando en mis palabras antes de girarme para mirar a

Laura tras el silencio que se había hecho entre los dos.

—Dios, qué intenso… —dije quitándole hierro a mis palabras con una leve sonrisa—. Creo que debería dejar de beber…

El sonido de la sonrisa de Laura me hizo volver a mirarla bajo las tenues luces del jardín. Me incliné hacia delante para alejar mi copa.

—Es bonito ver que un hombre piensa así… Esa lealtad, es difícil de ver hoy en día…

—Ya… —Inhalé lentamente desviando la mirada.

—Además, creía que vosotros solo pensabais en tetas, coches, futbol y en tetas otra vez.

—Eso es porque no me he bebido un ron cola, ahí sí sale el cavernícola que todo hombre lleva dentro —bromeé cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Me dejas más tranquila, estaba recobrando la fe en tu género…

Ambos nos reímos mirando cada quién a un lado, quedándonos varios segundos en silencio.

—Ojalá alguna vez encuentre alguien que me quiera así de esa manera…

—Seguro que sí —respondí de inmediato mirándola—. Eres inteligente, divertida… Con un humor un poco roto, pero es parte de tu encanto. —Ambos nos reímos de aquello—. Por no hablar de las piernas tan largas que tienes…

Ambos nos reímos aguantándonos la mirada. Posiblemente fuera el despecho mezclado con el alcohol, lo que había hecho que no me incomodara su manera de mirarme, ni su forma de acariciar mi brazo agradeciéndome aquellas palabras. Los labios de ella se humedecieron mientras tenía la sensación de que la distancia entre ambos se iba acortando. Sentí su respiración cerca de mis labios antes de notar el tacto de sus labios sobre los míos al besarme. Sus labios eran suaves, sedosos y cálidos. Involuntariamente le devolví el beso. Mi cabeza estaba anestesiada por el alcohol, por lo que lo único que mandaba ahora mismo en mí, era el resentimiento y el despecho. Quería sentir que le gustaba a alguien para

tratar de aliviar el dolor de las heridas que Isabella me había dejado. Sus labios me besaban con deseo. Sentía cómo su cuerpo reaccionaba al tacto de mi boca sobre la suya demandando más. Pero por más que apretaba los ojos queriendo borrar cualquier comparación, mi cabeza me recordaba que sus labios no eran los de Isabella. No sabían ni me hacían sentir igual. Sus manos acariciando mi cara no me hacían sentir lo que Isa me hacía sentir con solo rozar nuestras manos. Y a pesar de oler de maravilla, no era el olor de Isabella. Mi sistema nervioso no era capaz de comprender que aquello no era serle infiel a Isabella, pero se sentía como si las pocas oportunidades que podía tener con ella estaban desapareciendo por culpa de aquel beso.

Paré aquel beso antes de cruzar una línea de la cual podría arrepentirme mañana, obligándome a respirar profundo para procesar aquel momento de debilidad.

—Lo siento… —se disculpó en voz baja, aún entrecortada apartando sus manos lentamente de mi cara.

—No, discúlpame tú a mí… —me disculpé también limpiando mis labios con mis dedos. Vi cómo su cuerpo se incomodaba. Sus manos frotaron su rostro brevemente antes de dedicarme una leve sonrisa nerviosa antes de beberse el resto de su copa de un sorbo. Suspiré procesando lo que acababa de pasar y recordándome por qué había dejado de beber. Apreté mis labios buscando volver a mirar a Laura para tratar de salir ambos con algo de dignidad de esto.

—Lo siento, de verdad… Me gustas muchísimo, pero…

—Lo entiendo, fue mi culpa.

—Es que no puedo hacerte lo mismo que me han hecho a mí —le expliqué observando cómo humedecía sus labios—. Y.… sé que podría arrepentirme de esto.

— Claro… lo entiendo.

Sus ojos avergonzados evitaban mirarme mientras asentía entendiendo mis palabras. Entendí que era momento de irme antes de hacerla sentir peor.

—Creo que… debería irme… —dije en voz baja antes de levantarme del

sofá—. Gracias por el vino… —Su cabeza volvía a asentir en silencio antes de girarme para caminar hacia la salida. Resoplé pasando mis manos sobre mi cabello desesperado. No sé si Laura era la vía de escape que la vida me había puesto para olvidar a Isa, pero estaba viejo para jugar a eso de un clavo saca a otro.

Yo no quería conocer a nadie más. Mi búsqueda había terminó en el momento en el que Isa me besó la primera vez en mi piso. La elegiría siempre por encima de cualquiera. Podría acostarme con todas las que quisiera, pero ninguna ocuparía el hueco que había dejado.

Sentía cómo los coches pasaban a toda velocidad a mi lado mientras caminaba hasta la parada de taxi que había a la entrada de la Moraleja. Andar me venía bien en primer lugar, para que el vino bajara de una vez y dejar de hacer estupideces en su nombre y dos, no me apetecía llegar a mi casa. Sabía que, al meterme en la cama, su olor iba a seguir ahí después de haber compartido tantos momentos con ella. Me había aprendido todos sus deseos indeseables y eso era algo que sabía que iba a dolerme olvidar. Al llegar al último cruce antes de la parada, dejé a mi izquierda el stop que me salté el día que tuve el accidente. Aquel cruce que tantas veces había subido para ir a casa de Isabella. Humedecí mis labios esperando que el único semáforo que había se pusiera en verde para poder cruzar. Estaba tan absorto en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta de que el semáforo había cambiado. El claxon de un coche me avisó de que podía pasar. Le agradecí extendiendo mi mano antes de cruzar. Parece que al menos la suerte me sonrió al aparecer un taxi nada más llegar a la parada, evitándome pasar un segundo más allí en territorio peligroso. Al llegar al piso solté las llaves con desgana sobre la barra antes de dejarme caer sobre el sofá agotado. Me sentía agotado mentalmente, a pesar de todos los kilómetros que me había hecho, solo sentía un profundo cansancio mental. Antes de acomodarme en el sofá, mi móvil empezó a sonar dentro de uno de los bolsillos de mi pantalón. Resoplé molesto sacando él teléfono. Colgué la llamada al ver que se trataba de Agustín otra vez, dejando caer el teléfono sobre el sofá. Volvió a sonar, viendo de nuevo su nombre en la pantalla. Colgué una segunda vez dándole la oportunidad de llamarme una

tercera. Resoplé ante tanta insistencia. Sonaba una y otra vez, así que tras colgar varias veces terminé respondiendo, incorporándome.

—¿Sabes lo que significa que alguien no te coja el teléfono?

—Dime que mi Isabella está contigo.

—¿Qué? —respondí levantándome del sofá—. No.

—Me cago en la puta…

—Si es una broma no tiene ni puta gracia

—¿No ha ido a tu casa? —preguntó preocupado.

—No… —dudé—. No lo sé, he estado fuera toda la tarde.

Me levanté, acercándome a toda velocidad a por mis llaves mientras escuchaba a Agustín maldecir al otro lado del teléfono.

—¿Desde cuándo no sabes dónde está tu hermana? —le recriminé.

—Desde que me dejaste tirado en el restaurante —me devolvió el reclamo—. Al volver Yaris me dijo que aún no había regresado.

—Joder, Gus, eso fue en la mañana….

—¿Por qué mierda crees que llevo todo el día llamándote? Cara mondá…

—¿Dónde estás? —pregunté guardando las llaves en el bolsillo.

—En su casa.

Antes de que pudiera responder, el timbre de mi casa sonó. Recé a lo que fuese que había allí arriba o abajo para que fuese Isabella.

—Espera un segundo… —dije acercándome a la puerta—. Acaban de tocar mi puerta

—Por dios que sea ella —suplicó en voz baja.

Sin retirar el teléfono de la oreja, miré por la mirilla notando cómo mi alma volvía al cuerpo al comprobar que era Isabella la que estaba al otro lado de la puerta. Sonreí alejándome de la mirilla. A pesar de no amarme, era completamente de ella. Estaba hecho para ella.

—Está aquí —dije aliviado sin poder evitar la sonrisa.

—La madre que me ha *parío* —resopló molesto—. Gracias.

—Nada, luego hablamos —dije despidiéndome antes de colgar.

Respiré profundamente dejando el teléfono sobre la barra antes de acercarme de nuevo a la puerta. Podía notar cómo mi garganta se resecaba al saber que estaba al otro lado mientras mi corazón latía casi taquicárdico al abrir, contemplando de nuevo esos ojos marrones mirarme llenos de angustia.

—¿Se puede saber dónde estabas? —le reclamé viendo cómo pasaba al interior nada más abrir—. Tu hermano acaba de llamarme preocupado porque no sabía nada de ti desde esta mañana… —Isabella resopló dejando caer su bolso sobre el sofá, antes de entrelazar sus manos nerviosas. Sus labios se humedecieron con el mismo nervio que recorría su cuerpo—. ¿Estás bien? —pregunté preocupado al verla inquieta—. ¿Te ha pasado algo?

—Dime que no he llegado tarde… Por favor… —suplicó acercándose a mi nerviosa con la voz entrecortada.

—¿Tarde para qué?

—Sé que has estado con ella… —Su voz sonaba entrecortada.

—¿Con quién?

—Con Laura —susurró sin apartar sus ojos de mí—. Te vi entrar en su casa… Y hueles a perfume de mujer… y a alcohol.

Respiré hondo observándola, escondiendo mis manos nerviosas dentro de los bolsillos del pantalón.

—Ese no es más tu problema…

Vi cómo desviaba la mirada negando. Su cuerpo se movía de un lado a otro nervioso mientras sus manos cubrían su rostro.

—¿Eso es todo lo que se suponía que me querías? —me reclamó molesta.

La miré en silencio, sin poder creer que me estuviera reclamando justamente a mí.

—¿Disculpa? —negué mordiendo mis labios—. Esto tiene que ser una broma…

—No has tardado ni un día para ir a follártela… ¡Felicidades! Casi llego a creerme que eras diferente a los demás…

Negué tras soltar todo el aire retenido en mis pulmones resoplando de puro coraje.

—¿Qué es lo que tú quieres de mí? ¿Volverme loco? —pregunté desesperado—. Porque parece que te está fallando la memoria

Froté mis ojos antes de respirar profundamente, viendo cómo aquellos ojos cafés me observaban intensamente. No me había fijado hasta ahora en que sus ojos lucían hinchados, como si hubiera estado llorando. Ambos nos miramos en silencio. Tenía la triste sensación de que esta lucha de egos no iba a terminar bien. Sus ojos se desviaron al girarse sobre sus pies mientras sus manos se escondían en su cabello tras frotar su rostro.

—¿Qué haces aquí Isa? —pregunté cansado de todo este vaivén—. ¿Qué quieres?

—Aún no me has respondido… —rompió el silencio volviendo a mirarme—. ¿Te has acostado con ella?

Suspiré frotando mi cabeza antes de dejar caer mis manos sobre mi cintura.

—No… —Alcé los hombros con desgana—. No me he acostado con ella… Y que pienses así de mí… —respondí antes de morder mis labios saturado de toda esta situación—. Me demuestra que no me conoces en absoluto

—Hueles a ella… —susurró apretando sus labios mientras tragaba saliva.

—Nos besamos.

Le confesé mirándola fijamente a los ojos, observando cómo su garganta tragaba aquellas palabras a la vez que sus ojos se apartaron de los míos. Su cuerpo se giró asintiendo lentamente, procesando mis palabras, llevando una de sus manos involuntariamente al pecho. Mis ojos la recorrieron

lentamente hasta verla de nuevo mirarme, mientras sus dedos se aferraban al colgante que le regalé por su cumpleaños. Verla así me hacía pensar que quizás Agustín no me mentía al decirme que ella realmente sí sentía algo por mí.

—¿Quieres saber algo más? —Busqué su mirada que se alzaba al mirar a nuestro alrededor, mientras frotaba su pecho con su mano.

—No… —susurró apretando sus labios.

Vi cómo su cabeza negaba involuntariamente, apartando su mirada de mí tras lanzarme una mirada de decepción. Sus manos acariciaban el colgante entre sus dedos con fuerza, queriéndose aferrar algo para no derrumbarse frente a mí.

—¿Fuiste tú…? —Inhaló profundamente con su voz entrecortada—. ¿O fue ella la que te besó?

—¿Acaso importa?

Su cabeza se movió asintiendo lentamente abrazando su cintura con sus brazos. Era consciente del daño que le estaba causando lo que fuera que ella estuviera imaginando. Y a pesar de creer que una parte de mí podía alegrarse de saber que aquella duda le dolía, me mataba verla así.

——Respóndeme, *por favor*…

—Fue ella…

Respondí viendo cómo su pecho respiraba antes de subir mis ojos hacia sus manos acariciando mi colgante.

—¿Te gustó? —preguntó en voz baja casi susurrando.

—Al principio… —Su rostro se contrajo—. Luego mientras la besaba, no podía dejar de pensar en ti… —Sus ojos se clavaron en mí. Alcé los hombros con desgana, abatido y cansado de todo esto—. No podía dejar de compararla contigo… lo que siento cada vez que me tocas o cada vez que me miras…

Nuestras miradas se perdieron la una sobre la otra.

—Por eso paré… —le confesé—. Podría haberme quedado allí,

quitándome este despecho que siento con ella… Pero Laura no se merece eso… Y si me conocieras, sabrías que tampoco soy así.

Ambos nos miramos en silencio, barajando la situación. Vi cómo su pecho respiraba agitado desviando sus ojos empañados. Me quedé un instante viendo cómo sus dedos limpiaban el contorno de sus ojos antes de frotar sus manos entre sí. Me giré para dirigirme lentamente hacia la puerta, escuchándola resoplar tras de mí, queriendo autoconvencerme de que lo que sintiera no era más mi problema.

—Si no tienes más preguntas… —Lamí mis labios agachando la mirada, sujetando el pomo de la puerta aún cerrada.

—¿Eso es todo…? —preguntó en mitad de mi salón inmóvil.

Isabella mordía sus labios nerviosa. De una comisura a otra mientras parpadeaba para evitar que no me diera cuenta de que sus ojos luchaban por no llorar, pero siempre olvidaba que sabía cuándo estaba a punto de colapsar antes incluso que su propia cabeza. Solté el pomo para acercarme de nuevo a ella, negando de pura frustración.

—Dímelo tú… —dije desesperado viendo cómo su vulnerabilidad comenzaba a estar a flor de piel. Podía ver en su forma de mirarme cómo luchaba contra algo dentro de ella—. Me pides que empiece de cero, me dices que lo que pasó entre los dos fue una confusión… Hasta me pides que acepte el trabajo en Barcelona… Pero luego te enfadas y me reclamas por intentar hacerlo… Así que dime tú… ¿Es todo?

Exhalé mirando a nuestro alrededor frotando la barba de mis mejillas entre mis manos.

Isabella respiró hondo antes de volver a resoplar. Su cuerpo se veía tenso. Estaba nerviosa. Sus manos y su cuerpo la delataban.

—Mi hermano me dijo no hace mucho, que… Tuviera cuidado con no saber qué era lo que quería porque… —Su voz entrecortada luchaba por no romperse—. Podía perder a alguien que de verdad me quería…

Nuestros ojos se contemplaban en aquel breve silencio que se hizo mientras Isabella se acercaba lentamente, cabizbaja hacia mí. Sus dedos

sujetaban toda la tensión de su cuerpo, entrelazándolos entre sí.

—Eso sigue sin responderme a por qué estás aquí…

—He venido porque quería que supieras por qué te dije todas esas cosas esta mañana… —Mordió sus labios haciendo una breve pausa.

—No creo que eso importe mucho ahora…

—Para mí sí —sentenció.

Nos miramos en silencio escuchando únicamente nuestras respiraciones en aquel silencio. Empezaba a notar cómo volvía a tenerla y eso volvía a asustarme. No quería volver a creer que me quería ni soñar de nuevo con sus besos. Sus labios se movían nerviosos, a la vez que sus manos acomodaban su cabello tratando de gestionar sus emociones.

—Porque si después de abrirte mi corazón… sigues queriendo que me vaya… —Tragó saliva alzando aquellos hipnóticos ojos sobre mí—. Te prometo que respetaré que no quieras volver a saber nada más de mí…

Suspiré asintiendo, cruzando mis brazos sobre el pecho para apretarlos contra mi cuerpo buscando canalizar mi ansiedad.

—Cuando me hablaste de aquel trabajo yo… lo último que quería era que te arrepintieras de haber dejado todo lo que tanto esfuerzo te ha costado únicamente por estar conmigo… —confesó luchando con sus labios por no derrumbarse—. Ese trabajo podría ser una de esas oportunidades que solo pasan una vez en la vida…

Lamió sus labios antes de volver a apretarlos, desviando su mirada.

—Y sé lo que es dejarlo todo por alguien… al igual que sé por mi propia piel lo horrible que se siente abandonarlo todo por alguien cuando las cosas no salen como uno quiere…

—El problema aquí es… —dije en voz baja respirando hondo—. Que en todo este tiempo… nunca me has pedido que lo deje todo para irme contigo… ni siquiera intentarlo tú allí y yo aquí. Al contrario, lo que has hecho es alejarme… —volví a recordarle—. Y lo qué no consigo entender aún es por qué…

—Por miedo —musitó.

—¿Miedo a qué? —pregunté alzando mi mano hacia mi pecho.

—No lo sé… —murmuró.

—¿Miedo de que te esperara…? ¿O de que no?

Hizo una pausa para llenar sus pulmones de aire, lamiendo sus labios al terminar.

—Miedo a sentir… o sentirme de nuevo vulnerable con alguien… —confesó frunciendo el ceño emocionada.

Su voz empezaba a quebrarse mientras sus manos soltaban su cintura para entrelazarse entre sí.

—Marc ha roto cosas irreparables dentro de mí…

—Soy consciente de ello… —Sus ojos me miraron al escucharme.

Acerqué mi mano a su rostro, acariciando su mejilla para limpiar el camino que había marcado una lágrima sobre él. Isabella al sentir mi mano acariciarla, apretó los ojos sintiendo la caricia sobre su piel. No podía verla así, vulnerable y responderle con frialdad. Verla llorar me destruía y lo último que quería era que lo hiciera por mi culpa.

—Esto no estaba en mis planes, ¿sabes? Enamorarme de nuevo… Tan rápido… Y de mi mejor amigo… —dijo tratando de aguantar el tipo, evitando mirarme para no derrumbarse sin saber que me tenía completamente a su merced después de confesarme que estaba enamorada de mí—. Pero te has apoderado de mí… El sabor de tus besos, tus ojos, tu olor… Me siento tan bien cada que te tengo cerca, tan viva… que siento que nunca es suficiente… Nunca antes se me había escapado tanto algo de mi control… Y al verte esta mañana y escucharte decir que quizás te irías a Barcelona…

Negó tragando el nudo que le cortaba la voz.

—Me recordó mi miedo a fracasar, a perderte también a ti…

Suspiró aliviada agarrando mis manos que aún sujetaban su rostro, mientras la escuchaba en silencio.

—Llevo todo el día frente a tu casa armándome de valor para hablar

contigo… —continuó sacando todo lo que tenía guardado dentro—. Y… cuando te he visto salir y que ibas dirección a mi casa, creía que vendrías a hablar conmigo, pero… al verte con aquella chica… —Respiró agobiada —… Y que pasaban las horas y no salías… pensé que quizás…

—¿Qué? —Vi cómo sus ojos me miraron—. ¿Que me estaría acostado con ella?

—Sentí que mi mundo se derrumbaba de nuevo… —susurró cerrando los ojos dejando salir las lágrimas.

Limpié las lágrimas que acariciaban sus mejillas antes de pasar mis manos sobre mi barbilla, rascando ansioso la barba que crecía bajo mi cuello.

—Soy una persona que sobrepiensa mucho las cosas, Isa… Es uno de los muchos defectos que tengo, no lo puedo evitar… —Lamí mis labios alzando con desgana los hombros—. Por eso cuando decidí ir a tu casa esta mañana, fue porque me ganaron las ganas por volver a verte… —Abracé su rostro entre mis manos—. Porque desde que te conocí, no he hecho otra cosa más que barajar las razones para alejarme de esta masoquista devoción que te tengo… Y todas esas razones me importan una mierda cuando te tengo cerca… Mi cabeza se calma cada vez que te ve.

Vi cómo sus labios se abrían para suspirar antes de volver a coger aire, desviando levemente la mirada.

—Para mí, estar contigo, sí que era una de esas oportunidades que solo pasan una vez en la vida —volví a repetirle secando sus mejillas con mis manos—. Llevo doce años demostrándote que para mí eres mucho más importante que cualquier otra cosa, porque te quiero… ¿Qué le hago? He tratado de demostrártelo mil veces, pero te empeñas en seguir pensando que terminaré haciéndote lo mismo que Marc te hizo… Y lo entiendo, no te culpo por ello, pero… empiezo a estar cansado de este vaivén…

Besé su frente respirando de nuevo el olor de su pelo, dejando caer momentáneamente mi frente sobre su cabeza, disfrutando del tacto de su piel entre mis dedos antes de alejarme de ella. Sus dedos agarraron mi mano deteniéndome.

—Justo por eso estoy aquí… —dijo susurrando, dejando que todas esas emociones que había estado aguantando salieran entre sollozos—. No te haces una idea de las veces que me quemaban las ganas de llamarte, de poder hablar contigo… —murmuró con la voz rota—. Y si no lo hice fue porque no sabía si estaba lista y.… Es una mierda extrañarte así, porque… —Su voz se rompía paulatinamente—. Sé que la situación de incertidumbre en la que estábamos fue lo que hizo que te fueras, pero… saber que Laura estaba interesada en ti… Egoístamente, me aterra pensar que antes que tarde podías encontrar a alguien lo suficientemente interesante y estable como para llamar tu atención y que te despierte ganas de conocerla…

Alzó sus hombros tragando los nudos que podía presentir que le apretaban la garganta.

—Mientras yo sigo aquí… congelada… sin saber qué hacer con mi vida…

Sus labios se apretaron con fuerza antes de morderlos.

—Muriéndome de ganas de quererte, porque… Te quiero, Rubén, mucho…

Table of Contents

PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11